

1953



RICHARD VINEN

**EL AÑO EN QUE EL
MUNDO PUDO CAMBIAR**

CRÍTICA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Lista de ilustraciones](#)

[Lista de tablas](#)

[Lista de cronologías](#)

[Abreviaturas](#)

[Introducción](#)

[1. Las palabras y «la cosa»: cómo definir el 68](#)

[2. La generación del 68](#)

[3. Universidades](#)

[4. Estados Unidos](#)

[5. Francia](#)

[6. Alemania Occidental](#)

[7. Reino Unido](#)

[8. La revolución dentro de la revolución: liberación sexual y familia](#)

[9. Obreros](#)

[10. Violencia](#)

[11. ¿Derrota y adaptación?](#)

[Conclusiones](#)

[Algunas consideraciones sobre otras lecturas](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Richard Vinen, profesor del King's College de Londres, trata de recuperar los acontecimientos de 1968 para la historia, situándolos en un contexto más amplio y analizando lo que quedó de positivo para el futuro, una vez se hubo renunciado a la utopía, incluyendo aspectos como la liberación sexual, la transformación de las relaciones de familia o la influencia a largo plazo sobre el movimiento sindical y la lucha obrera. Vinen comienza estudiando el medio en que nació aquella generación de militantes, las universidades en que se desarrolló el movimiento, sus orígenes en los Estados Unidos, donde confluían la oposición a la guerra de Vietnam, la creación de una nueva izquierda y el poder negro, para pasar después al mayo de 1968 en Francia, al «largo 68» de Gran Bretaña y al papel de la violencia, para acabar debatiendo si el resultado final fue una derrota o una acomodación.

RICHARD VINEN

1968

El año en que el mundo
pudo cambiar

Traducción castellana de
Héctor Piquer Minguijón

CRÍTICA
BARCELONA

Para Alex

Lista de ilustraciones

CAPÍTULO 1

«La belleza está en la calle». Póster, 1968. Las litografías más famosas de 1968 fueron obra, sobre todo, del colectivo establecido en la Escuela de Bellas Artes de París. En general, se imprimieron entre dos mil y tres mil copias de cada una. Este póster fue realizado en Montpellier y no tuvo mucha difusión en 1968. Sin embargo, cuando se vendió en 2008, se convirtió en el grabado *soixante-huitard* (sesentayochista) más caro hasta la fecha —quizá porque el feminismo se había convertido en una parte importante del prisma a través del cual la gente recordaba el año 1968—. Fue subastado por más de 3.000 euros. *Fotografía: Bibliothèque nationale de France, París.*

CAPÍTULO 2

Reunión de Estudiantes para una Sociedad Democrática (Students for a Democratic Society, SDS) en Bloomington, Indiana, en septiembre de 1963. La fotografía fue tomada por C. Clark Kissinger, quien escribió: «Les pedí que saludaran con el puño en alto antes de hacer la foto, como símbolo de la nueva resistencia que estaba naciendo». Nótese las vestimentas conservadoras de casi todos los presentes y las sonrisas: ¿se estaban riendo de sí mismos por saludar con el puño alzado?

De izquierda a derecha: Tom Hayden, Don McKelvey, Jon Seldin, Nada Chandler, Nancy Hollander, Steve Max, Danny Millstone, Vernon Grizzard, Paul Booth, Carl Wittman, Mary McGroarty, Steve Johnson, Sarah Murphy, Lee Web, Todd Gitlin, Dick Flacks, Mickey Flacks, Robb Burlage y Rennie Davies. *Fotografía: © C. Clark Kissinger.*

CAPÍTULO 3

Malcolm X con miembros de la Oxford Union Society, 1964.

Malcolm X fue invitado a Oxford para debatir la moción «El extremismo en

la defensa de la libertad no es un vicio; la moderación en la búsqueda de la justicia no es una virtud». La frase la había pronunciado el senador republicano de derechas por Arizona, Barry Goldwater. Malcolm X, escéptico con los liberales blancos, pensaba que una victoria de Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964 sería deseable porque dejaría más claras las decisiones políticas. Se pronunció a favor de la moción. Aquel año, las ideas de Malcolm X evolucionaron rápidamente. Hacía poco que había dejado la Nación del Islam y era menos partidario de la separación racial de lo que había parecido a veces en el pasado.

La presencia de un revolucionario negro en el club de debate de la Universidad de Oxford fue menos incoherente de lo que pudo parecer en un primer momento. Los alumnos de Oxford eran principalmente blancos, pero la universidad nunca había impuesto el tipo de segregación racial que sí se daba en su homónima de Misisipi. El primer presidente no blanco de la *Union* había sido elegido en 1942, y Eric Abrahams, el presidente que había invitado a Malcolm, era jamaicano. Su sucesor, Tariq Ali, era pakistaní, aunque, tal como este contó a Malcolm, de musulmán «solo tenía el nombre». Debido a una sanción por haber participado en las manifestaciones de protesta contra el encarcelamiento de Nelson Mandela, Ali y Abraham tenían prohibido salir del dormitorio del campus, pero gozaban de un permiso especial que les permitía asistir a los debates de la *Union*. Es posible que Malcolm ya hubiera entrado en contacto con alumnos de Oxford antes de viajar al Reino Unido, ya que los equipos de debate de la universidad británica visitaron la Colonia Penal de Norfolk, en Massachusetts, cuando estuvo encarcelado allí.

Visto en retrospectiva, la característica más llamativa de Oxford en 1964 fue más sexual que racial. Hasta 1963 no se había admitido a mujeres en la *Union* y solamente dos de sus 18 delegados fueron féminas (Suzanne Maiden y Prue Hyman). La primera presidenta (Geraldine Jones) fue elegida en 1968. Malcolm X hablaba a menudo en términos de marcada división de género, aunque su postura con respecto a las relaciones entre sexos fue uno de los aspectos donde su actitud parecía que cambiaba rápidamente. En su discurso habló de la «castración» de los varones negros en Estados Unidos. *Fotografía: Gillman & Soame, Oxford.*

CAPÍTULO 4

Robert Kennedy (izquierda) y el presidente Lyndon B. Johnson se dirigen a la multitud durante la campaña presidencial, Nueva York, 15 de octubre de 1964.

«Hey Hey LBJ how many kids have you killed today» (¡Hola! ¡Eh! LBJ, ¿a cuántos niños has matado hoy?). Lyndon Johnson —viejo, feo y tosco— representaba todo lo que los sesentayochistas despreciaban, especialmente durante la guerra de Vietnam. Robert Kennedy —joven e idealista— era uno de los pocos políticos a quienes algunos sesentayochistas respetaban. Sin embargo, las diferencias entre ambos eran difíciles de establecer. A Kennedy lo asociaron con las políticas que su hermano había iniciado en Cuba y Vietnam, mientras que LBJ, hasta la escalada de la guerra, fue visto a veces con reticente admiración por parte de la izquierda. Los miembros de Estudiantes para una Sociedad Democrática llevaban chapas con el texto «Half the way with LBJ» («Medio camino con LBJ»). *Fotografía: Cecil Stoughton/ Lyndon Baines Johnson Presidential Library and Museum, The University of Texas at Austin.*

CAPÍTULO 5

Pareja en bicicleta, Avenida de los Campos Elíseos, París, 1968.

A primera vista parece una imagen tomada durante una protesta estudiantil. Pero si la examinamos más de cerca, parece que estos dos jóvenes se dirigen a la manifestación de apoyo a De Gaulle del 30 de mayo de 1968. © *Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos.*

CAPÍTULO 6

Manifestación en la Kurfürstendamm de Berlín después del intento de asesinato de Rudi Dutschke, abril de 1968. *Fotografía: Alex Waidmann/ullstein bild via Getty Images.*

CAPÍTULO 7

Karl Dietrich Wolff (izquierda), Tariq Ali (centro) y Daniel Cohn-Bendit, junto a la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate a mediados de junio de 1968.

Los tres habían viajado a Londres para participar en un documental de la BBC sobre la protesta estudiantil. Quizá la historiadora —y ex comunista— Annie Kriegel pensaba en esta imagen cuando escribió que 1968 no había conseguido producir una ideología nueva pero, al igual que las flores sobre las tumbas en el día de Todos los Santos, había dado apariencia de vida a las viejas

doctrinas. En una de sus portadas, la revista satírica *Private Eye* utilizó esta fotografía con los tres personajes cantando «there's no business like show business» («no hay mejor negocio que el mundo del espectáculo»). A Cohn-Bendit se le ve sorprendentemente apagado (quizá porque, en realidad, no era marxista). James Callaghan, el ministro de Interior británico, dijo que había dejado a Cohn-Bendit entrar en el país para enseñarle la letra de «La Internacional», «ya que no parece estar muy seguro de ella». *Fotografía: Keystone-France/Gamma-Keystone via Getty Images.*

CAPÍTULO 8

Rudi Dutschke con su hijo, abril de 1968.

Se ha dicho que el radicalismo político de finales de la década de 1960 estuvo acompañado de una actitud machista por parte de los hombres y que el movimiento de liberación de la mujer de la década de 1970 fue, en parte, una reacción contra esa conducta. Sin embargo, el talante de los radicales varones fue, a veces, más complejo de lo que pareció. Más allá de su retórica morbosa, el líder estudiantil alemán Rudi Dutschke era una persona amable. Aquí aparece con uno de sus retoños. A su hijo varón le pusieron, inevitablemente, el nombre de Che. *Fotografía: Interfoto/Alamy.*

CAPÍTULO 9

Obreros de Alfa Romeo en 1972.

Fotografía: Uliano Lucas/Alinari Archives.

CAPÍTULO 10

Cartel de «Se busca» con miembros de Weather Underground, publicado el 20 de octubre de 1972. El FBI, más que otros cuerpos de policía del mundo, ayudó a definir el largo 68. *Dominio público.*

CAPÍTULO 11

Jack Straw, presidente del Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Leeds, baila con la rectora, la duquesa de Kent, en 1968. Aunque se hallara a la

izquierda del movimiento estudiantil británico, Straw no fue revolucionario ni siquiera antes de empezar el largo camino que le llevaría a ser ministro en el gobierno de Blair en 1997. *Fotografía: The Yorkshire Post, reproducida con el permiso de Special Collections, Leeds University Library.*

CONCLUSIONES

La protesta estudiantil llegó a casi todos los rincones del mundo occidental en 1968. La fotografía muestra una manifestación del Primero de Mayo en Jyväskylä, una localidad de Finlandia. Normalmente, las manifestaciones estudiantiles y las obreras iban por separado, pero, en esta ocasión, los trabajadores socialistas y comunistas se unieron a los estudiantes. Los manifestantes reclamaban más democracia en el lugar de trabajo y en la universidad. También protestaban contra el proyecto de construcción de una autopista que debía cruzar un parque histórico de la ciudad. Mikko Pyhälä aparece lanzando su gorra de alumno, como han hecho antes Ismo Porna y su esposa Virpi. El incidente parece inspirado en las protestas de París, pero sucedió justo antes de los eventos parisinos. El coche en llamas era, en realidad, un vehículo de desguace que habían comprado los estudiantes y que quemaron con permiso de la policía. Los objetivos de la mayoría de los manifestantes se cumplieron. Mikko Pyhälä fue nombrado uno de los primeros representantes estudiantiles de la universidad en 1969 y, posteriormente, se hizo embajador. Erkki Liikanen, que repitió la *performance* de la quema de gorras en Mikkeli el año siguiente, fue más tarde presidente del Banco de Finlandia. *Fotografía: © Matti Salmi.*

Se ha hecho todo lo posible por contactar con los titulares de los derechos de las imágenes. Los editores corregirán gustosos cualquier error u omisión de los que tengan conocimiento en futuras ediciones.

Lista de tablas

1. Jornadas laborales perdidas en huelgas en Francia, 1968-1970 (en miles)
2. Jornadas laborales perdidas en huelgas en Francia, 1964-1974 (en miles)
3. Jornadas laborales perdidas en huelgas por cada mil empleados, 1964-1974 (en varios países del mundo occidental)

Lista de cronologías

El corto 68: los acontecimientos de mayo en Francia

El largo 68: resumen cronológico

Abreviaturas

BPP	Black Panther Party (Partido Pantera Negra)
CDU	Christlich Demokratische Union Deutschlands (Unión Demócrata Cristiana de Alemania)
CFDT	Confédération Française Démocratique du Travail (Confederación Francesa Democrática del Trabajo)
CFTC	Confédération Française des Travailleurs Chrétiens (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos)
CGT	Confédération Générale du Travail (Confederación General del Trabajo)
CIA	Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia)
CSU	Christlich-Soziale Union in Bayern (Unión Social Cristiana de Baviera)
FBI	Federal Bureau of Investigation (Buró Federal de Investigaciones)
FO	Force Ouvrière (Fuerza Obrera)
IMG	International Marxist Group (Grupo Marxista Internacional)
IRA	Irish Republican Army (Ejército Republicano Irlandés)
IS	International Socialists (Socialistas Internacionales)

JCR	Jeunesse Communiste Révolutionnaire (Juventud Comunista Revolucionaria)
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
NUM	National Union of Mineworkers (Sindicato Nacional de Mineros)
PCF	Parti Communiste Français (Partido Comunista Francés)
PSU	Parti Socialiste Unifié (Partido Socialista Unificado)
RSA	Radical Student Alliance (Alianza de Estudiantes Radicales)
RSSF	Revolutionary Socialist Students' Federation (Federación de Estudiantes Socialistas Revolucionarios)
SDS	Sozialistischer Deutscher Studentenbund (Federación Socialista (Alemania) Alemana de Estudiantes)
SDS (EE. UU.)	Students for a Democratic Society (Estudiantes para una Sociedad Democrática)
SFIO	Section Française de l'Internationale Ouvrière (Sección Francesa de la Internacional Obrera)
SLL	Socialist Labour League (Liga Laborista Socialista)
SNCC	Student Non-Violent Co-ordinating Committee (Comité Coordinador Estudiantil No Violento)
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania)
UJCML	Union des Jeunesses Communistes Marxistes-Léninistes (Unión de Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas)

Introducción

Este libro habla del «68». Con ello me refiero, más que al año 1968, a los movimientos radicales y revueltas de finales de la década de 1960 y principios de los años setenta. El 68 es ubicuo y remoto a la vez. Sus canciones se escuchan en el hilo musical de los supermercados y sus eslóganes afloran en anuncios publicitarios. Sin embargo, sus militantes ya hace tiempo que llegaron a la edad de la jubilación y las pensiones son, en la actualidad, una de sus máximas preocupaciones después de haber pasado años fuera del sistema económico convencional. A estos «veteranos» (un término que ya no desprende la ironía que tuvo en su día) les cuesta reconocer que el mundo ha cambiado. Cuando seleccionaba el elenco para su película sobre el 68 *Después de mayo*, rodada en 2012, al director Olivier Assayas le llamó la atención que los actores jóvenes se interesaran más por el vestuario que por la política y que, durante las pruebas de cámara, compartieran una misma preocupación por el fijador de pelo.¹

Grandes referentes han desaparecido del panorama político. Hoy, la imagen del presidente Mao solamente se difunde a través de billetes de banco. La caída de la Unión Soviética significó una hecatombe no solo para los comunistas ortodoxos, sino también para las facciones trotskistas que se diferenciaban entre sí por los distintos argumentos que esgrimían para denunciar a la URSS. Y la clase obrera por la que en su día se interesó una parte de la izquierda estudiantil ha cambiado hasta hacerse irreconocible. Revisando en la década de 1980 su pasado maoísta, Daniel Rondeau se encontró con un viejo amigo que le dijo que volver a París a mediados de los años setenta, tras la disolución del grupo político en el que ambos habían militado, había sido como entrar en un «museo». El propio Rondeau volvió a la Lorena, la región industrial donde había trabajado de misionero político a principios de la década de 1970, y la encontró irreconocible. Todas las fábricas habían sido dinamitadas.² En Inglaterra, cualquiera que visite hoy la Universidad de Kent, cerca de Canterbury, todavía verá un campus de los años sesenta rematado con un instituto dedicado a Keynes. Sin embargo, ¿quién diría hoy que en los condados que rodean Londres hubo en su día minas de carbón y que los mineros de Kent fueron especialmente radicales en las huelgas de principios de la década de 1970?

A veces, el período que se extiende de la mitad de los años sesenta hasta

finales de los setenta del siglo xx parece un sueño —o una pesadilla— del que sus protagonistas, con el tiempo, han acabado despertando. Eleanor Stein nació en 1946. Sus padres eran comunistas y estaban bajo vigilancia del FBI desde principios de la década de 1940. Sin embargo, Eleanor tuvo una juventud relativamente convencional. En su boda con Jonah Raskin en 1964, él llevaba traje y ambos lo dieron todo en la pista de baile mientras la banda destrozaba una canción de los Beatles. Cinco años más tarde, Eleanor fue fotografiada luciendo peinado afro y saludando con el puño en alto. Otros cinco años después, Jonah Raskin ya ni siquiera reconocía a su esposa. La ola de liberación política y sexual había destrozado su matrimonio. Ella se había fugado con miembros de Weather Underground y vivía clandestinamente en distintos pisos de Nueva York, alimentándose de arroz con una salsa de pescado vietnamita que los radicales fingían saborear. Stein mantuvo un romance con Jeff Jones, pero rompió con él y tuvo a solas a Thai, el hijo de ambos —llamado así en homenaje a un líder del Viet Cong—. No obstante, Jeff y Eleanor volvieron a juntarse en 1981, cuando el FBI les seguía la pista. Vivían con nombres falsos, pero educaban a su hijo a la manera como una pareja joven habría considerado normal quince años atrás. Tras salir de la cárcel, Eleanor volvió a la Facultad de Derecho y se hizo jueza adjunta especializada en derecho administrativo.³

Este libro es un intento de reconstruir un mundo que nació a finales de la década de 1960 y desapareció, en gran medida, a principios de la década de 1970. Definir el «68» no es fácil y el primer capítulo está dedicado a las distintas maneras en que se podría hacer. Sin embargo, sería útil comenzar con algunas cuestiones más simples. Para empezar, utilizo el guarismo «1968» para referirme al año azaroso y, «68» o «largo 68», para incluir la variedad de movimientos que quedaron vinculados a —o alcanzaron el clímax en— 1968, pero que no pueden ser entendidos exclusivamente con respecto a ese año. En términos cronológicos, no he establecido límites precisos. La mayor parte de mi relato se refiere a acontecimientos sucedidos en las postrimerías de la década de 1960 y principios de la década de 1970, pero en ocasiones me remonto a momentos anteriores, especialmente cuando hablo de Estados Unidos. En cuanto al establecimiento de una fecha final, y teniendo en cuenta que los protagonistas más activos todavía viven y una pequeña pero significativa minoría llegó al apogeo de su influencia hacia finales del siglo xx, el 68 ha perdurado varias décadas más.

Como mínimo en un aspecto importante, mi enfoque podría parecer perverso y, de hecho, ser contrario a mi insistencia en un «largo 68». Me han influido las obras de historiadores franceses sobre lo que ellos denominan «les années soixante-huit». Con ello se refieren a algo parecido a lo que yo llamo «el largo 68». Los esfuerzos de los historiadores franceses por «descentralizar» el

año 1968 han ido a menudo acompañados de un afán por «descentralizar» geográficamente el 68 francés y destacar el papel de las provincias más que poner el foco en París. Sin embargo, mi sensación es que un planteamiento basado en «los años 68» funciona a veces mejor para otros países que para Francia o, como mínimo, difumina algunos aspectos de la experiencia francesa. Comprendo el entusiasmo de los historiadores galos por escapar de una visión estereotipada y centrada en el bulevar Saint-Michel, y ampliar el espectro de sus análisis. También entiendo que este ensanchamiento del foco de atención esté a veces acompañado de un deseo de reivindicar la importancia del año 1968 frente a quienes lo desestiman como efímero. Sin embargo, me da la sensación de que los historiadores franceses han sido víctimas de su propia originalidad y sofisticación y que no dan la suficiente importancia a la irrepetible situación de Francia, especialmente en París, en los meses de mayo y junio de 1968, cuando las manifestaciones involucraron a decenas o, incluso, cientos de miles de personas y casi diez millones de trabajadores se declararon en huelga. Incluso quienes estuvieron más comprometidos con el radicalismo en los setenta han explicado a menudo su acción con referencia a la intensidad de 1968. Uno de ellos recuerda que «en un mes aprendimos más de lo que ellos [sus profesores] nos enseñaron en siete años de estudios».⁴ Por ello, en el capítulo sobre Francia adopto lo que hace tiempo habría podido parecer un enfoque convencional y me centro casi exclusivamente en el año 1968, especialmente en dos meses de ese año e insistiendo mucho en París. Reconozco que hay que situar el 68 francés en un período de tiempo más holgado y desde una perspectiva geográfica más extensa, pero he intentado hacerlo en los capítulos de temática más amplia —en parte porque deseo tomar en serio a los historiadores franceses cuando hablan de situar a Francia en un contexto internacional—.

Desde un punto de vista más general, el planteamiento parcialmente comparativo de este libro puede no coincidir a veces con la literatura reciente. Muchos historiadores han optado por restar importancia a las idiosincrasias nacionales en sus relatos del 68, ya sea porque se han visto influidos por planteamientos «transnacionales» que buscan conexiones entre países, o simplemente como reacción a los clichés impuestos por la percepción de su propia nación. Sin embargo, situar las cosas desde un enfoque comparativo ilustra el hecho de que los clichés suelen tener algo de verdad. Los historiadores estadounidenses actuales han reaccionado contra la idea de que los inicios de Estudiantes para una Sociedad Democrática estuvieran marcados por un optimismo «inocente» que habría desaparecido con la llegada de la violencia en 1968. Lo cierto es que, comparados con los europeos occidentales, los estudiantes radicales estadounidenses de principios de la década de 1960 se

caracterizaron por su inocencia y que los últimos años sesenta en EE. UU. fueron violentos. Igualmente, algunos historiadores alemanes han reaccionado contra la idea de que los obreros no habrían participado en la agitación política de su país de finales de los sesenta.⁵ De nuevo, la comparación internacional apunta a que los trabajadores alemanes fueron, en realidad, menos radicales que la mayoría de sus homólogos de otros países. Las huelgas de mayo y junio de 1968 en Francia fueron tan generalizadas que el gobierno no pudo calcular el número de huelguistas, mientras que las convocadas en Alemania fueron tan escasas que la Organización Internacional del Trabajo ni siquiera se molestó en registrarlas.

En cuanto al alcance geográfico, este libro habla de las democracias industrializadas occidentales. Admito, de nuevo, que ello podría parecer una interpretación contraria a mi idea del 68, ya que muchos de los acontecimientos más cruciales del período tuvieron lugar fuera de Europa Occidental y Estados Unidos. La Primavera de Praga y su represión, la guerra de Vietnam, la Revolución Cultural china o la contención violenta de las protestas contra los Juegos Olímpicos en Ciudad de México fueron asuntos de vida o muerte para millones de personas. No cabe duda de que, en términos de derramamiento de sangre y revuelta social, estos hechos fueron más importantes que lo que ocurrió en el mundo occidental industrializado. Sin embargo, precisamente por ello, soy muy cauteloso a la hora de hacer que estos episodios tan dispares encajen entre sí y consciente de que, en cualquier caso, no tengo los conocimientos necesarios para ello. Mi versión del 68 se centra en los países ricos, donde la protesta radical se dirigió contra gobiernos electos. Incluso —y quizá especialmente— los militantes europeos y estadounidenses que vivieron algún tiempo fuera de Europa y EE. UU. reconocieron que el 68 fue distinto en sus propios países. Luisa Passerini estuvo en Kenia, Mozambique, Zambia y Egipto a finales de la década de 1960 y recordó posteriormente: «Mientras yo participaba de todo esto en el tercer mundo, 1968 estaba sucediendo en el primer mundo».⁶ Los conflictos de Asia, Latinoamérica y Europa del Este aparecen en mi relato solamente en la medida —a veces considerable— de que lo que pasó allí —o lo que la gente pensó que pasaba allí— influyó en Europa Occidental y Estados Unidos.

He dedicado capítulos específicos a Estados Unidos, Francia, Alemania y el Reino Unido. EE. UU. es importante, entre otros motivos, porque era el país más poderoso de las democracias occidentales. Los manifestantes de otras partes del mundo se fijaban con frecuencia en él porque eran hostiles con Washington y porque deseaban emular lo que para ellos representaba la «contracultura»

norteamericana. Estados Unidos ilustra una versión particular del 68, caracterizada por movimientos que ya habían sido sumamente activos a principios de los sesenta y marcada también por una sensación de crisis a finales de la década que supuso, entre otras cosas, una ruptura entre el movimiento estudiantil y buena parte de la clase obrera. Francia es importante porque atrajo la atención internacional en 1968 y, debido sobre todo a la alianza entre obreros y estudiantes, supone un interesante contrapunto a EE. UU. Alemania viene al caso porque su versión del 68 es a menudo vista —equivocadamente, a mi juicio— como una secuela del nazismo y/o una precuela del terrorismo de la década de 1970. Finalmente, el caso británico ilustra otro modelo del 68: el que ganó impulso en los setenta y donde el laborismo desempeñó a menudo el papel más importante.

Este libro es, ante todo, un trabajo de síntesis que bebe de la investigación de otros. Aunque también he realizado labores de archivo en el Reino Unido y Francia, he trabajado principalmente sobre fuentes secundarias y unas pocas primarias publicadas —la diferencia entre ambas resulta aquí inusualmente confusa debido a la gran cantidad de académicos que fueron «observadores participantes» del 68—. No todos los autores de cuyos relatos me he servido estarán de acuerdo con las interpretaciones que he hecho sus escritos. Quienes participaron en el largo 68 expresan a veces su indignación cuando «su versión» es explicada por una tercera persona. Entiendo que los trabajos de historia contemporánea puedan parecer extraños a quienes vivieron los acontecimientos descritos, pero no veo ningún motivo por el que los protagonistas del 68 reclamen un derecho especial a no someterse al frío bisturí de la autopsia historiográfica. Por encima de todo, este libro se propone integrar el 68 en un aspecto más amplio de la historia política del período. Sostiene que una manera de entender el 68 podría pasar por examinar a las personas que —en gobiernos, sindicatos y partidos políticos convencionales— se opusieron a la protesta o intentaron, de una manera u otra, gestionarla.

Las palabras y «la cosa»: cómo definir el 68



«La belleza está en la calle». Póster de 1968.

El político conservador Enoch Powell fue una figura central en el 68 británico. Tras su discurso sobre los «ríos de sangre» con el que arremetió en abril de ese año contra la inmigración no blanca, su presencia en las universidades fue el motivo de protesta estudiantil más común. Sin embargo, el posicionamiento del propio Powell fue extraño. Ferviente antiestadounidense, su postura con respecto a la guerra de Vietnam, por ejemplo, coincidió, en ocasiones, con la de sus peores enemigos. Igualmente, no siempre estuvo de acuerdo con los numerosos admiradores que le escribían. Así, no compartió la opinión de un remitente que aseguraba que la proliferación de restaurantes chinos en los pueblos británicos era una avanzadilla de la invasión maoísta.¹ Y cuando una madre preocupada le escribió acerca de un artículo que había leído en un ejemplar de la revista *Honey* de su hija y en el cual se hablaba de una niña que había descubierto el sexo, las drogas y la política de izquierdas en la comuna Wild Blue Yonder, Powell le sugirió amablemente que la intención del texto podría ser irónica.² Powell clasificaba las cartas que recibía en cajas marcadas con la etiqueta «Lunáticos», pero las que hablaban de contracultura, radicalismo estudiantil y poder sindical las metía en un archivo llamado, simplemente, «la Cosa».

Muchos observadores compartían con Powell la sensación de saber perfectamente de qué iba cierto tipo de radicalismo pero, al mismo tiempo, ser incapaces de dar con las palabras adecuadas para definirlo. También se generó una curiosa simbiosis entre el 68 y sus enemigos: ambos bandos se definían a sí mismos en términos de a qué se oponían o qué se oponía a ellos, más que por lo que propusiera cada uno. Stuart Hall era el tipo de persona que Enoch Powell habría identificado como parte de «la Cosa». Teórico cultural de raza negra, participante en las ocupaciones de la Universidad de Birmingham en 1968 y exponente de lo que los conservadores franceses llamarían «la pensée 68», Hall escribió en 1979 que el thatcherismo se podía definir por oposición a los «movimientos radicales y polarizaciones políticas de la década de 1960, para los cuales “1968” debe considerarse una notación conveniente, aunque inadecuada».³ En abril de 1965, Paul Potter, uno de los líderes de Estudiantes para una Sociedad Democrática en Estados Unidos, pronunció un discurso después de una manifestación en contra de la guerra de Vietnam en el que instó a

sus oyentes a identificar las estructuras contra las cuales estaban luchando y «dar un nombre a ese sistema». Algunos asumieron que «el sistema» debía ser el capitalismo, pero Potter no utilizó esa palabra. En cambio, al igual que Powell y Hall, sí tuvo la sensación de que la causa que defendía se podría definir mejor por oposición. Posteriormente, dijo: «El nombre que buscamos... no solamente “ nombra el sistema” sino que también nos da un nombre a nosotros».⁴

Las palabras —en panfletos, discursos, eslóganes y grafitos— fueron importantes en el 68. Un historiador francés escribió: «¿Revolución? El Mayo del 68 fue solamente unas de tantas palabras, y lo fue, sobre todo, porque la gente estaba harta de ser gobernada... en el lenguaje de Bossuet [el teólogo del siglo xvii]». ⁵ En el 68, algunos asumieron que huir de los formalismos de la expresión podía ser un acto político. Cuando intentaba convencer a Pierre Mendès France (nacido en 1907) para que hablara en un mitin en 1968, Michel Rocard (nacido en 1930) propuso traducir el discurso a una «jerga compatible con la del Mayo del 68». ⁶ En la prensa alternativa británica y estadounidense, los articulistas hacían arduos esfuerzos por utilizar el lenguaje de la calle: «fuzz», «pigs», «bust» (poli, pasma, trincar). En la Europa continental, utilizar el idioma inglés (británico o norteamericano) también era una manera de parecer más radical. Régis Debray, un francés que miraba a sus compañeros sesentayochistas (*soixantehuitards*) con desprecio mordaz, comentó que *Cahiers du Communisme*, una publicación de izquierdas de la vieja escuela, estaba escrito en francés, pero que quienes quisieran leer *Libération*, fundado después de 1968, «deberían saber inglés americano». ⁷ La izquierda radical alemana se comunicaba en una mezcla de «dialecto berlinés, argot estadounidense y jerga de ciencias sociales». ⁸ Mientras tanto, otros debatían sobre teoría política en un lenguaje descaradamente inaccesible. Un periodista de la prensa clandestina se quejó de que el maoísta Partido Laborista Progresista (Progressive Labour Party) habitara en «una Tierra Media tolkieniana, de hobbits y orcos marxista-leninistas, y hable en una lengua rúnica solamente inteligible por tales criaturas». ⁹

Las palabras más sencillas adquirieron connotaciones políticas en el 68. «Estudiante» estaba en boca de todos, aunque muchos de los miembros de las dos organizaciones más importantes que utilizaron esta palabra en sus nombres (la estadounidense y ya mencionada Students for a Democratic Society y la alemana Sozialistischer Deutscher Studentenbund) hacía tiempo que habían dejado de asistir a clase en la universidad. En el Reino Unido, «student» transmitía modernidad y contrastaba explícitamente con «undergraduate» (licenciado). Richard Crossman, un ministro laborista y antiguo catedrático de Oxford que se opuso con vehemencia a las protestas juveniles, escribió en marzo

de 1968 que el problema en las «viejas universidades» estalló por el hecho de que «todo el mundo es estudiante y nadie es licenciado».¹⁰

Muchas palabras que parecían dar sentido al 68 («multiversidad», «contracultura») habían sido acuñadas en los sesenta. Algunos izquierdistas llegaron a notar que nombraban una «cosa» por primera vez. Refiriéndose a un amigo estadounidense, la feminista inglesa Sheila Rowbotham recordó que «Henry había creado un nombre para todas aquellas dificultades tan desconcertantes: chovinismo masculino».¹¹ Los varones homosexuales habían utilizado el término «gay» durante mucho tiempo, pero a principios de los setenta la palabra adquirió connotaciones políticas nuevas. En la década de 1990, una historiadora que entrevistaba a miembros veteranos del Frente de Liberación Gay británico (British Gay Liberation Front, fundado en 1971) observó que habían crecido en una época en la que «homófilo» parecía el término más prudente para describir su sexualidad. Los entrevistados se irritaron cuando ella utilizó la palabra que, como activista comprometida con su generación, le salía de forma natural: «queer».¹²

Michael Schumann, miembro de una asociación de estudiantes izquierdistas alemanes, dijo en 1961: «Pertenece al movimiento surgido en Inglaterra bajo el nombre de “new left” y que en Francia se denomina “nouvelle gauche”».¹³ En Estados Unidos se utilizaba el mismo término y, en 1966, el boletín de Estudiantes para una Sociedad Democrática adoptó el nombre de *New Left Bulletin*. Resulta revelador que un líder estudiantil creyera que la «nueva» y la «vieja» izquierda en EE. UU. se distinguieran entre sí por el lenguaje que empleaban: «La vieja izquierda habría dicho contradicciones, pero paradoja fue un hallazgo intelectual, no un conflicto objetivo».¹⁴ El sociólogo C. Wright Mills, inspirador de buena parte del movimiento estudiantil en Estados Unidos, había expuesto sus puntos de vista en una «carta a la nueva izquierda» que era, en la práctica, una carta a la publicación inglesa *New Left Review*. No obstante, el término «nueva izquierda» fue ubicuo porque, sencillamente, abarcaba muchas cosas. Un informe de la CIA lo resumió así:

Informalmente apodados «Nueva Izquierda», tienen muy poco en común, exceptuando su inspiración en varios escritores notables, como el sociólogo estadounidense C. Wright Mills, el filósofo hegeliano Herbert Marcuse y el difunto psiquiatra negro Frantz Fanon ... el término «Nueva Izquierda» tiene poco significado por sí solo, excepto como recurso para distinguir a los actuales jóvenes radicales de las facciones comunista-socialistas del período de entreguerras. Se utiliza para referirse a una amalgama de grupos locales, dispares y amorfos, con líderes cambiantes y desconocidos, y programas eclécticos ... una amalgama de anarquismo, socialismo utópico y entrega imperiosa al compromiso social.¹⁵

Un término no muy utilizado en el 68 fue «68». Por entonces, quienes esperaban un cambio revolucionario asumían que la época que vivían era el preludio de algo más drástico. Algunos revolucionarios franceses no se molestaron en hacer la declaración de la renta en el verano de 1968 porque daban por sentado que el sistema burgués estaba a punto de caer —hasta que los inspectores de Hacienda se llevaron los muebles de sus casas—. Quizá precisamente porque tras los acontecimientos de Mayo del 68 llegó un período de paz, los franceses empezaron a hablar relativamente pronto del «68». Pierre Grappin, decano de la Facultad de Letras de Nanterre, se fue a Estados Unidos a finales de 1968 para escapar de las revueltas en su propia institución y, al volver, encontró «un mundo donde Mayo del 68 se había convertido en un mito que lo unía todo».¹⁶ En otros países, los revolucionarios permanecieron focalizados en el futuro más tiempo. En 1970 o 1971, un grupo de militantes italianos, por lo visto después de haber pasado la tarde consumiendo narcóticos, celebraron una sesión de espiritismo para invocar el espíritu de Frantz Fanon y preguntarle cuándo llegaría la revolución. La fecha obtenida por respuesta, 1984, les pareció decepcionantemente lejana.¹⁷ En cuanto a las palabras *sixty-eighter* o *soixante-huitard*, siempre implicaron un tiempo pretérito y a la participación en algo que ya había llegado a su fin.

Durante el 68, algunos hablaban como si la mera definición de palabras pudiera ser un acto de coerción. En Estados Unidos, una guía dirigida a gente que buscaba comunas hacía la siguiente recomendación: «Probablemente no estaría mal que te abstuvieras de ponerte un nombre ... es más difícil que hablen de ti sin un mote».¹⁸ Durante el juicio a los manifestantes de Fráncfort de 1968, cuando su abogado se refirió a la «oposición parlamentaria» a la que todos ellos declaraban pertenecer, el líder estudiantil franco-alemán Daniel Cohn-Bendit se levantó para proclamar que solamente un «parlamento de estudiantes» podía tener el derecho de decidir quién pertenecía a la oposición extraparlamentaria.¹⁹

En la práctica, a los sesentayochistas —especialmente a Cohn-Bendit— se les ha permitido a menudo definirse a sí mismos. Los relatos que de la época han hecho los protagonistas del 68 giran en torno a sus propios amigos. Cohn-Bendit publicó *Nous l'avons tant aimée, la révolution*²⁰ y la autobiografía del activista estadounidense Tom Hayden se titula *Reunion*. Sin embargo, confiar en los recuerdos de las figuras destacadas del 68 plantea algunos problemas. Los testimonios elocuentes y seguros de sí mismos no siempre son de fiar. Entrevistado en una radio francesa a finales de 2016, Cohn-Bendit recordó que Sartre le pareció intimidado cuando ambos se conocieron en 1968, lo cual no coincide ni mucho menos con el recuerdo que Sartre guardaba de aquel

encuentro.²¹ El franco-alemán también pensaba que Roger Garaudy era el líder comunista que tuvo que huir de Nanterre perseguido por los estudiantes *gauchistes* (izquierdistas) en 1968, cuando en realidad fue Pierre Juquin.

Los principales protagonistas del 68 solían tener un elevado concepto de sí mismos como figuras de su tiempo y futuros sujetos de investigación histórica. La organización armada italiana Prima Linea se autodisolvió en 1983, en parte, para permitir que sus miembros ofrecieran «una reconstrucción completa de la historia de la organización, de sus orígenes, evolución, objetivos y actividades, y evitar así que otros expliquen su versión de Prima Linea».²² En Chicago, en febrero de 1970, una de las últimas acciones que llevaron a cabo los integrantes de Estudiantes para una Sociedad Democrática justo antes de entrar en la clandestinidad y formar The Weathermen fue llamar por teléfono a un miembro de la Sociedad Histórica de Wisconsin, quien se presentó allí con una camioneta y se llevó los archivos del movimiento.²³ En París, dos grupos de historiadores solidarios con la causa recopilaron documentación relativa al movimiento estudiantil en mayo de 1968.²⁴

La propia profesión historiográfica mantuvo una relación muy estrecha con el 68. Hoy, este vínculo es objeto de estudio.²⁵ Muchos estudiantes de historia, hijos del *baby boom* de posguerra y de la expansión universitaria que estaban en la cúspide de sus carreras académicas en el 68, se vieron, en algún momento, «empujados a ser historiadores» por su compromiso político, tal como apunta Geoff Eley: «Las posibilidades de que la historia social eclosionara ... estaban estrechamente ligadas a los nuevos contextos políticos de 1968».²⁶ En Francia, Marc Heurgon abandonó su trabajo sobre el Mediterráneo napoleónico porque prefirió hacer historia como miembro del Parti Socialiste Unifié antes que escribirla. Pero otros —como Gareth Stedman Jones y Sheila Rowbotham, en el Reino Unido, o Götz Aly, en Alemania— vieron que la política y la investigación histórica estaban interrelacionadas. Unos archivos de la policía británica sobre radicales estadounidenses en Londres mencionan a Robert Brenner y Linda Gordon, más tarde profesores de historia en UCLA y la Universidad de Nueva York, respectivamente. Susan Zeiger, que publicó esporádicamente en la prensa clandestina londinense bajo el pseudónimo de «Susie Creamcheese», es, probablemente, la misma Susan Zeiger que ahora escribe sobre historia de la mujer.²⁷

Pero la relación de la historiografía con el 68 no siempre fue tan estrecha. Los historiadores más admirados por los sesentayochistas fueron, probablemente, Eric Hobsbawm (nacido en 1917), E. P. Thompson (1924) y, de una manera algo más complicada, Fernand Braudel (1902). A Braudel,

conservador y remitente de una ocasional carta de admiración a Charles de Gaulle,²⁸ no le gustaba que se desafiara a la autoridad académica en 1968.²⁹ Hobsbawm y Thompson eran más solidarios con las protestas de sus pupilos, pero también se sentían alejados de ellas. En lo político y teórico, venían de una tradición que valoraba la estructura, el rigor y cierta dosis de desapego intelectual. Por ello, a Hobsbawm le sorprendió la importancia que los radicales de Berkeley y París dieron a su obra *Rebeldes Primitivos* (1959). En ella, el historiador se proponía describir ciertas formas «prepolíticas» de rebelión, pero en ningún caso sugerir que tal rebelión fuera un modelo para el mundo moderno.³⁰ Por su parte, Thompson escribió, medio en serio, medio en broma, que los estudiantes radicales deberían aprovechar la oportunidad de pasar una temporada en «una organización realmente bien disciplinada, como el Officers' Training Corps [las unidades británicas de instrucción militar para universitarios] o el Partido Comunista de Gran Bretaña».³¹

Quizá la brecha que separó a los sesentayochistas de los historiadores mayores a los que tanto admiraban surgió, en parte, de la importancia que los primeros daban a la experiencia subjetiva —particularmente, la suya propia—, lo cual podría explicar, a su vez, las diferencias entre los sesentayochistas y los historiadores mucho más jóvenes que hoy investigan el 68. Tres investigadoras hijas de sesentayochistas —Julie Pagis y Virginie Linhart, en Francia, y Sofia Serenelli, en Italia— comprobaron que los contemporáneos de sus padres solamente se prestaban a ser entrevistados previa imposición de una serie de condiciones y que, a pesar de haber despreciado en su día el concepto de posesión, insistían en que sus relatos eran su «propiedad». Cuando Pagis envió un cuestionario a uno de sus sujetos de estudio, este le respondió: «Usted piensa que nos pueden meter en ficheros y descifrarnos a base de estadísticas ... yo solamente elegí una cosa para ser yo mismo: libre y autónomo».³²

Las historias orales, las cuales han sido especialmente influyentes en el estudio del 68, refuerzan la sensación de que los sesentayochistas tienen el derecho de explicar su propia versión de los hechos. Los sujetos de la historia oral son a menudo miembros de las mismas redes y también suelen tener autobiografías escritas —un veterano del SDS estadounidense dijo fríamente a un historiador que le entrevistó en 1997 que él era «uno de los pocos activistas que no ha escrito sus memorias»—.³³ Como resultado de ello, una misma gente produce varios relatos que se confirman mutuamente. Los sesentayochistas tienen una fijación especial por la autobiografía. Algunos de ellos crecieron en ambientes políticos donde se insistía especialmente en lo importante que era para un individuo la historia de su propia vida, como sucede en la *autocritique*

(autocrítica) comunista o la *révision de vie* (revisión de vida) practicada en determinados movimientos católicos juveniles. El recurso generalizado al psicoanálisis por parte de los sesentayochistas en el último período de sus vidas indica, como señala Julie Pagis, no sin cierto hartazgo, que muchos de ellos ofrecieron un relato muy bien ensayado de sus vidas.³⁴

Quizá porque se enfrentan a grupos de sujetos extraordinariamente estructurados y asertivos, o bien porque sienten que una actitud de superioridad magistral no sería la más adecuada para el tema, los historiadores se muestran a menudo curiosamente vacilantes e indecisos en su aproximación a los sesentayochistas. Las historias orales reproducen con frecuencia fragmentos de entrevistas sin situarlos en el contexto que sí aportarían las fuentes escritas o, incluso, otras historias orales adicionales. A veces, el simple hecho de presentar detalles fácticos banales se considera un acto de violencia contra la subjetividad. Tomemos el ejemplo de la investigación de Nicolas Daum sobre los «*soixante-huitards* anónimos», una categoría que resulta que se refiere a las personas con las que el autor compartió grupo de debate en París entre 1968 y 1972. Cada entrevista se presenta como un capítulo independiente, pero ninguno de ellos comienza con la típica reseña biográfica ni con una descripción de la persona entrevistada. Datos como la fecha de nacimiento, profesión y contexto familiar solamente aparecen, como mucho, en el transcurso de las entrevistas, y cuando un entrevistado habla de «nuestra familia», Daum añade una nota para aclarar que su interlocutor y él son primos lejanos.³⁵

No obstante, los propios historiadores también son un ejemplo del riesgo que supone fiarse de los recuerdos personales del 68. Entrevistado por colegas más jóvenes, un *chartiste* (una persona instruida en el estudio de documentos medievales) les ofreció un vívido relato de sus experiencias en Francia durante el Mayo de 1968. Más tarde se puso en contacto con ellos en un estado de cierta confusión: había encontrado su agenda de reuniones y de ella parecía deducirse que por aquellas fechas había estado en Italia. Pensaba que era posible que el viaje se hubiera cancelado, pero que no estaba seguro de ello.³⁶

Cuando publicó sus memorias en 1991, Annie Kriegel había llegado a definirse por oposición a 1968. Hablaba con desprecio de todo lo relacionado con la agitación estudiantil, si bien pensaba que los alumnos de la Universidad de Reims, donde enseñó en 1968, eran más moderados y realistas que los de Nanterre, donde ocupó una cátedra en 1969. Su visita a Berkeley en el verano anterior a su llegada a Nanterre fue una «pesadilla», ya que halló un campus marcado no solamente por los horrores de la «discriminación positiva» o los «estudios de la mujer», sino también por una jauría de perros que, tras haber sido

abandonados al finalizar el período lectivo, empezaron, según asegura Kriegel,³⁷ a devorarse mutuamente. Su relato es impresionante, pero no coincide con el de sus compañeros académicos, entre ellos, su propio hermano.³⁸ En cuanto a Paul Veyne y Maurice Agulhon, dos coetáneos de Kriegel que enseñaron en la Universidad de Aix-en-Provence, el primero recuerda el 68 como una protesta sobre estilos de vida y desvinculada de De Gaulle, a quien los estudiantes encontraban «rancio y cómico».³⁹ El segundo, en cambio, insiste en que el movimiento tuvo objetivos concretos y modestos: reformar la universidad y derrocar a De Gaulle.⁴⁰

Poner el acento solamente en los «actores» indiscutibles del 68 puede resultar engañoso. La indeterminación dentro de la militancia política afectó a mucha gente cuya relación con el 68 fue más complicada. La carrera del director de cine Louis Malle es un ejemplo de las distintas maneras de ser sesentayochista. El cineasta francés participó directamente en los sucesos de 1968 porque fue miembro del jurado del Festival de Cine de Cannes que dimitió aquel año en solidaridad con los estudiantes, y se vio envuelto en una pelea entre los universitarios y la policía cuando regresó a París. Unos años antes, en 1965, había dirigido una película, *¡Viva María!*, que inspiró a un sector de la izquierda alemana; el líder estudiantil Rudi Dutschke pensó que los revolucionarios se podían dividir en dos grupos: los que se parecían al personaje interpretado por Brigitte Bardot y los que se parecían al de Jeanne Moreau. En 1974, Malle filmó *Lacombe Lucien*, una película sesentayochista en su planteamiento de la ocupación porque subvertía una determinada idea de la Resistencia. En cualquier caso, en 1968, y con apenas treinta años de edad, Malle llevaba una década ejerciendo de director famoso. Su relación con la política también fue complicada porque se había sentido a menudo fascinado por figuras de la extrema derecha, como Drieu la Rochelle. Finalmente, en 1990, Malle rodó *Milou en mayo*, una película que describía con tono de burla los acontecimientos de 1968 a través de los ojos de una excéntrica familia burguesa de provincias. Michel Piccoli, que interpretó el papel del protagonista desengañado de mediana edad de *Milou en mayo*, había considerado la idea de abandonar su carrera artística en 1968 para dedicarse a la agitación revolucionaria a tiempo completo.⁴¹

La indeterminación en la militancia durante el 68 afectó de manera más evidente —en Europa, al menos— a las clases trabajadoras. Cuando en Francia, Italia y el Reino Unido los obreros iban a la huelga en 1968, a menudo formaban alianzas con otros tipos de militantes. Los estudiantes activistas ardían en deseos de acoger a los obreros como compañeros de lucha, pero, incluso durante los

períodos comparativamente más breves en los que hicieron huelga, los obreros raramente militaron a tiempo completo y pocas veces se consideraron a sí mismos sesentayochistas. También han sido menos propensos a escribir autobiografías que los activistas de clase media. De hecho, los arranques de reflexión autobiográfica sobre el 68 entre la clase media han contribuido a eclipsar la experiencia de la clase obrera, tal como ilustra la carrera del intelectual maoísta francés Robert Linhart. Tras abandonar la École Normale Supérieure, Linhart fue a trabajar a la fábrica Citroën en otoño de 1968 porque quería ayudar a los operarios a hacer su propia revolución. Al escribir sobre su experiencia, le gustaba evitar la autoindulgencia propia de la autobiografía: «Los burgueses se imaginan que tienen el monopolio de las historias personales ... Tienen el monopolio de hablar en público, eso es todo».⁴² Sin embargo, el debate público que suscitó Linhart se centró, voluntaria o involuntariamente, más en su vida —sus problemas psicológicos, divorcio e intento de suicidio— que en la de los obreros que describió. Su biografía ha sido relatada por sus antiguos amigos, su hija y su hermana Danièle, investigadora dedicada al estudio de 1968.⁴³

En el 68, los estudiantes han sido retratados con palabras, pero los obreros a menudo son recordados en imágenes. Las huelgas y ocupaciones de fábricas pertenecen al imaginario colectivo francés porque siempre había algún equipo de filmación presente. Sin embargo, el público sabía poquísimo de los individuos captados por la cámara. En 1996, Hervé le Roux (nacido en 1958) dirigió la película *Reprise* y la subtitó *Un voyage au cœur de la classe ouvrière* (Un viaje al corazón de la clase obrera). La cinta examina un film inconcluso, rodado en 1968, sobre la vuelta al trabajo después de una huelga en la fábrica de baterías Wonder en Saint-Ouen. En la película de 1968 aparecía una mujer que lloraba y decía: «No voy a volver, no pondré el pie en esa cárcel otra vez, es repugnante». El fragmento en cuestión había sido ampliamente difundido en documentales durante muchos años y Le Roux decidió emprender la búsqueda de la mujer. Fracasó en su intento, pero descubrió que la antigua trabajadora de Wonder se había casado, había dado a luz a una niña y había abandonado la fábrica. Sin embargo, nunca supo su nombre.⁴⁴

El 68 podía influir a cualquiera, incluso a gente pudiente como William Waldegrave. Nacido en 1946, el británico Waldegrave fue un líder estudiantil durante el 68, si bien ejerció su liderazgo en el encopetado ambiente de la Oxford Union Society, el club de debate estudiantil de la Universidad de Oxford. Estaba orgulloso de su parecido con Bob Dylan y mezclaba lo político con lo personal de una manera muy sesentayochista, como cuando describió que se

había enterado de la muerte de Robert Kennedy mientras estaba en la cama con una novia. Siendo alumno extranjero en Harvard en el curso 1969-1970, la policía le golpeó hasta dejarlo casi inconsciente tras haberse acercado demasiado a una manifestación convocada por The Weathermen.⁴⁵ Tras el suceso, envió una carta al diario británico *The Times* en la que denunciaba el comportamiento de la policía estadounidense y apostillaba que aquella dureza habría conmocionado a los habitantes de la isla de Gran Bretaña, pero no, pensaba, a quienes sufrían las delicadas atenciones de los B Specials (la Policía Especial del Úlster) en Irlanda del Norte.⁴⁶

Leyendo lo que William Waldegrave escribió durante —o sobre— el final de la década de 1960, cualquiera diría que el personaje fue un estudiante radical. En realidad, era un ambicioso político conservador. En el verano de 1968, siendo presidente de la Oxford Union Society, invitó a Quintin Hogg —un *tory* con una aversión desmedida hacia la protesta izquierdista— para debatir una moción titulada «Esta Casa no se avergüenza del imperio británico».⁴⁷ En los setenta fue miembro de un comité secreto destinado a analizar cómo se podía restaurar la «autoridad de gobierno». Una vez preguntó a sus colegas si costaría mucho reproducir en el Reino Unido el tipo de manifestaciones a favor del orden establecido que los gaullistas habían sabido organizar en París a finales de mayo de 1968.⁴⁸ Waldegrave no fue el único conservador que, en ciertos aspectos, se mostró empático con el 68. John Scarlett, que llegaría a ser diplomático y jefe del Joint Intelligence Committee británico, era estudiante en la Universidad de Oxford en 1968. Describiéndose como «conservador que, si bien en desacuerdo con la postura estadounidense en la guerra, tiene muy pocas afinidades con el Viet Cong», escribió a *The Times* para protestar contra la reacción «innecesariamente violenta» de la policía a una manifestación antibelicista a la que había asistido.⁴⁹

Algunos lectores objetarán que tratar a conservadores británicos de *sixty-eighters* implica una definición del término tan amplia que lo vacía de todo contenido. Dichos lectores deberían recordar que los estudiantes que militaron en el epicentro del 68 británico —la London School of Economics— eligieron a un conservador, Peter Watherston, para presidir su sindicato en 1968 y que, por lo visto, Watherston mantuvo con los estudiantes más radicales mejores relaciones que su predecesor, que era miembro del Partido Laborista.⁵⁰ En términos más generales, la derecha estuvo en algún momento presente en las protestas del 68. En Alemania, los estudiantes democristianos tuvieron su propia versión del 68, la cual no fue de hostilidad total hacia la protesta de izquierdas.⁵¹ En Italia, algunos simpatizantes de la extrema derecha hicieron causa común con

manifestantes estudiantiles en contra de las autoridades.⁵² En Francia, conservadores resentidos por la pérdida de Argelia dieron por sentado que cualquier enemigo de De Gaulle era amigo suyo, pero también hubo jóvenes gaullistas —los que se tomaron en serio la retórica del general sobre la reforma social— que simpatizaron con las protestas del 68. A principios de mayo de 1968, un miembro del gaullista Front du Progrès colgó una fotografía del Che Guevara con la leyenda «De Gaulle es tan rebelde como yo».⁵³ También hubo quien (como Powell en el Reino Unido o George Wallace en Estados Unidos) compartió los jaraneros sentimientos antisistema del 68 aun siendo contrario a su espíritu.

El 68 tuvo tantas facetas y ha sido estudiado desde tantos puntos de vista que el hecho de centrarse en un único aspecto puede restar importancia a los otros. Examinemos el reciente brote de libros sobre las raíces religiosas del radicalismo político de esos años. Hemos sabido que, antes de encabezar las protestas anti-Vietnam en la segunda mitad de la década de 1960, el estadounidense Tom Cornell había trabajado duramente para que se incluyera una declaración en contra de la guerra en el concilio Vaticano II, y lo hizo con tanto ahínco que un obispo lo describió como un «padre conciliar invisible».⁵⁴ También nos hemos enterado de que el dominico francés Paul Blanquart ayudó a redactar el discurso de clausura de Fidel Castro en el Congreso Cultural de La Habana de enero de 1968,⁵⁵ o de que la Iglesia Protestante de Montreuil se transformó en un centro político.⁵⁶ No obstante, conviene recordar que este fue un proceso con muchas caras. Quienes siguieron definiéndose como religiosos no fueron los mismos que rompieron con la educación religiosa. Los que redefinieron su religión (por ejemplo, los curas católicos que se casaron) no fueron los mismos que abrazaron políticas radicales manteniéndose fieles a las reglas de sus órdenes —pensemos en la monja de la novela de David Lodge *How Far Can you Go?* (1980) que asiste a manifestaciones antibelicistas en California y cree que la palabra «madres», que los manifestantes utilizan para insultar a la policía, se refiere a las madres superiores—. Sin embargo, los creyentes, sea cual fuese su fe, representaron una minoría entre los sesentayochistas, quienes, en su mayoría, se consideraban a sí mismos irreligiosos —el papel de los judíos secularizados en Francia y Estados Unidos fue particularmente importante— y algunos se oponían completamente a la religión. Un grupo de católicos progresistas intentaron fundar un nuevo tipo de comunidad en la localidad provenzal de Cadanet después de 1968, pero, por lo visto, no eran del agrado de los otros *soixante-huitards* que se habían trasladado allí previamente.⁵⁷ En cualquier caso, los radicales de izquierdas eran minoría en

las iglesias y algunos de ellos dieron el giro a la derecha como reacción a la política cultural de la década de 1960.⁵⁸ Incluso el abrazo del misticismo oriental por parte de los occidentales no fue siempre un signo de afinidad contracultural. Christmas Humphreys, el budista más destacado de Inglaterra, fue también el juez que presidió el proceso contra los estudiantes alborotadores en 1969.⁵⁹

Entonces, ¿cómo hay que definir el 68? Tuvo muchos componentes: rebelión generacional de jóvenes contra mayores; rebelión política contra el militarismo, el capitalismo y el poder político de Estados Unidos y rebelión cultural en torno a la música rock y el «estilo de vida». Estas formas de revuelta interactuaron alguna vez, pero no siempre. El 68 subvirtió o eludió las estructuras existentes y prefirió la espontaneidad a la formalidad. Las asambleas y las sentadas sustituyeron a las reuniones formales. Las huelgas no autorizadas, las ocupaciones de fábricas y los intentos de crear cooperativas obreras desafiaron al poder de sindicatos y patronos. A veces pareció como si el 68 se subvirtiera a sí mismo y los movimientos de comienzos de la década de 1970 — liberación de la mujer, liberación homosexual y algunas organizaciones entregadas a la lucha armada— fueran, en la misma medida, rebeliones contra y continuaciones de aspectos del 68.

¿CUÁNDO FUE EL 68?

Un musicólogo sugirió que el término «68», como el término «Barroco», apunta más a un estilo que a un período de tiempo. Sin ir más lejos, la música barroca ganó adeptos después del 68, en parte porque el valor que se daba a «lo auténtico» contribuyó al aumento del uso de instrumentos originales.⁶⁰ La datación del 68 se ha convertido en una cuestión especialmente relevante en Francia, donde la memoria popular se ha centrado en un año específico (1968) —o, incluso, en un mes específico (mayo)— durante el cual proliferaron los acontecimientos conflictivos. Una viñeta publicada en *Le Monde* en el 40.º aniversario de los eventos de París muestra a un hombre confundido preguntando en una librería: «¿No tiene nada sobre junio del 68?». Sin embargo, y quizá precisamente por querer escapar de la agobiante restricción que suponía centrarse en un mes de un año, los historiadores franceses han sido los que han tenido una visión más amplia del 68 y han sido más proclives a pensarlo como un período cuyos orígenes y consecuencias se remontan y extienden a antes y después de 1968. A partir de los ochenta empezaron a utilizar la expresión «años 68» para referirse a la época entre 1962 (el final de la guerra de Argelia) y 1981 (la llegada del primer gobierno Mitterrand).

Curiosamente, el término «años 68», originalmente acuñado para hablar de Francia, puede adquirir mayor trascendencia si se aplica a otros países. Muchos lugares parecían tranquilos en comparación con las espectaculares circunstancias francesas de principios del verano de 1968, pero la cosa cambia si abrimos el ángulo de visión cronológica. Algunos ven un ciclo europeo de protestas que arrancó a finales de la década de 1960 y se prolongó hasta, como mínimo, la revolución portuguesa de 1975. En Alemania, las protestas estudiantiles llegaron a su cénit en 1967, mientras que la violencia política más militarizada no comenzó hasta la década siguiente. Sobre Grecia, sometida a una dictadura militar de 1967 a 1974, los historiadores hablan de un «pre-68» que provocó en parte el golpe, o de un «post-68» que contribuyó a derrocar el régimen.⁶¹ Los italianos, por su parte, hablan de un «otoño caliente» acompañado de huelgas en 1969 y que supuso el inicio de un nuevo ciclo de protestas.

Los tiempos importan porque las interpretaciones del 68 dependen, en parte, del momento en el que detenemos el reloj. Una politóloga escribió sin ambages que «el 1968 italiano finalizó con las elecciones de 1976»;⁶² otros investigadores han visto en el «movimiento de 1977» del norte de Italia la última encarnación del largo 68. Un relato de Alemania que acabe en 1968 mostrará un movimiento estudiantil disuelto, otro que finalice en el otoño de 1977 presentará el terrorismo como el mayor legado del 68, y otro que se detenga diez o veinte años después se centrará en el nacimiento de Los Verdes y el origen de una nueva forma de política democrática.

¿DÓNDE FUE EL 68?

En 1968 hubo protestas en todo el mundo. Los diplomáticos británicos dieron cumplida cuenta de ello con el característico tono malévolo que reservaban a las desventuras de otros países. En Roma, Rodric Braithwaite, un personaje demasiado bohemio para los estándares del Foreign Office, informó de que, «con mis amigos del Movimiento Studentesco», había ido a la entonces ocupada Universidad de Roma para escuchar a James Boggs, una figura destacada del Black Power estadounidense. Su acento sureño era difícil de seguir y, por lo visto, el auditorio «no entendió lo poco que le interesaba a Boggs el movimiento revolucionario de los blancos».⁶³ Hasta Islandia estuvo paralizada por una huelga general que el embajador británico atribuyó a «una discreta captura del arenque».⁶⁴ Un delegado en un congreso de la Commonwealth sobre la cuestión concluyó que Australia occidental era el único lugar no afectado por el problema.⁶⁵

Muchos vieron el largo 68 como algo que trascendió y, quizá, subvirtió fronteras nacionales. Jefes de policía y políticos conservadores estaban obsesionados con la «conspiración internacional» que veían detrás de los alborotos en sus países. Enoch Powell, un raro ejemplo de escepticismo conservador sobre esta cuestión, escribió a uno de los muchos interlocutores epistolares con los que intercambió opiniones sobre el tema que a él, personalmente, siempre le había costado crear «una pequeña conspiración local».⁶⁶ El ministro de Interior francés Raymond Marcellin escribió un libro sobre los vínculos que había detectado entre varios movimientos.⁶⁷ El Club de Berna, que coordinaba la lucha de los gobiernos europeos contra el terrorismo en la década de 1970, había decidido en 1968 ocuparse de la «controversia juvenil».⁶⁸

En general, los adeptos a las teorías de la conspiración han achacado el origen de esta controversia a organizaciones de izquierda, posiblemente ayudadas por la Unión Soviética o China. Los gaullistas franceses, que entendían que su política exterior no encajaba muy bien con las dicotomías de la guerra fría, promovieron teorías más extravagantes. En alguna ocasión, los diplomáticos británicos llegaron a pensar que los gaullistas les podrían estar culpando de apoyar la agitación. Uno de ellos informó de las opiniones del secretario general del partido gaullista:

Francia era víctima de una conspiración internacional. Dijo que pensaba que algunas potencias extranjeras estaban implicadas (... detectamos la sutil insinuación de que nosotros podríamos estar entre ellas). Al pedirle que fuera más específico, se refirió a los israelíes y estadounidenses, y dijo que ambos tenían un enorme interés en sacarse de encima al general De Gaulle.⁶⁹

Estando de visita por las provincias francesas en mayo de 1968, el embajador británico informó sobre una creencia según la cual los agitadores estudiantiles habrían sido entrenados en Berna y Ámsterdam, pero expresó su alivio porque nadie había mencionado Londres.⁷⁰

A los estudiantes radicales les encantaban los eslóganes que los presentaban como parte de un movimiento internacional más amplio: «Rome, Paris and Berlin, we will fight and we will win» («Roma, París y Berlín, lucharemos y ganaremos»), hasta el punto de que algunos llegaron a sentirse extranjeros en su propio país. Bob Moses, miembro del Student Non-Violent Co-ordinating Committee y natural de Harlem, fue al sur de Estados Unidos para apoyar el movimiento por los derechos civiles y observó que, «cuando estás en Misisipi, el resto de América parece irreal, y cuando estás en el resto de América, Misisipi parece irreal». Hacia finales de la década de 1960, especialmente durante la

guerra de Vietnam, otros activistas llegaron a expresar una viva repulsa hacia su país. Jerry Rubin, del Youth International Party, escribió: «Soy un huérfano de Amerika. Que se joda Amerika».⁷¹ Cometer faltas de ortografía al escribir el nombre del país era todo un gesto político. Los activistas radicales negros utilizaron en algún momento la palabra «Amerikkka» en sus escritos. Y para los descendientes de inmigrantes judíos, como Rubin, la palabra «Amerika» podía tener un significado especial, ya que evocaba la compañía transatlántica Hamburg-Amerika-Line que había traído a sus abuelos al país en el que tan desesperadamente querían integrarse. El Reino Unido tampoco fue una excepción y el rechazo a la *englishness* fue a menudo visto como un distintivo de respetabilidad radical, si bien algunos izquierdistas reconocieron que los ejemplos más entusiastas de los valores ingleses (y encarnizados contrarios al 68) eran intelectuales judíos de Europa del Este, como Isaiah Berlin.

La protesta también fue, muchas veces, internacional. En mayo de 1968, cuando unos estudiantes ocuparon el Instituto Británico de París, las autoridades del Reino Unido no consiguieron determinar si la mayoría de ellos eran franceses, británicos o procedentes de países más lejanos —el director del instituto comentó, con cierto enfado, que había llegado a su sede una cuantiosa factura en concepto de llamadas telefónicas a México durante la ocupación—.⁷² Las embajadas eran lugares de protesta y, en ocasiones, de encuentros internacionales. Mientras hacía guardia a las puertas de la embajada estadounidense en Londres, un sargento del Cuerpo de Marines mantuvo una breve conversación con dos activistas del Black Power británico. Posteriormente, el marine explicó a la policía londinense que «les conté una serie de estupideces sin sentido más o menos amables».⁷³

La CIA calculó que, en los años 1967 y 1968, hubo simultáneamente noventa mil estudiantes extranjeros en EE. UU. y ochenta mil estadounidenses estudiando fuera de su país. A veces, una breve estancia en el extranjero —a menudo evocada de manera muy tergiversada— formaba parte de la autoafirmación de los jóvenes como forasteros de su propia cultura. Gareth Stedman Jones, quien más tarde se convertiría en una de las principales figuras del *student power*, pasó diez meses en París tras abandonar la selecta St Paul's School londinense:

Fui a Oxford en octubre de 1961. Fumaba Gitanes e iba impecablemente vestido con lo mejor que se podía encontrar en la *Rive gauche*. Mi época en Francia reforzó en mí la idea, compartida por muchos de mis amigos a principios de los sesenta, del Reino Unido como una especie de antiguo régimen presidido por un par vitalicio que todavía se aferra a la pompa decadente del refinamiento eduardiano.⁷⁴

La cifra de jóvenes franceses que llegaron al Reino Unido fue superior a la del número de británicos que viajaron a Francia. En julio de 1968, cien mil franceses, principalmente adolescentes, se matricularon en cursos de lengua en Gran Bretaña.⁷⁵ Fueron pocos los que descubrieron allí el radicalismo político —es de suponer que los padres burgueses estuvieran encantados de tener a sus hijos alejados de los *comités d'actions lycéens* y prudentemente instalados en alguna localidad costera inglesa—, pero viajar podía estimular la reflexión de la manera más inesperada. Guy Hocquenghem, futuro fundador del Front Homosexuel d'Action Révolutionnaire, recordó el *séjour linguistique* al que asistió a la edad de doce años con una familia de clase obrera en Shoreham-by-Sea, donde «se cenaba a las seis» y comía «una tostada con judías pintas para desayunar».⁷⁶

No solamente viajaban los jóvenes. Herbert Marcuse, el filósofo judío alemán nacido en 1898, se había trasladado a Estados Unidos durante la segunda guerra mundial y en 1968 cautivaba las aulas en la Universidad de California — fue él quien incitó a Angela Davis a irse a estudiar a Fráncfort—. Marcuse pasó un breve período de tiempo en París en mayo de 1968 (volvió a California poco antes de que el líder comunista George Marchais denunciara su perversa influencia sobre la juventud). En una reunión con el Consejo de Ministros británico en febrero de 1969, el presidente estadounidense Richard Nixon sugirió lo siguiente después de una de las típicas intervenciones apocalípticas del ministro Richard Crossman: «¿Por qué no nos dais a Dick Crossman y os enviamos a Marcuse?».⁷⁷

Las nacionalidades quedaron asociadas con distintas tendencias políticas. Cuando a un comunista francés se le llamaba «italiano», podía significar que en él tenían gran influencia las obras de Antonio Gramsci o que, simplemente, estaba más abierto a las reformas que sus autoritarios líderes de partido. A los maoístas europeos se les llamaba «chinos», aunque no todos admiraban incondicionalmente el país de Mao. Los gentilicios «americano» o «californiano» se utilizaban a menudo para etiquetar a los que gastaban energías en nuevos estilos de vida antes que en la teoría política que tanto interesaba a los contemporáneos europeos. Colin Crouch escribió lo siguiente sobre sus compañeros de clase de la London School of Economics:

Conviene señalar una diferencia de énfasis sobre estas cuestiones entre los marxistas de la vieja escuela, quienes estaban principalmente interesados en desarrollar un modelo de acción directa, y los anarquistas, libertarios y estadounidenses, cuyo interés se centró en construir una comunidad.⁷⁸

La contrarrevolución también se describía frecuentemente en términos de comparación internacional. El politólogo francés Maurice Duverger calificó de «griega» la ley que prohibía determinados partidos políticos, dando a entender que era un tipo de legislación que él asociaba a la dictadura de los coroneles del país heleno. Gaston Defferre, alcalde socialista de Marsella, dijo que temía una dictadura «griega» en su país.⁷⁹

Algunos izquierdistas europeos se unieron a los movimientos guerrilleros de Latinoamérica. Michèle Firk, francesa nacida en 1937 y, al igual que muchos de sus compatriotas judíos de su generación, perseguida por el recuerdo de la segunda guerra mundial, se enroló en las Fuerzas Armadas Rebeldes guatemaltecas y se suicidó tras ser capturada en 1968.⁸⁰ Régis Debray fue hecho preso en Bolivia en 1967 después de haberse encontrado —sin llegar a las manos— con el Che Guevara. Su juicio provocó una curiosa alianza internacional cuando Lothar Menne (alemán), Robin Blackburn (inglés), Perry Anderson (aristócrata irlandés) y Tariq Ali (titular del único pasaporte pakistaní que las autoridades bolivianas habían visto) fueron a sacarlo de allí.

Tanto Debray como Guevara visitaron la Cuba castrista, un importante centro de atracción de radicales durante el 68. Tenía la ventaja de ser un país comunista que no parecía estar vinculado, al menos al principio, con la ortodoxia soviética. Y como anfitriona de la conferencia tricontinental de 1966, Cuba también fue un centro de los movimientos de rebelión en África y América Latina. Argelia fue otro ejemplo de la compleja relación entre los radicales del occidente industrializado y el tercer mundo. Los acontecimientos de 1968 en Francia fueron, en parte, deudores de la guerra de independencia argelina desarrollada entre 1954 y 1962, pero, muy probablemente, los estudiantes franceses guardaban en su memoria menos recuerdos directos del conflicto que los obreros o, por supuesto, los gaullistas. Tras la independencia de Argelia, el director italiano Gillo Pontecorvo filmó, en colaboración con el gobierno argelino, *La batalla de Argel*, estrenada 1966. La propia película fue un proyecto multinacional. En ella participaron actores argelinos y franceses, pero también congregó a un grupo variopinto de personas que estaban casualmente de paso, incluido un inglés, músico callejero de jazz de gira por el mundo, que se sometió a un severo corte de pelo y pasó algunas semanas interpretando el papel de un legionario alemán. La película estuvo prohibida durante muchos años en Francia, pero tuvo una enorme influencia entre los radicales británicos y estadounidenses.

Un gran número de militantes —los llamados «*pieds rouges*»— marcharon a Argelia después de que el país obtuviera la independencia en 1962. Fue en un campamento para jóvenes argelino donde Tiennot Grumbach conoció a algunos

de los maoístas y trotskistas con los que trabajaría en Francia en 1968. Más tarde, Argelia se convirtió en un refugio de prófugos estadounidenses, como Eldridge Cleaver, de los *panteras negras*, o Timothy Leary, el impulsor del LSD que se fugó de una cárcel californiana ayudado por algunos *weathermen*. Para entonces, no obstante, muchos izquierdistas europeos ya se habían vuelto incómodos para los aspectos autoritarios del nuevo país norteafricano. El golpe de estado llevado a cabo por Boumédiène en 1965 animó a muchos *pieds rouges* a abandonar Argelia.⁸¹

Dicho esto, el 68, al menos en su versión europea occidental y estadounidense, no debe interpretarse necesariamente como elemento de historia «transnacional» o «global». El contacto entre países, particularmente las democracias industrializadas occidentales, y el resto del mundo fue a menudo más aparente que real; de hecho, disminuyó durante el 68. El «sendero hippie» que atravesaba Asia atrajo principalmente a adolescentes occidentales colocados que solo hablaban entre ellos a lo largo de unos puntos de encuentro muy consolidados que iban del Pudding Shop, en Estambul, a las playas de Goa. La Revolución Cultural china —cuya imagen fue tan atractiva para algunos occidentales— restó posibilidades a los forasteros de visitar realmente el país o, si lo hacían, de saber qué estaba pasando allí.

Ir a un país extranjero no siempre significaba interactuar con sus habitantes. De hecho, para algunos activistas de izquierdas, viajar era poco más que hacer turismo. Tariq Ali —quien, en los ratos libres que le dejaba el fomento de la revolución, escribía artículos de viajes para una elegante revista londinense— era muy dado a frases como «Praga es una ciudad para visitar en cualquier estación del año». De hecho, la capital checa ejemplifica los límites del intercambio transnacional durante el 68. Es cierto que la Primavera de Praga coincidió con el apogeo de muchos movimientos de protesta occidentales y que, en general, los estudiantes del oeste se solidarizaron con la situación de sus coetáneos praguenses. Sin embargo, las aparentes similitudes entre Checoslovaquia y el mundo occidental podían resultar engañosas. Tom Hayden tuvo una breve aventura amorosa con una mujer checa durante una parada en su viaje a Vietnam del Norte. El ambiente que halló le recordó a Berkeley, pero los principios políticos eran distintos: descubrió que su amante, como muchos otros checos inteligentes, daba por sentado que cada palabra que emanaba del régimen era exactamente lo opuesto a la verdad y que, por consiguiente, la intervención estadounidense en Vietnam debía ser algo bueno.⁸²

El checo Jan Kavan fue uno de los líderes estudiantiles que participó —junto con Tariq Ali, Daniel Cohn-Bendit y Karl Dietrich Wolff— en un

programa de televisión de la BBC sobre la revuelta estudiantil en junio de 1968. A pesar de su procedencia, era capaz de dirigirse a una audiencia occidental y había podido escapar con relativa facilidad cuando los tanques entraron en Praga, ya que había nacido en Londres y su madre era inglesa. En cuanto a Václav Havel, el más célebre de los sesentayochistas checos, uno de sus biógrafos describe cómo llegó a París, de camino a Nueva York, el 13 de mayo de 1968. Havel se había citado con su compatriota expatriado Pavel Tigrid en el aeropuerto parisino, pero no tenía visado para entrar en Francia. De repente, el personal del aeropuerto y los funcionarios de aduanas abandonaron sus puestos de trabajo para unirse a la huelga general y le dejaron vía libre para entrar en el país:

Los muros entre este y oeste se desmoronaron ... Las fronteras ya no tenían sentido. Los documentos de identidad quedaron obsoletos. La vigilancia solamente era una palabra. Nadie hacía preguntas. La distinción entre ciudadano y extranjero, entre iniciado e intruso, quedó abolida. Todos éramos iguales.⁸³

Una historia maravillosa, pero incierta. El 13 de mayo, Havel llevaba ya tres semanas en Nueva York.⁸⁴

La retórica de la conexión global también podía cubrir actividades de corte provinciano. El escritor y crítico social Richard Neville llegó a Londres para reunirse con su hermana Jill después de haber viajado desde su Australia natal haciendo autostop por medio mundo. No obstante, su conocimiento de la política fuera de lo que sucedía en el West London era a veces precario. Neville cuenta que, en una manifestación contra la guerra de Vietnam en 1969, él y su novia «estábamos tan aturdidos por la proliferación de grupos disidentes de la nueva izquierda, que nos fuimos a las filas donde estaban los expatriados australianos, visibles por la bandera nacional que ondeaban». Neville, todavía nostálgico por su país natal, se ofendió cuando la intelectual feminista australiana Germaine Greer agarró la bandera y le prendió fuego.⁸⁵

La cultura nacional mantuvo su importancia durante el 68. Al principio hubo algunos radicales que adoptaron activamente las tradiciones nacionales. Así ocurrió en Francia, donde la referencia a un acervo revolucionario específicamente francés fue casi obsesiva, y en Estados Unidos —al menos a principios de la década de 1960—, donde algunos izquierdistas insistieron en reivindicar una conexión con formas de radicalismo nativo como alternativa al marxismo internacional. Incluso los gestos que parecían actos de rebeldía contra la nación podían adoptar formas específicamente nacionales. Cuando los manifestantes franceses coreaban *nous sommes tous les juifs allemands* (todos somos judíos alemanes), se estaban refiriendo a la experiencia de Francia

durante la ocupación, y su hostilidad hacia las tendencias que ellos asociaban con la colaboración era comparable con el entusiasmo que sentían por aquellos a los que asociaban con la resistencia. Aún en mayor medida, los radicales alemanes tenían motivos específicamente alemanes para rechazar una parte de su pasado nacional.

En ocasiones, los militantes del 68 se preocuparon más por las comunidades intraestatales y los colectivos transnacionales que por el propio estado. El regionalismo fue importante en el oeste de Francia, especialmente la Bretaña. Irlanda del Norte vio aumentar el número de católicos que querían separarse del Reino Unido y de protestantes que querían defender su estatus especial dentro de él. En Canadá, miembros del Front de Libération du Québec (FLQ) se rebelaron contra el gobierno anglófono, aunque no todos ellos eran francófonos o, ni siquiera, canadienses. Hasta que los líderes del movimiento no huyeron finalmente al exilio cubano, el FLQ proporcionó inspiración y, a veces, ayuda práctica a radicales de Estados Unidos y Francia (aunque es de suponer que su noción de antiimperialismo era distinta de la de Charles de Gaulle, quien en 1967 clamó por un «Quebec libre» y comenzó 1968 con un malicioso deseo de buena voluntad dirigido a la población francesa de Canadá). En Bélgica, la Universidad de Lovaina quedó dividida por un conflicto originado, en parte, por quienes defendían los derechos de los hablantes flamencos.

Incluso las ideas que, aparentemente, tenían un atractivo internacional podían cambiar de sentido cuando traspasaban fronteras. Así, el «personalismo» del filósofo católico Emmanuel Mounier probablemente les pareció más radical a los jóvenes estadounidenses que a los de Francia, donde se identificaba a la Iglesia Católica con la derecha política. Asimismo, ser miembro del Partido Comunista era distinto para un europeo —sobre todo para los que todavía se acordaban del estalinismo— que para un estadounidense. El filósofo francés Edgar Morin —autor de *Autocrítica* (1959), un clásico del desencanto de los ex comunistas— admiraba a Angela Davis, pero la decisión de la activista afroamericana de afiliarse al Partido Comunista despertó en el francés una «familiar y dolorosa sensación de hipocresía».⁸⁶

La distinta acogida que tuvieron Jean-Paul Sartre y Albert Camus a ambos lados del Atlántico también resulta reveladora. Sartre, cuya importancia había parecido disminuir en los sesenta cuando el estructuralismo desplazó al existencialismo como moda intelectual, alcanzó nuevas cotas de fama durante las protestas estudiantiles de 1968. Su llamada al compromiso político encajó a la perfección con el espíritu de la época (a ello ayudó también el hecho de estar físicamente presente en el Barrio Latino). Camus, en cambio, había muerto en un accidente de coche en 1960 y sus ideas no influyeron en el 68 francés. Su

reputación entre la izquierda gala se había visto dañada por su reticencia a condenar al estado Francés durante la guerra de Argelia y por el viperino ataque a su pensamiento filosófico publicado por Francis Jeanson, protegido de Sartre, en la revista *Les Temps Modernes*.

En Estados Unidos, en cambio, el relativo prestigio del que gozaron ambos autores fue el opuesto. Sartre resultaba poco atractivo para los que no habían sido educados con dosis de filosofía continental, mientras que Albert Camus poseía cualidades que atraían particularmente a la juventud anglosajona. Era físicamente mucho más atractivo que Sartre y su muerte prematura —como ocurrió con James Dean o John F. Kennedy— lo mantuvo eternamente joven, y sus escritos eran más claros y explícitamente morales que los de Sartre. John Gerassi, hijo de un amigo de Sartre que se había trasladado a EE. UU., comenzó un trabajo de investigación de posgrado en la Universidad de Columbia sobre el cisma Sartre/Camus, pero lo abandonó. Más tarde le dijo a Sartre: «Nunca habría conseguido doctorarme en Estados Unidos criticando a Camus».⁸⁷ Los jóvenes norteamericanos eran especialmente propensos a leer la variedad camusiana del existencialismo como si tuviera connotaciones religiosas. De hecho, *El extranjero* fue publicado en el Reino Unido como *The Outsider*, mientras que en Estados Unidos lo hizo con un título con ligeras resonancias bíblicas: *The Stranger*. Las ventas de esta novela en EE.UU. alcanzaron las trescientas mil copias en 1968.⁸⁸

Sartre también gozó de un interés renovado durante el 68 estadounidense, pero fue principalmente porque los activistas del Poder Negro leyeron el prefacio que el francés había escrito para *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, un libro que, a su vez, fue el resultado de intrincados intercambios transnacionales, ya que su autor, natural de Martinica y educado en Francia, lo había escrito mientras daba clases a militantes argelinos en Túnez. Sus ideas sobre la cuestión racial se habían inspirado, en parte, leyendo a Chester Himes, el autor afroamericano residente en París que escribió novela negra *hardboiled* ambientada en el Harlem neoyorquino.

Como se ha subrayado en la introducción, este es un libro sobre las democracias industrializadas occidentales y en él se examina el largo 68, el cual se extiende desde principios de la década de 1960 hasta algún momento de los setenta. Sin embargo, también es una obra de límites difuminados. Un relato del 68 no puede ignorar las postrimerías de los noventa, cuando algunos ex sesentayochistas —como Joschka Fischer, Bill Clinton o Jack Straw— ostentaron altos cargos gubernamentales. En términos geográficos, tampoco es posible aislar Europa Occidental y Estados Unidos del resto del mundo. Incluso

China incidió ocasionalmente en el 68 occidental. Posiblemente, el significado real de su Revolución Cultural solamente fue un concepto abstracto para los maoístas del primer mundo, pero lo cierto es que los funcionarios británicos tuvieron que afrontar sus efectos en Hong Kong y los Nuevos Territorios.^{[89](#)}

Finalmente —y quizá sea lo más importante—, no creo que el estudio del 68 pueda aislarse de lo que sería la historia política tradicional. Algunos sesentayochistas rechazaron las políticas convencionales y las redujeron a someras abstracciones del tipo «fascismo», «imperialismo» o «poder». Colin Crouch escribió que la actitud de sus compañeros de estudios hacia la autoridad y, en particular, la propensión de estos a dar por sentado que ocupar una universidad británica podía ser un medio legítimo para expresar su descontento hacia la política exterior estadounidense, podía deberse a que, «[para] la extrema izquierda no existen “autoridades individuales”. Solamente existe una “autoridad” monolítica continua».^{[90](#)}

Sin embargo, las divisiones nunca fueron tan nítidas como algunos pretendieron simular desde ambos lados. El radicalismo de finales de la década de 1960 fue, a menudo, fruto del reformismo de principios de la misma y a veces se mezcló con formas de política —u organización del trabajo— más convencionales en los setenta. Lejos de interpretarlo como un signo de que los sesentayochistas se vendieron o de que el sistema los manipuló, me da la sensación de que la importancia a largo plazo del 68 reside, precisamente, en cómo los movimientos de ese período interactuaron con la política convencional.

La generación del 68



Miembros de Estudiantes para una Sociedad Democrática, Indiana, septiembre de 1963.

Somos la gente de esta generación, criada en una, como poco, modesta comodidad, alojada hoy en las universidades y que observa con incomodidad el mundo que ha heredado.

Declaración de Port Huron,
Estudiantes para
una Sociedad Democrática, 1962

Generación: juro que nunca más volveré a pronunciar esta palabra ... Me disgusta la idea de pertenecer a un bloque coagulado de decepción y amiguismo que solamente empieza a sentir su identidad cuando se ve inmensamente traicionado por la madurez.

GUY HOCQUENGHEM (*soixante-huitard*)
criticando a sus coetáneos en
1986¹

Las maldigo [a las madres]
por haber tenido unos hijos tan
espantosos.

NANCY MITFORD, comentario acerca
de
la Fête des Mères durante la
revuelta estudiantil
de París, 12 de mayo 1968²

«Generación» fue un término ampliamente utilizado durante el largo 68. En una manifestación en Berkeley en 1964, el activista estudiantil Jack Weinberg clamó: «No os fieis de nadie que tenga más de treinta años». El hecho de que la rebelión política estallara, por regla general, en un momento en el que un amplio conjunto

de la población rondaba la veintena y que ello coincidiera con la expansión académica y el crecimiento de una «cultura juvenil», resulta significativo. Sin embargo, saber qué significa ello exactamente ya es más complicado de lo que parece a simple vista. Algunas declaraciones de identidad generacional salieron de personas nacidas antes del final de la segunda guerra mundial o, incluso, antes de su estallido. Tom Hayden, autor del borrador de la Declaración de Port Huron (véase el capítulo 4) nació en 1939. Jack Weinberg nació en 1940 y su observación de 1964 fue, en realidad, un ataque a la «vieja izquierda» más que a las generaciones anteriores.

La «brecha generacional» en la política durante la década de 1960 dividió, en determinados momentos, a personas de edades muy próximas. Michael Harrington, el socialista y crítico social estadounidense, asistió al congreso del cual saldría el borrador de la Declaración de Port Huron, pero allí se peleó con sus camaradas más jóvenes, particularmente con Hayden. Más tarde, Harrington expresó su arrepentimiento por aquella «rabieta de persona de mediana edad» y dijo que había interpretado las críticas hacia él como un «asalto edípico a la figura del padre». Harrington tenía treinta y cuatro años cuando se produjo la disputa.³ Enfrentarse al radicalismo estudiantil podía, en efecto, convertirse en una toma de conciencia obsesiva del paso de los años para quienes se adentraban en la mediana edad. En 1967, tras su paso estelar por el congreso sobre dialécticas de la liberación celebrado en Londres, el psiquiatra británico R. D. Laing reflexionó en su diario sobre su cuadragésimo cumpleaños. La efeméride —escribió— reflejaba «el paso de Ícaro a Dédalo, de Edipo a Layo, de *enfant terrible* a *grand old man*...».⁴

Una minoría significativa de radicales no eran precisamente jóvenes a finales de la década de 1960. Maria Jolas era una cabecilla de los estadounidenses afincados en París que se manifestaban contra la guerra de Vietnam y traducía al inglés los documentos sobre las protestas parisinas de 1968 que recopilaba su amigo Pierre Vidal-Naquet (nacido en 1930).⁵ Jolas había nacido en 1893 en el seno de una familia rica de Kentucky. Desde la década de 1920 había vivido principalmente en Francia y, durante una temporada, había ocupado la casa de Colombey-les-Deux-Églises que posteriormente se haría famosa como residencia de campo de De Gaulle.⁶ Lady Dorothea Head, nacida en 1907, era hija del conde de Shaftesbury y esposa de un político *tory*. Durante la guerra de Vietnam se pasó repentinamente a la izquierda y, en una ocasión, se presentó en la Oxford Union Society para interrumpir a su marido e hijo, quienes estaban interviniendo para impedir una moción contra EE. UU. Incluso entre los que se definían a sí mismos como

«líderes estudiantiles» —lo cual no siempre quería decir que fueran estudiantes — el espectro de edades también era muy amplio. Aparte de Tom Hayden (nacido en 1939), entre los cabecillas de Estudiantes para una Sociedad Democrática estaban también Todd Gitlin (1943), Carl Oglesby (1935) y Bernardine Dohrn (1942). Los líderes de SDS (como Mike Spiegel o Mark Rodd) nacidos después de la segunda guerra mundial fueron minoría, incluso a finales de los sesenta.

Por otro lado, también hubo sesentayochistas demasiado jóvenes para ser estudiantes universitarios. La concentración de liceos elitistas en París y los estrechos vínculos entre estas instituciones y las universidades permitieron que los alumnos de secundaria —nacidos a principios de los cincuenta, como Nicolas Baby, de la Alliance Marxiste Révolutionnaire— pasaran a formar parte de la revuelta estudiantil y, a partir de 1967, crearan los *comités d'actions lycéens*. En Estados Unidos, los alumnos de secundaria de las *high schools*, fueron, en ocasiones, tan radicales como sus compañeros universitarios, particularmente en los años posteriores a 1968. En 1970, la joven Gael Graham protestó contra la invasión de Camboya por parte de su país haciendo jirones una bandera estadounidense. No pudo quemarla porque tenía doce años y sus padres no le dejaban llevar cerillas encima. Una investigación del Congreso de EE. UU. desveló que el 18 % de los alumnos de secundaria había presenciado disturbios en 1968, mientras que el año siguiente el porcentaje había ascendido hasta el 40 %.⁷ En Italia, durante los últimos años de la década de 1960 y principios de los años setenta, hubo 270 protestas en escuelas secundarias contra 143 en universidades. Las protestas en las primeras llegaron después que en las segundas —cuyo período más álgido fue entre 1967 y 1969— y, al parecer, los más propensos a tomar después las armas en grupos terroristas fueron los radicalizados en las escuelas antes que en las universidades.⁸

Algunos activistas plantearon en 1968 la teoría de que los jóvenes (refiriéndose, en la práctica, a los estudiantes universitarios) debían ser una «vanguardia» que proveyera el liderazgo revolucionario que las clases obreras eran incapaces de proporcionarse a sí mismas, o que los estudiantes eran tan numerosos y, en relación con sus predecesores, tan desfavorecidos, que también se habían convertido en una especie de clase. Para muchos, sin embargo, la juventud era una etapa más en la vida y no una clase social. En la presentación de un informe sobre «juventud» en 1966, Charles de Gaulle dio su opinión al respecto:

No habría que ver a la juventud como una categoría aparte. Uno es joven y, después, deja de serlo. Ellos seguirán siendo jóvenes hasta que la buena fortuna se lo permita, pero no

constituyen una categoría aparte. Son franceses al comienzo de su existencia, no hay nada de especial en ello.⁹

François Mitterrand lo planteó de una manera más lacónica cuando, en 1968, explicó a un grupo de líderes estudiantiles que «ser joven no dura mucho; se pasa más tiempo siendo viejo».¹⁰

Incluso la gente relativamente joven que participó en las protestas de 1968 se mostró en ocasiones reacia a pensar que la generación pudiera trascender a las ideologías o las clases. Así fue para muchos en Francia, donde los activistas estudiantiles se veían como parte de una tradición revolucionaria que se remontaba a la Resistencia e, incluso, al siglo XIX. Pensaban que las interpretaciones generacionales trivializaban su protesta y la vaciaban de contenido político. Juliette Minces, una socióloga de izquierdas nacida en 1937, escribió lo siguiente poco después de 1968: «Esta revuelta fue ... el signo de una grave revuelta política y no, como muchos “pensadores” han intentado hacernos creer, un conflicto entre generaciones o la expresión de una nueva clase social ... formada por jóvenes y estudiantes».¹¹

En Estados Unidos, los militantes negros en torno a Angela Davis eran principalmente jóvenes. La propia Davis había nacido en 1944. Jonathan Jackson, quien intentó sacar a su hermano de la cárcel utilizando una pistola de la activista, tenía diecisiete años cuando la policía le disparó en 1970. No obstante, Angela Davis habló más de raza y clase que de edad. De hecho, fue sumamente consciente del legado intergeneracional que la vinculaba a la opresión que habían padecido sus mayores, especialmente su abuela, fallecida cuando Angela tenía doce años y nacida pocos años después de la emancipación de los esclavos en los estados sureños.

Las definiciones de lo que se consideraba «juventud» fluctuaron durante los últimos años de la década de 1960. En el Reino Unido, el Informe Latey recomendó en 1967 rebajar la mayoría de edad (es decir, la edad en la que ya se podía disfrutar de los derechos de un adulto) de 21 a 18 años; las recomendaciones del informe se aplicarían en 1970. La edad mínima para ejercer el derecho al voto pasó de 21 a 18 en Alemania Occidental en 1970; en Estados Unidos, en 1971; en Francia, en 1974 y en Italia, en 1975. Los cambios sociales —como la prolongación de la escolaridad obligatoria— también alteraron las fronteras entre la niñez y la edad adulta.

El largo 68 alteró en ocasiones la manera como la gente pensaba sobre su propia edad. El simple hecho de dar la fecha de nacimiento podía constituir un acto político. Cuando a Abbie Hoffman (nacido en 1936) le preguntaron la edad en su juicio por incitación al desorden público en Chicago en 1968, dio una

respuesta muy propia de la contracultura estadounidense. Afirmó haber nacido en 1960: «espiritualmente, soy un hijo de los sesenta». Cuando al alemán Thorwald Proll (nacido en 1941) también le hicieron la misma pregunta en su proceso por incendiar unos grandes almacenes en 1968, respondió con unas palabras que sugerían hasta qué punto los sesentayochistas europeos seguían anclados en antiguas tradiciones políticas. Dijo haber «nacido en 1789», año de la Revolución Francesa.¹²

Las mujeres, especialmente ellas, eran conscientes de que la edad biológica ya no era tan importante como lo había sido para sus padres. Sheila Rowbotham escribió sobre cómo se veía a sí misma en 1968:

Estaba a punto de cumplir veinticinco, esa vieja línea divisoria que, apenas unos pocos años antes, te habría situado indudablemente en la edad adulta. Sin embargo, no me sentía en absoluto adulta. Al fin y al cabo, habíamos cambiado las reglas del juego y ya nada significaba lo mismo que antes.¹³

Luisa Passerini (nacida en 1941), refiriéndose principalmente a Italia, preguntó: «¿Cuántas personas de las generaciones nacidas entre el final de la década de 1930 y principios de los años cincuenta tuvieron un 1968?». Passerini dividió a los sesentayochistas entre los que estaban en la universidad, los que habían finalizado los estudios y encontrado empleo, y los que todavía iban a la escuela. Pero añadió que la «edad biológica» tenía un carácter más «determinante de afiliación» para quienes habían nacido después de 1950 y «notaban el movimiento estudiantil universitario, pero en sus escuelas».¹⁴

La idea de edad entre los compañeros estudiantes de Passerini era distinta de la que tenían los obreros con los que se aliaron. En general, un trabajador italiano de veintiséis años ya había pasado doce como asalariado y llevaba varios años casado. Si era varón, probablemente ya habría hecho el servicio militar, y si era mujer, seguramente tendría hijos. Rowbotham, por su parte, tuvo una experiencia distinta con la edad cuando intentó organizar a las limpiadoras de oficinas a principios de la década de 1970. Sus nuevas camaradas —mujeres procedentes del estrato menos favorecido de la clase obrera— rondaban mayormente la treintena o la cuarentena, pero «parecían mayores para la edad que tenían».¹⁵ Los obreros que participaron en las huelgas del 68 tampoco eran todos jóvenes. Los informes de varones que solicitaron tratamiento hospitalario después de un enfrentamiento entre huelguistas y antidisturbios en la fábrica Peugeot de Sochaux revelan que solamente tres de veinte trabajadores tenían menos de veinticinco años. Siete de ellos habían nacido en 1928 o antes.¹⁶

La propia militancia podía sumir a algunos en lo que los conservadores

habrían descrito como adolescencia prolongada, es decir, la incapacidad para acatar los ritos convencionales del paso a la edad adulta. Un varón de clase obrera nacido en 1940 rompió con la sociedad establecida y se puso a viajar después de no superar las pruebas médicas para el servicio militar a finales de los años cincuenta. Poco antes de 1968, un psicólogo le dijo que tenía que «hacerse adulto». Entonces, buscó un trabajo de jornada completa, pero la revuelta estudiantil dio otro vuelco radical a su vida y, finalmente, se matriculó en la nueva facultad de Vincennes, creada por sesentayochistas para aceptar a gente sin diplomas convencionales. Allí prolongó sus días de estudiante hasta bien entrada la treintena.¹⁷

Algunos historiadores dividen la generación del 68 en «microcohortes». En Suiza, el 70 % de los activistas radicales tenía veinticinco años en 1967. Este porcentaje descendió hasta un 62 % entre 1968 y 1970, presuntamente porque los activistas envejecieron, pero después aumentó hasta un 75 % entre 1971 y 1973, presuntamente porque las revueltas de 1968 habían radicalizado a nuevos grupos de jóvenes, antes de descender hasta un 54 % en 1974-1976.¹⁸

Visto en retrospectiva, algunos de los que participaron en el 68 tendieron cada vez más a definirse a sí mismos en términos generacionales. A veces lo hicieron así porque su propia percepción de sus vidas estaba influida por la manera como eran retratadas. La cualidad «apolítica» de la generación, o, como mínimo, su falta de vínculos evidentes con las políticas de la extrema izquierda, la cual había rechazado a algunos sesentayochistas en su momento, llegó a atraer a muchos de ellos más tarde. Así, quienes habían abandonado los programas políticos específicos de su juventud seguían asociándose a sí mismos con lo que llegaron a considerar el estilo general de sus contemporáneos. Daniel Cohn-Bendit insistió cada vez más en su pertenencia a la «generación del 68» como forma de reclamar coherencia en una época en la que había dado un giro ideológico al abrazar la política electoral. En Alemania, un sentimiento de generación pareció ofrecer unidad y respeto mutuo tras la enconada fragmentación del radicalismo que siguió a 1968. Klaus Hartung, ex activista estudiantil, empezó en 1978 a hablar de la «generación del 68» como un intento deliberado de unir a una parte de la izquierda.¹⁹

EL BABY BOOM Y SUS MAYORES

Las interpretaciones generacionales del 68 están estrechamente relacionadas con la explosión demográfica de posguerra. En Estados Unidos y buena parte de Europa Occidental, los índices de natalidad aumentaron considerablemente

después de 1945, cuando los soldados volvieron del frente. Pero en Alemania e Italia no sucedió lo mismo. Ambos países habían experimentado un aumento de sus índices de natalidad durante la década de 1930, debido en parte a las políticas gubernamentales creadas para promover el crecimiento demográfico. En Alemania, los efectos del nazismo y la guerra crearon patrones de división generacional particularmente complicados (véase el capítulo 6).

El *baby boom* de posguerra solo es pertinente a la luz de los acontecimientos que lo precedieron. Los países que experimentaron un crecimiento demográfico —Reino Unido, Francia y EE. UU.— habían sufrido también una caída considerable de sus índices de natalidad durante la década de 1930 a resultas de la depresión económica. El historiador francés Yves-Marie Bercé, nacido en 1936, observó que los *baby boomers* vivieron «una juventud muy ajena a mi generación». Bercé pensaba que una parte del temor reverencial que él y sus coetáneos tenían a sus mayores se debía al hecho de que estos les sobrepasaban ampliamente en número.²⁰ A los nacidos en los años treinta todavía les perseguía el recuerdo de desempleo y privación que había ensombrecido su niñez. Valoraban la seguridad y toleraban una rutina y una regularidad laborales que los que eran un poco más jóvenes que ellos habrían vivido con sopor y fastidio. En 1950, unos sociólogos que entrevistaron a un grupo de varones británicos nacidos en 1932 quedaron desconcertados al descubrir que muchos de esos jóvenes de dieciocho años se sentían cómodos en sus trabajos y querían conservarlos durante el resto de sus vidas.²¹ Esto no significa que las personas nacidas en la década de 1930 fueran contrarias al 68. Al contrario, muchas de ellas, sobre todo profesores universitarios jóvenes, tuvieron una actitud comprensiva al respecto. Sin embargo, se produjo un cambio de papeles en cuanto a lo que se podía esperar de ambas partes. Los que tenían cuarenta años en 1968 fueron a menudo seguidores más que líderes, y la audacia demostrada por los más jóvenes dejó a los primeros dudando entre el horror y la admiración.

En los años sesenta, no todos los jóvenes radicales se veían en conflicto con una generación mayor. Al contrario, algunos pensaban que pertenecían a una tradición política arraigada en el pasado. Serge July había nacido en 1942, pero se remontó a la manifestación comunista contra la nueva constitución de De Gaulle de 1958 para indagar en los orígenes de su activismo. Había cursado educación secundaria en el prestigioso *lycée* Turgot, pero veía a sus profesores como proveedores de subversión más que de ortodoxia política. Estuvo particularmente influenciado por Pierre Halbwachs, quien tras las revueltas de 1968 se convertiría en una figura importante durante la campaña de defensa de

los militantes políticos encarcelados. Halbwachs había nacido en 1916 y ya había cumplido los cuarenta en la época en que fue maestro de July. Además, era hijo del historiador Maurice Halbwachs (nacido en 1877). Ambos, padre e hijo, habían sido deportados durante la ocupación por protestar por el asesinato de Victor Basch por parte de la Milice, el ejército colaboracionista francés. Tanto Basch —suegro de Maurice Halbwachs y abuelo de Pierre— como el propio Halbwachs adoptaron un radicalismo muy deudor de las campañas en favor de Alfred Dreyfus de finales del siglo XIX.

El director de cine Romain Goupil nació en 1951, pero ni siquiera él vio su rebelión como algo que lo enfrentara con el conformismo de los años cincuenta. Al contrario, creía que «no es posible comprender nada de lo ocurrido en 1968 si no se tienen en cuenta las movilizaciones que lo precedieron y que estuvieron alimentadas por una tradición anticolonialista». Goupil fechó la edad de su despertar político entre los catorce y quince años y añadió que se sintió heredero de una tradición anterior: «Pensaba en las categorías de 1870» (el año de la Comuna de París). Distinguía la *avant-garde* política, a la que pertenecía, de la generación de los *baby boomers*, a los que consideraba moldeados por «la semana de los padres, los vuelos chárter y la música rock» y «reprimidos en su aspiración a alcanzar la libertad sexual».²²

Después de 1968, algunos sostuvieron que la generación surgida de la explosión demográfica de posguerra se había hecho adulta en unas circunstancias que promovieron la autocomplacencia y la rebeldía. El sociólogo estadounidense David Triesman —no precisamente un ejemplo de visión conservadora— dijo que los radicales de finales de la década de 1960 eran «hijos buscados» y que, «por consiguiente, esperan que sus necesidades sean rápidamente satisfechas».²³ Spiro T. Agnew, vicepresidente de EE. UU. en 1969, estuvo particularmente preocupado por la influencia que atribuyó al doctor Benjamin Spock (nacido en 1903), cuyo libro *El cuidado de su hijo* (publicado por primera vez en 1946) habría promovido una disciplina laxa en la educación de los hijos. Pero la encarnación de Spock que los conservadores denunciaron fue más un resultado de 1968 que su causa. Su nombre quedó vinculado al movimiento de oposición a la guerra de Vietnam y, en 1972, Spock se presentó a la presidencia de su país por una lista radical. Sin embargo, esta radicalidad apenas existió en sus opiniones de posguerra sobre la atención infantil. Tales visiones se basaban sobre todo en el sentido común, y por «sentido común» se entendía lo que las madres llevaban haciendo desde antes de la segunda guerra mundial. Un profesor inglés atribuyó las protestas estudiantiles de finales de los sesenta a la «prédica antiazotes del Dr. Spock»,²⁴ pero el trabajo del

estadounidense no se publicó en el Reino Unido hasta 1954, de manera que los primeros estudiantes británicos que habrían sido educados por padres que leyeran a Spock no habrían empezado la universidad hasta 1972.

En cuanto a la Europa continental, una estudiante activista alemana nacida en 1945 (hija de un médico que colaboró con las SS) descubrió que la doctora que la alumbró había trabajado en el campo de concentración de Ravensbrück.²⁵ Pierre Goldman nació el 22 de junio de 1944 en un hospital de Lyon donde su madre, judía polaca miembro de la Resistencia, había ingresado con un nombre falso. Posteriormente afirmó que su cuna fue un alijo de armas.²⁶ Fuesen cuales fuesen los problemas que acuciaron a estas personas en su niñez, es muy poco probable que la educación permisiva fuera uno de ellos.

SUBURBIOS

En Estados Unidos, el *baby boom* de posguerra vino acompañado de un *boom* inmobiliario. En 1946, y por primera vez en la historia, la mayoría de la población blanca de EE. UU. vivía en casas de propiedad. Gran parte de ellas estaba en los suburbios, cuya población aumentó de 36 millones a 70 millones entre 1950 y 1970.²⁷ La centrifugación hacia las afueras fue en parte posible gracias a la existencia de suelo asequible y al cambio tecnológico. Las casas se podían construir rápidamente y los coches permitían el desplazamiento diario a los puestos de trabajo. Todo se daba por bueno para que los suburbios crecieran, desde las presiones de las empresas constructoras de carreteras hasta —incluso— la creencia de que una población dispersa sobreviviría mejor a un ataque con bombas atómicas. La creación de suburbios fue tanto la causa como el efecto del auge de la familia nuclear. Los padres buscaban casas diseñadas en torno a sus vidas y las de sus hijos, con lo cual evitaban también mantener relaciones más lejanas. Los hijos crecían en zonas donde solamente convivían dos generaciones: la suya y la de sus padres.

La novela corta *El graduado*, escrita por Charles Webb en 1963, cuenta la historia de un joven que tiene una aventura amorosa con una mujer de la edad de su madre mientras considera la opción, con muy poco entusiasmo, de matricularse en un posgrado. Este relato, que plasmó el desencanto de la juventud de los suburbios estadounidenses, tuvo una enorme repercusión cuando se estrenó su versión cinematográfica en 1967. En esa época, cursar estudios de posgrado se había convertido en un recurso para evitar el servicio militar en Vietnam, y la estrella de la película, Dustin Hoffman, había empezado a frecuentar círculos de la izquierda radical.

La clase de infancia que se vivía en los suburbios fomentó una conciencia generacional que, a menudo, estuvo acompañada de un rechazo a los «valores suburbanos». Para algunos radicales estadounidenses de clase media, el hecho de mudarse a la ciudad —sobre todo a barrios (como Haight-Ashbury, en San Francisco) que se identificaban con la decadencia urbana y la mezcla racial— podía convertirse en una forma de rebelión generacional. Sin embargo, después de 1968, cada vez más jóvenes radicales de EE. UU. buscaron en las comunas rurales una huida del conformismo suburbano.

En Europa, la falta de viviendas —a menudo provocada por los destrozos físicos de la guerra— fue una característica que marcó muchas infancias hasta bien entrada la década de 1950. La vida suburbana había sido significativa en el Reino Unido antes de 1939 y algunos radicales británicos, al igual que sus homólogos estadounidenses, se definían a sí mismos en parte por oposición a los suburbios. En la Europa continental, las clases medias siguieron siendo mayormente urbanas. De hecho, en Francia, la palabra *banlieue* —la traducción más literal de «suburbio»— tenía otra connotación. Las ciudades francesas, especialmente París, estaban rodeadas de cinturones fabriles con sus correspondientes viviendas de clase obrera, y los más pobres se hacinaban en las *bidonvilles*, las barriadas pobres situadas en la periferia. Se calculó que en los alrededores de París vivían unas 48.000 personas en estas condiciones en 1966. La *bidonville* más famosa estaba en Nanterre, al oeste de París. En los primeros años del siglo xx estuvo ocupada por chatarreros y, después, a finales de la década de 1940, llegaron los argelinos (trabajadores solteros, al principio). A mediados de los años sesenta había diez mil personas viviendo en veintiuna hectáreas de terreno baldío (los magrebíes, en el oeste, y los portugueses, en el este).²⁸ Nanterre también acogió otras comunidades completamente distintas, como la de clase obrera francesa de la cual salió un alcalde comunista en 1935. También vivieron allí los estudiantes de la nueva Universidad de París X, que llegaron en 1964. La tierra amontonada durante la construcción del campus ocultó durante un tiempo el barrio de chabolas. La mayoría de estudiantes procedía de ciudades, especialmente París, y descubrió unas afueras muy alejadas de los jardines de césped bien cuidado o el lavado dominical de coches de los *suburbs* estadounidenses.

SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Para los varones de la mayoría de países, el horizonte del servicio militar era una amenaza que se cernía durante los últimos años de su adolescencia. El Reino

Unido había suprimido el *national service* en 1963. La cultura juvenil británica de la década de 1960 parecía explícitamente posmilitar. Algunos de los hombres que inspiraron a referentes de la contracultura nacional —como el *disc-jockey* John Peel, Kit Lambert, el mánager de The Who, o Robert Fraser, un marchante de arte conocido en su círculo más íntimo como «groovy Bob»— generaron su aversión hacia la autoridad en parte por haber servido en las fuerzas armadas durante los últimos días del imperio.

El servicio militar obligatorio despertó un debate político más explícito en Estados Unidos (véase el capítulo 4), si bien la mayoría de países europeos —incluida Suecia, donde se refugiaron muchos norteamericanos que intentaban evitar el reclutamiento— llamó a filas a más parte de su población, en términos relativos, que EE.UU. La mili podía llegar a ser una experiencia desagradable, aunque muy pocos soldados europeos fueron obligados a combatir a finales de la década de 1960. En una encuesta realizada en esa época a estudiantes franceses sobre qué era lo que más les preocupaba, un 16 % (13 % en París y 17 % en provincias) respondió que el «servicio militar».²⁹ Rehuir las obligaciones castrenses fue, para algunos, una manera de expresar un cierto tipo de radicalismo. El líder estudiantil alemán Rudi Dutschke se negó a servir en el ejército de la República Democrática Alemana y, al hacerlo, se autoexcluyó de poder estudiar en la universidad hasta que se trasladó a Alemania Occidental. La ambigua nacionalidad de Daniel Cohn-Bendit (véase el capítulo 5) proviene, en parte, de su intento de evitar el reclutamiento, ya que, como descendiente de víctimas del nazismo, estaba exento de hacer el servicio militar en Alemania, pero como ciudadano galo podía ser llamado a filas en Francia. La distinta noción que tenían la clase media y la obrera acerca del inicio de la edad adulta se reflejaba en el hecho de que los estudiantes de la Europa continental podían aplazar su ingreso en el ejército solicitando prórrogas de estudio. Cuando Robert Linhart, intelectual maoísta francés nacido en 1944, se propuso adquirir una identidad de clase trabajadora para que lo contrataran en una fábrica de coches en el otoño de 1968, pidió «prestada» la carrera militar de un camarada obrero.³⁰ Linhart hizo el servicio cuando acabó de trabajar en la fábrica, época en la que ya había cumplido veinticinco años. A diferencia de los estudiantes, los varones de clase obrera que participaron en las huelgas de 1968 en Francia habían hecho en su mayoría el servicio militar, a no ser que fueran inmigrantes, quienes, en algunos casos, habían dejado sus países de origen para evitar el reclutamiento obligatorio.³¹

El único colectivo juvenil que estuvo prácticamente ausente de las protestas de 1968 fue el de los reclutas. En Holanda habían fundado un sindicato en 1966,

pero la organización política militar estaba prohibida en el resto de países. En Francia, un militar de la Jeunesse Communiste Révolutionnaire incitó a sus camaradas del 153.º Regimiento de infantería mecanizada de Mutzig a «confraternizar con los obreros» y celebrar «la alegría, el amor y el trabajo creativo», pero, en general, hubo poco alboroto en las filas de las fuerzas armadas francesas.³² Después de las manifestaciones estudiantiles de 1968, las autoridades francesas insinuaron que podían rescindir las prórrogas de estudios que habían concedido a algunos participantes en las protestas y, de hecho, en 1970 pusieron más dificultades para obtener dichas prórrogas. El servicio militar incomodaba a los movimientos revolucionarios, especialmente en Francia, donde la izquierda siempre había defendido la idea de una «nación en armas». La Ligue Communiste, de corte trotskista, sostenía que «el servicio militar con instrucción real en el manejo de armas modernas es una reivindicación fundamental de los revolucionarios que, en este contexto, insisten en su ampliación a todos los jóvenes».³³ Como era de prever, los jóvenes apenas compartieron este ardor castrense. De hecho, los estudiantes amenazaron: «Por cada prórroga cancelada, una facultad ocupada; por cada diez prórrogas canceladas, un ministerio reventado».³⁴

La resistencia a la autoridad militar, algo limitada en 1968, creció en 1970. En Francia se crearon comités de soldados en algunos regimientos y se presentaron peticiones sobre las condiciones de la obligatoriedad del servicio militar. André Krivine, líder de la protesta en 1968, se presentó a unas elecciones en 1970 mientras estaba cumpliendo el servicio militar. Sin embargo, la agitación política entre los reclutas franceses nunca supuso un verdadero desafío para las fuerzas armadas. En general, los varones de clase media reclutados a una edad relativamente avanzada después de haber sido políticamente activos en la universidad vivieron la experiencia más como un motivo de alarma que como una oportunidad política. Sus compañeros reclutas eran más jóvenes y procedían de estratos más humildes que ellos. Un parisino recuerda así a sus camaradas: «Mayo del 68 no había existido para la mayoría de ellos».³⁵ También coincidieron con soldados regulares que los miraban con desprecio o regocijo. Jean-Daniel Bénard fue destinado a una unidad operativa cuyos superiores le dijeron que le enseñaría a fabricar «un cóctel molotov de verdad».³⁶ Sin embargo, lo más sorprendente del período posterior a 1968 fue la creciente ausencia de varones de clase media en las fuerzas armadas. En Francia, las autoridades hicieron discretos esfuerzos para asegurarse de que muchos estudiantes radicales no pasaran la revisión médica militar. Pero lo más destacable es que los estados europeos que apenas habían ofrecido motivos para

oponerse políticamente a la realización del servicio militar antes de 1968, empezaron a aceptar la objeción de conciencia o a ofrecer formas alternativas de servicio para aquellos que querían evitar empuñar un arma de fuego.

«CULTURA JUVENIL»

Durante las dos décadas posteriores al final de la segunda guerra mundial, «juventud» era una palabra más vinculada a la obediencia que a la rebelión. La Iglesia Católica fue especialmente perseverante en su forma de educar a los jóvenes. A veces, especialmente en Italia, las personas que habían pertenecido a organizaciones católicas juveniles se pasaron a la política de extrema izquierda, pero la intención original de tales entidades había sido la de promover las virtudes de un conformismo decente.

Si se hubiera preguntado a políticos occidentales de principios de la década de 1960 qué palabra relacionaban con la juventud, probablemente habrían respondido «deporte». Esta asociación de ideas se correspondería con la creencia, más extendida, de que la gente joven cultivaría en el deporte las virtudes de obediencia de las reglas y el trabajo en equipo. Pero esto empezó a cambiar en la segunda mitad de la década. El dinero que ponía la televisión puso en duda el concepto de amateurismo inherente a la conducta «caballerosa» en el deporte. El boxeador Muhammad Ali y, de un modo más titubeante, el tenista Arthur Ashe llevaron la cuestión racial a los estadios.³⁷ En el Reino Unido, los opositores al régimen del *apartheid* protestaban en los campos donde jugaban equipos de *rugby* o *cricket* surafricanos.

Los Juegos Olímpicos de invierno celebrados en Grenoble a principios de 1968 fueron la última ocasión en la que los políticos conservadores pudieron admirar las proezas deportivas de hombres y mujeres jóvenes que escuchaban solemnemente su himno nacional después de haber competido sin recibir a cambio ninguna gratificación económica —los gaullistas estuvieron a punto de movilizar a la campeona de esquí francesa Marielle Goitschel como oradora para sus mítines en 1968 en su lucha por recuperar el control del país después de las revueltas estudiantiles—. ³⁸ Medio año después de Grenoble se celebraron las olimpiadas de México bajo una atmósfera totalmente distinta. El gobierno mexicano había reprimido salvajemente las protestas contra los costes de construcción de la sede olímpica y algunos atletas hicieron el saludo del Black Power desde el podio.

Las protestas estudiantiles en París comenzaron con un conflicto entre dos conceptos de «juventud» relacionados con el deporte. El ministro de Juventud y

Deporte, François Missoffe, nacido en 1919 y educado en el austero ambiente de los campamentos juveniles del gobierno de Vichy, sugirió a Daniel Cohn-Bendit —quien entonces tenía veintidós años— que se zambullera en la recién construida piscina de la Universidad de Nanterre para solucionar los «problemas sexuales» estudiantiles de los que se quejaba. La ocupación de la Universidad de Columbia, en Nueva York, empezó con una discusión en torno a la construcción de un gimnasio: los estudiantes reclamaban que se tuvieran en cuenta los intereses locales de la zona de Harlem donde debía ubicarse el edificio. Para quienes no veían con buenos ojos las protestas estudiantiles de finales de la década de 1969, los atletas universitarios de toda la vida pasaron a ocupar la función que debieron tener en su día los cosacos en las fantasías de los aristócratas rusos blancos. Así, los contrarios a las protestas se deleitaban describiendo los maltratos a manifestantes infligidos por jugadores de *rugby* o fútbol americano, si bien algunos de estos últimos (especialmente los de raza negra que habían ingresado en universidades blancas gracias a las becas deportivas) mantuvieron una relación complicada con la política de la época. Ben Davis, hermano de la activista Angela, jugó con los Cleveland Browns.

La novedad más importante de la cultura juvenil de finales de la década de 1960 llegó con el cambio de rol de la música popular. El abismo que separaba los sonidos plebeyos de la versión estudiantil de la alta cultura burguesa se fue estrechando. Airado, un profesor inglés escribió que «la “cultura pop”, entendida como ofensa premeditada a las normas de conducta y valores de las personas de mediana edad, debe ser vista como algo parecido a una manifestación de protesta estudiantil en un contexto universitario».³⁹ La relación entre una cultura juvenil muy extendida y el radicalismo político —especialmente estudiantil— fue mucho más estrecha en Estados Unidos. Numerosas estrellas del rock eran graduados universitarios y algunos procedían de entornos sociales privilegiados. El padre de Jim Morrison era almirante. La cantante Grace Slick, de Jefferson Airplane, había ido a la escuela con una de las hijas de Richard Nixon y en una ocasión fue invitada a una fiesta en la Casa Blanca —antes de que el Servicio Secreto la excluyera de la lista, había planeado poner drogas alucinógenas en la bebida del presidente—. Cuando los manifestantes conocidos como los Chicago Seven fueron juzgados por conspiración e incitación al desorden público durante la convención demócrata de 1968 (véase el capítulo 5), una de las preguntas que plantearon los abogados de la defensa para intentar excluir a miembros del jurado desfavorables fue: «¿Ha escuchado usted a los Jefferson Airplane?».

En el Reino Unido —considerado en algunos aspectos la verdadera meca de la cultura rock de finales de los años sesenta—, las bandas rockeras se retiraron del mundo de clase media de las universidades; o, al menos, dio esa impresión.

Mick Jagger, hijo de un maestro de escuela, raramente habló de su breve paso por la London School of Economics. La frase que tantas veces se citaría en los libros sobre el 68 («Talkin' 'bout my Generation») fue cantada por primera vez por The Who en 1965, pero sus seguidores eran principalmente *mods*, o sea, jóvenes de clase obrera que se enorgullecían de sus elegantes vestimentas y a menudo parecían la antítesis del radicalismo estudiantil y de la contracultura estadounidense. En 1969, después de haber negociado un cuantioso caché, los Who tocaron en el Festival de Woodstock. Cuando Abbie Hoffman —miembro fundador del Youth International Party— subió al escenario para pronunciar un discurso político, Pete Townshend, guitarrista y autor de los temas de la banda londinense, invitó al activista anarquista, de manera muy poco amistosa, a abandonar lo que el inglés consideraba su espacio: «fuck off my fucking stage» («lárgate de mi maldito escenario»).

Algunos breves encontronazos que se produjeron entre la música popular y la política en el Reino Unido dieron una decepcionante impresión de lo poco que intimaron ambos mundos. John Lennon concedió una entrevista a Tariq Ali para el periódico radical *Black Dwarf*, aunque la incertidumbre política del propio Lennon quedó patente cuando escribió dos letras distintas para una canción que hablaba de Mao. Jean-Luc Godard, a la sazón maoísta, filmó a los Rolling Stones durante la grabación de la canción «Sympathy for the Devil» en 1968, pero no existen pruebas de que los Stones compartieran los puntos de vista del cineasta francés, y el acercamiento de la banda inglesa a Francia fue más un intento de escapar del fisco británico que de afiliarse a Gauche Prolétarienne.⁴⁰ Los esporádicos coqueteos de Mick Jagger con movimientos políticos radicales animaron a los *panteras negras* en 1969 a dejarse caer por la gira norteamericana de los Stones, pedir apoyo y proferir amenazas si no recibían la ayuda solicitada. Tina Turner, crecida en un barrio más duro que Jagger, le ofreció los servicios de protección de sus guardaespaldas pistoleros.⁴¹

Las referencias políticas en las canciones de música rock fueron poco frecuentes, menos incluso que en la música folk de los cincuenta. Gran parte de la industria del ramo era cómicamente apolítica. El semanario musical británico *Melody Maker* informó de la invasión de Checoslovaquia por parte del pacto de Varsovia en agosto de 1968 solamente para señalar que la gira europea de la banda Fluff había sido cancelada.⁴² Algunas canciones —como «Won't Get Fooled Again», de The Who, o «Street Fighting Man», de los Rolling Stones— expresaron desilusión con los proyectos revolucionarios. En cuanto a la Europa continental, el *hit* del verano de 1968 fue «Tears and Rain», de Demis Roussos, canción que, en Francia, no tuvo mucha competencia porque los trabajadores de

la fábrica de discos fueron a la huelga después de haber acabado de prensar el vinilo.

A los comunistas no les gustaba la música rock porque era un producto de consumo importado de EE. UU.; se dijo que fueron, precisamente, los comunistas británicos quienes organizaron el abucheo a Bob Dylan cuando el cantautor estadounidense escenificó su conversión del folk al rock empuñando una guitarra eléctrica en el Free Trade Hall de Mánchester en 1966. A veces, los mismos marxistas occidentales que rompieron con el comunismo ortodoxo de Moscú se volvieron aún más puritanos en su actitud hacia la música rock y la cultura juvenil de consumo. Cuando, esperando incitar a la revolución después de 1968, los maoístas franceses se iban a trabajar a las fábricas, sus compañeros se reían de su esfuerzo por aparentar un estilo de clase obrera que parecía inspirado en las películas de Jean Gabin, mientras «los más jóvenes de la fábrica ya llevaban pendientes y pelo largo». Uno de esos maoístas se tomó su papel con tanta solemnidad que sus compañeros de trabajo lo apodaron «Nana», pero no por la heroína de Zola, sino por Nana Mouskouri, la cantante griega de gafas.⁴³

Una comparación entre Francia y Estados Unidos puede revelar el abismo existente entre el estilo y el contenido en la política de la música popular. Los discos estadounidenses sonaban revolucionarios pero escasamente comprometidos con la política de una manera explícita, mientras que los intentos de cantantes franceses de imitar la contracultura norteamericana fueron un tanto penosos, como cuando Johnny Hallyday cantaba «Jésus Christ est un hippie» en 1970. Por otro lado, en Francia había una amplia variedad de música popular muy arraigada en la tradición prerrockera que sonaba algo «pasada de moda» incluso cuando sus canciones o cantantes abrazaban políticas radicales. Dominique Grange —miembro de la formación maoísta Gauche Prolétarienne que se pasó a la clandestinidad durante un tiempo a principios de la década de 1970— fue una de estas cantantes.⁴⁴ La canción antibelicista más influyente en los años de posguerra fue «Le déserteur», originalmente escrita por Boris Vian durante la guerra francesa en Indochina, grabada por Léo Ferré durante la guerra francesa en Argelia y, posteriormente, por Joan Baez durante la guerra estadounidense en Vietnam.

Moda y gusto musical dividían y unían a los jóvenes en la misma medida, y los que se creían líderes de la juventud se vieron en ocasiones inmersos en una especie de guerra civil que trascendió a la generación más joven. En EE. UU., las bandas de motoristas —especialmente, los Hells Angels— habían estado presentes en las manifestaciones de cultura juvenil desde la década de 1950. Sin embargo, muchos de estos grupos eran de extrema derecha, si es que tenían

ideología, y también eran violentos. En diciembre de 1969, los Ángeles del Infierno se encargaron de la «seguridad» del festival de música rock de Altamont y, mientras los Stones tocaban «Sympathy for the Devil», aquellos apuñalaron a un joven negro.

Los Ángeles del Infierno británicos no eran tan violentos como sus homólogos estadounidenses, pero tampoco se puede decir que fueran unos santos. Los *skinheads* —jóvenes de clase obrera que mezclaban el gusto por la música negra con opiniones racistas y se rapaban al cero— eran el polo opuesto de los *hippies*.⁴⁵ La casa okupa situada en el 144 de la londinense calle Piccadilly fue fundada por gente —principalmente, ex estudiantes— que aspiraba a «formar una comuna unida, ajena a todo lo que rodea Piccadilly, para poder organizar una resistencia efectiva a la pasma y empezar a reclamar la zona como espacio propio». Sin embargo, los acontecimientos no se desarrollaron según los planes previstos. Los Ángeles del Infierno se pelearon con los *skinheads* y un portavoz de la comuna —ex alumno de Cambridge—, sollozando y señalándose los moratones, preguntó a la policía: «¿Me habrían golpeado así si yo fuera el líder?». ⁴⁶

POLÍTICA Y PROGENITORES

En ocasiones, la protesta estudiantil unió a padres e hijos en vez de distanciarlos. Édouard Balladur —un funcionario público vinculado al gabinete del primer ministro francés en 1968— escribió un artículo de ficción autobiográfica sobre un joven, François, que estudiaba en Nanterre. Ramel, su padre, «no impone nada y, por consiguiente, tampoco es cómplice de nada». Acostumbrado a las manifestaciones ordenadas de la izquierda organizada, a Ramel ya no le emociona la protesta desde que acabó la guerra de Argelia en 1962. Sin embargo, todo cambia para él y otros padres burgueses con las cargas de la policía contra los estudiantes la noche del 12 de mayo de 1968: «Los padres habían dejado de ser padres por miedo a parecer ridículos o indiscretos. Pero, de repente, volvieron a ser padres otra vez, y lo fueron de un modo muy violento ... Nada importaba más que la defensa de sus vástagos amenazados». ⁴⁷

A veces, la ira de los jóvenes radicales tuvo su origen en el resentimiento hacia unos padres conservadores. Así ocurrió en Alemania Occidental con hijos de ex nazis (véase el capítulo 6) y, también, en algunas zonas de Estados Unidos. Jeff Shero Nightbyrd creció en Texas, donde su padrastro era coronel de la reserva de las Fuerzas Aéreas. Para Jeff, ingresar en Estudiantes para una Sociedad Democrática significó romper con la familia: fue como «unirse a una

secta cristiana» en la antigua Roma.⁴⁸ Sin embargo, tales ejemplos fueron poco frecuentes. De hecho, los responsables de la política estadounidense durante la guerra de Vietnam eran principalmente del Partido Demócrata y, en algunos casos, eran personas que se creían liberales. Cuando sus hijos se unían al movimiento antibelicista, el enfado por ambas partes era tan intenso que podía provocar una enfermedad física. Pero las relaciones entre padres e hijos —a veces mediadas por madres que, a su vez, también desaprobaban la guerra— rara vez se rompieron completamente. Stanley Resor era secretario de Estado del Ejército, pero ello no impedía que su hijo y los amigos de este se quedaran a dormir en la casa familiar cuando iban a las manifestaciones contra la guerra celebradas en Washington. Cuando los manifestantes antibelicistas formaron piquetes frente a la residencia vacacional del secretario de Estado de Defensa Robert McNamara en 1966, su hijo Craig —que entonces tenía diecisiete años— salió a hablar con ellos. Quería expresarles su solidaridad con la causa, pero también tenía la intención de «suavizar la situación» para su padre.⁴⁹

En general, los padres de los estudiantes radicales eran a menudo de extrema izquierda o, como mínimo, «liberales». En la London School of Economics, los participantes en las protestas estudiantiles solían tener padres que votaban a la izquierda política; curiosamente, dado el hincapié freudiano que a menudo se hacía en el conflicto padre-hijo, existió una correlación particularmente marcada entre las opiniones políticas de las madres y las de los manifestantes.⁵⁰ Existió un patrón similar con los progenitores de los insumisos militares en Boston: entre los padres (varones), un 54 % eran demócratas (35,7 % demócratas liberales), mientras que entre las madres, lo eran un 83,8 % (39,7 % demócratas liberales).⁵¹ Estas, en ocasiones, influidas por los primeros destellos de liberación de la mujer, empezaron a reaccionar contra la autoridad en términos similares a las protestas de sus hijos. En Suiza, una hija de comunistas ortodoxos se unió a la Ligue Marxiste Révolutionnaire, de corte trotskista, con el único objetivo de encontrar a su madre, que se había adherido al aún más radical grupo Ruptura Maoísta.⁵²

En la atmósfera febril de 1968 —cuando la socialdemocracia era a menudo presentada como parte de la extrema derecha—, los padres situados a la izquierda del centro no compartían necesariamente los particulares puntos de vista de sus hijos. Sin embargo, sí que los apoyaban en su derecho a protestar aunque no coincidieran en los métodos empleados para ejercerlo. En el Reino Unido, la oposición a la dirección de las escuelas de arte —instituciones donde la reacción a la protesta había sido casi siempre muy dura— estuvo a menudo liderada por los padres. El simple hecho de que fueran los progenitores quienes

dudaran de la autoridad establecida podía conducir a los hijos a la radicalización. Henry Kissinger se mofó de que los estudiantes que lo denunciaban con tanta vehemencia hubieran sido «educados por escépticos, relativistas y psiquiatras».⁵³

Las relaciones familiares podían trascender las diferencias políticas. Siendo decano en la Universidad de Turín, Norberto Bobbio tuvo que enfrentarse a la ocupación de edificios académicos por parte de los estudiantes. Como socialdemócrata que creía en el estado de derecho, compartía muy poco con los manifestantes, pero mantuvo una buena relación con su hijo, uno de los estudiantes rebeldes, a lo largo de aquel período. Pierre Mendès France, entrado en la sesentena, tenía una larga trayectoria política a sus espaldas en 1968, pero se llevaba bien con su sobrino Tiennot Grumbach, que era maoísta. Hasta Denis Healey —el secretario de Defensa británico cuya hostilidad hacia los manifestantes estudiantiles fue a veces tan vehemente que los cordones policiales parecían estar diseñados para protegerlos a ellos en vez de a él— siguió manteniendo una estrecha relación con su hijo de diecisiete años cuando este se unió a las protestas de París de 1968.

En cierto sentido, la cuestión no era si los miembros de la generación de los padres compartieron las ideas de sus hijos, sino si estos tuvieron en cuenta las ideas de progreso y disintieron aceptando. Mucha gente de mediana edad de centroizquierda lo hizo. De hecho, Edward Heath —líder del Partido Conservador británico y ejemplo del conformismo más comedido— señaló que él mismo se había manifestado contra el fascismo y a favor de una España republicana en su época de estudiante.

Los hijos de padres comunistas desempeñaron un papel especial en el 68, si bien en Europa fue distinto que al otro lado del Atlántico. En Estados Unidos, estos hijos heredaron una cultura de izquierdas, aunque los «bebés de pañales rojos» —como también eran llamados allí— a veces veían a sus padres con cierta condescendencia. A los educados en el ambiente comparativamente tolerante de los sesenta les costó comprender el terror del macarthismo y, por consiguiente, a menudo reprocharon a sus mayores que transigieran o disimularan cuando se enfrentaron a una investigación por «actividades antiamericanas».

En Europa, en cambio, hubo mucha hostilidad institucional entre partidos comunistas y movimiento estudiantil. A los comunistas ortodoxos no les gustaba, o no entendían, la cultura juvenil, y los jóvenes radicales de 1968 se mostraban, en general, hostiles hacia los partidos leales a Moscú. Pero, en lo personal, los comunistas y sus hijos se trataron mutuamente con un rencoroso respeto. Yves Cohen fue a trabajar y fomentar el maoísmo a la fábrica Peugeot. Posteriormente

descubrió que su padre —miembro del Partido Comunista establecido— había pedido a sus camaradas sindicalistas de la fábrica que trataran bien a su hijo «porque es sincero».⁵⁴ Para un hijo de comunistas europeos, las creencias de sus padres estaban más relacionadas con las Brigadas Internacionales o la resistencia antinazi que con recurrir taimadamente a la Quinta Enmienda. Por otro lado, hasta los aparentemente leales comunistas de la generación más mayor raras veces eran creyentes incondicionales de las ortodoxias de las que tanto hablaban. Habían vivido los abruptos cambios de postura de la Unión Soviética y de su propio partido nacional. Los comunistas de mediana edad, por su parte, se acordaban del pacto Hitler-Stalin, de la ruptura y posterior reconciliación entre Yugoslavia y la URSS y de los días en los que Mao se había sentado a la derecha de Stalin.

Phil Cohen (nacido en 1949) recordó en una ocasión la biblioteca de su padre comunista. Lenin estaba en la estantería de arriba y, debajo, Marx y Stalin —por lo visto, Stalin no cambió de lugar ni siquiera después del discurso secreto de Jrushchov de 1956—. Más abajo estaba Mao, cuyas obras tampoco se movieron tras la ruptura sino-soviética. Y en la estantería inferior estaba Trotski. Cohen padre criticaba a Trotski, pero no se deshizo de sus libros. Cuando Cohen hijo se unió al trotskista International Marxist Group, IMG —«fue tal la traición que no se podía hablar de ello en sociedad»—, sus padres no lo repudiaron. Michael Rosen, otro trotskista hijo de padres del Partido Comunista establecido, resumió así las ideas políticas de su familia:

En cuanto a las discusiones con los padres, aquello era unidad de acción. Permanecí unido a mis padres en la acción. Por ejemplo, cuando me arrestaron en Grosvenor Square [durante una manifestación contra la guerra de Vietnam], la única persona que estuvo allí para sacarme a las dos de la madrugada fue mi padre ... Seguramente pensó todo tipo de cosas sobre mis ideas políticas, pero yo hice lo que debía.⁵⁵

Universidades



Malcolm X con miembros de la Oxford Union, 1964.

Su enemigo principal es la estructura de poder de Estados Unidos. Ven la universidad como parte de esta estructura de poder.

Un estudiante conservador durante la ocupación de la Universidad de Columbia, 1968¹

Las universidades fueron los escenarios de identidad generacional más claramente politizados durante el largo 68. Algunos campus —Berkeley, en California; Nanterre, en París; Essex, en el Reino Unido o la Universidad Libre de Berlín— se convirtieron en sinónimos de radicalismo político. La ocupación de edificios académicos fue habitual y quedó asociada con protestas de mayor alcance que no estaban directamente relacionadas con los asuntos universitarios. Las *teach-ins*, o clases informales sobre cuestiones de calado político — particularmente, la guerra de Vietnam—, fueron habituales. Hubo quien propuso acabar con los exámenes o abolir las diferencias entre académicos y alumnos. En Estados Unidos, los estudiantes reclamaron —y, a veces, crearon para sí mismos— cursos sobre disciplinas como los estudios afroamericanos. En Birmingham, en el Reino Unido, una «universidad libre» ofrecía cursos sobre, entre otras cuestiones, el control «obrero», la psicodelia o teoría y práctica de las «contrainstituciones».² En Londres, una «antiuniversidad» acogió durante un tiempo clases impartidas por intelectuales como el psicólogo R. D. Laing.³

EL CRECIMIENTO DURANTE LA POSGUERRA

En los países occidentales, nunca antes hubo tantos alumnos en las universidades como a finales de la década de 1960. Esto hizo que los estudiantes se convirtieran en un grupo político importante, mientras que la alienación y/o la saturación asociadas a la veloz expansión de estas instituciones contribuyeron al aumento del malestar. Las universidades estadounidenses, ya numerosas en

1945, crecieron todavía más tras la aprobación de la G. I. Bill, una ley que subvencionaba la educación universitaria a veteranos de la segunda guerra mundial. La expansión de la década de 1960 se añadió a esta circunstancia. Hacia 1970 había alrededor de ocho millones de estudiantes en EE. UU. y una de cada tres personas de edades comprendidas entre 18 y 22 años estaba matriculada en alguna facultad.

Los rectores de las universidades estadounidenses —a veces instados por consejos académicos compuestos por empresarios locales— empezaron a hablar de sus instituciones en términos ambiciosamente extravagantes. En 1963, Clark Kerr, rector de la Universidad de California —que ya era entonces una enorme red de campus que acogía Berkeley y UCLA— se refirió a su centro como una «multiversidad» que desempeñaba muchas y variadas funciones académicas. Y añadió: «Lo que consiguió el ferrocarril en la segunda mitad del siglo pasado y el automóvil en la primera mitad del actual, puede hacerlo la industria del conocimiento en esta segunda mitad de nuestro siglo».

John Hannah, experto en ciencias avícolas, fue nombrado rector de la Universidad de Míchigan en 1941, cuando la institución todavía era básicamente una Facultad de Agronomía. Tras la guerra creció rápidamente y su alumnado pasó de 900 a 1.900 matriculados entre 1950 y 1965. Hannah soñó con crear el campus residencial más grande del mundo, con una población que en 1970 llegara a los 100.000 alumnos, y justificó este crecimiento con unos argumentos que pronto parecerían oscuros a muchos estudiantes. Las universidades, dijo el rector, serían «tan esenciales para preservar nuestro país y nuestro modo de vida como lo son los bombarderos supersónicos, los submarinos nucleares y los misiles balísticos intercontinentales».

Las universidades británicas acogían a un número menor de estudiantes y el crecimiento en la década de 1960 comenzó a partir de mínimos: en 1969, un profesor de filosofía en Birmingham se quejó de que la cifra de estudiantes de su departamento había aumentado de tres a veintitrés.⁴ Del jefe de otro departamento de la Facultad de Filosofía se dijo que limitaba las admisiones aduciendo que todos los licenciados tenían que poder leer las principales obras filosóficas en sus idiomas originales, es decir, en griego, latín, francés y alemán.⁵

El Informe Robbins, publicado en 1963, proporcionó una estructura formal al crecimiento universitario británico y fue, también, el estudio más exhaustivo sobre la expansión de las universidades realizado en el mundo occidental. Robbins era economista y disponía de estadísticas sobre índices de natalidad, demanda económica, costes y sociología educativa que demostraban que a los hijos de familias pobres se les negaba una educación de la cual podrían

beneficiarse. Su informe fue, de hecho, un buen ejemplo de visión tecnocrática de una sociedad contra la cual algunos estudiantes protestarían años después.

Robbins propuso una expansión general de la educación superior, la cual se conseguiría, sobre todo, creando universidades nuevas —que pronto serían bautizadas como de *plate glass*, es decir, de placas de cristal, debido a su diseño moderno—. En otros países, la construcción de centros nuevos fue más lenta, aunque la población total de estudiantes era, en algunos casos, superior. Los franceses erigieron universidades nuevas, especialmente en Nanterre, que se inauguró en 1964. En Italia, Trento empezó a funcionar en 1962. En Alemania, Bielefeld fue fundada en 1969, justo a tiempo para asumir el *baby boom* germano de posguerra, que llegó con un relativo retraso.

El modelo explícito o implícito más importante de gran parte de la expansión universitaria en la década de 1960 fue Estados Unidos o, como mínimo, sus universidades más conocidas. Cuando Barry Supple, historiador inglés que había enseñado en Harvard y McGill (Montreal), entró a trabajar en Sussex en 1962, organizó una cena de Acción de Gracias para todos los que habían acudido al «campus de estilo americano».⁶ La admiración por las universidades estadounidenses fue algo relativamente nuevo. El historiador inglés A. J. P. Taylor (nacido en 1906) nunca puso los pies en EE. UU. y no entendía que hubiera gente interesada en un país «sin comida, sin arquitectura y sin historia». Sin embargo, la generación de académicos que comenzaron sus carreras después de la segunda guerra mundial casi nunca pensó así. Las universidades estadounidenses habían adquirido una potencia intelectual animada por los refugiados judíos que habían huido del nazismo. EE. UU. también era una fuente de financiación. Académicos de éxito como el francés Fernand Braudel o, incluso, el comunista británico Eric Hobsbawm se beneficiaron de las becas de la Fundación Rockefeller.

¿Estuvieron «saturadas» las universidades de posguerra? En la mayoría de países occidentales, la financiación de la educación superior era relativamente generosa. De hecho, algunas universidades británicas de *plate glass* estuvieron vacías durante sus primeros años de existencia. El primer vicerrector de la Universidad de Essex había hecho una previsión para su centro de hasta veinte mil alumnos; incluso pidió al arquitecto que proyectara un aparcamiento para 8.000 vehículos. En la práctica, la población estudiantil nunca superó los 5.000 matriculados. Dicho esto, los alumnos tampoco estaban en la mejor de las situaciones. Los que estudiaban en las viejas instituciones urbanas —es decir, la mayoría de universidades de la Europa continental hasta después de 1968— se encontraban con bibliotecas y salas de lectura saturadas. El hecho de que pocos alumnos vivieran en sus casas significaba que eran dependientes de las

provisiones que los centros destinaban a alojamiento y comida. Algunas protestas estudiantiles de finales de la década de 1960 comenzaron debido a quejas por cuestiones tan prosaicas como la calidad de los menús en las cantinas universitarias. Los estudiantes también estaban cansados de las ausencias de los que cobraban por enseñarles. Los profesores más eminentes a menudo consideraban que tenían cosas más interesantes que hacer que pasar el tiempo dando clase. En 1974, Bernard Donoughue empezó a trabajar como asesor de Harold Wilson, un político no muy del agrado de los estudiantes radicales. Posteriormente escribió en sus memorias:

Entonces era profesor de universidad [en la London School of Economics], lo cual quería decir que, si tenías suficiente energía, podías disponer de mucho tiempo libre, incluso a mitad de trimestre ... ninguno de mis compañeros docentes (algunos de los cuales, por el motivo que fuera, en aquella época tan cómoda también tenían la costumbre de dar clases solo ocasionalmente) se dio cuenta de que estuve trabajando 16 horas diarias en la campaña de las elecciones generales.⁷

Raymond Aron, profesor en la Sorbona, estaba dando una charla a banqueros en Nueva York cuando la protesta estudiantil, que Aron no aprobaba, estalló en París en mayo de 1968.

GAMAS DE EDUCACIÓN SUPERIOR

La cultura estudiantil variaba en función del país. En Estados Unidos, algunas universidades eran verdaderas ciudades-estado, con emisoras de radio y periódicos propios y —lo que resulta más siniestro— fuerzas policiales también propias. Los alumnos o ex alumnos podían frecuentar los enormes campus durante años: Al Haber, nacido en 1936 y elegido en 1960 primer presidente de Estudiantes para una Sociedad Democrática, se matriculó en la Universidad de Míchigan en 1954 y no obtuvo su primera licenciatura hasta 1965. En la Europa continental, la apertura de las políticas de admisión difuminó los límites de las universidades. Los alumnos suspendían exámenes, o no se presentaban a ellos, para tardar más en graduarse, si es que llegaban a hacerlo. Algunos europeos, como Joschka Fischer en Fráncfort, vivían la universidad marginalmente: asistían a manifestaciones y, de vez en cuando, iban a clase sin estar inscritos oficialmente como alumnos. Los altos índices de fracaso académico y abandono de estudios propiciaron el descontento en las universidades de la Europa continental. También generaron un conjunto de militantes que dedicaron, como mínimo, tanto tiempo al activismo como a sus estudios.

EL TRASFONDO SOCIAL DE LA PROTESTA ESTUDIANTEL

Al finalizar el 68 se avanzaron dos teorías para explicar la relación entre la protesta estudiantil y el privilegio académico. En el Reino Unido y Estados Unidos, quienes estudiaron la cuestión concluyeron que la protesta fue más acusada en aquellas grandes instituciones académicamente selectivas que primaban la investigación. Fue el caso de la London School of Economics, en Inglaterra, como también las universidades de Berkeley, Ann Arbour y Madison, en EE. UU. El número de manifestaciones estudiantiles celebradas en Harvard en cada semestre de la década de 1960 superó la cifra de protestas en el Midland Lutheran College de Nebraska registrada durante todo el decenio.⁸ También se observó que la mayoría de alumnos académicamente más aptos fueron los más propensos a la disconformidad. Un estudio sobre los estudiantes de la Universidad de Essex que habían participado activamente en las manifestaciones de 1968 apuntó a que sus resultados académicos fueron mejores que los de la media, lo cual no deja de ser sorprendente si tenemos en cuenta el hecho de que los actos de protesta restaban tiempo al estudio.⁹

Dos sociólogos franceses —Pierre Bourdieu y Raymond Boudon— propusieron una interpretación distinta. Según ellos, los alumnos manifestantes eran los hijos académicamente mediocres de familias acomodadas. Para estos, el crecimiento universitario reducía el valor económico de sus títulos, y esta devaluación era particularmente acusada entre los que habían estudiado sociología, la materia más asociada con las protestas en el 68.¹⁰

Estas interpretaciones posiblemente reflejan las diferencias reales entre Francia y los países anglosajones. El hecho de que la sociología fuera popular en las universidades francesas, donde no había selección académica, redujo el valor de las licenciaturas de esta disciplina, pero el hecho de que fuera popular en las selectivas universidades británicas quería decir que solamente los estudiantes con buen nivel eran admitidos para estudiarla. Las grandes universidades de investigación gozaron de un prestigio especial en el Reino Unido y Estados Unidos, y los que elaboraron estudios sobre la protesta estudiantil eran, a menudo, graduados por esas instituciones y/o profesores en las mismas. Los investigadores británicos de la London School of Economics se inspiraron en los trabajos estadounidenses para argumentar que la protesta estudiantil había estado vinculada a universidades «elitistas», lo cual constituye un buen ejemplo de la *americanización* de la vida académica.¹¹

Por el contrario, las *grandes écoles* —las cuales, a pesar de su nombre, eran pequeñas— gozaron de un prestigio especial en Francia (véase el capítulo 5).

Tanto Bourdieu como Boudon se habían graduado en la École Normale Supérieure —grande en reputación, pero pequeña en tamaño—. En Francia, las *grandes écoles*, a diferencia de las universidades, sometían a sus potenciales alumnos a pruebas de acceso salvajes. Quienes vigilaban el sistema educativo desde este Olimpo académico a menudo daban por sentado que la mayoría de estudiantes franceses eran académicamente mediocres.

Ambas interpretaciones, sin embargo, han sido puestas en entredicho. En lo que respecta a las universidades británicas y estadounidenses, no es de extrañar que las protestas en instituciones de prestigio atrajeran más atención que las de los centros menos conocidos y más alejados de las grandes ciudades. Muchos de los que escribieron sobre protestas estudiantiles simplemente ignoraron las universidades que no conocían y, en el caso de EE. UU., esto implicó que apenas comentaran las protestas en las pequeñas instituciones de los estados sureños. Un sociólogo preguntó irónicamente acerca del trabajo de sus colegas: «¿Sus conclusiones se aplicarían únicamente a las instituciones públicas con un porcentaje mínimo de alumnos blancos?». ¹²

Cabe señalar que sí hubo movimientos radicales en instituciones que no eran, precisamente, privilegiadas. Fue el caso de la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo, la Universidad Estatal de Míchigan y la Universidad Estatal de Kent en Ohio. En el Reino Unido, los conflictos más virulentos —y, sin duda los que provocaron las reacciones más agresivas por parte de las autoridades— no ocurrieron en universidades, sino en escuelas de arte, especial mente Hornsey (Londres) y Guildford (Surrey). En estos centros, las convenciones de libertad académica que regulaban la vida universitaria no ofrecían ninguna protección y sus directores respondían ante los políticos municipales de la autoridad educativa local y no ante un consejo académico. El director de Guildford reaccionó a las protestas simplemente despidiendo a 42 empleados a tiempo parcial y completo. ¹³

En cuanto a Francia, muchos investigadores recientes, particularmente *soixante-huitards* o hijos de *soixante-huitards*, rechazan que los manifestantes del 68 clamaran contra su propio declive social. ¹⁴ Al contrario, argumentan que muchos de ellos provenían de orígenes humildes y habían ascendido socialmente a través de la educación. Si estas personas sufrieron más tarde situaciones de desempleo o pobreza, fue a menudo consecuencia, antes que causa, de lo que hicieron en el 68. También cabe señalar que algunas personalidades destacadas de la época rechazaron la idea de que la agitación del 68 se pudiera explicar por el declive socioeducativo de los jóvenes burgueses. Según la esposa de Charles de Gaulle, la convulsión política en las universidades francesas se debió al

ascenso acelerado de los advenedizos que habían ingresado en la universidad sin el refinamiento cultural de las generaciones que habían vivido en la exquísitez.¹⁵ El ministro del gabinete británico Richard Crossman propuso una explicación similar con respecto a su país: «Hemos ampliado enormemente la población estudiantil y hemos traído a nuestras universidades a gente que no viene de un entorno de clase media o leído».¹⁶

Lo cierto es que la base social de la protesta estudiantil no se puede reducir a una única causa. A medida que la protesta crecía, a menudo se extendía a instituciones menos prestigiosas con alumnos de orígenes menos favorecidos; ello explica la creciente importancia de los *prairie radicals* (radicales de las praderas) en las universidades del Medio Oeste de EE. UU. (véase el capítulo 4) y el peso de las escuelas politécnicas en detrimento de las universidades en el Reino Unido (véase el capítulo 7). Incluso dentro de cada país, la protesta tuvo a menudo como base una coalición heterogénea de clases e intereses dispares. A veces, la confrontación entre personas de distintos orígenes fue, en parte, lo que generó las revueltas en las universidades. En el Reino Unido, un hijo de camionero —más tarde condenado por participar en los atentados con bombas del grupo revolucionario Brigada Iracunda (Angry Brigade)— residió en unos alojamientos universitarios cercanos a los que ocupaba el heredero del trono. Destacar el ascenso o el descenso social en relación con el 68 también resulta engañoso en cuanto a que se ignoran unas divisiones que iban más allá de cuestiones de privilegio o desventaja. En Estados Unidos, como mínimo, muchos estudiantes radicales —en particular, los más destacados y los que estuvieron presentes en la creación de movimientos de protesta— provenían de ambientes relativamente favorecidos, pero sus privilegios eran de un tipo particular. Sus padres ejercían mayormente profesiones —derecho, medicina y la propia enseñanza universitaria— que daban mucha importancia a la formación académica. También cabe destacar que sus madres eran más propensas a tener un trabajo que la mayoría de mujeres de clase media. A medida que los movimientos de protesta crecían, atraían a más gente de orígenes relativamente humildes, pero cuyas familias daban mucha importancia a la educación.¹⁷

Las interpretaciones en torno a la movilidad social también tienen en cuenta una sociedad estática. De hecho, la mayoría de sociedades occidentales cambiaron rápidamente a finales de la década de 1960. Estos cambios generaron un nuevo tipo de oportunidades para los graduados. La vilipendiada licenciatura de sociología conducía frecuentemente a empleos en el sistema educativo, el cual también crecía con rapidez. La convulsión generada por la propia protesta estudiantil alimentó el cambio social, y este cambio podía empeorar las

expectativas económicas. Los alumnos que abandonaban la universidad, desatendían los estudios o eran fichados por la policía limitaban sus opciones de conseguir determinados empleos, pero esta fue una consecuencia que, en general, ellos mismos aceptaban o, incluso, deseaban. Sin embargo, la revuelta política también podía suponer una fuente de ingresos. Trabajar para la prensa alternativa llevó a los ex revolucionarios a la senda del periodismo. Un inesperado efecto a largo plazo de las huelgas de 1968 en Francia fue que la evaluación de los estudiantes se volvió menos formal y menos exigente. Un número significativo de los nacidos a finales de la década de 1940 lo tuvo más fácil para entrar en la educación superior y, por consiguiente, mejorar o mantener su posición social. Algunos economistas estiman que hubo una «prima salarial» de entre el 2 y el 3 % para los afectados.¹⁸

NUEVAS DISCIPLINAS

Los académicos europeos habían apreciado a menudo la «erudición», la cual se solía identificar con la adquisición de conocimientos cada vez más refinados sobre cosas que ya se sabían. La erudición iba acompañada de una veneración por los textos antiguos, los idiomas clásicos y los logros de grandes personajes. Un parlamentario conservador británico que creía que el «sello distintivo de la verdadera erudición es la humildad» atribuyó, en parte, los disturbios de la Universidad de Essex al hecho de que los alumnos no se sentían orgullosos de los «logros de los últimos tres mil años».¹⁹

Los académicos no siempre se habían visto animados a publicar sus propias investigaciones. En el Reino Unido, las carreras universitarias se cimentaban en la obtención de calificaciones brillantes y muchos profesores pensaban que su labor principal era preparar a sus alumnos para los exámenes. La difícilísima prueba de *agrégation* era el primer paso para empezar una carrera académica en Francia, y la École Normale Supérieure (la institución educativa más prestigiosa del país) era la encargada de formar a los jóvenes para dicho examen. Louis Althusser, el teórico marxista más importante de Francia, estuvo contratado como *répétiteur*, o profesor particular, en la École Normale.

No obstante, la «erudición» fue gradualmente reemplazada por la «investigación», la cual implicaba una ampliación de las fronteras del conocimiento. También conllevaba un nuevo profesionalismo en el acercamiento a la vida académica. Al comentar la relación entre las ciencias sociales y los movimientos de protesta tras los sucesos de 1968, dos sociólogos franceses radicales llamaron la atención sobre las «todopoderosas» asociaciones

profesionales, las conferencias anuales que atraían «de dos a tres mil» participantes y «la regla de oro del publicar o perecer».²⁰ Al principio, la palabra «investigación» era de uso más habitual entre los que se dedicaban a las ciencias naturales. El gobierno de Estados Unidos había empezado a fomentar la investigación científica en parte por su temor a que la Unión Soviética pudiera adelantarse en este campo. Los responsables de los planes educativos europeos también estaban interesados en la ciencia porque pensaban que sería una manera más de promover el crecimiento económico. Robbins confiaba en que el crecimiento universitario implicaría, en gran medida, un aumento de los departamentos científicos. Essex, la más flamante e innovadora de las universidades del Reino Unido, fue inicialmente llamada a ser un «MIT británico».

En realidad, el crecimiento universitario vino acompañado de lo que los informes oficiales británicos llamaron un «desplazamiento hacia las artes». Menos niños estudiaban ciencias y matemáticas en las escuelas. Quizá el bienestar les hizo preocuparse cada vez menos por dotarse de capacidades que eran claramente útiles en el mercado laboral. En Francia, la proporción de alumnos que estudiaban asignaturas artísticas aumentó claramente a finales de la década de 1960. El plan económico nacional había contado con que uno de cada tres alumnos estudiaría ciencias, pero en el curso 1968-1969 solamente lo hizo uno de cada cinco.²¹

Sin embargo, los académicos fueron adoptando cada vez más el lenguaje científico, incluso aquellos que no pertenecían a la rama de las ciencias físicas. Subrayaban la importancia de la objetividad y el rigor teórico, y ponían la investigación por encima de la erudición. Sus vidas empezaron a girar en torno a «institutos de investigación», «laboratorios» y búsqueda de becas generosas. En *Intercambios* (1975), la novela satírica del británico David Lodge sobre un intercambio académico en 1969, el profesor inglés Philip Swallow —a quien le encanta leer pero es incapaz de terminar su tesis doctoral y a veces contempla la posibilidad de publicar sus preguntas de examen porque son la mayor contribución que puede hacer al mundo académico— es el paradigma del erudito a la vieja usanza, mientras que el estadounidense Morris Zapp —que ha publicado seis libros a los cuarenta y sueña con agotar todos los enfoques teóricos de las novelas de Jane Austin, a la que, personalmente, considera «un coñazo»— es el prototipo del nuevo estilo de investigador.

Los nuevos académicos preferían con creces participar en grandes proyectos colectivos de investigación y formar a alumnos investigadores en universidades que enseñar a alumnos de licenciatura. Los ordenadores generaban

encendidas discusiones entre los estudiantes de humanidades, en parte porque parecía que permitían hacer cosas más parecidas a las ciencias naturales. En 1962, F. R. Leavis, un investigador en estudios literarios de Cambridge, había lanzado un duro ataque contra C. P. Snow —el novelista y defensor de la educación científica— al decir que sus novelas se leían como si hubieran sido escritas «por un cerebro electrónico» (término deliberadamente anticuado utilizado por Leavis para referirse a un ordenador). Pocos años después, algunos hablaban como si realmente pensaran que los ordenadores podían escribir libros. El historiador francés Emmanuel le Roy Ladurie declaró en 1968 que el historiador del futuro sería «un programador informático o no sería nada».

Por encima de todo, los años sesenta del siglo xx vieron una expansión de las «ciencias sociales». En 1968, por primera vez, los alumnos que estudiaban sociología eran más numerosos que los que solicitaron el ingreso en derecho o económicas. Eran más que los que querían estudiar cualquier otra carrera, excepto medicina.²² La sociología era una disciplina nueva en el Reino Unido y, por supuesto, no se enseñaba en las universidades británicas más antiguas. En Francia, Alemania e Italia era una carrera más consolidada, pero, tradicionalmente, en dichos países se había estudiado de una manera abstracta, con dosis más amplias de conjetura. La novedad en la década de 1960 fue que la sociología profundizó en una labor empírica que incidía más en encuestas, trabajos de campo y estadísticas. También se presentaba como una disciplina «útil», capaz de proporcionar a los agentes políticos de una herramienta de asesoramiento específico basada en datos objetivos y «apolíticos». Los sociólogos ofrecían dictámenes seguros sobre casi todos los temas, incluida, hacia el final de la década, la explosión del malestar estudiantil en sus propios departamentos.

Gran parte de los estudiantes más vehementes y descontentos provenía de departamentos de ciencias sociales. En Berkeley, en 1965, el nivel de aceptación del Free Speech Movement (Movimiento por la Libertad de Expresión) era mayor (75 %) entre los alumnos que se especializaban en ciencias sociales y menor (42 %) entre los que hacían su especialización en ciencias empresariales, ingeniería y arquitectura.²³ En la London School of Economics, los estudiantes de sociología y antropología constituían el 17 % del alumnado, pero sumaban el 34 % de los que expresaba su «apoyo total» a las sentadas.²⁴

La política en los campus podía llegar a ser motivo de enfrentamiento entre disciplinas académicas. Como las ciencias sociales eran las más radicales, a menudo veían a las ciencias físicas, y especialmente la ingeniería, como centros de reacción. A veces, la hostilidad tenía su origen en las conexiones existentes

entre la investigación universitaria y la militar. Estos vínculos fueron especialmente importantes en Estados Unidos. En 1968, las universidades norteamericanas gastaron 3.000 millones de dólares en investigación, un 70 % de los cuales provenía de fondos federales y, de estos, la mitad estaban relacionados con Defensa.²⁵ Ningún otro país occidental tenía el presupuesto militar de EE. UU., pero ello no impidió que hubiera protestas en el Reino Unido, especialmente en la Universidad de Essex, cuando acudió un conferenciante de Porton Down, el centro de investigación militar británico dedicado a la investigación con armas químicas. En el Reino Unido y EE. UU., los alumnos de ciencias e ingeniería eran, en general, políticamente más conservadores que el grueso de los estudiantes y el hecho de que sus carreras estuvieran más estructuradas y dejaran menos tiempo libre para asistir a manifestaciones contribuía a empeorar la situación. En Birmingham, las autoridades descubrieron que podían frustrar el radicalismo simplemente anulando clases de ingeniería. De esta manera liberaban de obligaciones académicas a un gran número de alumnos en los que se podía confiar que votarían en contra de las propuestas izquierdistas en las «asambleas generales» que los activistas habían convocado.²⁶ En Francia no hubo tanta tendencia a identificar las ciencias con el conservadurismo, quizá porque los propios científicos estaban influidos por la idea sartriana del intelectual comprometido, quizá porque la tecnología francesa no estaba destinada a fomentar el poder militar de EE. UU., o quizá, simplemente, porque las condiciones laborales de la mayoría de científicos galos eran menos buenas que las de sus colegas británicos o estadounidenses.

A veces los conflictos más feroces parecieron producirse dentro de los departamentos. Los estudiantes de sociología a menudo reservaban gran parte de su discurso envenenado para arremeter contra sus propios profesores. Un afligido —y tolerante— profesor adjunto de la Universidad de Chicago escribió que «los sociólogos han sido objeto de algunos de los ataques más exquisitamente atroces lanzados nunca por los estudiantes en protesta».²⁷ Aseguró el académico que el líder de un bando estudiantil de su propia universidad había expresado el deseo de «destruir el departamento de sociología demostrando que lo que los profesores dicen es pura mierda».²⁸

Los estudiantes de sociología sostenían que la disciplina se había corrompido por culpa de su adhesión al capitalismo y el poder estatal. Empresas privadas y gobiernos se servían de la investigación sociológica, y ello se relacionó con un viraje de la disciplina hacia tareas más especializadas y empíricas. Los científicos sociales asesoraban a los que diseñaban las políticas

estadounidenses en Latinoamérica y el Sureste Asiático, lo cual, a su vez, les hacía ser vistos, según un crítico francés, como parte del «complejo académico de la industria militar»,²⁹ aunque, de hecho, parece que los antropólogos que trabajaban bajo el auspicio del gobierno estadounidense en Vietnam llegaron rápidamente a la conclusión de que el apoyo al régimen survietnamita fue un error.

Sin embargo, los vínculos entre sociología y poder no explican por sí solos la protesta estudiantil. Hasta el sociólogo más autocomplaciente habría admitido que, por ejemplo, para el Pentágono, la física nuclear era más importante que las encuestas sociológicas, pero lo cierto es que los estudiantes de física eran menos propensos a la protesta que los de sociología. Además, la aversión política por la sociología contradice el hecho de que cada vez más alumnos eligieran estudiarla.

Quizá, el radicalismo de los estudiantes de ciencias sociales estalló, en parte, debido a la esperanza puesta en esta disciplina y a su rápido crecimiento. Algunos alumnos radicales se habían visto atraídos por la visión tecnocrática de la sociología hasta el punto de que, más tarde, les preocupó admitirlo. Al principio, Daniel Cohn-Bendit quería formarse como especialista en planificación educativa hasta que se dio cuenta de que carecía de los conocimientos matemáticos necesarios para elaborar análisis estadísticos. Los estudiantes de sociología, quienes raramente tenían algo de experiencia en la materia cuando llegaban a la universidad, a menudo quedaban desilusionados por los estudios especializados que estaban obligados a emprender. Los profesores universitarios de ciencias sociales solían pensar de sí mismos que tenían opiniones políticas progresistas. Creían que su disciplina estaba para cuestionar las ideas e instituciones establecidas. Pocos eran marxistas, pero muchos se tomaban a Marx en serio en una época en la que pocos colegas de otros departamentos habrían hecho lo mismo. No obstante, los sociólogos buscaban mejorar el funcionamiento de las sociedades capitalistas occidentales antes que derrocar el orden existente. El sociólogo francés Michel Crozier afirmó que su país era una «sociedad bloqueada» y paralizada por la burocracia. Para él, la verdadera división que afectaba a las sociedades industriales no era entre izquierdas y derechas, sino entre «modernizadores» y «conservadores». El apoyo a la modernización tecnocrática hizo vulnerables a los sociólogos académicos, ya que los estudiantes radicales se movieron claramente a la izquierda a finales de la década de 1960. Los profesores, que se creían críticos con el orden establecido, eran ahora denunciados por estudiantes que pensaban que la reforma o la «modernización» implicaban complicidad con el poder.

También hubo causas de desafección más complicadas en los departamentos de ciencias sociales. Esta disciplina se desarrolló al más alto nivel

en Estados Unidos. Un profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago observó que su asignatura era, junto con el jazz y la danza contemporánea, una de las tres contribuciones más distintivas de EE. UU. a la cultura mundial.³⁰ Los científicos sociales europeos estaban particularmente influidos por las lecturas de las investigaciones norteamericanas y, en el caso de las figuras más eminentes, por sus visitas a Estados Unidos. Este hecho, a su vez, despertaba animadversión entre los alumnos antiamericanos. Los radicales de Nanterre expresaron su rencor con estas palabras: «La sociología actualmente existente en Francia se importa de EE. UU. con apenas unos días de retraso. Todo el mundo sabe que los sociólogos más respetados son los que siguen muy atentamente las publicaciones americanas».³¹ Los estudiantes de Nanterre se habrían indignado todavía más si hubieran sabido que uno de los blancos de sus ataques (Michel Crozier) acababa de asistir a una conferencia convocada por McGeorge Bundy (ex consejero de Seguridad Nacional de EE. UU.) a instancias del presidente Johnson para planificar la fundación de un instituto oriental/occidental que reuniría a especialistas del oeste y soviéticos para examinar problemas sociales.³²

Los jóvenes radicales no solamente tenían aversión a los vínculos específicos que los académicos mantenían con el poder político o militar, sino que también estaban resentidos por el tono general que habían adoptado las ciencias sociales. No les gustaba su «ideología de la neutralidad» ni su creencia en que los problemas «sociales» se pudieran resolver sin acometer cambios sociales drásticos. El funcionalismo del sociólogo de Harvard Talcott Parsons, quien creía que las sociedades «maduras» trabajarían sin contratiempos, fue objeto de especial desprecio. Phil Cohen, quien había cambiado repetidas veces de carrera antes de abandonar la universidad, fue un ejemplo radical del desencanto académico. Planeó asaltar la biblioteca de la London School of Economics para pegar entre sí con cola las páginas de los libros de Talcott Parsons y demostrar así la «coagulación de la praxis».³³

Algunos profesores de sociología de mentalidad liberal pensaron que las cualidades que más valoraban —la objetividad y la claridad— podían explicar en parte la inquietud de sus alumnos. Michel Crozier había vuelto a Francia desde Harvard en 1967 y obtenido una cátedra en Nanterre. Se propuso introducir un estilo norteamericano en su enseñanza y en sus técnicas de investigación. Después de una clase, uno de sus alumnos le felicitó por su claridad y la contrastó con la de Alain Touraine, un joven sociólogo que llegaría a ser más comprensivo con las protestas estudiantiles. El alumno dijo que era muy difícil entender a Touraine, ya que se contradecía y, de repente, titubeaba y

añadía: «Al final, lo prefiero, porque es estimulante». A Crozier le sorprendió la observación de su alumno, pero lo entendía. A los estudiantes había que «hacerles soñar» y, en Francia, «paradójicamente, es a través de la abstracción como se consigue hacer soñar a la gente, huyendo de la realidad».³⁴

POSGRADOS

El crecimiento de los estudios superiores alentó el radicalismo en las universidades y generó un conjunto de estudiantes que permaneció en la universidad el tiempo suficiente para fundar movimientos políticos. La Teaching Assistants Association fue creada en la Universidad de Wisconsin en 1966 para representar a los alumnos que ganaban dinero enseñando y no tardó en vincular el descontento pecuniario de sus miembros con cuestiones más generales como el racismo y Vietnam. La vida de los estudiantes de posgrado no se veía interrumpida por la incómoda obligación de presentarse a exámenes. Su placentero ritmo de vida fue retratado en tono de burla por el escritor John Irving en la novela *El mundo según Garp* (publicada en 1978 y ambientada principalmente en la década de 1960): «una escuela de posgrado es ese lugar donde los alumnos se van dando cuenta gradualmente de que ya no quieren ir a la escuela». Los estudios de posgrado crecieron considerablemente en los años sesenta. Esta tendencia fue particularmente notoria en Estados Unidos, en parte debido a la institucionalización de la investigación y, también, porque asistir a un posgrado se convirtió en una manera de evitar ir a Vietnam. El concepto de la formación de posgrado, como la mayoría de innovaciones educativas estadounidenses, se extendió al Reino Unido y Europa. Un abogado, en un juicio a unos activistas estudiantiles —en su mayoría norteamericanos matriculados en cursos de posgrado— que habían asaltado un edificio administrativo en la Universidad de Londres, comentó sin ambages que «en Estados Unidos los doctorados los regalan».³⁵

LOS PROFESORES Y SUS ENEMIGOS

¿Contra quién iban los estudiantes? En ocasiones se generaban ambientes de hostilidad enconada hacia aquellos profesores que eran considerados autoritarios o cómplices de alguna estructura de poder superior. Igualmente, los profesores también eran a veces hostiles con los alumnos activistas, a quienes veían como una amenaza a las cualidades —orden, tranquilidad, debate sereno— que

consideraban inherentes a la vida universitaria. Aunque los estudiantes tildaran a menudo a sus enemigos de «fascistas», lo cierto es que algunos de los más acérrimos —como Alexander Gerschenkron, Raymond Aron o Theodor Adorno— podían ser lo suficientemente mayores como para haber vivido personalmente el nazismo.

Sin embargo, la lucha en las universidades nunca fue un simple conflicto generacional y nunca dividió completamente a profesores y estudiantes. En el 68, algunos académicos mantuvieron buenas relaciones con sus alumnos o, incluso, se erigieron en figuras neutrales en la liza entre los estudiantes y «la universidad» —el ascenso de la figura del administrador académico profesional proporcionó a veces un enemigo común a maestros y pupilos—. Durante la ocupación de la Universidad de Columbia en 1968, los estudiantes marcaban sus filiaciones políticas con brazaletes de distintos colores, pero los miembros del cuerpo docente llevaban cintas blancas. Muy pocos profesores se mostraron completamente a favor o completamente en contra de las protestas estudiantiles y algunos adoptaron posturas inesperadas. Los historiadores Rodney Hilton y John Saville —ambos cincuentones ex comunistas— ejercieron de intermediarios entre los estudiantes en protesta y las autoridades universitarias de Birmingham y Hull. René Rémond —historiador veterano en Nanterre de ideas relativamente conservadoras— comentó con posterioridad que, en cierto modo, él también fue un *soixante-huitard* porque acogió con satisfacción la oportunidad de reformar su universidad.

A veces había comprensión entre estudiantes radicales y profesores. El sinólogo e historiador de la ciencia Joseph Needham era una autoridad en una de las facultades más conservadoras de Cambridge, pero también era miembro de Socialists in Higher Education, asociación que buscaba «una desestabilización crítica del sistema».³⁶ Antonio Negri —nacido en 1933 y profesor de sociología en Bolonia— era líder de la formación radical marxista Lotta Continua. Posteriormente fue perseguido por haber inspirado actos terroristas de las Brigadas Rojas y las autoridades italianas lo denunciaron por ser el más destacado de los «maestros malos», un término utilizado en Italia para designar a los profesores con alumnos demasiado asiduos. Muchos docentes llevaban una doble vida a caballo entre la autoridad académica y la rebelión estudiantil. En 1968, Jonah Raskin pasó más de una noche participando en la ocupación de la Universidad de Columbia, pero de día se iba a la Universidad de Stony Brook a dar clase. Era el Doctor Raskin para sus alumnos, Jonah para sus colegas y «Jomo» para los lectores de los artículos que escribía en la prensa clandestina.³⁷

En cualquier caso, el crecimiento de la educación superior en el período de

posguerra había difuminado los límites existentes entre profesores y alumnos. Esto se debió, en parte, a que la expansión universitaria trajo consigo un aumento de la proporción de profesores jóvenes. Incluso entre los académicos de edades similares hubo también profundas divisiones provocadas, en algunos casos, por la rapidez de su ascenso en la estructura académica. Barry Supple (nacido en 1929) era provicerrector de la Universidad de Sussex en 1968 y fue responsable de la contención de gran parte de la revuelta estudiantil. Stuart Hall, tres años más joven que Supple, ocupaba un puesto de menor antigüedad y fue considerado por muchos como el académico que más apoyó las protestas estudiantiles británicas. En Estados Unidos, la profesión estaba dividida entre los que ocupaban un puesto permanente y los que no. En Francia, Alemania e Italia, los académicos jóvenes —a menudo contratados temporalmente— debían mostrar una ostentosa deferencia hacia los profesores que controlaban sus carreras. La cifra de estos docentes de menor antigüedad aumentó con la expansión universitaria de la década de 1960, y dicho incremento fue, por supuesto, más acusado en aquellos estudios, como sociología, que crecieron más rápidamente. El 68 fue, en ocasiones, más una rebelión de adjuntos contra profesores que de estudiantes contra sus maestros.

Los que se opusieron a la protesta estudiantil a menudo la presentaron como un movimiento de filisteísmo salvaje que amenazaba tanto a la erudición como a la autoridad académica. La desacralización del libro fue una parte importante del 68. Guido Viale, una figura carismática entre los estudiantes de izquierdas turineses, dijo que los libros eran «tan malos como los profesores».³⁸ La creencia que las bibliotecas universitarias podían verse amenazadas por los disturbios preocupó a algunos académicos; David Landes, en Harvard, dijo que abriría fuego sobre los estudiantes si asaltaban la biblioteca.³⁹

No obstante, los estudiantes radicales también sentían un emotivo apego por la palabra escrita. Unos candidatos a entrar en una comuna danesa admitieron que los libros eran una forma de propiedad privada a la que les costaría mucho renunciar.⁴⁰ Durante los años en que abandonó los estudios, Phil Cohen, activista político y líder de una casa okupa londinense, iba a menudo a buscar consuelo a la sala de lectura del Museo Británico; sus *Reading Room Only*, llevan el subtítulo *Memoir of a Radical Bibliophile*. Durante la búsqueda de nuevos fichajes para la organización Estudiantes para una Sociedad Democrática, George Brosi, del Carleton College de Minnesota, comprobó los registros de la biblioteca porque sabía que los lectores de determinados libros podían abrazar tendencias izquierdistas.⁴¹ El propio acceso a las bibliotecas fue

también una de las demandas del 68. Los alumnos de Trento exigieron una «biblioteca al estilo americano ... máximo desarrollo de la relación hombre/libro —sin intermediarios—, todos los libros en la pared y al alcance de la mano».⁴²

Los académicos experimentaron, en alguna ocasión, una extraña sensación de revitalización durante el 68. Didier Anzieu, en Nanterre, escribió: «Mis alumnos notaban que no me preocupaban tanto ellos como la maquinaria. Les aburría mi aburrimiento y a mí me aburría el suyo. Por primera vez en aquel año [durante la insurrección de mayo de 1968], la universidad volvió a interesarme».⁴³ Hasta Barry Supple, férreo defensor del imperio del orden en la Universidad de Sussex, admitió que la emoción de los acontecimientos que había vivido le provocó escalofríos.

A pesar de la retórica morbosa, gran parte de lo que los estudiantes querían en el 68 podía tener cabida en las universidades. Ciertamente, las protestas estudiantiles iban a menudo acompañadas de un inesperado estallido de consenso. En Nanterre, los alumnos radicales participaron en comisiones para hablar sobre cómo se podía cambiar la enseñanza. Hasta las innovaciones más revolucionarias del 68 dieron resultados bastante convencionales. Edgar Faure, el astuto político de centro que fue nombrado ministro de Educación después de los acontecimientos del Mayo francés, ayudó a crear un nuevo campus en Vincennes construido con elementos prefabricados e inaugurado en 1969. Las nuevas instalaciones ofrecieron refugio intelectual a pensadores radicales —principalmente Michel Foucault— y aceptó a alumnos que carecían de las certificaciones habituales. Sin embargo, a largo plazo, tal como Faure probablemente previó, hasta Vincennes se calmó, en parte debido a que sus alumnos, de clase obrera y relativamente mayores, no siempre albergaron unas expectativas elevadas con respecto a su educación.⁴⁴

Algunos alumnos abandonaron los estudios durante o después de las protestas del 68 —ya fuera para entrar a trabajar en fábricas, hacerse militantes a tiempo completo o, incluso, pasar a la clandestinidad como guerrilleros urbanos—, pero una cifra sorprendentemente elevada de estudiantes siguió en la universidad o volvió más tarde a ella. Tom Hayden publicó en 2006 la tesis doctoral que había empezado a principios de la década de 1960.⁴⁵ Guido Viale, quien había llamado a la destrucción de libros en 1968, también se hizo sociólogo. Un estudio sobre los activistas radicales estadounidenses en la década de 1960 concluyó que, treinta años después, un 17 % ejercían de profesores.⁴⁶ Dick Flacks —quien había sido miembro de Estudiantes para una Sociedad Democrática antes de convertirse en un profesor de sociología que estudió a los radicales de finales de los sesenta y simpatizó con ellos— resumió así la

situación: «La Academia era uno de los marcos institucionales donde los antiguos estudiantes activistas podían aspirar a un cierto grado de estabilidad profesional y económica sin tener que hacer muchas concesiones».^{[47](#)}

Estados Unidos



Lyndon Johnson (quien llegó a ser odiado por la izquierda radical) con Robert Kennedy (quien llegó a ser admirado por parte de la izquierda).

Estados Unidos desempeñó un papel especial en el largo 68. Las políticas de su gobierno, sobre todo en Indochina, fueron blanco de hostilidades alrededor del globo, pero EE. UU. también fue un modelo para gran parte del movimiento de protesta en el mundo occidental. Una de las claves de ello fue el desajuste temporal. Los tipos de activismo que tan comunes serían a finales de los años sesenta se habían originado, en muchos casos, en Estados Unidos a principios de la década y, en ocasiones, emergieron del movimiento por los derechos civiles. Sin embargo, la fe en EE. UU. empezó a decaer a finales del decenio, y especialmente en el año 1968, tanto entre los radicales como entre los defensores del orden establecido.

Algunos estadounidenses rememoran el año 1968 en términos patológicos. El secretario de Estado Dean Rusk dijo que aquel fue un año «borroso» y que lo había superado a base de aspirinas, *scotch* y cigarrillos.¹ La periodista Joan Didion escribió: «Un ataque de vértigo y náuseas no me parece una reacción inadecuada al verano de 1968».² Daniel Patrick Moynihan pensó que su país había llegado al borde de un «ataque de nervios».³ Los miembros del gobierno se sentían aprisionados entre las dificultades de la guerra de Vietnam y las dificultades políticas —domésticas e internacionales— generadas por la oposición al conflicto bélico. Al presidente Lyndon Johnson —no precisamente célebre por el trato comprensivo a sus subordinados— le preocupaba la posibilidad de que Robert McNamara, su secretario de Defensa, se suicidara.⁴

Los que se oponían al gobierno tampoco se sentían mucho mejor. Una de las causas de ello fue que el año terminó con la elección de Richard Nixon, un presidente que despertaba una particular aversión entre los estadounidenses de mentalidad liberal y cuyo período en el cargo se caracterizaría por la continuación de las agresiones en Indochina, el posterior reconocimiento de que Estados Unidos debía retirar sus tropas de allí y la sordidez del caso Watergate. Es más, algunos activistas estudiantiles creyeron que el radicalismo de principios de la década de 1960 había desembocado en 1968 en una espiral de violencia, agria división interna y obsesión renovada por las ortodoxias ideológicas. James Miller, miembro de Estudiantes para una Sociedad Democrática, escribió que «el movimiento se desmoronó al finalizar la década ... dejando atrás una nube de gas

lacrimógeno, drogas y palabrería pseudomarxista».⁵ Uno de los camaradas de Miller en SDS admitió que algunos habían llegado a ver el final de la década como una «cámara de los horrores».⁶

El desencanto que marcó las postrimerías de la década de 1960 en Estados Unidos estuvo en parte relacionado con lo que algunos recordaron como una edad de la inocencia a principios del decenio, cuando, según llegaron a creer, la «nueva izquierda» había intentado escapar de la exclusividad sectaria que asociaba al marxismo y cuando la no violencia y la alianza interracial de la campaña por los derechos civiles parecían señalar el camino hacia una nueva política. Diez años después, era como si esa inocencia ideológica se hubiera dejado anular por el recurso a la violencia por parte de la izquierda política, así como por el auge de una contracultura relacionada con el creciente distanciamiento entre los estudiantes radicales y la izquierda convencional, especialmente el movimiento obrero.

Sobre todo, las divisiones políticas de la década de 1960 en EE. UU. consistieron, al menos en la primera mitad del decenio, en una controversia en torno a qué eran los Estados Unidos de América. Los radicales se mostraron con frecuencia defensores de las auténticas tradiciones nacionales y no tanto innovadores o exponentes de ideas extranjeras. Tom Hayden —el líder estudiantil más famoso de Estados Unidos— comentaría más tarde que el radicalismo de los años sesenta no se limitó a problemas particulares, sino que fue un intento general de «rehacer América», comparable a la Declaración de Independencia o la guerra de Secesión.⁷ El pesimismo de finales de la década fue, en parte, generado por el optimismo que habían impregnado los primeros años sesenta, y los radicales estadounidenses que se pusieron en contra de su propio país a menudo lo criticaron con rencor, ya que pensaban que no había estado a la altura de su elevado destino.

ORÍGENES

Si muchos vieron el año 1968 como un final en Estados Unidos, ¿cuándo fue el comienzo? La «nueva izquierda» no fue tan nueva como algunos jóvenes estadounidenses llegaron a creer. Un soldado de infantería en una ocupación universitaria en 1968 describiría a Tom Hayden como el «padre teórico de toda la nueva izquierda»,⁸ pero, como el propio Hayden sabía, fueron dos hombres mayores que él quienes popularizaron el término en su país. El primero y más famoso de ellos es el sociólogo C. Wright Mills (1916-1962), un profesor de Columbia con una afición especial por las chaquetas de cuero, las motos, las

mujeres y hacer de hermano mayor experimentado a los jóvenes formales. Para Hayden —cuya tesis de posgrado versó sobre Mills—, «después de Albert Camus y Bob Dylan, Mills fue la influencia más omnipresente entre los miembros de la primera generación de SDS».⁹ Tres libros de Mills influyeron particularmente. *The New Men of Power: America's Labor Leaders* (1948) explicaba cómo los sindicalistas se habían convertido en el pilar de la política del consenso en EE. UU.; *White Collar: The American Middle Class* (1951) sorprendió a los estudiantes porque en él vieron retratado el mundo de sus padres y la sociedad a la que tanto temían verse arrastrados; finalmente *La élite del poder* (1956) se focalizó en el pequeño grupo de hombres que dictaban las políticas estadounidenses.

El segundo pensador que inspiró el radicalismo estudiantil fue Michael Harrington, nacido en 1928. Con la publicación de *The Catholic Worker*, Harrington contribuyó a trasladar un determinado tipo de catolicismo social de Europa —principalmente, Francia— a Estados Unidos. Perdió la fe religiosa precisamente cuando la Iglesia, con el concilio Vaticano II, parecía que se aproximaba a sus ideas sociales, si bien nunca ignoró la importancia de la religión para la vida pública. Harrington se hizo famoso, sobre todo, por el libro *The Other America* (1963), donde se sumergía en las vidas de quienes vivían con ingresos inferiores a 3.000 dólares anuales. Este trabajo hizo tan célebre a Harrington que, para su propio bochorno, pronto llegaron a ofrecerle 1.500 dólares por pronunciar una única conferencia.¹⁰

Harrington y Mills no siempre estuvieron de acuerdo el uno con el otro ni con todos los aspectos del movimiento estudiantil emergente. Harrington no ahorró críticas a los líderes universitarios; su fallecimiento, probablemente, libró a Mills de convertirse también en blanco de esa acritud. A diferencia de Mills, Harrington era un ferviente anticomunista. Estaba a favor del sindicalismo organizado, algo que Mills despreciaba, y se mostraba escéptico con las virtudes de la Cuba castrista, que Mills admiraba. Lo que sí compartieron ambos y les hizo tan influyentes fue el interés por la universidad como escenario potencial del radicalismo y un carisma personal que acaparó muchísima atención.

DERECHOS CIVILES

El radicalismo estadounidense de la década de 1960 fue, en parte, heredero del movimiento por los derechos civiles que había nacido con el intento de abolir la segregación racial en los estados sureños del país. Este movimiento acaparó la atención nacional desde mediados de la década de 1950 en adelante, después de

que el Tribunal Supremo ordenara la desagregación de las escuelas y, también, a raíz del boicot de los autobuses de Montgomery (Alabama) en 1955-1956, aunque sus orígenes fueron anteriores. Los activistas por los derechos civiles eran, en algunos casos, relativamente mayores. Rosa Parks, quien desencadenó el citado boicot al negarse a ceder el asiento a un blanco, había nacido en 1913. El movimiento tenía vínculos con la Iglesia Protestante, sobre todo después de que el reverendo Martin Luther King Jr. (nacido en 1929) se convirtiera en su cabeza más visible.

En algunos aspectos, el movimiento por los derechos civiles fue conservador: tenía unos objetivos claramente definidos, a sus defensores les preocupaban las instituciones establecidas (escuelas, tribunales, censos electorales) y trató de hacer que el mandato del gobierno federal se extendiera a todo el país. Sin embargo, el movimiento introdujo algunas novedades. Sus líderes abogaron por la resistencia a las autoridades y, en particular, por una versión no violenta de la misma —una idea que algunos tomaron de la campaña de Ghandi en la India—, aunque al comienzo de la campaña por los derechos civiles hubo más violencia de la que sus líderes quisieron admitir.

Los blancos liberales pensaban que el sur era un lugar que debían evitar o, si habían tenido la desgracia de haber nacido allí, del que debían huir. Para ellos, el racismo era repugnante pero, desde el punto de vista político, poco emocionante. C. Wright Mills se había ido de Texas cuando era un veinteañero. Más tarde escribió: «Nunca me interesó eso que llaman el “Negro problem” ... Lo cierto es que nunca lo he estudiado como investigador. Me da la impresión de que, si lo hiciera, llegaría a la conclusión de que se trata de un problema blanco».¹¹ Harrington estaba más interesado que Mills en cuestiones de raza y más vinculado al movimiento por los derechos civiles, aunque no fue precisamente un admirador incondicional de su «afable caos parlamentario».¹²

Sin embargo, los activistas estudiantiles de principios de la década de 1960 sí pensaban que la «negro question» era un problema sumamente interesante. En parte, este interés surgió al descubrir que en su propio país había pobreza y represión, un descubrimiento aún más impactante que el del tercer mundo por parte de la izquierda europea en la misma época. Los jóvenes viajaban al Sur para unirse a las protestas, sobre todo durante el célebre «Verano de la Libertad» de 1964. Los estudiantes blancos presenciaron y, hasta cierto punto, sufrieron el maltrato infligido a los afroamericanos del Sur. La policía los golpeaba, encerraba y, en algunos casos, asesinaba. Los estudiantes radicales no veían la raza simplemente como un «problema blanco» —que había que solucionar cambiando la conducta de los racistas— o ni siquiera como un problema político

—que había que cambiar haciendo determinadas concesiones—. Para algunos de ellos, la lucha era un acto noble por sí mismo. Sandra Cason, una estudiante texana influida por un cristianismo poco convencional, explicó que sentía «algo de lástima por los segregacionistas». Para ella, la lucha por los derechos civiles no fue una campaña política corriente, aunque añadió —en unos términos que muchos habrían considerado raros pocos años después— que tampoco se trató categóricamente de una revolución ni —tal como dijo— una «revuelta». Cason pensaba que la campaña hizo que «todos nosotros, negros y blancos, nos diéramos cuenta de la posibilidad de convertirnos en humanos menos inhumanos a través del compromiso y la acción». Aseguró que se habría unido a la lucha incluso sabiendo que «ni un *lunch counter*^{*} habría abierto como resultado de mi acción». ¹³

ESTUDIANTES PARA UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA

Student Non-Violent Co-ordinating Committee, SNCC (Comité Coordinador Estudiantil No Violento) fue fundado en 1960 para apoyar el movimiento por los derechos civiles y estimuló el activismo de otras iniciativas políticas estudiantiles a inicios de la década de 1960. Había organizaciones en muchas universidades estadounidenses: en 1957 apareció Slate en Berkeley, a la que siguió Voice en Ann Arbor, Pol en Chicago, el Political Club en Swarthmore, la Progressive Student Alliance en Oberlin y Tocsin en Harvard.

Un grupo de estudiantes de Míchigan empezó a considerar la conveniencia de una federación nacional. Entre ellos destacaban Tom Hayden y Alan Haber, el «residente radical» de Míchigan. Hayden pensó primero en la National Student Association, pero quedó decepcionado por la actitud recelosa de la asociación frente a la acción directa y su propio fracaso al no ser elegido vicepresidente de la misma. Haber le convenció para que concentrara sus fuerzas en Estudiantes para una Sociedad Democrática, un organismo surgido en 1960 a partir de la respetable pero oscura Student League for Industrial Democracy (Liga Estudiantil para la Democracia Industrial).

Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS) era una federación poco rígida, controlada por un pequeño grupo de estudiantes y presente en un número de instituciones todavía menor. Juntó a una serie de organismos existentes en distintas universidades, pero no ejerció gran control sobre ellos. Según calculó el propio Hayden, SDS llegó a tener 800 miembros contribuyentes y una lista de correo con cerca de 2.000 nombres. Según otras estimaciones, en 1962 y 1963, SDS constaba de nueve secciones con solamente cuatrocientos miembros. Sus

cabecillas ni siquiera sabían quién estaba afiliado al movimiento. Cuando Todd Gitlin, en 1965, hizo una gira por el país en representación de SDS, descubrió que había tres secciones de las que nunca había oído hablar.¹⁴ El simple hecho de tener el nombre de alguien en los registros no implicaba que fuera un miembro activo de la organización. Cuando se dio a conocer el nombre del «izquierdista» que había asesinado al presidente Kennedy, Hayden comprobó que Lee Harvey Oswald no estuviera en la lista de correo de SDS.¹⁵

La iniciativa más importante llevada a cabo por SDS tuvo lugar en 1962, cuando unas pocas decenas de jóvenes se reunieron en Port Huron, un refugio del sindicato United Auto Workers dotado de cabañas de madera, pistas forestales, playas y comedores que le daban un aspecto de campamento veraniego para adolescentes. El grupo de Port Huron estaba formado mayormente por amigos captados a través de contactos personales. Algunos de los presentes tenían vínculos familiares con la izquierda establecida y denunciaban el lenguaje de agotamiento ideológico, aunque les movían más las emociones que la argumentación política que habría caracterizado a una agrupación similar en Europa.

La reunión finalizó con la Declaración de Port Huron. Redactada en gran medida por Tom Hayden, llevaba su sello de elevada autoestima, fervor moral y jerga sociológica. El manifiesto expresaba el desasosiego con el autocomplaciente materialismo estadounidense reinante en la época y con unas prioridades tecnocráticas que parecían sugerir que la generación del momento tenía un «programa carente de visión». La declaración incidía en cómo las diferencias reales en la política del país trascendían los partidos en lugar de dividirlos, y destacaba, en particular, el papel de los *dixiecrats*, es decir, los políticos sureños del Partido Demócrata que se oponían a los derechos civiles para los afroamericanos. El texto también hablaba de una política «participativa» más radical que «saque a la gente del aislamiento y la devuelva a la comunidad como medio necesario, pero no suficiente, para dar sentido a la vida personal».

La nueva izquierda estadounidense tenía características intrínsecamente nacionales. Una de ellas era su distanciamiento del movimiento obrero. C. Wright Mills había instado a abandonar una «metafísica obrera» que daba por sentado que solamente una clase trabajadora organizada podía liderar las causas progresistas. A diferencia de sus homólogos de Europa Occidental, los sindicatos estadounidenses no mantenían contactos explícitos con partidos políticos de izquierda y algunos de ellos profesaron un anticomunismo feroz después de la segunda guerra mundial. Por otra parte, en EE. UU. más que en ningún otro país, los estudiantes eran lo suficientemente numerosos como para contemplar la

posibilidad de constituirse en fuerza de progreso. Los presentes en Port Huron veían el movimiento obrero como inactivo, lo cual resultaba mucho más sorprendente si tenemos en cuenta que fueron los sindicatos los que invitaron a los estudiantes y que una de ellos, Sharon Jeffrey, era hija de un líder sindical.

La segunda característica de la nueva izquierda estadounidense fue su relación con la guerra fría. El anticomunismo había hecho más mella en la política interna norteamericana que en Francia o Italia, donde los partidos comunistas estaban bien representados en sus respectivos Parlamentos, o en el Reino Unido, donde se consideraba a los comunistas unos excéntricos inofensivos. En cambio, expresar afinidad por el comunismo en EE. UU. durante la década de 1950 podía significar el fin de una carrera profesional. Curiosamente, el legado del macarthismo hizo que los jóvenes radicales de EE. UU. de principios de los años sesenta se sintieran más libres que sus contemporáneos europeos. Los estadounidenses nunca habían tenido que decidir cómo debían situarse en relación con un gran partido comunista en su país. La Declaración de Port Huron daba por sentado que nadie admiraba al régimen soviético, pero sugería que sería deseable mantener relaciones con la URSS. A este respecto, la declaración se anticipó de alguna manera a la diplomacia estadounidense de la década de 1960 y sus autores mantuvieron relaciones ligeramente ambiguas con John F. Kennedy, quien, a su vez, en aquel momento parecía moverse entre la participación activa en la guerra fría y la defensa de la distensión entre los bloques.

Estudiantes para una Sociedad Democrática excluyó a los partidarios del «totalitarismo» hasta mediados de los años sesenta, pero, como fue propio de ella, la organización tampoco dio ningún paso concreto para imponer esa exclusión. Todd Gitlin (presidente de SDS en 1963-1964), diría más tarde que el «antianticomunismo fue para la nueva izquierda lo que el anticomunismo fue para los liberales y socialdemócratas de posguerra: la prueba definitiva de su identidad política».¹⁶ La no denuncia del comunismo por parte de SDS fue la causa de la primera ruptura de esta organización con sus valedores sindicalistas.

LA GUERRA FRÍA Y LA NUEVA IZQUIERDA

En realidad, el pensamiento de la nueva izquierda estadounidense debió a la guerra fría más de lo que sus partidarios creyeron. El anticomunismo en EE. UU. había estado a menudo acompañado de un brutal ejercicio del poder estatal y de una defensa de intereses comerciales. No obstante, fuera de sus fronteras, el gobierno de Estados Unidos creó alianzas con fuerzas no comunistas, lo cual

implicó, en ocasiones, adoptar posturas que, en términos de política interior, se consideraban de izquierdas. Muchos de los que recibieron apoyo estadounidense en Europa eran socialdemócratas o, incluso, marxistas no soviéticos. Un gran número de europeos que, en caso de haber nacido en EE. UU., habrían sido llevados a declarar ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses, se beneficiaron de una discreta financiación por parte de Washington en la década de 1950. Strom Thurmond —un senador de ideología ferozmente conservadora— se quejó de que la CIA estaba «generando socialismo a espaldas del pueblo americano».¹⁷ El autor más admirado por los estudiantes radicales estadounidenses, Albert Camus, representaba al tipo de izquierdista no comunista con el que los responsables políticos de EE. UU. hicieron a menudo causa común. De hecho, un joven Henry Kissinger había intentado convencer a Camus para que colaborara en un periódico que el entonces futuro vicepresidente editaba en los años cincuenta.¹⁸

La raza fue una cuestión particularmente importante en la política exterior estadounidense. Antes de que hiciera el más mínimo esfuerzo por acabar con la segregación racial en los estados del Sur, el gobierno federal se presentaba a sí mismo como contrario al colonialismo europeo y amigo de los pueblos no europeos. La política exterior estadounidense tenía muy poco que ver con las políticas internas en gran parte del país. El afroamericano Ralph Bunche fue un alto funcionario del Departamento de Estado, ganador de un premio Nobel por su papel en la negociación entre Israel y Palestina en 1950, época en la que no le habrían atendido en ninguna cafetería de Alabama. La postura norteamericana estaba dividida por la hipocresía. EE. UU. solamente apoyaba la descolonización «buena», es decir, aquella que no fuera dudosa de desembocar en regímenes comunistas o de excluir los negocios estadounidenses de los países recién independizados. A menudo, los defensores de los intereses de EE. UU. también presentaron una imagen benevolente de las relaciones raciales en su propio país. W. E. B. Du Bois, a quien denegaron el pasaporte en la década de 1950 por sus inclinaciones comunistas, escribió que sus compatriotas afroamericanos que querían viajar al extranjero estaban obligados a «decir el tipo de cosas que nuestro Departamento de Estado desea que el mundo crea».

Sin embargo, el apoyo a la liberación de los pueblos colonizados extranjeros y la rivalidad en la guerra fría influyeron de algún modo en las políticas internas estadounidenses con respecto a la raza.¹⁹ La concesión de la independencia a estados de África subsahariana a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta favoreció la aparición de una nueva comunidad de diplomáticos y políticos negros con los que Estados Unidos intentó mantener

buenas relaciones. Una autopista —la ruta 40 en Maryland— causó especiales problemas porque los dignatarios extranjeros que se desplazaban de Nueva York a Washington topaban con la segregación racial cuando se detenían para comer. Mrs. Leroy Merritt, del restaurante Bonnie Brae, justificó su negativa a servir a un cliente de Chad con las palabras: «Parecía un negro normal y corriente. Nadie diría que era un embajador».²⁰

El hecho de que la Organización de las Naciones Unidas tuviera su sede en Nueva York hizo difícil separar la diplomacia estadounidense de la política doméstica. Dean Acheson, secretario de Estado entre 1949 y 1953, escribió en 1969 que hubiera sido preferible que la sede central de la ONU se hubiera construido en Ginebra o Copenhague antes que entre las «nacionalidades y razas en conflicto» de Manhattan. Frank Graham, ex rector de la Universidad de Carolina del Norte y senador efímero, fue nombrado agregado en Naciones Unidas en 1955. Graham escribió sobre los derechos civiles refiriéndose a ellos como un instrumento de política exterior estadounidense. Según él, la desagregación era importante debido a su «poder moral estratégico en la lucha mundial entre la libertad democrática y la tiranía totalitaria», y su implementación sería «más elocuente que la explosión de una bomba de hidrógeno».²¹

La competición con la Unión Soviética también estimuló el interés de Washington por los movimientos juveniles. El entonces fiscal general Robert Kennedy, a la vuelta de una gira por el extranjero durante la cual había sido blanco de la protesta estudiantil, reclamó poner más atención en ganarse la simpatía de los jóvenes de otros países. Tras estas declaraciones, el gobierno creó un comité interinstitucional sobre asuntos juveniles en 1962. El secretario de Estado Dean Rusk escribió en 1964: «Los líderes juveniles se han alzado ... Debemos ampliar nuestros horizontes si queremos ganar la iniciativa contra el hábil e implacable competidor en el bloque comunista y ante el considerable desorden en nuestras propias filas».²²

National Student Association, NSA (Asociación Nacional de Estudiantes), había sido fundada por la CIA —al igual que International Student Conference (Conferencia Internacional de Estudiantes), que operó en el mundo no comunista — en parte para que los jóvenes liberales estadounidenses pudieran ofrecer su réplica a la propaganda soviética en los encuentros juveniles internacionales—. Este hecho causó una gran indignación cuando fue destapado en 1967 y, probablemente, contribuyó a la radicalización del movimiento estudiantil. Pero la relación entre los líderes estudiantiles y la CIA no fue tan incoherente como acabaría pareciendo. En la CIA había gente que pensaba que apoyar causas

izquierdistas en el extranjero —sobre todo en cuestiones de raza y descolonización— sería útil para los intereses estadounidenses; en este sentido, la Agencia fue más liberal que el FBI, responsable de las actividades de inteligencia domésticas y que, por lo visto, investigó a la NSA precisamente a principios de la década de 1960, cuando la CIA la estaba creando.²³

RELIGIÓN

Una última peculiaridad de la nueva izquierda estadounidense reside en el papel que en ella desempeñó la religión. Las estadísticas de la época indican que hubo una relación inversamente proporcional entre la práctica religiosa y el radicalismo político en Estados Unidos.²⁴ La posibilidad de que un miembro estadounidense típico de la nueva izquierda practicara alguna religión era menor que la de cualquiera de sus contemporáneos. Además, una cifra desproporcionada de ellos —más de la mitad, según un estudio— eran judíos secularizados.²⁵ No obstante, ciertos tipos de práctica religiosa propiciaron la disidencia política. A veces, la falta de una iglesia establecida o mayoritaria favorecía esta dinámica. Las fronteras entre la Iglesia y sus enemigos —las cuales eran obvias en Francia o Italia, por ejemplo— eran muy difusas en Estados Unidos, donde había numerosas confesiones y era posible tener un sentimiento religioso sin estar obligado a aceptar todas las enseñanzas de una autoridad eclesiástica. La fe se mezclaba con nuevas corrientes de pensamiento, como el existencialismo.²⁶ A menudo, los capellanes protestantes de las universidades eran más radicales que sus colegas de las parroquias,²⁷ mientras que los unitarios y los episcopalianos tendían a ser más afines con la izquierda que los metodistas y los baptistas. Los cuáqueros, cuya fe se basaba en el rechazo de la autoridad, desempeñaron un papel importante en el movimiento antibelicista y su afición por las declaraciones públicas de fe los había hecho parecer unos opositores del macarthismo más valientes que el Partido Comunista de Estados Unidos. En ocasiones, las reuniones de cuáqueros parecieron un anticipo de lo que la nueva izquierda denominó «democracia participativa», a pesar de que el estadounidense más famoso salido de una comunidad cuáquera fuera Richard Nixon.

El catolicismo estadounidense, en cambio, era una religión autoritaria y los miembros del clero —acostumbrados a ejercer su ministerio para inmigrantes conservadores procedentes de países europeos que, en algunos casos, como Polonia, vivían bajo un régimen comunista— a menudo eran fervientes partidarios de la guerra fría. Sin embargo, había personajes en el movimiento

estudiantil que eran católicos practicantes —como Maria Varela— o bien habían recibido una educación católica. Vietnam radicalizó a un sector de católicos estadounidenses cada vez más propensos a remitirse a la encíclica papal *Pacem in terris* de 1963 o a las viejas tradiciones católicas que permitían distinguir las guerras justas de las injustas. La quema de cartillas de reclutamiento fue una forma de protesta simbólica especialmente atractiva para quienes habían sido criados en la liturgia católica; Tom Cornell, de la Catholic Peace Fellowship, se dirigió en una ocasión a las autoridades para solicitar una copia de su cartilla y poder quemarla de nuevo.²⁸ En los años sesenta, una parte del clero estadounidense se pasó a una izquierda tan extrema que los estudiantes radicales que se habían rebelado contra su educación católica a principios de la década quedaron sorprendidos al verse a sí mismos aliados con sacerdotes y monjas al finalizar la misma.

EL MOVIMIENTO POR LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

A ojos de la derecha estadounidense, Berkeley estaba llamada a convertirse en el campus más célebre del país (véase más abajo), aunque los problemas en la universidad comenzaron de una manera relativamente trivial en el otoño de 1964. Las autoridades trataron de impedir la instalación de puntos de información política en torno a Telegraph Road, y el pulso que se generó entre la policía y los manifestantes dio lugar a un movimiento en favor de la «libertad de expresión» en el campus. Los estudiantes aplicaron las técnicas que habían aprendido de las campañas por los derechos civiles en el Sur. Hacían sentadas, se subían encima de los coches de policía (teniendo el detalle de descalzarse previamente) y cantaban canciones de protesta.

La figura más relevante del bando estudiantil fue Mario Savio, nacido en 1942. Su familia era de origen italiano y de joven había sentido la llamada del sacerdocio. En el verano de 1963 colaboró en un programa católico contra la pobreza en México y estuvo en Misisipi durante el Verano de la Libertad de 1964. Savio era una persona intensa y problemática. Era característico de él tartamudear en conversaciones privadas y hablar con soltura ante un público numeroso. También fue típico de él retirarse del Movimiento por la Libertad de Expresión cuando sospechó que le habían identificado como el cabecilla. Se hizo famoso con un discurso que pronunció en diciembre de 1964:

Llega un momento en el que el funcionamiento de la máquina se vuelve tan detestable y te hace sentir tan mal que ya no puedes tomar partido. Ni siquiera puedes tomar partido pasivamente. Tienes que poner el cuerpo en los engranajes, en las ruedas ... en las palancas, en

todo el sistema, y tienes que hacer que se detenga. Y tienes que decir a la gente que la hace funcionar, a la gente que la posee, que si no eres libre, la máquina no podrá funcionar.

Pero este discurso no fue el típico de Savio. En general, su tono era llamativamente moderado. Instaba a los estudiantes a ser «responsables» en el ejercicio de la libertad que reclamaban y, apelando a la tradición que caracterizaba a los activistas estudiantiles estadounidenses de principios de la década de 1960, insistía en que la campaña por la libertad de expresión era «conservadora» por cuanto intentaba restablecer el verdadero objetivo de una universidad: «Nuestra visión tradicionalista equipararía la universidad con un concepto cristiano clásico de hombres en el mundo, pero no del mundo».

El Movimiento por la Libertad de Expresión obtuvo una victoria parcial cuando el profesorado de Berkeley, impresionado por los arrestos tras una sentada de los alumnos y por la imagen de Savio siendo arrastrado fuera del estrado cuando intentaba hablar en una reunión universitaria, se pronunció a favor de exigir libertad de expresión en el campus. Sin embargo, este éxito acarreó algún peligro, ya que había puesto a Berkeley bajo la mirada de las autoridades, especialmente la del jefe del FBI. J. Edgar Hoover escribió en 1966:

Los agitadores de otros campus se inspiran en las actividades que suceden en Berkeley. Si la actividad imitada de Berkeley se puede atenuar de manera efectiva, ello causará una reacción en cadena que desembocará en la atenuación de tales actividades en otros campus de Estados Unidos.

EL CULTO AL GUETO

Los estudiantes —o los que habían sido estudiantes— de izquierdas tenían la mirada puesta más allá del campus. La participación en las campañas por los derechos civiles les había despertado el interés por la pobreza. De hecho, la existencia de miseria dentro de las fronteras del país sacudió las conciencias de muchos jóvenes estadounidenses que habían crecido en los suburbios de clase media durante la década de 1950. En septiembre de 1963, Estudiantes para una Sociedad Democrática creó el Proyecto de Acción e Investigación Económica (Economic Research and Action Project, ERAP) con el objetivo de poner en marcha proyectos sociales en zonas deprimidas de las grandes urbes. En 1965, el ERAP, o sus grupos asociados, desarrollaba su actividad en Baltimore, Chicago, Filadelfia, Boston, Newark y otras ciudades más pequeñas. A este respecto, era manifiesta la diferencia entre el evangelismo político de los estudiantes estadounidenses de mediados de los años sesenta y el de sus homólogos en Europa —especialmente Francia— pocos años después. Los europeos se

interesaron principalmente en la clase obrera y, por extensión, en las fábricas y la mano de obra, mayormente masculina (véase el capítulo 9). Los estadounidenses, en cambio, centraron su atención en las comunidades y la «calle», y se entregaron a lo que Al Haber, el camarada de más edad de Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS) y el más vinculado al movimiento obrero establecido, criticó como el «culto al gueto»²⁹ Al principio, ello se tradujo en intentar establecer contacto con desempleados (SDS esperaba —erróneamente, como se demostró más tarde— que el paro aumentaría a mediados de la década de 1960) y grupos de jóvenes marginados o, incluso, bandas callejeras. A veces, sin embargo, los activistas presionaron para conseguir mejoras en los servicios públicos, a menudo ocupándose de temas tan poco glamurosos como el acondicionamiento de carreteras en mal estado.

El movimiento radical estudiantil fue víctima de su propio éxito. SDS creció rápidamente. En 1968 alcanzó probablemente la que fue su máxima afiliación, unos 100.000 miembros —si bien las estadísticas no se actualizaban con demasiada frecuencia—. El liderazgo oficial de la organización cambiaba de año en año y, cada vez más, los cabecillas eran seleccionados fuera del pequeño grupo de amigos del noreste que habían fundado el movimiento. A mediados de la década de 1960 hubo rebeliones contra los líderes de SDS. En parte estuvieron dirigidas contra la propia idea de liderazgo, pero también tuvieron su origen en diferencias sociales, como cuando se ejerció el llamado «prairie power» —es decir, el poder de las universidades menos prestigiosas del oeste del país— contra los líderes de las instituciones más selectivas académicamente.³⁰ Las revueltas contra el liderazgo de SDS también se originaron por discrepancias sobre estrategias, particularmente cuando algunos de los líderes de la organización creyeron que había que abandonar el activismo comunitario y volver a concentrarse en los campus.

LYNDON JOHNSON

John F. Kennedy fue elegido presidente en 1961. La nueva izquierda tenía sentimientos contradictorios sobre él. No les gustaba su anticomunismo intermitentemente agresivo, pero su juventud y su forma de hablar parecían romper con la complacencia de los años cincuenta. Tras ser asesinado en noviembre de 1963, Kennedy fue sucedido por su vicepresidente Lyndon B. Johnson (LBJ), un tejano nacido en 1908. A finales de la década de 1960, Johnson ya había cosechado tanta animadversión entre la izquierda que resulta difícil imaginar cuál era el estado de ánimo que marcó los dos primeros años de

su mandato. Ganó las presidenciales de 1964 en parte porque se presentó como la antítesis de George Wallace, el *dixiecrat* rival dentro de su propio partido, y de Barry Goldwater, el candidato derechista del Partido Republicano. En particular, el posicionamiento moderado en política exterior de Johnson contrastó con la postura más agresiva de Goldwater —el anuncio de propaganda electoral más famoso de Johnson, donde aparecía una niña de tres años deshojando una margarita junto a un reloj marcando la cuenta atrás para la guerra nuclear, era muy sesentayochista—.

Johnson ganó por una amplia mayoría, la mayor de la era moderna. Su posición se vio reforzada por las victorias demócratas en el Senado, la Cámara de Representantes y un gran número de gobiernos estatales. El país vivía una época próspera, en parte debido a las reducciones fiscales que Johnson había implementado, y las divisiones de la guerra fría no eran tan amenazadoras como lo habían sido apenas un par de años atrás. En enero de 1965, la revista *Newsweek* publicó que Johnson había logrado «unas cotas de poder que ningún americano había conseguido alcanzar antes» como líder de «la nación más poderosa de la historia en una época en la que esa nación se muestra próspera, serena y ... en general, segura de sus objetivos». Pero Johnson, que sabía que había llegado al poder «indefenso y sin cobertura presidencial», nunca se sintió seguro en su puesto. Era obsesivamente consciente de las comparaciones con su predecesor y siempre se comportó, tal como su propio vicepresidente comentaría, como el segundo marido de una mujer exigente: «fácilmente irritable por desprecios reales o imaginarios, intentando en todo momento borrar cualquier recuerdo que pueda despertar comparaciones negativas».³¹

Durante un tiempo, Johnson dirigió sus energías y ambición a la promoción de causas liberales. Ello implicó, principalmente, dar continuidad a las medidas de derechos civiles iniciadas por Kennedy. Johnson era plenamente consciente del daño que el apoyo a los derechos de los negros podía causar en la situación de su partido en el Sur y, en algunas conversaciones privadas con demócratas sureños, insinuó que la legislación en esta materia había sido para él un legado poco deseado. No obstante, el posicionamiento público de Johnson casi siempre fue valiente. La Ley de Derechos Civiles, elaborada para impedir la discriminación en ámbitos como el trabajo, el sufragio o la educación, fue aprobada en 1964 y, al año siguiente, se promulgó la Ley de Derecho al Voto después de que Johnson la elogiara en un discurso que incluyó frases de «We shall overcome», el himno de la campaña por los derechos civiles.

Johnson, quien, a diferencia de Kennedy, había crecido en un entorno relativamente humilde, emprendió también lo que él llamó una «guerra contra la pobreza», la cual se desarrolló paralelamente a las políticas comunitarias de la

nueva izquierda. De hecho, algunas palabras del «discurso de la Gran Sociedad» pronunciado por Johnson en mayo de 1964 habían sido tomadas de la Declaración de Port Huron.³² Este conjunto de medidas sugería que los programas antipobreza incluyeran la «máxima participación posible» de los propios pobres. Los activistas más jóvenes se dieron cuenta de que podían ser «insurgentes» dentro de las políticas del gobierno guiando su implementación y utilizándolas para promover sus propios proyectos comunitarios. Tom Hayden escribió lo siguiente sobre la guerra contra la pobreza: «Para nosotros fue como si nuestros movimientos marcaran otra vez la agenda —tal como habíamos hecho con los derechos civiles— y el gobierno respondiera dándonos legitimidad y una sensación de efectividad».³³

Así, a mediados de la década de 1960 se produjo un momento curioso: parecía que el gobierno de Johnson y la nueva izquierda perseguían los mismos objetivos e, incluso, les unía una cautelosa alianza en algunos aspectos. Robin Palmer, quien más tarde coquetearía con la revolución armada, recordó en una ocasión que, en 1964, detuvo su coche, se bajó de él y vitoreó al escuchar un discurso de Johnson sobre los derechos civiles.³⁴

El momento de las promesas liberales no duró mucho. Johnson había presentado su programa contra la pobreza en unos términos encaminados a tranquilizar a su propio electorado. El presidente subrayó los beneficios que el plan aportaría a la población blanca empobrecida de zonas como los montes Apalaches, e insinuó que así se fomentaría la independencia económica. También dio a entender, en conversaciones privadas, que el dinero ayudaría a sufragar las actividades del Tammany Hall, la máquina de clientelismo político que el Partido Demócrata tenía en Nueva York.³⁵ Sin embargo, resultó que el sector beneficiado fue, en muchos casos, la población negra urbana. Además, los activos responsables comunitarios se dieron cuenta de que había mucha gente que no reclamaba las ayudas a las que tenía derecho y sus esfuerzos, por consiguiente, aumentaron el gasto en bienestar. La implicación de los radicales en programas para la comunidad provocó inquietud entre los demócratas conservadores, cuyo apoyo tanto valoraba Johnson. El demócrata Richard Daley escribió: «¿Sabe el presidente que está poniendo dinero en manos de subversivos, de gente pobre que no forma parte de la organización?». ³⁶ Finalmente, Daley y Sam Yorty, alcalde de Los Ángeles, organizaron una campaña contra el programa antipobreza porque consideraban que fomentaba la «lucha de clases».³⁷

La presión para desagregar escuelas y política de vivienda alejó los votantes nortños que habían apoyado el fin de la flagrante discriminación en el Sur. Los

disturbios en las ciudades, empezando por el barrio angelino de Watts en 1965, parecían ejemplificar una nueva amenaza de violencia racial. Los altercados ocurridos en dicho vecindario de Los Ángeles eclipsaron en parte uno de los últimos actos de violencia extrema cometidos contra los defensores de los derechos civiles en el Sur: el asesinato de Jon Daniels, un seminarista episcopaliano de New Hampshire que se había ido a Alabama a colaborar en la elaboración del censo electoral. El Partido Demócrata de Johnson estaba perdiendo votos en ese momento. Los líderes demócratas del Norte, o se oponían a las políticas del gobierno federal (como Daley, en Chicago), o perdían en favor de los republicanos (como le sucedió a Pat Brown, gobernador de California, con Ronald Reagan en 1966). Pero, sobre todo, la política estadounidense se vio transformada por la guerra de Vietnam.

VIETNAM

Estados Unidos se alió con el gobierno anticomunista instaurado en Vietnam del Sur, con capital en Saigón, a raíz de la conferencia de Ginebra de 1954 que dio fin a la presencia francesa en Indochina. El gobierno de Saigón estaba enfrentado con el comunista que regía en el norte del país, con capital en Hanói. En 1964, Johnson obtuvo la autorización del Congreso para enviar tropas a la zona, cosa que comenzó a hacer al año siguiente. A corto plazo, no fue una medida impopular —solamente dos senadores habían votado en contra de la autorización del envío de soldados— y, lo que es más importante, el apoyo a la política del gobierno fue más acusado, al principio, entre la gente con estudios que entre la clase obrera.

Sin embargo, miembros destacados de la nueva izquierda se opusieron a la guerra de Vietnam. Con el tiempo, esta oposición se acentuó y movilizó a más gente. Vietnam acabó con cualquier posibilidad de apoyo izquierdista a Johnson e hizo que la izquierda estadounidense en general se alejara todavía más de su gobierno. En abril de 1965, la primera gran manifestación contra la intervención norteamericana en Vietnam congregó a 20.000 personas en Washington; dos años después, Nueva York atrajo a 200.000 manifestantes y San Francisco, a 250.000.

Las primeras manifestaciones contra Vietnam se caracterizaron por la contención. Por un lado, la nueva izquierda estadounidense todavía era relativamente moderada y reacia a caer en proclamas ideológicas explícitas. Por otro, a los estudiantes radicales de principios de la década de 1960 les había interesado un determinado tipo de patriotismo, particularmente el que afirmaba

representar a una «América real». Sin embargo, esta postura fue sustituida gradualmente por una hostilidad hacia todo lo que justificara el militarismo — los manifestantes coreaban «Ho Chi Minh is going to win» (Ho Chi Min ganará) —. Así, algunos radicales estadounidenses empezaron a ver la historia de su país con una aversión únicamente comparable, probablemente, con la de sus homólogos en Alemania Occidental. Los jóvenes radicales de EE. UU. fueron cada vez más propensos a calificar a su nación de «fascista».

Los efectos de este giro antipatriótico en sectores de la izquierda estadounidense se vieron magnificados por la violencia de la respuesta que provocó. La bandera y el himno nacional tenían en EE. UU. una importancia que sorprendía en Europa, donde la izquierda cantaba sus propios himnos y solía enarbolar la bandera comunista o la enseña negra del anarquismo. En el Reino Unido, a finales de la década de 1960, los ministros del gobierno laborista todavía cantaban animadamente a una bandera roja «manchada con la muerte de todos nuestros mártires» (es decir, el himno socialista británico «La bandera roja»). En EE. UU., en cambio, «Barras y estrellas» era un símbolo muypreciado, particularmente entre la población blanca de clase trabajadora cuyas familias, en muchos casos, habían llegado al país a principios de siglo. Quemar una bandera estadounidense podía despertar la ira de cualquiera.

Incluso cuando el movimiento antibélico se radicalizó, la retórica aparentemente agresiva podía ocultar posturas bastante sutiles. Tom Hayden viajó a Vietnam del Norte en 1965. La visita fue un gesto de elevada carga política que, además, violaba las leyes estadounidenses. Sin embargo, Hayden no era comunista, y las breves etapas que hizo de camino a Hanói —Praga, Moscú, Pekín— tampoco le animaron a convertirse. Viajó con Staughton Lynd, pacifista cuáquero, y Herbert Aptheker, historiador comunista. Los compañeros de periplo de Hayden eran de la generación anterior a la suya e intentaron, sin éxito, vislumbrar las bases para una paz negociada. En una visita posterior realizada en 1967, Hayden medió en la liberación con garantías de tres prisioneros de guerra estadounidenses. Dicho logro no estuvo exento de algunas discretas negociaciones, tanto con el Departamento de Estado como con las autoridades vietnamitas.

Entonces, ¿por qué Vietnam causó tal polarización en la política estadounidense? En parte, porque la guerra llegó a favorecer a algunos a ambos bandos del debate que debía hacerlo. La derecha política se benefició de los gestos más llamativos del movimiento antibelicista; de hecho, los conservadores casi hablaron más sobre quemar banderas que los propios radicales. Las posibilidades que tenía la derecha de poner en marcha un «movimiento antiantibelicista» eran más elevadas que las que tenía de movilizar uno

proguerra. Igualmente, a algunos en la izquierda les entusiasmaba captar la atención con su teatro callejero antipatriótico.

En ocasiones, la insistencia de las autoridades en que la oposición a la guerra podía ser un acto subversivo se convirtió en un vaticinio. Así ocurrió, particularmente, con la resistencia al reclutamiento. Una declaración explícita de objeción de conciencia a ir a la guerra tenía muchas posibilidades de ser tratada como un intento de derrocar el *American way of life*. En 1968, dos hombres de Luisiana se presentaron en un centro de reclutamiento y anunciaron su intención de negarse a su alistamiento. Les pidieron que consultaran una lista de trescientas organizaciones «subversivas» de distintos estados y dijeran a cuál de ellas pertenecían. Se negaron a hacerlo alegando que aquello era una violación de la Quinta Enmienda. Entonces, el oficial que los atendía les avisó de que serían considerados miembros de las trescientas organizaciones.³⁸

LA GENERACIÓN DE VIETNAM

El *Washington Post* describió la guerra de Vietnam como una «catástrofe generacional» debido a la enorme cantidad de hombres jóvenes que podían ser llamados a filas. Sin embargo, el peso de las obligaciones militares no se repartió entre todos por igual. Entre 1964 y 1973 hubo aproximadamente 27 millones de varones susceptibles de ser reclutados. De ellos, solamente diez millones servían y, de estos, poco más de dos millones fueron reclutados. Los restantes se alistaron como voluntarios, aunque es muy probable que muchos lo hicieran porque pensaban que serían reclutados igualmente. En total, 2.700.000 fueron a Vietnam, es decir, uno de cada diez de todos los varones que alcanzaron la edad militar durante el conflicto bélico. Francia —cuya población era una cuarta parte que la de EE. UU.— había enviado a cerca de 1.750.000 soldados a combatir en la guerra de Argelia entre 1954 y 1962. Además, los estadounidenses lucharon con un inmenso respaldo logístico que incluía personal destinado tanto al mantenimiento de helicópteros como a la elaboración de helados para el consumo en los comedores de los campamentos, de manera que la mayoría de soldados estadounidenses destacados en Vietnam no sirvieron en unidades de combate.

Al principio, los jóvenes estadounidenses eran llamados a filas antes de que las juntas de reclutamiento determinaran si iban a servir o no. En 1969 —en un intento de hacer el sistema más justo— se introdujo un sorteo para elegir las fechas de nacimiento y las iniciales de los eventuales reclutas. Algunos se libraron gracias al azar o porque pertenecían a alguna categoría exenta de

obligaciones militares, como los hijos únicos. Muchos adoptaron distintas medidas para reducir sus posibilidades de ser reclutados. Así, algunos se declararon objetores de conciencia y otros, para retrasar la llamada a filas, fueron solicitando sucesivas prórrogas de estudios o laborales con la esperanza puesta en llegar a cumplir los veintiséis años (edad a la que ya serían demasiado mayores para ser llamados a filas) o, simplemente, en una posible abolición del reclutamiento obligatorio. Algunos partieron al extranjero, ya fuera para estar lejos del alcance de las autoridades o para continuar los estudios sin considerarse proscritos. Incluso los que se alistaban a menudo se aseguraban de que no los enviarían a las unidades de combate en Vietnam. Así, muchos se alistaron en la Guardia Nacional, cuyos miembros rara vez eran destinados a otros países. Después de graduarse en Yale, George W. Bush fue destinado a Texas como piloto de la Guardia Nacional en mayo de 1968.

Los varones con estudios entendían mejor las normas y podían utilizarlas a su favor si eran ayudados por buenos abogados que encontraran irregularidades de procedimiento en la burocracia administrativa. Las prórrogas de estudios eran la manera más sencilla de evitar el reclutamiento e, incluso en el exilio, a los hombres con una educación les iba mejor que a sus coetáneos menos privilegiados. El gobierno canadiense otorgaba «puntos de inmigración» en función de los títulos académicos. Así, los graduados universitarios tenían más posibilidades de acceder al derecho de residencia en Canadá y ganarse allí la vida. La probabilidad de un varón de ser reclutado, ir a Vietnam y servir en una unidad de combate era inversamente proporcional a su estatus social. En un primer momento, el peso de la batalla recayó en gran medida sobre los afroamericanos. Al comenzar la guerra de Vietnam, los soldados de raza negra representaban el 30 % de los efectivos de combate, aunque, después, las fuerzas armadas intentaron reducir las desigualdades étnicas en el servicio. La resistencia al reclutamiento se ha explicado a menudo en términos generacionales (en algunos casos por figuras de la nueva izquierda reacias a ofrecer un análisis basado en la posición social), pero, de hecho, el alistamiento obligatorio «se logró en Estados Unidos trazando líneas de clase cada vez más claras».³⁹ En 1968, un recluta llegó a su campamento en un momento inadecuado para comenzar la instrucción y se pasó el primer día clasificando documentación relativa a la junta de reclutamiento local. Angustiado, llamó por teléfono a su madre porque se había dado cuenta de lo fácil que era, para alguien decidido y con los contactos adecuados, evitar ser llamado a filas. Murió en Vietnam.⁴⁰

Aunque la guerra de Vietnam tuvo consecuencias terribles para toda una

generación de hombres jóvenes, no necesariamente los enfrentó con sus mayores. Hubo un momento, en 1966, en el que el apoyo a la guerra fue mayor entre la juventud que entre los mayores. Aunque el conflicto bélico dividiera literalmente a padres e hijos, estas divisiones no siempre fueron tan obvias. Cuando James Farrell escribió a sus progenitores para decirles que tenía la intención de acudir a una marcha antibelicista en Washington en 1969, su padre, un veterano de la segunda guerra mundial, le respondió enfurecido y le amenazó con repudiarlo. En una extensa réplica, James insistió en su propósito y expuso sus motivos. Farrell hijo quedó sorprendido al encontrar su segunda carta entre el legado de su padre tras la muerte de este. James concluyó que, en privado, su padre había admirado por lo menos algún aspecto de su postura contra la guerra de Vietnam.⁴¹

Como una buena parte de la movilidad social en la década de 1960 se había producido gracias al acceso a la educación, los trabajadores solían ser más mayores que la gente con estudios y, por consiguiente, la división generacional en una misma familia también se podía corresponder con una división de clase entre padre obrero e hijo con título universitario. A los obreros no les gustaba el antipatriotismo ostentoso de buena parte del movimiento antibelicista. Sin embargo, sus actitudes con respecto a la guerra eran complicadas. El hecho de que sus hijos fueran enviados a Vietnam en cantidades desproporcionadas podía hacer que las clases obreras fueran hostiles a la protesta antibelicista, pero no les hacía aprobar la guerra. En su historia sobre el activismo en los campus, Kenneth Heineman cuenta que su padre obrero, veterano de la segunda guerra mundial, odiaba a «*hippies* y fumetas» y votó al derechista George Wallace en las primarias de Míchigan en 1972. Pero, a pesar de ello, se oponía a la guerra de Vietnam y quería que su hijo mayor se fuera a Canadá para evitar el reclutamiento; el hijo en cuestión sirvió en Vietnam antes de convertirse en estudiante activista antibelicista. De ahí la conclusión de Heineman: «Mi familia odiaba a Nixon, la guerra de Vietnam y el movimiento pacifista».⁴²

Bruce Springsteen nació en 1949 en el seno de una familia de clase trabajadora. Estrella del rock con ideas políticas liberales, formaba parte de la cultura de finales de los sesenta, pero sus canciones eran recuerdos agri dulces de la vida obrera. La relación con su padre —un camionero que mezclaba expresiones de conservadurismo social con arranques de rebeldía que le impedían conservar un empleo— fue difícil. Siempre le bromeaba con que en el ejército por fin le cortarían el pelo a su hijo. Pero cuando Bruce llegó en 1969 a casa para decir que no había pasado el examen médico militar, su padre respondió con un sencillo «Está bien».

En 1967, una comida de Pascua judía sirvió de escenario para una discusión intergeneracional donde estuvieron implicadas tres familias: los Bluestone, los Reuther y los Woodcock. Barry Bluestone, nacido en 1944, abrió la velada con una lectura de discursos de Martin Luther King y poesía de la primera guerra mundial. Acto seguido, Walter Reuther —nacido en 1907 y dirigente sindical de United Automobile Workers— rompió la «tregua» familiar al intentar defender el apoyo de su sindicato a la política de Washington en Vietnam.⁴³ El debate fue particularmente emotivo porque, de hecho, algunos de los miembros más viejos de la familia habían intentado desplazar a la izquierda el ideario del movimiento sindical sobre esta cuestión. Walter Reuther escribió en privado sobre la moral de la guerra: «Ojalá Dios otorgue a alguien la sabiduría necesaria para afirmar con absoluta certeza que esta es la postura correcta».⁴⁴

EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN EN EL 68 ESTADOUNIDENSE

El estilo del control policial en EE. UU. también contribuyó a radicalizar a la izquierda del país.⁴⁵ En buena parte de Europa se desaconsejó a las fuerzas policiales que entraran en los recintos universitarios. En Estados Unidos, en cambio, los campus tenían sus propios cuerpos de seguridad, los cuales se encargaban a veces de espiar a las organizaciones estudiantiles. Cuando lo necesitaban, recurrían a refuerzos externos. A veces se trataba solamente de la policía local, pero también podían llamar a la Guardia Nacional, es decir, soldados que, por falta de experiencia militar real, podían ser de gatillo fácil. Refiriéndose a los limitados medios de los que disponía para enfrentarse a la ocupación de la Sorbona en mayo de 1968, un ministro francés se refirió en tono nostálgico a un estadounidense que había dicho que un altercado similar en Berkeley se habría sofocado con munición real,⁴⁶ aunque lo cierto es que la peor violencia policial en los campus estadounidenses se vivió más a menudo en las instituciones menos prestigiosas. En mayo de 1967, la policía de Houston efectuó cuatro mil disparos mientras intentaba recuperar el control de un campus de etnia mayormente negra en la Universidad Estatal de Texas.⁴⁷ Se disparó con tanto desenfreno que dos agentes resultaron heridos por fuego amigo. La violencia ejercida por la policía o la Guardia Nacional estuvo a menudo acompañada de un desprecio visceral hacia los manifestantes. Miembros de la Guardia Nacional dispararon sobre cuatro estudiantes desarmados en la Universidad Estatal de Kent en 1970. Cuando un padre fue a buscar las pertenencias de su hija, el propietario del apartamento le informó de que «todo el mundo» en la zona apoyaba a la Guardia Nacional y le reclamó el dinero del

alquiler pendiente.⁴⁸ A la división entre policía y manifestantes se unieron las fracturas más profundas entre sectores de la clase obrera y radicales con estudios. Los policías, mayormente de origen irlandés, venían de una cultura de políticas municipales, sindicatos, camaradería masculina y un énfasis en la respetabilidad de la clase trabajadora que con frecuencia estuvo acompañado de un marcado sentimiento racista.

El FBI recababa información con tanta asiduidad que los veteranos de los movimientos radicales se tomaron como una cuestión de orgullo el hecho de reunir miles de páginas de informes sobre ellos —publicadas en virtud de la Ley de Libertad de Información— para amenizar sus autobiografías. Una historiadora escribiría un artículo académico basado en las operaciones de vigilancia del FBI sobre varios movimientos a los que había pertenecido.⁴⁹ El FBI no se limitaba a observar a los manifestantes, tal como hacían la policía y los servicios de inteligencia en todos los países democráticos. También se infiltraba en los movimientos y, en ocasiones, sus agentes promovían actos ilegales, ya fuera para desacreditar a los activistas o para proporcionar a las autoridades una excusa para reprimir. Pero la infiltración encubierta también podía situar a los agentes en posiciones enfrentadas. Cuando el rector de la Universidad de Luisiana fue abucheado por un grupo de estudiantes, un miembro de la policía secreta le entregó un megáfono para que hablara con ellos, pero el cabecilla de los universitarios que gritaban también era un agente del FBI.⁵⁰ La infiltración de la policía federal en grupos izquierdistas generó momentos de comedia absurda, en parte debido a que J. Edgar Hoover, director del *boureau* hasta su fallecimiento en 1972, insistió en que sus hombres debían ir en todo momento pulcros y con un corte de pelo impecable. Así, los agentes que querían camuflarse entre los manifestantes tenían que entrar en una especie de doble clandestinidad, ya que su apariencia como infiltrados contravenía las normas oficiales: en California, los miembros de una de estas brigadas no oficiales solían referirse a sí mismos como «los barbudos». Los infiltrados podían encontrarse en situaciones extrañas. En una ocasión, un agente del FBI en Venice Beach, California, vio que estaban destrozando el coche de Tom Hayden. Cuando informó del asunto, le dieron a entender que el acto vandálico lo había realizado otro organismo policial.⁵¹

BLACK POWER

El cambiante clima político de Estados Unidos también tenía que ver con cuestiones raciales. En la primera época del movimiento por los derechos civiles,

el grado de violencia infligida sobre los manifestantes fue considerable, pero los propios manifestantes habían hecho de la «no violencia» una virtud —cierto es que, en ocasiones, dicha virtud se predicaba más que se practicaba—. Era un movimiento optimista, impulsado en parte por la creencia en que se avecinaba un futuro mejor y más genuinamente *americano*. Los derechos civiles habían asegurado el establecimiento de una amplia alianza política que incluía a blancos y negros y trascendía religiones —incorporando a gente muy secularizada, pero también presentando su causa con un lenguaje religioso—. Los liberales políticos —y, en el Norte, muchos cuyas ideas eran claramente conservadoras— apoyaban los objetivos de los derechos civiles, incluso cuando se mostraban preocupados por las tácticas que los activistas de los derechos civiles desplegaban en ocasiones.

A mediados de la década de 1960, las cosas empezaron a cambiar. Ello se debió, por un lado, a que las primeras victorias políticas y legales del movimiento por los derechos civiles se extendieron a cuestiones más amplias y más incómodas sobre las desventajas a las que podían enfrentarse los afroamericanos. Por otro lado, el centro de atención para algunos activistas se alejó del Sur y se trasladó hacia la creciente población negra de las ciudades del Norte, donde la segregación racial, a pesar de no estar respaldada por ley, era a veces más evidente que en el Sur.

En cualquier caso, la población negra de Estados Unidos se había ido desplazando hacia el Norte. La causa principal había sido la demanda de mano de obra industrial, especialmente después de la segunda guerra mundial, pero la propia campaña por los derechos civiles hizo que la situación empeorara. Cuando los trabajadores negros se volvieron más caros —y menos respetuosos—, algunos granjeros blancos sustituyeron la mano de obra por la maquinaria. La población negra de Berkeley, en California, había sido de 3.395 habitantes (4 % de la población) en 1940; en 1969 alcanzó los 21.850 (20 %) y en 1970 era de 27.421 (24 %).⁵²

Un cambio se produjo en el seno de las organizaciones que habían emergido de la campaña por los derechos civiles. Stokely Carmichael, nacido en Trinidad y Tobago en 1941 y educado en Nueva York, fue nombrado líder del Student Non-Violent Co-ordinating Committee, SNCC (Comité Coordinador Estudiantil No Violento), en 1966. Carmichael, al igual que muchos otros activistas negros, había bebido de la influencia de Frantz Fanon, cuya novela *Los condenados de la tierra* había sido publicada en Francia en 1961 y traducida al inglés en 1963. Fanon justificaba la violencia —o, al menos, se oponía a la no violencia— y algunas de las sutilezas de sus puntos de vista probablemente se perdieron en la traducción. *Los condenados de la tierra* también era un libro

crudamente pesimista, escrito cuando el autor estaba muriendo de leucemia. Su lectura animó a los militantes negros a verse a sí mismos como habitantes de una colonia que hacía causa común con otras regiones del tercer mundo antes que como ciudadanos estadounidenses que ejercían sus derechos en su propio país. El congreso afroasiático de Bandung (Indonesia) en 1955, la creación de estados independientes en África subsahariana (que empezó con Ghana en 1957) y la revolución de Cuba de 1959 habían ejercido una importante influencia en Estados Unidos. Castro se alojó de manera ostentosa en el hotel Theresa de Harlem cuando visitó Nueva York. Posteriormente, un periodista definió el SNCC como «el brazo de Fidel Castro en Estados Unidos».

En julio de 1966, Carmichael pronunció un discurso espontáneo tras su liberación de la cárcel de Greenwood, en Misisipi, donde había sido detenido durante una manifestación. Afirmó que la insistencia en la integración no había aportado muchos beneficios para la población negra y sugirió que el eslogan de los derechos civiles «Libertad ya» (*Freedom Now*) fuera sustituido por un llamamiento al «poder negro» (*Black Power*). Poco después, el SNCC empezó a excluir a miembros blancos. A este respecto, un historiador ha escrito:

El Poder Negro se recuerda más como el hermano gemelo implacable de la era de los derechos civiles, un doble maléfico que provocó una contraofensiva blanca, comprometido con la violencia irreflexiva y un sexismo y una misoginia desbocados, y cuya rabia autodestructiva se encargó de ponerle fin.⁵³

En realidad, las cosas fueron más complejas. El Poder Negro nació, en parte, de la decepción con los resultados obtenidos por la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano (Southern Christian Leadership Convention) de Martin Luther King y de la decepción, también, con el Partido Demócrata, sobre todo después de que sus líderes se negaran a permitir que una delegación alternativa de Misisipi sustituyera a la delegación íntegramente blanca que la sede estatal del partido había enviado a la Convención Nacional Demócrata de Atlantic City en 1964. Sin embargo, la ruptura con las organizaciones antecesoras no fue absoluta. El Poder Negro atrajo a organizaciones y estilos de activismo que ya habían estado presentes en la década de 1950 y con las que se había trabajado en paralelo y cooperado en los inicios del movimiento por los derechos civiles. Carmichael siguió trabajando con Martin Luther King y, en particular, ayudó a convencerle para que exigiera, en 1967, una retirada de las tropas estadounidenses de Vietnam. Carmichael criticó a los «partidos políticos instalados en el consenso», pero ello no significaba un rechazo de la política electoral. Al contrario, el Poder Negro se inspiró en el ejemplo de la Lowndes Country Freedom Organization, la cual había intentado evitar a la élite

demócrata blanca en Alabama presentando una lista de candidatos independientes.⁵⁴ Políticos muy moderados desplegaron un lenguaje extraído de las luchas globales contra el imperialismo y, en ocasiones, lo aplicaron a cuestiones de política local tan prosaicas como los problemas financieros causados por el «éxodo blanco» de los centros urbanos. Donald McCullum, de la National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color) de Oakland, dijo que los suburbios «son los que nos han esclavizado, somos sus colonias».⁵⁵

Los activistas del Poder Negro no fueron tan violentos como insinuaron después sus portavoces más citados, ni el movimiento por los derechos civiles fue tan pacífico como muchos de sus dirigentes aseguraron. En cualquier caso, la violencia, cuando se producía, no surgía siempre de la incitación de los líderes, sino de la desesperación de quienes se enfrentaban a la violencia desde el otro lado —esto fue lo que provocó los disturbios en Birmingham, Alabama, en 1963, y volvería a suceder a una escala aún mayor tras el asesinato de King en abril de 1968—. La única vez que Carmichael se refirió a la violencia en su discurso de 1966 fue cuando instó a la población negra a abstenerse de hacer uso de ella entre los suyos.

Al principio, Carmichael se opuso a la exclusión de los blancos del Student Non-Violent Co-ordinating Committee. Lejos de ser un estremecedor monolito de obediencia política, el SNCC era una organización precaria que había crecido muy rápidamente (su personal había crecido de un par de docenas a más de un centenar de trabajadores después del Verano de la Libertad) y no siempre disponía de los fondos necesarios para cubrir los modestos salarios que sus organizadores, en teoría, debían cobrar. Algunos radicales blancos apoyaron al Poder Negro y a menudo expresaron ese soporte con ciertas dosis de masoquismo. Greg Calvert, de Estudiantes para una Sociedad Democrática, dijo en Princeton en febrero de 1968: «Estamos en deuda con el SNCC por habernos abofeteado con el eslogan del poder negro».⁵⁶ Otros activistas blancos abandonaron sigilosamente el SNCC por decisión propia, ya fuera porque habían llegado a la conclusión de que la autonomía negra podía ser algo bueno o porque no deseaban que el movimiento se viera perjudicado por la acritud pública. En una esfera más local, los veteranos blancos y negros del SNCC solían llevarse bien. Incluso cuando se separaron, los activistas del Poder Negro y los radicales blancos siguieron actuando principalmente en paralelo; en particular, ambos fueron contrarios a la guerra de Vietnam.

Pese a todo, el Poder Negro fue una novedad perturbadora para algunos blancos que habían apoyado los derechos civiles. Casey Hayden escribió lo

siguiente acerca de su exclusión del SNCC: «Para mí, el movimiento lo era todo: hogar y familia, comida y trabajo, amor y motivo para vivir. Cuando ya no me sentí bienvenida y, después, cuando ya dejé de estar allí, me resultó muy difícil seguir adelante».⁵⁷ El Poder Negro también despertó, a menudo, miedos y hostilidades entre la población blanca de las ciudades del Norte. La propia ambigüedad de la expresión «poder negro» podía generar una sensación de amenaza que reforzaba la división racial. Según una encuesta realizada en Detroit en 1967 tras unos masivos disturbios ocurridos durante el verano, la mayoría de negros interpretaban «poder negro» como una simple expresión de apoyo a una «parte equitativa de la población negra» o como «unidad racial», aunque, de hecho, a una ligera mayoría de los afroamericanos no les gustaba la expresión y para casi una cuarta parte no significaba «nada». Los blancos se mostraron más hostiles y casi un 40 % pensó que la expresión implicaba un poder negro sobre los blancos.⁵⁸

La muestra más evidente de poder negro llegó del Partido Pantera Negra (Black Panther Party, BPP). El nombre fue utilizado por primera vez por un grupo negro de autodefensa en Alabama, pero se hizo famoso en 1966, cuando Bobby Seale, nacido en Texas en 1936, y Huey Newton, nacido en Luisiana en 1942, fundaron el Partido Pantera Negra de Autodefensa (Black Panther Party for Self-Defense) en Oakland, California. Ambos encarnaban el estado de ánimo de los varones relativamente jóvenes cuyas familias habían llegado del Sur y adoptaron un estilo de hacer política más agresivo que el practicado tradicionalmente por el *establishment* negro del Norte. Los *panteras negras* ofrecían defender a sus comunidades frente al acoso policial y vestían con atuendos de estilo militar (boinas, guantes y chaquetas de piel negros). También iban armados. Una de las primeras cosas que Newton y Seale hicieron fue comprar una pistola y un rifle M1 —Newton eligió el rifle porque su condición de preso en libertad condicional le impedía llevar pistola—. Las armas caracterizaron a los *panteras negras* —y, quizá, a sus admiradores— a ojos de muchos estadounidenses. Newton fue juzgado y encarcelado por disparar a un agente de policía en 1967; fue puesto en libertad en 1970.

Las imágenes de *panteras negras* armados eran un caramelo para los editores de todas las revistas ilustradas del país, pero también eran engañosas. Empuñar un arma era más un acto de escenificación política que una verdadera amenaza para las autoridades del estado. De hecho, nadie pensaba que los *panteras negras* pudieran salir victoriosos de un enfrentamiento con un cuerpo de seguridad. En Chicago, en 1968, cuando la policía asaltó un apartamento donde vivían Fred Hudson y otros miembros del partido, los *panteras* apenas

efectuaron dos disparos y uno de ellos fue, por lo visto, el resultado de un acto reflejo *post mortem*. Los agentes de policía, en cambio, descargaron un centenar de balas. De hecho, quienes tuvieron más motivos para temer la violencia del Partido Pantera Negra fueron los propios activistas negros, ya que los líderes de la formación intentaron imponer su disciplina y eliminar a grupos rivales. Angela Davis empezó a ir armada después de que un *pantera negra* —posiblemente un *agent provocateur*— le apuntara con una pistola en la cabeza.⁵⁹

La postura de los *panteras negras* con respecto a las armas de fuego fue, en muchos aspectos, legalista. Eran prudentes en cuanto al cumplimiento de las leyes sobre cómo y cuándo podían llevar armas. De la misma manera que en los inicios de la campaña por los derechos civiles se había luchado por el derecho de la población negra a votar o a recibir educación universitaria, los *panteras negras* insistieron en que debían disfrutar de los mismos derechos en relación con las armas que tanto valoraban los estadounidenses blancos. El incidente más espectacular escenificado por los *panteras* —cuando entraron armados en la Legislatura Estatal de California en Sacramento— fue planeado más para ejercer y defender un derecho que para amenazar.

Los *panteras negras* despertaron un enorme interés. Hanif Kureishi, nacido en 1954 de padre pakistaní y madre inglesa y residente en un suburbio londinense, arrancó los pósteres de los Rolling Stones que tenía en su habitación y los sustituyó por fotografías de Seale y Newton. Movimientos como la Guardia Roja China, en San Francisco,⁶⁰ o la Facción del Ejército Rojo (Rote Armee Fraktion, RAF), en Alemania Occidental, se inspiraron en el Partido Pantera Negra, como también lo hicieron los aborígenes activistas de Australia. J. Edgar Hoover creyó durante un tiempo que los *panteras negras* eran la mayor amenaza interna para su país.

Sin embargo, a pesar de la admiración y/o temor que despertaron, los *panteras negras* nunca movilizaron directamente a más de unos pocos miles de personas en Estados Unidos, y muchas de ellas pertenecían más a una federación poco rígida de asociaciones locales que a una organización centralizada.⁶¹ Cuando el BPP empezó a imponer un control más centralizado y se embarcó en una forma de hacer política más institucionalizada a principios de la década de 1970, se retiró a su base original en Oakland y abandonó de manera efectiva sus aspiraciones de convertirse en una formación de alcance nacional. El Partido Pantera Negra también se debilitó debido a las rencillas internas. Al principio, el BPP de Oakland coexistió con otro —«un pequeño grupo dirigente ... para desarrollar análisis teóricos sobre el movimiento negro»—⁶² con sede en Los Ángeles. Finalmente, encontraron una manera de convivir tras haber estado a

punto de llegar a las manos. En febrero de 1971, Eldridge Cleaver, quien entonces era «ministro de Información» del Partido Pantera Negra, discutió con Huey Newton durante un programa de televisión (Cleaver intervenía por teléfono desde Argelia, adonde había ido a buscar refugio huyendo de la justicia estadounidense). Ambos se expulsaron mutuamente del partido y no recuperaron el control del movimiento que habían fundado hasta el año 1972.

La imagen impactante de los *panteras negras* ocultó en ocasiones las posturas relativamente sutiles que adoptaron sobre determinados temas. Eran partidarios de la autonomía racial, pero no de la separación de razas. Sus políticas estaban diseñadas más para California que para el Sur segregado o, en este sentido, para aquellas ciudades del noreste donde la población negra constituía la mayoría de habitantes en amplias zonas. Estaban interesados tanto en la clase como en la raza. Construyeron una alianza interracial y —en mayor medida que muchos activistas de los derechos civiles— reconocieron la complejidad de una población formada, aparte de por blancos y negros, por latinos, asiáticos y nativos americanos. El BPP apoyó al activista campesino César Chávez y al sindicato agrícola United Farm Workers, de composición principalmente mexicana.⁶³

Gran parte de las actividades promovidas por el BPP tuvieron más que ver con tareas de organización local poco espectaculares que con la insurrección armada. En enero de 1969, junto con un cura católico irlandés, los *panteras negras* ofrecieron desayunos gratuitos a escolares para mejorar su rendimiento en clase.⁶⁴ El BPP también se dedicó a facilitar atención médica a minorías raciales y fundó varios centros de salud gratuitos, llamados People's Free Medical Clinics.⁶⁵ Y, sobre todo, el Partido Pantera Negra fue, tal como indica la primera palabra de su nombre, una organización política que, especialmente a principios de la década de 1970, se enfrentó al sistema electoral (véase el capítulo 11).

VIOLENCIA

Las reacciones a los *panteras negras* —y al poder negro en su conjunto— se asociaron a un miedo más amplio a la violencia a finales de la década de 1960. Los disturbios enfrentaron a las clases humildes urbanas con la policía. En la semana posterior al asesinato de Martin Luther King en 1968, hubo revueltas en 125 ciudades con 20.000 detenciones y 2.600 incendios que causaron daños por valor de 100 millones de dólares. También ardieron edificios a unas pocas calles de la Casa Blanca. Dichos disturbios no tuvieron motivaciones políticas

explícitas ni obedecieron al dictado del movimiento radical estudiantil. A pesar de la agitación que siguió a la muerte de King, los disturbios urbanos en Estados Unidos parecieron más peligrosos en 1967 y disminuyeron a partir de entonces, precisamente cuando los izquierdistas blancos empezaron a sentirse atraídos por la violencia. Sin embargo, las revueltas contribuyeron a dramatizar de manera generalizada los conflictos políticos del país. Los conservadores aguantaban a alborotadores y manifestantes políticos y unos pocos radicales miraban con interés a los alborotadores urbanos como potenciales reclutas para la causa revolucionaria.

El fácil acceso a las armas fue un aspecto importante en el 1968 estadounidense. Un general aseguró que la población de Chicago tenía más armas de fuego que el ejército de EE.UU.⁶⁶ La obsesión con el derecho a llevar armas por parte de cierto tipo de radicales fue uno de los argumentos cuya retórica fue similar a la de sus enemigos. Algunas organizaciones de militancia negra estaban afiliadas a la Asociación Nacional del Rifle.⁶⁷ El Dodge Revolutionary Union Movement (una organización nacionalista negra prácticamente marxista nacida en la principal planta de producción de la fábrica Dodge en Míchigan) ofreció una carabina M1 como premio en una rifa de recaudación de fondos.⁶⁸

LA CONTRACULTURA

De manera simultánea y, a veces, entrecruzada con el radicalismo político, la respetabilidad de la clase media también se vio desafiada. Los hombres se dejaban crecer el pelo y lucían barbas vistosas. En Berkeley, el Movimiento por la Expresión Indecente (Filthy Speech Movement) creció en la estela del Movimiento por la Libertad de Expresión de Mario Savio e insistió, muy a pesar de este, en que la libertad de proferir obscenidades también debía estar contemplada dentro de la libertad de expresión. Bandas de rock como Jefferson Airplane, The Grateful Dead o The Doors pasaron a ser consideradas como si fueran el centro de cultos religiosos en vez de artistas.

Las drogas no fueron ninguna novedad para la juventud estadounidense. La marihuana era habitual en Texas. Algunos de los cristianos más fervientes de la Comunidad de Fe y Vida Cristianas (Christian Faith and Life Community) de Austin de principios de la década de 1960 habían fumado hierba, un hábito que, en ocasiones, fue objeto de desaprobación entre sus camaradas más comedidos del noreste. Lo que sí fue una novedad a finales de la década de 1960 fue el consumo de LSD —introducido por Timothy Leary— como medio para

transformar la realidad.

A veces, pasarse a la contracultura fue como retirarse deliberadamente del radicalismo político. La contracultura ofendía a aliados potenciales —incluidos los militantes del Poder Negro— cuyo comportamiento individual era conservador. Para otros, la contracultura era más un mundo privado de meditación, alucinación y largas conversaciones sobre naves espaciales bajo el efecto de las drogas. La nueva izquierda había intentado en su día unirse a la «guerra contra la pobreza» del gobierno de Washington. Ahora, eran los propios *hippies* quienes pedían por las calles y adoptaban la pobreza como «estilo de vida». El filósofo francés Edgar Morin cuenta que algunos de los *hippies* con los que se cruzó en California en 1969 habían renunciado a llevar zapatos, pero seguían conservando sus coches.⁶⁹

REAGAN

La contracultura, como el Poder Negro, mantuvo una relación simbiótica con sus críticos más acérrimos. Uno de ellos se convirtió en la personificación de la «contracontracultura». Ronald Reagan fue elegido gobernador de California en 1966 y en 1970. Divorciado, estrella de cine y sin historial de servicio activo en la segunda guerra mundial (a pesar de que ascendió al rango de capitán de una unidad haciendo películas propagandísticas), Reagan no era precisamente un modelo de conservadurismo cultural y, posiblemente, habría sido objeto de mofa si hubiera adquirido protagonismo en la década de 1950. En cualquier caso, su equipo de campaña se dio rápidamente cuenta de las ventajas que podían derivarse del malestar estudiantil: «Reagan lo convirtió en un problema y, después, este problema comenzó a aparecer en las encuestas». Como recordó el propio Reagan: «En las montañas, en el desierto, en las ciudades más grandes del estado, la primera pregunta siempre era: “¿qué vais a hacer con Berkeley?”. Y la pregunta era aplaudida cada vez con más intensidad».⁷⁰

Sin embargo, cuando Reagan dijo «Berkeley», en realidad no se refería a la universidad. Tras su elección, consiguió que Clark Kerr, el rector progresista, dimitiera. Pero, en general, intervino relativamente poco en los asuntos de la universidad más prestigiosa de California. El mayor enfrentamiento entre autoridades y estudiantes que se produjo en dicho estado tuvo lugar en la Universidad Estatal de San Francisco, cuyo perfil académico no era tan excelente y su alumnado era menos privilegiado. De hecho, a Reagan le iba bien Berkeley como símbolo de un malestar más amplio que sus partidarios percibían en las universidades. Stokely Carmichael había visitado Berkeley e invitado a los

estudiantes a quemar sus cartillas de reclutamiento. En febrero de 1969, Reagan aprovechó este episodio para afirmar que «treinta y cinco negros» habían acorralado a un decano de facultad poniéndole una navaja automática en la garganta.⁷¹ La conducta de los estudiantes blancos —jóvenes de origen relativamente privilegiado— también preocupaba al electorado de Reagan. El candidato habló en tono enigmático sobre consumo de drogas, promiscuidad sexual y «algunos indicios de otras prácticas que no voy a mencionar», y, en términos más jocosos, se refirió a hombres que «visten como Tarzán, andan como Jane y huelen como Chita».

ROBERT KENNEDY

La radicalización de la política de izquierdas en Estados Unidos quedó parcialmente neutralizada por los preparativos de las elecciones presidenciales de 1968. La Casa Blanca había tenido inquilinos del Partido Demócrata desde 1961 y Vietnam había generado una enconada división entre la mayoría de los que se creían liberales, o especialmente radicales, y Lyndon Johnson. A pesar de ello, todavía cabía la posibilidad de que un candidato distinto transformara el paisaje político. Durante un tiempo, parecía que Eugene McCarthy (senador demócrata por Minnesota) podía ser ese aspirante. McCarthy declaró su intención de presentarse a las primarias a finales de 1967 en un momento en el que se daba por sentado que no tenía ninguna opción de victoria. Los reveses estadounidenses en la guerra de Vietnam hicieron su candidatura más creíble en 1968 y hasta los activistas jóvenes se unieron a su campaña en las primarias de Nuevo Hampshire. En un momento de la misma se contrató a un barbero para que dejara a melencidos y barbudos «limpios para Gene» («Get Clean for Gene») y pudieran hacer campaña.

El éxito inesperado de McCarthy provocó, en parte, que Johnson renunciara a la reelección. La renuncia del entonces presidente fue especialmente significativa, ya que Robert Kennedy, el menor de los hermanos del presidente asesinado, acababa de anunciar que se presentaría a la candidatura demócrata. La relación de Kennedy con el radicalismo estadounidense fue peculiar. No era ningún recién llegado a la política: venía de una familia adinerada y en la administración de su hermano había ejercido el cargo de fiscal general. Además, había apoyado un intento de derrocar a Castro y, como representante del gobierno de su país, había provocado manifestaciones estudiantiles violentas en su visita a Japón en 1962. Hasta 1967, en un libro muy admirado por la izquierda estadounidense, el francés Régis Debray había presentado a Kennedy como el

máximo exponente del poder estadounidense.⁷² Kennedy había exigido el cese de los bombardeos en Vietnam del Norte y el inicio de las negociaciones, pero lo hizo relativamente tarde. En 1968 reprochó a McCarthy que sugiriera que los comunistas entraran en un gobierno de coalición en Vietnam. Lyndon Johnson temía que Robert Kennedy lo aventajara por la derecha y le culpó de haber malgastado el legado de línea dura de su hermano mayor.

Sin embargo, la imagen de Robert Kennedy se hallaba a la izquierda de sus políticas. En 1968 tenía cuarenta y dos años, diecisiete menos que Johnson y nueve menos que McCarthy. Parecía más joven de lo que era y sus formas eran a menudo las de un estudiante de primer año de filosofía preocupado por las consecuencias del pensamiento de Nietzsche en su fe religiosa. Conmoverlo por el asesinato de su hermano, sus ideas sobre la vida, la muerte y la moral lo convirtieron en un político distinto —su cuaderno de notas estaba repleto de citas de Camus—. El magnicidio también le había dado algunas ventajas políticas de la vieja escuela, ya que le había impedido estar en el poder durante la escalada bélica de Vietnam —aunque su currículum tampoco sugería que hubiera podido evitarla—. Su hostilidad visceral hacia Johnson, que en 1964 le habría hecho parecer un ser mezquino, en 1968 le hizo parecer un hombre de estado. Su vida estaba imbuida del aura de misterio que había rodeado a su familia tras la prematura muerte de su hermano.

Robert Kennedy tuvo gestos radicales. Estaba con César Chávez cuando este abandonó la huelga de hambre que había iniciado para apoyar a los trabajadores agrícolas. Sus interlocutores creían que Kennedy era una persona sincera, pero les decepcionaba su reticencia a adoptar posturas claras —Hayden lo comparó hábilmente con Mendès France, cuyo silencio en 1968 exasperó sobremanera a sus jóvenes admiradores (véase el capítulo 5)—.⁷³ Es posible que la indecisión de Kennedy y sus reparos iniciales a enfrentarse con Johnson fueran el reflejo de dudas reales causadas por su propia crisis emocional e intelectual, pero también eran típicos de un hombre de fuertes instintos políticos, consciente de la necesidad de preservar su libertad de acción y no alejarse de sus potenciales adeptos.

La relación entre Kennedy y el radicalismo estadounidense no fue recíproca: los radicales se interesaron más por él que él por ellos. El propio Arthur Schlesinger, profesor de Harvard y uno de los más importantes consejeros de los Kennedy, había sido marxista de joven. Los líderes de Estudiantes para una Sociedad Democrática entregaron a Schlesinger una copia de la Declaración de Port Huron cuando trabajaba en la Casa Blanca⁷⁴ —aunque no consideró el episodio lo suficientemente importante como para incluirlo en su diario—. En

1967, Schlesinger se reunió con dirigentes de la sección de SDS en Boston, en un «apartamento calculadamente inhóspito», con un retrato del Che Guevara colgado de una pared. Las «rebuscadas abstracciones» de sus interlocutores le provocaron una «irritada nostalgia», aunque la prefería a la «megalomanía ideológica» de los años treinta.⁷⁵ Schlesinger expresó con un cinismo frívolo sus opiniones sobre las relaciones entre Robert Kennedy, con quien mantenía un contacto estrecho, y el radicalismo estudiantil. En sus diarios escribió que el republicano Nelson Rockefeller y RFK (es decir, Robert Kennedy) eran las «esperanzas principales» y que, sin ellos, «el país corre el peligro de que la juventud se pase masivamente a SDS... o al LSD».⁷⁶

CHICAGO

El 6 de junio de 1968, Robert Kennedy fue muerto a tiros en California por un ciudadano palestino desequilibrado que, por lo visto, actuó en solitario. El asesinato convirtió al candidato en un mártir a pesar de que —o precisamente porque— nadie estaba seguro de a qué causa había entregado su vida. La beatificación política de Kennedy como personificación del idealismo juvenil hizo que los políticos supervivientes parecieran poco brillantes. Esta sensación se agudizó en la convención del Partido Demócrata celebrada del 26 al 29 de agosto de 1968. Allí, la carrera a la próxima candidatura demócrata a la presidencia enfrentó a McCarthy con George McGovern —quien se postuló como sustituto de Kennedy— y Hubert Humphrey. Humphrey era vicepresidente y, a pesar de no haber sido ni siquiera candidato en las primarias, tenía el apoyo de una mayoría de delegados en la convención, así como de Lyndon Johnson. Si la maquinaria política de Kennedy hubiera seguido involucrada en la carrera, posiblemente Humphrey habría tenido alguna opción. En cualquier caso, a Johnson le resultó relativamente fácil manipular el proceso. Para muchos, la convención fue todavía más decepcionante porque fue la primera que se celebró después de que los *dixiecrats* perdieran el control del partido en el Sur.

Los manifestantes antibelicistas llegaron a Chicago. Al principio, la protesta estuvo coordinada por David Dellinger, un pacifista de familia de clase alta y treinta y tres años de edad que había sido conductor de ambulancias durante la guerra civil española y encarcelado por negarse a incorporarse a filas en la segunda guerra mundial. Dellinger evitaba la violencia a toda costa. Jóvenes radicales se unieron a él, incluidos Tom Hayden y Rennie Davis, de SDS. También acudieron a Chicago Jerry Rubin y Abbie Hoffman —quienes habían fundado los *yippies*, o Youth International Party, a finales del año anterior

—, así como el *pantera negra* Bobby Seale. Los manifestantes se congregaron en un parque situado a unos quince kilómetros del hotel Hilton, donde se celebraba la convención.

Los organizadores de la manifestación habían asegurado la asistencia de cientos de miles de personas. Al final solo acudieron diez mil, pero el ambiente era tan febril que las autoridades actuaron como si se tratara de una insurrección armada. Fueron movilizados casi doce mil agentes de policía, apoyados por cinco mil miembros de la Guardia Nacional. Seis mil soldados —incluido el 101.º Regimiento Aerotransportado de élite— estuvieron destacados en los suburbios y se comentó que alrededor de un millar de agentes encubiertos se entremezclaron en la multitud.⁷⁷ Los *yippies* no desperdiciaron la ocasión de actuar ante semejante público y, entre otras cosas, amenazaron con verter LSD en el suministro de agua de Chicago. En cualquier otro momento, las autoridades se lo habrían tomado a risa, pero la policía envió efectivos extraordinarios a las estaciones de tratamiento de aguas, incluso después de que los técnicos del ayuntamiento aseguraran que harían falta cinco toneladas de la droga para que la intoxicación surtiera efecto.⁷⁸ Escritores de la talla de Jean Genet, William Burroughs o Gore Vidal peregrinaron a la ciudad como si fueran críticos teatrales dispuestos a reseñar una noche de estreno.

Chicago ya era entonces una ciudad dividida. El crecimiento industrial durante y después de la segunda guerra mundial había transformado a sus habitantes. Había más afroamericanos en el condado de Cook que en el estado de Misisipi —aunque también vivían muchos blancos del Sur, así como una considerable población de origen irlandés—. La policía había sido reformada después de que, en la década de 1950, el jefe del cuerpo se hubiera enriquecido a unos niveles que su modesto salario nunca hubiera permitido, pero seguía destacando por su falta de tolerancia y honradez. En Chicago no había segregación formal, pero sí mucha división y desigualdad, las cuales se habían manifestado en forma de disturbios, particularmente los que se produjeron tras el asesinato de Martin Luther King, cuando el alcalde Richard Daley ordenó a la policía «disparar a matar».

En privado, Daley se oponía a la guerra de Vietnam. Cuando Johnson le preguntó cómo sacar a Estados Unidos de ella, Daley le sugirió lacónicamente que recordara cómo había entrado en ella para, a continuación, desandar lo andado. Pero la oposición del alcalde a Vietnam y, por otro lado, su posterior gesto de arrepentimiento por la actuación de la policía en 1968 permanecieron en la esfera privada. En público, Daley —un católico irlandés de sesenta y seis años con un discurso duro sobre el cumplimiento de la ley y el orden y conservador

en cuestiones sociales— encajaba perfectamente en la demonología de los manifestantes. Estaba patéticamente deseoso de que la convención se convirtiera en un escaparate para su amada ciudad y, por consiguiente, con muchas ganas de impedir cualquier manifestación. Pero fracasó. La calculada moderación de las primeras manifestaciones contra Vietnam se había desvanecido.

En las calles de Chicago, muchos se regodearon en su distanciamiento de la política dominante, sobre todo cuando escenificaron una ceremonia para elegir a un cerdo como candidato presidencial. Las autoridades se incautaron del cerdo y lo entregaron a la Humane Society de protección de animales en Chicago, una escapatoria feliz para un animal en una ciudad que, hasta hacía poco, había basado gran parte de su prosperidad en los mataderos. Finalmente, el ayuntamiento autorizó a los manifestantes a congregarse en el Grant Park. Pero, para entonces, la policía ya estaba cansada y enfadada —un agente vio a varios de ellos cargando sus guantes con balas de plomo—. Cuando un joven intentó hacer caer una bandera estadounidense, la policía avanzó e inició lo que, en un informe posterior, se calificó de «disturbio policial». Una mujer recordó posteriormente que «fue como si la Bastilla nos tomara a nosotros». Después, algunos manifestantes consiguieron abrirse paso hasta el hotel Hilton, donde se estaba celebrando la convención, y la policía los roció con gases lacrimógenos. Fue tal el desenfreno de los agentes que Hubert Humphrey notó el olor desde su habitación, situada en el vigésimo piso.

La intención de Daley había sido mantener la convención separada de las manifestaciones, pero los torpes miembros de la seguridad arremetieron contra todo aquel que se les puso delante, incluso contra delegados acreditados que, por su aspecto, podían ser contrarios a Humphrey. Dan Rather, el periodista de la CBS, fue maltratado por vigilantes de seguridad mientras estaba informando en directo. Los delegados no podían ignorar lo que estaba pasando en el exterior. Abraham Ribicoff, un senador de cincuenta y ocho años, propuso a George McGovern como candidato con las siguientes palabras: «Con George McGovern como presidente de Estados Unidos ya no necesitaremos tácticas propias de la Gestapo en las calles de Chicago». La respuesta bramada por el alcalde Daley quedó sofocada por el alboroto, pero algunos testigos aseguran que sus palabras fueron: «Fuck you, Jew son of a bitch» («Que te den, judío de mierda»).

El nombramiento de Humphrey como candidato tuvo lugar justo cuando los canales de televisión empezaron a recibir grabaciones de los episodios de violencia callejera sucedidos cuarenta minutos antes. Algunas cadenas interrumpieron la retransmisión del nombramiento para emitir las imágenes que habían llegado. El caos estalló en la convención y algunos delegados se pusieron a cantar «We shall overcome» («Venceremos») mientras la banda seguía tocando

en el escenario en un intento de atenuar los cánticos. Nadie salió vencedor. Johnson y Daley habían frustrado lo que parecía el deseo de la mayoría de los demócratas, pero la violencia policial había puesto a muchos liberales en contra del *establishment* del partido y las propias manifestaciones pusieron al estadounidense medio en contra de cualquier político demócrata. Nadie vio en el desenlace de la convención una victoria para Humphrey.

Ocho personas —entre ellas Dellinger, Hayden, Hoffman, Rubin, Davis y Seale— fueron procesadas por alteración del orden tras la convención de Chicago. Seale se las ingenió para conseguir un juicio aparte y fue finalmente sentenciado por desobediencia al tribunal. El juez y el fiscal adoptaron algunas medidas extraordinarias y, en un momento dado, obligaron a Seale a permanecer en la sala maniatado y amordazado. El proceso se saldó con cinco acusados condenados a penas de cárcel. Los fallos fueron revocados en recurso de apelación y otras condenas por desobediencia tampoco conllevaron sentencias de privación de libertad. Para Hoffman y Rubin, el juicio fue una útil puesta en escena política. Para otros, una agotadora y deprimente pérdida de tiempo.

Posteriormente, Tom Hayden estableció algunas amargas comparaciones entre la violencia que padeció a manos de la policía en 1968 y la que había sufrido a principios de la década durante la campaña por los derechos civiles. Los manifestantes se habían enfrentado a las autoridades estatales y las secciones locales del Partido Demócrata por culpa de los derechos civiles, pero, de algún modo, sentían que el gobierno federal los apoyaba. Ahora, la violencia venía de la policía de una gran ciudad del Norte y estaba secundada por alguien cercano a la Casa Blanca.

Hayden también sabía que ni él ni nadie llevaban realmente las riendas del movimiento en cuyo nombre hablaba algunas veces. Sentía que en la izquierda reinaba un estado de ánimo nuevo que encontraba desfavorable, más ideológico y menos humano. La organización Estudiantes para una Sociedad Democrática quedó dividida en dos facciones que en 1962 habrían sido consideradas como extremistas. Una se unió al Partido Laborista Progresista (Progressive Labor Party, PLP), que era una escisión del Partido Comunista de Estados Unidos que se había infiltrado en SDS después de que estos últimos levantarán su veto —nunca cumplido muy estrictamente— a los miembros comunistas. El PLP estaba formado por maoístas puritanos que despreciaban la contracultura y querían instigar la revolución entre la clase obrera estadounidense, a pesar de que sus únicos contactos reales con los trabajadores se redujeran, exclusivamente, a una pequeña parte de la industria textil neoyorquina (véase el capítulo 9). La otra escisión de SDS fue el Movimiento Juvenil Revolucionario (Revolutionary Youth Movement, RYM), centrado en la lucha internacional y admirador de los

panteras negras. A su vez, el RYM también estaba dividido en dos facciones, la más radical de las cuales se convirtió en The Weathermen y comenzó a promover la acción armada. En su congreso de Chicago de junio de 1969, SDS se escindió rencorosamente en dos organizaciones distintas. Ambas reivindicaron el nombre. El Movimiento Juvenil Revolucionario se quedó con los archivos y listas de afiliados, aunque un número mayor de delegados en el congreso había dado su apoyo al PLP. A esas alturas, algunos miembros de SDS ya veían con desdén los cambios de orientación de su organización y, en su último congreso, un grupo propuso elegir como líder a un cubo de basura.

Quienes participaron en el 68 estadounidense fueron a menudo conscientes de lo paradójico de su situación. Por un lado, los radicales consiguieron grandes logros. Tuvieron un papel fundamental en el cambio de la situación racial en EE. UU. y pusieron a gran parte de la población, especialmente jóvenes y gente con estudios, en contra de la guerra de Vietnam. Fundaron organizaciones en centros con muy poco porvenir, incluida la Universidad de Georgia, donde, a principios de la década de 1960, los estudiantes habían hecho campaña *en contra* de la integración racial.⁷⁹ Los radicales también ayudaron a destrozar la presidencia de Lyndon Johnson. Por otro lado, el 68 en Estados Unidos, más que en prácticamente cualquier otro país del mundo, se vio como un «fracaso». En palabras de un historiador:

Las protestas nunca alcanzaron en Estados Unidos el nivel de profunda transformación política que lograron en países como Francia y Checoslovaquia, donde se movilizaron grandes segmentos de la sociedad más allá del mundo académico. Incluso si los juntásemos, los universitarios antibelicistas, las acciones de los *panteras negras* en defensa de los derechos civiles y los movimientos para la mejora de la situación de los mexicanos en EE. UU. fueron demasiado insignificantes, marginales y difusos como para amenazar el orden social establecido.⁸⁰

Parte de esta sensación de fracaso tuvo nombre y apellido: Richard Nixon. Nixon ganó las elecciones presidenciales en diciembre de 1968. La propia derrota política no fue inusual para los sesentayochistas: los franceses hicieron frente a la victoria gaullista en las legislativas de junio de 1968 y los checoslovacos sufrieron la invasión del pacto de Varsovia en agosto del mismo año. Sin embargo, el triunfo de Nixon fue particularmente hiriente para sus enemigos, ya que fueron estos quienes habían perjudicado a su predecesor demócrata y la campaña del republicano estuvo basada, en buena medida, en la movilización contra el radicalismo. Nixon fue recibido por una multitud de 400.000 personas en el mitin celebrado en Chicago inmediatamente después de

la convención del Partido Demócrata de 1968. Curiosamente, las políticas del propio Nixon estuvieron determinadas, en cierto modo, por las protestas del 68. En parte fue el movimiento antibelicista lo que le convenció acerca de la necesidad de retirar las tropas estadounidenses de Vietnam.⁸¹ Uno de los resultados del 68 en EE. UU. fue que un movimiento que, al menos en su etapa inicial, había demostrado «idealismo» y «autenticidad», acabó forzando un acuerdo con personas movidas por un realismo obstinado.

El arquitecto de la política exterior de Nixon encarnó la antítesis del 68. Henry Kissinger había tenido una juventud marcada por la disciplina y el trabajo duro. Llegó a Estados Unidos como refugiado judío alemán, trabajó para pagarse la universidad y sirvió en el ejército, una institución que hizo lo que pudo para moldear su carácter. Kissinger era un hombre inteligente, ingenioso y jactanciosamente cínico, que combinaba la admiración hacia EE. UU. como potencia al servicio del bien mundial con una jovial falta de interés por la cultura o la sociedad estadounidenses. Admiraba a los hombres de estado europeos del siglo XIX, cuya definición de lo que era el interés nacional debía muy poco a simples consideraciones electorales, y veía a Charles de Gaulle como el último superviviente de esta estirpe. Kissinger despreciaba a los agitadores estudiantiles, pero, a diferencia de su amigo francés Raymond Aron, nunca los tomó lo suficientemente en serio como para verlos como una amenaza para el orden establecido.

En parte, la sensación de fracaso que se asocia con el 68 en Estados Unidos vino acompañada de un giro a largo plazo en la política interior. De nuevo, el hecho de que los sesentayochistas constituyeran una minoría no fue en sí mismo tan inusual —lo mismo se podría decir de la mayoría de países europeos—. Lo inusual fue que la reacción contra el 68 se tradujera en un realineamiento que llevó a gran parte de la clase obrera blanca a trasladar su apoyo de los demócratas a los republicanos. El mayor beneficiario de esta reorientación no fue Nixon, sino el hombre que más tímidamente había definido su posición política en oposición a «Berkeley»: Ronald Reagan.

El hecho de que la izquierda estudiantil se movilizara en Estados Unidos antes que en la mayoría de países europeos hizo que muchos pensaran que el final de la década de 1960 no estuvo a la altura de las promesas planteadas a principios de la misma. La naturaleza relativamente no ideológica de la nueva izquierda en los primeros años sesenta también alimentó este desencanto. A diferencia de sus homólogos europeos, muchos estudiantes radicales estadounidenses no disfrutaron del desapego emocional que implicó el marxismo y algunos de ellos interpretaron como un mal presagio la creciente importancia que se concedió a la ideología explícita en su propio movimiento. Las enconadas

escisiones (por motivos políticos) en Estudiantes para una Sociedad Democrática y (por motivos políticoraciales) en el (Student Non-Violent Co-ordinating Committee) dejaron a muchos con la sensación de que les habían desahuciado de sus propios hogares políticos. Por encima de todo, la nueva izquierda en Estados Unidos compartió una cualidad importante con muchos de sus enemigos: ambos bandos pensaban que su país era especial. A medida que la década fue transcurriendo, esta sensación de excepcionalidad fue invirtiéndose y, de pensar que Estados Unidos tenía un potencial único para hacer el bien, sectores de la izquierda pasaron a creer que «Amerika» era especialmente mala. El propio 68 llegó a convertirse en parte de esta excepcionalidad, algo que se ha interpretado no como un desencanto político, sino como —dicho con la expresión que a menudo utilizan los historiadores de Estados Unidos— un «apocalipsis».

5

Francia



Aunque a primera vista parece una imagen tomada durante una protesta estudiantil, si la examinamos de cerca, parece que estos dos jóvenes se dirigen a la manifestación de apoyo a De Gaulle del 30 de mayo de 1968.

Mon Dieu, mon Dieu, la vie est là. Simple et tranquille.

CHARLES DE GAULLE citando a
Verlaine,
mensaje de Año Nuevo, 1968

La revuelta estudiantil iniciada en Nanterre el 22 de marzo de 1968 ... ha concluido con la crisis política más grave que Francia haya vivido desde 1871 o, incluso, 1848 ... No han sido unas pequeñas nubes negras sobre un cielo tranquilo, sino un devastador ciclón que ningún meteorólogo había pronosticado.

DOMINIQUE JULIA (historiador nacido en 1940),
junio de 1968¹

En los primeros meses de 1968, los políticos franceses se felicitaron por su suave huida de las revueltas vistas en otros lugares. En marzo del mismo año, el conflicto se instaló en Nanterre, a las afueras de París, cuyo campus estuvo clausurado durante un tiempo. Sin embargo, aun así, el presidente de la República, Charles de Gaulle, se resistía a tomarse en serio la inquietud de los universitarios. Cuando uno de sus ministros propuso llevar a cabo vigilancia, escuchas telefónicas y registros domiciliarios para «paralizar [e] intimidar» los movimientos subversivos, De Gaulle no daba crédito: «¿A esos niños, esos bromistas?».² A principios de mayo, la protesta se extendió hasta el centro de París y, en poco tiempo, convirtió el Barrio Latino en un campo de batalla donde se enfrentaron estudiantes y brigadas antidisturbios. La agitación también llegó a buena parte del resto del país. Es más: una huelga general, que sorprendió a los líderes sindicales franceses igual que al resto de la población, paralizó la industria. Parecía probable que De Gaulle, que llevaba diez años presidiendo el

país, cayera. Durante un par de semanas fue como si Francia estuviera al borde de una revolución, pero nadie sabía realmente de qué tipo. Los líderes del Partido Comunista, que llevaban medio siglo hablando de la revolución, quedaron perplejos ante la protesta estudiantil y se mostraron, en general, hostiles a ella. El ambiente apocalíptico afectó a todos los niveles. Los escolares abandonaban los colegios, los futbolistas profesionales hacían huelga y el jurado del Festival de Cine de Cannes dimitía en solidaridad con los estudiantes.

El corto 68: los acontecimientos de mayo en Francia

Miércoles, Manifestación de partidos de izquierdas y sindicatos comunistas en 1 de mayo París.

Jueves, 2 George Pompidou viaja a Irán.
de mayo

Viernes, 3 Mitin en la Sorbona, que es evacuada por la policía. Las clases se
de mayo suspenden.

Sábado, 4 Juicios a los detenidos en los disturbios.
de mayo

Domingo, Penas de prisión para algunos de los detenidos.
5 de mayo

Lunes, 6 Estudiantes de Nanterre comparecen ante el consejo disciplinario. Se
de mayo levantan las primeras barricadas en París.

Martes, 7 La manifestación de estudiantes cruza el río Sena y llega a la margen
de mayo derecha, pero no ataca ningún edificio del gobierno.

Miércoles, Aniversario del final de la segunda guerra mundial en Europa.
8 de mayo Manifestaciones en el oeste de Francia.

- Jueves, 9 de mayo El rector de la Sorbona anuncia que las clases se retomarán, pero la oferta es retirada tras las amenazas de los estudiantes de volver a ocupar la universidad.
- Viernes, 10 de mayo Se levantan barricadas en el Barrio Latino por la tarde.
- Sábado, 11 de mayo La policía ataca las barricadas a primera hora de la mañana. Pompidou vuelve a Francia y anuncia por televisión la reapertura de la Sorbona.
- Domingo, 12 de mayo El ministro de Educación, que se había opuesto a la reapertura de la Sorbona, presenta su dimisión ante el primer ministro. La dimisión es rechazada.
- Lunes, 13 de mayo Décimo aniversario del retorno de De Gaulle al poder. Huelga general de un día y manifestación multitudinaria. Los estudiantes vuelven a ocupar la Sorbona.
- Martes, 14 de mayo De Gaulle viaja a Rumanía. Pompidou habla ante la Asamblea Nacional.
- Miércoles, 15 de mayo Huelga no oficial y ocupación de la fábrica Renault en Cléon. Los estudiantes ocupan el Teatro del Odéon en París.
- Jueves, 16 de mayo Huelga no oficial de los trabajadores de Renault en Flins.
- Viernes, 17 de mayo Huelga de los trabajadores de Renault en Boulogne-Bilancourt. Los principales sindicatos empiezan a encabezar las huelgas.
- Sábado, De Gaulle vuelve de Rumanía.

18 de
mayo

Domingo, De Gaulle ordena la evacuación del Teatro del Odéon, pero la orden
19 de mayo no se ejecuta.

Lunes, 20 Ocupación de escuelas por parte de los *comités d'action lycéens*.
de mayo

Martes, Debate de moción de censura en la Asamblea Nacional.
21 de mayo

Miércoles, Los leales a De Gaulle anuncian la existencia de Comités de Defensa
22 de mayo de la República.

Jueves, 23 Reunión entre Mitterrand y Mendès France.
de mayo

Viernes, Manifestación de estudiantes en la estación de Lyon. Mendès France
24 de mayo visita a los estudiantes. Discurso televisado de De Gaulle. Un policía es asesinado en Lyon.

Sábado, Inicio de las negociaciones entre sindicatos, patronal y gobierno en
25 de mayo la rue Grenelle.

Domingo, El ministro de Educación sugiere al primer ministro que habría que
26 de mayo negociar con la gente implicada en las universidades. No ocurre nada.

Lunes, 27 Se llega a un acuerdo en Grenelle, pero los sindicatos renuncian
de mayo poco después al mismo debido a la airada reacción de los trabajadores de Boulogne-Bilancourt. Mitin en el Estadio de Charléty al que asiste Mendès France, pero no participa.

Martes, 28 de mayo Mitterrand ofrece una rueda de prensa y anuncia que presentará su candidatura si De Gaulle dimite. Se acepta la dimisión del ministro de Educación.

Miércoles, 29 de mayo De Gaulle vuela en secreto a la guarnición francesa de Baden-Baden.

Jueves, 30 de mayo De Gaulle vuelve a París y se dirige a la población a través de la radio. La Asamblea Nacional se disuelve y se convocan elecciones. Manifestación multitudinaria de apoyo a De Gaulle en los Campos Elíseos.

Viernes, 31 de mayo Remodelación del gabinete.

Junio Las huelgas y las ocupaciones estudiantiles cesan gradualmente. Amplia victoria gaullista en las dos rondas de las elecciones legislativas celebradas los días 23 y 30.

El final de estas turbulencias fue tan sorprendente como su comienzo. De repente, De Gaulle retomó aparentemente las riendas y se organizó una manifestación en su defensa el día 30 de mayo. Después, la aplastante victoria gaullista en las elecciones legislativas de junio de 1968 marcó una vuelta a la normalidad que sorprendió al propio general. Sin embargo, al año siguiente, De Gaulle sometió su propuesta de descentralización política a un referéndum que perdió y que le llevó a dimitir. Murió al cabo de un año. Alfred Fabre-Luce —una de las figuras de la derecha petainista que habían disfrutado con las convulsiones de 1968, ya que gozaban con casi todo lo que perjudicara a De Gaulle— comentó con dureza que la muerte repentina había sido el último gran *coup de théâtre* del general. La comparó con el suicidio ritual del novelista japonés Yukio Mishima.

Mirando atrás, algunos han visto el 68 francés como un acontecimiento que casi observó las unidades clásicas de la tragedia griega. Ocurrió en un único lugar —París, particularmente en unas pocas calles del Barrio Latino— y, de hecho, una parte importante de la acción transcurrió en escena, ya que los

estudiantes ocuparon el Théâtre de la France. También transcurrió durante un breve lapso de tiempo. El sociólogo Michel Crozier escribiría posteriormente: «Una de las peculiaridades del caso francés es que un acontecimiento sociocultural tan profundamente espontáneo raras veces ha tenido lugar en un período de tiempo tan estrictamente limitado».³

Otros, sin embargo, esgrimen que no habría que confinar el 68 francés a un lugar y un tiempo determinados. Tales voces apuntan a un ciclo de protesta más prolongado (en él participaron más obreros que estudiantes) y a un ámbito geográfico que incluyó, en la misma medida, tanto a las provincias como a París. El debate suscitado por estas dos interpretaciones tiene implicaciones políticas. En general, quienes ven favorablemente las protestas de 1968 han reparado en su largo recorrido. En cambio, quienes se oponen a ellas han hecho hincapié en su naturaleza efímera y, como dice Raymond Aron, ven el 68 francés como un «psicodrama» carente de raíces sociales y consecuencias a largo plazo.⁴

Se podría argumentar que este debate tiene que ver con una división más amplia en la vida intelectual francesa. En la segunda mitad de la década de 1960, la obra de Michel Foucault hizo hincapié en las «estructuras» y, en ocasiones, fue asociada con una especie de quietud política, si bien el propio Foucault observó que la burguesía tendría un problema si viera en su obra su «última muralla».⁵ Después, Foucault quedaría asociado con el radicalismo de los setenta y sería acusado por Luc Ferry y Alain Renaut por ser el portavoz de *la pensée* 68,⁶ pero su participación en los acontecimientos de mayo de 1968 fue escasa. De hecho, ese año estuvo marcado más por el énfasis en el acontecimiento y el individuo que en la «estructura», y por un interés renovado hacia el filósofo al que Foucault parecía haber desplazado apenas unos pocos años antes: Jean-Paul Sartre. Los estudiantes escribían con tiza en las paredes una frase erróneamente atribuida al teórico literario Roland Barthes: «Las estructuras no salen a la calle».

El largo 68 (*les années 68*) de las estructuras y el corto (*mai 68*) de los acontecimientos no pueden separarse completamente. Hubo movimientos de largo recorrido que comenzaron en los años sesenta y se prolongaron hasta la década siguiente, pero en torno a mayo de 1968 también se produjo un estallido más breve y espectacular que puede ser considerado un paréntesis —u obra de teatro dentro de una obra de teatro—. Es por ello por lo que el mes de mayo de 1968 en Francia merece una atención especial y parte de esta atención debería centrarse en los individuos antes que en las estructuras.

Un hombre, por encima de todos, quedó asociado con las protestas estudiantiles en París. Daniel Cohn-Bendit era entonces un joven de veintitrés años con una impresionante cabellera pelirroja que, al parecer, estudiaba sociología en la nueva facultad de la Universidad de París en Nanterre. Sus padres eran judíos alemanes que se habían refugiado en Francia y él siguió siendo, como señalaron sus numerosos enemigos, ciudadano alemán. En gran medida indiferente a los debates teóricos que tanto obsesionaban a algunos de sus coetáneos, a Cohn-Bendit le interesaba, por encima de todo, la acción o, como mínimo, el movimiento. Tenía una energía frenética y, a pesar de su encanto, era un abusón capaz de hacer la vida imposible a sus víctimas. También era muy dado a los gestos teatrales, como cuando llevó a sus camaradas a Nanterre para alborotar las clases abriendo y cerrando paraguas repetidamente. Las asambleas, donde cualquiera con suficiente descaro para manifestar su opinión en voz alta podía sentirse importante, eran para él su medio natural. Estaba llamado a convertirse en una figura omnipresente en el movimiento de protesta.

En una ocasión, el sociólogo Michel Crozier se topó en Nanterre con una multitud de estudiantes congregada alrededor de Cohn-Bendit, quien acababa de volver del Barrio Latino. Por sus ademanes extravagantes y por las carcajadas que provocaba entre quienes le rodeaban, no cabía duda de que el alemán estaba imitando a alguien, y Crozier cayó en la cuenta de que Cohn-Bendit estaba parodiando a Cohn-Bendit. El propio Crozier explica que no pudo evitar soltar una carcajada ante aquella actuación.⁷ Un día de mayo de 1968, el ministro de Educación hablaba por teléfono con Daniel Roche, el rector de la Sorbona, quien estaba negociando con los estudiantes pero había jurado que no hablaría con Cohn-Bendit. El rector recalcó al ministro, aparentemente de buena fe, que Cohn-Bendit no estaba entre aquella delegación de estudiantes. «A ver —dijo el ministro algo cansado—, ¿el que está sentado frente a usted es pelirrojo y tiene la cara redonda?» Resultó ser que sí.⁸

La primera vez que Cohn-Bendit acaparó todas las miradas fue en enero de 1968, cuando François Missoffe, ministro de Juventud, acudió a Nanterre para inaugurar una piscina. Cohn-Bendit le preguntó acerca del fracaso de un reciente informe destinado a abordar las necesidades sexuales de los estudiantes y le comentó que sus políticas eran «hitlerianas». Como los estudiantes no franceses no podían desempeñar ninguna actividad política, el ministro de Educación se dispuso a utilizar este episodio como excusa para deportar a Cohn-Bendit, pero sus esfuerzos fueron frustrados por Missoffe, quien se tomó el incidente a broma; su buen talante fue recompensado con pasar a la historia como nota a pie de página en las biografías de Cohn-Bendit.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El 21 de marzo de 1968, unos estudiantes que protestaban contra la política estadounidense en Vietnam asaltaron las oficinas de American Express en París y algunos de ellos fueron arrestados. Al día siguiente, varios edificios universitarios de Nanterre fueron ocupados en protesta por las detenciones. Fue el germen del movimiento 22 de Marzo, creado velozmente como respuesta a los acontecimientos. No vino acompañado de ningún programa ideológico y atrajo a gente de distintos grupúsculos políticos, así como a personas sin afiliación política previa. Pierre Grappin, decano de Nanterre, trató de expedientar a los miembros del movimiento y el tono del conflicto adquirió tintes violentos. Grappin había pertenecido a la Resistencia durante la segunda guerra mundial y, después de ser arrestado, se había librado de una muerte segura saltando del tren en marcha que le conducía a Alemania. No es de sorprender que no se lo tomara muy bien cuando le llamaron «fascista».

Al principio, las cifras de participación en la agitación estudiantil fueron relativamente bajas. Cuando intentaba abrirse camino hacia una de las aulas de Nanterre, el historiador René Rémond se dio cuenta de que los doscientos estudiantes que le seguían (y querían asistir a su clase) eran más numerosos (aunque, como se comprobaría, menos decididos) que los rebeldes que habían ocupado la sala y querían impedirle que diera la clase.⁹ Ninguna organización controlaba las protestas. La Unión Nacional de Estudiantes de Francia (Union Nationale des Étudiants de France, UNEF) había desempeñado un papel importante durante la guerra de Argelia, pero desde entonces su número de miembros había disminuido y la retirada de ayudas estatales (al principio solo fue una sanción por sus actividades políticas durante el conflicto argelino, pero en 1965 adquirió un carácter definitivo) la había abocado a una crisis financiera. Otros grupos, menos formales y menos limitados por cuestiones procedimentales, trataron de evitar a la UNEF. El Movimiento de Acción Universitaria (Mouvement d'Action Universitaire) se había fundado a principios de 1968 y, al igual que el 22 de Marzo surgido en Nanterre, no se apoyaba en ningún programa o ideología.

El 2 de mayo, el decano de Nanterre clausuró su facultad al considerar imposible mantener el orden en ella. Esto hizo que el núcleo de la protesta se trasladara a la Sorbona, en el Barrio Latino, en pleno centro de París. El 3 de mayo, la Sorbona también fue clausurada. La policía desalojó por la fuerza a los manifestantes y se llevó a algunos de ellos para identificarlos. Los estudiantes, enrabiaados por creer que habían arrestado a sus camaradas, estuvieron atacando a la policía durante toda la tarde. A los pocos días, un agente dijo al tribunal:

Por primera vez en mi vida vi a la policía obligada a retirarse frente a unos manifestantes que bombardeaban con adoquines. Había algunos cabecillas, alrededor de unos cuarenta. Pero creo que, en conjunto, los manifestantes han actuado espontáneamente por el placer de destruir.¹⁰

Los estudiantes que habían desalojado de la Sorbona el 3 de mayo fueron liberados rápidamente, pero los que habían sido arrestados durante los disturbios posteriores fueron llevados ante el juez los días 4 y 5 de mayo. Además, Daniel Cohn-Bendit y algunos de sus camaradas de Nanterre fueron citados a comparecer ante el consejo disciplinario de la Universidad de París el 6 de mayo. Una gran multitud se congregó para apoyarles y los enfrentamientos entre manifestantes y policía —quizá los más violentos de todo el mes— se prolongaron hasta bien entrada la noche.

Tras estos episodios transcurrieron unos días de relativa calma. El 7 de mayo, para inquietud del gobierno, los manifestantes consiguieron cruzar el Puente de la Concordia y llegar a la orilla derecha del Sena, pero no atacaron la residencia presidencial del Palacio del Elíseo ni ningún otro centro de poder estatal. Se iniciaron discretas negociaciones entre los movimientos estudiantiles y las autoridades, pero estas se rompieron al tratar la posible liberación de algunos de los estudiantes arrestados. Entonces, el día 10, los manifestantes levantaron unas barricadas de unas dimensiones nunca antes vistas. Eran verdaderas intervenciones artísticas, muy poco inspiradas en la ingeniería militar. El yerno de De Gaulle, que era oficial del ejército, dijo con macabra satisfacción que ninguno de aquellos parapetos podría resistir el ataque de una apisonadora armada.¹¹ Las barricadas evocaban las revoluciones de 1830 y 1848 o, como mínimo, lo que los estudiantes habían leído sobre la revolución en las novelas. La muralla más impresionante se levantó (quizá deliberadamente) en una calle cuyo nombre está dedicado a Royer-Collard, filósofo y político monárquico del siglo XIX.¹²

El gobierno se tomó en serio el desafío público a la autoridad implícito en el levantamiento de barricadas y las dismanteló en la noche del 10 al 11 de mayo. La policía intervino después de que circulara el último metro con la esperanza de que todo el mundo, excepto los militantes más entregados, se hubiera ido a casa. En ese momento, las manifestaciones habían aumentado. Cuando Jacques Foccart, asistente personal de De Gaulle, pasaba información policial al General, siempre le entregaba las estimaciones más bajas de participación en las manifestaciones, pero, en realidad, no tenía una idea muy clara de las cifras reales y sospechaba que los cálculos al alza de la prensa podían ser más precisos.¹³ Era difícil diferenciar a los manifestantes de los

mirones y, en cualquier caso, la diferencia entre ambas categorías no siempre fue muy clara. Algunos parisinos acudían a las manifestaciones atraídos por la curiosidad o la nostalgia de su propia juventud radical. Robert-André Vivien, un diputado gaullista y veterano de la Resistencia, se unió a una manifestación el 21 de mayo, al parecer porque quería estar presente para socorrer a sus colegas parlamentarios de izquierdas en caso de necesidad.¹⁴

En el reducido ambiente de la alta burguesía parisina existían extraños vínculos entre los dos lados de las barricadas. André Malraux, ministro de Cultura, almorzó con el escritor José Bergamín, al que había conocido durante la guerra civil española. Después, Malraux se ofreció para llevar a su amigo en el coche ministerial y Bergamín le pidió que le llevara al edificio ocupado de la Sorbona. Malraux, que se dirigía a la Asamblea Nacional, le dijo: «Tú te vas a lo irracional y yo me voy a lo irreal».¹⁵

Incluso los habitantes del centro de París no siempre sabían qué estaba sucediendo realmente en las abarrotadas calles bajo los balcones de sus casas. Ello hizo que las emisoras de radio adquirieran una renovada importancia. A veces eran el único canal a través del cual la gente podía informarse de lo que pasaba a pocos centenares de metros. A mediados de la década de 1960, la Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa (ORTF) había sido un elemento de cohesión. Las familias se reunían alrededor de los televisores y todo el país miraba más o menos los mismos programas, particularmente cuando quien hablaba era De Gaulle. Todo cambió en 1968. Las pequeñas radios de transistores, fácilmente transportables, restaron protagonismo a los aparatos de televisión y las emisoras más importantes fueron a menudo estaciones privadas, radicadas fuera de Francia. Al final, las autoridades bloquearon los canales de onda corta utilizados por las unidades móviles de radio para evitar que se informara en directo sobre los disturbios; entonces, los periodistas simplemente pedían a algún vecino comprensivo que les dejase utilizar el teléfono para retransmitir su crónica.

LA POLICÍA

La policía no era buena a la hora de distinguir a manifestantes de la gente que pasaba casualmente en el momento equivocado. Sus ataques a ambos grupos pusieron a muchos parisinos del lado de los estudiantes. Cientos de manifestantes fueron arrestados. Normalmente, los tiempos de arresto eran breves, pero, debido a la confusión reinante, los camaradas que estaban en la calle a menudo no sabían que habían liberado a los detenidos y los rumores

empezaban a correr. El día 13 de mayo, a un periodista le dijeron — erróneamente— que doce manifestantes habían perdido la vida.¹⁶

Para alivio de las autoridades, ningún participante en las manifestaciones resultó muerto en mayo de 1968, aunque durante el verano de ese año mataron a dos militantes de izquierdas. Un agente murió en Lyon el 24 de mayo, cuando los manifestantes intentaron romper un cordón policial con un camión. La policía era más contenida de lo que a veces parecía. Las Compañías Republicanas de Seguridad (Compagnies Républicaines de Sécurité, CRS) — antidisturbios— asustaban con sus escudos y sus máscaras antigás, pero unos hombres entrenados y equipados para enfrentarse con el desorden civil no podían perder el control. Dirigentes del sindicato de las CRS contactaron con los manifestantes (les gustaba diferenciarse de las *gardes républicaines* no sindicalizadas) e insistieron en su deseo de evitar víctimas.¹⁷

El prefecto de la policía de París desde 1967, Maurice Grimaud, era un hombre de mentalidad liberal que quería eludir la violencia tanto como fuera posible. Pero ello, ni tampoco una cierta solidaridad melancólica hacia los estudiantes, significaba que quisiera ver socavada su autoridad. Se comparó a sí mismo con un pescador de caña que dejaba correr el sedal hasta el final del carrete para que el pez acabase exhausto.¹⁸ Dejaba que los oficiales negociaran con los líderes estudiantiles sobre los recorridos que debían trazar las manifestaciones. Alain Geismar, uno de los más destacados líderes de las protestas, recuerda que estaba en «permanente contacto» con Grimaud.¹⁹ Las instrucciones que el prefecto dio a sus hombres fueron explícitas y, en particular, les prohibió que golpearan a los manifestantes una vez arrestados. En este sentido, se distanció de las medidas de Maurice Papon, su predecesor, quien, en 1961, había incitado a sus agentes a «reaccionar con rapidez y firmeza»²⁰ mientras capitaneaba la sofocación de protestas en la ciudad durante la guerra de Argelia, cuando miles de manifestantes argelinos fueron asesinados bajo custodia policial. El ministro del Interior reconoció que había que tratar a los estudiantes con más cuidado que a los magrebíes, «hacia los cuales la población parisina no profesaba un afecto excesivo».²¹

DE GAULLE Y SU ENTORNO

Alto y físicamente desgarrado, Charles de Gaulle fue presa fácil de los caricaturistas. En mayo de 1968 aparecieron carteles con mordaces dibujos de su persona, como si el jefe del Estado se hubiera convertido en un personaje de dibujos animados —si bien los líderes estudiantiles más inteligentes

reconocerían que detrás de aquellas imágenes estereotipadas se escondía una personalidad compleja—. De Gaulle nació en 1890 en el seno de una familia católica y monárquica. Llegó a oficial del ejército, combatió en la primera guerra mundial (donde fue herido y hecho prisionero) y, rebelándose contra el gobierno de su propio país, huyó a Londres para llamar a los franceses a seguir luchando tras la derrota ante los alemanes en 1940. En 1946, tras dimitir como jefe del gobierno francés, De Gaulle sufrió unos años de exilio político antes de volver al poder en mayo de 1958, cuando parecía que la Cuarta República era incapaz de mantener la Argelia colonial. La nueva Constitución —la de la Quinta República— creó un ejecutivo más fuerte, reforzado por la introducción de la elección directa del presidente en 1962. Sin embargo, cuando ya se hizo evidente que propondría la retirada francesa de Argelia —cosa que hizo en 1962—, De Gaulle se convirtió en blanco de salvajes ataques políticos de la derecha, numerosos intentos de asesinato y, en 1961, un intento de golpe militar.

Los historiadores del 68 han hablado a menudo de hasta qué punto la izquierda estuvo influida por la guerra de Argelia, pero menos comentada ha sido la marca que el conflicto argelino dejó en los gaullistas. Christian Fouchet, ministro del Interior, había sido alto comisionado en Argelia durante los últimos seis meses de presencia francesa, cuando los desesperados colonizadores recurrieron al bombardeo y al asesinato desde una ira causada por lo que ellos consideraron un acto de traición de París. Jacques Foccart, el secretario del Elíseo, había organizado los «comandos antiterroristas» que atacaron al ejército secreto pro *Algérie française* a principios de la década de 1960 con unas técnicas no mucho más legales que las de sus adversarios.²² Nacido en 1913, Foccart encarnaba todo lo que los estudiantes radicales despreciaban. Su personalidad cuadraba a la perfección con el corsé de acero que llevaba desde que fue herido en un accidente de paracaidismo. No sorprende que a este tipo de hombres les resultara difícil creer que los estudiantes de Nanterre fueran más peligrosos que los legionarios y paracaidistas con los que debieron enfrentarse después de la guerra de Argelia: «Confiábamos plenamente en la solidez del Estado que el general había reconstruido. La idea de que unos cuantos estudiantes pudieran alterar algo que tres cuartas partes del ejército y la mayoría de la clase política no habían conseguido ... era completamente absurda».²³

Este mito alrededor de De Gaulle erigido por sus admiradores puede hacer que el hombre real sea más difícil de entender. Jean-Jacques Becker, un historiador que llegó a admirar a De Gaulle, comentó al recordar 1968 que el general «fue más grande muerto que vivo».²⁴ La decidida valentía del De Gaulle de épocas anteriores parecía haber desaparecido a finales de la década de 1960.

Su afición a las diatribas soeces sobre las limitaciones del mundo moderno lo presentaban como lo que era: un oficial del ejército anciano y retirado. Hasta sus insultos parecían trasnochados. En una ocasión, el embajador británico se refirió a la «añeja vulgaridad» de la expresión *le chienlit*²⁵ que empleó De Gaulle para despacharse con la protesta estudiantil. En marzo de 1968, el periodista Pierre Viansson-Ponté había escrito un artículo en el que aseguraba que Francia estaba «aburrida» y que este estado de ánimo afligía al general —condenado a pasarse la vida irradiando «afabilidad oficial» mientras inauguraba «exposiciones de crisantemos»— más que a la mayoría de sus compatriotas.

La actitud de De Gaulle fue incoherente porque tuvo algunas cosas en común con los manifestantes de 1968. Como ellos, despreciaba la sociedad de consumo. Además, se había opuesto a la política de Israel durante la guerra de 1967, había establecido relaciones diplomáticas con China en 1964, había retirado a Francia de las estructuras de mando conjunto de la OTAN en 1966 y, lo que es más importante, se había mostrado contrario a la intervención estadounidense en Vietnam.

Con el tiempo, algunos *soixante-huitards* pasarían a engrosar la lista de los divulgadores más entusiastas del mito de De Gaulle. El historiador Maurice Agulhon, quien en 1968 deseó derrocar el «régimen gaullista»,²⁶ escribiría después un compasivo libro sobre la mitología del general.²⁷ Otras figuras de 1968 aplaudieron el ascetismo y la negativa a transigir que demostró De Gaulle en 1940, y fueron especialmente propensas a comparar las virtudes del general con lo que describieron como vicios de François Mitterrand, presidente de la República de 1981 a 1995. Esta admiración retrospectiva por De Gaulle fue expresada por el otrora maoísta Serge July y, sobre todo, por el ex trotskista Régis Debray.²⁸

No obstante, en 1968, la izquierda no se dedicó tanto a atacar a De Gaulle como a ignorarlo. A veces era como si los estudiantes se mostraran simplemente indiferentes al general como individuo porque estaban absortos en asuntos más abstractos, como el imperialismo o el capitalismo. Algunos de ellos establecieron una diferencia entre el heroísmo de De Gaulle de 1940 y el anciano de 1968. Por ejemplo, Alain Geismar escribió: «Por paradójico que pueda parecer, siento una gran admiración por el general De Gaulle. Por encima de todo, él representó, en mi opinión, la Resistencia». Pero, en relación con el año 1968, Geismar recuerda que De Gaulle «despertó en nosotros más escarnio que hostilidad» y parecía estar «fuera de juego, sumido en una incomprensión absoluta».²⁹

Las paradojas del prestigio de De Gaulle quedaron plasmadas en dos

películas estrenadas tras los hechos de 1968. La primera fue *El ejército de las sombras*, de Jean-Pierre Melville, realizada a principios de 1969, tras el fin de las protestas estudiantiles pero antes de la dimisión de De Gaulle. El propio Melville había luchado en la Resistencia —su nombre de guerra con ecos estadounidenses le viene de esa época— y tenía cincuenta y dos años en 1969. Su film es melancólico y pesimista. Comienza con una cita reveladora —«Malos recuerdos, bienvenidos seáis ... sois mi lejana juventud»— y la resistencia retratada es, en gran parte, la de la gente de mediana edad y clase media. El personaje principal es un ingeniero cuarentón con gafas. Sobre todo, la película muestra una resistencia que fue leal a De Gaulle; de hecho, incluye una breve escena en la que el protagonista se encuentra con el general en un viaje a Londres. *El ejército de las sombras* tuvo una taquilla aceptable, pero fue ridiculizada por críticos que la vieron como una burda propaganda. *Cahiers du Cinéma* la describió, sarcásticamente, como «el primer y más grande ejemplo de cine gaullista».³⁰

Más éxito de crítica obtuvo el documental *La tristeza y la piedad*, de Max Ophüls, rodado en 1969 pero no estrenado en los cines hasta 1971. Concebida originalmente como una película para la televisión, no se emitió en Francia hasta 1981. Ophüls, a diferencia de Melville, era solidario con los *soixante-huitards*, y sus guionistas —André Harris y Alain de Sédouy— habían sido despedidos de la televisión nacional francesa en 1968 por sus ideas izquierdistas. *La tristeza y la piedad* habla de la Resistencia, el colaboracionismo y el petainismo, pero su mayor atractivo es, precisamente, una ausencia: apenas se menciona a Charles de Gaulle. Muchos de los entrevistados son notables antigaullistas. Algunos —como Pierre Mendès France o Emmanuel d'Astier de la Vigerie— provienen de la izquierda no comunista. Otros —como Georges Bidault, que defendió la Argelia colonial francesa, o Christian de la Mazière, que combatió para los alemanes en el frente ruso— vienen de la derecha. En ocasiones, parece que toda la fuerza de la película provenga del deseo de liberar a la historia francesa del aplastante peso de De Gaulle.

LA IZQUIERDA

El gaullismo no fue la única fuerza política que se aprovechó de su aparente función de guardián de la llama de la Resistencia. Cuando Alemania invadió la Unión Soviética en 1941, el Partido Comunista Francés (Parti Communiste Français, PCF) se unió a la Resistencia y, obedeciendo las órdenes de Moscú, aceptó el liderazgo de De Gaulle. Sin embargo, esto no propició que los

veteranos de la Resistencia dirigieran el partido después de la guerra. El legado de la Resistencia era propiedad del partido y no de ningún miembro en particular. El PCF era un partido obrero, más que sus homólogos en otros países occidentales. Su organización estaba interconectada con los sindicatos adscritos a la Confederación General del Trabajo (Confédération Générale du Travail, CGT). Los artistas e intelectuales eran importantes para el partido, pero como servían más para adornar que para liderar, muchos de ellos abandonaron la formación en la década de 1960. No les gustaba su autoritarismo ni su obediencia servil a la Unión Soviética.

El Partido Socialista Unificado (Parti Socialiste Unifié, PSU), fundado en 1960, estaba llamado a ser más democrático que el PCF, pero más radical que la venerable Sección Francesa de la Internacional Obrera (Section Française de l'Internationale Ouvrière, SFIO), que era un partido socialdemócrata tradicional. El PSU atrajo a ex comunistas y a algunos cristianos de izquierdas, pero, sobre todo, simbolizaba la oposición a la brutalidad que las fuerzas francesas habían desplegado durante la guerra de Argelia. El nuevo partido fue a menudo mucho más ágil que las formaciones más consolidadas. Entre 1968 y 1972 viró tanto a la izquierda que, durante un tiempo, pareció un movimiento revolucionario. Sin embargo, con 16.000 miembros y cuadro diputados en el Parlamento, el PSU fue el más grande de todos los grupúsculos de izquierdas que alcanzaron notoriedad en 1968.

Entre 1967 y 1974, el secretario general del PSU era Michel Rocard, nacido en 1930 en una familia protestante. Tras pasar por la Escuela Nacional de Administración (École Nationale d'Administration, ENA), trabajó en la función pública antes de dedicarse a la política. Rocard encabezaba manifestaciones, aunque siempre se enorgullecía de no utilizar la violencia y sus opiniones privadas eran más mesuradas de lo que sus declaraciones públicas sugerían. En mayo de 1968 se dio un descanso de tanta agitación y para hacer una visita a Jacques Chirac, ministro gaullista y viejo compañero de estudios en la ENA. Resulta revelador que, por lo visto, la persona con la que Rocard se encontraba más a gusto era otra joven promesa que combinaba una carrera sobresaliente con opiniones políticas poco convencionales: el diplomático inglés Crispin Tickell.^{[31](#)}

El PSU tuvo una importante cohorte de seguidores en las universidades y entre la juventud. Dos destacados *soixante-huitards* estuvieron vinculados al partido. Jacques Sauvageot, nacido en 1943, fue un eficaz dirigente de la Unión Nacional de Estudiantes de Francia y miembro del PSU. Alain Geismar, nacido en 1939, profesor universitario y jefe del Sindicato Nacional de Enseñanza Superior (Syndicat National de l'Enseignement Supérieur), había dejado el PSU en 1966, pero dice mucho del ambiente de 1968 el hecho de que durante ese año

mantuviera mejores relaciones con Rocard.

La Juventud Comunista Revolucionaria (Jeunesse Communiste Révolutionnaire), de orientación trotskista, fue fundada en 1966 por un grupo de estudiantes comunistas de la Sorbona que habían ignorado la orden del partido de apoyar a François Mitterrand en la campaña presidencial de 1965. Entre sus líderes estaban Alain Krivine (nacido en 1941) y Daniel Bensaïd (1946). Otros abandonaron el Partido Comunista para adherirse a la Unión de las Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas (Union des Jeunesses Communistes Marxistes-Léninistes, UJCML), de orientación maoísta. Como Mao había roto con la Unión Soviética debido a la desestalinización emprendida por Jrushchov, el maoísmo podía ser una manera indirecta de seguir fieles a Stalin, pero no todos los maoístas franceses suscribían esta opinión y, en cualquier caso, pocos ciudadanos franceses estaban dispuestos a seguir los vaivenes de la Revolución Cultural. La UJCML estaba separada del Partido Comunista Marxista-Leninista de Francia (Parti Communiste Marxiste-Léniniste de France), el cual era leal al gobierno chino. Debido al poder que tenía el Partido Comunista Francés, una parte de la izquierda se posicionó en su contra, algo que habría sido inconcebible en el Reino Unido o Estados Unidos. El adjetivo «gauchiste», empleado por el PCF para calificar a todas las organizaciones comunistas opuestas él, fue adoptado por algunos estudiantes radicales.

El entorno de De Gaulle también se halló en una posición incómoda. Desde él, el Partido Comunista se presentaba a menudo como la peor amenaza de 1968. Algunos, como Foccart, dieron por sentado que el comunismo era un peligro permanente y que cada maniobra del partido estaba pensada para acercarlo al poder. Otros detectaron que el partido estaba alarmado por los acontecimientos de 1968 y que, bajo tales circunstancias, podría incluso ser de utilidad para la defensa del orden. En una ocasión, el ministro del Interior observó con cierta tristeza que habría sido posible llegar a un acuerdo con el Partido Comunista, pero para entonces ya lo superaban por su izquierda «movimientos organizados y brutales, pero imposibles de comprender».³² Al parecer, el propio De Gaulle notó, sobre todo cuando huyó de París a finales de mayo (de lo cual se habla más adelante), que existía una amenaza real de toma del poder por parte de los comunistas, pero es posible que estuviera influido por algunos analistas más sutiles que opinaban que el vacío generado por el hecho de que ningún otro partido fuera capaz de llegar al poder podía animar o forzar a los comunistas a hacerse con él de una manera que no habían previsto. Los propios líderes del partido eran conscientes de que no tenían el control absoluto. Uno de ellos, en una conversación privada mantenida después de una reunión del Comité Central del partido, dijo:

Él simplemente no sabía lo que podía pasar. El Partido Comunista y la confederación de sindicatos comunistas eran rotundamente contrarios a cualquier forma de insurrección, pero no tenían el control total de sus propias bases. Podía haber, por ejemplo, una huelga general y, en ese caso, se enviaría al ejército para asegurar los servicios mínimos ... lo cual podía desembocar en un enfrentamiento peligroso. Asimismo, las futuras manifestaciones podían salirse de madre. Si se produjera violencia de verdad, él no sabría cómo dar continuidad al régimen. El gobierno a duras penas contaría con la lealtad de la policía y el ejército si nueve millones de huelguistas fueran contra ellos.³³

La hostilidad entre estudiantes *gauchistes* y el PCF fue obvia en Nanterre porque la universidad estaba en un municipio comunista, si bien el alcalde dijo al decano que él no tenía nada que ver con la agitación.³⁴ El diputado comunista Pierre Juquin era entonces relativamente joven —había nacido en 1930—, intelectualmente destacado y de pensamiento liberal. En la década de 1980 lo excluirían del Partido Comunista y haría finalmente causa común con ex trotskistas y simpatizantes del PSU. No obstante, fue objeto de burlas cuando intentó dirigirse a los estudiantes en Nanterre el 25 de abril de 1968. Georges Marchais, un miembro del PCF Central nacido en 1920, era la personificación de la ortodoxia comunista. El 3 de mayo escribió estas palabras en *L'Humanité*, el periódico del partido:

Estos pseudorrevolucionarios que dicen dar lecciones al movimiento obrero ... deben ser enérgicamente desenmascarados porque, objetivamente, sirven a los intereses del poder gaullista y a los grandes monopolios capitalistas. ... Las tesis y actividades de estos revolucionarios dan risa. Más aún cuando son, en general, hijos de la clase alta que no tardarán en sofocar su ardor revolucionario para ir a trabajar en los negocios de papá.

LA EDUCACIÓN SUPERIOR FRANCESA

La vida política de los estudiantes franceses estaba interconectada con sus preocupaciones acerca de las condiciones académicas, las perspectivas laborales y, también, la bizantina complejidad del sistema educativo francés. El rápido crecimiento de las universidades en la década de 1960 hizo que muchas de ellas estuvieran superpobladas, sobre todo debido a que los que pasaban el *baccalauréat* —es decir, el examen de Estado al finalizar la educación secundaria— tenían derecho a estudios superiores. Los efectos de este hacinamiento se hicieron sentir con especial intensidad en Nanterre, ya que era un campus nuevo, formado por feos edificios de hormigón —algunos de ellos todavía estaban por terminar— y alejado de las cafeterías, cines y librerías que daban un encanto especial a la vida estudiantil en el Barrio Latino. La rápida expansión de las universidades también hizo que algunos estudiantes tuvieran la

sensación de que sus títulos académicos eran menos valiosos (véase el capítulo 3).

Si los estudiantes recibieron mal el crecimiento, también se molestaron por las medidas tomadas para abordar el problema y, en particular, por los intentos de introducir la admisión selectiva en las universidades. Sin embargo, no toda la educación superior francesa se impartía en universidades. También existían las *grandes écoles*, donde se preparaba a alumnos en carreras determinadas. Entre estos centros destacaron, en particular, la Escuela Politécnica (*École Polytechnique*), que formaba a ingenieros y que todavía era —en teoría— una escuela militar; la Escuela Normal Superior (*École Normale Supérieure*, ENS), que educaba a alumnos para impartir clases en los *lycées*; y el Instituto de Estudios Políticos (*Institut d'Études Politiques*).

Para ingresar en una *grande école* era obligatorio pasar unas pruebas de acceso implacables. Los *lycées* más elitistas, sobre todo los parisinos, impartían cursos preparatorios de dos años después del *baccalauréat*. Los *khâgnes* —para los estudiantes de humanidades que entrarían en la ENS— y los *taupes* —para los de ciencias de la Politécnica— tenían un lenguaje y una mitología propios. Gran parte de su plan de estudios coincidía con el de las universidades, lo que explica, en parte, por qué los *lycéens* desempeñaron un papel activo en las protestas de 1968.

La admisión selectiva supuso que muchos de los problemas materiales que afectaban a los estudiantes universitarios fueran irrelevantes para los alumnos de las *grandes écoles*. Los graduados en ellas tenían muy pocas dificultades para acceder al mundo laboral. De hecho, en algunas de estas instituciones, los estudiantes pasaban a ser empleados del Estado en el momento de ingresar. Muchos estudiantes de las *grandes écoles* recuerdan el 68 como un amable pasatiempo. En la Escuela Politécnica, los alumnos asistían a clase incluso después de haber pasado la noche anterior en las barricadas y con la ropa oliendo a gas lacrimógeno.³⁵

La Escuela Normal Superior, y sobre todo su más respetada y elitista sucursal de la rue d'Ulm, fue especialmente importante en 1968. Por un lado, sus alumnos eran sumamente privilegiados. Incluso los que estudiaban filosofía o literatura podían acceder, por regla general, a lucrativos cargos en la administración pública, los negocios o la política, si lo deseaban. Por otro lado, la ENS fue un centro tradicional de la izquierda política, lo que, a finales de la década de 1960, a menudo equivalía a decir maoísmo o trotskismo.

Todo lo que se diga sobre la Escuela Normal Superior es poco a ojos de quienes vivieron el 68 y escribieron sobre él. Las novelas autobiográficas del ex maoísta Olivier Rolin están atiborradas de referencias a la ENS. Un simple

incidente en 1960, cuando De Gaulle visitó la institución y un estudiante estrella se negó a darle la mano, despertó un particular interés. Régis Debray, el *normalien* condenado a muerte en una prisión boliviana en 1968, escribió que el citado episodio fue «tan sublime como una barricada del 2 de diciembre [es decir, durante el golpe de estado de 1851]». ³⁶ Alain Peyrefitte, ministro de Educación en 1968 —y, por supuesto, otro *normalien*—, hizo todo lo que estuvo en su mano para localizar a la persona que había negado el saludo a De Gaulle. Creía que aquel encuentro ilustraba cómo un pequeño y determinado grupo de agitadores podía cambiar la historia y, por consiguiente, decía mucho sobre 1968. ³⁷

Los maoístas y trotskistas de la ENS, de hecho, no participaron muy activamente en los acontecimientos del año 1968 —a diferencia de lo que ocurrió posteriormente—. Muchos de ellos despreciaban la política estudiantil tachándola de «burguesa». Algunos ya habían pasado a ser *établis*, es decir, habían accedido a un puesto de trabajo en alguna fábrica para ejercer de misioneros políticos (véase el capítulo 9). Nicole Linhart, que estaba casada con Robert Linhart —uno de los maoístas más importantes salidos de la ENS—, había empezado a trabajar en una fábrica. A principios de mayo, sus camaradas maoístas se negaron a creerla cuando dijo que sus compañeros estaban acudiendo al trabajo con las cabezas vendadas porque habían pasado la noche luchando junto con los estudiantes. ³⁸ Los *établis* solamente pudieron unirse a los obreros en las barricadas después de que estos convocaran una huelga general el 13 de mayo.

POMPIDOU

Sin embargo, el *normalien* más importante de Francia no fue un maoísta ni un trotskista, sino el primer ministro gaullista Georges Pompidou. Su nombramiento en 1962 había sido toda una sorpresa; por lo visto, el propio De Gaulle tenía originalmente la intención de nombrarlo ministro de Educación. Pompidou admiraba a De Gaulle. Le había servido lealmente desde la liberación de París y debía su posición a la protección del general, aunque ambos personajes eran muy distintos. Sus respectivas personalidades se pusieron de manifiesto en un encuentro sucedido en la década de 1950, cuando De Gaulle enseñó a Pompidou un primer borrador de sus memorias. Pompidou comentó que el general no había explicado con suficiente detalle cómo, en 1940, se había transformado de soldado en salvador de la patria. ¿En qué momento —preguntó Pompidou— se sintió De Gaulle «tocado por la gracia»? El general respondió que siempre se

había sentido así. En otra ocasión, Pompidou observó que la relajada intimidad expresada por aquellos que habían estado con De Gaulle desde 1940 le recordaba la manera como las monjas ancianas evocaban la figura de Jesucristo. Pompidou, que había crecido en un ambiente de izquierdas anticlerical, admiraba aquella fe, pero no la compartía.

Así como De Gaulle era un aristócrata oficial del ejército del norte de Francia, Pompidou descendía de una familia de campesinos auvernos y había crecido en el sur. Los padres de ambos eran maestros, pero el progenitor de Pompidou era de origen humilde y pertenecía a ese gran grupo de maestros franceses que se veían a sí mismos como misioneros de la República. El padre de De Gaulle, en cambio, era un monárquico que enseñaba en una escuela monárquica y su visión era prácticamente la opuesta. Pompidou fue profesor de *lycée* y un destacado investigador de literatura clásica. Después pasó quince lucrativos años trabajando para el banco Rothschild. Si la característica más notable de De Gaulle fue la rigidez, la de Pompidou fue su sinuosa sutileza.

De joven, Pompidou fue socialista, como su padre. Participó en manifestaciones antifascistas durante la década de 1930 y, tal como le gustaba recordar en 1968, en ocasiones practicó el saludo del puño en alto. Aunque sus ideas económicas pasaron a la derecha después de 1945, Pompidou era liberal en cuestiones culturales y se sentía más a gusto en la década de 1960 que De Gaulle o, en algunos aspectos, que los manifestantes estudiantiles. Era un sibarita que disfrutaba con la buena comida y un fumador empedernido (De Gaulle, en una de sus características muestras de fuerza de voluntad, había dejado el hábito cuando tenía poco más de cincuenta años). Pompidou admiraba las películas de Jean-Luc Godard, una admiración no correspondida por el director de cine maoísta.³⁹

Pompidou había salido relativamente indemne de las salvajes divisiones ideológicas de la Francia del siglo xx. No había aceptado ningún cargo público desde el final de la guerra de Argelia. Su comportamiento durante la ocupación había sido honorable, pero tampoco se había destacado como miembro activo de la Resistencia. Comentó, con el característico menosprecio que sentía hacia su propia figura, que «no tenía madera de héroe». Curiosamente, esto fue una ventaja para él en 1968. A diferencia de aquellos de sus contemporáneos cuyas carreras durante la Resistencia habían sido más espectaculares, él nunca tuvo la amarga sensación de perder o traicionar el idealismo de su juventud.

Pompidou disfrutó de otra ventaja en mayo de 1968: entre los días 2 y 11 se encontraba de visita oficial en Irán y Afganistán. Al partir, recomendó a sus colegas que se mantuvieran «firmes». Sin embargo, nunca participó en ninguna de las discusiones posteriores con ellos. Mientras estos se desesperaban con la

posibilidad de una revolución inminente, Pompidou se paseaba entre ruinas antiguas y disfrutaba de la compleja cortesía de las negociaciones orientales. El 10 de mayo, una de las jornadas más dramáticas de los hechos de París, el primer ministro se hallaba en el norte de Afganistán, concretamente en uno de los pocos lugares del mundo donde no había ningún televisor que informara de lo que estaba sucediendo en Francia ni periodistas que plantearan preguntas comprometidas. De hecho, no supo lo que había ocurrido en su país hasta que volvió a Kabul. Al día siguiente, su *chef de cabinet* le avisó de que «lo peor era posible e, incluso, probable». En el largo vuelo de vuelta desde Afganistán, Pompidou decidió adoptar una estrategia. En París, convocó a sus asistentes — posteriormente uno de ellos lo describió como «provocadoramente tranquilo»⁴⁰ — y les dijo: «No estoy implicado en lo que acaba de suceder ... Soy libre. Al fin y al cabo, el único libre soy yo, y puedo, sin que por ello parezca que el gobierno se aparte de su política, adoptar una actitud distinta de la vuestra».⁴¹

La decisión más importante que tomó Pompidou fue la de reabrir la Sorbona. Sabía que con ello provocaría la ocupación inmediata de la misma por parte de los estudiantes radicales, pero su postura contenida tenía un método. Pensaba que solamente había «una posibilidad entre cien» de que sus acciones pudieran apaciguar a los estudiantes. Deseaba, «como un general», retroceder a una posición más defendible. Creía que no era ni posible ni deseable reprimir a los estudiantes con violencia, especialmente cuando la opinión pública estaba del lado de aquellos. En cambio, con la entrega de la Sorbona se evitaba que una manifestación se convirtiera en una revuelta y se daba a los estudiantes permiso para actuar de una manera que pondría a la opinión pública en su contra. En cualquier caso, a Pompidou le preocupaba más la posibilidad de que los comunistas aprovecharan la agitación para provocar una revolución que los problemas de los propios estudiantes.⁴²

El comportamiento de Pompidou en 1968 marcó un giro en las relaciones con De Gaulle. Cuando propuso la reapertura de la Sorbona, uno de sus colegas preguntó al primer ministro si no le asustaba la reacción de De Gaulle. Pompidou respondió: «El general ya no existe ... ya no es nada».⁴³ Cuando los planes de Pompidou llegaron a oídos de De Gaulle, el general simplemente dijo: «Si ganas ... Francia ganará contigo. Si pierdes, peor para ti».

A corto plazo, parecía que Pompidou había perdido. El lunes 13 de mayo se cumplía el décimo aniversario del retorno de De Gaulle al poder. Los políticos de izquierdas se unieron a manifestaciones organizadas bajo el lema «Diez años bastan» y los sindicatos convocaron una huelga para demostrar su afinidad con los estudiantes o, como mínimo, su oposición a la represión ejercida contra

estos. Finalmente, la manifestación del 13 de mayo transcurrió sin muchos problemas. De hecho, por un momento pareció que se había restablecido el debate político convencional. Sin embargo, los manifestantes tomaron gran parte del Barrio Latino y, el 15 de mayo, ocuparon el Teatro del Odéon. Los gaullistas de izquierdas —algunos de los cuales habían estado con De Gaulle durante más tiempo que con Pompidou— se ensañaron con el gobierno en el Parlamento.

HUELGAS

Las huelgas a gran escala estallaron, sobre todo, entre los obreros. Comenzaron con la de Sud Aviation, cerca de Nantes, el 14 de mayo. Fueron unas huelgas distintas de la de 24 horas del 13 de mayo, convocada por los sindicatos y desarrollada, más o menos, bajo su control. Sin embargo, los paros sucedidos en la segunda mitad del mes no parecían estar bajo el control de nadie. El simple hecho de saber cuánta gente estaba en huelga ya era difícil, ya que los servicios estadísticos del Ministerio de Asuntos Sociales dejaron de funcionar.⁴⁴ Los cálculos más precisos indican que entre cinco y diez millones de personas no fueron a trabajar. No obstante, el debate sobre las huelgas no se centró simplemente en su magnitud, sino también en su naturaleza, y esto fue importante porque algunos en 1968 esperaban que hubiera un nuevo tipo de clase obrera, una que pudiera aliarse más fácilmente con los manifestantes de clase media y romper con la disciplina de corte comunista de la CGT. Algunos apuntaron a un cambio en las relaciones laborales iniciado antes de 1968. Ahora había más trabajadores de oficina y/o técnicos altamente cualificados. Se trataba de un colectivo menos propenso a unirse a la CGT y a aceptar cualquier tipo de liderazgo sindical en las negociaciones laborales. La «nueva clase obrera» también era distinta. Estaba formada por los trabajadores menos privilegiados, normalmente jóvenes, inmigrantes y mujeres, que no habían encajado claramente en las estructuras de los sindicatos tradicionales. Sin embargo, el rechazo a aceptar un liderazgo podía radicalizar a los trabajadores antes que apaciguarlos y, desconfiados de una organización disciplinada, podrían actuar directamente, por ejemplo, apoderándose de sus lugares de trabajo o impidiendo a los patrones salir de sus oficinas.

La idea de obreros organizándose entre ellos desconcertaba a los partidos políticos establecidos. A los comunistas les incomodaba que se desafiara a la CGT. Incluso los líderes del PSU, el más radical de los partidos con representación parlamentaria, tenían sentimientos encontrados. Michel Rocard, por ejemplo, había seguido con interés el nuevo estilo de protesta; su amante, la

socióloga Michèle Legendre, había investigado el conflicto laboral en la empresa Berliet. Sin embargo, en conversaciones privadas, Rocard expresó sus dudas acerca de la idea de que los obreros dirigieran las fábricas donde trabajaban (véase el capítulo 9) y admitió que «hasta su organización estaba siendo impulsada desde abajo, principalmente en aquellas fábricas donde los trabajadores parecía que asumían el control permanente».⁴⁵

Algunos obreros hicieron huelga sin reivindicar nada, lo cual sugería una protesta contra el sistema fabril en general y no solamente una cuestión salarial. La ocupación de lugares de trabajo por parte de los trabajadores se hizo habitual. Según informes policiales, el 17 de mayo se habían ocupado al menos 23 fábricas con 80.000 empleados.⁴⁶ En ocasiones, la mayor amenaza para el orden establecido no fue la violencia de los huelguistas, sino su acomplejada moderación. En Lyon, a los empleados de correos que ocuparon sus terminales se les recordó que debían firmar un registro. Cuando finalmente abandonaron el edificio, se preocuparon por dejarlo todo ordenado y devolvieron las llaves a la dirección en una ceremonia cuidadosamente organizada.⁴⁷ Si los trabajadores controlaban sus huelgas, también podían controlar su trabajo. Un sindicalista de los Bajos Alpes escribió que los obreros habían ocupado su fábrica y que lo habían hecho de una manera tan pacífica y considerada que se dieron cuenta de que podían dirigirla sin la gerencia.⁴⁸

Los empleados de la fábrica de aluminio de Saint-Jean-de-Maurienne no dejaron de trabajar, pero, para enfado de la CGT, dirigieron su propia empresa durante varias semanas. Algunos hablaron de «huelgas» en las que los trabajadores ofrecían servicios gratuitamente en vez de negarse a prestarlos. 1968 significó un giro en el equilibrio sindical. La CGT, bajo control comunista, perdió parte de su poder, pero siguió siendo, de largo, la confederación sindical más grande. Fuerza Obrera (Force Ouvrière, FO) —vinculada a la socialdemocracia y, en sus inicios, subvencionada por los estadounidenses para debilitar el comunismo— ganó importancia, principalmente, en los astilleros de Nantes, donde la formación se había convertido en un refugio para trotskistas o anarquistas excluidos de la CGT. La Confederación General de Directivos (Confédération Générale des Cadres), que representaba a algunos ejecutivos, fue un sindicato sorprendentemente radical. Pero, sobre todo, la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (Confédération Française Démocratique du Travail, CFDT) desempeñó un papel relevante. Provenía de los sindicatos cristianos y, a pesar de que dejó de ser explícitamente religiosa, preservó el sentir de que los trabajadores también podían tener intereses no exclusivamente materiales. La CFDT lo expresó así: «Tenemos que sustituir las estructuras

democráticas basándonos en la autogestión para la monarquía industrial y administrativa».⁴⁹

Probablemente, los observadores más entusiastas exageraron la novedad de las huelgas en mayo de 1968 y cabría señalar que algunos maltrechos militantes sindicalistas fueron solidarios con la causa de 1968 precisamente porque les recordaba a huelgas anteriores, particularmente las de finales de la década de 1940.⁵⁰ Los experimentos de autogestión no fueron muy frecuentes y en ningún caso se intentaron en las fábricas más grandes. La mayoría de huelguistas eran varones⁵¹ y solamente una pequeña parte de sus líderes eran jóvenes⁵² (aunque es posible que el porcentaje total de mujeres y jóvenes juntos fuera superior que en huelgas anteriores). Los obreros inmigrantes eran una parte importante de las plantillas y, en general, tenían menos privilegios que sus compañeros nacidos en Francia. En las huelgas participaron algunos trabajadores expatriados, pero eran vulnerables: la CFDT informó de que 183 trabajadores inmigrantes de 37 nacionalidades fueron deportados entre el 24 de mayo y el 30 de junio de 1968. Los españoles y portugueses, que desempeñarían un papel bastante activo en los movimientos obreros de la década de 1970, se mantuvieron a menudo lejos de los conflictos porque corrían el riesgo de ser expulsados a su país;⁵³ durante las huelgas de 1968, al menos un tren especial se habilitó a este efecto.⁵⁴

Algunos pensaron que las huelgas eran oportunistas, que los trabajadores habían aprovechado las revueltas para asegurarse simples beneficios materiales. El embajador británico escribió: «Los objetivos de los trabajadores son de menor calado que los de los estudiantes; un comentarista ha dicho: mientras los estudiantes intentan talar el árbol de la sociedad, los trabajadores simplemente quieren gozar más de sus frutos».⁵⁵ Lo cierto es que es probable que nadie, incluidos los propios huelguistas, supiese exactamente qué estaba pasando en el caos de 1968. Las huelgas eran de tal calibre que desarrollaron una dinámica propia. En el ayuntamiento de Nantes se formó un comité central de huelga que se hizo cargo de la ciudad durante unos días a finales de mayo. Por lo visto, se hizo así más por la necesidad de mantener las cosas en funcionamiento que por tomar el control por motivos revolucionarios. Mucha gente no pudo ir a trabajar porque no había medios de transporte ni suministro eléctrico en sus fábricas. Los profesores habían hecho a menudo huelgas simbólicas de una hora o un día, pero, en mayo de 1968, todo el sistema educativo dejó de funcionar y los docentes siguieron cobrando su salario sin importar si se habían declarado en huelga o no.⁵⁶ Es más, muchas veces, el tono de la disputa obrera en 1968 no estuvo marcado por el gran número de gente que dejó de trabajar, sino por los relativamente pocos que estuvieron más activos en sus lugares de trabajo.

En algunos aspectos, mayo de 1968 separó más que unió a trabajadores y estudiantes. Antes y después del mes en cuestión, los estudiantes solían participar en las protestas obreras. En mayo, sin embargo la focalización de la protesta en el centro de París los alejó de las fábricas. El día 15, un director de Renault describió la ocupación de la fábrica de Cléon por parte de los trabajadores como el «Nanterre de los obreros»,⁵⁷ pero el campus de Nanterre estaba cerrado para entonces y, en el suburbio industrial que lindaba con el municipio, se dijo que los estudiantes estuvieron en contacto con los obreros solamente en 9 de 88 huelgas.⁵⁸ El lugar de trabajo más importante ocupado en el centro de París fue el Teatro del Odéon y fue una ocupación exclusivamente de trabajadores, ya que el personal técnico del teatro se sintió molesto por la presencia de estudiantes; de hecho, llegaron a las manos con ellos.⁵⁹

A los sindicatos, especialmente a la CGT, les interesaba que no hubiera mucha interacción entre estudiantes y trabajadores, aunque los segundos, sobre todo los más jóvenes, a veces salían también a la búsqueda de protestas estudiantiles. Fuera de París, obreros y estudiantes confraternizaron con más facilidad, en parte porque los líderes nacionales de la CGT tenían allí menos poder y, también, porque el radicalismo estudiantil en provincias era menos ostentoso. En Brest, un líder de los estudiantes comentó que, allí, el movimiento fue «más concreto y realista» que en París y que ni siquiera se pintaron grafitos en las paredes.⁶⁰ En Lyon, trabajadores y estudiantes a partes iguales ocuparon el Théâtre de la Cité de Villeurbanne.

Algunos obreros aprovecharon las huelgas en sus fábricas para ir a hacer turismo político y visitar los centros de la protesta estudiantil en París. En ocasiones, estas visitas les reafirmaron en su percepción de que los estudiantes eran seres de otro planeta, aunque ello no quería decir que los observaran con hostilidad. Georges Valero, un cartero autodidacta casado con una profesora, era un comunista que, con el tiempo, pasó por distintos partidos *gauchistes*. No obstante, los estudiantes que conoció en el Odéon le parecieron «delirantes». Uno de ellos le habló de «drenar los canales de Venecia para encontrar un tesoro».⁶¹ Jean Caliot, un delegado de la CFDT de treinta y siete años de la fábrica Dassault en el País Vasco francés, fue a visitar a los estudiantes de la Sorbona, pero, según él, «no teníamos la sensación de vivir en el mismo mundo».⁶² A veces, sin embargo, la propia incongruencia de la cultura estudiantil influyó en los obreros de una manera que tardó bastante tiempo en hacerse notar. Bernard Rauch era un obrero semicualificado de Troyes que fue a París en una visita organizada por el *comité d'entreprise* en 1968. A pesar de que no guardó «recuerdos heroicos» de aquel momento, al cabo de los años se

acordó de una sencilla frase que había visto escrita en una pared: «Mirándola a los ojos, él le hizo un niño en su alma».⁶³

LA GEOGRAFÍA DE 1968 EN FRANCIA

La protesta se extendió a los rincones más insospechados de la Francia de provincias, en parte porque, al cerrar las fábricas y universidades, los trabajadores y estudiantes volvieron a sus pueblos natales llevando consigo el lenguaje radical.⁶⁴ Algunas empresas habían trasladado parte de su producción a fábricas de Bretaña y el oeste, ya que las huelgas no eran frecuentes en esas zonas de influencia católica y conservadora. Sin embargo —tal como acabó ocurriendo—, la implantación de grandes factorías podía acelerar un cambio de ideas políticas que ya se estaba dando en el oeste. El catolicismo seguía siendo importante. Muchos de los que eran activos en la política o los sindicatos habían sido educados en organizaciones juveniles católicas. Sin embargo, en la década de 1960, la influencia de la iglesia francesa se hizo más difusa, menos identificada con la imposición de una autoridad clerical o con la derecha política.⁶⁵ La Bretaña era la única región donde la CFDT, una confederación sindical explícitamente cristiana hasta su secularización en 1964, tenía más miembros que la comunista CGT. EL PSU, que había atraído a un importante grupo de cristianos de izquierdas, también tenía mucho peso en la región. De hecho, los movimientos de protesta en el oeste habían empezado antes de mayo de 1968. En particular, una gran manifestación —«L'ouest veut vivre» («El oeste quiere vivir») — estaba prevista para el 8 de mayo de 1968 y, alentada por los acontecimientos de París, atrajo a miles de personas. El ministro del Interior se quejó de que había tenido que enviar a demasiados antidisturbios al oeste de Francia: «No se puede controlar a la vez las calles de París y las alcachofas de la Bretaña».⁶⁶ No obstante, prefectos de policía del sur también comentaron que los antidisturbios de su territorio (relativamente tranquilo) fueron enviados tanto a París como a la Bretaña.⁶⁷

Incluso en el oeste, la protesta fue desigual. Hubo huelgas en Nantes, pero no en la cercana Deux-Sèvres. En otras partes, las diferencias fueron todavía más marcadas. Las huelgas fueron más comunes en el norte que en el este, donde, a diferencia de la Bretaña, pesaban las tradiciones socialmente conservadoras. En Dijon, unas elecciones extraordinarias municipales celebradas en mayo de 1968 transcurrieron prácticamente tal y como lo habrían hecho en cualquier otro momento.⁶⁸ En el País Vasco francés habían diferencias entre el interior, más rural y menos afectado por la industria, y el litoral, más desarrollado. En la zona

costera hubo huelgas, pero la relación que se produjo entre empresarios y trabajadores fue distinta que en París. Así, por ejemplo, un industrial emplazó a los líderes sindicales de su fábrica, declarada en huelga, a entablar negociaciones en Vichy, donde estaba tomando las aguas.⁶⁹ En Provenza, el municipio de Cadenet quedó menos afectado por el 1968 que el vecino pueblo de Lourmarin, donde tenían casa algunos intelectuales de Marsella y París. Casi todos los policías de Cadenet y sus alrededores fueron enviados a Gardanne, donde los mineros se habían declarado en huelga. El efecto principal de 1968 en Cadenet fue que una tienda de ropa llamada Les Sans-culottes, situada en la rue Danton, hizo su agosto gracias la recién implantada moda de las camisas rojas.⁷⁰

En términos generales, mayo de 1968 tuvo un efecto paradójico en las relaciones entre París y las provincias. Hubo protestas fuera de la capital y, de hecho, en cierto sentido, 1968 supuso el nacimiento de nuevos estilos de protesta regional que hoy se identifican con la izquierda, cuando, tradicionalmente, tales movimientos «antijacobinos» siempre se habían visto en la derecha. Sin embargo, a corto plazo, mayo de 1968 aumentó la atención en París, cuya región albergaba la más importante concentración de grandes fábricas de Francia. La cifra de estudiantes en la capital superaba la de cualquier otra parte del país y los episodios más impactantes de mayo de 1968 no se concentraron simplemente en París, sino en la pequeña zona de los alrededores de la Sorbona. Durante los días álgidos de las protestas hubo 3.000 personas apiñadas en el Théâtre de la France.⁷¹ Fue una cifra tres veces superior al número de participantes en una manifestación convocada por *lycéens* en Pau y, de hecho, mayor que la cantidad total de alumnos que hicieron el examen de *baccalauréat* en el País Vasco ese año.⁷²

GRENELLE

Las relaciones entre gobierno, empresarios y sindicatos nunca se rompieron completamente. Jacques Chirac, entonces joven secretario de Estado de Empleo, mantuvo discretos contactos con la CGT, preocupada a su vez por el incontrolado cariz que habían tomado las huelgas. Chirac, utilizando el pseudónimo de «Walter», telefoneó casi cada día a Henri Krasucki, representante sindical de la CGT. Krasucki luchaba entonces en todos los frentes: trabajando para asegurar la publicación de periódicos comunistas y preocupándose por sus hijos, que estaban en las barricadas.

Del 25 al 27 de mayo, los líderes de los sindicatos y la principal asociación de empresarios se reunieron bajo los auspicios del Ministerio de Asuntos

Sociales en el bulevar Grenelle. Con una facilidad inesperada, los empresarios aceptaron, entre otras cosas, un aumento del 35 % en el salario mínimo interprofesional y un mayor reconocimiento de los representantes sindicales en los centros de trabajo. La CGT deseaba llegar a un acuerdo rápido porque temía que la CFDT prolongara deliberadamente las negociaciones con la intención de que los trabajadores se radicalizaran todavía más. Los acuerdos de Grenelle nunca se firmarían. Los líderes de la CGT los presentaron a los trabajadores en la gran planta de Renault en Boulogne-Bilancourt y fueron abucheados. Rápidamente, puntualizaron que ellos no habían iniciado las huelgas y que tampoco tenían ninguna autoridad para desconvocarlas. El jefe de la patronal francesa (el Conseil National du Patronat Français) confió en que los acuerdos se aplicarían a pesar de la oposición de «algunas fábricas grandes e importantes». Su propósito era el de «mantener separados los problemas económicos, sociales y políticos» y pensaba que los empresarios no podían contar con el apoyo de «líderes sindicales afectados por haber perdido el control sobre sus propias bases y ansiosos por restablecerlo». Anticipó que las cosas serían más fáciles si la CGT fuera más fuerte y que «la CFDT era el único grupo sindical que parecía coquetear con la idea de vincular demandas sociales, como la reforma universitaria, con temas salariales y condiciones laborales, las cuales eran su preocupación directa».⁷³

«FIN DEL RÉGIME?»

De Gaulle se ausentó de París del 14 al 18 de mayo por una visita oficial a Rumanía. A su vuelta, la situación no había mejorado. En un discurso televisado el 24 de mayo insistió vagamente en la necesidad de reformas, aunque también insinuó la amenaza de guerra civil, y anunció la celebración de un referéndum para que el pueblo francés otorgara al estado —«y especialmente a su cabeza»— el mandato de acometer dichas reformas. El discurso no fue bien. De Gaulle parecía autocomplaciente y alejado de la realidad. Centró su interés en las universidades en un momento en el que millones de trabajadores habían ido a la huelga y, dadas las circunstancias, nada mejor que referirse a la modernización para sonar arcaico. Un influyente funcionario británico que había visto el discurso realizó las siguientes anotaciones: «Aparentaba su edad y tenía un aspecto cansado. En un momento dado ha estado a punto de perderse. Al final, ha vuelto a algo más parecido a las viejas formas. Pero le ha faltado una buena dosis de ardor».⁷⁴

Durante algunos días de finales de mayo pareció posible que De Gaulle

fuera derrocado. Algunos gaullistas, incluido el *chef de cabinet* de Jacques Chirac, intentaron entablar negociaciones discretas con la izquierda porque daban por sentado que el gobierno no podía durar mucho.⁷⁵ Los periodistas de la ORTF, la radiotelevisión estatal, se declararon en huelga. Algunos lo hicieron en solidaridad con los estudiantes; otros, porque, siendo gaullistas, evitarían tener que decir nada que pudiera relacionarlos con un régimen moribundo.⁷⁶

MENDÈS FRANCE

Si De Gaulle se iba, ¿quién lo sustituiría? Una posibilidad era Pierre Mendès France. Tenía sesenta y un años, había sido miembro del Parlamento antes de la segunda guerra mundial y se había enrolado en las fuerzas aéreas de la Francia Libre tras escapar de una cárcel de Vichy. Disfrutaba de un curioso estatus de culto entre la población francesa de una cierta edad: los que habían nacido a principios de la década de 1930 y habían crecido durante la ocupación pero, por su juventud, no se habían unido a la Resistencia.⁷⁷ Es decir, Mendès France era un hombre de mediana edad admirado por unos compatriotas de temprana mediana edad que se mostraban solidarios con las manifestaciones estudiantiles, pero que no participaban en ellas. Estos admiradores se acordaban del anticolonialismo de Mendès y, especialmente, de su decisión, durante su breve período como primer ministro, de retirar a Francia de Indochina en 1954.

Mendès se había opuesto al retorno de De Gaulle al poder en 1958. En aquel entonces había señalado, en unos términos que se volverían contra él en 1968, que el poder tomado en la calle sería derrocado algún día en la calle, pero su relación personal con el general fue buena. François Mauriac, que admiraba a ambos, escribió que tenían mucho en común:

Lo mejor para Francia sería una mezcla de PMF y De Gaulle, pero es imposible debido al carácter de PMF, a esa inflexibilidad que lo hace tan grande ... aun así ... De Gaulle y Mendès ... tienen una idea de Francia que es, en el fondo, la misma.⁷⁸

Ambos habían rechazado muchas veces tomar la vía fácil y ambos contaban con un elevado nivel de lealtad y admiración entre sus fieles. El 29 de mayo de 1968, cuando todo parecía perdido para De Gaulle, su esposa comentó con amargura que Mendès se había convertido en «leur grand homme», la gran figura para los gaullistas.⁷⁹

Mendès France se había unido al PSU y, en 1967, fue elegido uno de los cuatro diputados del partido en la Asamblea Nacional después de haber pasado

diez años sin ocupar ningún cargo electo. Se había presentado por la circunscripción de Grenoble, ciudad que resumía el atractivo personal de Mendès. La capital de los Alpes franceses era un centro industrial de nuevas tecnologías que parecía augurar el final de la clase obrera sobre el cual se habían fundado los partidos de izquierdas más establecidos. La zona era predominantemente católica y, aunque Mendès era un judío secularizado con antecedentes masones, su elevado tono moral atrajo a un determinado tipo de catolicismo de izquierdas. Hasta la pureza del aire alpino parecía transmitir la integridad política que muchos asociaban con Mendès France.

A Mendès le gustaba la juventud (o, al menos, la idea de juventud), y más le atraía esta cuanto más lejos veía la suya, tal como observó uno de sus compañeros. No obstante, su noción de juventud era muy particular. Para él, la «gente joven» era, en parte, los fieles seguidores políticos que le habían apoyado desde la década de 1950. También lo era los jóvenes trabajadores que, según suponía él, estaban interesados en los grandes problemas económicos, particularmente el pleno empleo. Se dirigía a sus subordinados de menor antigüedad con cortesía —cualidad que estos no siempre mostraron hacia él en 1968—, pero era visiblemente de otro mundo.

¿Entendía Mendès lo que pasaba en 1968? Quería sacar a De Gaulle del Palacio del Elíseo y una Constitución que diera menos poder al ejecutivo. Sin embargo, no era marxista y el radicalismo más teatral de 1968 le era ajeno. Michel Rocard, el líder del PSU, lo veía «exageradamente parlamentario».⁸⁰ En tales circunstancias, no estaba claro cómo adelantaría Mendès la salida de De Gaulle y se convirtió, tal como dijo uno de sus irritados admiradores, en un «orador mudo». A pesar de que en 1968 se habló de Mendès más que en cualquier otro momento desde que fuera primer ministro en 1954, sus declaraciones públicas fueron cada vez más escasas con respecto a 1967⁸¹ y no se trasladó de Grenoble a París hasta la segunda semana de mayo.⁸²

Mendès pidió a Françoise Seligmann (ex *résistante* y periodista diez años más joven que él) que le pusiera en contacto con los estudiantes.⁸³ Asistió a la manifestación del día 13, si bien no la encabezó y muchos ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí. Su curioso estatus le permitía atravesar los cordones policiales, en parte porque los agentes lo reconocían como ex primer ministro, pero también debido a su evidente aspecto de hombre respetable en compañía de amigos. Los manifestantes que ondeaban banderas rojas o negras mantenían las distancias con él, a veces de manera muy ostentosa. Cohn-Bendit, hablando de su visión de los líderes de los principales partidos de izquierda, comentó que Mendès era «la menos devaluada de vuestras estrellas».⁸⁴ En mayo de 1968,

Mendès tuvo seguidores de sectores muy variopintos. El ex petainista Alfred Fabre-Luce lo propuso como alternativa a De Gaulle y, los gaullistas —entre ellos, el periodista Michel Droit— reconocieron que Mendès podía ser la alternativa menos mala si el general se viera obligado a abandonar el poder.⁸⁵

El 27 de mayo, Mendès asistió a un mitin de la izquierda no comunista en el Estadio de Charléty. La ubicación marcaba un compromiso tácito entre el gobierno, deseoso de eliminar las manifestaciones de las calles, y algunos líderes de la izquierda, interesados en evitar una represión violenta. Michel Rocard había alquilado el recinto, no sin dificultades, y se había visto obligado a pagar una cuantiosa prima de seguro. En el momento de entrar en el estadio, Mendès no tenía claro si quería tomar la palabra, cosa que, finalmente, no hizo. Su silencio pudo haberse debido a que, unas horas antes, había hablado con Raymond Aron, ferviente opositor de los estudiantes.⁸⁶ Posteriormente, Rocard dijo que el mitin fue un «funeral» que marcó el final del movimiento.⁸⁷

Mendès mantuvo su pureza moral en 1968, pero decepcionó a sus partidarios. En las elecciones legislativas del verano de 1968, con su característica mezcla de recelo e incomodidad, renunció como miembro del PSU, pero no se lo dijo a nadie para no dañar las posibilidades del partido en los comicios. Ello significó la pérdida de su escaño por Grenoble en favor del gaullista Jean-Marcel Jeanneney. Sus adversarios colgaron carteles con imágenes de las incómodas relaciones de Mendès con el poder. El texto recordaba que Mendès era «un hombre libre» y pedía a los votantes: «Devolvedle [a Mendès] su libertad». Finalmente, de una manera que debió tocar a Mendès en lo más hondo, se leía: «Sed serios. Votad ... a Jeanneney».

MITTERRAND

El otro político establecido de la izquierda democrática que desempeñó un papel importante en 1968 fue François Mitterrand. Nacido en 1916, era más joven que Mendès, pero se relacionó con los jóvenes peor que este. Era característico de él que admirara a una de sus amantes favoritas (veinticinco años más joven que él en 1968) porque su vivaz sentido común y piedad católica contrastaban con el «esoterismo superficial de la revolución *hippie*».⁸⁸ Si Mendès era sinónimo de pureza, Mitterrand lo era de equilibrio. Durante la ocupación había servido a las órdenes de Vichy y de la Resistencia. Ello supuso más riesgo para su vida que si se hubiera limitado a unirse a la Francia Libre en Londres, pero la gente nacida después de 1945 nunca simpatizó con los matices de su postura. Mitterrand ocupó un cargo ministerial por primera vez antes de cumplir treinta años y

durante al menos quince su vida profesional giró en torno a los acuerdos que mantuvieron unidas a las coaliciones de la Cuarta República —la identificación de su persona con el antiguo orden llegó hasta tal extremo que el PSU rechazó su solicitud de ingreso en el partido—. Mitterrand, liderando una alianza de partidos de izquierdas, había desafiado a De Gaulle para la presidencia en 1965, pero su actitud no le hizo mucho bien. Más tarde recordó: «El simple hecho ... de haberme enfrentado a De Gaulle en las elecciones presidenciales ... hizo que se me identificara, paradójicamente ... con los dignatarios de un régimen contra el cual nunca había dejado de luchar ... Quienes querían un futuro sin De Gaulle, también querían un futuro sin mí».⁸⁹

Mitterrand no condenó las manifestaciones estudiantiles y dijo que se sentía orgulloso de que sus hijos participaran en ellas. Conoció a Alain Geismar, líder de los profesores universitarios y uno de los cabecillas de las protestas de 1968 más abiertos a un acuerdo con los políticos convencionales. Sin embargo, el estilo de Mitterrand estaba muy alejado del de la protesta estudiantil. Era un hombre formal, sutil y, culturalmente, conservador. Creía que sus partidarios, especialmente en las provincias, no entenderían que se le asociara con las barricadas. Su estrategia giraba en torno a la creación de una coalición de comunistas y lo que quedaba de la vieja SFIO, ambos grupos despreciados por la mayoría de manifestantes de 1968.

Mendès dijo muy pocas cosas en 1968, pero Mitterrand habló demasiado. Desafió al gobierno en el Parlamento y casi llegó a las manos con los diputados gaullistas, pero sus objeciones a la Constitución de la Quinta República parecían anticuadas. Muchos de sus discursos en mayo de 1968 los pronunció ante auditorios formados por eminencias de mediana edad de provincias antes que en París, y escogió un mitin en Vichy para hablar de la guerra de Vietnam entre dos actuaciones de cantantes melódicos.⁹⁰ Mitterrand conoció a Mendès en la tarde del 23 de mayo. Alguien propuso que fueran al bulevar Saint-Michel para expresar su apoyo a los estudiantes. Mendès declinó la propuesta, pero, a la tarde siguiente, hizo una breve pero muy informada incursión para presenciar las manifestaciones estudiantiles. Mitterrand temió verse eclipsado y decidió mover ficha. Así, el 28 de mayo ofreció una rueda de prensa en París en la cual exigió la creación de un gobierno provisional dirigido por Mendès y anunció que se presentaría a la presidencia si se convocaban elecciones. La declaración fue un error y, encima, los gaullistas se aseguraron de que la rueda de prensa se emitiera varias veces porque sabían que la aparente hambre de poder de Mitterrand podía dañar su imagen.

EL GENERAL SE ESFUMA

Los conflictos de la izquierda francesa quedaron inmediatamente en segundo plano porque De Gaulle desapareció a finales de 1968. El general retrasó una reunión del gabinete y dijo a los ministros que tenía previsto pasar el fin de semana en su casa de campo, pero el helicóptero nunca llegó. Durante unas horas, ni sus ministros ni sus propios asistentes supieron dónde estuvo el general. En realidad había volado con su esposa y otros miembros de su familia a Baden-Baden, en Alemania, donde Francia tenía una guarnición.

¿Sabía el propio De Gaulle lo que iba a hacer en los siguientes días? El general comparó su estado de ánimo con el que siguió al fracaso de la expedición de la Francia Libre en Dakar en 1940,⁹¹ cuando consideró, según algunas fuentes, la idea del suicidio. Philippe, el hijo de Charles de Gaulle, era una de las pocas personas que podían atreverse a sugerir al general que se jubilara. Cuando lo hizo, quedó impresionado por la enfurecida respuesta que obtuvo. Recuerda Philippe que su padre se transformó de repente «en un jabalí a punto de embestir», una metáfora que insinuaba más energía e ira que cálculo o eficacia.⁹²

Philippe de Gaulle, oficial de la Armada, sugirió que, si París se volvía demasiado peligroso, su padre debía buscar refugio en la flota anclada en Brest. El general se mostró reacio a emigrar *chez les marins*, pero a cambio propuso que su hijo, que estaba restableciéndose de unas molestias estomacales, pudiera irse a tomar las aguas a Baden-Baden. Los hoteleros de la modesta villa-balneario francesa de Contrex, paradigma de la prudente clase media de provincias, habían dejado claro que no estaban dispuestos a sufrir los trastornos que implicaría tener como huésped a un miembro de la familia presidencial. Finalmente, De Gaulle padre decidió llevarse a su familia a Baden-Baden. Quizá fue porque quería llegar a un refugio seguro. O quizá fue porque quería ver con sus propios ojos si el ejército galo —parte del cual estaba apostado en Alemania— era de fiar para restablecer el orden en Francia.

El comandante en Baden-Baden, el general Jacques Massu, recordó en sus memorias que estaba haciendo una siesta con un ejemplar de *Le Figaro Littéraire** en las manos cuando le dijeron que De Gaulle estaba a punto de llegar. Massu y su familia estaban de resaca el día de la llegada del presidente porque habían pasado el día anterior atendiendo a un grupo de oficiales del Ejército Rojo que estaban de visita. Massu recordó cómo un mariscal soviético le insistió en que el gobierno francés debía «aplastar» a los estudiantes y acompañó su afirmación con unos gestos tan explícitos que al propio Massu no

le hizo falta la traducción del intérprete.⁹³

Massu había luchado con la Francia Libre y era, a su tosca manera, ferozmente leal. Cuando, durante una inspección, De Gaulle le preguntó «Alors, Massu toujours con?», este le respondió «toujours con et toujours gaulliste». Massu había incitado a los colonos argelinos rebeldes a exigir el retorno de De Gaulle al poder en 1958. Más tarde fue reprendido por expresar sus dudas acerca de la política de De Gaulle en Argelia. Sin embargo, no se unió al intento de golpe de estado por parte de los oficiales que se negaron a la retirada del país africano, aunque sí pidió clemencia para los golpistas, lo cual le hizo ganarse otra reprimenda de De Gaulle. Estaba en una buena situación para sopesar hasta qué punto los soldados todavía estaban resentidos por la pérdida de Argelia y cómo ello podía haber hecho mella en la lealtad del ejército.

De Gaulle se sentía desanimado cuando llegó. Hurgó en su cartera para buscar unas gafas que odiaba llevar, pero sin las cuales apenas veía, y declaró: «tout es foutu». A pesar de todo, De Gaulle volvió a Francia en cuestión de horas, si bien parece que no estaba plenamente seguro, incluso entonces, de qué rumbo tomarían las cosas. Dijo a su hijo y nietos (algunos de los cuales tenían la misma edad que los manifestantes de París) que se quedaran en Alemania. Madame De Gaulle, por su parte, insistió en que sus joyas también estarían allí más seguras.

Tampoco nadie en Francia sabía qué rumbo podían tomar las cosas. Una semana antes, el embajador británico había escrito: «Prefectos y políticos por igual han descartado el uso del ejército».⁹⁴ El agregado de Defensa británico había escuchado «a las autoridades militares» decir «que nadie quiere instar al ejército a emplear la fuerza y que a este tampoco le parecería bien enfrentar a jóvenes soldados con estudiantes o trabajadores».⁹⁵ Los políticos presentían peligro si los militares intervenían. Cabía la posibilidad de que los reclutas, los cuales constituían el grueso del ejército, se negaran a abrir fuego contra los civiles, pero a algunos ministros de De Gaulle les preocupaba más lo que podrían hacer los soldados profesionales. Pierre Messmer, ministro de la Guerra, había dicho a principios de mayo que los legionarios y paracaidistas «no dudarían en disparar y entonces podría suceder lo peor».⁹⁶

A finales de mes, el tono de los informes se había recrudecido y el baño de sangre parecía una posibilidad. Los oficiales estaban preparando el terreno. El ejército británico en el Rin percibió que las unidades francesas destacadas en Alemania volvían a Francia.⁹⁷ Las tropas se habían apostado en los alrededores de París y «podrían intervenir rápidamente».⁹⁸ El agregado de Defensa británico pensó entonces que se estaba enviando a los oficiales de la academia militar a

sus unidades, quizá para estar preparados para actuar, o quizá para evacuar la academia y utilizar sus instalaciones como barracones.

Probablemente sea erróneo pensar que la huida y el retorno de De Gaulle fuera una operación calculada, ya que el general se dejaba llevar a menudo más por la intuición que por la lógica. Pocas semanas antes, su entorno había notado que aquella intuición ya no era de fiar, pero, en los últimos días de mayo, parece que el general volvió a ser él mismo. Se había apartado él solo de la febril atmósfera del Palacio del Elíseo. Quizá el hecho de volar sobre la Francia provincial le hizo recordar el trayecto a Londres en 1940, o quizá simplemente le recordó que las provincias, sobre todo las del este, eran más tranquilas que París.

Durante la última semana de mayo, De Gaulle parecía ausente incluso estando instalado en el Elíseo. El 28 de mayo, el embajador británico había escrito que Pompidou era el único político con autoridad y que «el general sigue todavía en las nubes, persiguiendo la idea de un diálogo (o más bien un monólogo) entre él y el pueblo».⁹⁹ Al día siguiente informó sobre un almuerzo entre grandes banqueros e industriales. Le había impresionado el hecho de que, «sorprendentemente, apenas se mencionó al general De Gaulle».¹⁰⁰ El embajador valoró la posibilidad de que De Gaulle fuera obligado a irse al extranjero, pero no para huir de la revolución, sino, sencillamente, porque su presencia podía convertirse en un estorbo. Suiza o Italia eran los destinos de retiro más probables para De Gaulle: «Si él pudiera decidir, no le veo volviendo al Reino Unido».¹⁰¹ En la mañana del 30 de mayo, la embajada informó de que «el gobierno se encuentra en un estado de completa desintegración».¹⁰²

CONTRARREVOLUCIÓN

Curiosamente, aquellas pocas horas de ausencia física hicieron a De Gaulle más presente. Por primera vez desde principios de mayo, él era el centro de atención. A su vuelta, De Gaulle pronunció otro discurso. En esta ocasión, habló por radio en vez de aparecer por televisión. Fue una buena estrategia. A De Gaulle no le favorecían las cámaras: una anciana de Alsacia, admiradora del general y amiga de la familia, le dijo que, cuando lo vio en el discurso televisado del 24 de mayo, dedujo de su expresión «que estabas enfadado con nosotros».¹⁰³ En cambio, la voz incorpórea de la radio no tenía edad y despertó el recuerdo de la emisión del 18 de junio de 1940, cuando De Gaulle llamó por primera vez a los franceses a resistir contra los alemanes. Alain Peyrefitte escribió:

Durante aquel día, lo único que tuvimos fue la voz del general ...solamente hablaría por

radio, tal como había hecho en Londres en aquellas emisiones nocturnas llenas de interferencias. Había recuperado la confianza e intentó revertir la situación con las palabras como única arma: la voz y nada más.¹⁰⁴

De Gaulle también se benefició de los cambios sucedidos en Francia. La burguesía conservadora, intimidada o callada durante la mayor parte del mes, empezó a mostrarse de nuevo. Al principio, sectores de la derecha habían visto las protestas estudiantiles con benevolencia ya que, en su día, también habían provocado disturbios en el Barrio Latino, y algunos aspectos de la nueva izquierda visibles en 1968 —como su aversión al centralismo jacobino y el consumismo— atraían a la vieja derecha. El historiador Philippe Ariès oyó a los estudiantes hacerse eco de las opiniones de «nuestra juventud reaccionaria» y quedó particularmente impresionado por el «rechazo de la política, el retorno a nuestro mundo de profundidad colectiva y reprimida».¹⁰⁵ En 1968 hubo enfrentamientos entre grupos de derechas y estudiantes radicales, pero también se produjeron momentos en los que ambos bandos se miraron mutuamente con un reticente respeto. Un miembro de un *comité d'action lycéen* recordó un mitin ofrecido por Georges Sauge, un católico de la derecha pro Argelia colonial francesa. El *lycéen* izquierdista comparó positivamente la actitud «sincera» de Sauge con la del «más estático» Partido Comunista y con el «poder regresivo del gaullismo», y añadió: «Para ellos [refiriéndose a la opción derechista representada por Sauge], la sociedad de consumo es algo que hay que rechazar». Sauge pidió a su público «hacer todo lo posible por la revolución, porque la sociedad actual es abominable a ojos de Cristo».¹⁰⁶

Sobre todo fueron algunos sectores de la extrema derecha los que actuaron animados por el desprecio hacia De Gaulle. Para algunos, esta animadversión se remontaba a la época de la liberación y la purga de los petainistas; para muchos, nacía del resentimiento por la pérdida de Argelia, un resentimiento que afectó profundamente al millón de colonos europeos que habían llegado a Francia desde Argelia, soldados y sectores de la derecha política, incluidos algunos ex gaullistas. Algunos de ellos siguieron siendo fervientes antigaullistas y otros decidieron que De Gaulle sería un mal menor. La figura principal de este reajuste fue Jean-Louis Tixier-Vignancour. Tixier había sido diputado derechista en 1940 y partidario del gobierno de Vichy. Al finalizar la guerra de Argelia, había ejercido de abogado defensor de los que se rebelaron contra De Gaulle —incluidos algunos sentenciados a muerte— y había representado a la derecha antigaullista en las elecciones presidenciales de 1965.

Sin embargo, Tixier decidió que el comunismo era el principal enemigo en 1968 y que había que apoyar a De Gaulle. También hubo negociaciones discretas

con los antiguos partidarios de la Argelia francesa. El propio De Gaulle no prometió nada, aunque tampoco podía ignorar que Massu quería una amnistía para los soldados encarcelados por rebelión a principios de la década de 1960 y que su gobierno concedió tal amnistía en el verano de 1968. Otros gaullistas habían mantenido conversaciones más explícitas con veteranos de la campaña de la Argelia francesa, que en algunos casos fueron los mismos contra los cuales habían luchado.¹⁰⁷

Durante todo el mes de mayo, algunos gaullistas habían trabajado en silencio para construir o recuperar organizaciones que pudieran defender la Quinta República. Jacques Baumel, diputado por el departamento del Sena, había reunido a líderes de varios grupos, principalmente de *anciens combattants*. Pierre Lefranc reactivó la Asociación Nacional en Apoyo a la Acción del General De Gaulle (Association Nationale pour le Soutien de l'Action du Général de Gaulle) y el Servicio de Acción Cívica (Service d'Action Civique), los cuales databan de 1958 y 1960, respectivamente.¹⁰⁸ Estas organizaciones crearon los Comités de Defensa de la República (Comités de Défense de la République, CDR). No pudieron hacer mucho durante las dos semanas siguientes, ni siquiera proteger la sede central del movimiento juvenil gaullista. Sin embargo, se calcula que en los CDR se inscribieron 14.000 personas en París y 7.000 en las provincias, lo cual los hacía considerablemente más grandes que cualquiera de los grupúsculos de izquierdas a los que se oponían. La tendencia de estos comités era progresista, aunque algunas de las personas más vinculadas a ellos, principalmente Charles Pasqua, venían del sector derechista del gaullismo y, en algunos casos, de sectores derechistas que habían coqueteado con la violencia.

Hacia el 27 de mayo, algunos gaullistas empezaron a hablar de organizar una manifestación a favor de De Gaulle, prevista primero para el día 31 y, después, para el 30. El aparente fracaso de los acuerdos de Grenelle los había llevado a actuar. Pierre-Charles Krieg, diputado por París, también empezó a referirse a una manifestación después de que las oficinas de su periódico *La Nation* quedaran destrozadas por un incendio en la noche del 28 al 29 de mayo. Como solía suceder con el gaullismo, parecía que los activistas trabajaban en solitario, aunque mantuvieron contactos discretos con algunas personalidades del entorno de De Gaulle, quienes también les animaron. Parece que ni siquiera el propio general tuvo conocimiento de estas maniobras —él mismo se enorgullecía de estar por encima de acuerdos sórdidos y detalles organizativos—. Sin embargo, su marcha a Alemania y posterior vuelta a Francia contribuyó a dramatizar una manifestación que, de todos modos, se estaba fraguando. Jacques

Foccart convenció a De Gaulle para que adelantara su discurso del 30 de mayo de las ocho a las cuatro y media de la tarde para, así, preceder y alentar la manifestación.

Los gaullistas marcharon de la plaza de la Concordia a la plaza de la Estrella. Eran los dominios de la burguesía parisina, lejos del Barrio Latino ocupado por los estudiantes y de las zonas del este de París que rodean la plaza de la Bastilla, donde solía manifestarse la izquierda. Los organizadores estaban nerviosos. La policía había previsto una participación de entre veinte mil y treinta mil manifestantes, cifra que apenas habría llenado la plaza de la Concordia. En realidad, la afluencia fue mucho mayor. La organización habló de un millón, pero lo más probable es que acudieran entre 300.000 y medio millón de personas. Como sucedía con todas las manifestaciones de mayo de 1968, nadie pudo asegurar ninguna cifra, pero es muy probable que la gaullista fuera la manifestación más concurrida del año.¹⁰⁹ La izquierda sugirió oscuras teorías de la conspiración —igual la derecha a principios de mes— y alegó que los manifestantes habían marchado en círculo para engordar la cifra de asistencia.¹¹⁰

Los partidarios del gobierno no tenían que plantear propuestas concretas, simplemente tenían que estar en contra del «desorden». En la manifestación hubo relativamente pocos eslóganes y ningún discurso. Los organizadores intervinieron, principalmente, para evitar percances —en particular, para frenar los ataques a los adversarios e impedir que la manifestación continuara después del final oficial— más que para incitar a la acción. Los manifestantes decían representar a la Francia «silenciosa», y el silencio —o, al menos, la ausencia de declaraciones específicas— se ajustó perfectamente a sus objetivos. Hubo algún atisbo de división incómoda en la multitud, como, por ejemplo, cuando alguien gritó «Cohn-Bendit a Dachau», pero, en general, la manifestación no fue controvertida; se ondearon banderas tricolores, se cantó «La Marsellesa» y se visitó la tumba del soldado desconocido.

En cierto sentido, el 30 de mayo de 1968 fue un día glorioso para De Gaulle, un momento en el que levantó el ánimo de sus partidarios con un discurso que parecía evocar su ilustre pasado. Sin embargo, también dio la sensación de que al general le frustró su propia victoria. En otras ocasiones —como en 1940 o, de nuevo, al final de la guerra de Argelia— había tenido más éxito desafiando las expectativas de lo que un conservador tenía que hacer. Antes había conseguido inspirar entusiasmo en sectores de la izquierda y transmitir una sensación de aventura y entusiasmo al hablar de sus proyectos. Sin embargo, la manifestación del 30 de mayo fue abrumadoramente burguesa. Ahora parecía que De Gaulle representaba más el orden y la estabilidad que el

riesgo y la aventura.

Tampoco estaba del todo claro que el orden y la estabilidad pudieran ganar. Un director de un *lycée* de provincias que escribió un artículo sobre «la revuelta en las escuelas» se tomó la molestia de poner fecha exacta a dicha revuelta —el 3 de junio— y añadió que «en dos semanas es posible que nos veamos superados por los acontecimientos».¹¹¹ El fin del curso académico alivió un poco a las autoridades. La patronal y el estado aplicaron los acuerdos de Grenelle —incluso sin haberlos firmado los sindicatos— y la mayoría de los huelguistas volvió al trabajo en junio. Y, sobre todo, el gobierno convocó elecciones legislativas para finales de ese mes. El hecho de que se celebraran comicios ya fue una derrota para muchos manifestantes que habían insistido en que una «democracia real» implicaba manifestaciones públicas y asambleas generales. En cualquier caso, los partidos *gauchistes*, que tan activos se habían mostrado en 1968, tampoco habrían tenido mucho apoyo electoral en caso de haberse presentado. Por consiguiente, las elecciones legislativas lanzaron a los gaullistas directamente en contra de la izquierda convencional, particularmente los comunistas, quienes ahora podían ser culpados de unos acontecimientos en mayo de 1968 que, de hecho, los propios comunistas ayudaron muy poco a fomentar.

De Gaulle se aseguró una amplia mayoría, aunque parece que no se sintió muy cómodo con la sensación de ser ahora el líder de un grupo conservador convencional. A este respecto, comentó que «tenemos una cámara del PSF [es decir, un Parlamento dominado por el Partido Social Francés, una federación de derechas de la década de 1930] con la que haré política del PSU». De hecho, la iniciativa principal de De Gaulle —convocar un referéndum para conseguir devolver, entre otras cosas, más poder a las regiones— provocó un debate en el PSU precisamente porque veían la propuesta del general muy cercana a sus propias ideas.¹¹² Pompidou fue destituido como primer ministro el 12 de julio y sustituido por Maurice Couve de Murville. René Capitant, un gaullista de izquierdas que se había mostrado solidario con las protestas de 1968, fue nombrado ministro. Sin embargo, las propuestas de De Gaulle fueron derrotadas en el referéndum y dimitió. Apoyó a Pompidou como su sustituto, lo cual parecía sugerir que el propio De Gaulle aceptaba que el intento de revivir un cierto «gaullismo histórico» había fracasado.

DESPUÉS DE 1968

La de De Gaulle no fue la única salida importante. Daniel Cohn-Bendit fue expulsado de Francia y, a pesar de que volvió ocasionalmente cruzando la

frontera a hurtadillas, pasó la mayor parte de los diez años siguientes en Alemania. La mayoría de grupos de izquierdas que se habían mostrado más activos en 1968 fueron prohibidos. El principal partido maoísta se disolvió de forma violenta tras discutir si sus líderes habían fracasado a la hora de comprender la importancia de las protestas de mayo.

Todo esto no significa que los sucesos de 1968 no tuvieron consecuencias a largo plazo en Francia. Muchos de los movimientos radicales surgidos en la década de 1970 se inspiraron en 1968 o se pueden contemplar como eslabón de unos movimientos de más largo recorrido que, en parte habían dado lugar al 1968. Sin embargo, el carácter espectacular de mayo de 1968 en Francia marcó un antes y un después. Al poco de acabar, hubo quien asumió que se había tratado de un «ensayo general» al cual le sucedería, en su debido momento, una «revolución real». Pero pronto quedó claro que ese «ensayo» había sido la única actuación de una obra que jamás volvería ser puesta en escena. Antes y después hubo huelgas en empresas particulares, pero el gran parón general de 1968 no se repitió y los niveles de huelga fueron, de hecho, anormalmente bajos durante los 18 meses posteriores a mayo de 1968 (véase la Tabla 1). La paz se restableció en otros frentes. El Festival de Cine de Cannes se suspendió en medio de un caos ampliamente difundido por la prensa en mayo de 1968, pero, al año siguiente, los directores y productores volvieron a desfilar por la alfombra roja.

TABLA 1
Jornadas laborales perdidas por huelgas en Francia, 1968-1970 (en miles)

	1968	1969	1970
Enero	105,2	22,8	96,7
Febrero	65	76,4	227,2
Marzo	86,8	752	190,6
Abril	73,3	76,2	275,1
Mayo		48,5	117,5

Junio		78,9	250
Julio	12,7	35,4	42,5
Agosto	3	14,1	10,7
Septiembre	8,9	304,4	99,9
Octubre	18,6	327	222,4
Noviembre	23,3	423	119,2
Diciembre	26	64,9	130,3

FUENTE: *Annuaire Statistique de la France*, 1969 y 1972. (No hay estadísticas disponibles para mayo y junio, pero las cifras pudieron rondar en los millones.)

Las diferencias entre mayo de 1968 y lo que ocurrió después fueron, en parte, de escala, pero las diferencias cuantitativas resultaron tan extremas que se convirtieron en cualitativas. La espectacular efervescencia de 1968 —el sentimiento de que todo podía cambiar y de que el cambio generaría un mundo más allá de cualquier proyección realista— no se pudo reproducir. El radicalismo posterior a 1968 fue más específico. El carácter lúdico y utópico de 1968 desapareció. Los militantes sentían que la revolución era una cuestión seria que requería organización y minuciosidad. Quizá fue precisamente porque se lo tomaron en serio por lo que algunos regularon cuando se dieron cuenta de las implicaciones del uso de la violencia.

En algunos aspectos, 1968 generó más reforma que revolución. Así ocurrió en las universidades, donde muchos, incluso en Nanterre, asumieron que el objetivo debía ser la producción de una enseñanza menos jerárquica, formal y arcaica en vez de abolir por completo la noción de autoridad académica.¹¹³ En Francia, como en todas partes, la izquierda establecida que había sido tan denunciada en 1968 fue la gran beneficiada a largo plazo. En 1968, Mitterrand encarnaba todo lo que los manifestantes despreciaban y, al acabar los sucesos, dio la impresión de que salió perdiendo. Pero en la década de 1970 rehízo su carrera política, en parte inspirándose en las corrientes salidas de 1968, particularmente el PSU. Los analistas franceses que hablan de *les années 68*, normalmente terminan su relato con la elección de Mitterrand como presidente

en mayo de 1981. Trece años antes, Cohn-Bendit comentó en tono despectivo que Mitterrand había sido «útil». Al final resultó que fue Mitterrand quien utilizó el 1968.

Alemania Occidental



Manifestación en Berlín tras el intento de asesinato de Rudi Dutschke.

El aislamiento entre generaciones se ha notado especialmente en Alemania Occidental, donde la generación más mayor goza probablemente de menos credibilidad que en cualquier otro país. La mayoría de los que tienen más de cuarenta años están, en mayor o menor medida, mancillados por su asociación con el nazismo, cuya vergonzosa historia es cada vez más conocida entre la juventud alemana. La población situada en la treintena probablemente seguirá quedando descartada por su hedonismo y regodeo en el «milagro económico». La historia reciente de Alemania, quizá la más ampliamente conocida en comparación con otros países, es un ejemplo de lo que hay que evitar. Aparte de los conspiradores de la resistencia contra Hitler, apenas quedan héroes.

Informe de la CIA sobre la
«juventud inquieta», 1970¹

«HORA CERO»: LA POSGUERRA ALEMANA

Si el 68 fue, en parte, una reacción contra las instituciones y los postulados de los años de posguerra, esta reacción fue especialmente sensible en Alemania, ya que no hubo ningún otro país donde 1945 marcara una cesura más dramática. Seis años de guerra y quince de gobierno nazi causaron una destrucción nunca antes vista en Francia, Italia o, si cabe, en el Reino Unido o Estados Unidos. Millones de alemanes, civiles y militares, cayeron muertos. Cientos de miles de prisioneros de guerra estuvieron recluidos en campos soviéticos y el último de ellos no volvió a casa hasta 1956. Muchas ciudades fueron arrasadas por las

bombas. Y la ocupación soviética tuvo consecuencias terribles para gran parte de la población civil, especialmente las mujeres.

Alemania se rindió «sin condiciones», lo que significó que su gobierno dejó de existir y todo el poder pasó a manos de las potencias aliadas vencedoras. Al principio, muchos pensaron que Alemania sería gobernada como una «colonia» durante veinte años. Los británicos denominaron el momento de la rendición — la medianoche del 8 de mayo— la «hora cero», un término que trascendió su significado militar, ya que implicaba el reinicio de la historia de todo un país. Durante un tiempo, británicos, franceses, estadounidenses y soviéticos tuvieron carta blanca para moldear el país a su manera y cada uno recibió una zona de ocupación, aunque pronto quedó claro que los tres primeros, los cuales unieron sus áreas en 1949 y crearon un estado nuevo, la República Federal de Alemania (RFA), tenían planes muy distintos de los rusos, cuyo sector se convirtió en la República Democrática Alemana (RDA). La Unión Soviética instauró en su zona lo que en la práctica fue un gobierno comunista (el gobernante Partido Socialista Unificado de Alemania fue una simple alianza nominal de partidos) ayudado por los comunistas germanos que habían huido de Hitler. Las potencias occidentales, especialmente el Reino Unido y Estados Unidos, intentaron «desnazificar» las zonas bajo su control y, también, crear instituciones nuevas que rompieran con el pasado alemán anterior a 1933.

La reconstrucción de Alemania Occidental tuvo tres curiosas consecuencias. En primer lugar, los Aliados —especialmente los británicos— habían creado un país moldeado a imagen de lo que les habría gustado para el suyo propio, sobre todo en lo tocante a sindicatos y relaciones laborales. La clase dirigente británica llegó a considerar Alemania un modelo de consenso político y eficacia económica, y solo ocasionalmente recordó recuerdos oscuros bajo la educada y cortés apariencia de Alemania Occidental. En una cena celebrada en Londres en 1974, la conversación derivó en los recuerdos de las bodas de los comensales y el embajador alemán, Karl-Günther von Hase, explicó el suyo. Él era oficial en el frente de Rusia en febrero de 1945 y su unidad tenía prohibido retirarse. Le permitieron casarse con su prometida en una ceremonia celebrada por radio. Tras la boda, su posición fue tomada y su recién casada esposa no supo si él estaba vivo o muerto durante dos años. Volvió tras ser liberado de un campo soviético en 1950.²

La segunda característica de la reconstrucción de la Alemania de posguerra fue que los Aliados —británicos y estadounidenses, en particular— se consideraban la fuerza del progreso alemán, especialmente a medida que fueron definiendo sus políticas como respuesta a lo que los rusos estaban haciendo en el este del país. Un resultado de ello fue que inculcaron en algunas instituciones

alemanas las mismas cualidades —consenso, tecnocracia y «madurez política»— contra las cuales reaccionaría una parte de la izquierda estudiantil en el 68. De hecho, alguna de la gente que se enfrentaría con los manifestantes en el Reino Unido y Estados Unidos en el 68 había trabajado para transformar Alemania en 1945. Henry Kissinger, que había huido de allí en 1938 a los quince años de edad por su condición de judío, volvió para trabajar en la desnazificación como sargento del ejército de EE. UU. Noel Annan, quien escribiría un informe sobre la revuelta estudiantil en 1972 siendo jefe de estudios de una universidad del Reino Unido, fue coronel del ejército británico a los veintiséis años y tuvo la misión de asesorar a políticos alemanes que le superaban la edad en décadas.³

Conviene destacar que el epicentro del radicalismo estudiantil alemán del 68 no fue ninguna vieja universidad con hermandades que se batían en duelo y profesores que daban clases magistrales, sino la Universidad Libre de Berlín, fundada por los aliados occidentales para ofrecer una alternativa a la Universidad de Humboldt, la cual quedó en la zona soviética. La Universidad Libre había sido diseñada para permitir una mayor participación de los alumnos y huir de la rigidez jerárquica tradicionalmente asociada a la educación superior alemana. Su estructura fue ideada, en gran medida, por el pedagogo liberal inglés y más tarde director de Eton, Robert Birley. Durante los disturbios estudiantiles de 1967, un diplomático británico escribió: «Los aliados, o, mejor dicho, los estadounidenses y nosotros tenemos una relación especial con la Universidad Libre, ya que la idea básica de esta universidad surgió de los británicos (concretamente del doctor Birley) y posteriormente fue ampliamente respaldada por el dinero estadounidense».⁴

La tercera característica de la Alemania de posguerra es que la destrucción del Tercer Reich no significó que todos los individuos o instituciones vinculadas al régimen nazi perdieran poder, ni tampoco hizo desaparecer las referencias al nazismo. Al contrario, estas fueron omnipresentes en la izquierda radical a finales de la década de 1960, a veces hasta el punto de convertirse en una manera generalizada de atacar al sistema político de posguerra antes que en una crítica específica de los crímenes nazis.

LAS GENERACIONES EN LA ALEMANIA DE POSGUERRA

Los cimientos generacionales de la política alemana de posguerra fueron particularmente complejos. La manera como acabó la guerra arrojó una sombra demográfica. Así como Francia, el Reino Unido y Estados Unidos

experimentaron *baby booms*, la tasa de natalidad alemana —relativamente alta en la década de 1930 gracias, en parte, a las políticas demográficas nazis— fue baja en los años posteriores a 1945 y no repuntó hasta la década de 1950. La cohorte de alemanes que cumplieron veinte años en 1968 fue pequeña. La división del país tras la guerra también influyó en la estructura generacional de la parte occidental. Hasta que se levantó el Muro de Berlín en 1961, la gente se trasladaba entre Alemania Oriental y Occidental con relativa facilidad. Más de tres millones de personas pasaron del este comunista al oeste, en su inmensa mayoría jóvenes y gente con estudios. Alemania Oriental, que invertía grandes sumas en educación, se convirtió en una fuente involuntaria de graduados y estudiantes que huyeron a Alemania Occidental. En términos políticos, esta afluencia proporcionó algunos de los más destacados líderes de las protestas de 1968.

El nazismo y la guerra hicieron que una pequeña diferencia de edad se tradujera en experiencias de vida totalmente distintas. La generación realmente nazi —los que habían apoyado a Hitler en 1933 o fueron influyentes durante el Tercer Reich— había nacido, por regla general, en el siglo XIX, y los que habían combatido en la segunda guerra mundial eran más jóvenes. En 1957, el sociólogo Helmut Schelsky (nacido en 1912 y ferviente adversario de los radicales estudiantiles después de 1968) bautizó a sus contemporáneos como «la generación escéptica».⁵ Según él, les caracterizaba una aversión hacia el extremismo de sus mayores; a algunos de ellos tampoco les gustaría esta cualidad al verla aflorando en sus hijos a finales de la década de 1960. El político socialdemócrata Helmut Schmidt (nacido en 1918) fue un claro ejemplo de esta generación escéptica y resumió su actitud frente a la protesta estudiantil con la siguiente observación: «la gente que tenga visiones, que vaya al médico».

Más joven que la «generación escéptica» fue la llamada «generación de los *Flakhelfer*». Estaba formada por los que, siendo demasiado jóvenes para servir como soldados de tropa, eran lo suficientemente adultos como para hacer de ayudantes de artillería antiaérea (*Flakhelfer*) durante la desesperada defensa final del Reich en 1945. El filósofo Jürgen Habermas (nacido en 1929) perteneció a esta generación. Aunque fue más radical que Schmidt en lo político, le preocupó la irracionalidad y la intolerancia que vio en las protestas estudiantiles de 1968.

Más joven que la generación «antiaérea» era el grupo formado por los que habían sido niños durante la segunda guerra mundial, es decir, demasiado jóvenes para combatir incluso en el ocaso del Reich y para estar directamente afectados por la represión nazi —mientras no fueran judíos—. Durante el conflicto bélico disfrutaron de una libertad incongruente. Lejos de haber sufrido la opresión de la autoridad paterna, muchos de ellos habían crecido mientras sus

padres estaban en el frente, en muchos casos para no volver. Andreas Baader, quien fundaría la Facción del Ejército Rojo, nació en 1943 y creció «en una comunidad de mujeres enlutadas».⁶ La infancia de estos alemanes estuvo a menudo marcada por la destrucción de sus hogares y la evitación del Ejército Rojo. El suyo era un mundo en el que un soldado estadounidense, siempre provisto de chocolatinas para repartir, podía tener más poder que un maestro de escuela o un agente de policía. Para los que habían sido niños durante la guerra, el restablecimiento de la autoridad convencional que llegó con la creación de la República Federal de Alemania en 1949 podía parecer inoportuno, sobre todo si dicho cambio político coincidía con el retorno de un padre vencido y resentido tras pasar una temporada en un campamento soviético de prisioneros de guerra.

El patrón específicamente alemán de las relaciones intergeneracionales también estuvo influido por el hecho de que, incluso para los estándares europeos continentales, los universitarios germanos, particularmente los varones, tardaban mucho tiempo en finalizar sus estudios.⁷ A principios de 1968, el canciller de la RFA observó que, mientras el 80 % de los estudiantes estadounidenses tenía menos de 21 años, el 70 % de los universitarios alemanes tenía entre 23 y 30, es decir, la mayoría de ellos había nacido antes de 1945. Un periodista antipático añadió que, «a la edad en que Alejandro Magno conquistó el mundo, Napoleón ganó sus batallas y Einstein y Planck hicieron sus primeros grandes descubrimientos, la mayoría de los estudiantes alemanes todavía no ha salido de las aulas».⁸ El eterno estudiante, con libertad para perseguir proyectos intelectuales y políticos durante años, fue una marca de la casa en las universidades alemanas.

EL MILAGRO ECONÓMICO

En 1945, Alemania ni siquiera tenía moneda propia; de hecho, gran parte del comercio en ese año se hizo con cigarrillos. Además, un sector de la población pasaba hambre. Los Aliados, que habían considerado la posibilidad de convertir el país en una economía agrícola, finalmente permitieron a los alemanes reconstruir su industria, y estos lo hicieron de manera espectacular. A mediados de 1960, la economía de la RFA era la más potente de Europa y su PIB per cápita superaba el de Francia o del Reino Unido. Durante las décadas de 1950 y 1960, la prosperidad fue una característica común en todos los países occidentales, y los radicales, en general, rechazaron la complacencia que asociaron con este crecimiento. Sin embargo, la prosperidad adquirió una dimensión especial en Alemania. Allí, la rapidez del crecimiento económico afianzó una división

generacional que tuvo que ver, en parte, con el recuerdo que guardaba la población de los primeros años de posguerra. Los que habían padecido las peores penurias en tiempos de guerra fueron los más propensos a dar la bienvenida a la confortable sociedad de la década de 1960, lo cual fue la causa, particularmente, de la relativa quietud política de la clase obrera que tanto exasperó a la izquierda estudiantil en el 68. Es más, como Alemania era un gigante económico y un enano político —así lo expresaría después Helmut Schmidt— se generó en el país la desconcertante sensación de que toda su identidad estaba basada en estadísticas de producción. Era fácil hacer que esta prosperidad pareciera obscena cuando sus beneficiarios eran los que habían ejercido el poder durante el Tercer Reich.

PARTIDOS POLÍTICOS, ESTUDIANTES Y «OPOSICIÓN EXTRAPARLAMENTARIA»

La política alemana giró en torno a tres partidos. La coalición democristiana CDU/CSU (la segunda sigla corresponde a los democristianos de Baviera) estaba controlada por Konrad Adenauer, nacido en 1876, quien insistió en que era demasiado viejo para tener ambiciones políticas y lo repitió en 1963, cuando finalmente fue obligado a abandonar la dirección del partido. El liberal FPD, o Partido Democrático Libre (Freie Demokratische Partei), era relativamente pequeño pero importante por su función de bisagra en muchas coaliciones. Finalmente, el socialdemócrata SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) era el tercero de los tres grandes partidos alemanes. El poder ejercido por estas tres grandes formaciones hizo que la izquierda radical en la RFA se definiera a sí misma por oposición a la política parlamentaria y que, precisamente por ello, fuera comúnmente conocida como la «oposición extraparlamentaria». Los estudiantes universitarios constituían el grueso de la izquierda radical, pero no todos los estudiantes alemanes eran de izquierdas. A finales de la década de 1950, una encuesta reveló que apenas el 9 % de los alumnos eran «auténticos demócratas», el 16 % eran «autoritarios» y, el resto, simplemente «conformistas».⁹ La mayoría de los estudiantes alemanes provenía de entornos relativamente prósperos (más que los de sus homólogos franceses) y eran principalmente varones, en parte porque las familias burguesas destinaban más recursos a la educación de los hijos que a la de las hijas.¹⁰ Tanto ellos como ellas eran conservadores en su concepto de familia. Un patrón particularmente masculino de este conservadurismo se reflejó en la popularidad que tuvieron las antiguas hermandades de estudiantes, supervivientes de la época de Bismark, las cuales acogieron al 40 % de los alumnos varones de las universidades alemanas

a principios de la década de 1960.^{[11](#)}

La organización estudiantil que más destacó fue la Federación Socialista Alemana de Estudiantes (Sozialistischer Deutscher Studentenbund, SDS), nacida como una sección del SPD. Sin embargo, ambas formaciones se separaron a finales de la década de 1950, ya que el Partido Socialdemócrata Alemán se estaba desplazando a la derecha. Efectivamente, en el congreso de Bad Godesberg de 1959, el SPD declaró que prefería reformar el capitalismo antes que abolirlo, lo cual allanó el camino a la Gran Coalición de socialistas y democristianos que formaría gobierno en 1966. Casi simultáneamente, la SDS se movió a la izquierda en su congreso de Mannheim de octubre de 1958. La federación estudiantil comenzó a vincularse cada vez más con la nueva izquierda que ya se avistaba en Francia, el Reino Unido y, poco después, en EE. UU. Sin embargo, las políticas de la nueva izquierda (particularmente el desarme nuclear y el diálogo con la URSS) fueron más controvertidas en un país con unidades del ejército soviético apostadas en sus fronteras que en el Reino Unido o Estados Unidos.

La fundación de Estudiantes para una Sociedad Democrática en EE. UU. también influyó en el movimiento estudiantil alemán. Aunque la alemana SDS no tenía ningún vínculo oficial con la organización estadounidense —con la cual compartía acrónimo—, ambos grupos reconocieron que tenían ciertos aspectos en común. Un miembro del movimiento alemán, Michael Vester (nacido en 1939), estudiaba en Estados Unidos en 1962 y asistió a la conferencia de Port Huron. Influyó considerablemente en el contenido de la declaración que se estaba redactando allí, en parte porque su energía y seriedad provocó el «consentimiento comatoso» de los radicales estadounidenses, menos curtidos en largos mítines políticos.^{[12](#)}

En febrero de 1960, el SPD fundó una organización estudiantil convenientemente diseñada para obedecer los dictados del partido y, en noviembre de 1961, prohibió a los miembros de la misma pertenecer simultáneamente a la SDS. Incluso después de su ruptura con el SPD, la SDS alemana fue, por sus posteriores normas, marcadamente convencional. Sus miembros aceptaban ser expulsados del partido y no podían hacer sentadas en ninguna sede de la formación, cosa que probablemente habrían hecho pocos años antes. Durante esta etapa, algunos miembros de la SDS siguieron contando con la clase obrera y los sindicatos para futuras acciones. Michael Vester había discrepado con sus camaradas norteamericanos, los cuales habían visto a la clase obrera como una fuerza desgastada. Durante los tres años siguientes, la SDS alemana consumió buena parte de sus energías reflexionando sobre la teoría

marxista y considerando los cambios que afectarían a la clase obrera. Estaba influida por la obra de C. Wright Mills, cuyo libro *La élite del poder* fue publicado en Alemania en 1962, y el pensamiento del francés André Gorz sobre una «nueva clase obrera» de técnicos que haría a los estudiantes universitarios cada vez más importantes.

Pero lo que cambió la SDS alemana no fue tanto el pensamiento abstracto sino las acciones. La formación Acción Subversiva (Subversive Aktion), fundada a principios de la década de 1960, se presentó a sí misma como una encarnación del «situacionismo» y utilizó formas de intervención teatrales para poner al descubierto el «espectáculo» del consumismo y la sociedad capitalista. Dieter Kunzelmann, quien había nacido en 1939 y estudiado algunos meses en París a finales de la década de 1950, se convirtió en su principal líder en Múnich, y Rudi Dutschke (de quien hablaremos más adelante) y Bernd Rabehl se unieron a la formación en Berlín en 1963. Acción Subversiva organizaba llamativas protestas —utilizando bombas fétidas o lanzando tomates, por ejemplo— contra visitas de mandatarios extranjeros. Su concepto de acción directa era distinto de las formales sentadas o *teach-ins* que marcaban el movimiento estudiantil estadounidense por la misma época. Acción Subversiva también se infiltró en la SDS y culpó a sus líderes más consolidados de ser demasiado respetables, burocráticos y dependientes del movimiento obrero, el cual, a su vez, era uno de los pilares de la sociedad de Alemania Occidental. Uno de los dirigentes de la SDS, Helmut Schauer, trató de expulsar la facción de Acción Subversiva infiltrada, pero, para sorpresa de todos, descubrió que no podía hacerlo y que los miembros de su propia formación estaban cada vez más interesados en la acción directa.

RUDI DUTSCHKE

Una persona, por encima de todas, ha quedado asociada con el radicalismo estudiantil en Alemania Occidental. Rudi Dutschke —un hombre bajito pero intenso, cuya veloz oratoria se atribuyó, en parte, a un deseo juvenil de ser locutor deportivo— había nacido en Brandeburgo en 1940. Su padre volvió de un campamento soviético de prisioneros de guerra cuando el pequeño Rudi tenía siete años. Tras pasar su juventud en Alemania Oriental, se trasladó a la RFA porque, entre otras cosas, se le prohibió seguir estudiando en el Este por negarse a hacer el servicio militar. Como muchos estudiantes radicales, Dutschke había crecido en un entorno religioso, en su caso de fe luterana, pero, a diferencia también de muchos, su vida adulta transcurrió en un ambiente cristiano bastante

convencional. Se casó con una estudiante estadounidense de teología con la que tuvo tres hijos, uno de ellos llamado, previsiblemente, Che.

Dutschke constituye un interesante contrapunto a otra de las grandes estrellas de la rebelión estudiantil de Europa Occidental: Daniel Cohn-Bendit. Ambos tenían una extraordinaria autoestima y una gran facilidad para entusiasmar a las multitudes. Sin embargo, la jovial capacidad de Cohn-Bendit de burlarse de sí mismo contrastaba con la intensidad de Dutschke. Cohn-Bendit tenía también un elevado sentido de lo concreto. La teoría política le era muy indiferente y la mayoría de sus apariciones estaban pensadas, incluso en el clima excepcional de mayo de 1968, para conseguir objetivos específicos. Dutschke, en cambio, consideraba la teoría importante y su salida de la RDA parece que vino acompañada de una creciente determinación por someterse a los cánones de los textos marxistas.

Dutschke no siempre se sintió cómodo como líder carismático, un papel particularmente problemático para cualquier alemán prudente. Encima, su oratoria a veces producía una magia que él no llegaba a controlar. Su amigo Bernd Rabehl comentó que uno de los discursos de Dutschke fue como una actuación de un músico de jazz que no sabía exactamente adónde le podía llevar su brillante improvisación. Y es que su estilo no siempre coincidía con lo que decía. Resulta revelador que muchos de los que vivían bajo regímenes comunistas admiraban a Dutschke, no solo en Alemania Oriental, sino también en Hungría y Checoslovaquia. Sus compañeros en estos países percibían su solemnidad moral y agradecían que no fuera ambiguo en su oposición a la represión comunista, pero también consideraban que gran parte de lo que decía era absurdo. Uno de ellos recuerda: «Hubo inmediatamente algo así como amor entre nosotros, una gran intimidad ... El amor duró, pero el problema con Dutschke fue que solamente decía tonterías, estúpida palabrería sesentayochista de izquierdas».¹³

El estilo personal de Dutschke podía tener efectos extraños. Su imagen pública parecía muy distinta de su imagen privada. Michael Baumann, un joven de clase obrera que optaría finalmente por tomar las armas en un grupo terrorista, comentó acerca de Dutschke: «Sus discursos eran tan abstractos que nadie los entendía ... pero cuando hablabas con él, era totalmente genial».¹⁴ Quienes llegaron a conocerlo en privado hablaban a menudo de su dulzura y falta de pretenciosidad; les llamaba la atención el hecho de que el cuidado por sus hijos y su respeto por las mujeres pareciera estar en desacuerdo con la cultura agresivamente masculina de gran parte de la izquierda estudiantil.

La violencia fue un problema especial. En 1977, Dutschke condenó el

terrorismo ejercido por algunos de sus contemporáneos y nunca promovió ninguna acción contra seres humanos, aunque sí contra la propiedad. Sin embargo, la simple intensidad de sus maneras podía parecer una incitación a la violencia, independientemente de las palabras que usara. Es más, a finales de la década de 1960, algunas de sus declaraciones parecieron conllevar un determinado nivel de ambigüedad. En 1968 estableció una diferencia jesuítica entre la violencia ejercida en lugares como Irán —donde se podría identificar el «fascismo» con un único individuo y donde, por consiguiente, el asesinato sería útil— y la violencia en Alemania Occidental, donde el autoritarismo era más sistemático y, por consiguiente, un ataque sobre un político individual no cambiaría nada.¹⁵ El componente tragicómico de esta extraña mezcla de intenciones pacifistas y retórica encendida se puso de manifiesto cuando Alain Krivine encontró un revólver en la guantera del coche de Dutschke, oculto bajo panfletos y pieles de plátano. Sus camaradas insistieron en que llevaba el arma para protegerse, pero nunca lo vieron capaz de utilizarla.¹⁶

LA LEY DE EMERGENCIA

Tres movimientos parcialmente relacionados entre sí marcaron el radicalismo estudiantil alemán en la segunda mitad de la década de 1960. Uno de ellos fue la oposición a la Ley de Emergencia propuesta por la coalición socialdemócrata y democristiana en 1966. El propósito de la norma era garantizar más poder ejecutivo en momentos de crisis y estaba diseñada para asegurar que Alemania disfrutara de una soberanía total, de manera que los Aliados no pudieran asumir el poder en caso de invasión. No había nada particularmente sorprendente en esta legislación, especialmente después de que el SPD la reescribiera para restringir su uso contra la revuelta civil. El Reino Unido declaró seis veces el estado de emergencia entre 1966 y 1974. Sin embargo, la idea de una ley de esta índole despertó el incómodo recuerdo de este tipo de legislación en la República de Weimar. La posibilidad de una Ley de Emergencia también alarmó a los sindicatos alemanes, quienes se temían un uso de la misma contra el derecho de huelga. Por este motivo, la ley propició una rara oportunidad de unión entre los radicales estudiantiles y la clase obrera organizada, algo que los líderes de la SDS, más convencionales, estuvieron interesados en aprovechar.

EL TERCER MUNDO

El segundo movimiento importante surgió del interés por el tercer mundo. Los radicales alemanes se implicaron en las causas en Latinoamérica, Asia y África debido, en parte, a sus contactos con estudiantes no europeos, quienes habían llegado a las universidades alemanas gracias a programas de intercambio académico. Además, el tercermundismo ofrecía un medio de sortear la división Este-Oeste que tan evidente era en Alemania. Las guerras de guerrilla fuera de Europa parecían un motor para la revolución en una época en la que la clase obrera de los países ricos, especialmente Alemania, se había reconciliado con la vida en el capitalismo.

La solidaridad por estas causas derivó en un interés creciente por las protestas de los afroamericanos y, particularmente, en una fascinación por los *panteras negras*. Sin embargo, la referencia al tercer mundo y/o las minorías no blancas siempre fue un tema curiosamente abstracto en Alemania, donde, a diferencia de EE. UU., no existía una población no blanca establecida. Las referencias al imperio también eran bastante abstractas. Algunos izquierdistas alemanes habían participado en la campaña contra la presencia francesa en Argelia entre 1954 y 1962 y criticaban con frecuencia el «imperialismo» de Estados Unidos. Sin embargo, al igual que los británicos (véase el capítulo 7), la izquierda alemana apenas hablaba del pasado imperial de su propio país —una excepción fueron los estudiantes de la Universidad de Hamburgo, quienes derribaron una estatua del administrador colonial Hermann von Wissmann y la cubrieron con pintura roja y yogur de frutas de la cafetería del campus—. ¹⁷

En la práctica, el tercermundismo de los estudiantes alemanes se expresó en forma de protesta en torno a eventos concretos. En 1966, la proyección en Berlín del documental italiano *Africa addio*, que ofrecía una visión racista del Congo, provocó una serie de manifestaciones. La película fue particularmente ofensiva para los radicales alemanes porque en ella aparecía Siegfried («Kongo») Müller —un ex soldado de la Wehrmacht que se había hecho mercenario— ejecutando a un prisionero. ¹⁸

La guerra de Vietnam tuvo especial resonancia en la RFA. Tanto Alemania como Vietnam eran países divididos en los que un sector apoyado por EE. UU. se enfrentaba a otro bajo régimen comunista. Los estadounidenses eran capaces de llamar la atención de los alemanes sobre este hecho, pero la comparación tenía sus límites. Alemania Occidental era un país democrático, mientras que Vietnam del Sur, no, y la importancia estratégica del primero era infinitamente más grande que la del segundo. Los conservadores alemanes estaban entusiasmados con la idea de que Washington demostrara determinación en Vietnam, pero también esperaban que ello no desviara la atención de los

estadounidenses del principal teatro de operaciones de la guerra fría, que, para Alemania, era Europa. En una conversación privada después de dejar de ser canciller, Adenauer dijo que veía la intervención de EE. UU. en Vietnam como un «desastre» que amenazaba a los estadounidenses con «hundirlos más todavía en el pantanal del Sureste Asiático» cuando «Europa era el área decisiva».¹⁹ No había perspectivas serias de que las tropas alemanas fueran a Vietnam, ya que la RFA había tenido que esperar a su ingreso en la OTAN en 1955 para rearmarse y sus soldados no podían actuar fuera de las fronteras del país. Sin embargo, Alemania Occidental era más sensible a la presión estadounidense que la mayoría de estados europeos, puesto que tenía grandes destacamentos de soldados norteamericanos apostados en su territorio y, a cambio, estaba obligada a comprar equipamiento militar estadounidense para sus propias fuerzas armadas. También tuvo que enviar ayuda no militar —en particular, un buque hospital— a Vietnam del Sur.

La actitud de EE. UU. hacia Alemania Occidental era de doble filo. Washington presentaba a la RFA como uno de sus más fuertes aliados y, Berlín Oeste, como una avanzadilla de la libertad —de ahí el famoso discurso «Ich bin ein Berliner» de Kennedy en 1963 y el comentario más franco de Jrushchov acerca de que Berlín Oeste era «los testículos de Occidente»—, pero también era consciente de la dependencia de Alemania. En todos sus discursos, Kennedy subordinó los intereses de Alemania a sus relaciones más amplias con la Unión Soviética. Su sucesor, Lyndon Johnson, resumió así su opinión de cómo había que tratar con los alemanes: «Hay que seguir dándoles palmaditas en la espalda y, de vez en cuando, alguna patada en las pelotas».²⁰

La fuerte presencia de EE. UU. en Alemania Occidental también brindó la oportunidad de protestar contra la política de Washington en Vietnam, tal como ocurrió, sobre todo, en Berlín Oeste. La ciudad había servido de escaparate para los valores occidentales y ello la convirtió en el escenario ideal para el tipo de teatro político al que la izquierda estudiantil era cada vez más propensa. Allí regían leyes especiales. El Partido Comunista, a pesar de ser ilegal en Alemania Occidental entre 1956 y 1968, era tolerado en Berlín Oeste y los izquierdistas radicales peregrinaban a la ciudad atraídos por los bajos precios de la vivienda y porque el servicio militar no era allí obligatorio. Un observador calculó que una cuarta parte de los militantes estudiantiles más activos de Alemania Occidental vivía en Berlín. Götz Aly, alumno de la Universidad Libre desde noviembre de 1968, dijo más tarde que los estados conservadores del sur de la RFA tendrían que haber compensado económicamente a Berlín por haber «trasladado allí a sus rebeldes potenciales».²¹

En febrero de 1966, una manifestación antibelicista congregó a 2.000 personas en Berlín. Era la primera de una serie de marchas contra la guerra de Vietnam que culminó, a principios de 1968, con una manifestación que atrajo a la ciudad a líderes radicales de toda Europa. Hasta que no empezaron los acontecimientos de mayo en París, con esta marcha parecía que Berlín se convertía en la capital de la protesta en el viejo continente.

Pero hubo una manifestación centrada en otra región del mundo no europeo que generó el episodio más dramático para la izquierda extraparlamentaria. En junio de 1967, con motivo de la visita del shah de Irán a Berlín Oeste, los estudiantes alemanes e iraníes organizaron protestas contra la presencia del gobernante autoritario persa. En el transcurso de las mismas, el día 2 de junio, el manifestante estudiantil Benno Ohnesorg fue muerto por un disparo del policía Karl-Heinz Kurras. El fallecimiento del estudiante y la posterior absolución sin cargos de Kurras indignó a muchos. Algunos han atribuido a este suceso la radicalización del movimiento estudiantil que desembocó en el terrorismo de la década de 1970; de hecho, un grupo terrorista se hizo llamar Movimiento 2 de Junio. Ohnesorg no era un personaje particularmente radical. Estaba casado, su esposa estaba embarazada, nunca había asistido antes a una manifestación y era miembro de una asociación estudiantil de fe protestante.

EL LEGADO DEL NAZISMO

Las referencias a los crímenes del Tercer Reich agudizaron especialmente el conflicto entre generaciones en Alemania. En ocasiones, estas referencias se convirtieron en un recurso utilizado por ambos lados para insultarse mutuamente. En la Universidad de Fráncfort, en noviembre de 1967, el rector acusó a unos manifestantes estudiantiles que habían interrumpido una clase de «interesarse no tanto por el ejercicio del derecho democrático, sino por el uso del terrorismo fascista», y los manifestantes respondieron que las observaciones del rector expresaban «menosprecio por las víctimas de Auschwitz».²² De Gudrun Ensslin, quien nació en 1940 y en la década de 1970 se uniría a la Facción del Ejército Rojo, se creyó que había justificado la acción violenta tras la muerte de Benno Ohnesorg diciendo: «No se puede hablar con la generación que creó Auschwitz». No se sabe con certeza si Ensslin dijo realmente estas palabras,²³ pero la frecuencia con la que han sido citadas ilustra hasta qué punto el nazismo llegó a impregnar todos los aspectos de la política radical en Alemania Occidental. La propia familia de Ensslin es un ejemplo de los complicados vínculos que había entre la gente y el pasado nazi del país. Su padre era un

pastor protestante que había llevado una vida de pasividad antiheroica bajo el nazismo, pero siguió con muchísimo interés la carrera política de su hija. El amante de Ensslin, Bernward Vesper, era hijo de un escritor importante del nazismo. En alguna ocasión, Ensslin y Vesper financiaron sus actividades radicales vendiendo ediciones de la obra del padre de él.

Algunos líderes de la izquierda radical alemana en 1968 tenían, de hecho, padres nazis. Rainer Langhans (nacido en 1940) era hijo de un miembro del partido y, durante un tiempo, fue educado en una institución militar que no había purgado del todo su pasado nazi. Pero la mayoría de sesentayochistas alemanes, al igual que la mayoría de estudiantes radicales del mundo occidental, procedían de familias con opiniones relativamente izquierdistas. Entrevistado treinta años después de los hechos, un activista comentó que su oposición y la del resto de radicales era hacia padres «abstractos» y no biológicos.²⁴

Para algunos sesentayochistas, el aspecto más problemático de sus historias familiares fue la ambigüedad más que la clara percepción de que los hijos izquierdistas estuvieran realmente enfrentados con sus padres nazis. Muchos de los protagonistas del 68 tenían parientes que habían mantenido vínculos complicados con el nazismo. Ulrike Meinhof, la periodista radical que más tarde fundaría la Facción del Ejército Rojo, nació en 1934. Su padre había sido nazi, pero murió cuando ella era niña, y su madre falleció en 1949. Tras quedar huérfana, Ulrike quedó a cargo de Renate Reimack, una amiga de su madre. Después de la guerra, Reimack fue una activista pacifista cristiana que ocultó que había pertenecido al Partido Nacionalsocialista. Karl-Dietrich Wolff (nacido en 1953) se peleó con su padre, juez durante el nazismo. Después de morir este a consecuencia de un accidente, Wolff se armó de valor para leer las cartas de sus progenitores, momento en el que se enteró de que su madre estuvo más comprometida con la causa nazi que su padre.²⁵

Los militantes del 68 vivían en un mundo de clara elección moral y a menudo les costó aceptar la confusa realidad de transigencia y supervivencia que había marcado las vidas de sus padres. Joschka Fischer, nacido en 1948, comentaría más tarde que aprendió a dividir a los alemanes en «víctimas y héroes».²⁶ En la década de 1960, una serie de revelaciones hizo que esta idea fuera más difícil de defender. Adolf Eichmann, uno de los arquitectos del Holocausto, fue secuestrado y juzgado por los israelíes en 1960. De 1963 a 1965, el propio gobierno alemán juzgó a algunos guardias del campo de concentración de Auschwitz. Las revelaciones no generaron necesariamente una visión más matizada de las divisiones morales en Alemania. Al contrario, los jóvenes añadían a menudo la categoría de «criminal» a la de víctima y héroe. A veces, en

su intento por hacer encajar a sus propias familias en simples categorías morales, los sesentayochistas se inventaban una ascendencia imaginaria para sí mismos. Maren Sell era la hija de unos padres que habían intentado, «no sin importantes dosis de valor», evitar involucrarse en el nazismo, pero recordó fantaseando que su madre habría podido ser una resistente y que tanto a ella como a muchos de sus contemporáneos les gustaba pensar que tenían orígenes judíos.²⁷

La radicalización de la izquierda estudiantil alemana complicó todavía más las relaciones con el pasado nacionalsocialista. Ya en 1958, la SDS había organizado una exposición titulada «Justicia nazi no redimida» sobre los nazis que seguían activos en la judicatura. Otros estudiantes simplemente mostraban las tesis doctorales que sus profesores habían publicado durante el Tercer Reich y en las cuales se justificaban determinados aspectos de la política nacionalsocialista.²⁸ En 1966 se presentó una nueva y espectacular ocasión de protesta cuando el político de la CDU Kurt Kiesinger, quien había trabajado para el Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels, fue nombrado canciller del gobierno de Gran Coalición que unió a democristianos con el SPD. Hubo protestas contra Kiesinger, la más drástica de las cuales vino de Beate Klarsfeld, quien abofeteó públicamente al canciller. Pero Klarsfeld no era una estudiante radical. Era ama de casa en París, adonde se había trasladado y se había casado con un judío francés superviviente de la ocupación. Klarsfeld agradeció el apoyo de una parte de la izquierda alemana, principalmente del activista Rudi Dutschke, pero su sensación fue que, en general, a la SDS le interesó tanto el nazismo como entidad abstracta (una entidad que envolvió gran parte de la Alemania de posguerra), que dejó de fijarse en los individuos nazis y sus crímenes específicos:

No podían entenderlo porque, en su deseo de instalar una revolución inmediatamente, encontraban normal que el capitalismo alemán llevara a un ex nazi a la cúpula de la República Federal. Querían luchar de manera global desde la lógica de un caso.²⁹

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

¿Qué papel desempeñó Alemania Oriental en el 68 respecto a Alemania Occidental? En cierto sentido, pesó sobre toda la vida política. La RFA se fundó sobre la base de que Alemania era un único país que debía ser reunificado. Los estudiantes radicales censuraron a menudo el anticomunismo, a veces sugiriendo que desempeñaba el mismo papel que en su día había tenido el antisemitismo. También se definían a sí mismos por oposición a la política oficial del gobierno cuando decían que había que respetar las fronteras *de facto* entre Este y Oeste;

Deutschke, sin embargo, apoyó la reunificación argumentando que un Berlín unificado señalaría el camino hacia un nuevo tipo de política que huiría de las divisiones entre Este y Oeste. Algunos sesentayochistas ingresaron en el Partido Comunista tras su reforma en 1968, pero otros se unieron al mosaico de formaciones comunistas que debían lealtad a países distintos de los del pacto de Varsovia, como China, Albania o Corea del Norte. No obstante, en general, la izquierda radical alemana no apoyó el régimen alemán oriental y se sintió incómoda cuando la activista afroamericana estadounidense Angela Davis, muy admirada en los círculos radicales de la RFA, fue recibida favorablemente en Berlín Este.

La República Democrática Alemana no dejó de incordiar a su rival del oeste. Pasó información a los que investigaban los antecedentes nazis de los funcionarios occidentales y ofreció ayuda a Beate Klarsfeld; pero también hubo muchos ex nazis que desempeñaron cargos en la RDA. Cuando el cortejo fúnebre de Benno Ohnesorg pasó por una *autobahn* en Alemania del Este, se animó a los ciudadanos a que fueran a mostrar sus condolencias, pero las autoridades occidentales pensaron que lo que preocupaba al partido del gobierno oriental era que se produjeran disturbios en sus universidades: «Todo ello reveló que las autoridades de Alemania del Este no supieron muy bien cómo tratar este fenómeno».³⁰ Es de suponer que los funcionarios de la RDA que sabían que el policía que había disparado a Ohnesorg era un espía de los suyos debían estar un poco nerviosos. Hubo personas, probablemente apenas unos centenares, en Alemania Oriental, y sobre todo en Berlín Este, cuyas actividades parecían desarrollarse en paralelo a las de los sesentayochistas del oeste. Sin embargo, en general, en el 68 de la RDA, la izquierda política —a menudo reacia a romper por completo con el comunismo— se mantuvo alejada de la contracultura de la música rock y la rebelión. El caso de Kongo Müller —el mercenario tan denostado por la izquierda alemana occidental— llegó a conocimiento de los jóvenes alemanes orientales gracias a la propaganda de su propio gobierno, pero algunos de ellos reaccionaron tratándolo como un héroe y poniéndolo muchas veces a la altura de los Rolling Stones.³¹

LA CRISIS DE LA IZQUIERDA EXTRAPARLAMENTARIA

Algunos han visto el año 1968 como un período de crisis para la izquierda radical alemana. En el mes de abril, un joven pintor de brocha gorda, inspirado —según creyeron muchos izquierdistas— por los artículos publicados en los periódicos derechistas del grupo Springer, disparó a Rudi Dutschke. Dutschke

sobrevivió, pero quedó gravemente herido y murió once años después sin haberse recuperado completamente. Pasó varios años fuera de Alemania y no volvió a tener el mismo protagonismo en la vida pública, aunque, en un acto característico de él, escribió a su potencial asesino para instarle a tomar las armas en nombre de su propia clase y no contra la izquierda estudiantil. El intento de asesinato pareció, a veces, un acto más del teatro político asociado con Dutschke. Provocó manifestaciones en lugares tan alejados como Nueva York y centró la atención en su figura como icono radical. Sin embargo, también lo eliminó del centro del escenario político justo cuando una parte del movimiento estudiantil alemán viraba hacia el radicalismo más extremo. Es difícil saber qué papel habría desempeñado Dutschke si se hubiese mantenido en plenitud de salud. ¿Se habría unido a algunos de sus ex compañeros para apoyar la violencia o, como Cohn-Bendit, habría tomado una senda política más convencional?

El Parlamento alemán aprobó finalmente la Ley de Emergencia el 30 de mayo de 1968, el mismo día en que los gaullistas se manifestaron a favor del orden en París. Los sindicatos consideraron que la versión revisada de la ley era tolerable y ello hizo desaparecer el único motivo que habría podido unir a estudiantes y obreros. En 1970, la CIA pensó que «la actividad frenética de los años previos, particularmente 1967 y 1968, ha disminuido» y dio lugar a un «paisaje de volcanes humeantes pero actualmente inactivos». Sus analistas explicaron así el cambio:

Visto en retrospectiva, el asunto Dutschke fue, posiblemente, el punto álgido y el inicio del descalabro del movimiento estudiantil radical. A medida que la violencia aumentaba y el extremismo se generalizaba, la solidaridad y el apoyo procedente de elementos moderados menguaron. Los problemas fueron cada vez más escasos y, sin el magnetismo de Dutschke —despojado de su talento demagógico y su fervor combativo por una herida en la cabeza—, los miembros de la extrema izquierda que quedaron empezaron a dar rienda suelta a las agresiones cada vez más entre ellos y menos sobre la sociedad en su conjunto. La opinión pública liberal se indignó con los atentados con bombas e incidentes como el tiroteo de mayo de 1970, en el que un radical acusado de incendio provocado fue ayudado a escapar de prisión.³²

La SDS se fue radicalizando, tal como ilustra el caso de la ocupación del Instituto de Investigación Social de Fráncfort por parte de los estudiantes en noviembre de 1968. Esta institución era el centro de la «Escuela de Fráncfort» del marxismo y fue fundada principalmente por intelectuales judíos obligados a exiliarse durante el nazismo. La acritud del debate posterior a la ocupación de las instalaciones quedó reflejada en la correspondencia que mantuvieron dos miembros de la escuela: Theodor Adorno, director del instituto, y Herbert Marcuse, quien se solidarizó con los estudiantes alemanes, quizá —o, al menos,

en parte— porque vivía alejado de ellos varios miles de kilómetros, en California. La SDS se disolvió en 1970. Para entonces, algunos de sus ex miembros habían abrazado la violencia y emprendían un camino que les llevaría a cometer asesinatos en la década de 1970 (véase el capítulo 10).

El 68 alemán es a menudo examinado a través del prisma del pasado nazi y/o del futuro terrorista. Ambos suelen estar relacionados porque las referencias al nazismo se formularon en unos términos tan generales que parecían justificar prácticamente cualquier tipo de violencia y porque los adversarios de la izquierda radical llamaron la atención sobre las maneras en las que los planteamientos de la misma se asemejaban a los del fascismo.

Hay un comentario más general que se podría hacer con respecto al 68 en Alemania. Algunos sectores de la izquierda radical denunciaron a sus adversarios de una manera tan amplia que trataron a todo el espectro político, incluida la izquierda democrática, con el mismo desprecio. Helmut Schelsky lo resumió así:

No hay prácticamente ningún movimiento revolucionario que se haya tomado menos molestias intelectuales para definir a su enemigo. Obra en gran medida por conceptos difamatorios y polémicos. A las «autoridades» de cualquier institución las llama «establishment» o «dirigentes» sin tener en cuenta el nivel de democracia o legitimidad que les ha llevado a ocupar sus cargos de liderazgo ni qué deberes y creencias políticas y sociales reconocen y representan. Las intenciones políticas y estratégicas de este tipo de análisis permiten aplicarlo de igual manera a políticos conservadores, como Kiesinger, Barzel o Strauss, y a socialdemócratas como Schiller, Leber y Helmut Schmidt.³³

Hay algo de cierto en la opinión de Schelsky. La tendencia de la izquierda radical a considerar indistintamente por igual a todos los adversarios políticos generó en Alemania, por lo menos durante un tiempo, una forma de oposición sin parangón en prácticamente ningún otro lugar. Hacer hincapié en una división extrema puede resultar engañoso. El artículo en el que Schelsky denunciaba a los estudiantes radicales por medir a todos su enemigos con el mismo rasero contenía una paradoja interesante, porque Schelsky también puso en el mismo saco a todos los sesentayochistas, incluidos, por ejemplo, los que fueron miembros del SPD.

Lo cierto es que en el 68 alemán confluyeron varios niveles de compromiso político. Un gran número de estudiantes apoyaron a los partidos establecidos contra los cuales la «oposición extraparlamentaria» se definía a sí misma. De hecho, el 50 % de los estudiantes, a diferencia del 37 % de la población general, apoyó la Ley de Emergencia cuando se debatió por primera vez en 1966. Es

cierto que el 30 % de los estudiantes alemanes simpatizó con los objetivos de la SDS, pero este apoyo apenas significaba a menudo un deseo de reforma universitaria.³⁴ Posteriores acontecimientos, como, en particular, el asesinato de Benno Ohnesorg, suscitaron protestas estudiantiles, pero estas no implicaron necesariamente una radicalización extrema; el alumnado democristiano también condenó el crimen.

La cifra de radicales más comprometidos fue relativamente baja. La máxima afiliación que alcanzó la SDS alemana fue de 2.000 miembros; la organización estadounidense de siglas homónimas alcanzó los 100.000. Probablemente, solo hubo 20.000 militantes estudiantiles activos en toda Alemania Occidental. El número de los que participaron en los grupos más llamativos fue mucho menor. La comuna libertaria Kommune 1, que protagonizó protestas espectaculares y fue finalmente expulsada de la SDS en 1967, estuvo formada al principio por los inquilinos de un apartamento berlinés. Como dijo un historiador, la del radicalismo estudiantil en Alemania fue, muchas veces, «menos una historia de la SDS *per se* que una serie de intervenciones en la SDS por parte de un pequeño grupo de individuos».³⁵ Mucho más que en otros países, en la República Federal Alemana se generó una relación simbiótica entre los radicales y los medios de comunicación de masas. Gran parte de lo que hicieron los primeros proporcionó relatos para los segundos, lo cual, a su vez, transmitió una sensación exagerada de la importancia del radicalismo extremo.

Muchos estudiantes alemanes —particularmente en el sur— se vieron relativamente poco influidos por el radicalismo. Las figuras más extremistas de Berlín Oeste se volvieron en contra de las instituciones liberales —principalmente la Universidad Libre— creadas después de 1945 por los aliados vencedores. Sin embargo, algunos estudiantes se acercaron realmente a la izquierda democrática, alejándose a menudo del conservadurismo propio de las hermandades universitarias tradicionales. Es significativo que los funcionarios británicos en Berlín y Bonn se mostraran benevolentes con los manifestantes estudiantiles, a quienes consideraban también relativamente moderados: «Parece que, en el marco de la historia alemana reciente, vemos que cobran ánimo los síntomas de que podría estar emergiendo una generación de universitarios con conciencia política de izquierdas y preparada para rebelarse contra los esquemas sociales y políticos de sus padres».³⁶

El 68 alemán fue atípico en un aspecto revelador. En otros países, los movimientos de protesta de finales de la década de 1960 coincidieron con victorias electorales de la derecha y, a veces, contribuyeron a que estas se produjeran, como las de Heath, Nixon o los gaullistas. En cambio, en 1969,

Alemania viró a la izquierda. La Gran Coalición del SPD y los democristianos fue sustituida por una coalición formada por los liberales y el SPD de Willy Brandt. No se puede afirmar que el presidente de los socialdemócratas fuera un sesentayochista. Sin ir más lejos, el 13 de mayo de 1968, cuando los sindicatos franceses convocaron una huelga general en apoyo a los estudiantes, Brandt estaba en la Borgoña iniciándose en la Confrérie des Chevaliers du Tastevin. Aun así, fue muy comprensivo con las demandas del movimiento estudiantil; en parte porque su hijo Peter participó activamente en él.

Nacido en 1912, Willy Brandt se exilió durante el nazismo e incluso luchó contra el Tercer Reich como miembro de la resistencia noruega. En la primera mitad de la década de 1960, siendo alcalde de Berlín Occidental, se mostró dialogante con los manifestantes estudiantiles. La CIA insinuó que «la imagen de un padre indulgente [Brandt] con hijos radicales es más atractiva que la del ex canciller Kiesinger, el patriarca distante proclive a condenar los excesos juveniles».³⁷ Brandt reconoció que no siempre hubo una división profunda entre los que protestaban y los atacados. Temía que los primeros cayeran en el mismo error que los marxistas que habían contribuido a derrocar la República de Weimar con su radicalismo; aunque también admitió que él había sido uno de aquellos radicales. Veía al SPD como un partido inspirado en todo momento por el diálogo con los intelectuales y añadió que la protesta estudiantil, incluso después de sus actos más dramáticos, dejó un legado: «introdujo a nuestras sociedades en un proceso de cambio plural que penetró en las esferas más variadas e incluso dejó su huella en las corrientes de pensamiento conservador».³⁸

El gobierno que Brandt encabezó fue el más izquierdista desde la República de Weimar. La política democrática en Alemania no se derrumbó. En la década de 1980, algunos destacados sesentayochistas decidieron que esa política era la mejor para cambiar el país y pusieron sus esperanzas, principalmente, en Los Verdes (Die Grünen). Pero, incluso antes de ello, un gran número de alemanes apoyó al SPD. De hecho, los mayores beneficiarios del 68 fueron las juventudes del partido. La influencia de los radicales en el ala juvenil del SPD fue, en ocasiones, incómoda para el propio partido, sobre todo después de que Karsten Voigt fuera elegido líder de las juventudes y las llevara a la izquierda. Pero, en general, los compañeros de Brandt consideraron que era más fácil tener el radicalismo en el propio partido que atacarlo desde fuera. Las juventudes del SPD llegaron a tener 250.000 miembros, una cifra que empujó a cualquier otro grupo de la izquierda radical.³⁹

En 1967, después de que dispararan a Benno Ohnesorg, Rudi Dutschke

pronunció un discurso en el que, con su característica combinación de lenguaje sorprendente y significado ambiguo, habló de la «Larga Marcha a través de las instituciones». Probablemente no estaba sugiriendo que la izquierda alemana aceptara las instituciones establecidas de la República Federal, pero, analizando el 68 en retrospectiva, no se puede negar que esto fue precisamente lo que hicieron muchísimos radicales estudiantiles alemanes en las décadas posteriores.^{[40](#)}

Reino Unido



Karl Dietrich Wolff (izquierda), Tariq Ali (centro) y Daniel Cohn-Bendit, junto a la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate a mediados de junio de 1968.

Hasta hoy, el malestar entre los universitarios del Reino Unido ha sido, en su conjunto, inferior al de muchos otros países ... Allí donde se han producido disturbios, la gran mayoría de los alumnos no ha participado en ellos y, en varios casos, las mayorías estudiantiles han votado que las «sentadas» y otras actividades parecidas deben darse por terminadas.

Memorando redactado por
vicerrectores y
rectores universitarios, 21 de
enero 1969¹

La novela de humor de David Lodge, *Intercambios* (1975), trata de un intercambio académico a finales de la década de 1960 entre un profesor adjunto de Rummidge, una imaginaria ciudad industrial inglesa inspirada en Birmingham, y un catedrático de la Universidad del Estado de Euforia, inspirada en la institución estadounidense de Berkeley. El simple hecho de comparar el ambiente universitario de California con el de los Midlands ingleses ya resulta divertido. Intentando explicar la protesta estudiantil en la Universidad de Birmingham a un público estadounidense, un catedrático de derecho de dicho centro escribió lo siguiente: «Para una universidad tediosamente provinciana y pesadamente científica, sufrir tamaña revuelta fue algo totalmente inesperado».² Los acontecimientos en el Reino Unido fueron, en ocasiones, una mediocre imitación de los disturbios sucedidos en otros países. Y en el caso de la Universidad de Birmingham, las protestas fueron, en cierto sentido, la imitación de una imitación. Dick Atkinson, profesor adjunto interino de sociología, llevó allí el argot radical que había aprendido siendo alumno de posgrado en la London School of Economics, una institución que, a su vez, se había radicalizado con la presencia de estudiantes estadounidenses.

Un aspecto importante del 68 en todos los escenarios mundiales fue la

sátira, pero la manera como esta se entrelazó con los movimientos radicales británicos resulta particularmente reveladora. La revista *Private Eye*, que había aparecido a principios de la década de 1960 a partir de publicaciones estudiantiles, era admirada por muchos sesentayochistas.³ Algunos de ellos escribieron para ella, como Germaine Greer, quien contribuyó con una columna sobre jardinería firmando con el pseudónimo de «Rose Blight» (Rosa Marchita). La famosa viñeta de Gerald Scarfe —en la que aparece el primer ministro Harold Wilson lamiéndole el trasero a Lyndon Johnson y que fue publicada por primera vez en *Private Eye*— se utilizó como pancarta en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam. Sin embargo, a pesar de —o debido a— sus vínculos con los jóvenes radicales, *Private Eye* nunca se tomó en serio las protestas del 68. De hecho, se burló de los sinceros intentos de otras publicaciones más serias de comprender las reivindicaciones estudiantiles. Para ello, imprimió un glosario para que sus lectores pudieran entender esos análisis. Por ejemplo, cuando un corresponsal de *The Times* escribía sobre la «sensación de estar manipulado por una concentración incontrolada de poder», quería decir «aburrimiento». Y «una nueva visión de la organización de las sociedades humanas» era «un montón de gabachos pirados embistiendo, como de costumbre».⁴

El tono cómico también está presente en las memorias de algunos líderes de la izquierda radical británica cuando describen, con placer masoquista, su propio y evidente fracaso y presentan Gran Bretaña como modelo de insularidad filistea. En cambio, sus homólogos de otros países se tomaron en serio las tradiciones nacionales, ya fuera por respeto, como en Francia; por denuncia, como en Alemania; o por respeto a la denuncia, como en Estados Unidos. Solamente los activistas británicos consideraban ridículas sus tradiciones nacionales y daban por sentado que ser «radical» y ser británico eran dos conceptos mutuamente excluyentes. Según recuerda uno de ellos, su atracción por el «ambiente cultural e intelectual de París» (del cual sabía relativamente poco) estuvo alimentada por el «creciente desprecio hacia las actitudes anglosajonas infundido por la escuela pública a la que fui [St Paul's School] y que llegué a odiar». Su actitud con respecto a los intelectuales del Grupo de Bloomsbury era de doble filo, ya que, para él, «estaban abiertos a la influencia extranjera (bien) y, a la vez, eran prototípicamente ingleses (mal)».⁵

Los historiadores también han tendido a trivializar la protesta en el 68 británico o a ver el Reino Unido como un país intrínsecamente conservador. Uno de ellos escribe:

Políticamente, lo que más me impresionó del Reino Unido de finales de la década de 1960

no fue la política de la revuelta estudiantil (realmente soporífera) ni el movimiento de protesta contra las actividades estadounidenses en Vietnam (por muy dramáticas que fueran). Fue más bien el racismo descarado de los portadores de carne del mercado de Smithfield cuando se manifestaron en 1967 [sic] para apoyar a Enoch Powell, [y] el electoralmente manipulado estado protestante de Irlanda del Norte.⁶

Mucho pábulo se ha dado a incidentes como aquel en el que, en octubre de 1968, al finalizar una marcha contra la guerra de Vietnam, manifestantes y policías se dieron las manos con los brazos entrecruzados y cantaron «Auld Lang Syne».

Hay cierta justicia en este tipo de retratos. Es cierto que el radicalismo estudiantil de finales de la década de 1960 fue menos espectacular en la isla de Gran Bretaña que en Estados Unidos o en la Europa continental (las revueltas obreras de los años setenta en Irlanda del Norte fueron un caso aparte). Sin embargo, incidir en la quietud política británica de finales de los sesenta y principios de los setenta puede conducir a engaños. En primer lugar, las observaciones se han basado a menudo en una estricta comparación con Francia en el momento más espectacular de la protesta estudiantil del año 1968. La intelectualidad británica, tradicionalmente influida por las corrientes europeas continentales, quedó muy impresionada por los acontecimientos de París de mayo de 1968 y, por comparación, tachó a su país de aburrido. Maurice Kirk, profesor adjunto de la Universidad de Leeds, recordó «a una chica caminando por Woodhouse Lane con la bandera roja y negra de los anarquistas de la Sorbona porque los alumnos de Leeds estaban muy interesados en los disturbios de las calles de París de mayo de 1968».⁷ Sheila Rowbotham presintió que «la historia podía estar pasando al otro lado del Canal».⁸ Angelo Quattrocchi hizo una sobrecogedora denuncia en las páginas de un diario italiano: «Ahora mismo estoy en la orilla izquierda, asomado a una ventana, y los revolucionarios arrancan los adoquines del suelo, con una mirada radiante y las manos ensangrentadas». En realidad, Quattrocchi estaba en Fulham mirando por la ventanilla del autobús de la línea 31.⁹ En segundo lugar, presentar Gran Bretaña como isla del conservadurismo es ignorar a los radicales extranjeros que se congregaron en Londres para, en muchos casos, buscar refugio huyendo de la represión de otros países occidentales. Rudi Dutschke llegó al Reino Unido después de ser tiroteado en Berlín. Daniel Cohn-Bendit visitó Londres durante un breve período de tiempo después de ser expulsado de Francia; el hecho de que estuviera allí el 18 de junio, coincidiendo con el aniversario de la «llamada al honor» de De Gaulle en 1940, provocó un arrebato de preocupación entre quienes pensaron que Cohn-Bendit podría emitir desde Londres su propia

llamada a la «resistencia» en Francia.¹⁰ Muchos estadounidenses que no querían ser llamados a filas también encontraron acomodo en Londres,¹¹ como también hicieron intelectuales pakistaníes, jamaicanos y, sobre todo, australianos. Londres, al igual que Ámsterdam, fue importante durante el 68 porque allí se fraguaron ideas radicales, aunque después se implementaran en otros lugares. El congreso sobre dialécticas de la liberación celebrado en el Roundhouse londinense en 1967 —donde participaron, entre otros, Stokely Carmichael y Herbert Marcuse— fue particularmente influyente. Y, en tercer lugar, el hecho de considerar el Reino Unido un país conservador «por naturaleza» desvía la atención de cómo se gestionó y contuvo la protesta y hasta qué punto esta gestión fue llevada a cabo por las instituciones más aparentemente arcaicas.

ANTIGUO RÉGIMEN

El arcaísmo del que tanto se burlaron los radicales fue determinante para estructurar la respuesta de las autoridades frente a la protesta. El Reino Unido era un *Ancien Régime* con una monarquía hereditaria, una iglesia consolidada y una Cámara Alta no electa compuesta, en gran medida, por miembros nacidos en la aristocracia. Ello produjo algunos momentos graciosos. A principios de 1967, un movimiento antibelicista preparó un acto contra la guerra de Vietnam en el que Kathleen Parr debía imitar a la reina y condecorar a unos soldados australianos rodeados de manifestantes que debían fingir que estaban muertos. El acto se proponía llamar la atención sobre el hecho de que la reina era la jefa del Estado en Australia y Reino Unido, y que Australia había enviado soldados a combatir en Vietnam. Las autoridades no estaban preocupadas porque se criticara el militarismo en un país de la Commonwealth, sino por el hecho de que imitar a la monarca era delito (un delito que se remontaba a las actividades de los *pretenders* al trono en el Medievo). Los responsables del acto intentaron evitar cualquier malentendido insistiendo en que querían retratar a la «reina Catalina» y el director de la fiscalía pública concluyó que una denuncia penal «no sería de interés público».¹²

En ningún sitio estuvo el *Ancien Régime* tan profundamente arraigado como en las universidades. Esto hizo que, a menudo, fuera difícil saber quién ejercía realmente el poder. En la Europa continental, los estudiantes sabían que cada universidad estaba dirigida por un rector que respondía ante el ministro de Educación correspondiente. En el Reino Unido, en cambio, definir quiénes eran las autoridades universitarias o, incluso, definir qué estamento había detrás, podía resultar incómodo. En 1967, la reforma de la Universidad de Oxford fue

sometida a debate por el Consejo Privado (Privy Council), que era el grupo oficialmente encargado de asesorar a la reina.¹³ Algunos cargos académicos eran elegidos directamente por la monarca y; en la práctica, por el secretario de citas del primer ministro después de realizar los «sondeos» oportunos. Una de estas citas —R. A. Butler, director del Trinity College de Cambridge— era un ex secretario de Interior del Partido Conservador. Otra era el general sir John Hackett, un ex paracaidista —el equivalente británico de Jacques Massu— que fue nombrado director del King's College de Londres en 1968. Quizá porque no estaban directamente supeditados a ningún ministro del gobierno, tanto Butler como Hackett demostraron ser comprensivos con algunas demandas estudiantiles o, como mínimo, hábiles a la hora de aparentar hacer concesiones. Hackett, enfundado en su sombrero Homburg de fieltro y con corbata de regimiento, encabezaría célebremente una manifestación estudiantil en 1972.

Incluso después de la expansión universitaria que siguió al Informe Robbins de 1963 (véase el capítulo 3), el porcentaje de la población universitaria en el Reino Unido todavía era menor que el de Europa Occidental o Estados Unidos. Es más, el crecimiento de las universidades agrandó en algunos casos el abismo existente entre los estudiantes y el resto de la población. Las universidades de «ladrillo rojo», cuyo origen se remonta al siglo XIX, se hallaban en ciudades industriales. Las nuevas instituciones, en cambio, se construyeron cerca de municipios pequeños o, incluso —otro toque de *Ancien Régime*—, en ciudades catedralicias. Los estudiantes vivían en residencias especialmente levantadas en los campus, lo cual quería decir que la mayoría volvían a casa de sus padres al finalizar cada semestre. Un sociólogo de la Universidad de Sussex resumió así los efectos políticos de esta realidad: «El único aspecto positivo de todo el descontento es que las revoluciones siempre se hacían durante las vacaciones».¹⁴

La relativa generosidad de las becas estatales destinadas a los estudiantes universitarios británicos hizo que el dinero se convirtiera en un elemento de interés común entre los alumnos y sus universidades. Los profesores se pusieron a menudo del lado de sus pupilos cuando se producían enfrentamientos con el gobierno a causa de las ayudas. La manifestación de Londres a la que asistió el general sir John Hackett se había convocado a causa de las becas. Y entre los académicos que escribieron a *The Times* para quejarse de los intentos de aumentar las tasas a los estudiantes extranjeros en 1967 estaban Max Beloff, Isaiah Berlin y Hugh Trevor-Roper. Los tres se opondrían firmemente, en otros aspectos, a las demandas estudiantiles de finales de la década.

El radicalismo político británico atrajo un rango de edades reducido. Los menores de dieciocho años apenas se implicaron. Los radicales que intentaron

movilizar a alumnos de colegio en el Reino Unido tuvieron menos éxito que sus homólogos en Estados Unidos y la Europa continental. El Sindicato de Acción Escolar (Schools Action Union) —fundado por trotskistas en 1969 y posteriormente bajo influencia maoísta— apenas consiguió llevar a más de 800 niños a las manifestaciones.¹⁵ La idea de que la rebelión podía llegar a los internados elitistas —como la descrita en la película de Lindsay Anderson *If...*, estrenada en 1968— despertó entusiasmo. Un radical aseguró que el director de la Rugby School expulsó a quince chicos para «evitar grados extremos de modernidad».¹⁶ Sin embargo, lo cierto es que este tipo de agitación era tan escasa que un responsable de la función pública fue trasladado para intervenir personalmente al saberse que un alumno de la escuela donde el citado funcionario había estudiado en su niñez (Westminster) se había unido al Sindicato Nacional de Alumnos de Escuelas (National Union of School Students) y al Grupo Marxista Internacional.¹⁷

Debido, en parte, a que recibían generosas becas y, en parte, a que los requisitos de ingreso eran relativamente elevados, los estudiantes universitarios británicos solían concluir los estudios en los plazos previstos, los cuales eran bastante breves. La mayoría de alumnos pasaba tres años en la universidad, normalmente de los dieciocho a los veintiún años. Al salir, y debido al boyante mercado laboral de finales de la década de 1960, casi todos encontraban un empleo a tiempo completo. Hasta la institución de los *sabbatical officers* —los delegados de los sindicatos de estudiantes— suscribía la idea de que ser estudiante, e incluso ser estudiante miembro de una organización estudiantil, era una fase de la vida distinta y finita. El resultado de esto fue, en parte, como escribieron dos académicos, que «la posibilidad de que haya estudiantes “perpetuos” o “profesionales” como “personal permanente” de las organizaciones estudiantiles es, por consiguiente, muy limitada».¹⁸ John Saville, un historiador de la vieja izquierda (había sido comunista) que observaba con una compasión exasperante los cargos que ocupaban los alumnos en la Universidad de Hull, sabía que las autoridades universitarias ganarían si se limitaban a aguantar hasta el final del año académico, momento en el que muchos radicales acababan sus estudios.¹⁹

Las universidades británicas eran pequeñas en comparación con, por ejemplo, Berkeley o la Universidad de Míchigan. Eran menos capaces de apoyar una cultura política independiente. También estaban menos centralizadas que las universidades de la Europa continental, especialmente Francia. De hecho, una investigación parlamentaria señaló que los estudiantes británicos pedían más centralización cuando los franceses reclamaban lo contrario.²⁰ Oxford y

Cambridge estaban divididas en varias escuelas federadas, cada una de las cuales estaba más o menos gobernada por su propia gente. Londres no generaba la misma atención nacional sobre el activismo estudiantil que Roma, Berlín Occidental o París. La propia Universidad de Londres estaba dividida en varias escuelas que parecían estar habitadas por mundos distintos. La London School of Economics (LSE) fue uno de los centros más importantes de radicalismo estudiantil a finales de la década de 1960. Estaba situada a escasos cientos de metros del King's College, el cual albergaba, al menos hasta principios de los años setenta, uno de los alumnados más conservadores del Reino Unido. Mientras los revolucionarios de la LSE hablaban de derrocar el capitalismo, los estudiantes del King's College organizaban gansadas con la estatua del león *Reggie*, la mascota del centro.

El Sindicato Nacional de Estudiantes del Reino Unido (National Union of Students, NUS) también fue, durante casi toda la década de 1960, una fuerza contraria a la acción radical en las universidades. Fue fundado en los años veinte por un estudiante del King's College de Londres y tradicionalmente evitaba cualquier implicación política. En 1965, el NUS rechazó unirse a la Conferencia Internacional de Estudiantes. No fue porque supiera que la CIA la subvencionaba,²¹ sino porque consideraba que la condena de la Conferencia al «imperialismo, colonialismo, neocolonialismo, militarismo y totalitarismo» eran objetivos encomiables, pero contrarios al ideario apolítico del propio NUS. Incluso en 1968, para disgusto de algunos estudiantes radicales, el NUS trató de negociar con algunos vicerrectores universitarios. La falta de entusiasmo por un compromiso político explícito y radical demostrada por el Sindicato Nacional de Estudiantes quedó reforzada por el hecho de que muchos de sus líderes eran miembros del Partido Laborista —uno de los pilares del orden establecido a finales de la década de 1960— que intentaban labrarse un futuro haciendo carrera en él.

Hubo cambios en el propio NUS a finales de los años sesenta. La Alianza de Estudiantes Radicales (Radical Students Alliance, RSA) se fundó a finales de 1966 y celebró un congreso a principios del año siguiente que congregó a 400 estudiantes procedentes de 108 instituciones. El grupo fundador estaba formado por seis presidentes de sindicatos estudiantiles, dos representantes del Partido Liberal, dos del Partido Laborista y dos del Partido Comunista —un líder de la RSA aseguró que invitaron a representantes del Partido Conservador a unirse a la formación, pero declinaron la oferta—.²² Al parecer, la mayoría vieron en la RSA un medio para entrar a trabajar en el NUS más que una alternativa a este (aunque la Universidad de Essex abandonó el NUS durante un tiempo),²³ pero,

aun teniendo estas limitadas ambiciones, la RSA no tuvo demasiado éxito a corto plazo a la hora de hacer que el alumnado fuera más abiertamente político.

En 1969, Jack Straw, con el apoyo de los que habían sido miembros de la RSA, desplazó a Trevor Fisk como presidente del NUS. Sus adversarios presentaron este cambio como un movimiento brusco a la izquierda. De hecho, como presidente del sindicato de estudiantes de la Universidad de Leeds en 1968, Straw había condenado ataques a un parlamentario conservador de visita a la institución. Su principal preocupación durante la sentada posterior había sido la de asegurar que el sindicato se hiciera con el control de los acontecimientos y no se viera desbordado por formas de protesta más militantes. Straw adoptaba las maneras del radicalismo cuando le convenía. En 1968 comentó que la protesta estudiantil surgió, en parte, de «la creciente desilusión hacia las políticas de partido tradicionales causada por el crecimiento de las políticas de consenso».²⁴ En 1969 aseguró que era «un miembro no muy activo del Partido Laborista»; lo normal en la época era que cualquiera que quisiera contar con el apoyo de la izquierda debía distanciarse del partido. Los observadores más agudos, sin embargo, se mostraron escépticos. Uno escribió que tanto Fisk como Straw eran «figuras del *establishment*, políticos estudiantiles astutos y sagaces», y comparó la relación entre ambos con la de los ministros laboristas Anthony Crosland y Barbara Castle.²⁵ De hecho, Straw llegó a ser un estrecho colaborador de Castle y, finalmente, ministro de Trabajo.

Algunos cambios sucedidos en la década de 1960 y, más todavía, a principios de los años setenta, contrarrestaron en parte la quietud de los estudiantes británicos. Los alumnos de posgrado eran más políticamente activos que los de las licenciaturas y su número aumentó considerablemente durante este período. Un importante grupo de estudiantes de posgrado estadounidenses —en algunos casos, escapando del servicio militar— llegó al Reino Unido. Su presencia fue particularmente numerosa en la London School of Economics, donde sumaron una décima parte del alumnado en 1968.²⁶ Unos pocos profesores adjuntos interinos ayudaron a transmitir las ideas radicales de una universidad a otra, a veces ayudados en su peregrinación por el deseo de los vicerrectores de prescindir de cualquier elemento problemático. Fue el caso de Dick Atkinson (mencionado antes), quien, siendo estudiante de posgrado en la LSE, se trasladó como profesor adjunto interino a Birmingham y, después, a Mánchester.

¿Cómo interactuaron los estudiantes con la política más general de la izquierda británica en los años sesenta? El sistema de partidos del Reino Unido era más sencillo que en la mayoría de países europeos. Las formaciones principales eran dos, el Partido Conservador y el Laborista. Después había algunos parlamentarios liberales, vestigios de lo que había sido un gran partido antes de la primera guerra mundial, pero, después de 1950, no había ningún miembro del Parlamento que representara a algún partido situado a la izquierda del Laborista. El Partido Comunista Británico era pequeño y muchos de sus miembros, sobre todo intelectuales, habían abandonado la formación como protesta contra la invasión soviética de Hungría en 1956. Curiosamente, los intelectuales de izquierdas a veces fueron más influyentes después de dejar el partido que estando dentro del mismo; tanto fue así, que uno de los paranoicos remitentes epistolares de Enoch Powell llegó a preguntarse «si estas renuncias en masa no podrían ser parte de un complot».²⁷

Dos pequeñas publicaciones surgieron de la desilusión con el Partido Comunista a principios de la década de 1950, ambas radicadas en parte en universidades. *The New Reasoner* fue fundada por académicos del norte de Inglaterra —entre los que destacaban los historiadores John Saville y Edward (E. P.) Thompson—, la mayoría de los cuales eran lo suficientemente mayores como para haber combatido en la segunda guerra mundial. Prácticamente al mismo tiempo, un grupo de jóvenes de Oxford, nacidos en la década de 1930, fundaron *Universities and New Left Review*. Ambas publicaciones se unieron en 1960 para formar *New Left Review*. Sus firmas más destacadas, sin embargo, quedaron rápidamente divididas. Los procedentes de *The New Reasoner* empezaron a referirse a sí mismos, con cierto rencor, como la «vieja nueva izquierda». Las figuras más importantes de *New Left Review* eran Stuart Hall, un académico de origen jamaicano dedicado a lo que después se conocería como «estudios culturales», y Perry Anderson, cuyo prestigio le vino dado tanto por su inmensa autoestima intelectual como por el hecho de ser lo suficientemente rico como para subvencionar una publicación deficitaria. A Anderson le interesaba la alta teoría y escribía sobre tradiciones nacionales británicas con desprecio. Thompson se consideraba el defensor de un enfoque más empírico y creía en la existencia de un valor especial en cierto tipo de cultura política inglesa.

En 1960, la principal causa por la que se movilizó la izquierda británica fue el apoyo al desarme nuclear unilateral (es decir, la creencia en que el Reino Unido debía renunciar a las armas nucleares sin importar lo que hicieran otros países) y, ese año, los defensores del unilateralismo se impusieron en el propio Partido Laborista, pero esta victoria no duró mucho. A pesar de ello, la izquierda radical no dio totalmente la espalda al laborismo. En 1965, Perry Anderson

coeditó una colección de ensayos en la que colaboraron lord Balogh, economista y par vitalicio laborista, y Richard Crossman,²⁸ un excéntrico ministro del gabinete laborista que, hacia el final de la década, compararía al ambiente generado por la protesta estudiantil con los «primeros días de la República de Weimar».²⁹ La cifra de miembros de la Asociación Nacional de Organizaciones de Estudiantes Laboristas (National Association of Labour Student Organizations, NALSO) creció de 1.500 en 1956 a cerca de 6.000 a mediados de la década de 1960.³⁰

Lo que cambió el estado de ánimo de la izquierda fue, en parte, la victoria del Partido Laborista en las elecciones generales de 1964 y, después, de manera más decisiva, las de 1966. Dos radicales estadounidenses que estudiaban y alborotaban en la London School of Economics compararon la victoria laborista con la «candidatura de la paz» de Lyndon Johnson o la Gran Coalición de Kurt Kiesinger: de la misma manera que estas habían «terminado con la ilusión de la juventud estadounidense y alemana por un cambio a través de métodos parlamentarios, el acceso de Harold Wilson al trono tuvo el mismo efecto sobre los jóvenes izquierdistas británicos».³¹ La victoria laborista acabó con trece años de gobierno conservador que finalizaron con los mandatos de Harold Macmillan, una caricatura de aristócrata inglés, y Alec Douglas-Home, aristócrata de verdad.

Harold Wilson, el nuevo primer ministro laborista, fue, con cuarenta y ocho años, el jefe de gobierno más joven desde principios del siglo XIX. Sus orígenes eran relativamente humildes y ascendió socialmente gracias a su notable inteligencia. Durante prácticamente toda su carrera política siempre se le ubicó a la izquierda del Partido Laborista, pero sus formas estaban calculadamente orientadas a fastidiar a la izquierda radical. Wilson parecía proclamar un pragmatismo amoral, a veces con frases como «una semana es mucho tiempo en política». Dean Rusk advirtió a Lyndon Johnson, quien ponía el listón alto a la hora de juzgar el cinismo, de que Wilson «no es un hombre de convicciones políticas profundas» y que, «de una manera u otra, no inspira confianza a mucha gente».³²

Wilson denunció «prácticas restrictivas», lo cual fue ampliamente interpretado como un ataque al poder sindical. Cuando los marineros fueron a la huelga en 1966, el primer ministro declaró el estado de emergencia amparándose en una legislación que se había diseñado para los disturbios que siguieron a la revolución bolchevique de 1917. De alguna manera, sin embargo, las incómodas relaciones entre el gobierno de Wilson y la nueva izquierda se debieron más a las coincidencias que a las diferencias. A ambos les fascinaba innovar y a ambos les movía la sensación de que la izquierda debía superar la dependencia de la clase

obrera. También a ambos les importaba la educación, especialmente en las universidades. Los ministros de Wilson tuvieron que decretar reformas culturales tales como abolir el poder que tenía la figura del lord Chambelán (otra institución del antiguo régimen británico) para censurar producciones teatrales.

Algunos ministros laboristas se consideraban parte de un movimiento internacional. A menudo, esto significaba dirigir la mirada a la Europa continental —la incorporación al Mercado Común Europeo fue una ambición importante para algunos de ellos—. También significaba admiración por Estados Unidos. La alianza y, particularmente, las relaciones con Roosevelt en tiempos de guerra habían despertado entre la izquierda del Reino Unido la sensación de que EE. UU. era sinónimo de políticas «progresistas» y que la estadounidense era una sociedad más «abierta» que la británica. Shirley Williams, una política laborista que, de niña, durante la segunda guerra mundial, había sido evacuada a Minnesota, escribió que allí había descubierto «una sociedad sin clases, cuyos miembros, sin excepciones, compartían el mismo carácter y los mismos valores».³³ El atractivo de Estados Unidos queda reflejado en las fechas en las que algunos políticos laboristas visitaron el país por primera vez: Roy Jenkins fue en 1949, Denis Healey, en 1950; Hugh Gaitskell y Anthony Crosland, en 1954. En cambio, Margaret Thatcher no cruzó el Atlántico hasta 1967. Algunos miembros del Partido Laborista estuvieron influidos por obras de autores estadounidenses, como *El final de la ideología* (1960), del sociólogo Daniel Bell, donde se describían numerosos aspectos de la «era postideológica», o *La sociedad opulenta* (1958), donde el economista John Kenneth Galbraith sugería que, en un futuro, los problemas se centrarían más en la distribución que en la producción.

Por supuesto, la admiración que algunos ministros laboristas sentían por Estados Unidos se limitaba solamente a ciertos aspectos. Conocían la Costa Este y California, pero no sabían nada de lo que pasaba entre medio, y se relacionaban con una élite transatlántica cuyos miembros habían recibido parte de su educación en el Reino Unido, como el historiador Arthur Schlesinger Jr. Los acontecimientos de la década de 1960 les mostraron un país distinto y menos consensual. Algunos de ellos se vieron sorprendidos por los disturbios del 68 en Estados Unidos y cabe señalar que hasta los laboristas moderados se pusieron a menudo de parte del espectro político norteamericano en el que el liberalismo se entrecruzaba con el radicalismo. En el verano de 1968, Shirley Williams asistió a la Convención Nacional del Partido Demócrata de Chicago, donde se encargó de trasladar los mensajes entre la delegación de Connecticut y el senador demócrata Eugene McCarthy y acabó huyendo de los policías del alcalde Daley cuando intentaba visitar a los manifestantes congregados a orillas

del lago Míchigan.³⁴ Su compañero de gabinete Roy Jenkins, ministro de Hacienda en 1968 y exponente de una ortodoxia económica que la izquierda radical aborrecía, estaba en Estados Unidos cuando asesinaron a Martin Luther King. Asistió al funeral con su amigo Kennedy, donde su imagen —sudaba mucho y vestía traje de raya diplomática— contrastó con la multitud que desfilaba por las calles de Atlanta.³⁵

A finales de la década de 1960, el ministro de Tecnología Tony Benn estaba mucho más a la izquierda que Williams y Jenkins y mantenía una curiosa relación con la izquierda estudiantil británica. Reconoció que su pertenencia al gobierno laborista lo desacreditaba a ojos de los radicales. Tras participar en un debate televisivo, escribió: «Los estudiantes me han atacado porque represento al gobierno laborista, porque soy un ministro y todo lo demás».³⁶ Sin embargo, en privado, Benn era comprensivo con los que lo denunciaban y a veces se pasó discretamente al otro lado de las barricadas. En junio de 1968 se presentó de incógnito en la «universidad libre» de Bristol: «Me puse gafas, me quité la chaqueta y, de repente, nadie se fijó en mí». Las reuniones sobre el Poder Negro y Vietnam a las que asistió le hicieron pensar que «no había reflexionado seriamente sobre política».³⁷

Nadie encarnó mejor que Anthony Crosland las paradójicas relaciones entre la nueva izquierda y el Partido Laborista. Su libro *The Future of Socialism* (1956), donde insistió en que el partido podía convivir con un capitalismo tecnócrata y modernizado, otorgó a Crosland «estatus casi diabólico» entre la nueva izquierda.³⁸ A mediados de la década de 1960, siendo ministro de Educación y Ciencia, fomentó las escuelas de educación secundaria «integrada» frente a las académicamente selectivas, pero, al mismo tiempo, introdujo un sistema «binario» en la educación superior cuando creó las politécnicas, concebidas para enseñar materias prácticas, las cuales disfrutaron de menos prestigio que las universidades. La oposición a esta «división binaria» ocupó un lugar destacado en la política estudiantil de finales de la década de 1960. Sin embargo, por su desprecio del «filisteísmo y el desinterés británicos» y su visión de la igualdad como objetivo de las políticas sociales (cuando no económicas), Crosland asumió muchas de las aspiraciones de la nueva izquierda. Un historiador que explicó en profundidad las políticas radicales estudiantiles en 1968 se preguntó en 1986 si Crosland no se habría anticipado al futuro mejor que la nueva izquierda de principios de la década de 1960.³⁹

El desencanto de los jóvenes radicales con el Partido Laborista a finales de los años sesenta tuvo efectos curiosos. En algunas instituciones educativas, el porcentaje de alumnos que se identificaban como partidarios del laborismo se

hundió a niveles microscópicamente bajos. De los 490 alumnos que comenzaron los estudios en la Universidad de Essex en 1968, el 88 % respondieron a preguntas sobre sus ideas políticas. De estos, solamente el 1 % se definió como «laborista de izquierdas» y otro 1 % como «laborista centrista» —unos pocos años antes, ambos posicionamientos habrían incluido a todos los estudiantes que se consideraban progresistas—. El número de estudiantes que se consideraron «powellistas» (es decir, los que se identificaban con el personaje más odiado por la izquierda estudiantil en 1968) fue exactamente igual que el de los que se describieron como «laboristas». Por otro lado, el 26 % de la muestra se consideró «de izquierda moderada sin partido» y el 5 % como de extrema izquierda sin partido —esta etiqueta incluía un 4 % que se describió como «anarquista» y un 1 % como «comunista»—. Los conservadores y liberales sumaron sendos 13 %. Resulta llamativo que la tendencia política confesada en la encuesta difiriera de la intención de voto expresada: el 20 % de los matriculados en Essex dijo que votaría al Partido Laborista, mientras que un 15 % lo haría al Partido Conservador y un 18 % al Partido Liberal. El 25 % de los alumnos tenía pensado abstenerse y el resto no lo sabía o votaría a «otros grupos».⁴⁰

El Partido Laborista conservó un estatus especial como único partido de izquierdas con capacidad de formar gobierno. Ello explicaría tanto el hecho de que incluso quienes no se describían como «laboristas» todavía pensaban votarles, como la ira que los radicales sentían hacia la dirección del partido. Algunos izquierdistas británicos coquetearon con el «entrismo», es decir, se afiliaron a un partido grande, en este caso el Laborista, para transformarlo desde dentro. Sin embargo, esta estrategia atraía en 1968 menos interés que cinco años antes, cuando todavía parecían factibles otras formas más directas de acción política.

Curiosamente, el Partido Laborista hizo sombra a la política radical de finales de la década de 1960 porque la oposición al mismo —o, como mínimo, a sus líderes— aumentó. Colin Crouch, quien se consideraba a la izquierda del Partido Laborista antes del agresivo enfrentamiento con las opiniones más extremas de sus compañeros de clase de la London School of Economics, escribió:

Si a un estudiante revolucionario británico le piden que diga por qué protesta, por qué recurre a la acción directa, por qué busca constantemente manifestaciones y enfrentamientos a los que acudir, probablemente responderá con unos argumentos que tienen muy poco que ver con la realidad universitaria. Hablará de lo mucho que el Partido Laborista ha traicionado a la clase obrera británica.⁴¹

Un líder de la Federación de Estudiantes Conservadores (Federation of Conservative Students) describió de esta manera el efecto de todo ello:

Es importante darse cuenta de que, en la política estudiantil actual, las etiquetas de los partidos tradicionales ya no son tan importantes. Sencillamente, las divisiones ahora son entre moderados (conservadores y laboristas) y extremistas (socialistas revolucionarios). La diferencia ... estriba en el deseo de los primeros de mejorar el sistema actual y la determinación de los segundos de acabar con él.⁴²

Tal como apuntan estas observaciones, hasta el Partido Conservador mantuvo una presencia considerable en las universidades. La Federación de Estudiantes Conservadores aseguró que su cifra de afiliados en 1968 (11.000) superaba al resto de organizaciones políticas estudiantiles juntas.

Los estudiantes conservadores no se opusieron a todas las reformas universitarias. Estaban a favor de las becas y del derecho de los alumnos a protestar sin temor a ser represaliados. Además, tenían dos cosas a su favor: en primer lugar, su partido no estaba en el gobierno a finales de la década de 1960 y, por consiguiente, no era un objetivo directo de las hostilidades; en segundo lugar, como a los conservadores no les importaban demasiado las cuestiones de principios que sí preocupaban a gran parte de la izquierda, sus líderes disfrutaban de un margen de maniobra mucho más amplio. Peter Watherston fue elegido presidente del sindicato de estudiantes de la LSE tras Colin Crouch. Su primera acción fue apoyar una ocupación de edificios por parte de los alumnos, aunque parece que su intención con esta medida —errónea, tal como se demostró— fue la de ofrecer un entretenimiento que pudiera quitar hierro al asunto del radicalismo en la London School of Economics.

Entre los partidos establecidos, el mayor beneficiario del radicalismo de los años sesenta fue el Partido Liberal. El hecho de que no hubiera ejercido ningún poder real desde la década de 1920 era una ventaja para quienes no eran amigos de los compromisos de gobierno. Los Jóvenes Liberales (Young Liberals) eran casi una formación política aparte —parecida al Partido Socialista Unificado en Francia (véase el capítulo 5)— y resultaban incómodos para la dirección nacional del Partido Liberal. El hecho de sentirse separados del convencionalismo político de la izquierda dominante hizo que los Jóvenes Liberales se mostraran más abiertos a ideas —especialmente el control obrero— que no habrían encajado en las políticas convencionales del movimiento laborista.

A la izquierda de todos estos partidos hubo diversas formaciones que se declararon revolucionarias. La Federación de Estudiantes Socialistas Revolucionarios (Revolutionary Socialist Students' Federation, RSSF) fue

fundada en noviembre de 1968. A diferencia del Sindicato Nacional de Estudiantes o, incluso, la Alianza de Estudiantes Radicales (Radical Student Alliance, RSA), la RSSF se presentó como un movimiento esencialmente político más que como un medio para representar los intereses de los estudiantes. Estaba comprometida, entre otras cosas, con «el derrocamiento revolucionario del capitalismo y su sustitución por el poder obrero». Pero, a los pocos meses, un estudiante conservador observó que «algunos miembros de la RSSF están preocupados por lo que consideran un extremismo marginal que se está uniendo a ellos, anarquistas y gente así».⁴³ De hecho, parece que la RSSF llegó a su punto álgido poco después de su fundación, cuando tenía 1.100 miembros y mantenía contactos con cientos de instituciones. A finales de 1969 solamente tenía 200 afiliados y al año siguiente dejó de existir.⁴⁴

Los grupúsculos de extrema izquierda en el Reino Unido eran todavía más pequeños que sus equivalentes en la Europa continental. Tariq Ali, después de hacerse un nombre exigiendo el final de la guerra de Vietnam, decidió unirse a un partido político en 1968. Eligió el Grupo Marxista Internacional (International Marxist Group), una organización trotskista. En su autobiografía recuerda que sus nuevos camaradas eran una cincuentena y que, como solía suceder con estos movimientos, el suyo estaba al borde de la ruptura.⁴⁵

Los grupos trotskistas británicos acostumbraban a ser ferozmente hostiles entre sí. La Liga Laborista Socialista (Socialist Labour League, SLL) y los Socialistas Internacionales (International Socialists, IS) estaban divididos, en parte, por las formas —la primera era más austera y disciplinada— y, en parte, por el debate, de inagotable interés en estos ambientes, acerca de si la Unión Soviética era un ejemplo de «estado de obreros degenerados» o de «capitalismo de estado». Sus visiones también eran distintas con respecto a la clase obrera. La SLL pensaba que la acción política era inviable sin los trabajadores. El 26 de mayo de 1968, la Liga Laborista Socialista se manifestó frente a la embajada francesa. Los Socialistas Internacionales se unieron a la protesta, aparentemente en solidaridad con los franceses, pero la policía pensó que, en realidad, les movieron los celos hacia la SLL. Las fuerzas de seguridad acudieron, sobre todo, para mantener separadas a ambas facciones trotskistas rivales más que para proteger la embajada. Persiguieron a un manifestante que, por lo visto, se había dirigido a la multitud diciendo: «Todos los que estén a favor de arrancar adoquines y derribar árboles, que levanten la mano».⁴⁶

Irlanda del Norte (el Úlster) tuvo un estatus particular en el 68 británico. En otras partes de Gran Bretaña y, para el caso, de la mayoría de democracias industrializadas, la protesta estuvo a menudo dirigida contra las consecuencias de la modernización o la prosperidad de posguerra. En Irlanda del Norte, en cambio, la izquierda estuvo más animada por la sensación de que el progreso había pasado de largo por la provincia. Bernadette Devlin, una activista estudiantil elegida en 1969 como miembro independiente del Parlamento de Westminster a la edad de veintiún años, escribió:

A un antropólogo o sociólogo que quisiera estudiar una sociedad extraña, le recomendaría que viniera al Úlster ... uno de los pueblos más raros de Europa. Aquí, en pleno siglo xx, con la tecnología moderna transformando las vidas en todo el mundo, hay una mentalidad medieval que está siendo dolorosamente arrastrada al siglo xx por algunas personas con miras de futuro.⁴⁷

Irlanda del Norte había nacido con la partición de Irlanda en 1920. La mayoría de la población norirlandesa estaba formada por protestantes y casi todos ellos eran unionistas, es decir, estaban a favor de la unión con el conjunto del Reino Unido. El resto de la población era católica y estaba formada en su mayoría por «republicanos» o «nacionalistas» que querían que Irlanda del Norte pasara a formar parte de un único estado irlandés independiente. La provincia tenía Parlamento y gobierno propios (con sede en el castillo de Stormont), los cuales controlaban la mayoría de las políticas domésticas, si bien los votantes norirlandeses también enviaban parlamentarios a la Cámara Baja británica de Westminster.

Tanto en las elecciones al Parlamento de Stormont como al de Westminster, los habitantes de Irlanda del Norte votaban en los mismos términos que los del resto del Reino Unido. En cambio, en los comicios municipales, la tendencia se decantaba a favor de los protestantes, ya que las circunscripciones electorales favorecían sus intereses, como también lo hacía el hecho de que se garantizara el voto solamente al «cabeza de familia y su esposa» en detrimento de los numerosos hogares católicos, donde había más de un adulto. Como resultado de ello, hasta las ciudades de mayoría católica, como Londonderry, tenían ayuntamientos unionistas. Los católicos también se veían perjudicados por la oferta de vivienda pública. Irlanda del Norte era más pobre que el resto del Reino Unido; más del 7 % de su población activa no tenía empleo y, entre ella, los católicos eran una mayoría desproporcionada.⁴⁸

La Asociación por los Derechos Civiles de Irlanda del Norte (Northern Ireland Civil Rights Association) se había creado a principios de 1967 con el objetivo de reclamar igualdad de condiciones para los católicos, sobre todo en

cuestiones electorales, de vivienda y trabajo. No apoyaba las ilegalidades que a menudo habían marcado la campaña por los derechos civiles en el sur de Estados Unidos. Uno de sus miembros más radicales comparó la asociación con el Consejo Nacional para las Libertades Civiles de Inglaterra (National Council for Civil Liberties in England).

Los estudiantes de Queen's —la Universidad de la Reina de Belfast y uno de los pocos lugares donde católicos y protestantes se mezclaban en igualdad de condiciones— apoyó ampliamente la campaña por los derechos civiles. Democracia Popular (People's Democracy) se fundó en Queen's en noviembre de 1968. Al principio, la formación se centró en los problemas de sufragio y vivienda. En teoría, estas cuestiones se podían abordar sin que el orden político se viera afectado, aunque, en la práctica, parece que algunos partidarios de Democracia Popular habrían apoyado tales causas porque daban por sentado que cualquier reforma, por mínima que fuera, podría dividir al Partido Unionista.

Democracia Popular atrajo el interés de la izquierda radical fuera de Irlanda del Norte y a menudo se la considera la versión norirlandesa del 68. Uno de sus fundadores, Eamonn McCann, había vivido en Londres y, en 1967, había asistido al ya mencionado congreso sobre dialécticas de la liberación. Según McCann, los acontecimientos en Irlanda del Norte estuvieron relacionados con «la lucha de los negros en EE. UU., la lucha obrera en Francia, la resistencia vietnamita y el alzamiento contra el estalinismo en Checoslovaquia».⁴⁹ En 1969, uno de sus camaradas dijo que Democracia Popular había recibido una «considerable influencia de la Asamblea de la Sorbona y de las ideas libertarias y socialistas».⁵⁰ El nuevo movimiento se organizaba mediante asamblea general y evitaba tener líderes al uso —si bien, en la práctica, la necesidad de un encaje legal impuso la necesidad de disponer de una estructura convencional—. Desde el principio, Democracia Popular también fue más allá de las exigencias relativamente limitadas de los inicios del movimiento por los derechos civiles y, en su manifiesto de febrero de 1969, ya reclamó la construcción de vivienda pública, el control obrero de las fábricas estatales, la integración religiosa en la educación y la división de los latifundios.

No todos los miembros de Democracia Popular compartían la misma visión. Bernadette Devlin, quien se convirtió en la representante más destacada del movimiento, se había educado en la tradición del nacionalismo irlandés. Era, al menos al principio, bastante reacia al tipo de radicalismo que se veía en Europa o Gran Bretaña y mucho más propensa a comparar su lucha con la de los afroamericanos en el sur de Estados Unidos. La división y la incertidumbre en el seno de Democracia Popular se hicieron más evidentes porque los

acontecimientos en Irlanda del Norte se desarrollaban a una velocidad vertiginosa. La provincia pasó de una pacífica campaña por los derechos civiles a un conflicto armado en solo tres años. Los jóvenes activistas se vieron atrapados en unos sucesos que escapaban de su control.

Hubo dos asuntos particularmente incómodos para Democracia Popular. El primero era la clase. De alguna manera, el retraso económico relativo de Irlanda del Norte hizo que el concepto de clase fuera especialmente visible allí, y quienes se creían marxistas estaban muy interesados en hacer hincapié en ello como algo que pudiera trascender a las divisiones religiosas y étnicas. Es más, como los protestantes —los cuales tenían los empleos más industriales y sindicalizados— eran «la parte decisiva del proletariado urbano»,⁵¹ un sector de Democracia Popular estaba especialmente deseoso de ganarse su apoyo. Sin embargo, las divisiones violentas en Irlanda del Norte después de 1968 fueron más por motivos religiosos que por cuestiones de clase. A algunos líderes de la formación les sacaban de quicio los «popeheads» («cabezas de papa», es decir, los católicos) y la sensación de que «el grito de “a por los protestantes” todavía siga en boca de la clase obrera católica».⁵² Los líderes del unionismo se hicieron cada vez más populistas y se centraron en la gente común, y, en 1974, la clase obrera protestante ejercería su poder «decisivo» por unas vías que los marxistas de 1968 no habían previsto (véase el capítulo 9).

El segundo asunto era la revolución. Muchos estudiantes radicales hablaron de la revolución durante el 68, pero, en el caso de Irlanda del Norte, esta retórica se mezcló con tradiciones populares que se remontaban a, como mínimo, el Alzamiento de Pascua de 1916. Es decir: «El concepto de revolución no es en absoluto desconocido para la clase obrera irlandesa, como sí lo es para la inglesa».⁵³ Más rápidamente que sus homólogos en el resto de Europa o Estados Unidos, los líderes de Democracia Popular se preguntaron cómo debía funcionar exactamente una revolución y, particularmente, si debían o no apoyar la acción armada. Estaban en una situación especialmente incómoda, ya que, durante un tiempo, lograron éxitos electorales considerables. Siete de sus miembros fueron elegidos para el Parlamento irlandés de Stormont y, en la misma época, Bernadette Devlin lo fue para la Cámara de los Comunes. A menudo, ellos mismos restaban importancia a estos éxitos para dar a entender que la política electoral solamente era un medio para conseguir un fin. Sin embargo, también pensaban que el progreso llegaría desde algo más parecido a un proceso político que a una revolución armada. Devlin escribió:

Hace diez años, el IRA era más fuerte. Luchaba de manera explosiva para «liberar a los Seis Condados» del caciquismo inglés y planeó trabajar por el socialismo una vez roto el

eslabón con Gran Bretaña. Hoy, la rama política se impone e intenta abogar por un camino a la reunificación a través del socialismo.⁵⁴

Sin embargo, la «rama política» no logró imponerse durante mucho tiempo. El IRA Provisional, desvinculado del viejo IRA Oficial, se fundó en diciembre de 1969 con el objetivo inicial de proteger las zonas católicas de los ataques de los protestantes y la policía. «Protección» y ejercicio de la fuerza iban de la mano. Devlin escribiría más tarde: «La defensa armada hizo que el pueblo no se hiciera responsable de su propia defensa y la puso en manos de alguien ... que, supuestamente, debía cuidar de él».⁵⁵ La creciente importancia de la lucha armada puso de relieve el hecho de que las tradiciones revolucionarias también podían ser, curiosamente, conservadoras. En 1968, los partidarios del IRA, Provisional u Oficial, estaban más centrados en su propio pasado que en cualquier movimiento internacional. En julio de 1969, el gobierno de Harold Wilson permitió el traslado de los cuerpos de dos miembros del IRA ejecutados en 1940 para ser enterrados en la República de Irlanda. En el funeral, Jimmy Steele, un veterano del IRA que había sido arrestado por primera vez en 1923, pronunció un discurso en el que se quejó de que «hoy se espera de uno que esté más familiarizado con las enseñanzas del presidente Mao que con las de nuestros patriotas muertos». Sus palabras fueron aplaudidas.⁵⁶

En un ámbito más general, las conexiones internacionales, especialmente europeas, del 68 norirlandés pueden resultar exageradas. Los vínculos institucionales entre el movimiento de Irlanda del Norte por los derechos civiles y las organizaciones de izquierdas de la Europa continental fueron relativamente débiles. Los principales interlocutores del movimiento estarían en otros países anglófonos (la isla de Gran Bretaña, Australia, Estados Unidos y la República Irlandesa). Es cierto que trece organizaciones de los principales países de Europa Occidental continental tuvieron algún tipo de relación con la campaña por los derechos civiles en Irlanda del Norte, pero en Estados Unidos fueron 35, en la República de Irlanda, 53, y en el resto del Reino Unido fueron 82. En cuanto al apoyo práctico, el papel de la Europa continental fue prácticamente irrelevante. La Asociación por los Derechos Civiles de Irlanda del Norte recibió de Estados Unidos el 42,1 % de su financiación, mientras que de la Europa continental no existen cifras cuantificables.⁵⁷ La relación entre la campaña por los derechos civiles y la República de Irlanda fue particularmente importante porque la isla era un remanso de conservadurismo cultural, lo cual puso a los defensores de los derechos civiles en una posición incómoda cuando, por ejemplo, hicieron campaña en contra de la censura de libros. Más generalmente, toda la isla estaba influida por el catolicismo y, a menudo, además, por una variante pre-Vaticano II

del mismo. A veces, la identificación con el catolicismo de clase obrera podía empujar a los defensores de los derechos civiles a asociarse involuntariamente con la moral conservadora. Las mujeres protestantes se burlaban de las manifestantes por los derechos civiles diciéndoles «pedid al Papa que os deje tomar la píldora».⁵⁸

Las relaciones entre la campaña por los derechos civiles en Irlanda del Norte y los radicalismos más amplios durante el 68 se complicaron, sobre todo, debido a Estados Unidos. Allí, los defensores de los derechos civiles consideraban a negros e hispanos sus aliados, pero los estadounidenses de origen irlandés solían combinar el apoyo al nacionalismo del Úlster con el rechazo al movimiento por los derechos civiles y las protestas del 68 en su propio país. La Asociación Nacional para la Justicia Irlandesa (National Association for Irish Justice) intentó movilizar ayudas en Estados Unidos tanto para los derechos civiles en Irlanda como para otras formas de liberación más amplias, pero ello condujo a un conflicto violento con otras entidades más viejas y conservadoras, como la Asamblea Estadounidense para la Libertad de Irlanda (American Congress for Irish Freedom) o la Antigua Orden de los Hibernios (Ancient Order of Hibernians).⁵⁹ De hecho, los estadounidenses irlandeses eran una parte esencial de la clase obrera blanca que, a finales de la década de 1960, se pasó a la derecha política. Richard Daley, el alcalde de Chicago que aplastó a los manifestantes contra Vietnam (véase el capítulo 4), era la quintaesencia del político estadounidense irlandés. Durante una gira de recaudación de fondos en EE. UU., Bernadette Devlin se las tuvo con los estadounidenses irlandeses cuando fue recibida por una multitud que gritaba: «Británicos fuera de Belfast, negros fuera de Boston».

RAZA E IMPERIO

¿Qué pasó con la cuestión racial en la isla de Gran Bretaña durante el 68? La izquierda radical se movilizó en ocasiones para expresar su rechazo al gobierno de minoría blanca surafricano. La República de Suráfrica había instaurado la segregación racial explícita con la introducción del *apartheid* en 1948. Rodesia, cuyo gobierno también quería mantener la autoridad de la minoría blanca, emitió una declaración unilateral de independencia el 11 de noviembre de 1966. La República de Rodesia influyó de un modo particular en la política británica. Su primer ministro, Ian Smith, aseguró que Winston Churchill se habría sentido más a gusto allí que en el Reino Unido de los años sesenta. Los conservadores británicos trataron a menudo de defender a la población blanca de Rodesia. A

veces, esta defensa coincidió con un ataque más general a la cultura de la década de 1960. Mary Whitehouse, un ama de casa cristiana que hizo campaña contra la «moral permisiva» en televisión, se quejó también de las referencias poco favorables a Ian Smith.⁶⁰

La izquierda radical se movilizó contra los gobiernos de Suráfrica y Rodesia, y también fue animada a hacerlo por los disidentes surafricanos (mayormente blancos) que habían buscado refugio en el Reino Unido. El nombramiento de un rector (en este caso, director) que previamente había trabajado en Rodesia fue un importante *casus belli* para el movimiento de protesta en la London School of Economics. La izquierda también hizo campaña contra la discriminación racial en el Reino Unido y contra la Ley de inmigrantes de la Commonwealth de 1968, que restringía la inmigración no blanca. Sin embargo, las protestas fueron dirigidas sobre todo a un pequeño grupo de políticos conservadores, situados a la derecha de la dirección de su partido, que reclamaban más límites a la inmigración o la repatriación de los inmigrantes. Duncan Sandys fue uno de ellos, al igual que Patrick Wall, cuyo intento de dar una charla en la Universidad de Leeds causó un gran alboroto. Pero quien más despertó la ira de los estudiantes izquierdistas fue Enoch Powell, el excéntrico portavoz de Defensa del gobierno de Edward Heath. El 20 de abril de 1968, Powell pronunció un discurso en Birmingham en el que recordó los peligros de la inmigración no blanca y, parafraseando a Virgilio, habló de las aguas «espumeantes de sangre» del río Tíber. Aquel discurso convirtió a Powell en blanco del odio de la izquierda y las manifestaciones contra él se hicieron tan frecuentes y clamorosas que, de hecho, fue expulsado de todas las universidades del país.

Todo en él —la mirada fija, la voz ronca, las referencias a los clásicos, el extraño acento de los Midlands y los modales castrenses de un hombre que había sido general de brigada en 1945— parecía hecho a medida para encolerizar a los estudiantes radicales. Sin embargo, en algunos aspectos, Powell también fue, al igual que su admirado De Gaulle, un rebelde contra todo lo que también molestaba de verdad a los radicales de 1968. Se expresaba a menudo en unos términos que podían equipararse a los de un universitario radical: para él, la palabra «tecnócrata» era un signo particular de desprecio. Además, era antiestadounidense y albergaba oscuras sospechas de que los británicos podrían enviar tropas a Vietnam.⁶¹

Powell expresó su llamamiento de manera que estuviera dirigido directamente «al pueblo» y diseñado para eludir «el *establishment*». Su discurso de 1968 despertó una reacción entusiasta entre sectores de la clase obrera blanca.

Al cabo de un mes, Powell había recibido 43.000 cartas y 700 telegramas, en su inmensa mayoría, de apoyo y, en gran medida, de mujeres trabajadoras. Los obreros varones expresaban su respaldo de una manera más directa. El 23 de abril, un millar de estibadores organizaron una marcha hacia el Palacio de Westminster, la sede del Parlamento, en apoyo a Powell. Los trabajadores de los muelles de St Katherine declararon una huelga de un día a la que se sumaron otras empresas de los West Midlands y los porteadores del mercado de carne de Smithfield.⁶² Los funcionarios de inmigración del aeropuerto de Heathrow escribieron una carta de apoyo a Powell que les supuso la apertura de un expediente disciplinario del Ministerio del Interior.

El apoyo de la clase obrera a un político de derechas fue traumático para la izquierda radical —sobre todo teniendo en cuenta que Powell estaba a favor de la economía de libre mercado y en contra de los sindicatos— y el movimiento powellista fue aún más desconcertante porque, en ocasiones, adoptó maneras sesentayochistas: evitaba las estructuras sindicales y, es más, tenía en su contra a los líderes de los principales sindicatos. En Wolverhampton, un delegado del Sindicato de Trabajadores del Transporte (Transport and General Workers' Union) presentó, con gran enfado de sus propios líderes nacionales, una petición de apoyo a Powell. En el mercado de Smithfield, «Bid Dan» Harmston era un personaje de la derecha más recalcitrante —simpatizaba con la Unión Británica de Fascistas (British Union of Fascists) de Oswald Mosley—, pero le impresionó la espontaneidad de la reacción de sus propios colegas tras el discurso de Powell:

Si ese día les hubiera dicho «Coged los cuchillos y cortad el cuello a Heath y a Wilson», lo habrían hecho. De veras que lo habrían hecho, pero, a la semana siguiente, ya no. Fue solamente algo momentáneo, como la Toma de la Bastilla, supongo.⁶³

La descolonización había sido menos violenta y conflictiva para los británicos que para los franceses. Un grupo importante de radicales llegó de países que en su día habían pertenecido al imperio. Fue el caso de los surafricanos y australianos que se reunieron en torno a la revista *Oz*, así como de Tariq Ali, cuyo abuelo había sido primer ministro del Punjab. Sin embargo, las referencias explícitas al pasado imperial británico fueron asombrosamente irrelevantes en la vida política del 68.

La amnesia imperial sobrevino, en parte, por la manera como la historia del Reino Unido estaba ofuscada por una obsesión con los males del poder estadounidense. Los efectos de ello podían ser incongruentes. Vietnam puso al descubierto la más alarmante atrocidad cometida en las guerras de descolonización británicas. George Brown, ministro laborista ideológicamente

situado a la derecha del partido, comentó que, con respecto a la matanza de M̃y Lai de 1968, los británicos no deberían lanzar una condena precipitada sobre EE. UU. sin reconocer antes que sus manos tampoco estaban del todo limpias. Esta afirmación desembocó en un debate sobre el asesinato de civiles chinos cometido en 1948 por soldados británicos en Batang Kali, en la antigua Federación Malaya.⁶⁴ Pero el asunto suscitó poco interés entre la izquierda radical. Las llamadas a un esclarecimiento de los hechos llegaron de Denis Healey, ministro de Defensa y blanco de las hostilidades estudiantiles, y de *The People*, un diario famoso por su aversión por la contracultura.⁶⁵ El nuevo gobierno conservador abandonó la investigación de los sucesos de Batang Kali en 1970.

VIETNAM

Las manifestaciones más concurridas del 68 británico fueron las relacionadas con Vietnam. Harold Wilson había aguantado las presiones de Lyndon Johnson para que enviara tropas —incluso a título simbólico— al conflicto. Denis Healey pensaba que «los argumentos contra la intervención de Estados Unidos eran ... de peso y la inadecuación de la estrategia de Washington era ... evidente».⁶⁶ Sin embargo, el Reino Unido era el aliado más tímidamente leal de EE. UU. y ningún ministro británico podía denunciar públicamente la política estadounidense. En el ambiente febril de finales de la década de 1960, la omisión de denuncia fue tomada a menudo como un signo de complicidad. De poco sirvió que Wilson insistiera hasta la exasperación que en realidad estaba trabajando para asegurar la paz en Vietnam o que invitara a los manifestantes que se fueran a protestar ante la embajada de la China de Mao, quien, a diferencia de los británicos, estaba enviando armas a Vietnam. De hecho, en cierto sentido, la no participación del Reino Unido facilitó la protesta. Los pacifistas británicos, a diferencia de sus homólogos estadounidenses, no tuvieron que enfrentarse al complicado detalle de preguntarse qué podían hacer ellos por su país. Peter Sedgwick, un raro ejemplo de radical que disentía de la ortodoxia de la izquierda en esta cuestión, observó amargamente que «Victoria para el Viet Cong» pareció haberse convertido en un incontrovertido eslogan en Londres.⁶⁷

La protesta contra la guerra de Vietnam parecía que brindaba la oportunidad de crear un movimiento en las izquierdas alternativo al Partido Laborista. En abril de 1968, Tariq Ali dijo que la finalidad de la Campaña de Solidaridad con Vietnam (Vietnam Solidarity Campaign) era «crear una oposición externa al gobierno en la línea planteada por los estudiantes alemanes» y que los jóvenes a

los que atraía estaban desengañados de «las políticas de partido convencionales y los simples trámites parlamentarios».⁶⁸ Sin embargo, las protestas contra la guerra de Vietnam fueron engañosas. La mayor de ellas movilizó a unas 45.000 personas, una cifra impresionante para una única manifestación, pero minúscula comparada con los trece millones que habían votado al laborismo en las elecciones generales de 1966 y, en verdad, no mucho más grande que el número de electores que habían votado personalmente a Harold Wilson en su propia circunscripción. Además, las organizaciones que apoyaban las protestas pacifistas eran pequeñas y, a menudo, estaban amargamente divididas. Un periodista escribió que muchas de ellas apenas tenían dos o tres miembros y que «solamente un microbiólogo podría hacer un seguimiento adecuado de los grupos en constante proliferación y división que ahora reclaman su parte del pastel en la manifestación contra la guerra de Vietnam del 27 de octubre».⁶⁹

LA GESTIÓN DE 1968

Aunque la izquierda radical odiaba al gobierno de Wilson, sus ministros fueron, en conjunto, moderados y flexibles en su actitud hacia ella. No pocas veces se mostraron abiertos al debate con quienes les atacaban y aceptaron que algunas de las reclamaciones específicas de los estudiantes (especialmente las relacionadas con la disciplina universitaria) podían estar justificadas. Particularmente sorprendente fue la actitud del ministro del Interior James Callaghan. Callaghan parecía estar a favor de todo lo que se criticaba en 1968. Era un hombre inteligente, pero orgullosamente poco cultivado, que había llegado a lo más alto a través del movimiento sindicalista y sin poner los pies en la universidad. Patriota y monárquico, era representante parlamentario de la Federación de Policías y famoso por su postura contraria al consumo de drogas y la libertad sexual. Fue responsable del proyecto de Ley de inmigrantes de la Commonwealth de 1968 que había restringido la inmigración no blanca. Por lo visto, tales antecedentes tuvieron un efecto curioso. Quizá el hecho de no haber ido a la universidad hizo que los ataques a las instituciones académicas le preocuparan menos que a sus compañeros que habían sido catedráticos. Quizá, también, su fama por la defensa de la «libertad dentro de la legalidad» (un lema que prefería al eslogan *tory* «ley y orden») le hacía no temer que nadie le adelantara por la derecha.

Callaghan fastidiaba a radicales y reaccionarios por igual con su negativa a abrazar la retórica apocalíptica de 1968. Le pareció divertido que el conservador Quintin Hogg fuera a verlo «en estado de gran agitación» para pedirle que

tuviera listo un regimiento de infantería para hacer frente a las manifestaciones de 1968. Se negó a prohibir la marcha contra la guerra de Vietnam de agosto de 1968. Durante un mitin, salió del puesto de control situado en Whitehall, la arteria gubernamental londinense, para saludar jovialmente a los manifestantes que esperaban de pie, contenidos por un cordón policial.⁷⁰ Por lo visto, Callaghan escuchaba con bondadoso regocijo tanto el lenguaje de los manifestantes como el de los que temían que el orden establecido cayera. En junio de 1968 le preguntaron en el Parlamento por qué se había permitido a Daniel Cohn-Bendit, el líder estudiantil francés, entrar en el país. Callaghan respondió que no veía ningún motivo para apartarse de la tradición de admitir a extranjeros mientras no infringieran la ley, y añadió que la visita le haría bien a Cohn-Bendit: «Incluso tengo previsto enseñarle la letra de “La Internacional”, ya que no parece estar muy seguro de ella. Cuando expresó el deseo de ver el Palacio de Buckingham, no se me ocurrió nada mejor para su educación».⁷¹

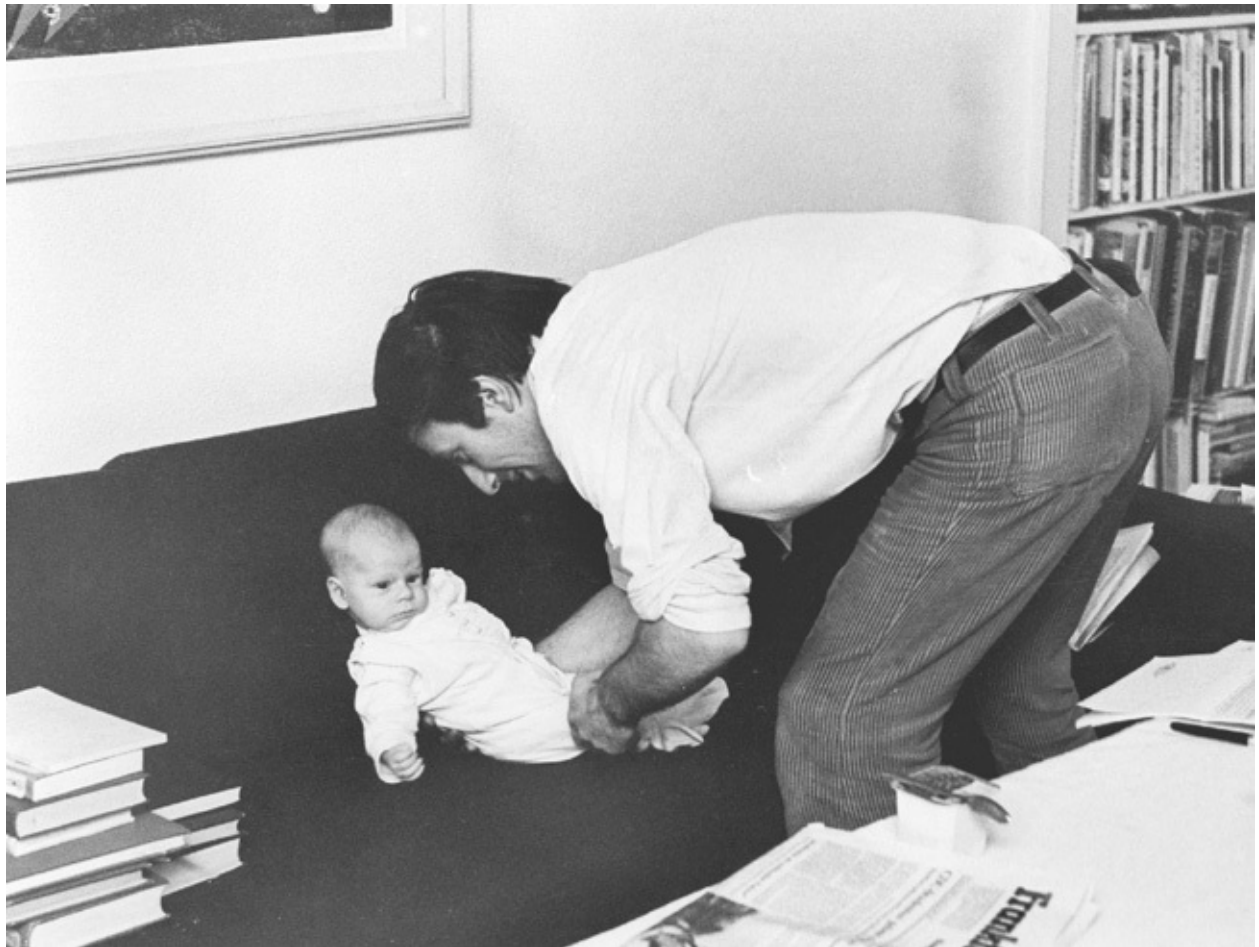
La incidencia de la protesta estudiantil en el Reino Unido se vio limitada por la estructura fragmentada de las universidades, el relativo bienestar de los estudiantes británicos y el hecho de que la vida universitaria, más que en muchos otros países, tendiera a estar claramente separada de la del resto de jóvenes. Los alumnos británicos estuvieron geográficamente separados de la clase obrera, ya que muchas universidades, sobre todo las construidas en los años sesenta, se hallaban lejos de las ciudades industriales. También estuvieron separados políticamente, ya que los sindicatos estaban mayormente vinculados al Partido Laborista; de hecho, Callaghan, quien, como ministro del Interior, hizo tanto para contener la protesta estudiantil, mantuvo una relación estrecha con los sindicatos. El ejemplo de rebelión espontánea de clase obrera que tuvo más eco en 1968 fue uno en respuesta a Powell, más por parte de la derecha que de la izquierda.

Sin embargo, esto no quiere decir que el Reino Unido sea insignificante en el largo 68. Esta apreciación se debe, en parte, tal como se ha señalado, a que los agitadores extranjeros estuvieron a menudo solamente de paso por el país. Y también a que el 68 británico comenzó tarde. El movimiento estudiantil se fue politizando a principios de la década de 1970, especialmente después de que el Sindicato Nacional de Estudiantes levantara la prohibición a la actividad política de sus miembros en 1972. La mayor agitación vivida en una universidad británica no fue en 1968, sino en 1972, en Essex. A ello se suma el hecho de que una característica de la modernización impulsada por el gobierno laborista fuera la creación de las politécnicas. Estas instituciones disfrutaban de menos

privilegios que las universidades, solían estar situadas en ciudades y, en contra de la intención original del gobierno, sus alumnos eran particularmente propensos a estudiar aquellas disciplinas, especialmente sociología, que estaban más directamente relacionadas con la discrepancia política. No sorprende, pues, que las politécnicas, especialmente la de North London, se convirtieran en centros de protesta radical.⁷²

En un ámbito más general, los partidos políticos radicales crecieron en los años setenta. Los miembros del Grupo Marxista Internacional, que en 1968 fueron escasos, registraron su cifra máxima (entre 4.000 y 5.000) en 1974.⁷³ Sobre todo, la radicalización en el Reino Unido en la década de 1970 se extendió más allá de los campus y la clase media intelectual. Estuvo presente en las huelgas convocadas en la isla de Gran Bretaña (véase el capítulo 9) y en la violencia política de Irlanda del Norte (capítulo 10). En este sentido, lo importante sobre los hechos del año 1968 en el Reino Unido no fue tanto su reducida escala como el hecho de que estuvieron empañados por los acontecimientos más espectaculares de los años siguientes.

La revolución dentro de la revolución: liberación sexual y familia



Hijos de la revolución. Rudi Dutschke y su bebé.

Las protestas del 68 se extendieron de la esfera política a la personal e hicieron que muchos dudaran de que ambas pudieran estar separadas. También hicieron pensar sobre cualquier cosa, desde el celibato de los curas católicos al uso de pantalones por parte de las mujeres en los campus estadounidenses; el FBI sacó tiempo durante las manifestaciones contra la guerra de Vietnam para informar de que las mujeres habían roto las normas de la Universidad de Nueva Orleans al llevar pantalones el 1 de abril de 1968.¹ Las autoridades vieron a menudo un vínculo entre las nuevas formas de moral sexual y la rebelión política. El Ministerio de Interior francés efectuó un recuento de las mujeres que salían de los dormitorios masculinos en la Universidad de Nanterre, el epicentro del radicalismo estudiantil: fueron 132 una mañana de febrero de 1968.² Los radicales también relacionaron a menudo sexo y revolución. Un miembro de la Federación de Estudiantes Socialistas Revolucionarios de Cambridge —una universidad que solo aceptaba alumnas en tres de sus más de veinte facultades— observó: «Lo de Francia pasó porque algunos tíos consideraron que no les gustaba que les dijeran cuándo podían echar o dejar de echar un polvo».³ Para algunas mujeres, este discurso ilustraba el machismo ordinario del radicalismo político en el largo 68. Para ellas, los movimientos de «liberación» de la década de 1970 fueron reacciones *contra* este tipo de actitudes. Unas mujeres estadounidenses citaron el caso de un líder de Estudiantes para una Sociedad Democrática del que se decía que, en 1967, había dicho a sus camaradas varones que debían consolidar sus relaciones con los hombres de clase obrera «tirándose juntos a una chavala»;⁴ o la respuesta que se decía que había dado el líder de Poder Negro, Stokely Carmichael, cuando le preguntaron acerca de cuál sería la postura de las mujeres en la revolución: «boca abajo».

En ocasiones, la protesta violenta parecía que marginaba a las mujeres. Jo Freeman recuerda que en 1968 le dijeron que el periódico de Chicago donde ella había solicitado un empleo solamente dejaba trabajar en su redacción local a un número reducido de periodistas femeninas porque no las consideraba capaces de cubrir los disturbios.⁵ El activista Tom Hayden describió un incidente en Chicago, adonde había ido a manifestarse en la convención demócrata de 1968, de una manera que podría resumir la dicotomía entre el hombre violento y la

mujer pasiva y sexualmente disponible: «Medio dormido, vi a una mujer desnuda que se había levantado más temprano. “Quizá vuelva a la cama”, pensé, y ella dijo en voz baja: “Afuera hay un hombre con una pistola”».⁶

Sin embargo, estas dicotomías no dieron respuestas a todo. Para una cosa, las mujeres vivieron realmente los movimientos políticos del 68 como una liberación, aunque esta liberación parezca, *a posteriori*, incompleta. La cuota femenina entre los participantes más visibles de los movimientos radicales fue inferior a la masculina, pero casi siempre superior a la de otros grupos políticos. A veces, de hecho, el papel de las mujeres en el radicalismo de los años sesenta contrastó con el descenso de su participación en formas de política más convencionales en esa misma década —el número de mujeres en el Parlamento italiano alcanzó su punto más bajo en 1968—. Es más, la reacción contra el machismo en el 68 no vino solamente de las mujeres. Los hombres reconsideraron su propia conducta. Este replanteamiento fue más explícito en el movimiento de liberación gay, pero incluso los hombres homosexuales que en su día habían relacionado la conquista sexual con la liberación política cambiaron a menudo sus puntos de vista en la década de 1970 y, curiosamente, el propio hecho de que fueran tan explícitos acerca de sus presunciones sexuales puso dichas presunciones en cuestión. Finalmente, el 68 no fue solamente sobre relaciones entre hombres y mujeres. A veces hasta pareció que se podía acabar con la propia idea de pareja o de familia. En este sentido, algunos han recordado el más escandaloso eslogan del 68 italiano: «Quiero ser huérfano». En resumen, quienes intentaron cuestionar las opiniones convencionales acerca de la familia y las relaciones sexuales a menudo adoptaron el lenguaje y el estilo de otros tipos de movimientos de liberación, pero ni pertenecían a ellos ni eran una respuesta a ellos. La mejor manera de describirlos sería, tal como lo formuló Régis Debray en otro contexto, como una «revolución dentro de la revolución».

LA MUJER Y LA REVUELTA ESTUDIANTIL

Las paradojas de la emancipación de la mujer fueron especialmente visibles en las universidades. Por un lado, la presencia femenina en estas instituciones aumentó rápidamente en la década de 1960 (si bien, en EE. UU., donde casi la mitad del alumnado en los años veinte eran mujeres, el crecimiento se produjo tras una fuerte caída durante la posguerra). Los estudios que más rápido crecieron —humanidades y ciencias sociales— también fueron los que atrajeron al mayor número de mujeres y los centros creados en la década de 1960 casi siempre fueron mixtos desde el principio. Pero ¿para qué iban las mujeres a la

universidad? ¿Se educaban para trabajar y, en ese caso, podían permitirse las mismas oportunidades profesionales que los hombres? En la década de 1920, la educación había sido, en ocasiones, una alternativa al matrimonio, particularmente en aquellos países que habían sufrido significativas bajas masculinas en la primera guerra mundial. Sin embargo, en los años sesenta, las universidades llegaron a parecer —tal como escribió Germaine Greer, profesora adjunta de la Universidad de Warwick entre 1968 y 1972— «tiendas adonde [las mujeres] podían ir a buscar un título mientras esperaban a casarse».⁷ Muchas de ellas, después de obtener una licenciatura, se ponían a trabajar en una oficina con un puesto de poca importancia —para ayudar a su marido a seguir estudiando o a iniciar su carrera profesional— y, después, tenían hijos.

El simple aumento de la educación de las mujeres atrajo la atención sobre las maneras en las que su suerte podía ser distinta de la de los hombres. Los reductos de privilegio siguieron siendo mayoritariamente masculinos. A mediados de la década de 1960, solo el 5 % de las universidades estadounidenses excluía a mujeres, pero este porcentaje incluía la mayoría de los centros adscritos a la conferencia deportiva de la Ivy League. Las primeras mujeres que fueron admitidas en Yale (al principio, en posgrados y, después, a partir de 1969, en licenciaturas) se encontraron con una vida social estudiantil que todavía giraba en torno a las hermandades y sociedades gastronómicas exclusivamente masculinas.⁸ Linda Tinkham llamó la atención sobre la cuota asimétrica de educación superior para hombres y mujeres en el Reino Unido. Señaló que, a principios de la década de 1960, solamente 593 mujeres —frente a 4.002 hombres— habían sido admitidas en Oxford y Cambridge. Por otro lado, los alumnos de las escuelas de pedagogía, creadas para formar maestros, eran predominantemente mujeres. La proporción profesorado/alumnado era más baja que en las universidades y la docencia interesaba poco. Las reflexiones de Tinkham se publicaron en un estudio sobre el poder estudiantil que, visto con retrospectiva, dice tanto sobre el reparto del poder entre la izquierda radical como sobre la educación superior. De los doce ensayos incluidos en dicho estudio, once los escribieron hombres. La contribución de Tinkham se centraba en la facultad donde ella había estudiado. Los autores varones procedían principalmente de universidades de renombre y escribieron extensos artículos con desenfadada confianza en sí mismos. Robin Blackburn, graduado en Oxford, tituló su ensayo «Una breve guía sobre la ideología burguesa» y Perry Anderson, de Eton y Oxford, abordó el tema «Factores de una cultura nacional».⁹

Curiosamente, las convenciones de cortesía habían garantizado en ocasiones a las mujeres un nivel de influencia —limitada, por supuesto— que el

radicalismo estudiantil se encargó de atropellar a finales de la década de 1960. Cuando la organización estudiantil se había basado en comités, reuniones y votaciones formales, las mujeres habían sido tratadas a menudo con condescendencia, pero al menos también habían dispuesto de medios para hacerse oír —aunque solo fuera porque normalmente eran ellas las que redactaban las actas de las reuniones—. Los sindicatos estudiantiles de las universidades británicas y estadounidenses a menudo habían tenido puestos reservados para algunas mujeres. El King's College de Londres parecía que representaba el nuevo mundo de radicalismo sexual en 1973, cuando abolió el cargo de «Lady Vice President» y fundó una «GaySoc» (Gay Society).¹⁰

En el momento álgido de las protestas estudiantiles, las «asambleas generales» —actos bulliciosos en los que, a veces, se hacía callar a las mujeres— sustituyeron a menudo las reuniones formales. Una mujer trotskista en Suiza comentó posteriormente: «Fue años antes de que me atreviera a hablar delante de una asamblea general. Estábamos allí [las mujeres] solamente para hacer cafés y fotocopiar panfletos».¹¹ Incluso las mujeres que ocupaban cargos formales en el movimiento estudiantil también eran ignoradas por los hombres. En 1967, Dominique Bazire, delegada de un club de geografía de la Sorbona, se sorprendió al ver que su nombre aparecía al pie de una carta de apoyo a la posición de los árabes en la guerra de los Seis Días publicada en *Le Monde*. Un camarada la había escrito y firmado con el nombre de ella sin consultárselo.¹² Cuando Noel Annan escribió su informe sobre los «incidentes» en la Universidad de Essex en 1972, sugirió que:

A mi entender, la presidenta [del sindicato de estudiantes] no se encontraba bien y, por lo visto, los militantes no se molestaron en consultarle, así que tomamos la decisión de actuar independientemente de la ejecutiva del sindicato. En aquel momento, tanto a ella como a la ejecutiva les faltaba experiencia política: lo cierto es que la presidenta no era capaz de cumplir lo que había prometido.¹³

Annan atribuyó los alborotos a «un reducido grupo de salvajes que no pertenecían a ninguna formación política, pero que, por la fuerza, asumían a veces el liderazgo». Annan era cortés y liberal, pero su informe traicionaba la informal suposición de que la mayoría de las principales figuras de cualquier universidad (a ambos lados de las barricadas) eran hombres. Elogió a la Universidad de Essex por haber atraído a «algunos hombres excepcionalmente brillantes» a su profesorado y describió al sociólogo Michael Mann como un «portavoz elocuente y atrayente».¹⁴ Del mismo modo, el presidente del Sindicato Nacional de Estudiantes también parecía que daba por sentado que las mujeres eran espectadoras despistadas y pasivas en las protestas dominadas por

hombres. Sobre los altercados en la London School of Economics de 1967, dijo que «eran un puñado de publicistas profesionales, siempre dispuestos a ocupar el lugar de la chica soporífera que no sabe por qué está protestando y a gritar por el micrófono que la lucha era hasta el final».¹⁵

El hecho de que el papel de las mujeres en los movimientos radicales fuera notablemente inferior al de los hombres, especialmente en los acontecimientos más impactantes de la década de 1960, no significa que el alma del 68 fuera, sencillamente, «antifeminista». Puede que las mujeres fueran una minoría dentro del radicalismo, pero fue una minoría más relevante que en la política convencional. En Turín, a pesar de sumar menos de una quinta parte de la población políticamente activa, las mujeres representaron alrededor de una tercera parte de todos los arrestos tras las ocupaciones estudiantiles de 1968.¹⁶ En Suiza, se calcula que las mujeres representaban solamente el 16 o 17 % de los candidatos al Consejo Nacional, pero la proporción activa en los movimientos radicales era, como mínimo, el doble.¹⁷ La cuota femenina en la organización estudiantil del Partido Socialista Unificado de Francia aumentó de un 20 % a principios de la década de 1960 a un 25 % en 1968 y a casi un tercio de sus miembros a finales de 1969.¹⁸ El auge del feminismo radical que llegó después de 1968 pudo haber sido, en parte —y utilizando una frase apreciada por los sociólogos de la época—, «una revolución de expectativas crecientes».

Sexo, emoción y política estrecharon a menudo sus vínculos durante las protestas estudiantiles. Las ocupaciones de edificios universitarios eran sinónimo de juventud apiñada en espacios pequeños sin supervisión externa. En estas circunstancias, la mujeres podían sentirse intimidadas: algunas recordaron verse acosadas o incitadas a quitarse la ropa. Sin embargo, Laura Derossi —una de las pocas mujeres que desempeñó un papel destacado en las ocupaciones de la Universidad de Turín— insistió en el hecho de que la falta de intimidad en los espacios ocupados vino acompañada de una sensación de liberación. Estudiantes que, en condiciones normales, habrían pedido disculpas por haber rozado accidentalmente la pierna de otra persona, se apelotonaban durante las ocupaciones, a veces acogiendo a alguien en su regazo. A menudo estaban abrazados, pero Derossi no recordó nada «molesto» ni ningún intento de nadie de «hacerse el macho»: «era como si ese tipo de actitudes quedaran abolidas de repente».¹⁹ El hecho de que las mujeres habían tenido, en general, unas vidas más coartadas que los hombres significó que la «emancipación» pudiera consistir, simplemente, en hacer aquello que los hombres daban por sentado para sí mismos, como pasar una noche entera en una ocupación, decir tacos en público o apagar cigarrillos en el suelo. Las mujeres podían ver en la novedad de

tales actos una experiencia intensamente emocional, y los hombres, convencidos de que su enfoque se basaba en una especie de compromiso político más intenso, a veces insinuaban que esta respuesta emocional era «irracional». El sociólogo Colin Crouch recordó una reunión entre estudiantes un año después de los «incidentes» de la London School of Economics en los que una «chica» (*girl*) tomó la palabra: «su intención principal fue decir que las únicas experiencias “reales” y “válidas” que había tenido en la LSE habían sido las sentadas».²⁰

LA SEGUNDA OLA FEMINISTA

Los orígenes de lo que se llamaría la «segunda ola feminista» se remontan a comienzos de la década de 1960. A diferencia de la «primera ola», más centrada en gran medida en cuestiones de sufragio femenino, esta segunda fase estuvo caracterizada por un amplio interés en la opresión social y cultural de las mujeres. En Estados Unidos, Betty Friedan planteó en su ensayo *La mística de la feminidad* (1963) que las mujeres estaban sometidas por la importancia que la sociedad daba al matrimonio y las «tareas del hogar». Friedan ayudó a crear la Organización Nacional de Mujeres (National Organization for Women, NOW) en 1966.

El libro de Friedan hablaba de la clase media blanca estadounidense de los suburbios residenciales, pero las mujeres blancas que se unieron al movimiento por los derechos civiles en el sur del país eran sumamente conscientes de hasta qué punto las diferencias raciales determinaban las relaciones entre los sexos. Incluso a finales de la década de 1960, e incluso en el norte de EE. UU., un confidente del FBI podía informar de que una estudiante radical era una «negro lover» porque «sonríe abiertamente cada vez que un hombre negro pasa por su lado».²¹ El hincapié que se hizo en la igualdad durante la campaña por los derechos civiles se alimentó del feminismo. Sin embargo, las relaciones entre las campañas por la igualdad sexual y la igualdad racial podían ser complicadas. Algunas mujeres blancas parecían haber hallado algo de consuelo en el movimiento feminista después de haber sido expulsadas (junto con otros hombres blancos) del Comité Coordinador Estudiantil No Violento (véase el capítulo 4).

La historia de las feministas europeas fue distinta, en parte porque la guerra fría y la prosperidad económica que tanto determinaron los análisis de Friedan tuvieron consecuencias distintas en el Viejo Continente. Las feministas francesas de principios de la década de 1960 habían crecido bajo unas circunstancias particularmente complicadas. Algunas de ellas habían sido miembros del Partido

Comunista y estado expuestas a su extraña mezcla de igualitarismo — principalmente en cuestiones laborales— y moral puritana —el partido estaba en contra del aborto y ensalzaba las virtudes del parto natural sin analgesia (el llamado «método Lamaze»)—. Muchas habían leído *El segundo sexo* (1949), de Simone de Beauvoir, una obra cuya versión original francesa fue mucho más radical que su primera traducción en lengua inglesa.²²

LA REFORMA Y EL ESTADO

Los radicales en el largo 68 solían presentar al estado como un agente de la represión sexual. Las feministas francesas hablaban de la moral de la «tante Yvonne» («tía Yvonne») en referencia al conservadurismo católico de la esposa de Charles de Gaulle. En Italia y Alemania Occidental, el estado de la posguerra se asoció con un concepto de la «familia» muy deudor de la Iglesia Católica, como reflejó el poder que tuvieron los partidos democristianos. Sin embargo, el estado no fue siempre un agente de la represión. La legislación de posguerra raras veces se diseñó para volver a un orden moral anterior, y los que más se esforzaron por proteger a la familia convencional, a veces lo hicieron con reformas que facilitaron la vida de quienes no encajaban en ella. En Estados Unidos, la Ley de los Derechos Civiles de 1964 se había referido explícitamente al «sexo» como uno de los motivos por los que la discriminación quedaría prohibida en el ámbito laboral (si bien algunos pensaron que los legisladores sureños habían incluido las referencias a la mujer con la esperanza de frustrar las intenciones de los que habían formulado la enmienda por cuestiones raciales). En el Reino Unido, fue la legislación del gobierno de Wilson de 1966-1970, tan denostado por la izquierda radical (véase el capítulo 6), la que allanó el camino a una «sociedad permisiva».

En Francia, el primer ministro Georges Pompidou —firme defensor de la propiedad y el capitalismo— mantuvo una actitud ostentosamente relajada en relación con la conducta sexual de la juventud. Según su opinión, los franceses debían «hacerse escandinavos».²³ Charles de Gaulle, educado en el rígido ambiente católico del norte de Francia por una madre que lamentaba que Dios no hubiese ideado una manera más digna para que los humanos se procrearan, no compartía el liberalismo de Pompidou. A pesar de ello, el gobierno de De Gaulle legalizó la contracepción en Francia en 1967. El propio general pensaba que las preferencias en este aspecto debían ser «racionales». Su propia esposa —la «tía Yvonne» que tanta burla provocó— no tuvo más hijos después de dar a luz, a los veintiocho años, a Anne, una niña con síndrome de Down.

LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

Después de 1968, muchas feministas se volvieron más radicales. A algunas, de hecho, les traía sin cuidado la palabra «feminista», ya que pertenecía a una época burguesa en que las mujeres habían luchado por conseguir trabajo, derecho de voto y un «espacio propio». Las feministas pensaban que el papel de la mujer cambiaría a través de la movilización y no tanto como resultado de las concesiones del estado y aborrecían la distinción entre público y privado que subyacía en gran parte del pensamiento sobre moral sexual de comienzos de la década de 1960. Para ellas, el término «liberación de la mujer» evocaba algo que podía asemejarse a los movimientos negros estadounidenses o a las luchas de liberación del tercer mundo. En Francia se creó en 1970 un *Mouvement de Libération des Femmes*. Posteriormente, su fundadora, Antoinette Fouque, para indignación de algunos, registró los derechos del nombre.

En ocasiones, los movimientos feministas intentaron integrar los géneros y los hombres se unieron a organizaciones feministas, ya fuera porque simpatizaban con la causa o porque las consideraban piezas útiles para una coalición revolucionaria más amplia. Sin embargo, a partir de 1970, algunas mujeres empezaron a fundar organizaciones autónomas. En Francia, la agrupación *Femenino Masculino Porvenir* (*Feminin Masculin Avenir*), fundada en 1967, se transformó en la más radical y exclusivamente femenina *Feminismo Marxismo Acción* (*Féminisme Marxisme Action*).

La liberación de la mujer implicó algo que estaba definido de una manera más radical y, a la vez, menos precisa que la política convencional. Las mujeres trataron de aumentar su propia autoconciencia y cuestionar la sociedad que las rodeaba. Si hubo un tema que unió al movimiento de liberación de la mujer fue el aborto, legalizado en el Reino Unido mediante una ley parlamentaria en 1967 y en EE.UU. a través de una sentencia del Tribunal Supremo en 1973 (*Roe contra Wade*). En Francia y Alemania, las mujeres hicieron campaña por la legalización a la manera característica de la liberación de la mujer, es decir, refiriéndose a su propia experiencia. En 1971, 343 mujeres francesas firmaron una petición en la que declaraban que ellas mismas habían abortado; en Alemania suscribieron una petición similar 374 mujeres.

Existió una relación simbiótica de la liberación de la mujer con sus enemigos más que con otros movimientos radicales del momento. A veces, las mujeres utilizaban términos —como «marimacho» (*virago*), «bruja» (*witch*) o «sociedad para cortar a los hombres en pedazos» (*society for cutting up men*)— que parodiaban el abuso al que estaban sometidas. Igualmente, las imágenes de mujeres jóvenes y referencias al sexo eran un buen material para aderezar

artículos en los periódicos. Las mujeres que en 1968 protestaron contra el concurso de Miss América celebrado en Atlantic City tenían previsto quemar símbolos de opresión femenina, incluidos sujetadores. No lo hicieron porque las autoridades municipales les prohibieron hacer hogueras, pero Lindsay van Gelder —una periodista neoyorquina solidaria con la causa— informó del plan de las feministas. El único artículo que escribió al respecto desató años enteros de chistes pesados contados por humoristas en televisión: «Tiemblo al pensar que este podría ser mi epitafio», dijo Van Gelder. En el Reino Unido, los conservadores encontraron conveniente enfrentarse al radicalismo sexual. A Margaret Thatcher le incomodaba la palabra «feminismo», quizá porque era duro para ella negar que, en cierto sentido, también era una feminista, pero expresó con frecuencia su desprecio por la «women's lib».

La liberación de la mujer en 1968 desvió la atención de los importantes avances logrados por las feministas «pasadas de moda», algunas de ellas relacionadas con los movimientos políticos más aborrecidos por los radicales. En Francia, Simone Veil, superviviente de Auschwitz y ministra de Salud en el gobierno de centroderecha de Valéry Giscard d'Estaing, legalizó el aborto en 1975. Françoise Parturier era una feminista gaullista que, en 1968, envió una «carta abierta a los hombres» dirigida al presidente de la República con una mordaz dedicatoria: «Al general De Gaulle, el misógino que dio el voto a las mujeres».²⁴ En el Reino Unido, Barbara Castle —laborista y titular de varias carteras en los gabinetes de Harold Wilson— se ganó los insultos de la izquierda radical (en ocasiones expresados en términos cruelmente sexuales) por sus intentos de poner freno a las competencias de los sindicatos, pero fue ella quien aprobó la legislación que obligó a equiparar los salarios de hombres y mujeres. Su compañera de partido Shirley Williams —quien también tuvo que enfrentarse con la izquierda radical cuando fue ministra de Universidades— era hija de Vera Brittan, una de las feministas de la primera ola. Siendo ministra de Interior, en una especie de experimento muy sesentayochista, consiguió pasar una noche en una cárcel de mujeres; a las reclusas les dijo que la habían detenido «por el juego».²⁵

¿REVOLUCIÓN SEXUAL?

Junto con los llamamientos explícitos a la liberación sexual también se produjeron cambios sociales. La píldora anticonceptiva parecía que inauguraba una revolución sexual cuando se recetó por primera vez en 1960. Sin embargo, conseguirla no siempre fue fácil para una mujer soltera europea en los años

sesenta. Anne Wiazemsky, estudiante de diecinueve años en la Universidad de Nanterre y novia de Jean-Luc Godard, intentó obtener una receta para la píldora en 1967. Como era menor de edad, tuvo que pedir a su madre que la acompañara al ginecólogo —un hombre «adinerado y engreído»—, quien solamente accedió a la petición de Wiazemsky después de decirle a su madre: «Esta niña debería ser más casta y usted, más autoritaria».²⁶ En realidad, es difícil saber si los jóvenes de finales de la década de 1960 fueron más o menos sexualmente activos que sus predecesores. Sheila Rowbotham, miembro del movimiento británico de liberación de la mujer, dio clases a chicas de clase obrera a las que no les gustaba hablar de sexo porque «están las que lo hacen y las que hablan de ello».²⁷

La idea de «liberación sexual» plantea cuestiones sobre quién se estaba liberando de qué. Pongamos el ejemplo de la cantante francesa France Gall, nacida en 1947. Expresaba opiniones patriotas y alegres y, en 1966, animó a sus contemporáneos a participar en la recopilación de documentación para el informe llevado a cabo bajo el control del ministro gaullista de Juventud, François Missoffe; el mismo informe del que tanto se burlaría Daniel Cohn-Bendit por su supuesta falta de interés en los «problemas sexuales» de los estudiantes (véase el capítulo 5).²⁸ Pocos meses después, Gall grabó una canción («Les sucettes») escrita por Serge Gainsbourg. El doble sentido erótico de la letra fue evidente para todo el mundo, incluso para quien no hubiera visto el videoclip de la canción, en el que aparecía la cantante chupando un pirulí desmesuradamente grande. Por lo visto, France Galle no comprendió en su momento ese significado y nunca perdonó a Gainsbourg que se aprovechara de ella.

Algunos grupos políticos pareció que practicaron deliberadamente la promiscuidad sexual como medio para romper con lealtades personales que pudieran suponer un obstáculo para el compromiso político. El activista estadounidense Mark Rudd aseguró que, en una ocasión, él y catorce camaradas más de la organización Weather Underground practicaron sexo en grupo en el suelo de una camioneta de camino a Chicago desde Detroit.²⁹ En un nivel más prosaico, suscitaron mucho interés cuestiones como si hombres y mujeres podían compartir alojamiento en los campus universitarios. Estos temas fueron tanto más atrayentes cuanto que los campus en cuestión se vieran como centros de radicalismo político. Las salas mixtas fueron más polémicas en Essex que en Edimburgo, donde la agitación política estudiantil fue menos acusada.³⁰

Se produjera o no en el 68 un verdadero cambio en la conducta sexual, lo cierto es que esta adquirió en alguna ocasión una relevancia muy particular. Un ejemplo de ello es el caso de Gabrielle Russier en Marsella. Nacida en 1937,

Russier era profesora de literatura en un *lycée* y había pasado el difícilísimo examen de *agrégation* en 1967, el cual le brindaba la posibilidad de enseñar en la universidad. Mitad estadounidense, delgada y con pelo corto, se parecía a la actriz Jean Seberg, cuya suerte sería igualmente desafortunada. Russier nunca tuvo opiniones políticas particularmente marcadas, pero siempre fue consciente de sus dificultades para encajar en la sociedad convencional. En una carta dirigida a su marido, con el que ya no vivía, se refirió a sí misma como «una *hippie* andrógina». Tenía una relación muy buena con los alumnos de la escuela mixta donde enseñaba. Uno de ellos era Christian Rossi, cuya barba y confianza en sí mismo le hacían parecer mayor de los dieciséis años que tenía. Russier y Rossi iniciaron un romance que acabó con la denuncia de los padres de Christian. Russier fue procesada por «corrupción de menores» y, en el verano de 1969, se suicidó.

La rebelión política de 1968 no causó el *affaire*, pero sí que actuó como «acelerador», tal como escribió más tarde un amigo de Russier, y animó a los amantes a demostrar más abiertamente su afecto. Sin embargo, es probable que Rossi, que era miembro de la organización trotskista Juventud Comunista Revolucionaria, o, incluso, sus padres, miembros del ortodoxo Partido Comunista y adeptos a su ala liberal «italiana», dieran más importancia política al asunto que Russier. Tras su muerte, Gabrielle Russier fue fuente de inspiración para películas y canciones, y se convirtió en una heroína política del partido maoísta Izquierda Proletaria. En uno de sus carteles aparecen estas palabras:

Desde el mes de mayo [de 1968], el poder que la burguesía detenta en las escuelas a través de la autoridad del profesor es cada vez más convulso. En esta situación, la burguesía no podía permitir que una maestra, uno de los agentes de su autoridad, se pasara al bando contrario, el de los estudiantes en rebelión ... ni estaba preparada para seguir sus pasos en la lucha contra las relaciones decadentes y autoritarias entre alumnos y maestros.³¹

Los amigos de Russier pensaron que ella habría entendido menos la agitación que provocó su muerte que la humillación que la precedió. El único político que pareció sentirse afectado por la tragedia personal de Gabrielle fue Georges Pompidou.

OBRERAS

El relato sobre las mujeres en 1968 se ha centrado a menudo en un reducido grupo de personas, normalmente con estudios y de clase media. El primer congreso sobre «liberación de la mujer» celebrado en el Ruskin College de la

Universidad de Oxford congregó a quinientas personas. En 1970, un grupo de feministas francesas depositó una corona de flores para la «mujer desconocida» junto a la tumba del soldado desconocido en el Arco de Triunfo parisino. A una de las implicadas en la acción le pareció gracioso que en las crónicas posteriores se hablara de un millar de asistentes. De hecho, recordó que ella había sido una de las nueve mujeres presentes.³²

Sin embargo, junto a estas muestras bien documentadas de liberación explícita también hubo movilizaciones más concurridas protagonizadas por mujeres procedentes de ámbitos menos favorecidos. En el Reino Unido, la huelga de 1968 que más llamó la atención *a posteriori* (más que en su momento) fue la convocada por las operarias de la planta de producción de Ford en Dagenham para reclamar igualdad salarial. En Francia, los años previos a 1968 estuvieron marcados por una escalada de altercados entre grupos de obreros, especialmente mujeres, no muy bien organizados. La multitudinaria huelga general de mayo-junio de 1968 hizo que los trabajadores varones volvieran a salir a la palestra en las grandes fábricas, pero después, en la década de 1970, el papel de la mujer en la protesta obrera cobró más importancia. Así ocurrió en la huelga francesa más famosa de los años setenta: la convocada en la fábrica de relojes Lip de Besançon, donde la mayoría de trabajadores eran mujeres (si bien la huelga la capitaneó un hombre, Charles Piaget, cuya esposa, Anne, no pudo evitar verse relegada al cuidado de los hijos de ambos).

Los sindicatos estaban dirigidos, en su abrumadora mayoría, por hombres de mediana edad. En el Reino Unido, a las activistas les costó que el Sindicato de Trabajadores del Transporte se interesara por las demandas de mejora salarial y condiciones laborales del sector de las mujeres de la limpieza del turno de noche (en muchos casos, de origen no británico). Los líderes sindicales solían hablar de las mujeres con condescendencia. Los cabecillas de una huelga general convocada en Lille en 1968 anunciaron que «las chicas más jóvenes pasan a ser responsabilidad de los delegados».³³ Sin embargo, los sindicatos no siempre fueron tan estáticos y homogéneos como a veces parecía. Antes de la década de 1960, las feministas ya habían colaborado con el movimiento obrero. Betty Friedan, quien en los años sesenta estuvo estrechamente relacionada con el feminismo estadounidense de clase media, había escrito para publicaciones sindicales.³⁴

En ocasiones, los sindicatos en EE. UU. dieron la impresión de romper con el feminismo, en parte porque la guerra fría les obligó a ser cautelosos con cualquier aspecto de su tradición que se pudiera identificar con el comunismo y, también, porque no se encontraban cómodos con los radicalismos más

ostentosos de finales de la década de 1960. En esa época, las mujeres miembros del sindicato estadounidense United Automobile Workers (UAW) estuvieron a punto de retirarse de la National Organization for Women, NOW (Organización Nacional de Mujeres). Sin embargo, en los años setenta, los sindicatos parecieron cambiar de actitud: el UAW apoyó la igualdad de derechos y sus afiliadas volvieron a tener un papel activo en la NOW. El apoyo al feminismo también fue utilizado por los líderes sindicales más jóvenes para distanciarse de sus compañeros de más edad. Arthur Scargill, quien acabó siendo jefe del sindicato de mineros británico, era íntimo amigo de la profesora universitaria Peggy Kahn. En cualquier caso, el número de afiliados a los sindicatos cambió cuando, a principios de la década de 1970, se unieron a ellos muchos trabajadores no manuales, la mayoría de los cuales eran mujeres.

HOMBRES E IDENTIDAD SEXUAL

El 68 hizo que algunas mujeres tomaran conciencia de su identidad sexual. ¿Ocurrió lo mismo con los hombres? A este respecto, ellos separaron más lo personal de lo político. Las autobiografías masculinas rara vez adoptan el tono de confesión que sí tienen muchas crónicas de la época escritas por mujeres. Michel Rocard, entonces secretario general del Partido Socialista Unificado de Francia, dejó a su esposa para irse a vivir con Michèle Legendre el 15 de mayo de 1968, en plena revuelta estudiantil, pero solamente mencionó este detalle en sus memorias para destacar que su partido —que había decidido equiparar su sueldo al de un trabajador de Renault— accedió a pagarle la factura de la pensión alimenticia.³⁵

La política de izquierdas podía ir acompañada de una misoginia ocasional y violenta. En 1968 se escribían en los muros grafitos que invitaban a los estudiantes a «violar a tu *alma mater*» o que trataban a la universidad de «vieja puta». Cuando Margaret Thatcher, entonces ministra de Educación, visitó la Politécnica de Lanchester en 1971, los estudiantes gritaron «cerda fascista, vamos a quitarte las bragas». ³⁶ También hubo hostilidad hacia el feminismo por parte de sectores del movimiento Poder Negro. Algunos de sus miembros, incluidas algunas mujeres, sostenían que «los crímenes cometidos sobre personas negras por policías racistas» eran más serios que «el abuso verbal sexista contra mujeres blancas por sus maridos». ³⁷ Otros fueron aún más lejos al creer que el racismo había «castrado» a los varones negros y que, para recuperar la dignidad, había que reafirmar los roles masculinos. Eldridge Cleaver, «ministro de Información» de los *panteras negras*, fue un ejemplo extremo de

este tipo de actitudes. Este ex proxeneta que obtuvo notoriedad con la publicación de *Alma encadenada* (1969), unas memorias escritas en prisión, afirmó que «la violación era un acto de insurrección».³⁸ Cleaver se arrepintió en la cárcel, pero, incluso después de su conversión a la política revolucionaria, demostró una amarga hostilidad contra feministas y homosexuales. A este respecto, fue muy distinto de su ex camarada Huey Newton.

En ocasiones, sin embargo, las relaciones entre la política masculina de izquierdas y el feminismo fueron más complicadas de lo que parecía a primera vista. C. Wright Mills —el sociólogo al que tanto admiraban los fundadores de Estudiantes para una Sociedad Democrática— fue lo más parecido a una parodia de la masculinidad estadounidense. Se sentía orgulloso de sus motocicletas y del hecho de haberse construido una casa con sus propias manos. Su lenguaje político también podía parecer agresivamente masculino: «Dejad que las viejas se quejen sabiamente del final de la ideología. Nosotros volvemos a lo nuestro».³⁹ En sus ensayos autobiográficos, escritos en forma de intercambio epistolar con un amigo soviético imaginario, Mills distinguía entre «una carta muy pública» y la cuestión privada de «mis mujeres y todo lo demás».⁴⁰ Había, no obstante, una paradoja en los escritos de Mills. El rechazo al carácter «público» de las relaciones con las mujeres era, en sí mismo, una declaración pública, y su pavoneo masculino implicaba una cohibición acerca de su identidad sexual. De hecho, C. Wright Mills fue uno de los primeros estadounidenses que escribió sobre *El segundo sexo* de Beauvoir y también en reconocer que se podían extraer conclusiones de ese libro, tanto para los hombres como para las mujeres: «Quizá compartiendo las pasiones de *mademoiselle* de Beauvoir por la libertad podríamos renunciar a la masculinidad y a la feminidad para conseguirlo».⁴¹

En el caso de los varones más jóvenes, su aparente machismo estuvo a veces acompañado de una buena disposición a la revisión de sus propias conductas para con las mujeres. Al escribir sus autobiografías de finales de la década de 1960, Tom Hayden y Daniel Cohn-Bendit entrevistaron a sus ex parejas, todas ellas mujeres que se habían convertido en feministas activas. Para algunos pocos hombres, el «separatismo» feminista de los años setenta les pudo resultar tan doloroso como lo fue el separatismo negro de los sesenta para los participantes en el movimiento por los derechos civiles. Jeff Shero Nightbyrd, de Texas, explica que los ataques que recibió por parte de mujeres que había considerado camaradas casi le provocaron una crisis nerviosa y llevaron a varios de sus amigos a intentar suicidarse.⁴² Muchas mujeres se enfadaban por cómo eran tratadas por sus camaradas varones en los grupos radicales durante el 68.

Una de ellas describe la cultura de los activistas masculinos en el movimiento estudiantil italiano como una forma de «terrorismo»,⁴³ pero algunas recuerdan un patrón de relaciones entre sexos algo más complicado. Gabrielle, una *soixante-huitarde* parisina, recuerda un cambio de conducta en los hombres que conoció después de 1968. Esta transformación se reflejó en algunas campañas específicas, como la organizada para reclamar guarderías, pero también fue una cuestión de estilo. Gabrielle descubrió que ser un hombre no era ser un «mec» —expresión de argot francés que significa «tío» o «tipo»— y que no implicaba la masculinidad vanidosa que más tarde asociaría con el político conservador Jacques Chirac.⁴⁴ Uno de sus ex camaradas se replanteó su identidad sexual de una manera tan revolucionaria que en los años ochenta decidió vivir como una mujer.

A veces, los grupos de izquierdas en la década de 1970 parecieron estar más preocupados por el sexismo en su lenguaje que por el uso de la violencia. Así, The Weathermen pasó a llamarse Weather Underground. El momento más álgido de desacuerdo entre la izquierda masculina y las feministas en Italia se produjo en 1975, cuando algunos hombres de Lotta Continua abusaron de mujeres en un mitin en favor del derecho de aborto después de haberse autoinvitado para ofrecer «seguridad». La dirección de Lotta Continua desaprobó los actos de sus miembros y, de hecho, el episodio contribuyó a la disolución del grupo.

VIETNAM

La oposición a la guerra de Vietnam interactuó con la reflexión sobre la identidad sexual. Algunas mujeres estadounidenses que estaban en contra de la guerra dieron mucha importancia a su condición de madres. La organización Otra Madre para la Paz (Another Mother for Peace), formada en 1967, imprimió mil tarjetas de felicitación del Día de la Madre para enviarlas a miembros del Congreso. Sin embargo, no todas las feministas se sintieron cómodas con la iniciativa. Betty Friedan dijo: «No creo que el hecho de haber tenido leche en mis pechos sea el motivo por el que estoy en contra de la guerra». Un grupo de feministas pacifistas organizaron una ceremonia de entierro de la «maternidad tradicional» en el Cementerio Nacional de Arlington.⁴⁵

La objeción de conciencia al servicio militar animó a los hombres a pensar en su masculinidad, ya que la guerra se solía presentar como esencialmente masculina. Sin embargo, muchos varones que se resistieron a su reclutamiento lo hicieron sin poner en peligro las identidades sexuales convencionales. Los objetores lucían en los parachoques de sus coches un adhesivo que decía: «Las

chicas dicen “sí” a los chicos que dicen “no”». Para descontento de algunas feministas, este eslogan fue adoptado por la cantante folk Joan Baez. En 1966, el periódico de los alumnos de la Universidad de Tennessee propuso a las mujeres que redujeran su rendimiento académico para que el nivel de los hombres subiera y fuera más fácil para ellos obtener prórrogas y evitar así su reclutamiento.⁴⁶

Los obreros de la construcción neoyorquinos partidarios de la guerra llevaban pancartas con el lema «No os preocupéis, no reclutan a maricas». Es cierto que los homosexuales no eran llamados a filas y que la última pregunta que aparecía en el formulario enviado a los futuros reclutas era: «¿Es o ha sido usted homosexual?». Esto tuvo un efecto curioso en la política sexual estadounidense. Quizá por primera vez en su vida, los hombres se enfrentaban directamente con su sexualidad. Una respuesta afirmativa podía impedirles el ejercicio de determinadas profesiones civiles, pero también les eximía de realizar el servicio militar. Algunos heterosexuales fingieron «actitudes homosexuales» en un intento de evitar el reclutamiento. Una guía para objetores de conciencia publicada en Berkeley proponía a los hombres que se fijaran en «la gente de North Beach, San Francisco», para adquirir un estilo homosexual adecuado y que pidieran consejo a sus novias sobre cómo «moverse como una piba».⁴⁷ En 1966, algunas organizaciones homosexuales (deseosas de enfatizar la respetabilidad de sus miembros) hicieron campaña para reclamar el reclutamiento de varones gays. Sin embargo, pocos años después, estas organizaciones se radicalizaron y tendieron a asociar las críticas a la guerra de Vietnam con una agresión a la moral sexual convencional. Keith St Clare, del movimiento radical Vanguard de San Francisco, propuso que la gente tenía que «follar por la paz».

LIBERACIÓN GAY

En 1968, los varones homosexuales hablaban de su identidad sexual más que la mayoría del resto de hombres. El espíritu festivo de las protestas abrió las puertas a la experimentación. Un estudiante de Turín cuenta que tuvo su primera experiencia sexual durante la ocupación de la universidad en 1968, aunque no empezó a definirse como homosexual hasta pasados diez años.⁴⁸ En ocasiones, la homosexualidad tomó un cariz más explícitamente político. Hasta finales de la década de 1960, los movimientos por la defensa de los derechos de los homosexuales solían ser grupos moderados formados por varones de clase media. Desde estas organizaciones se insistía en la respetabilidad de sus

miembros.⁴⁹ En la década de 1940 se fundó en EE. UU. la Sociedad Mattachine, llamada así por los festivales de máscaras del Renacimiento francés. En Francia, Arcadie, cuyo nombre provenía de la mitología griega, se fundó en 1950.⁵⁰ Estos movimientos se definían a sí mismos como «homófilos» en vez de «homosexuales», una diferencia que recuerda al comentario que hizo el escritor francés Claude Mauriac sobre su padre, el novelista François Mauriac: «Homo, certainement, sexuel j'en doute». En California se dijo que un grupo perdió a la mitad de sus miembros porque en su denominación incluyó la palabra «homosexual».⁵¹

No existió una relación sencilla entre las causas homosexuales y la izquierda política. El homosexual francés más famoso previo a 1968 fue, probablemente, el escritor Roger Peyrefitte, petainista irredento. Fue él quien propuso el nombre del grupo homófilo Arcadie. Sus novelas sobre «amitiés particulières» causaron tanto escándalo que un joven y ambicioso empleado público que compartía nombre de pila con él se lo cambió para evitar malentendidos. Alain Peyrefitte —así se llamó después— fue ministro gaullista en 1968. Los líderes comunistas desaconsejaban exhibir públicamente lo que ellos consideraban un «vicio burgués»; aunque los militantes de base del partido a menudo parecía que miraban con algo de desprecio la moral de sus dirigentes.

Los movimientos en favor de los derechos de los homosexuales fueron más abiertamente militantes después de 1968. Los varones homosexuales, al igual que las feministas, adoptaron a menudo el lenguaje de la «liberación». El Frente de Liberación Gay (Gay Liberation Front) británico se formó en 1970. Hubo diferencias importantes entre los movimientos nuevos, y también dentro de ellos. ¿La libertad sexual era el único objetivo? ¿La homosexualidad implicaba una crítica radical del conformismo sexual? En Francia, Guy Chevalier fundó el Comité Revolucionario de Acción Pederástica (Comité d'Action Pédérastique Révolutionnaire) en la primavera de 1968, pero tuvo una vida efímera. Más duradera fue la influencia ejercida por Guy Hocquenghem, quien aseguró haber sido el primero en lanzar un *pavé* (adoquín) en la rue Gay Lussac. Cuatro años después, a la edad de 25, escribió una famosa carta abierta en la que habló en nombre de «tres millones de pervertidos».

No todos compartieron la insistencia de Hocquenghem en los vínculos entre homosexualidad y política. Algunos vieron en las comunidades gais de la década de 1970 una huida de la política o, como mínimo, de las formas particulares de hacer política nacidas en la década anterior. Hubo quien habló de «dejar a un lado los disfraces políticos que la gente llevaba normalmente y conectar con aspectos de su sexualidad que sus propias ideas políticas rechazaban».⁵² La

huida de la política fue especialmente notable en EE. UU., donde la represión había sido más evidente que en muchos países de Europa Occidental en el período de posguerra. Generaciones enteras de gais y lesbianas estadounidenses encontraron refugio en París o Londres. Sin embargo, quizá precisamente porque la transición fue tan rápida, Estados Unidos, o, como mínimo, Nueva York y San Francisco, pronto se convirtieron en el centro de una nueva subcultura homosexual masculina que, en ocasiones, parecía absorberlo todo. Tom Hayden relató cómo Carl Wittman, después de haber ejercido el activismo en Estudiantes para una Sociedad Democrática, renació como activista por los derechos de los gais en San Francisco y acabó muriendo de sida.⁵³

Las actitudes frente a la epidemia del VIH en la década de 1980 fueron reveladoramente distintas entre los sesentayochistas franceses y estadounidenses. En EE. UU., la muerte por sida fue considerada por muchos el final de un 68 entendido más como un viaje principalmente personal. En cambio, los escritores franceses continuaron centrados en la importancia pública y política de un 68 entendido, en parte, como algo externo a sus vidas personales. Dos de ellos, Hocquenghem y Daniel Bensaïd, escribieron sus autobiografías políticas sin mencionar directamente que estaban muriendo de sida.⁵⁴

FAMILIAS

Los conservadores han hablado a menudo del 68 como una rebelión de hijos contra padres, pero muchos sesentayochistas también han sido padres, a veces en pleno período de actividad política. Escribiendo sobre los maoístas franceses de la generación de sus padres, Virginie Linhart descubrió que su madre había dado a luz durante un mitin político en 1966. Sue LeGrand alumbró — empleando la técnica Lamaze— cuando ella y el padre del bebé, Mark Rudd, vivían con nombres falsos debido a sus actividades con Weather Underground. En ocasiones, el 68 fue bienvenido precisamente porque parecía sacar de la claustrofobia a madres que cuidaban de sus hijos, pero algunas de ellas también han mirado atrás con pesar, especialmente cuando el activismo o el encarcelamiento las separaron de sus hijos durante un tiempo. Ulrike Meinhof fue un ejemplo particularmente extremo de lo doloroso que podía ser conciliar acción política y maternidad. Meinhof se había separado del padre de sus gemelas para dedicarse a la política y, por lo visto, consideró seriamente la posibilidad de dejarlas en un orfanato palestino para que las educaran allí. Respondió a las cartas de sus hijas hasta poco antes de suicidarse en la cárcel.

En el 68 también se habló de «liberación» para los niños. Ello podía

significar intentos de organizar políticamente a los niños en las escuelas, pero también podía querer decir sexo. Guy Hocquenghem recordó cómo, a los catorce años de edad, fue seducido por René Schérer, su profesor de filosofía en el *lycée* Lakanal. Ambos siguieron siendo amigos y parece que guardaron buenos recuerdos de la aventura. Otras relaciones —entre las que destaca la de Gabrielle Russier, descrita anteriormente— despertaron el interés de la ley. A veces se habló de la sexualidad de niños muy jóvenes. Daniel Cohn-Bendit describió —en unos términos de los que llegó a arrepentirse— las experiencias sexuales de los niños que tenía a su cargo cuando trabajaba en una guardería de Fráncfort en los años setenta. En esa misma década, en el Reino Unido, la revista *Oz* fue procesada por publicar un «número para colegiales» en el que aparecía, entre otras cosas, el Oso Rupert luciendo una erección.

Muchos padres trataron de educar a sus hijos por la vía de la subversión, o la evitación, de las instituciones existentes. La primera de estas instituciones era la escuela. En la comuna *hippie* fundada en California por el excéntrico y acaudalado promotor inmobiliario Don McCoy, Garnet Brennan dirigió una «no escuela»; la habían despedido de su puesto de directora de estudios en un colegio tras confesar que llevaba dieciocho años fumado marihuana.⁵⁵ La pedagoga inglesa A. S. Neill había publicado el libro *Summerhill: A Radical Approach to Education* en 1962, un homenaje a una escuela que rompió con la disciplina tradicional. La obra cobraría importancia internacional después de 1968. Vendió dos millones de ejemplares en Estados Unidos y la traducción francesa, publicada por primera vez en 1970, alcanzó el medio millón de copias. El debate sobre la educación fue particularmente virulento en Francia debido al autoritarismo existente en las escuelas tradicionales. Algunos sesentayochistas trataron de educar a sus hijos totalmente fuera de los colegios tradicionales; otros, muchos de ellos licenciados por las *grandes écoles* más exigentes, siguieron valorando el rigor académico a pesar de haberse rebelado contra casi todos los aspectos de la sociedad burguesa.

La segunda institución que había que cuestionar era la familia. Los sesentayochistas experimentaron con la vida comunitaria. Algunas comunas fueron vistas, ante todo, como un medio para promover la acción política; fue el caso de la Kommune 1, en Berlín Occidental. Otras, en cambio, se convirtieron en centros de retiro de la acción política —o, como mínimo, alternativos a esta— y un medio de los sesentayochistas, especialmente en Estados Unidos, para alejarse de la acción colectiva y dedicarse a asuntos más personales. En Londres se decía que la comuna Villa Road de Brixton se dividía en «políticos» (politicasts) y «primal screamers».⁵⁶

Las comunas se extendieron rápidamente después de 1968. En Dinamarca, a finales de la década de 1960, acogieron a 100.000 personas de una población total de cinco millones.⁵⁷ En Estados Unidos, donde ya existía una tradición de comunidades de inspiración religiosa, había dos millones de personas viviendo en comunas a principios de la década de 1970. Eran unas instituciones, en gran medida rurales, que marcaron un cambio de dirección huyendo de la política radical de los años sesenta, principalmente centrada en las ciudades. Normalmente, las comunas se dedicaban a la agricultura o a la artesanía, es decir, actividades que requerían mucho tiempo y que planteaban la problemática del comercio y la propiedad.

Las comunidades no eran necesariamente lugares «liberadores». Vivir en ellas implicaba, a menudo, trabajo duro y muchas horas de tedioso debate colectivo, frecuentemente protagonizado por varones seguros de sí mismos. Cuando, en 1968, Susan Stern leyó por primera vez *La mística de la feminidad*, se vio reconocida en el mundo descrito por Betty Friedan, por mucho que la autora hablara de la opresión de la mujer de clase media en los suburbios residenciales y Stern viviera en una comuna *hippie*.⁵⁸ Las charlas lujuriosas sobre sexo eran frecuentes en las comunas, pero, en realidad, no está claro que la experimentación sobre la materia fuera más atrevida de lo que seguramente era entre las parejas de los suburbios en la década de 1960, cuyas vidas aparecen descritas en las novelas de John Updike. En cualquier caso, la vida comunitaria atrajo a más hombres que mujeres, lo cual desequilibró las condiciones del encuentro sexual. En una comuna de Virginia se informó de lo siguiente: «Bill había concebido una comunidad de matrimonio colectivo donde todos los miembros pudieran alternar de compañero o compañera de cama. Como Kathleen era la única mujer en aquel momento, se convirtió en un factor determinante del experimento. Sin embargo, solamente quería dormir con George».⁵⁹

La vida en la comunidad Vicolo Cassini, situada en la pequeña localidad de Macerata, en el centro de Italia, giraba en torno a un estudio de artista alquilado por uno de sus miembros, y también contrastaba con la moral católica y conservadora de los habitantes del pueblo. Había más hombres que mujeres en el grupo. Entrevistados décadas después, los hombres rememoraron viajes por carretera y visitas a otras ciudades, mientras que las mujeres se acordaron más de la vida en el estudio. La mayoría de los miembros, especialmente ellas, solamente pasaban allí algunas horas y después volvían a sus casas. El historiador que llevó a cabo las entrevistas lo tuvo difícil para hacer que los antiguos miembros de la comunidad concretaran hasta qué punto habían

practicado el «amor libre»; sea cual fuera el nivel de «liberación» al que habían llegado, no los predispuso a hablar del tema con alguien de la misma edad que sus hijos.⁶⁰

Algunas comunas desaconsejaban tener hijos, probablemente para evitar distracciones que afectaran a la acción política.⁶¹ Sin embargo, la mayoría eran vistas como un lugar donde educar a los hijos y donde los padres podían experimentar con la educación en colectividad, sin que esta recayera exclusivamente en los progenitores. En la comuna de Kana, cerca de Copenhague, se acordó nombrar a un «duende de la casa», es decir, a un adulto encargado de cuidar de todos los niños. Sin embargo, el acuerdo adquirió tintes menos idealistas cuando algunos miembros de la comuna volvieron a la universidad y decidieron que la atención infantil se convirtiera en un trabajo a tiempo completo ofrecido a una única persona y subvencionado por la seguridad social danesa.⁶² Algunos vieron en la vida comunitaria un medio para «abolir la familia», y ello levantó ampollas. Sin embargo, en general, fueron las familias las que subvirtieron a las comunas, y no al revés. Los deteriorados veteranos de una comuna rural en Míchigan llegaron a pensar que esta habría sobrevivido si se hubiera permitido a cada familia vivir en su propia cabaña.⁶³

Una de las revoluciones más espectaculares del 68, por lo menos en lo que a sus participantes se refiere, dio lugar a un avance hacia la familia «tradicional» más que a la rebelión contra ella. Algunos católicos habían vaticinado que los sacerdotes podrían contraer matrimonio después del concilio Vaticano II. Como no sucedió así, unos pocos se tomaron la justicia por su mano y se casaron igualmente. Un grupo de franceses ordenados después del 68 se declaró, en 1976, abierto a admitir sacerdotes «independientemente de su situación», lo cual significaba, *en clair*, que incluía a los que se hubieran casado y que la asociación juntaba a hombres que todavía eran sacerdotes, en el sentido convencional, con aquellos que habían roto sus votos a ojos de la Iglesia.⁶⁴ Los debates sobre el celibato en la Iglesia podían provocar una curiosa versión invertida del 68. Quienes se habían rebelado más espectacularmente no solían ser jóvenes físicamente agraciados y sexualmente experimentados, sino ex curas de mediana edad, a menudo vistiendo ropa laica poco agraciada, pero honestamente deseosos de abrazar la vida marital. Con el tiempo, algunas comunidades experimentaron una especie de contrarrevolución cuando sus miembros decidieron que las relaciones sexuales podían afectar a su función social. La Comunidad de Bose fue fundada en el Piamonte en 1965. Admitía a mujeres y hombres, católicos y protestantes, pero sus miembros acabaron abandonando su ropa de calle y se acostumbraron a llevar hábito, al estilo de los monjes benedictinos. En la Pascua

de 1973, varios miembros de la comunidad tomaron los votos del celibato.⁶⁵

LOS HIJOS DE LA REVOLUCIÓN

¿Qué recuerdo han guardado los hijos de los sesentayochistas? Algunos cuentan que se sintieron menos atendidos porque sus padres estaban absorbidos por la acción política. Otros, cuyos padres *hippies* habían vuelto al campo, fueron objeto de burla de sus compañeros de clase en la escuela del pueblo porque olían a cabra. Teniendo en cuenta la importancia que los sesentayochistas dieron a la espontaneidad y la autenticidad, es interesante observar que sus hijos recuerdan en ocasiones lo curiosamente abstracta que fue su vida familiar. Una alumna de una escuela alternativa francesa fundada por *soixante-huitards* tenía que dirigirse a su madre por su nombre de pila y no, simplemente, llamándola «maman». Cuenta que se sentía como una «hija teórica».⁶⁶

Algunos hijos de sesentayochistas acabaron resentidos, pero la mayoría fueron tolerantes; de hecho, más tolerantes con sus padres de lo que estos habían sido con sus abuelos. A veces se cerraba un curioso círculo. Los padres de los sesentayochistas habían sido, en muchos casos, izquierdistas relativamente moderados que toleraron las aventuras revolucionarias de sus hijos, y los hijos de los sesentayochistas volvieron a menudo a la socialdemocracia. Jean-Louis Péninou pasó del activismo en una fábrica durante los sesenta y los setenta, a convertirse en editor de *Libération*. Su hijo, nacido en marzo de 1968, entró en la política municipal y se afilió al Parti Socialiste; no perdió el entusiasmo a pesar de que sus padres le pusieron el nombre de Mao. El economista Thomas Piketty tuvo padres *soixante-huitards*. Fue educado en una granja del sur de Francia y su adinerada abuela se aseguró de que los aspectos básicos de su educación estuvieran mínimamente cubiertos. La obra económica de Piketty es famosa por combinar un interés muy poco sesentayochista por las estadísticas con peticiones de reformas realizables en el sistema capitalista.

Tom Hayden cuenta el relato conmovedor de su experiencia en la Red Family Commune de Berkeley, de la que fue cofundador a finales de la década de 1960. Vivió allí con Anne Weills Scheer y entabló una estrecha relación con Christopher, el hijo de Anne, a quien llevaba a la guardería Blue Fairyland, donde se animaba a los hombres a «familiarizarse con su faceta criadora». Un día de 1970, después de volver de la Costa Este, donde había pronunciado un discurso, Hayden se enfrentó con su novia y los camaradas de esta, quienes, influidos por una mezcla de feminismo radical y política izquierdista (según cuenta Hayden, llegaron incluso a admirar al líder supremo norcoreano Kim Il-

sung), habían decidido expulsarlo por ser «un machista opresor». Hayden no pudo ver a Christopher durante años y vivió la separación con dolor. En 1984, un joven se le acercó por la espalda le dio unos golpecitos en el hombro. Era Christopher. El niño había crecido, estudiaba en la Universidad de California y aprovechaba las vacaciones para trabajar como vigilante de seguridad en la Convención Nacional del Partido Demócrata; un interesante recuerdo para Hayden, que había sido juzgado por incitación al desorden público en la misma convención dieciséis años antes. [67](#)

Obreros



Obreros de Alfa Romeo en 1972.

El conflicto, tal como lo conocemos hoy, solo es posible porque mayo de 1968 sucedió.

CHARLES PIAGET, líder de la ocupación
obrero
de la fábrica Lip en Besançon,
1973¹

Estudiantes y obreros se aliaron durante el 68 en distintas ocasiones. Los primeros apoyaron a menudo las huelgas de los segundos y, al menos en Francia e Italia, los trabajadores se unieron a las manifestaciones estudiantiles. Ambos emplearon técnicas similares —acción directa, ocupación de edificios— y ambos se rebelaron contra las organizaciones que decían representarlos —partidos de izquierdas y sindicatos— y contra los empresarios o la derecha política. Sin embargo, la unidad entre trabajadores y estudiantes durante el largo 68 no fue completa. A menudo, las huelgas fueron más importantes en aquellos países donde la rebelión estudiantil fue relativamente escasa o, incluso, donde sectores importantes de la clase obrera eran hostiles a determinados aspectos del radicalismo estudiantil.

El 68 obrero fue distinto del de los estudiantes porque muchos trabajadores pertenecían a sindicatos. Por un momento dio la impresión de que, a corto plazo, las revueltas de finales de la década de 1960 obviarían las instituciones sindicales, es decir, que los obreros se organizarían fuera de las estructuras existentes, que los trabajadores no sindicalizados (mujeres, inmigrantes y migrantes del campo) tendrían más fuerza y que los huelguistas dejarían de conformarse con las concesiones en materia salarial que habían buscado tradicionalmente los sindicatos. Sin embargo, los líderes sindicales demostraron ser especialmente hábiles a la hora de enfrentarse con el descontento en sus filas. El 68 cambió a los sindicatos, pero también los hizo más fuertes, y estos utilizaron su fuerza para centrarse en las demandas específicas que las protestas más radicales del 68 habían parecido menospreciar en alguna ocasión. Si analizamos lo sucedido desde finales de la década de 1970, probablemente

llegaremos a la conclusión de que los trabajadores han sido los grandes beneficiados del 68, al menos en términos materiales.

VARIACIÓN INTERNACIONAL

La huelga general francesa de 1968 despertó el interés de los izquierdistas de todo el mundo democrático. Su repercusión fue descrita por Tom Fawthrop, miembro del partido británico Socialistas Internacionales:

En Francia ... tenéis esa magnífica solidaridad que traspasa clases, en el sentido de que la mayoría de los estudiantes son, como mínimo, de clase media ... En muchos países ... como el Reino Unido, cualquier idea de unidad entre trabajadores y estudiantes es, en gran medida, una ilusión. Sin embargo ... este es el Santo Grial del trotskismo.²

A su pesar, Fawthrop sabía de lo que hablaba cuando se refería a la escasa unidad entre los obreros y la izquierda de clase media de su país, ya que algunos de sus compañeros de clase de la Universidad de Hull habían sido antiguos trabajadores que estudiaron gracias a las subvenciones de los sindicatos y demostraron poco entusiasmo a la hora de apoyar las ocupaciones de edificios universitarios que encabezó el propio Fawthrop en 1968.³

El movimiento obrero británico estuvo más limitado por las fronteras nacionales que el estudiantil. Pocos trabajadores estaban en condiciones de viajar a París en mayo de 1968, tal como hizo Fawthrop. Los líderes sindicales mantenían contactos oficiales con organizaciones de otros países, pero estas relaciones, sobre todo las de los sindicatos comunistas con el Bloque Oriental, no siempre los predispusieron a practicar el radicalismo durante el largo 68. La internacionalización de la economía, asociada en particular al crecimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE), fue una característica importante de finales de los años sesenta y principios de los setenta. Los espectaculares acontecimientos de 1968 eclipsaron a menudo uno de los más importantes cambios a largo plazo sucedidos aquel año: la supresión de aranceles internos en la CEE. En los años posteriores, los sindicatos organizaron una rebelión nacionalista contra la CEE. En particular, la CGT francesa culpó a Alemania del declive de la industria acerera en la Lorena.⁴

En términos culturales, las fronteras nacionales también fueron importantes para la clase obrera. Las cadenas de televisión, cuya función de refuerzo de la identidad nacional era notable, dominaban la cultura popular. Hasta la música pop se producía a menudo localmente: una estudiante maoísta que se fue a trabajar a una fábrica constató que sus compañeros preferían a Mireille Mathieu

antes que el «rock anglais».⁵ Había numerosos grupos de inmigrantes en muchos países industrializados, pero normalmente venían de países no industrializados de pobre tradición en aspectos de organización del trabajo, motivo por el cual eran tan atractivos para los empresarios. La única excepción a esta regla fueron los migrantes del sur de Italia que marcharon a las fábricas de Alemania Occidental y, después, en algunos casos, volvieron a trabajar al norte de su país a finales de la década de 1960.

Las huelgas de 1968 fueron un hecho excepcional en Francia, según las estadísticas. Muy pocos trabajadores franceses hicieron huelga en la segunda mitad de aquel año ni en los dos siguientes. Incluso cuando las huelgas aumentaron en la década de 1970, nunca llegaron a los niveles de mayo de 1968. Resulta imposible determinar con exactitud cuántos trabajadores hicieron huelga ese mes porque los servicios estadísticos oficiales dejaron de funcionar, pero, si tomamos las estimaciones más conservadores y asumimos que cinco millones de franceses no fueron a trabajar, por ejemplo, el 27 de mayo de 1968, significaría que el número de jornadas laborales perdidas en aquellas 24 horas fue mayor que *en cualquier año* entre 1964 y 1974. Si asumimos que siete millones de trabajadores se declararon en huelga durante, como mínimo, una semana en mayo de 1968, entonces el número de jornadas perdidas a causa de la huelga en esa semana fue mayor que *en todos los años juntos* de 1964 a 1974.

TABLA 2
Jornadas laborales perdidas por huelgas en Francia, 1964-1974 (en miles)

1964	2.497
1965	980
1966	2.524
1967	4.204
1968	—
1969	2.224

1970 1.782

1971 4.529

1972 3.755

1973 3.914

1974 3.377

FUENTE: *Annuaire Statistique de la France*, 1975 y 1977. (No hay cifras globales disponibles para 1968, pero en el capítulo 5 se pueden consultar las cifras de todos los meses de ese año, excepto mayo y junio.⁶)

Las estadísticas también reflejan una variación nacional. Las cifras de trabajadores en huelga en 1968 en Alemania Occidental, Suecia y Suiza fueron tan bajas que la Organización Internacional del Trabajo ni siquiera se molestó en registrarlas. Los índices en Alemania, Escandinavia, Suiza y Holanda aumentaron levemente en los años setenta, pero se mantuvieron bajos en comparación con los niveles internacionales.⁷ Algunos defensores del orden existente justificaron la relativa tranquilidad en estos países argumentando que, en ellos, la agitación social había sido inversamente proporcional a la fuerza de los sindicatos. Tras los acontecimientos de Francia, Raymond Aron escribió:

en las sociedades industriales desarrolladas, el movimiento sindicalista es la fuerza conservadora fundamental ... en Estados Unidos, Escandinavia y la República Federal Alemana. Los sindicatos exigen, pero no son revolucionarios ... A diferencia de la opulenta juventud parisina del distrito XVI, son partidarios de la sociedad de consumo.⁸

TABLA 3
*Jornadas laborales perdidas en huelgas por cada mil empleados,
1964-1974 (en varios países del mundo occidental)*

	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974
Bélgica	250	40	320	90	230	100	830	720	190	520	340
Canadá	560	790	1.570	1.200	1.670	2.550	2.180	800	1.420	1.660	2.590
Dinamarca	30	400	30	20	20	80	170	30	40	4.440	330
Finlandia	80	20	150	410	250	200	280	3.300	520	2.470	460
RFA	-	-	-	30	-	20	10	340	-	40	60
Irlanda	1.620	1.720	1.420	520	910	2.170	490	660	590	420	1.260
Italia	1.270	540	1.710	580	930	4.160	1.730	1.060	1.670	2.480	1.800
Holanda	20	30	10	-	10	10	140	50	70	330	-
Noruega	-	-	-	10	10	-	70	10	-	10	490
Suecia	10	-	110	-	-	30	40	240	-	-	-
Suiza	-	-	-	-	-	-	-	10	-	-	-
Reino Unido	170	220	170	220	370	520	740	1.190	2.160	570	1.270
EE.UU.	850	860	880	1.430	1.590	1.390	2.210	1.600	860	750	1.480
Francia	280	100	240	430	X	200	180	440	300	330	250

FUENTE: *Department of Employment Gazette* (cifras de la Organización Internacional del Trabajo), 1974 y 1976. (Los guiones indican que no hubo un número significativo de huelgas. En Francia, las huelgas de mayo y junio de 1968 no se registraron porque los servicios estadísticos dejaron de funcionar.)

El secretario general del partido gaullista comentó al finalizar las huelgas de 1968: «Los sindicatos de trabajadores no están suficientemente bien organizados en Francia y ... no han resistido la acción subversiva ... tras haberse visto a menudo superados por las demandas de los activistas, quienes se han aprovechado de la debilidad del entorno sindical».⁹ En la década de 1970, los gobiernos europeos pusieron muchas esperanzas en el «corporativismo» o la idea de que las disputas laborales se evitarían con estructuras que entrelazaran a sindicatos y patronales en un marco de acuerdos formales. Hasta las victorias del thatcherismo sobre el laborismo en los ochenta, el modelo europeo había sido Alemania, donde la «acción concertada» integraba a sindicatos y organizaciones patronales en la planificación económica. Sin embargo, un tejido sindical fuerte, por sí mismo, no aseguraba la tranquilidad en el sector industrial. En el Reino Unido, los sindicatos estaban arraigados y eran potentes; la población industrial

estaba más sindicalizada que, incluso, la de Alemania Occidental y todos los sindicatos principales, a diferencia de sus homólogos en Francia o Italia, estaban afiliados a un partido socialdemócrata que, para los estándares del 68, se hallaba a la derecha del espectro político. A pesar de ello, el número de jornadas laborales perdidas a causa de las huelgas por cada mil trabajadores en el Reino Unido fue superior al de Francia en cada año entre 1969 y 1974, y el triple si contamos el mismo período en su conjunto.

FORMAS DE PROTESTA

En algunos aspectos, la característica más destacable del período posterior a 1968 no fue tanto la magnitud de las huelgas como su naturaleza. En Francia se ampliaron a nuevos tipos de entorno laboral, como las pequeñas empresas o las zonas cuya industrialización fue comparativamente reciente. Allí, los trabajadores hacían un tipo de huelga que cuestionaba la autoridad de sus patronos por otros derroteros. Así, en Francia e Italia saqueaban despachos de directores e, incluso, en alguna ocasión tomaban a estos como rehenes. Los trabajadores italianos emprendían las llamadas «cortei interni» —marchas en el interior de las fábricas durante las huelgas no oficiales— acompañadas a menudo de *charivari*, o muestras de burla contra el poder, en las que, por ejemplo, se obligaba a los capataces a sujetar banderas rojas.¹⁰ Las ocupaciones de fábricas, aunque fueron pocas, atraieron una enorme atención. En la localidad italiana de Brianza, durante un sermón celebrado en la Nochebuena de 1972 en el interior de la factoría Superbox, ocupada por sus trabajadores, un cura radical dijo que, si Jesucristo volviera a nacer, lo haría en una fábrica ocupada.¹¹ Los obreros también recurrieron a técnicas nuevas, como la huelga de hambre, para llamar la atención sobre sus reclamaciones. En julio de 1975, un sindicalista calculó que en Francia se declararon en huelga 180 fábricas y que 42 de ellas fueron ocupadas por sus obreros. La mayoría de estas huelgas no afectaron a más de una fábrica a la vez y, aunque sus probabilidades de hacer desaparecer el capitalismo fueran mínimas, sí que influyeron en el estado de ánimo del país; un grupo de militantes del Frente de Liberación Nacional argelino volvió a casa con la impresión, errónea, de que Francia estaba al borde de la revolución.¹² Junto a estos estilos más o menos explícitos de protesta, hubo otras formas de insubordinación por parte de los obreros, como maltratar a los capataces, no obedecer órdenes o, simplemente, dejar el trabajo; lo último no era muy complicado en una época en que era relativamente fácil encontrar otro empleo.

La huelga de la que más se habló en Francia fue la declarada en la fábrica

de relojes Lip, en Besançon, en 1973. El detonante fue la venta de esta empresa familiar a una compañía suiza y la amenaza de despidos. El suceso también reveló una nueva actitud ante la autoridad. Aparte de ocupar la fábrica, los trabajadores empezaron a vender existencias y gestionar las instalaciones bajo su dirección. La cifra de huelguistas en Lip fue ínfima en comparación con el seguimiento que había tenido la huelga general de 1968, pero el interés despertado fue enorme. El 29 de septiembre de 1973, cien mil personas se manifestaron por las calles de Besançon para apoyar la huelga y, por un momento, se habló de proponer a su líder como candidato del Partido Socialista Unificado a las elecciones presidenciales de 1974. La huelga puso en una situación incómoda a la izquierda, incluso a la izquierda *soixante-huitarde*. Por un lado, los hechos ocurrieron en una empresa relativamente pequeña de una ciudad de provincias, alejada de los bastiones de resistencia obrera en los que los marxistas habían puesto tantas esperanzas. El líder de la huelga, Charles Piaget, pertenecía a lo que en su momento había sido la confederación de sindicatos cristianos y, a pesar de que esta había abandonado su identidad confesional en 1964 (véase más adelante), él seguía siendo católico. Algunos activistas de clase media acudieron a Lip, pero la huelga daba por sentado que los trabajadores eran capaces de organizar su propia acción sin la ayuda de intelectuales. La mayoría de activistas que iban a otras fábricas eran maoístas que intentaban provocar en ellas la revolución. Entre los que fueron a Lip había un padre dominico y el filósofo Dominique Bondu, quien insistió en que su objetivo era convertir a los obreros en intelectuales en vez de convertirse él en obrero (precisamente, algunos de los trabajadores de la fábrica iban a la universidad fundada después de 1968 en Vincennes).¹³ Jean Raguénès, el dominico que estuvo en Lip, escribió por aquellas fechas que «las normas del camino están bien establecidas y es difícil soñar con otro conjunto de normas».¹⁴ No es fácil saber si sus compañeros de trabajo soñaron alguna vez con una alternativa. Al parecer, la estrategia de cada uno fue la de la supervivencia más que un cambio de rumbo hacia la gestión obrera.¹⁵ Visto así, la huelga fracasó porque la fábrica acabó cerrando.

En cualquier caso, la huelga puso sobre el tapete la «autogestión», un concepto importante a principios de la década de 1970 para el recién formado Partido Socialista francés. Pierre Rosanvallon, a la sazón el intelectual de cabecera de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT), publicaría en 1976 un libro titulado *L'âge de l'autogestion*. Sin embargo, como el propio Rosanvallon admitió después, uno de los aspectos más atractivos de la autogestión fue la vaguedad del concepto. El término se podía aplicar a

prácticamente cualquier contexto en el que la gente tomara las riendas de sus vidas.¹⁶ A quienes intentaron renovar el socialismo, el concepto proporcionó un medio para diferenciarse tanto del capitalismo como del estatismo de la vieja izquierda. No todos los que utilizaron esta palabra creían en ella. El Partido Socialista Unificado de Michel Rocard fue la formación que más se identificó públicamente con la autogestión, pero, en el cénit de las huelgas de 1968, el propio Rocard admitió en privado que «la autogestión fue impuesta al PSU por sus militantes en las fábricas. [Rocard] Consideraba la idea poco factible y, si esta se seguía propagando, temía repercusiones sobre la economía francesa».¹⁷

En el Reino Unido también se experimentó con la gestión obrera. Ken Coates, trotskista y ex minero, fundó el Instituto de Control Obrero (Institute of Workers' Control) en 1968. Los trabajadores de los astilleros de Upper Clyde reanudaron la actividad de la empresa por su cuenta después de que su patrono intentara cerrar las instalaciones en 1971.¹⁸ Inspiradas, en parte, por este ejemplo, hubo más de cien ocupaciones por parte de trabajadores durante los tres años siguientes. Tony Benn, nombrado ministro de Industria tras la victoria del Partido Laborista en las elecciones de 1974, mostró interés por estos experimentos y, durante un tiempo, el gobierno subvencionó una cooperativa de trabajadores en Meridien Motorcycles. El control obrero de empresas siempre acabó demostrándose una iniciativa de difícil ejecución, en parte porque los esfuerzos para establecer tal control se hacían, normalmente, como respuesta a reducciones de plantilla o intentos de cierre de empresas y, en la mayoría de los casos, los trabajadores intentaron dirigir sus fábricas en momentos de descenso de la demanda. Desde afuera se vio como un experimento valiente, pero, en realidad, los trabajadores hicieron esfuerzos desesperados para preservar sus anteriores vidas. Los marxistas más austeros sostenían que, mientras existiera el capitalismo, el control obrero estaba destinado a acabar en quiebras o en la creación de empresas bajo directrices capitalistas.¹⁹

MISIONEROS EN LA CLASE OBRERA

Algunos activistas de clase media intentaron infiltrarse entre la clase obrera después de 1968. Se unían a los piquetes o repartían octavillas a las puertas de las fábricas. Un grupo de alumnos de la London School of Economics pasó de ocupar su propia institución a apoyar la huelga formando a trabajadores en el Barbican. Algunos fueron más allá y aceptaron empleos manuales. Los grupos trotskistas y maoístas fomentaron la entrada a gran escala en las fábricas. Los maoístas estaban particularmente interesados en llevar a cabo un experimento

que creían inspirado en la Revolución Cultural china. Este tipo de activismo se vio en Alemania Occidental, Italia y el Reino Unido. Steve Jeffreys salió de la LSE y se fue a la fábrica de Chrysler en Glasgow, donde fue nombrado delegado del Sindicato General de Trabajadores Técnicos (Amalgamated Union of Engineering Workers). En EE. UU, algunos movimientos, como el Comité Organizador de Trabajadores de Filadelfia (Philadelphia Workers Organizing Committee)²⁰ o el maoísta Partido Laborista Progresista,²¹ trataron de promover la entrada de la clase media en el trabajo industrial durante el 68. En Alemania, el escritor Peter Schneider trabajó en una fábrica. Algunos radicales trabajaron en la planta de Opel en Bochum durante varios años e, incluso, llegaron a tener representantes elegidos en el consejo de fábrica en 1972.²² Sin embargo, en general, los intentos de infiltración entre la clase obrera tuvieron poco éxito en el Reino Unido, Alemania y Estados Unidos. Estos países tenían una cultura de clase obrera tan consolidada que a los intelectuales les costaba encajar en ella. Era pésima la seriedad con la que los maoístas estadounidenses intentaban congraciarse con sus compañeros de trabajo hablando de béisbol y cerveza.²³ En general, si la izquierda radical establecía contacto con la clase obrera en estos países, lo hacía fuera del lugar de trabajo y metiéndose de lleno en campañas destinadas, por ejemplo, a enseñar alemán a inmigrantes turcos, montar guarderías u organizar actividades de ocio para adolescentes en crisis.

La migración más significativa de izquierdistas a las fábricas tuvo lugar en Francia. Ya en 1967, algunos maoístas se convirtieron en *établis*, es decir, se establecieron como obreros. A este respecto, como en muchos otros, mayo de 1968 supuso una interrupción más que una continuación, ya que los líderes maoístas no aprobaban la agitación estudiantil y les desconcertaba que algunos obreros la apoyaran. La mayoría de *établis* se retiraron de las fábricas y el movimiento más importante que los había apadrinado —la Unión de las Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas (UJCML)— se sumió en el caos (véase el capítulo 5).

Después de la huelga general de mayo-junio de 1968, el número de *établis* volvió a aumentar y la cifra de los que entraron en las fábricas llegó a un máximo total de entre dos y tres mil personas en 1971.²⁴ Entrar en una fábrica era relativamente fácil porque la economía francesa se hallaba en plena expansión y a los patronos les interesaba compensar la producción que habían perdido durante las huelgas. A Marie-Josée Revillon d'Apréval le divirtió descubrir que ni siquiera su nombre, a todas luces aristócrata, le impidiera ser contratada en Roubaix.²⁵ El grupo más numeroso que promovió la entrada en las fábricas fue el maoísta Izquierda Proletaria (Gauche Prolétarienne), formado tras

la disolución de la UJCML en 1968.

A los activistas les fascinaban las fábricas grandes, de renombre y con un prestigio en términos de militancia obrera. Algunos presentaron solicitudes de trabajo en Renault (Boulogne-Bilancourt) o Peugeot (Sochaux) con la misma ambición obsesiva que en su día les llevó a examinarse para ingresar en una École Normale Supérieure. Otros intentaron colocarse en empresas más pequeñas o en agencias de trabajo temporal para labrarse un currículum adecuado antes de probar suerte en las fábricas de prestigio. El objetivo de los *établis* cambió. Al principio habían intentado promover el radicalismo dentro de la CGT, pero, después de 1968, optaron por crear nuevas organizaciones destinadas a evitar los sindicatos existentes y pusieron gran parte de sus esperanzas en los compañeros que habían quedado marginados dentro de la clase obrera: mujeres, inmigrantes y trabajadores semicualificados de cadenas de producción.

Por entonces, los *établis* insistían categóricamente en que su acción debía alejarse de la autocomplacencia que asociaban con los *soixante-huitards* de clase media. Sin embargo, con el tiempo, muchos se dieron cuenta de que su fascinación por las clases trabajadoras era tan política como emocional y que, a menudo, adquiría una dimensión tragicómica. Trabajar en una fábrica podía ser un medio para expiar unos orígenes privilegiados. Había algo de sacrificio voluntario en la manera de introducirse en la vida fabril y hubo quien recordó su experiencia en términos religiosos. Marnix Dressen se había formado como pastor protestante antes de convertirse al maoísmo y entrar a trabajar en una fábrica. Un activista escribió que los izquierdistas iban a la factoría de Renault en Flins «igual que quien va a Lourdes a presenciar milagros», y otro comparó a los *établis* con san Bernardo y los monjes de Clairvaux.²⁶ Evocaciones como estas eran, por sí mismas, actos deliberadamente blasfemos para quienes se habían educado en el catecismo marxista. Los *établis* hicieron enormes sacrificios personales. Interrumpieron sus estudios (una pausa particularmente dramática para quienes, todavía muy jóvenes, aún no habían acabado la educación secundaria) y abandonaron sus carreras. Algunos fueron repudiados o desheredados por sus familias y uno llegó a creer que provocó el suicidio de su padre.²⁷

A pesar de los sacrificios, la gente de clase media que se fue a trabajar a las fábricas pudo rehacer sus vidas. La mayoría dejó el mundo fabril, especialmente después de la disolución de Izquierda Proletaria en 1973. En muchos casos, el despido por delito político se convirtió en una forma rápida y —desde el punto de vista de los *établis*— honorable de huir del trabajo industrial. Algunos fueron encarcelados; una experiencia brutal pero que, a su vez, sació el deseo de

sacrificio de los jóvenes idealistas e, incluso, les brindó nuevas oportunidades. Yves Cohen, futuro historiador, completó la primera parte de su licenciatura cumpliendo una condena en prisión. El precio educativo y profesional que pagaron quienes practicaron el *établissement* fue a menudo alto, pero, al menos para los *établis* más afortunados, los costes fueron paliados, en parte, por la rígida jerarquía del sistema educativo francés: un *normalien* seguía siendo un *normalien* aunque hubiera desaparecido del mundo académico durante algunos años. A finales de la década de 1980, casi la mitad de los antiguos *établis* ocupaban puestos de «alta dirección», ejercían profesiones liberales o enseñaban en la universidad, y la mayoría de ellos había alcanzado una posición social superior a la de sus padres.²⁸

Las cosas podían resultar algo más incómodas para aquellos *établis* de origen obrero que, por consiguiente, carecían de los contactos que les habrían ayudado a salir de la fábrica. Uno de los primeros maoístas que encontró un empleo fabril —en noviembre de 1967— era hijo de obrero y había empezado a estudiar ciencias en París. Nunca volvió a la facultad y sus capacidades intelectuales disminuyeron a raíz de un intento de suicidio en 1977. Sus antiguos camaradas apenas se atrevieron a recordar su pasado militante el día de su funeral, en 2012.²⁹

En general, el precio más alto lo pagaron aquellos trabajadores que confraternizaron con los *établis*. Para los jóvenes que no comulgaban con la férrea disciplina del trabajo industrial, la llegada de unos radicales carismáticos, con estudios superiores y no mucho mayores que ellos podía suponer una experiencia fascinante. A veces, estos trabajadores se sentían traicionados cuando sus nuevos camaradas se iban de la fábrica o, peor aún, renunciaban a las ideas políticas que les habían conducido allí. Guy Paillot creció determinado a no trabajar nunca en la fábrica que Peugeot tenía en Sochaux, su ciudad natal, cuya influencia dominaba la vida de todos sus habitantes. Sin embargo, el encuentro con los *établis* maoístas en la oficina de correos donde trabajaba le llevó a la acción política y, de ahí, a perder un empleo que le había permitido escapar de la planta de producción. Buscó trabajo en fábricas para promover la causa revolucionaria, pero, así como sus camaradas siguieron adelante, él se sumió en dos décadas de drogadicción y estancias intermitentes en prisión. A finales de la década de 1980 fue a ver a un antiguo compinche que en su día le había insistido en que no se avergonzara de sus modales de clase obrera. Ese mismo hombre le dijo que se descalzara al entrar en su apartamento.³⁰

Los sindicatos fueron el blanco de los ataques de los militantes de clase media en el largo 68 y, en ocasiones, parecieron perder el control sobre sus propios miembros. Las huelgas de 1968 en Francia y de 1969 en Italia no fueron iniciadas por líderes sindicalistas. Los delegados y funcionarios sindicales parecía que llevaban la voz cantante en sus fábricas o empresas, pero los gobiernos temían a veces que la agitación obrera no estuviera controlada por nadie. En 1969, Barbara Castle, ministra de Empleo del gobierno laborista británico, dijo a sus compañeros de gabinete que una huelga en la fábrica de motores British Leyland había sido provocada por «unos ánimos en la planta de producción que rayaban la anarquía».³¹

Sin embargo, los dirigentes sindicales demostraron a menudo su pericia a la hora de gestionar y canalizar la agitación obrera, incluso la dirigida inicialmente contra los propios sindicatos. En el Reino Unido, las huelgas extraoficiales — como la de los basureros londinenses de 1969— eran declaradas oficiales una vez iniciadas. De manera similar, los líderes sindicales alemanes consiguieron atribuirse el mérito de las subidas salariales tras las huelgas en las cuencas del Ruhr y el Sarre en 1968, cuando en realidad habían sido convocadas extraoficialmente.³² Los jefes sindicales británicos, conscientes de que un exceso de regulación podía causar un conflicto con los miembros más radicales, simplemente se negaron a registrar sus organizaciones de acuerdo con la legislación que el gobierno de Heath trató de aplicar para controlar las huelgas entre 1970 y 1974. La posterior agitación contra esta legislación llevó en ocasiones a los sindicatos a aliarse con sectores de la izquierda radical. En Alemania, los sindicatos y el movimiento estudiantil habían actuado juntos contra la Ley de Emergencia finalmente aprobada en 1968 (véase el capítulo 6). Pero, después, el creciente radicalismo practicado por los estudiantes marginó a muchos sindicatos tendientes a representar los intereses de trabajadores alemanes, cualificados y varones. Los dirigentes sindicales abrieron expedientes disciplinarios a algunas de las figuras más radicales de las fábricas, incluidos tres delegados de Daimler-Benz. Significativamente, uno de ellos fue un italiano que se enfrentó a los candidatos del sindicato IG Metall en las elecciones al consejo de fábrica de 1972.³³

En Francia e Italia, la amenaza de la acción no oficial desde las bases pareció afectar a los sindicatos en 1968 y 1969. Los líderes de la Confederación Nacional del Trabajo francesa fueron denunciados por sus propios miembros por haber negociado con el gobierno en Grenelle en mayo de 1968 (véase el capítulo 5). Entonces, cambiaron de postura y se negaron a firmarlos; una medida del éxito de los dirigentes de la CGT a la hora de reconducir la agitación de los

trabajadores fue que muchos patronos llegaron a pensar que aquellos habían liderado las huelgas todo el tiempo.³⁴ La CFDT, creada a partir de sindicatos cristianos, encajó perfectamente con el clima que se generó en 1968 cuando la problemática de la dignidad y la autonomía se consideró, en alguna ocasión, más importante que el salario (véase el capítulo 5). Sin embargo, la CGT sobrevivió inesperadamente bien. Henri Krasucki —que había empezado desde abajo en el sindicato de trabajadores del metal, mantuvo conversaciones secretas con los gaullistas en mayo de 1968 y ayudó en las negociaciones de Grenelle— fue el típico líder de la CGT de los años setenta. Era radical en su predisposición a apoyar las huelgas (de hecho, su sindicato fue el que hizo huelga durante más tiempo en 1968), pero era pragmático a la hora de fijar los objetivos de las mismas. Krasucki se concentró en aquellas demandas materiales que podían conseguirse de manera realista y disuadió a todo aquel que hablara de luchar «hasta el final».³⁵

En Italia, las huelgas de finales de la década de 1960 estuvieron inicialmente dirigidas por grupos improvisados que coexistieron con —y a veces, al principio, en contra de— los sindicatos establecidos.³⁶ En 1972, en el sector metalúrgico había 4.291 consejos de fábrica que representaban a más de un millón de trabajadores. Los sindicatos italianos, sin embargo, trataron de hacer causa común con los consejos de fábrica antes que enfrentarse a ellos y, finalmente, las principales organizaciones sindicales declararon que los consejos eran sus agentes en las plantas de producción. La confederación comunista del trabajo (la CGIL) llegó a un nivel de independencia del Partido Comunista superior al que consiguió la CGT en Francia, en parte porque los comunistas italianos eran más flexibles en su respuesta a las agitaciones de 1968 que sus homólogos franceses. En cambio, la federación democristiana (la CSIL) no disfrutó de la misma independencia que la CFDT en Francia, pero sí se emancipó parcialmente del control de Democracia Cristiana, y su sección de trabajadores del metal tuvo un papel destacado en las huelgas del «otoño caliente» de 1969, en las que superó, en ocasiones, a los comunistas.

El éxito de los sindicatos en su confrontación con el efecto del largo 68 se refleja en las cifras de trabajadores sindicalizados. La afiliación en el Reino Unido era de poco más de 10 millones en 1968, mientras que en 1975 había alcanzado los 12 millones. En Alemania, los sindicatos pasaron de tener 6,5 millones de miembros en 1966 a 7,4 diez años después. En Francia, la CGT pasó de 1,4 millones en 1967 a un nivel récord de 2,3 en la década de 1970, mientras que la CFDT, partiendo de una base inferior, creció de 434.000 a 529.000 y, después, de nuevo a una cifra de entre 750.000 y 827.000. En Italia, la cifra total

de afiliados de las dos confederaciones sindicales más importantes aumentó de poco más de 4 millones en 1968 a 5,4 millones en 1972 y alrededor de 6,7 millones en 1975.

Las secuelas de 1968 cambiaron a los sindicatos. Al entrar en el mundo laboral, muchos veteranos del movimiento estudiantil, incluso aquellos que habían criticado a las organizaciones de trabajadores, se afiliaron a ellas y, a menudo, se convirtieron en sus líderes. Fue el caso de los *soixante-huitards* franceses que fueron a trabajar al sector público, particularmente la educación. Lo mismo ocurrió en Estados Unidos, donde muchos ex activistas estudiantiles se convirtieron en organizadores sindicales o abogados especializados en derecho laboral.³⁷ En Francia, los *établis* mantuvieron una relación particularmente curiosa con los sindicatos. Después de 1968, aquellos fueron hostiles con estos, especialmente la CGT, e intentaron promover la acción directa para evitarlos, pero los *établis* que se quedaron en las fábricas se encontraron con que, a menudo, sus convicciones ideológicas iniciales menguaban y, como buscaban un medio práctico de mejorar la suerte de sus camaradas, se hicieron activistas sindicales. Uno de ellos descubrió que todos los representantes electos de la CFDT de su fábrica eran radicales de clase media como él.³⁸

La clase obrera también cambió cuando la cifra de trabajadores no manuales aumentó en las décadas de 1960 y 1970. Los sindicatos más poderosos —a veces, de izquierdas— tenían, a menudo, pocos miembros que trabajaran con las manos. En 1969 se fundó en el Reino Unido la Asociación de Empleados Científicos, Técnicos y Directivos (Association of Scientific, Technical and Managerial Staffs, ASTMS), fruto de la fusión de varios sindicatos. Su líder era Clive Jenkins, una figura sesentayochista que tenía contactos en los movimientos radicales estadounidenses y había viajado a Vietnam del Norte. Convirtió a su organización en una poderosa fuerza de izquierdas, incluso sospechando que gran parte de sus miembros eran votantes conservadores. La enseñanza y el trabajo social, dos profesiones que solían atraer a estudiantes radicales, crecieron después de 1968. Las clases cultas fueron cada vez más propensas a afiliarse a los sindicatos y estos fueron cada vez más propensos a convocar huelgas. El Sindicato Nacional de Profesores del Reino Unido (National Union of Teachers, NUT) convocó su primera huelga nacional en 1969 y se afilió al Congreso de Sindicatos (Trades Union Congress, TUC) en 1970.

DISTINTOS TIPOS DE CLASE OBRERA

La lucha por la representación de los trabajadores estuvo acompañada de una

percepción cambiante del concepto de clase obrera. Se produjo una curiosa paradoja. A pesar de que el trabajo no manual se extendía cada vez más, la retórica del 68 redefinió la clase obrera teniendo a veces más en cuenta a los campesinos y a los trabajadores fabriles llegados del campo. Los maoístas — inspirados por lo que sabían de la Revolución Cultural china— dieron mucha importancia a la población rural. En Noruega trataron de movilizar a los habitantes de la periferia ártica.³⁹ En Francia, algunos *établissements* fueron a trabajar a granjas: Gérard Miller, que se convertiría en un afamado psicólogo parisino, se pasó dos años cuidando cerdos en el Sarthe. Algunos sectores del campesinado francés simpatizaron con la idea de que los definieran en términos marxistas. Bernard Lambert, un agricultor y organizador sindical bretón que había iniciado su carrera en el activismo católico y la democracia cristiana antes de pasarse a la izquierda, publicó *Les paysans dans la lutte des classes* en 1970. Los agricultores radicales empezaron a referirse a sí mismos como «obreros campesinos». Los ganaderos ovinos de la meseta de Larzac, en el Macizo Central francés, se manifestaron contra los planes de ampliación de una base militar que invadía sus tierras. Larzac, como Lip, atrajo la atención del país, pero sus campesinos, a diferencia de los obreros de la fábrica de relojes, tuvieron más éxito. Manifestantes de toda Francia acudieron a Larzac y los lugareños trasladaron la protesta a las ciudades; en una ocasión, llevaron rebaños de ovejas a pastar a los jardines del Campo de Marte parisino.

Los campesinos no solo se volvieron más propensos a considerarse clase obrera, sino que, cada vez más, trataron de encontrar empleo en las fábricas. En Francia e Italia, la rápida industrialización de posguerra había atraído a muchos migrantes rurales a las factorías. En el caso francés, este proceso se vio acelerado por los industriales que construyeron fábricas en las zonas campestres del oeste porque pensaban que la mano de obra allí era más sosegada (véase el capítulo 5). En Italia, las fábricas del norte contrataron a trabajadores del sur: 100.000 de ellos llegaron cada año entre 1967 y 1974. La población de Turín aumentó en 700.000 habitantes entre 1955 y 1970. La capital del Piamonte atrajo a tantos migrantes meridionales que algunos la bautizaron como la «tercera ciudad del sur», después de Palermo y Nápoles.

Las relaciones entre los obreros establecidos y los recién llegados a la vida fabril, sobre todo si eran migrantes de otras zonas o, con más motivo, de otros países, no siempre fueron fáciles. Los radicales de la izquierda estudiantil, especialmente los de Lotta Continua en Italia, pusieron muchas esperanzas en aquellos trabajadores migrantes que, quizá recurriendo a sus tradiciones rurales, podían ofrecer una alternativa a la protesta más institucionalizada de la clase obrera establecida. En la práctica, sin embargo, eran los trabajadores cualificados

y sindicalizados quienes iniciaban a menudo las huelgas en Italia. Los obreros migrantes se unían después a ellas y, en ocasiones, practicaban formas de protesta inspiradas en las *jacqueries* campesinas de la Edad Media —de ahí el uso de cabezas de conejo (para insinuar la cobardía de los esquirols), burros y estiércol—. Sin embargo, el radicalismo de los migrantes del campo italiano fue más complicado de lo que al principio pareció. Venían de zonas distintas y no necesariamente se entendían entre ellos cuando hablaban sus respectivos dialectos. También había diferencias en función del momento en el que habían accedido al trabajo industrial. Los más recientes, es decir, los que habían llegado con la ola de contrataciones iniciada en 1967, fueron a veces militantes. Esto se debió, posiblemente, a su relativa juventud o al hecho de que tomaron conciencia del poder que les confería la rigidez del mercado laboral. También pudo deberse a que, en aquel momento, las fábricas prefirieran contratar a hombres procedentes de ciudades del sur (o con experiencia en las factorías alemanas) antes que a campesinos y, por consiguiente, los «rebeldes primitivos» fueron más cultos y experimentados de lo que sus acentos podían dar a entender.

En cambio, los migrantes del sur que habían vivido más tiempo en las ciudades del norte estaban menos interesados en ir a la huelga. Esta diferencia fue particularmente visible en las fábricas de Fiat en Turín. Los que habían llegado entre 1955 y 1965 sabían que un empleo en Fiat, el cual estaba bien pagado y era relativamente seguro, era un privilegio del que en su día habían disfrutado principalmente los italianos del norte que ya tenían a familiares en la empresa. Para estos sureños, trabajar en Fiat era, muchas veces, la culminación de una carrera que había empezado con puestos menos apetecibles en fábricas más pequeñas. Preferían, por consiguiente, no hacer huelga para no poner en peligro unos privilegios recién conseguidos. En las protestas laborales del otoño caliente de 1969, algunos de estos sureños de más edad se rebelaron contra la revuelta. Saltaron los muros de la fábrica y utilizaron túneles que databan de la segunda mundial —desconocidos para algunos obreros más jóvenes— para evitar los piquetes.⁴⁰

Las «nuevas» clases obreras —tanto la relativamente privilegiada, formada por trabajadores técnicos o no manuales, como la desfavorecida, formada por mujeres, inmigrantes y migrantes campesinos— despertaron mucha atención después de 1968. Sin embargo, las huelgas de más éxito de la década de 1970 (o, como mínimo, las que obtuvieron resultados más espectaculares) estuvieron protagonizadas por trabajadores de la clase obrera tradicional y sucedieron en el país donde empezó la revolución industrial: el Reino Unido. Fueron las huelgas de la Unión Nacional de Mineros (National Union of Mineworkers, NUM); la primera, en 1972, y la segunda —que hizo caer el gobierno conservador de

Edward Heath—, en 1973-1974. Los mineros pertenecían a la «vieja» clase obrera, la que realizaba trabajos físicos especialmente duros. Como el sector estaba en declive, la mayoría de ellos eran relativamente mayores (la mediana de edad era de cuarenta y cuatro años en 1972)⁴¹ y trabajaban en las minas desde que habían dejado la escuela a los catorce o quince años. De hecho, casi todos habían continuado la profesión de sus padres y algunos vivían en comunidades formadas casi exclusivamente por mineros.

Hubo un delegado de la NUM vinculado a la izquierda de clase media surgida del 68. Arthur Scargill, nacido en 1938, había retomado los estudios superiores siendo adulto. Había roto con el Partido Comunista porque, entre otras cosas, no soportaba su férrea disciplina. Le impacientaban los reglamentos oficiales, incluidos los de su propio sindicato, y confiaba en distintos métodos de acción directa. En 1968 apoyó las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y en 1975 ofreció una entrevista a *New Left Review* que se convertiría en lectura de cabecera de los ministros *tories* durante años. Scargill fue una figura importante, pero, en cualquier caso, inusual. Fue más frecuente la visión expresada por un minero de Kent: «desde la huelga de 1972 y la fundación de la universidad en Canterbury [Universidad de Kent], las sectas izquierdistas han hecho acto de presencia y han reclutado a un puñado de adeptos. La desconfianza en los intelectuales es generalizada».⁴²

Las nuevas organizaciones marxistas surgidas a finales de la década de 1960 influyeron poco en los pozos. Los trotskistas se interesaron considerablemente por los mineros durante la década de 1970, pero al acabar la misma no habían hecho prácticamente ningún progreso, tal como constataron los servicios de seguridad británicos. Estos calcularon que, del cuarto de millón de mineros existentes en 1980, había quince miembros de Tendencia Militante (Militant Tendency), nueve del Partido Socialista de los Trabajadores (Socialist Workers' Party) y cinco del Grupo Marxista Internacional.⁴³ Para poner estas cifras en contexto, había menos trotskistas en los sindicatos británicos más importantes que entre el personal de la Politécnica de North London, y había menos mineros dedicados al trotskismo activo que a la cría de palomas o a las carreras de galgos (los servicios de seguridad también se dedicaban a investigar estas aficiones). El único grupo de intelectuales de izquierdas que ejerció algún tipo de influencia entre los mineros fue el que menos vinculado estuvo al radicalismo a finales de la década de 1960: el Partido Comunista. Fue un sociólogo comunista (Vic Allen, de la Universidad de Leeds) quien creó el Miners' Left Club que reclutó a algunos líderes mineros locales a principios de los años setenta. El Partido Comunista contó con cerca de un millar de mineros

entre sus filas, una proporción baja con respecto al total, pero que incluyó a algunas de las figuras más relevantes de la ejecutiva nacional del sindicato.

Joe Gormley, miembro de la ejecutiva nacional de la Unión Nacional de Mineros británica y nombrado presidente de la misma en 1971, no era precisamente un sesentayochista. Nacido en 1917, era un monárquico fervientemente patriótico y, culturalmente, conservador. En sus memorias escribió que quería un mundo en el que «cada minero tuviera un Jaguar aparcado delante de casa para ir a trabajar y cada esposa de minero tuviera un Mini al lado para ir de compras».⁴⁴ La clase media de izquierdas no sabía qué hacer con él. El historiador marxista E. P. Thompson comentó que, detrás de lo que se veía a simple vista («un tejón sorprendido por los faros del coche en medio de la autopista») debía haber algo más en Gormley.⁴⁵ Efectivamente, había mucho más. Gormley fue el paradigma del sindicalista que supo sacar provecho del 68 sin formar parte de él. Recurrió al apoyo de los radicales de clase media, particularmente en las universidades, y también al tipo de acción directa propio del 68; lo segundo se vio particularmente en 1972, cuando Arthur Scargill movilizó piquetes de mineros y aliados de estos para cerrar el depósito de coque de Saltley. Gormley era hábil a la hora de persuadir a los gobiernos conservadores para que hicieran concesiones con el fin de reforzar su mano dura contra los «extremistas» dentro de su propio sindicato.

RAZA

Las clases obreras de los países industrializados se dividían por raza y religión, así como por el tipo de trabajo que hacían. Alemania Occidental y Suiza debieron parte de su bajo nivel de huelgas al simple hecho de que una proporción elevada de los trabajadores estaba formada por migrantes temporales, es decir, que podían ser enviados de vuelta a sus casas fácilmente si un descenso de la producción los hacía innecesarios o si resultaba que no eran lo suficientemente dóciles. Y si los inmigrantes se rebelaban, a las izquierdas les costaba mucho movilizar a los trabajadores locales en beneficio de aquellos. De los 24.000 obreros de las fábricas Ford en Colonia, la mayoría eran «trabajadores invitados» y cerca de la mitad de ellos eran turcos. En el verano de 1973, 500 trabajadores regresaron tarde de sus vacaciones (un viaje por tierra de la provincia de Anatolia a la RFA podía durar una semana) y fueron despedidos. El grupo maoísta Arbeitskampf intentó convocar una huelga por ello, pero fracasó.⁴⁶

En Francia, la complejidad de las relaciones de raza y clase se pone de

manifiesto al pensar en el norte de África. Un gran número de trabajadores había servido en el ejército durante la guerra de Argelia entre 1954 y 1962. De veinte hombres implicados en un enfrentamiento violento con la policía en una fábrica en 1968, siete pertenecían al segmento de edad de los reclutas que participaron en el conflicto bélico argelino.⁴⁷ Los hombres de esta generación se han referido en ocasiones a sus experiencias para explicar cómo se rebelaron durante y después de 1968. A menudo han vinculado la disciplina de la fábrica con la del ejército y han destacado el hecho de que algunos gerentes fueron antiguos oficiales. Algunos creían que, en la década de 1970, las empresas privadas contrataban a veteranos de la Organización del Ejército Secreto (Organisation de l'Armée Secrète, OAS, el ejército ilegal que había combatido para defender la ocupación francesa de Argelia) como vigilantes de seguridad.⁴⁸ Los obreros que se oponían al legado de la Argelia francesa no estaban necesariamente a favor de los argelinos o, más generalmente, de los magrebíes. Al contrario, veían en la contratación de estos trabajadores una estrategia para debilitar el poder sindical y la atribuían a la herencia colonial. En algunas fábricas pensaban que los obreros argelinos eran *harkis* (miembros de las fuerzas auxiliares musulmanas que habían luchado para el ejército francés). Los trabajadores franceses también creían —quizá justificadamente— que los empleados extranjeros, especialmente los marroquíes, estaban sometidos a una vigilancia especial. La Asociación de Trabajadores y Comerciantes Marroquíes (Association des Travailleurs et Commerçants Marocains, ATCM) fue fundada en Francia en 1973 para «evitar malas influencias que puedan dar lugar a divisiones». En la factoría Chausson, donde se fabricaban piezas para la industria automovilística, una de las demandas de los huelguistas en 1975 fue que expulsaran a la ATCM de la fábrica.⁴⁹

La relación entre raza y clase fue particularmente incómoda en la Bretaña. Allí, los propios obreros de origen francés eran relativamente neófitos en las fábricas y fueron particularmente conscientes de la llegada de trabajadores no franceses después de 1968. A pesar de que los habitantes de la Bretaña hablaban a menudo de su oposición a la autoridad de París en términos de «descolonización», a los obreros bretones les enfurecía la idea de que pudieran ser tratados al mismo nivel que los *bougnoules* (sinónimo peyorativo de argelino).⁵⁰

En el Reino Unido, la raza fue, probablemente, un motivo de separación entre obreros blancos e izquierda estudiantil tras el discurso de los «ríos de sangre» pronunciado por Enoch Powell en 1968 (véase el capítulo 7), aunque parece que el apoyo más vehemente que recibió provino de un grupo de

trabajadores relativamente pequeño. Más significativos fueron los efectos que produjo la división étnica en Irlanda del Norte. Allí, los empleos industriales más seguros estaban mayormente reservados a protestantes, pero la división entre las dos religiones era tan profunda que los católicos no se convirtieron en un instrumento del radicalismo industrial, cosa que sí ocurrió a menudo con los trabajadores marginados en la Europa continental. Al contrario, las protestas católicas se hicieron en las calles y no en los lugares de trabajo. En 1974 se declaró una importante huelga política en Irlanda del Norte. El Consejo de los Trabajadores del Úlster (Ulster Workers' Council) movilizó a los huelguistas con métodos que incluían la desobediencia civil —a veces rayando la insurrección revolucionaria— y la propia huelga, y utilizaron las habilidades de un pequeño grupo de trabajadores clave —concretamente, electricistas— para detener gran parte de la actividad industrial. La huelga forzó un cambio en la política gubernamental y su recuerdo persiguió a los gobernantes británicos hasta bien entrada la década siguiente. En cierto sentido, fue la huelga política que tuvo más éxito en la Europa de posguerra. Sin embargo, también fue una huelga liderada por protestantes y diseñada para mantener el *statu quo* mediante el boicoteo de los intentos del gobierno de Londres de imponer un reparto equitativo de poder entre protestantes y católicos.

ESTADOS UNIDOS

Las divisiones en el seno del movimiento obrero estadounidense fueron más profundas que en Europa y tuvieron su origen en dos realidades que, a veces, se entrelazaron: la raza y Vietnam. Las huelgas que más apoyo consiguieron por parte de los radicales de clase media fueron las que afectaban a trabajadores negros o de origen mexicano y, a menudo, fueron presentadas como continuaciones de la lucha por los derechos civiles. César Chávez había liderado a los trabajadores agrícolas de California, mayormente mexicanos, y trató de establecer alianzas que incluyeran a todos los actores, desde Robert Kennedy a los *panteras negras*. En Brighton, Colorado, los trabajadores de la empresa hortícola Kitayama Brothers, principalmente mujeres de origen mexicano, se declararon en huelga en 1968 para asegurar mejores condiciones laborales; su acción estuvo apoyada por miembros de la sección de Estudiantes para una Sociedad Democrática en Boulder.⁵¹ Los trabajadores sindicalizados de las ciudades industriales norteamericanas, por el contrario, cobraban sueldos relativamente altos y disfrutaban de una seguridad laboral razonable. El propio movimiento obrero estuvo a veces dividido. La Federación del Trabajo y el Consejo Sindical

Industrial de Chicago (Chicago Federation of Labor and Industrial Union Council) era muy próxima a la maquinaria política con la que el alcalde Daley dirigía la ciudad, mientras que la Asociación de Trabajadores Sindicados de la Industria Cárnica (United Packinghouse Workers of America) era más de izquierdas.

Martin Luther King Jr. dijo en 1965 que «el ingrediente que ha faltado en la lucha por los derechos civiles en su conjunto ha sido la fuerza del movimiento obrero». Quería ganarse el apoyo de los sindicatos potencialmente aliados, pero también quería ayudar a los trabajadores menos favorecidos que, a menudo, todavía no estaban organizados para defender sus intereses. King fue asesinado en Memphis en una visita que realizó para apoyar la huelga de los empleados de los servicios de limpieza de la ciudad. La raza fue especialmente importante para el movimiento obrero estadounidense porque, históricamente, el Partido Demócrata se había fundamentado en una alianza de los trabajadores sindicalizados del Norte con los blancos sureños, pero los derechos civiles pusieron esta alianza en entredicho. Cuando George Wallace, que había sido gobernador demócrata de Alabama, concurrió a las elecciones presidenciales como independiente en 1968, apeló en parte a los trabajadores del Norte cuya posición relativamente privilegiada pudiera verse amenazada por la creciente prosperidad de los afroamericanos. Las huelgas de trabajadores mayoritariamente negros —como la de los empleados de los servicios de limpieza municipales de Memphis o Saint Petersburg (Florida)— recibieron poco apoyo por parte de la clase obrera blanca.⁵²

Asimismo, los sindicatos estadounidenses basaron a menudo su actividad en un marcado anticomunismo, en parte porque les interesaba distanciarse de cualquier elemento marxista de su propio pasado. La mayoría de los sindicatos apoyaron la guerra de Vietnam y muchos trabajadores expresaron, a título personal, un patriotismo feroz, atribuible al hecho de que provenían de grupos étnicos que habían llegado recientemente a Estados Unidos y tenían esperanzas individuales puestas en su nuevo país. La expresión más tristemente célebre de este patriotismo llegó con la «hard hat riot», o «motín de los cascos», del 8 de mayo de 1970, cuando los obreros de la construcción de Nueva York atacaron una manifestación convocada para protestar contra el tiroteo sobre unos estudiantes de la Universidad del Estatal de Kent, quienes, a su vez, habían estado protestando por la invasión estadounidense de Camboya. Esto no significa que todos los obreros estuvieran a favor de la política de Washington en Indochina —de hecho, muchos de ellos no lo estaban, especialmente los que tenían hijos en el ejército (véase el capítulo 4)—. Pero sí es cierto que los trabajadores reaccionaban a menudo con hostilidad ante las muestras de

oposición a la guerra más llamativas, lo cual, a su vez, generó una espiral de desprecio mutuo entre sindicatos e izquierda estudiantil. Un radical de Berkeley escribió en 1967: «La próxima vez que esos trabajadores de la AFL [American Federation of Labor] que cobran 3,90 dólares por hora hagan huelga para pedir un aumento de 50 céntimos, me acordaré del día que cantaron “Quemad Hanói pero no nuestra bandera” y os juro que sus piquetes no me detendrán».⁵³

Oculto tras esta retórica patriótica, el movimiento obrero estadounidense estuvo, en realidad, dividido durante los años posteriores a 1968. Walter Reuther, miembro del sindicato United Automobile Workers, había trabajado de joven en la Unión Soviética, motivo por el cual, probablemente, nunca se pudo permitir, durante el resto de su vida, decir nada que pudiera ser interpretado como una muestra de simpatía hacia el comunismo. Apoyó el movimiento por los derechos civiles y albergó profundas dudas personales sobre la guerra de Vietnam. Sin embargo, su libertad de acción estuvo más limitada que la de cualquiera de sus homólogos europeos y, en cualquier caso, murió en un accidente de avión en 1970. En cambio, George Meany, presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo (American Federation of Labor, AFL), era enérgicamente anticomunista y estaba a favor de la guerra de Vietnam. A él se debió, en gran parte, que su sindicato no apoyara la campaña del demócrata George McGovern para las elecciones presidenciales de 1972; era la primera vez en muchos años que la AFL no secundaba a un candidato del Partido Demócrata.

Después de 1968, Nixon y sus colaboradores intentaron crear una base electoral nueva para el Partido Republicano que movilizara a los obreros para contrarrestar a los liberales de clase media. En 1970, Meany fue invitado a jugar al golf y a cenar y, después, junto con varios miles de familias de los sindicatos, asistió una interpretación de la Obertura 1812 en la Casa Blanca. Nixon hacía la corte a los sindicatos conservadores, es decir, los que representaban a camioneros, empleados federales, obreros de la construcción y agentes de policía. Al parecer, la Casa Blanca de Nixon también había intentado separar deliberadamente a los trabajadores de la automoción de sus líderes «socialistas».⁵⁴ Peter Brennan, de los obreros de la construcción de Nueva York, se había resistido a los intentos del gobierno de imponer una cuota superior de trabajadores negros en su sector y algunos lo consideraron el responsable del «motín de los cascos»; fue nombrado ministro de Trabajo por Nixon.

Hubo, no obstante, una paradoja en el movimiento obrero estadounidense de principios de la década de 1970. Algunos de sus sectores se opusieron firmemente a la izquierda de clase media y esta oposición, al parecer, contribuyó a una reconfiguración del electorado que llevó a algunos trabajadores

sindicalizados a apoyar, primero, a Nixon y, después, a Reagan. Sin embargo, este viraje a la derecha en el discurso del movimiento obrero coincidió, a veces, con un radicalismo en sus acciones. Entre 1967 y 1974, la cifra media de trabajadores que hicieron huelga aumentó ampliamente; en 1970 se declararon 34 huelgas en las que participaron, como mínimo, 10.000 trabajadores en cada una de ellas.⁵⁵ En 1968, el número de huelgas por cada mil trabajadores en Estados Unidos fue mayor que en cualquier otro país industrializado, exceptuando Francia, donde la gran magnitud de las cifras se debió a los eventos excepcionales de mayo, y Canadá, cuyo movimiento obrero, en cualquier caso, interactuaba con el de EE. UU. De 1970 a 1975, la proporción de trabajadores estadounidenses en huelga fue siempre mayor que en Francia y que en la mayoría de países europeos occidentales. La incidencia de las huelgas en Italia fue superior a la de Estados Unidos a partir de 1972, pero había sido inferior durante los años anteriores, supuestamente radicales. Los índices británicos solamente superaron a los de EE. UU. en 1972, el año de la huelga de mineros.

Algunas huelgas se iniciaron partiendo de propósitos mezquinos, como cuando los profesores de Nueva York protestaron en 1968 contra el creciente poder de los consejos escolares electos, los cuales intentaban favorecer los intereses de los niños afroamericanos.⁵⁶ Asimismo, en la década de 1960, los policías de Detroit se habían organizado para proteger cada vez más sus intereses personales (y transformaron su asociación profesional en un verdadero sindicato) y, en la década de 1970, esta protección de intereses se tradujo en una resistencia cada vez mayor a una discriminación positiva que pudiera favorecer el ingreso de nuevos empleados negros.⁵⁷ En ocasiones, los conservadores compraron huelgas; el alcalde Richard Daley aplacó las protestas de los funcionarios municipales de Chicago simplemente pagándoles un sueldo mayor que en otras ciudades.

Otras veces, sin embargo, una huelga convocada por trabajadores que se consideraban conservadores podía amenazar el propio orden social que aseguraban defender. Los trabajadores de la construcción fueron el eje central del conservadurismo obrero de Nixon. Prácticamente toda la mano de obra industrial era masculina, a menudo agresivamente masculina y hostil al liberalismo «de nenazas» (sissy).⁵⁸ El control de la formación laboral había dado un enorme poder a los sindicatos como puertas de entrada al ejercicio de una profesión, algo que utilizaron a menudo los propios sindicatos para excluir a los candidatos negros de cualquier puesto, exceptuando los más degradantes.⁵⁹ Los trabajadores de la construcción estuvieron detrás del «motín de los cascos» y, también, de la marcha del 20 de mayo de 1970, donde 100.000 manifestantes —

esta vez con el apoyo oficial del Consejo de los Sectores de la Edificación y la Construcción del Área Metropolitana de Nueva York (Building and Construction Trades Council of Greater New York)—, expresaron su apoyo a la guerra y portaron pancartas con la inscripción «Dios bendiga el sistema» (*God Bless the Establishment*). No obstante, los obreros de la construcción estadounidenses fueron, en realidad, uno de los problemas más serios para las empresas privadas en la mayor potencia capitalista del mundo. En octubre de 1970, la revista *Fortune* insinuó que las demandas del sector de la construcción fueron «el obstáculo más importante en el camino a la moderación de la inflación».^{[60](#)}

10

Violencia

Wanted by FBI

(10/20/72)

The persons shown here have been active members of the revolutionary Weatherman organization, an outgrowth of the Students for a Democratic Society (SDS).

Federal warrants have been issued concerning these individuals, charging them with a variety of Federal violations, including one or more of the following: interstate flight to avoid prosecution, Antiriot Laws, conspiracy, destruction of government property and National Firearms Act.

These individuals should be considered dangerous because of their known advocacy and use of explosives, reported acquisition of firearms and incendiary devices, and known propensity for violence.

It should be noted that individuals being sought may have altered their appearances. Where available, dual photographs have been included to depict such changes in appearances.

If you have information concerning these persons please contact your local FBI Office.



William Charles Ayers
W/M, Dob 12/26/44,
5'10", 170, br hair,
br eyes. I.O. 4366



Lawrence David Barber
W/M, Dob 2/25/50,
5'8", 140, br hair,
br eyes.



Judith Emily Bissell
W/F, Dob 3/6/44,
5'0", 110, br hair,
gr eyes. I.O. 4401



Silas Trim Bissell
W/M, Dob 4/27/42,
5'11", 135, br hair,
gr eyes. I.O. 4401



Kathie Boudin
W/F, Dob 5/19/43,
5'4", 128, br hair, blue eyes,
I.O. 4367



Peter Wales Clapp
W/M, Dob 10/14/46,
6', 150, br hair,
gr eyes.



Bernardine Rae Dohrn
W/F, Dob 1/12/42,
5'5", 125, dk br hair,
br eyes. I.O. 4364

Cartel de «Se busca» con miembros de Weather Underground. El FBI, más que otros cuerpos de policía del mundo, ayudó a definir el largo 68.

Hans Joachim Klein, un alemán de clase obrera, entró en la política por primera vez durante las manifestaciones contra la guerra de Vietnam de finales de la década de 1960. Después se unió a un grupo terrorista encabezado por el venezolano «Carlos» y, actuando supuestamente en favor de los intereses del pueblo palestino, atacó una reunión de la OPEP en Viena en 1975. En el ataque murieron tres personas. Klein quedó gravemente herido, pero, junto con el resto de agresores y los rehenes tomados, voló a Argelia y fue liberado. Después se ocultó en Francia, pero fue arrestado en 1998 y juzgado en 2001. El juicio suscitó un enorme interés porque, entre otros motivos, Klein había sido amigo de Daniel Cohn-Bendit y Joschka Fischer a principios de la década de 1970. Fischer, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, y Cohn-Bendit, miembro del Parlamento Europeo, fueron testigos de descargo en el proceso. Cohn-Bendit había permanecido en contacto con Klein y ayudó a conseguir que se entregara.

Este episodio revela dos caras del largo 68 diametralmente opuestas: una, marcada por una violencia creciente y extrema, y otra, caracterizada por una propuesta más pacífica, incluso festiva, a corto plazo y por la adopción de políticas democráticas a largo plazo. Hubo una dimensión específicamente alemana en ello. Alemania Occidental fue el país donde el terrorismo traspasó todos los límites, aunque no precisamente en cifras de víctimas; en Italia e Irlanda del Norte, la situación fue más dramática a este respecto. Lo que hizo de Alemania un caso aparte fue la sensación de que una pequeña minoría había declarado la guerra al resto de la población —el escritor Heinrich Böll habló de «seis contra seis millones»—, así como el salvajismo irredento de los implicados. Andreas Baader, el terrorista alemán más tristemente célebre, fue un personaje particularmente vengativo y los periodistas dieron mucha importancia al hecho de que los apellidos de algunos terroristas alemanes incluyeran palabras como *Böse* (mal) o *Teufel* (diablo). Por otro lado, el 68 germano también dio origen a Los Verdes, partido caracterizado por el rechazo de la violencia y la adopción de políticas democráticas, y al cual se afiliaron tanto Fischer como Cohn-Bendit.

En cualquier caso, la diferencia entre un 68 «bueno» y uno «malo» no fue

meridiana. Hubo *hippies* que metieron flores en los cañones de los rifles de los soldados y hubo asesinos despiadados, pero entre medio hubo también muchos matices. Cohn-Bendit nunca compartió la fascinación de muchos de sus contemporáneos por la revolución armada, pero sí que animó a sus seguidores en París a interrumpir clases empleando la fuerza física, ocupar edificios o defender barricadas, y también reconoció lo fácil que fue pasar de la retórica de 1968 a los disparos de los años setenta: «el poder, en términos teóricos, salía del cañón de una pistola; pero cómo fue que algunos nos tomaron la palabra y continuaron».¹ En cuanto a Joschka Fischer, se había visto envuelto en un enfrentamiento callejero en Fráncfort. En 2001, un fotógrafo publicó en la revista *Stern* una fotografía en la que aparecía Fischer y otros manifestantes atacando a un policía en 1973. La imagen había sido desempolvada del recuerdo por Bettina Röhl, una mujer de 38 años con motivos suficientes para estar resentida con la violencia de la izquierda alemana, ya que era hija de la guerrillera urbana Ulrike Meinhof.

EL PASO A LA VIOLENCIA

En general, la política se volvió más violenta después de 1968. Un estudiante de derecho de veintisiete años dijo que la guerra de Argelia de 1954 a 1962 le había radicalizado, pero también que «las trifulcas [de 1968] me hicieron descubrirme».² Tras los sucesos de mayo de 1968, el diario *Le Monde* inició una sección dedicada a la «agitación». En los primeros meses de 1970, bajo esta rúbrica se informó, entre otras cosas, del ataque a una comisaría de policía en Nantes, el vaciamiento de un cubo de basura sobre el filósofo Paul Ricoeur en Nanterre y el incendio de las oficinas de la mina de carbón en Hénin-Liétard.

Algunos radicales empezaron a emplear la violencia de una manera calculada y sistemática. La organización The Weathermen (más tarde llamada Weather Underground) surgió de la separación de Estudiantes para una Sociedad Democrática en EE. UU. y fue la responsable de organizar los «días de la ira» (Days of Rage) de Chicago en octubre de 1969, donde los manifestantes causaron destrozos en edificios y automóviles y atacaron a la policía. En 1970, Weather Underground hizo pública una «declaración de guerra» contra el gobierno, pasó a la clandestinidad e inició la acción armada. En Alemania, Andreas Baader, Gudrun Ensslin, Horst Mahler y Ulrike Meinhof fundaron la Facción del Ejército Rojo (o Grupo Baader-Meinhof) en 1970. Ese mismo año, en Italia, Renato Curcio y Margherita Cagol crearon las Brigadas Rojas (Brigate Rosse). En Gran Bretaña, una serie de ataques violentos sobre la propiedad en 1970 y 1971 fueron atribuidos a la Angry Brigade.³ En Irlanda del Norte, el

Ejército Republicano Irlandés Provisional (llamado así para diferenciarlo del Oficial, el cual existía desde la década de 1920) fue fundado en diciembre de 1969 tras los ataques de los protestantes sobre manifestantes por los derechos civiles y después de que el ejército británico enviara efectivos a la provincia para mantener a ambos bandos separados (véase el capítulo 7).

Junto a estas organizaciones había otras menos conocidas —normalmente más pequeñas y menos disciplinadas— con las que aquellas se aliaron ocasionalmente. En Estados Unidos estaba el grupo Melville —bautizado así por el nombre de batalla de su fundador, Sam Melville— y en Alemania, el grupo 2 de Junio. En Irlanda del Norte, por un lado, el Ejército Irlandés de Liberación Nacional (Irish National Liberation Army, INLA) coexistió con el IRA Provisional y, por otro lado, hubo organizaciones unionistas violentas que lucharon para defender lo que consideraban intereses protestantes. En Italia se calculó que hubo varias decenas de organizaciones izquierdistas y que se utilizaron 484 pseudónimos para reivindicar la responsabilidad de los ataques; aunque el más sangriento de todos ellos, el de la estación de ferrocarriles de Bolonia en 1980, fue obra de la extrema derecha.

La cifra de víctimas de los terroristas alemanes en la década de 1970 ascendió probablemente a 57, incluidos los asesinados en las oficinas de la OPEP en Viena y los pasajeros del avión alemán secuestrado que acabó siendo asaltado por las fuerzas de seguridad en el aeropuerto ugandés de Entebbe. En Italia, el Ministerio del Interior situó la fecha del primer ataque terrorista en 1969 (antes de la formación de las Brigadas Rojas) y estimó que ese año se produjeron 393 ataques que causaron 19 víctimas mortales. El número total de incidentes alcanzó un máximo de 2.513 en 1979, si bien las muertes en ese año ascendieron a 24, una cifra modesta en comparación con las 125 víctimas de 1980, atribuibles en su mayoría al atentado con bomba de Bolonia. En total, entre 1969 y 1987 se produjeron en Italia 14.591 ataques que causaron 419 muertes.⁴ Se calcula que, entre 1969 y 1997, el IRA Provisional mató a 1.823 personas y fue responsable de prácticamente la mitad de las muertes violentas durante «The Troubles», es decir, el conflicto norirlandés.

LOS LÍMITES ENTRE LA POLÍTICA Y LA VIOLENCIA

Los miembros de las organizaciones terroristas tuvieron a menudo la sensación —tan liberadora como opresora— de haber roto con su pasado. Ulrike Meinhof dijo que el invierno era su estación favorita porque la oscuridad la hacía menos reconocible. Sin embargo, la frontera que cruzaban quienes pasaban de la

milicianía política a lo que después se llamó «terrorismo» no estaba claramente delimitada. Al acabar 1968, las categorías políticas no estaban tan definidas como lo parecieron estar décadas después. Muchos radicales rechazaron la política electoral sin estar seguros de qué pondrían en su lugar. En 1970, un millón de estudiantes estadounidenses se definieron como «revolucionarios».⁵

La línea que separaba el terrorismo y la política podía ser permeable. En Francia, el Partido Socialista Unificado encarnó, en muchos sentidos, la política «legítima». Entre sus miembros tuvo —hasta 1968— a un ex primer ministro, Pierre Mendès France, y estuvo dirigido por un futuro primer ministro, Michel Rocard. Sin embargo, hubo un momento, después de 1968, en el que los maoístas y los trotskistas adquirieron poder en el PSU y Rocard se mostró preocupado porque estaba dirigiendo un movimiento de «quince mil terroristas potenciales».⁶

Los movimientos de izquierdas más o menos pacíficos con ellos mismos incluían a menudo unidades especiales destinadas a ofrecer protección contra la policía o grupos rivales en las manifestaciones, y esta defensa siempre conllevaba la posibilidad de ejercer la violencia. Algunos militantes reclutaban a jóvenes rudos de clase obrera para hacer de vigilantes. En el Reino Unido y Estados Unidos, esto se tradujo a veces en desastrosos flirteos con los Ángeles del Infierno (véase el capítulo 2). En París, en 1968, el edificio ocupado de la Sorbona estuvo «protegido» durante un tiempo por los «katanguéses», jóvenes procedentes del proletariado lumpen parisino y cuyo nombre se inspiraba en los mercenarios que habían luchado en la provincia congoleña de Katanga. Los katanguéses adoptaron las ideas políticas de sus nuevos amigos con una solemnidad que desembocó en tragicomedia. Después de la evacuación de la Sorbona, y como quedó claro que los estudiantes ya no estaban muy entusiasmados con su compañía, algunos katanguéses se ocultaron en el bosque cercano a Vienne y se erigieron en los nuevos *maquis* destinados a preparar la insurrección que llegaría con la reanudación del período lectivo. Pasado un tiempo, revelaron a un cura que habían llevado su identidad *maquisard* hasta el extremo de ejecutar a uno de sus camaradas por sospechoso de traición. Fueron juzgados y condenados a una pena relativamente leve. El hecho de que el jurado de una pequeña ciudad de provincias simpatizara con ellos es muy revelador del culto a los proscritos que existió a finales de la década de 1960.⁷

Distintos estudios apuntan a que mucha gente que nunca llegó a empuñar un arma fue reacia, sin embargo, a condenar a quienes sí lo hicieron. La extendida desconfianza en la policía —elevada en algunas partes de la Europa continental y entre la población negra de Estados Unidos, incluso antes de las

revueltas políticas de los sesenta— hizo que muchos establecieran una diferencia entre apoyar el terrorismo y querer denunciarlo. En 1971, en Alemania Occidental, un 40 % de la población estaba de acuerdo en que la violencia de la Facción del Ejército Rojo (RAF) era «política», un 20 % dijo que podía «comprender» los motivos por los que alguien decidiera proteger a fugitivos de la RAF y un 6 % se declaró dispuesto hacerlo.⁸ En el campus de la Universidad de California en Santa Bárbara, los estudiantes hicieron distinciones igualmente complejas: uno de cada ocho aprobaba el atentado con bomba sobre la propiedad y casi uno de cada tres estaba de acuerdo con ello «en determinadas circunstancias»; casi uno de cada diez estaba a favor de secuestrar a funcionarios y casi uno de cada cinco «no rechazaba» esta práctica.⁹ En Irlanda del Norte, la cifra de los que colocaron bombas o dispararon armas («voluntarios», en la jerga del IRA Provisional) fue probablemente de unos pocos centenares, pero disfrutó de un apoyo más amplio que solamente estuvo basado en el miedo parcialmente. El IRA Provisional adoptó finalmente la estrategia de «la bala y la urna», es decir, recurría a la violencia mientras el Sinn Féin —el brazo político del republicanismo— impugnaba elecciones.

La reflexión política sobre la violencia trajo consigo elementos de fantasía. La figura del guerrillero, por ejemplo, sedujo incluso a radicales universitarios que nunca optaron por la acción armada. Al escribir sobre sus compañeros de clase en la London School of Economics, Colin Crouch justificó esta atracción insinuando que a los guerrilleros parecía no afectarles la disciplina burocrática de las sociedades occidentales: «Por ello, el guerrillero es, virtualmente, el ideal del hombre no alienado. Es a través de esta interpretación de la guerrilla como el estudiante revolucionario de una universidad occidental puede identificarse con el combatiente de la jungla».¹⁰

En Francia, ambos bandos atribuyeron a sus adversarios unos niveles de violencia muy alejados de la realidad. En mayo de 1968, el gaullista Jacques Chirac llevaba revólver y pensaba que el sindicalista con el que mantuvo reuniones secretas también iba armado. En realidad, el objeto que se asomaba por el bolsillo de su interlocutor era una pipa de fumar. A principios de la década de 1970, los huelguistas de la fábrica Lip de Besançon tenían opiniones muy variadas sobre la policía antidisturbios de la CRS. Una de las trabajadoras, de sesenta y un años, dijo que este cuerpo de seguridad estaba formado por hombres normales empujados por su situación de desempleo. Otro huelguista, un hombre de diecinueve años, pensaba que cuando contrataban a un antidisturbios le hacían firmar un documento que le obligaba a abrir fuego contra sus propios padres si así se lo ordenaban.¹¹ La izquierda francesa también fantaseó alguna

vez sobre la violencia ejercida desde sus propias filas. Unos maoístas explicaron entusiasmados que «ocho o nueve» miembros de la policía antidisturbios francesa habían muerto en la fábrica Peugeot de Sochaux y que sus cuerpos habían quedado disueltos en unos depósitos de ácido.¹²

VARIEDADES DE VIOLENCIA

Algunos establecieron cuidadosas diferencias. La revuelta era distinta de la acción armada. Así, Joschka Fischer aconsejó a sus contemporáneos «dejar las escopetas y volver a los adoquines» y Bernadette Devlin se expresó en términos similares en Irlanda del Norte cuando, en 1968, sostuvo que la violencia callejera era más «democrática» que la lucha armada: «Cualquiera puede defender una barricada, pero no todos pueden llevarse un rifle al hombro».¹³ Un grupo formado para defender a la Angry Brigade británica se burló de las distinciones jesuíticas entre violencia «legítima» e «ilegítima»: «Al parecer, está bien *okupar*, atacar a la policía en una *mani*, lanzar una lata de gas lacrimógeno en la Cámara de los Comunes, organizar piquetes, etc. Pero, por lo visto, si utilizas una bomba (aunque solo sea contra propiedades) pierdes tu identidad como socialista».

Como sugiere la cita anterior, los miembros de la Angry Brigade, o, como mínimo, sus partidarios, distinguieron entre violencia contra las personas y violencia contra la propiedad. La Brigade no mató a nadie y sus bombas solamente afectaron a inmuebles. En la embajada española sobre la que dispararon a discreción con una ametralladora no hubo ninguna víctima, lo cual permite deducir que, o bien los vigilantes tuvieron mucha suerte, o bien quien apretó el gatillo no intentó matarlos. En todo caso, si no los hubieran atrapado, no es posible saber si los miembros de la Angry Brigade habrían abandonado la idea del asesinato, como hicieron muchos izquierdistas en Francia, o habrían entrado en una vorágine de violencia aún más extrema, como hicieron algunos en Alemania e Italia.

El primer ataque realizado por las Brigadas Rojas italianas se redujo a la quema de un coche, algo que había ocurrido centenares de veces durante los disturbios de París en mayo de 1968. En Estados Unidos hubo una violencia a gran escala dirigida principalmente contra la propiedad.¹⁴ Según algunas estimaciones, allí se produjeron 2.800 ataques (sobre todo con bombas e incendios provocados) entre enero de 1969 y abril de 1970. Algunos fueron llevados a cabo por grupos pequeños que solían actuar en un único campus universitario.¹⁵ El asalto sobre la propiedad más tristemente célebre ocurrido en Estados Unidos se llevó a cabo en febrero de 1970, cuando los estudiantes de la

Universidad de California en Santa Bárbara quemaron la sede local del Bank of America. Esta acción contribuyó a radicalizar el campus y, durante algún tiempo, algunos de los implicados en el ataque parecieron coquetear con algo más extremo. David Carroll se compró una escopeta M1 y recordó posteriormente: «En aquella época, muchas de mis fantasías eran suicidas; me imaginaba disparando a políticos y apartando de mi camino a todo el que se me cruzara». Sin embargo, Carroll nunca apretó el gatillo para causar daño y se hizo pastor metodista. Warren Newhouser pasó a la clandestinidad después del incendio y siguió viviendo con una identidad falsa mientras algunos investigadores le siguieron la pista durante casi dos décadas, pero nunca se unió a ningún grupo revolucionario.¹⁶

Al principio, incluso los ataques sobre las personas fueron relativamente escasos. El primero de estos ataques perpetrado por las Brigadas Rojas, en 1972, consistió en la captura de un encargado de fábrica y su posterior sometimiento a un breve período de humillación ritual que no incluyó ningún daño físico. Este episodio no fue muy distinto de los frecuentes casos de retención de gerentes durante la huelgas de 1968 en Francia e Italia. El grupo de combate de la formación maoísta francesa Izquierda Proletaria secuestró a un gerente de Renault. El caso fue alarmante para todos los afectados —incluidos aquellos miembros de Izquierda Proletaria que vieron que les podían acusar de complicidad de asesinato—, pero, a los dos días, el grupo liberó al prisionero sin imponer ninguna condición. Las Brigadas Rojas, en Italia, y la Facción del Ejército Rojo, en Alemania, pasaron del secuestro al asesinato y, en particular, al asesinato de rehenes: el político democristiano italiano Aldo Moro, en 1978, y el jefe de la patronal alemana Hanns Martin Schleyer, en 1977.

Este tipo de asesinatos despertó entre los radicales más inquietud que un tiroteo en la calle o la colocación de una bomba. Había algo en el ritual de la ejecución —la venda en los ojos, la víctima aterrorizada y obligada a arrodillarse— que recordaba a los agentes de la represión que los grupos de guerrilla aseguraban combatir. Cohn-Bendit entrevistó con una horrorizada fascinación a un ex guerrillero brasileño que había secuestrado a un embajador estadounidense: «¿Habría sido capaz de vendarle los ojos y ejecutarlo?». ¹⁷ Algunos grupos empezaron a presentarse como una especie de alternativa al estado y a utilizar el lenguaje de la policía («arresto», «juicio», «libertad provisional»). ¹⁸ La violencia contra las personas también enfrentó a los grupos de guerrilla con algunos sectores de la clase obrera. Así ocurrió en Italia, donde los policías a menudo compartían los mismos orígenes —humildes y del sur— que los trabajadores menos favorecidos de las fábricas y donde el asesinato de

cinco guardaespaldas de Aldo Moro y un líder sindicalista comunista en 1979 provocó un particular rechazo.

Algunos grupos, sobre todo los *panteras negras* en EE. UU., hicieron hincapié en el aspecto defensivo de su violencia. Carl Davidson, un líder estudiantil blanco que inicialmente se consideraba partidario de la no violencia, se encontró en el Sur con un grupo de negros que admiraban el pacifismo de Martin Luther King, algo que consideraban adecuado para un «hombre de Dios», pero, al mismo tiempo, portaban armas en las manifestaciones por si los racistas blancos les atacaban. Pensaban que King era consciente de ello y que lo comprendía.¹⁹

Algunos hablaban de violencia simbólica o, incluso, «irónica». Benny Lévy, de la francesa Izquierda Proletaria, escribió, un tanto hipócritamente, que «la violencia que empleábamos era simbólica: no tenía como objetivo destruir físicamente al enemigo. Por una cuestión de principios, descartábamos la pena de muerte».²⁰ En 1967, con motivo de la visita del vicepresidente estadounidense, los radicales alemanes planearon un elaborado ataque con una tarta de crema. En 1970, el trotskista francés Daniel Bensaïd desarrolló una teoría acerca de este tipo de violencia: para él, era la demostración de que los militantes, si se lo hubiesen propuesto, habrían podido causar un daño real y, por consiguiente, de una manera un tanto curiosa, ello ponía de relieve el autocontrol de los activistas.²¹ Algunos guerrilleros urbanos quedaron asociados con una solemnidad inquietante y una sensación de sentirse importantes, pero, en ocasiones, la violencia estuvo acompañada de una autoburla deliberada. Un movimiento en Alemania creó unas tiras cómicas, al estilo de las estadounidenses, en las que trataban sus propios intentos de colocar bombas como objetos de mofa. En una de ellas, un *freak* barbudo que nunca ha pisado un banco se muestra confundido porque tiene que atracar uno y pregunta si, en vez de ello, no podría asaltar una tienda de caramelos.

LA CULTURA DE LA VIOLENCIA

La violencia bebió también de una cultura que elogiaba la rebelión aunque no fuera explícitamente política. El prófugo fue una figura romántica a finales de la década de 1960, en parte porque Hollywood había abandonado el precepto, dominante en los años cincuenta, del criminal como personaje no seductor. Películas como *La leyenda del indomable* (1967), *Bonnie y Clyde* (1967), *Dos hombres y un destino* (1969) o *La huida* (1972) presentaron a los criminales como personajes románticos. La última rompió con la convención de que los

delincuentes debían recibir siempre su merecido, pero las otras tres, que acababan con los protagonistas irredentos muriendo bajo una lluvia de balas, probablemente atrajeron más a los radicales jóvenes. Valerio Morucci, un miembro encarcelado de las Brigadas Rojas que se había arrepentido de sus crímenes, contó a Daniel Cohn-Bendit que su iniciación a la violencia política sucedió como en las películas, «especialmente las estadounidenses, donde la gente no muere de verdad».²² En el Reino Unido, la Angry Brigade firmó algunos de sus comunicados como «Butch Cassidy and the Sundance Kid». Y la película favorita de Andreas Baader era el espagueti-western *Hasta que llegó su hora* (1968).²³

El elogio de la violencia podía adoptar formas extraordinarias. La «familia» congregada alrededor de Charles Manson en California llevó a cabo una serie de asesinatos en 1968, entre ellos, el de la actriz Sharon Tate. Manson estaba loco y, si sus crímenes tuvieron alguna motivación política, seguramente no fue de orientación izquierdista, ya que la de Manson era, según él, una guerra racial. Sin embargo, Michael («Bommi») Baumann asegura que él y sus camaradas del grupo alemán 2 de Junio admiraban a Manson y a veces aparentaban ser devotos del diablo. En Flint (Míchigan), en diciembre de 1969, en la última reunión celebrada por Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS) antes de que el movimiento pasara a la clandestinidad, algunos de los *weathermen* alabaron a Manson.²⁴ Susan Stern, miembro de The Weathermen, escribiría más tarde: «Charlie Manson fue el estertor de la muerte de los hijos del viejo movimiento, la década de SDS».²⁵

Criminales y prisioneros a menudo interesaron a quienes finalmente optaron por la violencia política. Ulrike Meinhof trabajó con delincuentes juveniles a finales de la década de 1960. Los estudiantes radicales jugaban con el lenguaje del robo a mano armada, como cuando Mark Rudd concluyó su carta al rector de la Universidad de Columbia con las palabras que habían hecho popular al poeta LeRoi Jones: «Manos arriba y contra la pared, hijo de puta, esto es un atraco». Los convictos —especialmente los violentos que cumplían condenas largas— adquirieron un romanticismo siniestro. Fue el caso del gánster de Glasgow Jimmy Boyle —sentenciado a cadena perpetua por asesinato en 1967— y, todavía más, el de John McVicar, el ladrón de bancos de Londres que escapó de una cárcel en Durham en 1968 y anduvo suelto dos años. La académica izquierdista Laurie Taylor, quien se había hecho amiga de McVicar cuando daba clases de sociología a presos, avisó a sus compañeros de piso de que quizá tendrían que ocultar a un fugitivo. Sin embargo, McVicar, sin duda pensando que el pastel de lentejas y la toma de conciencia serían peores que la cárcel, buscó

refugio en su círculo de amigos del hampa.

En Francia se fundó en 1971 el Grupo de Información sobre Prisiones (Groupe d'Information sur les Prisons), al que le sucedió el Comité de Acción de los Prisioneros (Comité d'Action des Prisonniers) en 1972. Ambas organizaciones consiguieron reformas para los presos franceses, entre ellas, algunas relativas a la ampliación de privilegios —como el de recibir prensa— tanto para convictos políticos como comunes. También inspiraron la obra de Michel Foucault sobre las instituciones penitenciarias y el castigo. La rebelión y/o la fuga carcelaria ganaron importancia en el pensamiento de las izquierdas. En Francia, algunos izquierdistas mostraron su solidaridad con los implicados en una serie de motines sucedidos a principios de la década de 1970, si bien los prisioneros en cuestión no eran militantes políticos.

En Alemania Occidental, el líder de la Facción del Ejército Rojo escapó de la cárcel y, cuando fue detenido y encerrado de nuevo —con mayores medidas de seguridad— por haber cometido más delitos graves, emprendió una guerra psicológica pública contra las autoridades. En Italia, los alborotos carcelarios empezaron en la prisión turinesa de Le Nuove en 1969 y alcanzaron su punto álgido con la rebelión de Alessandria en mayo de 1974, en la cual resultaron muertos cinco rehenes y dos prisioneros. El momento en el que Margherita Cagol sacó a su marido Renato Curcio de la cárcel pasó a formar parte de la mitología de las Brigadas Rojas. En la década de 1970, las prisiones italianas eran instituciones crueles y los prisioneros políticos estaban sometidos a unos regímenes de internamiento muy severos, pero las reformas penitenciarias de los años ochenta allanaron el camino a la renuncia de la violencia por parte de los guerrilleros encarcelados.²⁶ En Estados Unidos, la rebelión carcelaria y el radicalismo político estuvieron más unidos, ya fuera porque los ex convictos se unieron a grupos radicales, como los *panteras negras*,²⁷ o porque los radicales encarcelados participaron en los motines, cuyo caso más dramático fue el de Sam Melville, que murió durante una revuelta en la cárcel de Attica en 1971.

Cuando los militantes políticos pasaban a la clandestinidad, a menudo recurrían al crimen para financiar sus actividades. El robo de bancos sedujo especialmente a los grupos anticapitalistas. Pierre Goldman personificó en Francia la difusa separación entre militancia política, terrorismo y delincuencia común. Hijo de un judío polaco y una miembro de la Resistencia, combatió con la guerrilla en Venezuela antes de volver a Francia, donde fue encarcelado por un homicidio cometido durante el atraco a una farmacia. Tras escribir unas influyentes memorias en la cárcel, fue liberado al presentarse nuevas pruebas y asesinado en circunstancias misteriosas en 1979. Su funeral fue el escenario de

uno de los últimos grandes encuentros de la izquierda *soixante-huitarde*. En Estados Unidos, un sanginario y fallido intento de robo de un vehículo blindado de la empresa de seguridad Brinks en 1981 —llevado a cabo por el Ejército Negro de Liberación (Black Liberation Army) y la Organización Comunista del Diecinueve de Mayo (May 19th Communist Organization, un vestigio de Weather Underground)— marcó el final de un ciclo de violencia política iniciado a finales de la década de 1960.

EL TERRORISMO COMO MOVIMIENTO INTERNACIONAL

El terrorismo llegó a parecer impactante porque era la antítesis de la democracia, pero quienes contemplaron la posibilidad de emprender la acción armada a menudo se consideraron parte de un movimiento internacional que trataba de derrocar regímenes autoritarios. Algunos de estos regímenes estaban en Latinoamérica o Asia, pero en Europa Occidental también había países con gobiernos antidemocráticos a finales de la década de 1960 y principios de los setenta. España fue especialmente importante en parte porque muchos exiliados del franquismo vivían en otras partes de Europa.

La política del antifranquismo podía ser un arma de doble filo. «Alexandre», un exiliado español miembro del Frente de Liberación Nacional en París, recordó que muchos de sus camaradas pensaban que podían ser nombrados ministros tras la caída de Franco y que, debido a ello, evitaron denunciar la política electoral que asociaban con el 68 francés. Muchas personas que, como el propio Alexandre, acababan de adquirir la nacionalidad francesa también estaban interesadas en evitar problemas con la ley. Un militante español que fue fotografiado lanzando un adoquín sobre la policía francesa tuvo que huir a Bélgica cruzando la frontera a escondidas.²⁸ Por otro lado, estaban los que en el País Vasco francés se consideraban una parte de la lucha armada contra el estado Español. Para ellos, los ajusticiamientos por garrote vil practicados al otro lado de los Pirineos fueron los acontecimientos políticos más importantes de finales de la década de 1960 y justificaron la violencia a una escala que superó las expectativas de la mayoría de estudiantes en París. Christiane Etchalus, una militante vascofrancesa que ya había sido encarcelada antes de 1968, consideraba la violencia callejera de ese año como una actividad para aficionados: «Para mí, la violencia era sinónimo de lucha armada y, por consiguiente, de clandestinidad».²⁹ El movimiento antifranquista también llegó al Reino Unido. Stuart Christie, acusado allí de pertenecer a la Angry Brigade, había pasado un tiempo en una cárcel española.

La violencia política cambió su significado en el transcurso de la década de 1970. El final de la guerra de Vietnam hizo que los guerrilleros, que tan atractivos habían sido para los radicales occidentales, dejaran de ocupar el centro del escenario mundial. El golpe de estado de Pinochet en Chile en 1973 hizo que algunos izquierdistas pensarán que la violencia beneficiaría probablemente a la derecha y que hasta un país tan aparentemente estable como el Reino Unido podía ser víctima de la misma. La campaña internacional contra Pinochet incidió sobre todo en la democracia y la condena de la tortura más que en la posibilidad de una insurrección violenta.

El Ejército Republicano Irlandés Provisional fue la excepción más evidente a las generalizaciones sobre el aspecto internacional del terrorismo en la década de 1970; y también a las muchas generalizaciones que se puedan hacer sobre los guerrilleros de esa década. Los miembros del IRA Provisional habían salido, en parte, del movimiento por los derechos civiles de 1968 en Irlanda del Norte y sufrieron su versión particular del 68 en los setenta. Gerry Adams (nacido en 1948) y Martin McGuinness (1950), quienes creyeron haber estado influenciados por la cultura juvenil de los sesenta, ascendieron en la jerarquía. Empezaron como «voluntarios» tras dejar la escuela a los quince o dieciséis años. Durante su época en la prisión de Maze leían los libros que sus contemporáneos más privilegiados habían encontrado en la Queen's University pocos años antes. Los murales callejeros de Belfast Oeste presentaron a veces al IRA Provisional como parte de una lucha de liberación global entre cuyos objetivos también estaba, por ejemplo, el *apartheid* en Suráfrica. Sin embargo, hubo cuestiones en las que los *provisionales* fueron muy poco sesentayochistas. Así, infligieron «disciplina» entre jóvenes delincuentes, como los vendedores de droga, y su moral conservadora tuvo a veces extrañas consecuencias. A un fabricante de bombas le preocupó que el uso de condones en los detonadores ácidos pudiera contravenir la encíclica papal sobre los males en el uso de anticonceptivos.³⁰

ANTISIONISMO Y ANTISEMITISMO

Quienes siguieron elogiando a los guerrilleros se fijaron cada vez más en los palestinos. De hecho, miembros del grupo Baader-Meinhof formados en Palestina y solidarios con su pueblo —principalmente «Carlos»— actuaron en Europa con el apoyo de militantes europeos. Sin embargo, los variados grupos de guerrilleros palestinos fueron unos aliados más incómodos que el Viet Cong o los combatientes por la libertad en América Latina; en parte por el simple hecho de que estaban demasiado cerca de Europa. Quienes visitaron los campos de

entrenamiento en el Próximo Oriente pudieron comprobar los patrocinadores más entusiastas de los guerrilleros palestinos eran Siria e Irak, unos regímenes que hasta al más crédulo de los europeos le costaba admirar. Numerosos militantes de izquierdas —sobre todo en Francia y Estados Unidos— eran judíos y, en ocasiones, conscientes del antisemitismo de quienes les criticaban. Gran parte de la izquierda militante se volvió antisionista durante un tiempo al acabar la guerra de los Seis Días —en la que Israel ocupó Cisjordania—, pero la posibilidad de que el antisionismo se pudiera convertirse en antisemitismo inquietó a muchos.

Hubo, sobre la cuestión de Israel, una diferencia entre Francia y Alemania. La izquierda radical alemana hablaba obsesivamente del legado del nazismo, pero una parte obvia de dicho legado era que muy pocos alemanes jóvenes eran judíos. Además, Alemania Occidental, como parte de su intento de expiar los crímenes del pasado, y a diferencia de la Francia gaullista, expresó un apoyo casi incondicional a Israel. El antisionismo fue, por consiguiente, particularmente atractivo para aquellos que se oponían al estado Alemán. Es más, algunos radicales alemanes pasaron del antisionismo a posturas que llegaron a parecer antisemitas. Una sinagoga fue quemada con una bomba incendiaria en el aniversario de la Noche de los Cristales Rotos y un grupo radical destacó el suceso con un panfleto titulado «Shalom y napalm». En ocasiones, esta tendencia vino acompañada de una revisión de la historia alemana que consideró el Tercer Reich en términos de clase y no de raza y que, en alguna ocasión, sugirió que la supuesta tendencia capitalista de los judíos les hizo responsables de su propia destrucción. Horst Mahler, el abogado izquierdista vinculado al grupo Baader-Meinhof, acabó dando un giro a la extrema derecha y fue encarcelado por negación del Holocausto.

En Francia, por el contrario, muchos izquierdistas radicales eran judíos y la palabra «juif» era una parte importante del vocabulario *soixante-huitard*. Como es sabido, los manifestantes en París gritaban —supuestamente en respuesta a los comentarios antisemitas sobre Daniel Cohn-Bendit— «Nous sommes tous les juifs allemands». La autobiografía de Pierre Goldman se titulaba *Souvenirs obscurs d'un juif polonais né en France*. En general, las referencias al judaísmo en Francia tenían como objetivo evocar el pasado de Vichy y muy pocos de los que hacían tales referencias eran religiosos o proclives a apoyar a Israel. El antisionismo rara vez se convirtió en antisemitismo entre la izquierda francesa, en parte porque ya había antisemitismo en la derecha francesa. Además, en 1968, algunos judíos franceses de izquierdas tomaron unos derroteros que finalmente les conducirían al sionismo y/o a la práctica religiosa. Alain Geismar, uno de los fundadores de Izquierda Proletaria, puso a su primogénito, nacido en

1973, el nombre de Pierre, por Pierre Overney, el militante maoísta muerto por los vigilantes de seguridad de una fábrica de Renault en 1972. A su segundo hijo, nacido en 1980, le puso Elie para recordar el redescubrimiento de sus raíces judías. Aún más espectacular fue la transformación de su camarada Benny Lévy (alias «Pierre Victor»), judío egipcio y *éminence grise* del maoísmo francés, quien redescubrió el judaísmo en la década de 1970 y acabó de rabino en Jerusalén.

El atentado perpetrado en los Juegos Olímpicos de Múnich de 1972, donde un comando palestino de Septiembre Negro secuestró a parte del equipo israelí y asesinó a algunos de sus miembros, dividió a la izquierda radical. Septiembre Negro exigía la liberación de líderes de la Facción del Ejército Rojo y de palestinos encarcelados en Israel, pero el hecho de que sus víctimas parecieran haber sido elegidas por su nacionalidad y raza molestó a muchos. Tanto Lévy como Geismar condenaron el ataque y es posible que este influyera en su decisión de disolver Izquierda Proletaria un año después.

UN PASO ATRÁS

La disolución de Izquierda Proletaria suscita algunas preguntas. ¿Qué diferenció entre sí a los distintos movimientos e individuos que coquetearon con la violencia tras los acontecimientos de 1968? ¿Por qué algunos de ellos dieron un paso atrás y otros siguieron cometiendo actos aún más criminales? La violencia fue más prolongada y extrema en unos países que en otros. En la isla de Gran Bretaña no hubo violencia política significativa después del arresto de las Angry Brigades en 1971. En Francia se produjeron pocos actos violentos entre la disolución de Izquierda Proletaria en 1973 y la fundación de Acción Directa (Action Directe) en 1979; este fue un grupo que nunca movilizó a más de unas pocas decenas de miembros. A finales de la década de 1970, los líderes de Izquierda Proletaria hablaban a veces como si su legado más importante fuera, de hecho, la abstención a la violencia. Algunos observadores escépticos señalaron que el movimiento se planteó seriamente asesinar al antiguo colaboracionista Paul Touvier y apuntaron a que la disolución pacífica del mismo fue menos evitable de lo que posteriormente se hizo creer. Algunos ex miembros de Izquierda Proletaria llevaron realmente a cabo actos de violencia tras la desaparición de su grupo. Al encontrarse con un antiguo camarada de la organización en la década de 1980, Daniel Rondeau no se atrevió a preguntarle si tenía «las manos manchadas de sangre».³¹

Alemania e Italia vivieron mucha más violencia en la década de 1970, pero

posteriormente remitió; en Alemania, porque los líderes de la Facción del Ejército Rojo habían muerto y, en Italia, porque cada vez más guerrilleros abandonaron la violencia. Estados Unidos vivió un alto nivel de violencia —más contra la propiedad que contra las personas— a finales de los sesenta y principios de los setenta, pero los movimientos guerrilleros organizados fueron tranquilizándose rápidamente, en parte debido a los intentos del gobierno de Nixon de retirarse de la guerra de Vietnam, la cual había sido el principal *casus belli* para la izquierda radical estadounidense.

Radicalización y retractación podían ser dos caras de una misma moneda. Quienes reaccionaron en contra de la violencia lo hicieron a menudo porque les horrorizaban las acciones cometidas por personas a las que habían considerado sus camaradas. En 1968, el historiador inglés Gareth Stedman Jones escribió unas palabras compasivas sobre la violencia política: «La identificación con el ejemplo vietnamita y cubano ha tenido como resultado una temprana toma de conciencia de que, en determinadas situaciones, el recurso a la no violencia es sinónimo de pasividad política».³² Sin embargo, no hizo nada para poner en práctica sus ideas ni para provocar entre las autoridades británicas algo más que una exasperante sensación de hastío.³³

Treinta años después, Stedman Jones reflexionó sobre el resultado de su experiencia con el terrorismo cuando vivió en Alemania a principios de la década de 1970:

Mi aversión por la política revolucionaria de grupúsculos creció más todavía durante mi estancia en Fráncfort, cuando la Facción del Ejército Rojo influía de manera considerable entre la izquierda local. Su presencia significaba que hasta los que no aceptaban la política terrorista revolucionaria se mostraban reacios a condenarla y poco dispuestos a defender la Constitución democrática de la República Federal. Más que nunca, me convencí de que la política revolucionaria y extraparlamentaria de Europa Occidental era intelectualmente frívola y políticamente contraproducente.³⁴

REGRESO A LA LEGALIDAD

¿Cómo regresaron a la política democrática quienes habían coqueteado con la violencia? La brecha que separaba el terrorismo y la política democrática nunca fue —excepto, quizá, en Alemania Occidental— tan profunda como posiblemente pareció. El gobierno británico mantuvo negociaciones secretas con el IRA durante gran parte de la década de 1970. En Francia, los fuertes vínculos existentes entre la intelectualidad y las élites políticas hicieron que fuera sorprendentemente fácil, para cualquiera con los contactos adecuados, pasar de la ilegalidad a la respetabilidad. Pierre Victor obtuvo la nacionalidad francesa

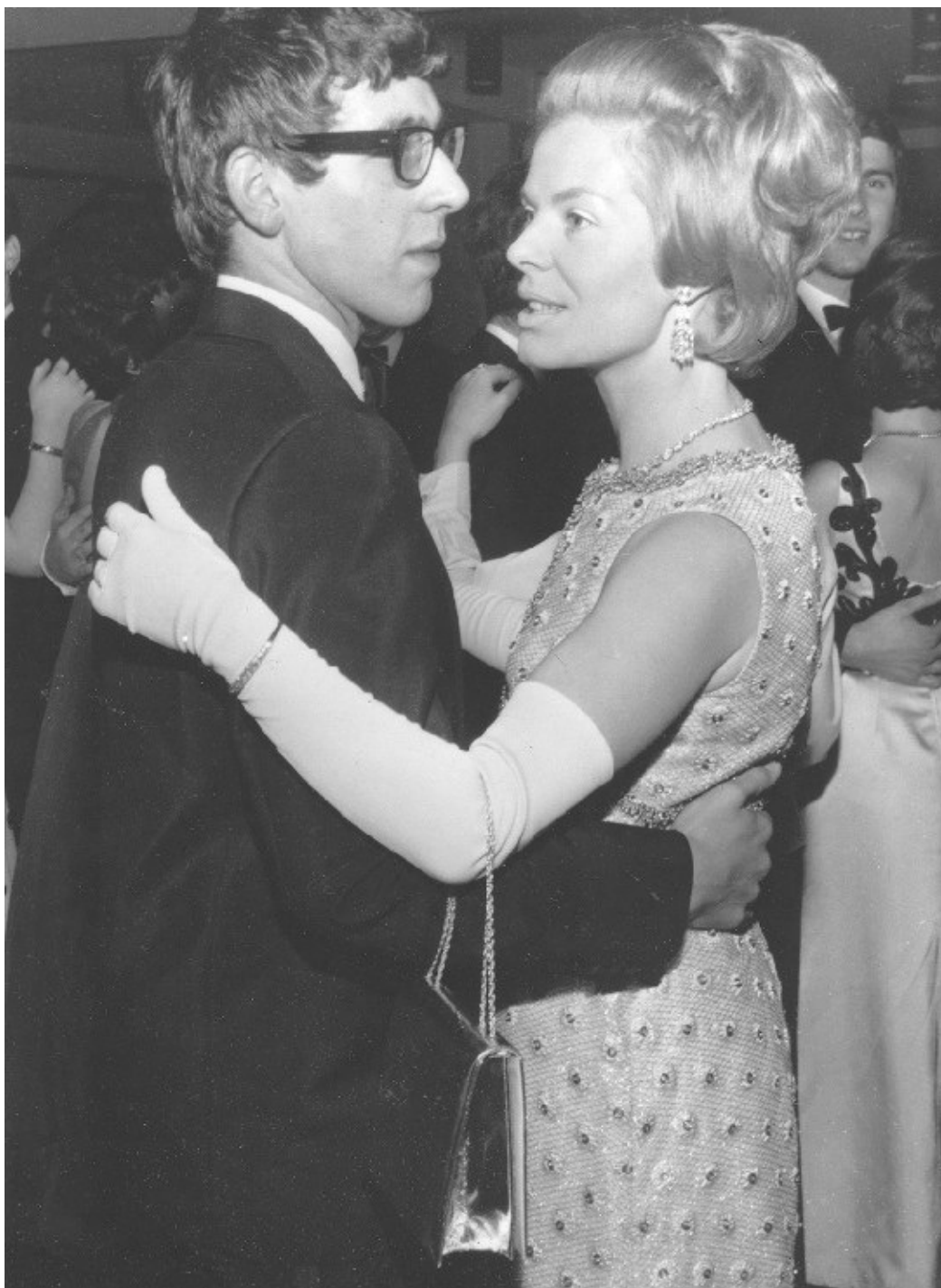
gracias a la dispensa especialmente concedida por un presidente de derechas en 1975, todo un premio para alguien que acababa de exigir el derrocamiento del estado Francés. Régis Debray fue excarcelado de una prisión boliviana con la ayuda del gobierno de Francia en 1970; durante su ausencia, Andreas Baader y Ulrike Meinhof, ambos prófugos, se habían alojado en el apartamento parisino de Debray porque sabían que los contactos políticos del francés les mantendrían a salvo de las redadas policiales. En 1981, Debray era asesor del recién elegido presidente François Mitterrand y ocupaba una oficina en el Palacio del Elíseo. El propio Mitterrand nunca simpatizó con el terrorismo, o ni siquiera con el radicalismo de 1968, pero amnistió a miembros de Acción Directa (quienes no tardaron en retomar la lucha armada) y, lo que es más significativo, se negó a extraditar a personas acusadas de terrorismo en Italia. Incluso en Estados Unidos, gente que había recurrido a la violencia política fue tratada con notable indulgencia cuando se entregó. Muchos de los que participaron en las acciones de Weather Underground cumplieron solamente uno o dos años de condena en prisión.

Un curioso legado del largo 68 resulta muy revelador a propósito de la violencia. Muchos de los que se habían radicalizado a finales de los sesenta o durante los setenta se pusieron a escribir libros inspirados en la novela negra estadounidense. Dominique Manotti, historiadora y activista comunista antes de convertirse en escritora de relatos de detectives, comentó que mayo de 1968 fue el «hecho fundador» de carreras como la suya.³⁵ Didier Daeninckx, nacido en 1949, publicó *Meurtres pour mémoire* en 1983, una obra basada en la vida y crímenes de Maurice Papon, el prefecto de la policía de París entre 1958 y 1967; y *Le géant inachevé* (1984), acerca de un hombre que rememora su vida de activista radical en los años sesenta, antes de que «la cara de Pol Pot se pudiera discernir detrás de la sonrisa de Mao». Cesare Battisti (nacido en 1954) empezó a escribir *polar*s durante su exilio en Francia tras haber sido encarcelado en Italia por asesinato terrorista. El caso más famoso es el del sueco Stieg Larsson, creador de la serie *Millenium*, quien se manifestó contra la guerra de Vietnam siendo un joven sesentayochista de catorce años y se unió a un movimiento trotskista seis años después.

Los autores sesentayochistas trataron de subvertir la noción de «literatura clásica» y redefinir la noción de crimen concentrando la atención en los poderosos o en el propio estado. Sin embargo, las novelas de los sesentayochistas también revelaron a menudo un cambio en las actitudes ante el crimen y la violencia de algunos de ellos. Los movimientos de izquierdas también fueron sometidos a examen o burla, particularmente por Thierry Jonquet, un trotskista que publicó algunas de sus novelas con el pseudónimo de

«Ramón Mercader», el asesino de Trotski. Los protagonistas eran cada vez menos revolucionarios idealistas o criminales heroicos y cada vez más chandlerianos, es decir, policías o ex policías desengañados. El héroe de *Morgue pleine* (1973), de Jean-Patrick Manchette, es un detective privado atormentado por el recuerdo de haber asesinado a un manifestante cuando era gendarme.

¿Derrota y adaptación?



Jack Straw, presidente del Sindicato de Estudiantes de la Universidad Leeds, baila con la rectora, la duquesa de Kent, en 1968. Aunque se hallara a la izquierda del movimiento estudiantil británico, Straw no fue revolucionario ni siquiera antes de empezar el largo camino que le llevaría a ser ministro en el gobierno de Blair en 1997.

A corto plazo, los movimientos de protesta del 68 quedaron en gran medida derrotados. De hecho, las movilizaciones más grandes de 1968 fueron a menudo las que se organizaron a favor del orden establecido. Fue el caso de Berlín, donde, en febrero de 1968, una manifestación de apoyo a la política exterior de Washington congregó a 150.000 personas, muchos más de los que se manifestaron pocos días antes contra los estadounidenses. También fue el caso de Milán, donde acudieron 30.000 personas al funeral de un policía que había resultado muerto en una reyerta con manifestantes en noviembre de 1969.¹ Y lo mismo sucedió en París, donde la manifestación de apoyo a De Gaulle de finales de mayo fue una de las más concurridas, si no la que más, de todo el mes. En el Reino Unido, el novelista y político conservador Jeffrey Archer organizó una petición de firmas para expresar apoyo a la policía tras el enfrentamiento con las protestas contra la guerra de Vietnam.² Acudieron 300.000 firmantes, incluidos algunos procedentes de clubes de jubilados, lo cual trae a la memoria a las viejas damas de la novela de Elizabeth Taylor *Mrs Palfrey at the Claremont* (1971), preocupadas por los «pobres caballos policía» utilizados contra los manifestantes en Grosvenor Square.

Las elecciones legislativas de junio de 1968 en Francia y las presidenciales en Estados Unidos en noviembre del mismo año dieron lugar a sendas victorias para la derecha. Durante la campaña presidencial de 1968, Nixon acuñó la expresión «mayoría silenciosa» para referirse a los que estaban en contra de las ruidosas protestas de aquel año. En Francia, Raymond Aron, un judío simpatizante de la Francia Libre, criticó las quejas estudiantiles de mayo de 1968 utilizando la frase «au nom des silencieux» («en nombre de los silenciosos») que Alfred Fabre-Luce, afín al gobierno de Vichy, había empleado para defender a los petainistas en 1945. Sobre las convulsiones políticas de 1968, resulta revelador que Aron y Fabre-Luce cenaran juntos en mayo y que, por aquel entonces, el segundo se hallara probablemente más a la izquierda del espectro político que el primero.³

Los manifestantes más militantes del 68 criticaron a menudo la propia idea de las elecciones y depositaron su confianza en la «democracia directa» de las asambleas generales. Jean-Paul Sartre escribió en 1972 que las elecciones eran

una «trampa de tontos». Tampoco sorprende que los defensores del orden establecido prefirieran la forma más sosegada de política que emanaba del voto secreto, como se pudo ver en todos los niveles, desde las universidades hasta las elecciones legislativas. En el Reino Unido, los conservadores confiaron especialmente en aplicar la democracia electoral a los sindicatos. A este respecto, se podría decir que una de las últimas veces que el largo 68 presentó batalla fue en 1984-1985, cuando Arthur Scargill, el más sesentayochista de los líderes sindicales, llevó sin votos al Sindicato Nacional de Mineros a una huelga que, finalmente, fue aplastada.

Las relaciones entre los sesentayochistas y las urnas fueron más complicadas de lo que parecieron. Algunos votaron incluso en el cénit de su militancia. Otros, como el trotskista francés Alain Krivine, quien concurrió a las presidenciales de 1969, aceptaron las elecciones como un medio para conseguir otros objetivos revolucionarios, pero también hubo sesentayochistas que dieron por sentado que la democracia convencional podía aportar beneficios reales. En el Reino Unido, muchos radicales votaban al Partido Laborista incluso cuando se definían políticamente por oposición a sus dirigentes (véase el capítulo 7). En Francia, algunos miembros del PSU se plantearon acabar con el capitalismo por la fuerza, pero el líder del partido confiaba en la democracia electoral.

En Estados Unidos, el Partido Paz y Libertad (Peace and Freedom Party) presentó a un candidato a las elecciones presidenciales de 1968 y 1972 en nombre de la izquierda radical. El Partido Pantera Negra de Autodefensa había utilizado el lenguaje de la revolución a finales de la década de 1960, pero en los primeros años setenta, tras la puesta en libertad de Huey Newton (véase el capítulo 4), invirtió gran parte de sus energías en librar batallas electorales. Los resultados fueron relativamente modestos. La mayoría de sus esfuerzos se centraban entonces en Oakland, California. Bobby Seale y Elaine Browne no lograron ganar las elecciones municipales de 1973, pero sí consiguieron arrastrar a un nuevo electorado —se dijo que registraron a 25.000 votantes— y contribuyeron a la victoria del alcalde demócrata negro Lionel Wilson en 1977.⁴ Un *pantera negra* explicó la estrategia de su partido en unos términos que transmitían realismo desencantado: «Partimos de que no podemos cambiar el mundo, que no podemos cambiar todos los estados, pero si podemos utilizar Oakland como ejemplo de cómo conseguir poder político, la gente de otras partes podrá verlo, igual que el programa de las mañanas».⁵

A veces, quienes habían rechazado el sufragio a finales de la década de 1960 abrazaron la política electoral en los setenta y los ochenta. El cambio fue mucho más evidente en Alemania, donde la conversión de Daniel Cohn-Bendit,

primero, y Joschka Fischer, después, suscitó mucho interés. A largo plazo, hasta a los anarquistas más comprometidos les costó negar que las victorias electorales de Thatcher (en 1979), Reagan (1980) y Mitterrand (1981) marcaron una diferencia. A comienzos del siglo XXI, muchos sesentayochistas conservaron su compromiso político al tiempo que abandonaron su rechazo a la expresión electoral del mismo, hasta el punto de llegar a votar más que el grueso de la población y hacerlo, incluso, en las más aburridas contiendas a cargos locales. En Francia, en 2004, un estudio reveló que el 82 % de los sesentayochistas, contra el 45 % del total de la población, votó en *todas* las elecciones.⁶

Una característica curiosa del 68 fue que la retórica revolucionaria extravagante coexistió con la política «normal», de manera que la gente se sintió a veces como si viviera en dos mundos distintos. La cosa se complicó todavía más cuando los militantes recordaron sus acciones en una época en la que el concepto de «democracia» del 68 parecía más discutible. En la Universidad de Turín, en 1968, los radicales insistieron en que la «asamblea general» era la única expresión legítima de la voluntad de los estudiantes, pero accedieron a votar para demostrar que, al menos, no estaban en contra de la mayoría. Maria Teresa Fenoglio era una militante contraria al sufragio, pero, como sospechaba que los radicales podían perder, votó dos veces. La segunda lo hizo vestida con ropa cara. El atuendo ocultó su identidad, pero, por lo visto, también le provocó la extraña sensación de que, por un momento, había recuperado su personalidad de respetable hija de la burguesía:

Teníamos mala conciencia porque decíamos que éramos demócratas, pero éramos muy autoritarios, incluso en las asambleas. Sentíamos el mayor de los desprecios por los miembros de la famosa mayoría silenciosa, el rebaño ... tanto, que asumimos que votarían en contra ...

Por ello voté dos veces en el referéndum. Me puse dos atuendos. En mi pasado estaba la presencia de otra parte de mí que despreciaba profundamente, la niña de familia bien, con pretendiente, abrigo de pieles de mamá y collar de perlas. Por ello, probablemente, me identifiqué con la mayoría silenciosa en la universidad. Fui y me vestí como ellos, exactamente igual: «Mira, me he puesto las pieles, llevo las gafas del año pasado». Fui a votar como sesentayochista y, después, como miembro de la mayoría silenciosa.⁷

En ocasiones pareció que la política convencional, tan duramente criticada por los sesentayochistas, emergía triunfante después del 68. En muchos países, los partidos políticos aumentaron sus afiliaciones en la década de 1970. El Partido Socialdemócrata de Alemania había tenido 732.000 miembros en 1968 y en 1976 alcanzó el millón. En Francia, la totalidad de afiliados a formaciones políticas se duplicó hasta casi un millón entre 1968 y 1976. Los partidos crecieron, en parte, porque buscaban contrarrestar el 68 o aprovecharse de la hostilidad existente hacia las fuerzas que este había desencadenado. Nicolas

Sarkozy, quien criticaría con vehemencia el 68, ascendió desde las juventudes del partido gaullista en la década de 1970. No obstante, los sesentayochistas también se afiliaron a partidos. Gérard Noiriel —estudiante de magisterio en una zona conservadora de la Francia de provincias— se tenía por sesentayochista, pero se definió políticamente uniéndose al Partido Comunista.⁸ No fue el único. El número de miembros del Parti Communiste Français pasó de algo más de 300.000 en 1967 a casi 600.000 en 1978, y una parte considerablemente grande de estas nuevas incorporaciones fueron gente joven; por primera vez, la mayoría de los afiliados tenían menos de cuarenta años.⁹ Muchos de estos nuevos miembros sintieron, como Noiriel, que, a pesar de la enemistad entre los líderes de la formación y destacados *soixante-huitards*, el PCF fue el mejor vehículo para transmitir las ideas sesentayochistas. Así, los sindicalistas comunistas —en el Reino Unido, Francia e Italia— trataron de convertir la agitación obrera del 68 en demandas concretas (véase el capítulo 9).

A finales de la década de 1960, muchos habían sido hostiles con el comunismo ortodoxo porque lo asociaban con su pasividad burocrática y, después del 68, muchos ex sesentayochistas denunciaron la brutalidad del régimen soviético. Esta denuncia fue particularmente marcada en Francia y se asocia a menudo con la publicación en francés de la obra de Solzhenitsyn *Archipiélago Gulag* en 1975; aunque, de hecho, el primer número de *Le Figaro Littéraire* que apareció tras la interrupción causada por las huelgas de mayo de 1968 incluyó extractos de *Pabellón de cáncer*, otra obra del escritor ruso. Sin embargo, a pesar de esta oleada de hostilidad, el comunismo se benefició del 68 en algunas zonas de Europa Occidental (o, como mínimo, entre miembros del Partido Comunista), en parte porque la explosión de grupúsculos de izquierdas hizo que, en ocasiones, incluso aquellos que se mostraban más solidarios con los movimientos de protesta llegaran a valorar la inflexibilidad con la que ellos asociaban el comunismo. En el Reino Unido, David Triesman, el líder estudiantil de la Universidad de Essex, se unió al Partido Comunista en 1969 antes de pasarse al ambiente más convencional del Partido Laborista. Al principio, pensaba que el Partido Comunista era el único ente capaz de superar las divisiones internas de las izquierdas, hecho del que fue especialmente consciente durante una visita a Estados Unidos.¹⁰ Hasta quienes habían abandonado molestos el Partido Comunista en la década de 1950 llegaron a ver sus virtudes a finales de la década de 1960. El historiador Maurice Agulhon fue uno de ellos y trabajó con comunistas cuando trató de reformar la Universidad de Aix-en-Provence en 1968.

El comunismo también cambió durante la década de 1970, a veces mientras

el partido vivía su propia versión aplazada de 1968. Los líderes oficiales de la mayoría de partidos comunistas europeos siguieron siendo conformistas y autoritarios, pero les costaba cada vez más imponer entre todos sus miembros la ortodoxia orgánica y, en particular, el apoyo a la Unión Soviética. Incluso el normalmente leal Partido Comunista Francés expresó su inquietud sobre la invasión de Checoslovaquia por parte del pacto de Varsovia en agosto de 1968. Como resultado de ello, se brindó la oportunidad a los disidentes de hacerse escuchar dentro de cada partido. Así ocurrió en el Reino Unido, donde Martin Jaques (nacido en 1945) se convirtió en una figura cada vez más importante en la formación y llegó a transformar una de sus publicaciones, *Marxism Today*, en un *samizdat* tolerado oficialmente que elogiaba a menudo la memoria del 68. E igualmente en Francia, donde Pierre Juquin, a quien los estudiantes de Nanterre habían ridiculizado por ser un exponente de las directrices partidistas en 1968, se convirtió en un adversario de la dirección oficial de su propio partido.

La gente relativamente joven que se metió en política después de 1968 a menudo transformó los partidos (como los «polytechnic trots», los trotskistas de las politécnicas que cambiaron el Partido Laborista británico) o ayudó a la creación de formaciones nuevas, como en Francia, donde algunos miembros salidos del *soixante-huitard* Partido Socialista Unificado trabajaron en el nuevo Partido Socialista a principios de la década de 1970; o en Alemania, donde los sesentayochistas ayudaron a crear Los Verdes. Los antiguos sesentayochistas fueron cada vez más importantes en la política convencional. En Estados Unidos, Tom Hayden —en su día líder de Estudiantes para una Sociedad Democrática— fue elegido miembro de la Legislatura Estatal de California; en Francia, el ex trotskista Henri Weber fue nombrado senador socialista a principios de la década de 1980. En 1998, la coalición rojiverde llevó, entre otros, a Joschka Fischer al gobierno alemán y un periódico describió el acontecimiento como una victoria póstuma de Rudi Dutschke, el líder estudiantil de 1968. En la misma época, Tony Blair incluyó en su gabinete a Jack Straw, el cabecilla universitario que había logrado un delicado equilibrio entre protesta y autoridad en 1968, y a David Triesman, quien había sido más radical en 1968 pero que por entonces iba camino de convertirse en el barón Triesman. La llegada de Bill Clinton a la Casa Blanca —después de haber participado en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam durante su época de estudiante en Oxford en 1968— completó la sensación de que el mundo estaba siendo dirigido por sesentayochistas.

¿Los sesentayochistas —tal como sus enemigos criticaron alguna vez— se vendieron? Su postura pareció incoherente en dos aspectos. El primero afectó a la política exterior y, particularmente, a la defensa de los derechos humanos. El 68 siempre tuvo dos caras. Por un lado, se enfrentó a los regímenes opresores; por otro, se opuso a la intervención de las democracias occidentales poderosas en los asuntos de otros países. A finales de la década de 1960 y principios de los setenta, esta doble preocupación no planteó ningún problema, ya que parecía que los regímenes opresores estaban apoyados por Estados Unidos (Indochina, el Chile de Pinochet, la España de Franco). Pero las cosas empezaron a cambiar cuando el último helicóptero estadounidense despegó de Saigón. La suerte de la *boat people* —los refugiados que huían de Vietnam en embarcaciones— involucró a mucha gente que en su día se había declarado partidaria del Viet Cong y generó, en 1979, un momento de aparente reconciliación entre los dos grandes enemigos de 1968: Jean-Paul Sartre y Raymond Aron. Al principio, la campaña a favor de la *boat people* se dirigió contra los gobiernos occidentales que eran reacios a admitir refugiados. Sin embargo, los comprometidos difícilmente pudieron desviar la mirada de los motivos por los que tantos vietnamitas arriesgaron sus vidas en el mar del Sur de China.

Hubo más momentos incómodos para los sesentayochistas después de la caída de la Unión Soviética. Hasta entonces, la división entre la OTAN y el pacto de Varsovia había servido de pretexto moral para que algunos sectores de la izquierda, sabiendo que nadie les pediría emprender ninguna acción práctica, denunciaran a ambos bloques y les exigieran el respeto de los derechos humanos. Sin embargo, hubo un momento, entre la caída de Gorbachov en 1991 y la consolidación de Vladímir Putin en 2000, durante el cual las potencias occidentales contemplaron la posibilidad de intervenir militarmente para defender los derechos de las minorías en otros países. Este momento coincidió con el período en el que los antiguos sesentayochistas ejercían gran parte del poder en gobiernos nacionales y organismos internacionales. El cambio fue particularmente drástico en Alemania, un país donde la idea de una intervención militar despertaba recuerdos incómodos.

Algunos sesentayochistas justificaron las intervenciones apelando a una moral transnacional que remontaban a 1968. Para ellos, las operaciones destinadas a proteger a grupos amenazados —como en Bosnia o Kosovo, en la antigua Yugoslavia, en los noventa— o a derrocar regímenes déspotas —como en Irak en 2003— supusieron una ruptura con el *souverainisme* brutal de Charles de Gaulle o la más sutil *realpolitik* de Henry Kissinger durante la guerra fría. El discurso pronunciado por Tony Blair en Chicago en 1999 fue una expresión de esta idea. Algunos veteranos del 68 participaron en las distintas tentativas de

«creación de un régimen» que siguió al derrocamiento de gobiernos mediante la fuerza militar. El brasileño Sérgio Vieira de Mello había estudiado en París en 1968 y llevaba una cicatriz causada por un golpe de porra de la policía. Trabajó en el Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y escribió una tesis doctoral sobre «supranacionalidad» antes de ser nombrado alto comisionado de la ONU en Kosovo. Murió en la explosión de una bomba insurgente en Irak en 2003. Bernard Kouchner, que había salido de las barricadas de París para fundar Médicos sin Fronteras, sucedió a Vieira de Mello en Kosovo en 1999. Entre sus ayudantes estaba el sesentayochista alemán Tom Koenigs y el ex anarquista holandés Dan Everts.¹¹ La OTAN, que en su día fue el blanco de los ataques de la izquierda, no pareció tan mala a algunos cuando intervino en Yugoslavia. Jan Kavan —un activista de la Primavera de Praga que, junto con Cohn-Bendit, Karl-Dietrich Wolff y Tariq Ali, apareció en un debate de la BBC sobre el poder estudiantil en 1968— volvió del exilio para ejercer de ministro de Asuntos Exteriores de la República Checa entre 1998 y 2002. Fue el encargado de supervisar la entrada de su país en la OTAN.

Los veteranos del 68 estuvieron divididos por temas de política exterior. Régis Debray criticó la intervención francesa en Kosovo e incluso los que no habían seguido a Debray en su deriva neogaullista encontraron a veces de mal gusto la suposición de que las democracias occidentales poderosas tuvieran el derecho de hablar de moral internacional. Las divisiones se hicieron más profundas tras la invasión de Irak de 2003, encabezada por EE. UU. La mayoría de los políticos de la Europa continental no apoyaron la intervención. Algunos sesentayochistas vieron en las manifestaciones contra la guerra una reedición de las que se habían hecho contra la política estadounidense en Vietnam. Mark Rudd, retirado de la vida pública después de su condena criminal por las actividades en la organización Weather Underground, se sintió como en casa en este nuevo movimiento antibelicista.¹²

EL 68 Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

Las actitudes frente al capitalismo fueron el segundo aspecto por el que los sesentayochistas fueron a menudo acusados de haberse vendido. Los gobiernos de Clinton y Blair destacaron por los límites a los que creyeron que se podía llevar la convivencia entre reforma social y empresa privada. Antiguos *soixante-huitards* —sobre todo Michel Rocard en Francia— intentaron modernizar el socialismo mediante propuestas destinadas a reducir su componente anticapitalista. Dicho de un modo más general, los sesentayochistas en política

se centraron a menudo en cuestiones (raza, género, medio ambiente) que no les ponían en conflicto directo con el capitalismo. Aunque utilizaran un lenguaje dirigido al proletariado, muchos líderes del 68 eran de clase media, y una característica de la década de 1980 fue, por un lado, el éxito de una izquierda mayormente de clase media que se centró en cuestiones culturales y, por otro, la derrota de una izquierda de clase obrera que dio importancia a las reivindicaciones sociales.

Esto no quiere decir que el 68 sea responsable del éxito del capitalismo occidental. Quizá los sesentayochistas de clase media simplemente se adaptaron a una situación generada por unas fuerzas que no podían controlar. Sin embargo, hay quien afirma que el 68 reforzó el capitalismo. A ello han apuntado los sociólogos Luc Boltanski y Ève Chiapello, quienes argumentan que siempre hubo dos críticas del capitalismo: una «estética», que incidió en la cultura, y otra social, que insistió en cuestiones más concretas de salario y condiciones laborales.¹³ Según ellos, el 68 estuvo marcado por el predominio de la crítica «estética» y sostienen que el capitalismo (y con ello se refieren a la gestión de las grandes empresas francesas) asimiló dicha crítica para desarrollar un nuevo tipo de práctica empresarial que insistió más en la libertad y la creatividad personal y generó, también, mayores niveles de desigualdad. Un ataque más crudo llegó de Nicolas Sarkozy durante la campaña presidencial de 2008, cuando dijo que mayo de 1968 había traído el capitalismo desenfrenado e inmoral del «corto plazo, el dinero, la especulación y ... los paracaídas dorados».

De hecho, la idea de que el 68 podría haber favorecido un determinado tipo de capitalismo es relativamente vieja. Incluso cuando lo atacaron, los sesentayochistas se sentían a menudo fascinados por el capitalismo y, en la última etapa de sus vidas, se apresuraron a destacar cómo influyó en sus antiguos camaradas. En un libro publicado en el décimo aniversario de 1968, Régis Debray escribió: «el neocapitalismo avanza disfrazado de todas las virtudes de la contracultura».¹⁴ Pocos años después, Daniel Cohn-Bendit señaló que el ex *pantera negra* Bobby Seale vendía salsa de barbacoa; que Jerry Rubin, de los *yippies*, organizaba reuniones para empresarios en Manhattan, y que Robert Stolk, de los *provos* de Ámsterdam, puntualizaba que dirigía un negocio, no una cooperativa.¹⁵

Las huellas del 68 son particularmente visibles en el mundo del espectáculo y los medios de comunicación, sectores ambos que crecieron y se mezclaron con otros tipos de negocio en las décadas posteriores a 1968. A finales de los años setenta, Susan Krieger acuñó la expresión «hip capitalism» (capitalismo enrollado) para describir la emisora de radio de San Francisco KPMX,

especializada en música rock, la cual había coqueteado con la cultura *underground* —llegó a pagar el salario de su plantilla con el «dinero sucio» que habían desenterrado del jardín de un narcotraficante— antes de descubrir las ventajas de los contratos publicitarios.¹⁶ Los periódicos independientes florecieron en 1968 y el Underground Press Syndicate (el sindicato de prensa alternativa fundado en Nueva York en 1967) llegó a tener 200 miembros.¹⁷ La mayoría de la prensa subterránea quebró bajo el peso de las deudas y las discrepancias políticas, pero algunas publicaciones salieron adelante. Richard Branson (nacido en 1950 y actual dueño de Virgin) comenzó su carrera empresarial a finales de la década de 1960 editando una revista que llamó *Student* pese a haber dejado los estudios a los catorce años, cuando se fue de la cara escuela inglesa donde estudiaba. Tony Elliott abandonó la Universidad de Keele en 1968 y fundó *Time Out*. Su revista aplaudía la rebelión política y la agitación cultural de finales de la década de 1960, pero, a comienzos de los años ochenta, la línea editorial cambió cuando Elliott rompió con sus periodistas y convirtió la publicación en una empresa más agresivamente comercial.

En 1973, Serge July volvió de dos años de agitación revolucionaria en el distrito minero de Bruay-en-Artois para convertirse en el primer editor del diario *Libération*, cuya plantilla estaba compuesta, en su mayoría, por miembros de la maoísta Izquierda Proletaria y financiada por mecenas entre los que estaba Jean-Paul Sartre. El nuevo periódico era implacablemente austero. No aceptaba publicidad y aseguraba vivir del dinero aportado por sus lectores, aunque, en realidad, contaba con la ayuda de un director financiero que había heredado fondos en una cuenta suiza y de un banquero cosmopolita que concedía créditos alegando que «no puedes decir que no a Sartre».¹⁸ Las decisiones se tomaban en «asambleas generales» y el periódico no tenía jerarquías salariales ni de poder.

Con el tiempo, *Libération* se hizo más profesional y moderno e introdujo fotografías y tiras cómicas para distinguirse y mostrarse atractivo, especialmente a la gente joven. A comienzos de la década de 1980, el periódico experimentó un giro brusco. Cerró de febrero a mayo de 1981 y volvió a abrir con energías renovadas gracias, en parte, a la llegada de las izquierdas al poder por primera vez desde la década de 1950 con la elección de François Mitterrand (el nuevo presidente se encargó de que le fotografiaran leyendo un ejemplar del periódico). La ideología de *Libération* pasó entonces a la socialdemocracia liberal. En 1982, Serge July anunció que se incluiría publicidad en sus páginas, pero recalcó que no era porque el periódico hubiera cambiado: «Es la publicidad la que ha cambiado. Es un arte. Ya no sabes dónde empieza la cultura y dónde termina la publicidad». El propio *Libération* se convirtió en una marca famosa por el

rombo rojo de su logo, que habría quedado igual de bien en la gorra de un guerrillero como en la cabecera de un informe comercial.

La publicidad recurrió exageradamente a motivos y eslóganes de 1968, y estos, a su vez, encajaron en alguna ocasión con un tipo de capitalismo donde la imagen de marca se había convertido en la forma de propiedad más apreciada por muchas empresas. Los líderes estudiantiles de 1968 eran efectivos publicistas. David Ogilvy (que combinó una carrera en el mundo de la publicidad con afinidades políticas liberales) comentó: «Por qué no habría que darle trabajo de publicista a Daniel «el Rojo» [a Cohn-Bendit] o a Dutschke ... sería la persona adecuada para un anuncio de Mercedes. Sabe vender cosas a los jóvenes». Se rumoreaba que a Dutschke le habían ofrecido 1.000 marcos al mes si se aseguraba de que en sus fotografías apareciera siempre una botella de Pepsi-Cola. Los radicales más jóvenes que habían crecido con la televisión y las revistas a todo color estaban fascinados por la publicidad. En Alemania, algunos de ellos pusieron boca abajo un anuncio de Johnnie Walker e hicieron un póster con la siguiente leyenda:

Acaba el día y llega el momento de Jonny [sic] Walker
Un soldado estadounidense muerto en Vietnam cuesta a los EE. UU.
12 millones de dólares
Un *viet cong* muerto cuesta 1,6 millones
Porque ser especial en tus gustos, cuesta un poco más. [19](#)

La informática fue otro ámbito donde el sello de 1968 parece evidente. Muchos manifestantes a finales de la década de 1960 habrían dicho que IBM — una empresa grande y jerárquica— representaba todo lo que ellos detestaban. Los estudiantes de Berkeley marchaban con tarjetas perforadas de IBM pegadas a la espalda con cinta adhesiva para criticar el conformismo y el utilitarismo que pensaban que les imponía la sociedad. Un estudiante francés aseguró que la sucursal de IBM en París, donde su padre era gerente, había enviado a sus empleados a la manifestación derechista a favor de De Gaulle convocada a finales de mayo de 1968.^{[20](#)} Pero en la década de 1980, las empresas informáticas que más rápidamente crecieron fueron las flexibles e innovadoras, las que se presentaron a menudo en consciente oposición a IBM y en alianza con el mundo del entretenimiento y el diseño que 1968 tanto había transformado. Steve Jobs (nacido en 1955) se hizo adulto en la Costa Oeste de Estados Unidos después de los sucesos de 1968, moldeó parte de su estilo personal bebiendo de la contracultura y vivió en un *áshram* en la India durante un tiempo. Su contemporáneo Bill Gates también admiró la cultura de finales de los sesenta y, en una ocasión, ofreció ocho millones de dólares a cambio de utilizar una

canción de los Rolling Stones para un anuncio de su empresa. Se pasó la juventud programando ordenadores y, al llegar a la mediana edad, se dedicó a la filantropía, como si viviera el 68 en sentido inverso.

En algunos aspectos, el 68 ayudó a resolver lo que Daniel Bell había llamado «contradicciones culturales del capitalismo». La insistencia en la producción y la inversión se había asociado al culto del esfuerzo y la abnegación, pero, para sobrevivir, el capitalismo debía producir consumidores tanto como bienes. La cultura hedonista de finales de la década de 1960 alentó el consumo. De hecho, los artículos de lujo también fascinaban a los que en 1968 se consideraban los más anticapitalistas. El hurto organizado en tiendas fue una importante forma de protesta política: los maoístas robaron *foie gras* en la charcutería para *gourmets* Fauchon de París y la repartieron entre los perplejos habitantes de las *bidonvilles*.

El turismo también fue un ejemplo de la nueva economía del hedonismo. A principios del siglo xx, las vacaciones organizadas habían sido sinónimo de desplazamientos dignos que ponían de relieve las ventajas del aire limpio o la alta cultura. La quitaesencia de la agencia de viajes de la década de 1970 fue, sin embargo, el Club Méditerranée. Fundado en 1950 y reconstituido en 1957 como organización manifiestamente comercial, su expansión estuvo asegurada por los acuerdos suscritos con American Express y las inversiones de la banca Rothschild. El Club Med no se presentaba ante sus clientes como una empresa convencional. En sus complejos turísticos no existía el dinero, sino que los visitantes intercambiaban cuentas de pulsera (que previamente habían comprado, por supuesto) por bebidas. En los años sesenta, el Club Med surcó los mismos mares sociales que los movimientos de protesta: ambos encomiaban los vínculos con el mundo no europeo —el Club Med hizo de Tahití una tarjeta de presentación recurrente— y ambos involucraban a gente joven y con estudios —procedente, sobre todo, de las nuevas clases sociales generadas por la modernización económica—. La complejidad de las relaciones entre el Club Med y los movimientos de protesta se hizo evidente en mayo de 1968, cuando los universitarios atacaron las oficinas centrales de la empresa en París y esta respondió ofreciendo vacaciones gratuitas a algunos estudiantes radicales.²¹

Las empresas, especialmente en Estados Unidos, habían identificado en la juventud un mercado particularmente atractivo desde la década de 1950, y algunas vieron en el auge de la contracultura de finales de los años sesenta una nueva oportunidad comercial. En octubre de 1968, distintas agencias de publicidad pagaron 300 dólares por cabeza por asistir a una conferencia titulada «Vender al mercado juvenil estadounidense». En ocasiones, las empresas que trataron de obtener un beneficio de la contracultura lo hicieron a base de gestos

hacia el radicalismo político. El más memorable fue el eslogan utilizado por Columbia Records: «Los revolucionarios están en Columbia». La publicidad de la discográfica evitaba deliberadamente las declaraciones específicamente políticas y, a cambio, abusó de un sentido de la rebelión sintetizado en consignas como «The man can't bust the music».* No obstante, tanto Columbia como otros sellos se anunciaron en la prensa alternativa, donde también se hablaba de política radical. El FBI estaba tan preocupado por esta coexistencia que pidió a las discográficas que cesaran lo que los federales consideraban un subsidio revolucionario.²²

Tampoco conviene exagerar acerca del papel de un capitalismo *soixante-huitard*. El hecho de que el sistema capitalista haya prosperado desde 1968 no significa que lo haya hecho *a causa de* 1968. El estilo sesentayochista acabó impregnando algunas empresas, pero, tanto en lo político como en lo cultural, la mayoría de magnates siguieron siendo conservadores después de 1968. Incidir en la trayectoria de unos pocos empresarios de éxito y/o en la forma de presentarse de algunos gerentes de compañías importantes y modernas resulta engañoso. La mayoría de quienes fueron políticamente activos en 1968 no abrazó el capitalismo. De hecho, quienes dedicaron gran parte de su juventud a la organización política o, simplemente, dieron la espalda a una trayectoria convencional, a menudo fueron pobres al final de sus vidas. En una muestra de alumnos de un campus de la Universidad de California, los que habían sido más activos en los movimientos de protesta alrededor de 1970 tenían ingresos de menos de 35.000 dólares anuales —algunos, bastante menos—. Entre los que no habían practicado el activismo, seis de cada quince tenían sueldos de más de 70.000 dólares —el más alto era de 150.000—. ²³ En el pueblo de Cadanet, en el sur de Francia, Léa fue un ejemplo de trayectoria *soixante-huitarde* muy alejada del cliché del ex estudiante radical convertido en emprendedor. Hija de un pastor, dejó el pueblo para irse a trabajar de mecanógrafa a Marsella, pero, después de radicalizarse en 1968, volvió a casa para probar suerte como artista y acabó criando cabras para poder subsistir. A principios del siglo XXI vivía en circunstancias precarias.²⁴

Si acaso los sesentayochistas se metían en negocios, lo hacían trabajando en empresas pequeñas y, a menudo, conscientemente alejadas del afán de lucro. Muchas de ellas dependían de ayudas públicas procedentes, sobre todo, de administraciones locales; así, por ejemplo, cuando *Time Out* se convirtió en una operación comercial a comienzos de los años ochenta, muchos de sus periodistas ayudaron a fundar la revista *City Limits*, la cual recibió ayudas del Greater London Council. Algunos sesentayochistas apoyaron pequeñas operaciones

obsoletas. En Francia, los maoístas se unieron al movimiento de defensa de pequeños comerciantes y artesanos fundado por Gérard Nicoud.²⁵

Si acaso los sesentayochistas abrazaban los métodos comerciales comunes, lo hacían a menudo obligados por las circunstancias. Los fundadores de la Sunrise Communal Farm en Míchigan en 1971 no reconocían la propiedad privada. A uno de ellos, que había puesto 7.500 dólares de su bolsillo como anticipo para la granja, le dijeron sin ambages que su voto no valdría más que el de los demás a la hora de llevar a cabo los negocios de la comuna. La necesidad de comprar los artículos que no se podían producir en la granja empujó a sus miembros a practicar el comercio. Abrieron tiendas para vender sus productos de artesanía y, en 1973, la granja se constituyó en sociedad para adaptarse a los requisitos de un banco que les concedía un crédito empresarial.²⁶

El capitalismo se hizo más internacional después de 1968, pero fue un internacionalismo distinto del de los estudiantes radicales. Roger Martin, gerente de una respetable empresa industrial en Pont-à-Mousson, voló de París a Nueva York en el primer vuelo de Air France que despegó después de las huelgas de 1968 para asistir a una reunión de la junta internacional de Morgan Stanley.²⁷ Martin no pertenecía a ninguna variante *soixante-huitarde* del neoliberalismo ni, de hecho, a ninguna variedad de liberalismo; en realidad su autobiografía se titula *Patron de droit divine*. En junio de 1969 cofundó la Asociación de Grandes Empresas Francesas (Association des Grandes Entreprises Françaises) con el objetivo de proteger la industria de las tentaciones reformistas de los líderes empresariales más blandos.²⁸

En cualquier caso, el internacionalismo del capitalismo no disimuló la importancia continuada de las diferencias nacionales ni la medida en que ello interactuó con las consecuencias de 1968. Régis Debray escribía en 1978 como si los modelos de capitalismo en EE. UU. y la RFA fueran prácticamente idénticos,²⁹ pero los debates económicos de los años ochenta enfrentaron a menudo el capitalismo germano (y su nivel relativamente alto de «acción concertada») con el más frugalmente regulado modelo estadounidense. Francia había llamado particularmente la atención de quienes estaban interesados en el «capitalismo *soixante-huitard*». Ello se debe, en parte, quizá, a que era la más explícitamente dirigista de las grandes economías occidentales. Allí, más que en ningún otro país, los comentaristas eran conscientes de que la palabra «liberalismo» podía referirse tanto al despliegue de libertades en la esfera social, como al despliegue del libre mercado en la esfera económica.

Sin embargo, la versión económica del liberalismo no parece que avanzó en Francia inmediatamente después de 1968. Boltanski y Chiapello ven los

primeros años setenta como un intento de responder a la agitación de 1968 a partir de soluciones colectivas, como la subida de sueldos, un reconocimiento más oficial de los sindicatos y la optimista política gubernamental de «la Nouvelle société» preconizada por el primer ministro Jacques Chaban-Delmas. Estas iniciativas se vieron favorecidas por el hecho de que la economía francesa, en evidente contraste con la de otros estados occidentales, creció rápidamente en la década de 1970; más, incluso, que en cualquier otro momento de su historia. El período posterior a 1974 estuvo caracterizado por el pesimismo: la economía francesa, azotada por el aumento del precio del petróleo, se contrajo y el gobierno de Valéry Giscard d'Estaing, presidente de 1974 a 1981, aplicó políticas más libremercadas. Los investigadores que han trabajado sobre áreas más específicas de la política económica han elaborado un patrón de cambio todavía más complejo después de 1968. Para ellos, la renuncia de Chaban a la jefatura del gobierno en 1972 marcó un repliegue de determinados aspectos de liberalización social, pero no necesariamente económica. Algunos sugieren que la liberalización económica que empezó a mediados de los sesenta quedó temporalmente interrumpida en 1968.³⁰

Como no podía ser de otro modo, fue en Estados Unidos y el Reino Unido donde el capitalismo de libre mercado se propagó en los años ochenta, aunque no fue tan obvio que lo hiciera al comienzo de la década, cuando muchos conservadores británicos todavía se fijaban en las economías relativamente dirigistas de la Europa continental para diseñar sus modelos. Por lo demás, el triunfo de las ideas de libre mercado quedó asociado con los éxitos políticos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Para Reagan, la denuncia del 68 fue uno de los elementos más importantes de su identidad política. Thatcher, por su parte, pronunció su primer discurso político importante en el otoño de 1968, ocasión que aprovechó para burlarse de los estudiantes radicales: «El líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit ha obtenido una licenciatura ... Sus examinadores han dicho que planteó una serie de preguntas inteligentes. ¿Es eso importante? A mí me habría hecho más feliz que hubiera encontrado una serie de respuestas inteligentes».³¹

Conclusiones



Estudiantes finlandeses en mayo de 1968.

El período posterior al 68 fue de gran confianza en las ciencias sociales y muchos pensaron —como Howard Kirk, el sociólogo radical y antihéroe de la novela de Malcolm Bradbury *The History Man* (1975)— que todo se podría explicar «con un poco de Marx, un poco de Freud y un poco de historia social». Pero, curiosamente, quienes participaron en el 68 se mostraron reticentes a la hora de relatar su propio pasado. Mientras compilaban una historia oral de 1968, Ronald Fraser y su equipo quedaron sorprendidos por la insistencia de sus entrevistados en lo local y lo particular, y por lo poco que hablaban de cuestiones generales.¹ ¿En qué consistió, entonces, el 68? ¿Cuáles fueron las causas y las consecuencias de la oleada de protestas que marcó el período?

REFORMA Y REVOLUCIÓN

El lenguaje de la época sugirió a menudo una ruptura total e infranqueable entre los sesentayochistas y los sistemas políticos de los países en los que aquellos se hicieron adultos. Es más, existe el peligro de descartar el 68 precisamente porque sus logros se juzgan a través las ambiciones más extravagantes de sus protagonistas más llamativos (aquellos que decían que transformarían la sociedad y harían levitar el Pentágono). Algunos manifestantes tacharon a sus adversarios de «fascistas», atacaron a los principales partidos políticos e, incluso, criticaron el propio concepto de política electoral. Pero el abismo entre la política convencional y el 68 no siempre fue tan profundo como pareció y el radicalismo de finales de la década de 1960 a menudo se originó en el reformismo de principios de la misma. La izquierda radical cooperó con grupos progresistas más moderados a mediados de los sesenta. En EE. UU., Estudiantes para una Sociedad Democrática resumió sus cautas relaciones con Lyndon B. Johnson con las palabras «half the way with LBJ» (medio camino con LBJ). Los canales de comunicación entre la izquierda radical y la moderada rara vez se cortaron por completo, en parte porque muchos jóvenes radicales eran hijos de líderes de la izquierda moderada y porque las relaciones personales, por mucho que se hablara de conflicto generacional, fueron cordiales en muchas ocasiones. Dos hombres —Pierre Mendès France, en Francia, y Robert Kennedy, en EE. UU.— mantuvieron contactos con sectores de la izquierda radical en 1968. Su capacidad para mantener el diálogo debió mucho a su atractivo personal, pero también ayudó el hecho de que habían estado fuera del poder durante la mayor parte de la década y con ello habían evitado, precisamente, adoptar el tipo de

compromisos políticos que les habrían apartado de sus seguidores. Incluso allí donde la izquierda radical atacó más duramente a los partidos socialistas convencionales, hubo algunos líderes socialistas convencionales —Willy Brandt, en Alemania, o Tony Benn, en el Reino Unido— que se solidarizaron en privado con determinados aspectos de la protesta estudiantil.

A menudo, el reformismo de comienzos de la década de 1960 adquirió un impulso que, al final, fue más allá de la reforma o se volvió en contra de las instituciones que se habían apartado de la reforma. Hasta la Iglesia Católica se vio afectada por este proceso. Los debates del concilio Vaticano II (1962-1965) alimentaron la esperanza de quienes deseaban una Iglesia más abierta y comprometida políticamente. Sin embargo, sobre todo tras la muerte de Juan XXIII en 1963, la reforma exasperó a los conservadores sin satisfacer a los radicales. En 1968, el arzobispo de Milán se quejó de que su diócesis hubiera quedado dividida entre «Vaticano I» (es decir, los que siguieron siendo tradicionalistas) y «Vaticano III» (los que habían ido mucho más allá de las reformas moderadas que la jerarquía católica había previsto originalmente).²

Sin embargo, la radicalización del 68 no fue una vía de sentido único. Movimientos que habían empezado siendo reformistas se hicieron más extremos durante un tiempo, pero, en general, volvieron a conceptos de cambio político más modestos. Este retorno fue particularmente visible a finales del siglo xx, cuando los sesentayochistas estuvieron a menudo en los gobiernos. Pero la posibilidad de que el 68 tuviera un potencial reformista se dilucidó incluso cuando, a principios de la década de 1970, algunos sesentayochistas todavía eran propensos a desestimar la reforma por considerarla una traición. A finales de 1972, *Le Mouvement Social*, una revista de investigación histórica íntimamente asociada con el 68, planificó una edición especial sobre «reformismo y reformistas franceses». Uno de los investigadores responsables reconoció que habían aprendido algunas lecciones del 68 «concebido como movimiento social real y revolución falsa».³

LAS DOS CARAS DE ESTADOS UNIDOS

Los hechos del 68 giraron en torno a Estados Unidos y fue con respecto a EE. UU., más que cualquier otro país, donde el reformismo de principios de los años sesenta dio lugar a un nuevo tipo de radicalismo y entró en conflicto con él. El movimiento por los derechos civiles iniciado en los años cincuenta en el sur de EE. UU. condicionó la protesta en Europa. La idea de una izquierda que pudiera divorciarse de los partidos establecidos y, quizá, también de la clase obrera debió

mucho a Estados Unidos. Las universidades europeas de la década de 1960 tomaron frecuentemente como modelo las estadounidenses, y lo mismo ocurrió con las protestas estudiantiles. EE. UU. fue el blanco de los insultos más salvajes, pero ello no quitó que los movimientos rebeldes del 68 fueran, a menudo, estadounidenses en su estilo. Joschka Fischer dijo que Estados Unidos tuvo «dos caras» que lo convirtieron en objeto tanto de menosprecio como de imitación por parte de sus contemporáneos alemanes.⁴

El origen de las «dos caras» de EE. UU. se remonta a 1945. Era el país más rico del mundo y desprendía generosidad hacia sus aliados. Era exageradamente capitalista y lideraba una lucha global contra el comunismo, pero también despertaba la admiración de la izquierda democrática de Europa Occidental. Los jóvenes radicales estadounidenses también creían fervientemente en el destino de su propio país, sobre todo a principios de la década de 1960. El macarthismo de los cincuenta había terminado y los defensores de las causas progresistas ya no temían ser etiquetados de comunistas. Muchos de ellos, de hecho, deseaban escapar de las estériles dicotomías de la guerra fría y las abstrusas disputas teológicas que asociaban con el marxismo. Querían resucitar una forma típicamente estadounidense de radicalismo.

Curiosamente, el papel de EE. UU. como primera potencia anticomunista se entrelazó con las esperanzas que despertó el país entre algunos progresistas. Mantener una apariencia correcta en la escena internacional, especialmente después de las descolonizaciones de África y Asia, implicaba utilizar el lenguaje de la libertad y los derechos civiles. John F. Kennedy, más que nadie, encarnó la contradicción de Estados Unidos a principios de la década de 1960, una contradicción que el socialdemócrata norteamericano Michael Harrington resumió cuando comentó que Kennedy «no daba respuestas pero tenía el mérito de plantear preguntas profundas».⁵ Kennedy fue un exponente implacable del pensamiento de la guerra fría, pero su muerte prematura, antes de que se hicieran evidentes las consecuencias de su política en Vietnam, hizo que se le siguiera considerando un símbolo de las esperanzas de la juventud y que su hermano llegara a encarnar algunas de ellas.⁶ El discurso en vivo más multitudinario que pronunció John F. Kennedy no fue en Washington ni Berlín, sino en Berkeley, California, y Berkeley representaba las esperanzas que muchos tenían puestas en Estados Unidos a principios de la década de 1960. De allí salieron más miembros del Cuerpo de Paz de Kennedy, fundado en 1961, que de cualquier otra universidad. El Movimiento por la Libertad de Expresión de Berkeley en 1964 fue rotundamente no antiestadounidense. Uno de sus miembros más activos comentó que el movimiento tenía tanta fuerza emotiva porque,

sencillamente, parecía dar una nueva vida a la retórica de la libertad en la que él había crecido:

Era como una película de misterio hecha realidad. Ni siquiera podías contarle de tanto que se había abusado de palabras como «democracia», «Congreso». ¿Sabes? Era como si, después de haber ido a misa durante años, vieras a Dios caminando sobre la tierra. Y, entonces, te dabas cuenta: «Este es el significado de aquellas palabras tan áridas».⁷

La radicalización de finales de la década de 1960 en Estados Unidos fue tan violenta que superó cualquier expectativa. Fue como si gran parte de la izquierda radical se volviera en contra de los valores que en su día había aplaudido —incluso a pesar de que este giro se expresara, a veces, con actitudes que aludían a tradiciones nacionales, como cuando, por ejemplo, los defensores del Poder Negro insistieron en su derecho de llevar armas—. Aun así, la izquierda radical llegó a ser la cara de Estados Unidos para gran parte del resto del mundo. La protesta estudiantil fue una de las cosas que atrajo a jóvenes europeos a estudiar en universidades estadounidenses. A algunos sectores de la derecha europea también les influyó que Estados Unidos fuera la cuna de la contracultura e, incluso, que esta representara un nuevo tipo de distopía. Angus Maude, un conservador británico que llegaría a ser un destacado partidario de Margaret Thatcher, escribió en 1972: «Así como nosotros intentamos enfrentarnos con las mayores importaciones procedentes de Estados Unidos —violencia, consumo de drogas, agitación estudiantil, el culto *hippie* y la pornografía—, los permisivos izquierdistas de nuestro país las han estado aplaudiendo como signos de progreso».⁸

La propia clase dirigente estadounidense también pareció dudar de sí misma. La protesta interna no fue, por supuesto, el único motivo de ello; también ayudaron la imposibilidad de una victoria en Vietnam, la pérdida de liderazgo económico como consecuencia del final de Bretton Woods y el caso Watergate. Durante gran parte de la década de 1970, Estados Unidos fue un país confundido, culpable y vacilante. La presidencia de Carter, de 1976 a 1980, representó este estado de ánimo. Sobre ella planeó el recuerdo de la campaña por los derechos civiles y Vietnam. El propio Carter, a pesar de su encanto campechano sureño y su fe cristiana, era una figura curiosamente sesentayochista por su cercanía, su sincero discurso moralizador sobre los derechos humanos y, a veces, por sus arranques de radicalismo. También se le puede considerar muy del 68 por el hecho de que parece sentirse más cómodo en su papel de militante por causas internacionales tras su paso por la Casa Blanca que como político cuando era su inquilino. La victoria de Reagan —quien había moldeado su identidad política por oposición a una visión imaginada de

Berkeley— sobre Carter en 1980 fue también un triunfo sobre el 68.

VIETNAM

La causa más importante que cambió el tono de la política en la década de 1960 fue la guerra de Vietnam. La escalada de la intervención estadounidense, iniciada a mediados de los años sesenta, empezó a dividir a los radicales de la izquierda establecida y la ofensiva de Tet de comienzos de 1968 fue a menudo recordada como el acontecimiento decisivo de ese año; un profesor estadounidense de izquierdas se refirió a 1968 como «el año de la ofensiva de Tet y otros nueve mil sucesos catastróficos».⁹ Vietnam parecía concentrar y encarnar el resto de conflictos —sobre raza, imperialismo, militarismo y capitalismo— de finales de la década de 1960. Cualquier tipo de revuelta se podía vincular a Vietnam. En Italia, Lotta Continua incitó a unos obreros a cantar «Agnelli [el presidente de Fiat], Indochina está en tu fábrica».¹⁰ Tom Fawthrop, un estudiante británico que había vuelto de París en el verano de 1968 para hacer pedazos sus hojas de examen en la Universidad de Hull, habló del camino que conducía «de los arrozales de Vietnam al aula de exámenes».¹¹

Hubo extrañas paradojas en todo esto. Algunos de los manifestantes más ruidosos de Estados Unidos —los de las universidades más privilegiadas— eran los que menos probabilidades tenían de ir a la guerra. Los afroamericanos, quienes, al menos al principio, tenían más números para ser reclutados, parece que han sido menos propensos que los blancos a recordar Vietnam como un hecho histórico importante.¹² Los varones blancos de clase obrera se mostraron a veces hostiles a la protesta antibelicista, lo cual no significa necesariamente que estuvieran a favor de la guerra. En Europa hubo protestas en Alemania, que acogió a un elevado número de efectivos estadounidenses pero nunca envió a sus propios soldados al extranjero, y en el Reino Unido, que fue aliado de EE. UU. pero se negó a enviar tropas a Vietnam, por no hablar de Suecia, cuyo gobierno apoyó a Vietnam del Norte por todos los medios, excepto con la intervención armada.

En ocasiones, las referencias a Vietnam tuvieron una cualidad curiosamente abstracta. Era como si tuvieran más que ver con el romanticismo de la rebelión de los débiles contra los fuertes que sobre un proyecto político específico. En París, en 1968, los delegados norvietnamitas y estadounidenses empezaron a entablar negociaciones en el hotel Majestic, situado a escasos metros del Barrio Latino, donde los estudiantes estaban levantando barricadas. Sin embargo, las conversaciones oficiales entre los funcionarios trajeados parecían estar a años

luz de las protestas estudiantiles. El embajador británico en París anotó lo siguiente: «Las insinuaciones acerca de que podía haber alguna relación entre la agitación estudiantil y la reunión de París sobre Vietnam fueron ... descartadas por todos».¹³

EL *BABY BOOM*

Vietnam fue importante, en parte, porque estuvo relacionado con otros cambios en el mundo occidental. Uno de ellos estuvo provocado por la explosión demográfica de posguerra y el consiguiente aumento del número de personas que cumplieron dieciocho años en la segunda mitad de la década de 1960. La demografía no lo explica todo; las tasas de natalidad no aumentaron en todos los países de Europa Occidental y no todos los sesentayochistas eran jóvenes. En particular, los trabajadores huelguistas en Francia, Italia y, finalmente, el Reino Unido, pertenecían a una franja de edad más amplia que los estudiantes que se manifestaban simultáneamente. Sin embargo, el *baby boom* fue importante por dos motivos. En primer lugar, proporcionó al movimiento estudiantil un gran número de activistas, cuando no sus líderes. En segundo lugar, hubo una cultura de la juventud asociada a 1968. Esta cultura surgió, en parte, por el simple motivo de que había muchos jóvenes, pero también por el hecho de que la prosperidad y los nuevos medios de comunicación crearon un nuevo sentido de lo que podría significar ser «joven». No todos los manifestantes se consideraban parte de la cultura juvenil. Algunos pensaban en términos de ideologías que atravesaban generaciones y detestaban profundamente la «cultura juvenil» comercial y contaminada por EE. UU. Pero también hubo quien relacionó la juventud con la rebelión y llegó a definir a «los jóvenes» como una entidad política nueva que podía convertirse en alternativa a la clase obrera.

Todos los partidos políticos, incluidos los que defendían el orden establecido, sentían que los jóvenes suponían un reto especial que había que abordar con asimilación o control. El lenguaje de los jóvenes se coló en la publicidad, la música pop y la política, y llegó a las personas e instituciones más inesperadas. En 1973, John Selwyn Gummer —un ambicioso parlamentario conservador británico que había heredado las empalagosas formas de su padre clérigo— escribió un informe sobre cómo podía su partido ganarse el apoyo de la «generación Pepsi».¹⁴

¿EL FINAL DE LA POSGUERRA?

Algunos observadores creyeron que el 68 marcó el final de una era eclipsada por la segunda guerra mundial. Un informe estadounidense de 1967 lo expuso así: «Una nueva generación ha llegado a la madurez. Los recuerdos de la guerra, si acaso se vivieron, se han desvanecido. Cada vez más millones de personas ven los acontecimientos ocurridos entre 1939 y 1945 como algo irreal».¹⁵ Quienes más aversión tenían a las protestas estudiantiles —Kissinger en EE. UU., Mitterrand en Francia, Schmidt en Alemania y Healey en el Reino Unido— solían mostrarse orgullosos de un realismo inflexible que asociaban con los ejércitos en tiempos de guerra. La guerra fue especialmente importante para Estados Unidos, ya que había introducido el país en la agenda internacional y había contribuido a que una población parcialmente inmigrante compartiera un sentimiento de identidad nacional. La novela *Pastoral americana* (1997), de Philip Roth, describe la desconcertante tragedia del «Sueco» Levov, un empresario judío de éxito cuya asimilación social se resume en el cumplimiento del deber militar en el Cuerpo de Marines durante la guerra, y cuya hija adolescente coloca una bomba durante una protesta contra la guerra de Vietnam en 1968.

El mundo contra el cual los sesentayochistas se rebelaron estuvo determinado por la guerra en muchos aspectos. Un estudiante napolitano recordó que, «en las asambleas, todos los análisis que se hacían solían empezar con “después de la segunda guerra mundial...”, y, entonces, alguien se ponía a hablar de la historia del imperialismo estadounidense y la mitad de la gente se iba».¹⁶ El 8 de mayo de 1968 (el día del 33.º aniversario del final de la segunda guerra mundial en Europa), los estudiantes de Le Mans arriaron una bandera de EE. UU. y la sustituyeron por otra de Vietnam del Norte.¹⁷ Sin embargo, la guerra no había sido igual de «catastrófica» en todos los países afectados por el 68. En Estados Unidos, muchos varones adultos nunca abandonaron suelo nacional ni tuvieron que combatir.

Los recuerdos de guerra fueron más intensos en gran parte de la Europa continental —nadie podría asegurar que las vidas de Daniel Cohn-Bendit o Rudi Dutschke no estuvieran afectadas por los efectos de la guerra— y lo que a menudo marcó el 68 allí fue el deseo de recordar aspectos particulares del conflicto. Radicales franceses, italianos o, incluso, alemanes celebraron el recuerdo de la resistencia antinazi. En ocasiones, la burla y la veneración se mezclaron en la visión sesentayochista de la segunda guerra mundial. Los radicales detestaban la devoción institucionalizada de los recuerdos de la resistencia, pero admiraban lo que ellos consideraban la resistencia «real». Luisa Passerini cuenta que sus amigos del norte de Italia escandalizaban a sus mayores

hablando de la «mafia» de los veteranos de la resistencia, pero también se dejaban asesorar por antiguos partisanos sobre, por ejemplo, el uso eficaz de explosivos.¹⁸ Los movimientos de resistencia antinazi dejaron un extraño legado en el Reino Unido, ya que habían sido auspiciados por el gobierno de Churchill y el estamento militar, y dicho auspicio no siempre dejó un recuerdo agradable. El director de Educación del Consejo Conservador del Condado de Surrey hizo un comentario sobre la protesta estudiantil a la luz de «su experiencia con los partisanos en Italia y ... los Balcanes durante la guerra ... dijo que sabía cómo funcionaban las mentes de gente como esa».¹⁹

RIQUEZA

Las economías occidentales crecieron rápidamente durante los veinte años que precedieron a 1968. El aumento de la prosperidad tuvo un efecto particular sobre la gente joven. Su papel como consumidores con un elevado nivel de gasto discrecional los convirtió en un importante factor económico. Los gobiernos crearon universidades nuevas, en parte para formar a quienes dirigirían la nueva economía, y los padres se vieron cada vez más capaces de sufragar los gastos de sus hijos durante los largos períodos académicos, aunque, a veces, tanto a gobiernos como a padres les desconcertaba el hecho de que los alumnos eligieran, en gran medida, estudios con una utilidad económica aparentemente escasa.

La relación entre la prosperidad económica y la rebelión política fue complicada. Unos sesentayochistas se ensañaron con el consumismo y otros, simplemente, se dejaron llevar por la sensación de que en la vida debía haber algo más que bienestar material. Pierre Chaunu, un historiador que dedicó su vida a elaborar estadísticas sobre comercio e índices de natalidad, dijo que 1968 le había enseñado que «no te puedes enamorar de un índice de crecimiento [económico]».²⁰ El desprecio por los aspectos económicos se debió, en parte, al hecho de que la gente joven daba la seguridad económica por sentada. Un alumno de la London School of Economics en la década de 1960 comentó posteriormente que no había elegido una carrera convencional porque había dado por hecho que, o bien el pleno empleo le permitiría sobrevivir a base de una sucesión de trabajos temporales, o bien el propio capitalismo sería derrocado.²¹

Sin embargo, la prosperidad no estaba asegurada en la década de 1960. Algunos miembros de la organización estadounidense Estudiantes para una Sociedad Democrática habían tendido la mano a los pobres a principios de los sesenta porque pensaban que el *boom* de posguerra estaba a punto de llegar a su

fin y el desempleo aumentaría en el invierno de 1964. Sus expectativas quedaron frustradas debido, en parte, al aumento del gasto público causado por la guerra de Vietnam, pero hubo recesión en muchos países en 1968. En Estados Unidos, la gran demanda de oro de marzo de ese año marcó los últimos coletazos del «liberalismo del crecimiento» que había caracterizado al país la mayor parte del tiempo desde 1945.²² En el Reino Unido, en junio de 1968, el filósofo Alasdair MacIntyre insinuó que la disposición del gobierno a tolerar el desempleo de medio millón de personas marcó una ruptura con el keynesianismo dominante en el país desde 1945.²³

Estos incidentes económicos fueron pequeños comparados con los problemas que asolarían las economías occidentales durante la década de 1970. Pero una recesión tras un largo período de crecimiento solamente podía tener consecuencias dramáticas. El aumento del desempleo afectó principalmente a los jóvenes, en parte porque su situación laboral era menos sólida y, en parte, porque la explosión demográfica de posguerra hizo que hubiera muchos veinteañeros buscando trabajo, tanto en 1968 como después. Los efectos del desempleo perjudicaron más rápidamente a la clase trabajadora que a los estudiantes. Además, cabe recordar que tanto la prosperidad como los niveles de desocupación variaron profundamente de una zona a otra, incluso en Alemania Occidental, donde el desempleo alcanzó índices elevados durante un tiempo en regiones determinadas. En Irlanda del Norte, el desempleo aumentó durante gran parte del período de posguerra, particularmente entre la población católica.

Si ampliamos el ángulo de visión e incluimos la década de 1970, los efectos de la recesión económica parecen más significativos. La protesta estudiantil estuvo cada vez más vinculada a las huelgas y, a menudo, dirigida contra los cierres de fábricas. La cronología de este proceso fue distinta en cada país. En Estados Unidos, el número de huelgas aumentó durante la década de 1970 a pesar de que, en la década anterior, el radicalismo estudiantil se dedicara a romper los vínculos entre los sindicatos y la izquierda más amplia. En el Reino Unido, Alemania e Italia, la movilización obrera alcanzó su nivel más alto en los primeros años setenta, cuando trabajadores y empresarios se pelearon por los frutos de la disminución del crecimiento económico y los gobiernos, en ocasiones, empeoraron las cosas con sus intentos de regular las huelgas con nuevas leyes. En Francia, al parón general de 1968 le siguió un período en el que las huelgas fueron relativamente escasas (muy escasas, de hecho, en 1969 y 1970) y los índices de crecimiento económico fueron muy elevados. Esta etapa llegó a su fin con la crisis del petróleo de mediados de la década de 1970.

Muchos análisis sobre el 68 han intentado identificar una causa social.

Sociólogos franceses proclamaron convencidos que los estudiantes rebeldes eran hijos de la burguesía que temían un posible descenso en la escala social a causa de su modesto rendimiento académico o de la pérdida de prestigio de sus títulos universitarios. Simultáneamente, sociólogos estadounidenses argumentaron que las protestas estuvieron encabezadas por los mejores alumnos de las instituciones más privilegiadas (véase el capítulo 3). Lo cierto es que coexistieron distintas causas de descontento y que la rebelión reunió una amalgama de grupos dispares cuyas diferencias quedaron a menudo disimuladas por la efervescencia de la protesta. En 1972, los estudiantes universitarios británicos —gente culta y relativamente privilegiada que a menudo se consideraba partícipe de un movimiento global— se aliaron con mineros del carbón en huelga —hombres pobres incluso para los estándares de la clase obrera—.

¿EL MEDIO ES EL MENSAJE?

Algunos conservadores vieron el 68 como un producto de la era de la televisión. Miembros del Parlamento británico creyeron que los alumnos de la Universidad de Essex llamaban a la cadena Anglia Television para asegurarse de que sus manifestaciones más espectaculares recibían la atención adecuada.²⁴ No cabe duda de que el 68 brindó grandes oportunidades a la televisión. La guerra de Vietnam había acostumbrado a una generación de reporteros televisivos a cubrir conflictos violentos y, a su vez, la cobertura de los mismos había contribuido a estimular la protesta. Una filmación realizada en Berlín o Berkeley podía ofrecer las mismas imágenes de violencia atractiva sin entrañar el riesgo de una guerra real. La televisión difuminaba los límites de la violencia hasta el punto de que una guerra, un disturbio o una manifestación estridente podían parecer la misma cosa.

Los periodistas fueron, ocasionalmente, el blanco de los ataques. Dan Rather fue noqueado por un vigilante de seguridad en la convención demócrata de Chicago en 1968 y la secuencia fue reproducida en las cadenas de televisión, según contó *Newsweek*, como si fueran las imágenes de un K. O. del boxeador Sonny Liston.²⁵ Sin embargo, en general, los equipos de televisión gozaban de una condición de neutralidad *de facto* que les permitía trabajar fácilmente entre los movimientos de protesta. Una pareja de cineastas radicales que intentaban tomar imágenes de la conducta policial en París en mayo de 1968 simplemente dijeron que trabajaban para la televisión holandesa.²⁶

Las relaciones de la televisión con el 68 fueron curiosas. Producto de deseo consumista y, a menudo, vía de transmisión de una idea consensuada de la

política, la televisión defendía lo que los manifestantes denunciaban. Sin embargo, la omnipresencia de televisores facilitó la unión entre movimientos distintos y alimentó la sensación, a veces falsa, de que en todo el mundo había gente implicada en la misma lucha. Ello alentó maneras de actuar que quedaban bien al ser emitidas y todos en el largo 68 —incluidos policías y políticos— fueron conscientes de que, hasta cierto punto, estaban actuando para las cámaras. Hubo momentos en los que parecía que todo era una actuación televisiva, como cuando filmaron para la televisión a una pareja de Detroit: ambos aparecían mirando, en un televisor que la propia pareja había robado, una noticia en la que aparecían ellos robando durante unos disturbios.²⁷

La televisión no fue el único medio del 68. La radio desempeñó una función particularmente importante en Francia en mayo de 1968 y un papel más general en el largo 68 como medio a través del cual la música rock ganó audiencia. Asimismo, algunas de las tecnologías que más importancia tuvieron en el 68 fueron los sencillos sistemas de impresión y copia que permitieron la difusión de carteles. Los creados por el colectivo que operó en la Escuela de Bellas Artes de París fueron particularmente importantes, sin embargo —en una muestra reveladora de las múltiples formas que adoptó el antiautoritarismo en el 68— algunos de esos pósteres nunca recibieron la aprobación oficial de los radicales de dicha institución. La tecnología también ayudó a promocionar la prensa clandestina y generó una curiosa subcultura de indagación en publicaciones efímeras por parte de expertos en busca de la identidad real de los autores, como los paleógrafos que estudian la obra de un determinado monje medieval: «el estilo, el punto de vista y la retórica apuntan de manera inequívoca a la mano de Dr. John, de la casa *okupa* de Picadilly 144». ²⁸

El hecho de haber crecido en plena era de la comunicación de masas hizo que muchos de los implicados en el largo 68 desarrollaran una habilidad especial para utilizar los medios. Los estudiantes radicales de Turín se referían a su boletín como el «anti-Stampa», es decir, la antítesis del diario del *establishment* local. En otros sitios, el radicalismo también demostró su habilidad a la hora de manipular los periódicos establecidos. *New Left Notes*, la publicación editada por Estudiantes para una Sociedad Democrática en EE. UU., incluía una columna titulada «We made the news today, oh boy», como el verso de la canción de los Beatles «A Day in the Life», dedicada a la cobertura de las protestas por parte de los medios convencionales.²⁹

El individualismo fue un aspecto importante en 1968, especialmente en Estados Unidos. Algunos dedicaron sus energías a encontrar formas de cambiar sus vidas, así como (o en vez de) formas de cambiar la sociedad. El crecimiento personal tuvo su propia versión sesentayochista, centrada en la salud, la belleza física, la conservación de la juventud y el bienestar espiritual o mental. Fue como si un sector específico de la contracultura, especialmente el relacionado con California, hubiera evolucionado hacia formas que enfatizaran el individualismo, la calma política y, al menos implícitamente, la aceptación del capitalismo. Justificando su alejamiento del radicalismo político, Jerry Rubin comentó que «cuidaba de su cuerpo como si fuera una revolución».

Sin embargo, la nueva cultura de los setenta no siempre estuvo acompañada de un abandono del radicalismo político. Durante una conversación con Gaby Ceroni —un francés de clase obrera de Saint-Nazaire que había hecho causa común con los maoístas a finales de la década de 1960—, Daniel Cohn-Bendit quedó sorprendido por cómo había cambiado su amigo. Ceroni admitió que su vida giraba entonces en torno al yoga y el *jogging*, y que le interesaba el psicoanálisis —aunque no recurrir a él—. Sin embargo, nada de todo ello había mitigado sus inquietudes políticas: seguía trabajando en una fábrica y se negaba a aceptar las nuevas jerarquías salariales, incluso las que le habrían sido favorables.³⁰

Algunos sesentayochistas consideraron que un cambio en sus vidas personales también podía ser un acto político. Eric Hobsbawm, desde su visión de «rojo de mediana edad intrínsecamente pesimista», se mostró sorprendido por el hecho de que el 68 habría planteado cuestiones relacionadas con los límites entre lo político y lo personal: «¿Y si “lo importante” no hubiera sido el derrocamiento del capitalismo o, ni siquiera, de ciertos regímenes políticos opresores y corruptos, sino, precisamente, la destrucción de los moldes tradicionales en las relaciones humanas y el comportamiento individual *en el seno de la sociedad existente*?».³¹

Las feministas de la década de 1970 fueron el colectivo que más se hizo escuchar a la hora de defender la fusión de lo personal con lo político, pero, de hecho, el énfasis en la «autenticidad» estuvo presente en el radicalismo de los sesenta desde el principio. Pensemos, si no, en la sugerencia de Sandra Cason de que la participación blanca en las campañas por la desagregación en el sur de Estados Unidos habría merecido la pena incluso si no se hubiese conseguido ningún resultado concreto.

Entrevistado en 2008, Daniel Cohn-Bendit insistió en que «1968 está acabado». Fue un comentario revelador, tanto más cuanto que, como él sabía, se estaba haciendo eco de unas palabras que ya había empleado el historiador —no precisamente *soixante-huitard*— François Furet acerca de la Revolución Francesa.³²

¿Qué significa que el 68 ha terminado? Los episodios particulares de agitación relacionados con ese período finalizaron, en general, en la segunda mitad de la década de 1970, pero fue un crepúsculo aparente. En 1976, Willy Brandt escribió:

La última vez que oí hablar de Cohn-Bendit fue en 1975, cuando él y algunos centenares de jóvenes estaban organizando una manifestación contra una reunión de los socialdemócratas en Fráncfort a la cual asistí con Mário Soares, el líder de los socialistas portugueses. El movimiento que en su día resplandeció con luz propia se había reducido a un puñado de fanáticos cegatos.³³

Muy pocos dirían hoy que Cohn-Bendit ha caído en el olvido. Fuera de Alemania —y, posiblemente, dentro de sus fronteras—, es más conocido que Willy Brandt. De hecho, si consideramos el 68 a partir de las trayectorias de sus líderes más famosos, podríamos afirmar que el movimiento alcanzó su cénit a finales de la década de 1990.

Si se considera el 68 desde la óptica de las ideas más que de los individuos, muchos verían la entrada de sus máximos exponentes en el gobierno como una especie de derrota. Este argumento es evidente si tenemos en cuenta que muchos sesentayochistas rechazaron la política electoral y que, ciertamente, se habrían quedado atónitos al ver a algunos de los suyos formando parte de un gobierno, y mucho más en el caso de gobiernos que intervinieron militarmente en el extranjero o que presidieron alegremente economías capitalistas prósperas. Sin embargo, el pragmatismo del que muchos sesentayochistas hicieron gala años más tarde no siempre marcó una ruptura con su juventud. A algunos siempre les ha caracterizado una aversión hacia la rigidez política que asociaban con la vieja izquierda y, en ocasiones, hacia cualquier tipo de ideología explícita.

La acción que implicaba trabajar dentro del sistema antes que intentar derrocarlo fue particularmente importante para el 68 entendido como un movimiento de clase obrera. Hubo trabajadores que soñaron con destruir el capitalismo y hubo momentos —especialmente en Francia en mayo de 1968— en los que dio la impresión de que lo conseguirían. Sin embargo, las huelgas fueron, en general, un medio para sobrevivir al capitalismo. Los sindicatos nunca tuvieron un control completo de la agitación entre sus propios miembros como resultado del 68, pero sí que consiguieron, por lo general, canalizar la protesta y

convertirla en apoyo a las demandas convencionales sobre salarios y horario laboral. Hasta las protestas obreras que atrajeron el interés de la clase media —aquellas que incluyeron experimentos de autogestión— comenzaron con la aceptación tácita de que las empresas recién creadas actuarían dentro del marco capitalista. Algunos de los sindicalistas más relevantes del período —como Joe Gormley, en el Reino Unido, o Henri Krasucki, en Francia— eran extraordinariamente conservadores para los estándares del 68.

Resulta tentador decir que hubo dos vertientes del 68. La primera involucró a las clases medias, especialmente estudiantes, y dejó como legado un interés dirigido a cuestiones, en gran medida, no económicas. Este aspecto siguió influyendo en la década de 1980 y más allá. La segunda vertiente, más visible en los años setenta, involucró a las clases obreras y se centró principalmente en asuntos económicos. No obstante, el poder que los sindicatos adquirieron después de 1968 quedó ampliamente interrumpido en la década de 1980, hasta el punto de que se podría afirmar que los gobiernos recurrieron a los sindicatos cuando los necesitaron para contener y canalizar la agitación obrera de principios de la década de 1970, pero después se volvieron contra ellos cuando, en los ochenta, vieron que podían aplacar la agitación sin la ayuda sindical. Pero no hay motivo para suponer que las derrotas de la clase obrera en la década de 1980 hubieran sido menos severas si no hubieran estado precedidas por las victorias de los setenta y de las cuales los trabajadores obtuvieron sustanciales beneficios materiales.

Finalmente, la mayoría de relatos sobre el impacto a largo plazo del 68 resultan engañosos en lo que respecta a la importancia que otorgan a un reducido número de líderes de perfil alto. La mayoría de los tocados por la vara del radicalismo de la época fueron personas relativamente oscuras, y quienes se consideraron a sí mismos como sesentayochistas nunca fueron militantes a tiempo completo o ni siquiera miembros de ningún grupo político. Muchos de ellos vivieron el 68 más como una actitud que como una ideología, lo cual no significa que su implicación en él no produjera resultados concretos. En ocasiones, los militantes más rígidos del 68 criticaron a los que hablaban más de cambiar sus vidas que de transformar la sociedad, pero, en realidad, ambas cosas no fueron mutuamente excluyentes, incluso se podría decir que las consecuencias más importantes del 68 fueron el resultado de decisiones modestas de personas individuales con respecto a sus vidas. Estas decisiones no fueron siempre una cuestión de autoindulgencia. Los cambios en la manera como los padres miraban a sus hijos o las mujeres se miraban a sí mismas podían tener consecuencias a largo plazo.

También se produjo un cambio en la conducta personal tan difícil de

sopesar como de descartar. Quienes miraron atrás para rememorar las protestas del 68, a menudo recordaron que la característica más importante fue el nuevo nivel de apertura con la que se hablaba con los demás. En la década de 1980, dos franceses fueron entrevistados sobre sus experiencias en 1968. Uno había estudiado en la escuela de agronomía de Angiers y el otro en un *lycée* elitista de París, pero guardaban recuerdos similares. Ambos rememoraron conversaciones espontáneas y coincidieron en que la sensación que habían tenido era de que «realmente lo estabas viviendo, que no era un farol». Después, el parisino recordó que «se formaban grupos de debate por todas partes», pero que no había hallado el contenido de las conversaciones muy interesante: «El hecho de hablar y lo que se dice son dos cosas distintas».³⁴

Para algunos sesentayochistas, los años de militancia les impidieron acceder a puestos de trabajo más lucrativos, pero otros eligieron conscientemente trabajar en campos en los que pudieran ayudar a los demás. La enseñanza fue, probablemente, la profesión más comúnmente buscada por los militantes de clase media del 68. Incluso los que parecían más claramente burgueses vieron en ocasiones su profesión como una continuación del 68: abogados representando a sindicatos o médicos promoviendo un enfoque terapéutico centrado en el paciente. Algunos se hicieron *hippies* en comunas, terroristas, ministros o multimillonarios, pero, en su mayoría, los sesentayochistas tuvieron trayectorias poco espectaculares que, a menudo, implicaron cierto grado de sacrificio. Dick Atkinson, siendo profesor adjunto de sociología y recién doctorado en la London School of Economics, participó brevemente en las protestas estudiantiles de la Universidad de Birmingham en 1968. Hablando sobre su vida posterior en una entrevista realizada casi medio siglo después, recordó cómo abandonó la vida académica y se dedicó al activismo social en la empobrecida y poco glamurosa zona de Birmingham. Debido, en parte, a sus actividades políticas, perdió la oportunidad de obtener una cátedra y se sintió «un poco desilusionado» con la «torre de marfil de la sociología», pero había tomado su decisión, en parte, porque los residentes locales le habían invitado a hacerlo. «No me había enterado de lo útil que era abrirse al mundo real hasta que la gente del mundo real, por así decirlo, me encontró y me dijo: ven y únete a nosotros.»³⁵

El largo 68: resumen cronológico

Fecha	EE. UU.	Europa	Resto del mundo
Abril de 1960		Fundación del Partido Socialista Unificado en Francia.	
Noviembre de 1960	John F. Kennedy es elegido presidente.		
Noviembre de 1961		En Alemania, el SPD expulsa a la Federación Socialista Alemana de Estudiantes.	
Junio de 1962			Argelia obtiene la independencia después de ocho años de guerra.
Octubre de 1962			Concilio Vaticano II.
Noviembre de 1963	El presidente John F. Kennedy es asesinado. Le sucede el vicepresidente Lyndon Johnson.		
1964	Verano de la		

Libertad: los
estudiantes viajan
al Sur para
colaborar en la
lucha por los
derechos civiles.

Julio de
1964 Se aprueba la Ley
de Derechos
Civiles.

Septiembre de 1964	Empieza en Berkeley el Movimiento por la Libertad de Expresión.	Se inaugura el campus de Nanterre de la Universidad de París.
-----------------------	---	---

Octubre de 1964	El Partido Laborista obtiene una victoria ajustada en las elecciones parlamentarias. Harold Wilson es nombrado primer ministro.
--------------------	---

Noviembre de 1964	Lyndon Johnson es elegido presidente.
----------------------	---

Febrero de 1965	EE. UU. inicia los bombardeos en Vietnam. Asesinato de Malcolm X.
--------------------	---

Abril de 1965	Manifestación en Washington contra la guerra de Vietnam.
------------------	---

Junio de 1965			El presidente argelino Ben Bella es derrocado tras un golpe de estado.
Agosto de 1965	Disturbios en Watts (Los Ángeles).	Las campañas contra la Ley de Emergencia en Alemania unen a sindicatos e izquierda radical. (continúa) Fecha EE. UU. Europa Resto del mundo	
Diciembre de 1965		De Gaulle gana en segunda ronda las elecciones presidenciales en Francia contra Mitterrand.	Finaliza el concilio Vaticano II
Enero de 1966		Ocupación estudiantil en la Universidad de Trento, Italia.	Conferencia Tricontinental, La Habana.
Marzo de 1966	Stokely Carmichael es elegido presidente del Comité Coordinador Estudiantil No Violento.	El Partido Laborista de Harold Wilson aumenta su mayoría en las elecciones parlamentarias.	
Abril de 1966		Se funda la Juventud Comunista Revolucionaria en Francia.	
Mayo de 1966		El gobierno británico declara el estado de	Empieza la Revolución

		emergencia a consecuencia de la huelga de marineros.	Cultural china.
Julio de 1966	Stokely Carmichael emplea la expresión «black power».		
Septiembre de 1966			Discurso de De Gaulle en Phnom Penh pidiendo la paz en Vietnam.
Noviembre de 1966		Segunda ocupación estudiantil en Trento.	
Diciembre de 1966		Se funda en Francia la Unión de Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas. En Alemania, el SPD y los democristianos se alían en la Gran Coalición.	
Febrero de 1967		Se crean los Comités Vietnam de Base en Francia. Huelgas en la empresa química Rhodiacéta de Besançon.	
Marzo de 1967		Victoria ajustada de los gaullistas en las elecciones legislativas francesas. Ocupación de la London School of Economics.	
Abril de	Grandes	Se forma la Asociación por	Régis Debray es

1967	manifestaciones en los Derechos Civiles de Nueva York y San Francisco contra la guerra de Vietnam.	Irlanda del Norte. Golpe de los coroneles en Grecia.	capturado en Bolivia.
Junio de 1967		Un agente de policía mata a Benno Ohnesorg durante una manifestación contra el sah de Irán en Berlín Oeste. En Francia, Michel Rocard es nombrado secretario general del Partido Socialista Unificado.	
Julio de 1967	Disturbios raciales en Newark y Detroit.	Congreso sobre dialécticas de la liberación en Londres.	De Gaulle desea «larga vida al Quebec libre».
Octubre de 1967			Muere en Bolivia el Che Guevara de una herida por arma de fuego.
Diciembre de 1967		Creación de los comités d'action lycéens en Francia.	
Enero de 1968		Enfrentamiento entre Daniel Cohn-Bendit y el ministro francés de Juventud en Nanterre. Tercera ocupación estudiantil en Trento.	Ofensiva de Tet en Vietnam.
Febrero de 1968		Manifestación contra la guerra de Vietnam en Berlín Oeste y contramanifestación	

a favor de EE. UU.

Marzo de 1968	Johnson anuncia que no se presentará a la reelección como presidente.	Batalla de Valle Giulia entre la policía y militantes en Roma. Manifestación contra la guerra de Vietnam en Londres. Ataque a la oficina de American Express en París. Creación del movimiento 22 de Marzo en Nanterre.	
Abril de 1968	Asesinato de Martin Luther King y posteriores manifestaciones en numerosas ciudades. Ocupación de la Universidad de Columbia. La policía mata al pantera negra Bobby Hutton en Oakland, California.	Enoch Powell pronuncia el discurso de los «ríos de sangre ». Rudi Dutschke es tiroteado y queda gravemente herido en Berlín. Andreas Baader y otros activistas prenden fuego a unos grandes almacenes en Fráncfort. El líder comunista Pierre Juquin es obligado a salir del campus de Nanterre por los estudiantes gauchistes.	
Mayo de 1968		Sobre los acontecimientos en Francia, véase la tabla cronológica del capítulo 5.	Negociaciones entre estadounidenses y norvietnamitas en París.
Junio de 1968	Asesinato de Robert Kennedy.	Fundación de la Federación de Estudiantes Socialistas Revolucionarios en el Reino Unido. La entrada en vigor de la Ley de Emergencia en	

Alemania Occidental supone una derrota para la izquierda radical.

Julio de 1968

Represión violenta de las manifestaciones en México.

Agosto de 1968

La Convención Nacional del Partido Demócrata en Chicago elige a Hubert Humphrey como candidato a las presidenciales. Represión violenta de las manifestaciones convocadas en la ciudad.

La invasión de Checoslovaquia por parte del pacto de Varsovia pone fin a la Primavera de Praga. Disturbios en Londonderry.

Violencia en los alrededores del Estadio Olímpico de Ciudad de México.

Octubre de 1968

Manifestación contra la guerra de Vietnam en Londres. Creación de Democracia Popular en Irlanda del Norte. Fundación del partido maoísta Gauche Prolétarienne en Francia.

La policía de Ciudad de México masacra a los manifestantes.

Noviembre de 1968

Huelga en la Universidad Estatal de San Francisco que se prolonga hasta abril. Richard Nixon es elegido presidente.

Diciembre de 1968 Se plantea la propuesta «Hacia un movimiento juvenil revolucionario» en el congreso nacional de SDS en Ann Arbor.

Enero de 1969 Cierre de la London School of Economics por las manifestaciones estudiantiles.

Abril de 1969 De Gaulle dimite después de no ver validada en referéndum su propuesta de descentralización. Bernadette Devlin es elegida miembro del Parlamento británico. Jack Straw es elegido presidente del Sindicato Nacional de Estudiantes británico.

Mayo de 1969 Rebelión en el Parque Popular de Berkeley.

Junio de 1969 SDS se escinde en dos facciones; fundación de The Weathermen. Pompidou gana las elecciones presidenciales francesas.

Agosto de 1969 Festival de Woodstock.

Septiembre de 1969		Suicidio de Gabrielle Russier en Francia. Inicio del «otoño caliente» de agitación obrera en Italia.
Octubre de 1969	«Días de la ira» en Chicago.	El socialdemócrata Willy Brandt es nombrado canciller de la RFA en coalición con los liberales.
Noviembre de 1969	Grandes manifestaciones en Washington y San Francisco contra la guerra de Vietnam.	
Diciembre de 1969	La policía mata a los panteras negras Fred Hampton y Martin Clark. Los weathermen deciden pasar a la clandestinidad en el consejo de Flint.	Se funda el IRA Provisional.
Abril de 1970	Nixon anuncia la invasión de Camboya.	Jean-Paul Sartre asume la edición del periódico maoísta La Cause du Peuple tras la detención de su editor, Jean-Pierre le Dantec.
Mayo de 1970	La Guardia Nacional mata a	Andreas Baader es rescatado de la prisión por varias

	cuatro estudiantes durante una protesta en la Universidad Estatal de Kent.	personas, entre ellas Ulrike Meinhoff. Se funda en Alemania la Facción del Ejército Rojo.	
Junio de 1970		Los conservadores ganan las elecciones generales en el Reino Unido. Edward Heath es nombrado primer ministro.	
Julio de 1970		Fallece el general Salazar en Portugal.	
Septiembre de 1970	Los weathermen ayudan a Timothy Leary a fugarse de la cárcel.	Se fundan las Brigadas Rojas en Italia.	Salvador Allende es nombrado presidente de Chile. N
Noviembre de 1970		Muere De Gaulle.	
Enero de 1971		La Angry Brigade reivindica el atentado con bomba contra el domicilio del ministro de Empleo británico Robert Carr.	
Febrero de 1971	Los panteras negras se escinden en partidarios de Eldridge Cleaver y de Huey Newton.		
Junio de		Mitterrand se convierte en el	

1971 líder del recién creado Parti
Socialiste.

Enero de Domingo Sangriento:
1972 soldados disparan sobre
trece manifestantes
desarmados en
Londonderry. Leyes contra
el desempeño de cargos
públicos por parte de
radicales en Alemania
Occidental. Empieza la
huelga de mineros en el
Reino Unido (acaba al mes
siguiente).

Febrero de La seguridad de Renault
1972 asesina al militante maoísta
Pierre Overney. Doscientas
mil personas asisten al
funeral.

Marzo de Gauche Prolétarienne
1972 secuestra a Robert Nogrette
(director de Renault). Es
liberado a los dos días.

Junio de Absolución de Arresto de Andreas Baader
1972 Angela Davis. y Ulrike Meinhoff en
Alemania.

Septiembre Guerrilleros palestinos
de 1972 matan a atletas israelíes en
los Juegos Olímpicos de
Múnich.

Noviembre Nixon es reelegido

de 1972 presidente.

Enero de
1973

Aparece el periódico francés Libération. Firma de los acuerdos de París sobre el fin de la guerra en Vietnam.

Abril de
1973

Empieza la huelga de Lip en Besançon.

Agosto de
1973

Protestas masivas contra la ampliación de la base militar de Larzac.

Septiembre
de 1973

Golpe de Pinochet en Chile. Salvador Allende es asesinado.

Noviembre
de 1973

Protesta en la Politécnica de Atenas contra la junta militar griega. Disolución de Gauche Prolétarienne en Francia.

Febrero de
1974

Huelga de mineros en el Reino Unido.

Abril de
1974

Muere Pompidou. Revolución de los Claveles y caída de la dictadura en Portugal.

Mayo de
1974

La huelga protestante del Consejo de los Trabajadores

del Úlster impide el intento de reparto de poder en Irlanda del Norte. Valéry Giscard d'Estaing es elegido presidente de Francia.

Agosto de 1974 Nixon dimite como presidente tras el escándalo del caso Watergate.

Noviembre de 1974 Primeras elecciones libres después de la Junta de los Coroneles en Grecia.

Febrero de 1975 Thatcher es nombrada líder del Partido Conservador británico.

Abril de 1975 Saigón cae en manos de las fuerzas norvietnamitas.

Noviembre de 1975 Muerte de Franco.

Mayo de 1976 Suicidio de Ulrike Meinhoff en prisión.

Septiembre de 1976 Muerte de Mao.

Septiembre de 1977 Mark Rudd (de Weather Underground) se Hans-Martin Schleyer, jefe de la patronal alemana, es secuestrado por la Facción

	entrega.	del Ejército Rojo. Su cadáver es hallado en octubre.
Octubre de 1977		Andreas Baader y Gudrun Ensslin se suicidan en la cárcel.
Marzo de 1978		Las Brigadas Rojas secuestran al político democristiano Aldo Moro en Roma. Su cadáver es hallado en mayo.
Mayo de 1979		Victoria electoral conservadora en el Reino Unido. Margareth Thatcher es nombrada primera ministra.
Abril de 1980		Muere Jean-Paul Sartre.
Julio de 1980	Cathy Wilkerson (de Weather Underground) reaparece en Nueva York.	
Agosto de 1980		Una bomba colocada por la extrema derecha en la estación de tren de Bolonia mata a 85 personas.
Noviembre de 1980	Ronald Reagan es elegido presidente.	

Mayo de
1981

François Mitterrand es
elegido presidente de
Francia.

Noviembre de 1993 Bill Clinton es
elegido
presidente.

Junio de
1994

Daniel Cohn-Bendit se
convierte en miembro del
Parlamento Europeo por Los
Verdes.

Mayo de
1997

Victoria del Partido
Laborista en las elecciones
generales del Reino Unido.
Tony Blair es nombrado
primer ministro y Jack
Straw, ministro del Interior.

Abril de
1998

La Facción del Ejército Rojo
anuncia su disolución.

Septiembre
de 1998

La coalición rojiverde
gobierna en Alemania.
Joschka Fischer es ministro
de Asuntos Exteriores.

Abril de
2007

Nicolas Sarkozy, candidato
a la presidencia de Francia,
habla de «acabar con el
legado de Mayo del 68».

Mayo de
2017

Emmanuel Macron (nacido
en 1977) es elegido
presidente de Francia.

Cuenta con el apoyo de
Daniel Cohn-Bendit.

Algunas consideraciones sobre otras lecturas

Dos obras generales sobre el 68 en el escenario mundial son *Sixty-Eight: The Year of Barricades* (1988), de David Caute, y *1968: The Year that Rocked the World* (1998), de Mark Kurlansky. *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976* (Oxford, 2007), de Gerd-Rainer Horn, dedica una atención especial a la Europa mediterránea. *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-c.1974* (Oxford, 1998), de Arthur Marwick, también ha sido influyente. Los historiadores de Francia, a pesar de sus buenas intenciones, tienden a centrarse en su país y se refieren poco al resto del mundo. Véase Dominique Damamme, Boris Gobille, Frédérique Matonti y Bernard Pudal (eds.), *Mai-juin 68* (2008) y Philippe Artières y Michelle Zanzarini-Fournel (eds.), *68. Une histoire collective, 1962-1981* (2008). Los historiadores de Alemania han estado más influidos por la vuelta a la historia transnacional. Véase Martin Klimke, *The Other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties* (Princeton, 2011), y Timothy S. Brown, *West Germany and The Global Sixties: The Anti-Authoritarian Revolt, 1962-1978* (Cambridge, 2013).

Aunque los historiadores tienden cada vez más a pensar que 1968 fue solamente el momento álgido de un ciclo de protestas más largo, sus trabajos (también el mío) todavía se publican a menudo en torno a algún aniversario. La propia conmemoración del 68 ya fue objeto de sátira en 1978, cuando Régis Debray publicó *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire* (1978), y ahora se ha convertido, por sí misma, en tema de estudio historiográfico; véase Jean-Pierre Rioux, «À propos des célébrations décennales du Mai français», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 23 (1989), pp. 49-58.

Los libros escritos por sesentayochistas comenzaron a aparecer al poco de despejar las nubes de gas lacrimógeno. Llenos de esperanza, algunos editores confinaron a radicales estudiantiles en casas de campo o islas del Mediterráneo con órdenes de no salir de allí hasta que tuvieran un manuscrito. Daniel Cohn-Bendit confesó en su libro *Obsolete Communism: The Left-Wing Alternative* (1968) que los editores le habían suplicado que escribiera «algo ... bueno o malo, interesante o aburrido». En parte, porque los recuerdos son muchos y, en parte,

porque un gran número de sesentayochistas prosiguieron sus carreras académicas, la frontera entre fuentes primarias y secundarias se muestra particularmente difusa en los escritos sobre el 68; el libro de Daniel Bensaïd *Une lente impatience* (2004), que se consideraría una fuente primaria, formula observaciones sobre una fuente secundaria, *May 68 and its Afterlives* (Chicago, 2002), de Kristin Ross.

La historia oral ha influido especialmente en el estudio de 1968. Ronald Fraser *et al.* publicaron *1968: A Student Generation in Revolt* en 1988. *Europe's 1968: Voices of Revolt* (Oxford, 2013), de Robert Gildea, James Mark y Anette Warring, es más reciente y, quizá, está más comprometido con el enfoque colectivo de sus autores y con un respeto escurpulososo de la experiencia subjetiva de los entrevistados. *Autobiography of a Generation: Italy, 1968* (Hannover, New Hampshire, 1998), de Luisa Passerini, combina la investigación académica, basada sobre todo en la historia oral, con reflexiones personales. En algunos casos, la autobiografía se funde con la polémica cuando retoma argumentos viejos o introduce razonamientos nuevos. Daniel Bensaïd y Alain Krivine publicaron un libro titulado *Mai si!* Por otra parte, *Unser Kampf – ein irritierter Blick zurück* (2008) («Nuestra lucha, una irritada mirada al pasado»), de Götz Aly, es una aguda denuncia a sus propios ex camaradas.

Hoy, algunos de los más influyentes autores sobre el 68 son hijos de sesentayochistas y se centran tanto en sus propios contemporáneos como en los coetáneos de sus progenitores. Es el caso de Julie Pagis, *Mai 68, un pavé dans leur histoire* (2014), y Virginie Linhart, *Volontaires pour l'usine. Vies d'établis (1967-1977)* (1994). Linhart también ha escrito un trabajo más personal: *Le jour où mon père s'est tu* (2008). El libro de Robert Linhart *L'établi* (publicado por primera vez en 1978) es, probablemente, la obra más famosa escrita por un activista sobre su relación con la clase obrera —aunque *Reading Room Only: Memoir of a Radical Bibliophile* (Nottingham, 2013), de Philip Cohen, constituye un interesante relato de una trayectoria que incluyó, entre otras cosas, el abandono de la Universidad de Cambridge para enrolarse de grumete en un arrastrero del puerto de Grimsby. Hay relativamente pocos relatos del 68 contados por los propios obreros. *La fabrique d'une génération: Georges Valero postier, militant et écrivain* (2009) es una excepción a la regla —si bien, todo hay que decirlo, se refiere a un obrero excepcional—.

Merece la pena leer las publicaciones periódicas de la época; muchas de ellas se pueden consultar en línea. La revista londinense *New Left Review* es un ejemplo de interés obvio, como también lo es la francesa *Esprit*, donde el filósofo jesuita radical Michel de Certeau expuso por primera vez su interpretación del 68. Los informes policiales también son reveladores. Los

archivos del FBI y la CIA (pesadamente redactados) también se pueden encontrar en la red. Conviene recordar, sin embargo, que los Renseignements Généraux franceses rara vez fueron capaces de seguir el rastro en los terrenos movedizos donde se movían los grupúsculos maoístas y trotskistas. La Special Branch británica, por su parte, apenas se molestó en establecer distinciones entre los grupos que etiquetó de «anarquistas». En un determinado momento, el FBI llegó a creer que el apellido de Régis Debray era De Bray.

Las novelas de escritores como Philip Roth y David Lodge dicen mucho de cómo fue el 68 para quienes se mantuvieron al margen. Édouard Balladur escribió un relato semificticio —*L'arbre de mai. Chronique alternée* (1979)— inspirado en su experiencia como asistente de Pompidou. La novela de Robert Merle *Derrière la vitre* (1970) también mezcló realidad y ficción, ya que el autor recurrió a entrevistas con sus alumnos de Nanterre. Los diarios de personajes influyentes también son muy reveladores sobre la protesta radical, en parte porque muestran que hubo largos períodos en los que esta apenas chocó con el pensamiento establecido. Es interesante, por ejemplo, que Arthur Schlesinger Jr. describiera la convención del Partido Demócrata de Chicago de 1968, a la cual asistió, sin mencionar las protestas que estaban teniendo lugar en sus alrededores —véase *Journals, 1952-2000* (2007)—. En «Diggin the Age of Aquarius», *Achaeology* 62, 4 (2009), pp. 30-33, Matthew Brunwasser describe escarbando en los restos de una comuna *hippie* californiana arrasada por un incendio en 1969.

Bibliografía

OBRAS PUBLICADAS

Si no se indica lo contrario, la ciudad de publicación de los libros en lengua inglesa es Londres y la de los libros en lengua francesa es París.

- Aberbach, Joel D., y Jack L. Walker, «The Meanings of Black Power: A Comparison of White and Black Interpretations of a Political Slogan», *American Political Science Review*, 64, 2 (1970).
- Adam, Gérard, «Étude statistique des grèves de mai-juin 1968», *Revue Française de Science Politique*, 20, 1 (1970).
- Adams Moon, Penelope, «“Peace on Earth: Peace in Vietnam”: The Catholic Peace Fellowship and Antiwar Witness, 1964-1976», *Journal of Social History*, 36, 4 (2003).
- Aghulhon, Maurice, *De Gaulle. Histoire, symbole, mythe*, 2000.
- Agnès Callu (ed.), *Le Mai 68 des historiens entre identités narratives et histoire orale*, 2010.
- Ali, Tariq, *Street Fighting Years: An Autobiography of the Sixties*, 2005.
- Aly, Götz, *Unser Kampf – ein irritierter Blick zurück*, Fráncfort, 2008.
- Anderson, Perry, y Robin Blackburn, *Towards Socialism*, 1965.
- Annan, Noel, *Report on the Disturbances in the University of Essex*, 1974.
- , *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany*, 1995.
- Anónimo, «Students as an Anti-Parliamentary Opposition», *Minerva*, 6, 3 (1968).
- Araiza, Lauren, «“In Common Struggle Against a Common Oppression”: The United Farm Workers and the Black Panther Party, 1968-1973», *Journal of African American History*, 92, 2 (2009).
- Ariès, Philippe, *Un historien du dimanche*, 1980.
- Aron, Raymond, *The Elusive Revolution: Anatomy of a Student Revolt*, 1969.
- , *Mémoires: 50 Ans de Réflexion Politique*, ed. de 1983.
- Artières, Philippe, y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), 68. *Une histoire collective, 1962-1981*, 2008.
- Assayas, Olivier, entrevista en *Film Comment*, marzo-abril de 2013.
- Audigier, François, «Le malaise des jeunes gaullistes en Mai 68», *Vingtième*

- Siècle, Revue d'Histoire*, 70 (2001).
- , «Le gaullisme d'ordre des années 68», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 116, 4 (2012).
- Auron, Yair, *Les juifs d'extrême gauche en Mai 68. Une génération révolutionnaire marquée par la Shoah*, 1998.
- Balestrini, Nanni, y Primo Moroni, *La horde d'or. La grande vague révolutionnaire et créative, politique et existentielle. Italie, 1968-1977*, 2017 (publicado por primera vez en Italia en 1988).
- Balladur, Édouard, *L'arbre de mai. Chronique alternée*, 1979.
- Bantigny, Ludivine, «Le temps politisé. Quelques enjeux politiques de la conscience historique en mai-juin 68», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 117, 1 (2013).
- Barnard, John, *American Vanguard: The United Auto Workers during the Reuther Years, 1935-1970*, Detroit (MI), 2004.
- Barralis, Roger, y Jean-Claude Gillet (eds.), *Au coeur des luttes des années soixante. Les étudiants du PSU. Une utopie porteuse d'avenir?*, 2010.
- Baskir, Lawrence, y William Strauss, *Chance and Circumstance: The Draft, the War and the Vietnam Generation*, Nueva York, 1978.
- Baumann, Michael (Bommi), *Love or Terror: A Personal Account of a West German Urban Guerrilla*, 1979.
- Becker, Jean-Jacques, *Un soir de l'été 1942 ... Souvenirs d'un historien*, 2009.
- Benin, Leigh David, *The New Labor Radicalism and New York City's Garment Industry: Progressive Labor Insurgents during the 1960s*, 2000.
- Benn, Tony, *Office without Power: Diaries, 1968-1972*, 1988.
- Bensaïd, Daniel, *Une lente impatience*, 2004.
- Bensaïd, Daniel, y Alain Krivine, *Mai si! 1968-1988, rebelles et repentis*, 1988.
- Berger, Ida, «Une avant-garde isolée: les étudiants allemands», *Esprit*, 381 (mayo de 1969).
- , «Tiendront-ils? Étudiants français et allemands», *L'Homme et la Société*, 16 (1970).
- Berlivet, Luc, y Frédéric Sawicki, «La foi dans l'engagement. Les militants syndicalistes CFTC de Bretagne dans l'après-guerre», *Politix*, 7, 27 (1994).
- Berman, Paul, *Power and the Idealists or the Passion of Joschka Fischer and its Aftermath*, 2005.
- Bertaux, Daniel, Danièle Linhart, y Béatrix le Wita, «Mai 1968 et la formation de générations politiques en France», *Le Mouvement Social*, 143 (1988).
- Beschloss, Michael R. (ed.), *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964* (New York, 1997).
- Biles, Roger, *Richard Daley: Race, Politics and the Governing of Chicago*,

- DeKalb, IL, 1995.
- Blackledge, Paul, y Neil Davidson (eds.), *Alasdair MacIntyre's Engagement with Marxism: Selected Writings, 1953-1974*, 2008.
- Blackstone, Tessa, y Roger Hadley, «Student Protest in a British University: Some Comparisons with American Research», *Comparative Education Review*, 15, 1 (1971).
- Boag, Peter, «“Does Portland Need a Homophile Society?” Gay Culture and Activism in the Rose City Between World War II and Stonewall», *Oregon Historical Quarterly*, 105, 1 (2004).
- Boissieu, Alain de, *Pour servir le Général: 1946-1970*, 1982.
- Boltanski, Luc, y Chiapello, Ève, *Le nouvel esprit du capitalisme*, 1999.
- Bondu, Dominique, «L'élaboration d'une langue commune: LIP- la GP», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Borstelmann, Thomas, *The Cold War and the Color Line*, Cambridge, MA, 2001.
- Boudon, Raymond, «Sources of Student Protest in France», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 395 (1971).
- Bourdieu, Pierre, *Homo academicus*, Stanford, CA, 2000.
- Boyle, Kevin, *The UAW and the Heyday of American Liberalism, 1945-1968*, Ithaca, NY, 1995.
- Brandt, Willy, *People and Politics*, 1976.
- Braungart, Margaret y Richard, «The Effects of the 1960s Political Generation on Former and Left- and Right-Wing Youth Activist Leaders», *Social Problems*, 38 (1991).
- Brière-Blanchet, Claire, *Voyage au bout de la révolution. De Pékin à Sochaux*, 2009.
- Brillant, Bernard, *Les clercs de 68*, 2003.
- Brown, Timothy S., «Subcultures, Pop Music and Politics: Skinheads and “Nazi Rock” in England and Germany», *Journal of Social History*, 38, 1 (2004).
- , «1968 East and West: Divided Germany as a Case Study in Transnational History», *American Historical Review*, 114, 1 (2009).
- , *West Germany and the Global Sixties: The Anti-Authoritarian Revolt, 1962-1978*, Cambridge, 2013.
- Brunwasser, Matthew, «Digging the Age of Aquarius», *Archaeology*, 62, 4 (2009).
- Bull, Anna Cento, y Philip Cooke, *Ending Terrorism in Italy*, 2013.
- Burns, Jeffrey, «Eugene Boyle, the Black Panther Party and the New Clerical Activism», *US Catholic Historian*, 13, 3 (1995).
- Campagne, Juliette, «Roubaix: du petit livre rouge aux livres d'images», *Les*

- Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Carr, Gordon, *The Angry Brigade: A History of Britain's First Urban Guerrillas Group*, 1975.
- Caute, David, *Sixty-Eight: The Year of the Barricades*, 1988.
- Caws, Mary Ann (ed.), *Maria Jolas, Woman of Action: A Memoir and Other Writings*, Columbia, SC, 2004.
- Chemla, Éliane, «Comme une vraie ouvrière à Nîmes», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Chesneaux, Jean, y Martin Nicholas, «Le mouvement des “Radical Caucuses” dans les sciences humaines aux États-Unis», *L'Homme et la Société*, 16, 1 (1970).
- Chevandier, Christian, *La fabrique d'une génération: Georges Valero postier, militant et écrivain*, 2009.
- Ciernick, Helen M., «A Matter of Conscience: The Selective Conscientious Objector, Catholic College Students, and the Vietnam War», *US Catholic Historian*, 26, 3 (2008).
- Cleaver, Eldridge, *Soul on Ice*, ed. de 1969.
- Coates, Ken, *Workers' Control: A Reply to Arthur Scargill*, Nottingham, 1977.
- Cockburn, Alexander, y Robin Blackburn (eds.), *Student Power: Problems, Diagnosis, Action*, 1969.
- Cohen, Habiba, *Elusive Reform: The French Universities, 1968-1978*, Boulder, CO, 1978.
- Cohen, Paul, 'Happy Birthday Vincennes! The University of Paris- 8 Turns Forty', *History Workshop Journal*, 69, 1 (2010).
- Cohen, Philip, *Reading Room Only: Memoir of a Radical Bibliophile*, Nottingham, 2013.
- Cohen, Philip (ed.), *Children of the Revolution: Communist Childhood in Post-War Britain*, 1996.
- Cohn-Bendit, Daniel, *Obsolete Communism: The Left-Wing Alternative*, 1968.
- , *Nous l'avons tant aimée la révolution*, 1986.
- Collins, Gail, *When Everything Changed: The Amazing Journey of American Women from 1960 to the Present*, 2009.
- Collins, Robert M., «The Economic Crisis of 1968 and the Waning of the “American Century”», *American Historical Review*, 101, 2 (1996).
- Cornils, Ingo, y Sarah Waters (eds.), *Memories of 1968: International Perspectives*, Oxford, 2010.
- Cotta, Michèle, *Cahiers secrets de la V^e République*, vol. I: 1965-1977, 2007.
- Cowie, Jefferson, «Nixon's Class Struggle: Romancing the New Right Worker, 1969-1973», *Labor History*, 43, 3 (2002).

- Crosland, Susan, *Tony Crosland*, 1982.
- Crossman, Richard, *The Diaries of a Cabinet Minister*, vol. II: *Lord President of the Council and Leader of the House of Commons*, 1966-68, 1976.
- Crouch, Colin, *The Student Revolt*, 1970.
- Crozier, Michel, *Ma belle époque: mémoires, 1947-1969*, 2002.
- Dallek, Robert, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and his Times, 1961-1967*, Oxford, 1998.
- Damamme, Dominique, Boris Gobille, Frédérique Matonti y Bernard Pudal (eds.), *Mai-juin 68*, 2008.
- Daum, Nicolas, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien. 20 ans après*, 1988.
- , *Mai 68 raconté par des anonymes*, 2008.
- Davis, Angela, *An Autobiography*, ed. de 1990.
- Davis, James K., *Assault on the Left: The FBI and the Sixties Anti-War Movement*, Westport, CT, 1997.
- De Gaulle, Philippe, *Mémoires accessoires, 1946-1982*, 2000.
- De Groot, Gerard (ed.), *Student Protest: The Sixties and After*, 1988.
- , «Ronald Reagan and Student Unrest in California, 1966-1970», *Pacific Historical Review*, 65, 1 (1996).
- Debray, Régis, *La révolution dans la révolution*, 1967.
- , *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire*, 1978.
- , *À demain De Gaulle*, 1993.
- Decourt, Georges, «*Ils gagnèrent le large*»: *prêtres, génération 68*, Villeurbanne, 2008.
- Della Porta, Donatella, *Social Movements, Political Violence and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, 1995.
- Delphy, Christine, «Les origines du mouvement de libération des femmes en France», *Nouvelles Questions Féministes*, 16-18 (1991).
- Deslippe, Dennis A., «“Do Whites Have Rights?”: White Detroit Policemen and “Reverse Discrimination” Protests in the 1970s’», *Journal of American History*, 91, 3 (2004).
- Devlin, Bernadette, *The Price of my Soul*, 1969.
- Doggett, Peter, *There’s a Riot Going On: Revolutionaries, Rock Stars and the Rise and Fall of the 60s Counter-Culture*, 2008.
- Donoughue, Bernard, *Downing Street Diary: With Harold Wilson in N.º 10*, 2006.
- Dressen, Marnix, *De l’amphi à l’établi. Les étudiants maoïstes à l’usine, 1967-1989*, 1999.

- Droit, Michel, *Les feux du crépuscule. Journal 1968-1969-1970*, 1977.
- Dubois, Mathieu, *Génération politique. Les «années 68» dans les jeunesses des partis politiques en France et en RFA*, 2014.
- Dudziak, Mary L., *Cold War Civil Rights; Race and the Image of American Democracy*, Princeton, 2000.
- Duhé, Gregory, «The FBI and Students for a Democratic Society at the University of New Orleans, 1968-1971», *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, 43, 1 (2002).
- Dutschke, Rudi, *Students and the Revolution*, 1971.
- Earl, Jennifer, Sarah A. Soule y John D. McCarthy, «Protest under Fire? Explaining the Policing of Protest», *American Sociological Review*, 68, 4 (2003).
- Eley, Geoff, *The Crooked Line*, Ann Arbor, MI, 2005.
- Ellis, Richard J., «Romancing the Oppressed: The New Left and the Left Out», *The Review of Politics*, 58, 1 (1996).
- English, Richard, *Armed Struggle: The History of the IRA*, Oxford, 2005.
- Epistémon (pseudónimo de Didier Anzieu), *Ces idées qui ont ébranlé la France: Nanterre, novembre 1967-juin 1968*, 1968.
- Ergas, Yasmine, «1968-79. Feminism and the Italian Party System: Women's Politics in a Decade of Turmoil», *Comparative Politics*, 14, 3 (1982).
- Eribon, Didier, *Michel Foucault (1926-1984)*, 1989.
- Eynon, Brett, «Community in Motion: The Free Speech Movement, Civil Rights, and the Roots of the New Left», *The Oral History Review*, 17, 1 (1989).
- Fabre-Luce, Alfred, *J'ai vécu plusieurs siècles*, 1974.
- Fairfield, Richard, *Communes USA*, Nueva York, 1972.
- Falcon, Priscilla, «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968-1969», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 24, 2-3 (2003).
- Farrell, James, *The Spirit of the 60s: Making Postwar Radicalism*, Nueva York, 1997.
- Farrell, Michael, et al., «Discussion on the Strategy of People's Democracy», *New Left Review*, 1, 55 (mayo-junio 1969).
- Favretto, Ilaria, «Rough Music and Factory Protest in Post-1945 Italy», *Past and Present*, 228, 1 (2015).
- Ferguson, Niall, *Kissinger, 1923-1968: The Idealist*, 2015.
- Ferry, Luc, y Alain Renaut, *La pensée 68: essai sur l'anti-humanisme contemporain*, 1985.
- Flacks, Richard, «Social and Cultural Meanings of Student Revolt: Some

- Informal Comparative Observations», *Social Problems*, 17, 3 (1970).
- Foccart, Jacques, *Le Général en Mai. Journal de l'Élysée*, vol. II: 1968-1969, 1998.
- Foley, Michael S., *Countering the War Machine: Draft Resistance during the Vietnam War*, Chapel Hill, NC, 2003.
- Foot, Paul, *The Rise of Enoch Powell*, 1969.
- Fouchet, Christian, *Mémoires d'hier et de demain*, vol. I: *Au service du général de Gaulle: Londres 1940, Varsovie 1945, Alger 1962, Mai 1968*, 1971.
- Fraser, Ronald, con Daniel Bertaux, Bret Eynon, Ronald Grele, Béatrix le Wita, Danièle Linhart, Luisa Passerini, Jochen Staadt y Annemarie Tröger, 1968: *A Student Generation in Revolt*, 1988.
- Freeman, Jo, *The Politics of Women's Liberation: A Case Study of an Emerging Social Movement and its Relation to the Policy Process*, 1978.
- Freeman, Joshua B., «Hardhats: Construction Workers, Manliness, and the 1970 Pro-War Demonstrations», *Journal of Social History*, 26, 4 (1993).
- , *American Empire: The Rise of a Global Power, the Democratic Revolution at Home, 1945-2000*, Nueva York, 2012.
- Frey, Matthias, *Postwall German Cinema: History, Film History and Cinephilia*, 2013.
- Furlough, Ellen, «Packaging Pleasures: Club Méditerranée and French Consumer Culture, 1950-1968», *French Historical Studies*, 18, 1 (1993).
- Gales, Kathleen E., «A Campus Revolution», *British Journal of Sociology*, 17, 1 (1966).
- Gastaut, Yvan, «Les bidonvilles, lieux d'exclusion et de marginalité en France durant les Trente Glorieuses», *Cahiers de la Méditerranée*, 69 (2004).
- Geismar, Alain, *Mon Mai 1968*, 2008.
- Georgi, Frank, «“Le pouvoir est dans la rue”, 30 mai 1968 la “Manifestation gaulliste”, des Champs-Élysées», *Vingtième Siècle: Revue d'Histoire*, 48 (1995).
- , «Jeux d'ombres. Mai, le mouvement social et l'autogestion (1968-2008)», *Vingtième Siècle: Revue d'Histoire*, 98 (2008).
- Gerassi, John, *Talking with Sartre: Conversations and Debates*, New Haven, CT, 2009.
- Germain, Rosie, «Reading the Second Sex in 1950s America», *Historical Journal*, 56, 4 (2013).
- , «The British and American Reception of French Existentialism, 1939-1972», tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2013.
- Giesbert, Franz-Olivier, *Jacques Chirac*, 1987.
- Gildea, Robert, James Mark y Anette Warring (eds.), *Europe's 1968: Voices of*

- Revolt*, Oxford, 2013.
- , James Mark, y Niek Pas, «European Radicals and the “Third World”: Imagined Solidarities and Radical Networks, 1958-73», *Cultural and Social History*, 8, 4 (2011).
- Ginsborg, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1980*, 1990.
- Goldman, Pierre, *Souvenirs obscurs d'un juif polonais né en France*, 1975.
- Gordon, Daniel A., «A Mediterranean New Left? Comparing and Contrasting the French PSU and the Italian PSIUP», *Contemporary European History*, 19, 4 (2010).
- Gorman, Robert, *Michael Harrington: Speaking American*, Nueva York, 1995.
- Gormley, Joe, *Battered Cherub*, 1982.
- Goupil, Romain, entrevista, *Esprit*, 242, 5 (1998).
- Graham, Gael, *Young Activists: American High School Students in the Age of Protest*, DeKalb, IL, 2006.
- Granberg, Donald, y Keith E. Campbell, «Certain Aspects of Religiosity and Orientations toward the Vietnam War among Missouri Undergraduates», *Sociological Analysis*, 34, 1 (1973).
- Grappin, Pierre, *L'île aux peupliers. De la Résistance à Mai 68: Souvenirs du doyen de Nanterre*, Nancy, 1993.
- Grimaud, Maurice, *En mai, fais ce qu'il te plaît. Le préfet de police de Mai 68 parle*, 1977.
- Gruel, Louis, *La rébellion de 68. Une relecture sociologique*, Rennes, 2004.
- Guilhaumou, Jacques, «Mémoires d'un étudiant en Mai 1968: le flux des manifestations et le protagoniste de l'événement», *Le Mouvement Social*, 233 (2010).
- Hale, Christopher, *Massacre in Malaya: Exposing Britain's My Lai*, 2013.
- Hall, Eric Allen, «“I Guess I'm Becoming More and More Militant”: Arthur Ashe and the Black Freedom Movement, 1961-1968», *Journal of African American History*, 96, 4 (2011).
- Hall, Stuart, «The Great Moving Right Show», *Marxism Today* (enero de 1979).
- Hall, Stuart, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke y Brian Roberts (eds.), *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*, ed. de 2013.
- Halsey, A. H., y Stephen Marks, «British Student Politics», *Daedalus*, 97, 1 (1968).
- Hamilton, Scott, *The Crisis of Theory: E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics*, Mánchester, 2011.
- Hammond, Philip E., y Robert E. Mitchell, «Segmentation of Radicalism: The Case of the Protestant Campus Minister», *American Journal of Sociology*,

- 71, 2 (1965).
- Haworth, Rachel, «Representations of 1968 in French Popular Music: The Case of Dominique Grange», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008).
- Hay, Roy, y John McLauchlan, «The Oral History of Upper Clyde Shipbuilders: A Preliminary Report», *Oral History*, 2, 1 (1974).
- Hayden, Tom, *Reunion: A Memoir*, ed. de 1989.
- , *Radical Nomad: C. Wright Mills and his Times*, Boulder, CO, 2006.
- Hazareesingh, Sudhir, *In the Shadow of the General: Modern France and the Myth of de Gaulle*, Oxford, 2012.
- Healey, Denis, *The Time of My Life*, 1990.
- Heffer, Simon, *Like the Roman: The Life of Enoch Powell*, 1998.
- Heineman, Kenneth J., *Campus Wars: The Peace Movement at American State Universities in the Vietnam Era*, Nueva York, 1993.
- HMSO, *Report from the Select Committee on Education and Science, Session 1968-69, Student Relations*, 7 vols., 1969.
- Hobsbawm, Eric, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, 2002.
- Hoch, Paul, y Vic Schoenbach, *LSE: The Natives Are Restless: A Report on Student Power in Action*, 1969.
- Hocquenghem, Guy, *Lettre ouverte à ceux qui ont passés du vol Mao au Rotary*, 1986.
- , *L'amphithéâtre des morts*, 1998.
- Hoefflerle, Caroline, «Just at Sunrise: The Sunrise Communal Farm in Rural Mid-Michigan, 1971-1978», *Michigan Historical Review*, 23, 1 (1997).
- , *British Student Activism in the Long Sixties*, 2012.
- Horn, Gerd-Rainer, *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, 2007.
- , *The Spirit of Vatican II: Western European Progressive Catholicism in the Long Sixties*, Oxford, 2015.
- Horowitz, Daniel, «Rethinking Betty Friedan and the Feminine Mystique: Labor Union Radicalism and Feminism in Cold War America», *American Quarterly*, 48, 1 (1996).
- Huff, Christopher A., «Radicals Between the Hedges: The Origins of the New Left at the University of Georgia and the 1968 SitIn», *The Georgia Historical Quarterly*, 94, 2 (2010).
- Hulsether, Mark, «“Christianity and Crisis” in the 1950s and Early 1960s: A Case Study in the Transformation of Liberal Protestant Thought», *The Journal of Presbyterian History*, 79, 2 (2001).
- Isserman, Maurice, *The Other American: The Life of Michael Harrington*, Nueva York, 2001.

- Ives, Eric, Diane K. Drummond y Leonard Schwarz (eds.), *The First Civic University: Birmingham, 1880-1980*, Birmingham, 2000.
- Jacka, Keith, Caroline Cox y John Marks, *The Rape of Reason: The Corruption of the Polytechnic of North London*, Enfield, 1975.
- Jackson, Julian, *Living in Arcadia: Homosexuality, Politics and Morality in France from the Liberation to Aids*, Chicago, 2010.
- Jacobs, Ron, *The Way the Wind Blew: A History of the Weather Underground*, 1997.
- Jeffrey-Jones, Rhodri, *Peace Now!: American Society and the Ending of the Vietnam War*, New Haven, CT, 1999.
- Jeffries, Hasan Kwame, «SNCC, Black Power, and Independent Political Party Organizing in Alabama, 1964-1966», *Journal of African American History*, 91, 2 (2006).
- Jeffries, Judson L. (ed.), *On the Ground: The Black Panther Party in Communities across America*, Jackson, MI, 2010.
- Jenkins, Roy, *A Life at the Centre* (1991).
- Joffrin, Laurent, *Mai 68. Histoire des événements* (1988).
- Johnson, Roberta Ann, «The Prison Birth of Black Power», *Journal of Black Studies*, 5, 4 (1975).
- Jones, Thai, *A Radical Line: From the Labor Movement to the Weather Underground, One Family's Century of Conscience*, Nueva York, 2004.
- Joseph, Peniel E., «The Black Power Movement, Democracy and America in the King Years», *American Historical Review*, 114, 4 (2009).
- Julia, Dominique, «Le mouvement étudiant», *Études* (junio-julio de 1968).
- Julliad, Jacques, entrevista a Patrick Fridenson, *Le Mouvement Social*, 223 (2008).
- Kane, John J., «Civil Rights in Northern Ireland», *The Review of Politics*, 33, 1 (1971).
- Kasinsky, Renée, *Refugees from Militarism*, New Brunswick, NJ, 1976.
- Keane, John, *Vaclav Havel: A Political Tragedy in Six Acts*, 1999.
- Kenny, Anthony, *A Path from Rome*, Oxford, 1986.
- Kissinger, Henry, *The White House Years*, 1979.
- Klarsfeld, Beate y Serge, *Mémoires*, 2015.
- Klimke, Martin, *The Other Alliance: Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*, Princeton, 2010.
- Kornetis, Kostis, *Children of the Dictatorship: Student Resistance, Cultural Politics, and the «Long 1960s» in Greece*, 2013.
- Kriegel, Annie, *Ce que j'ai cru comprendre*, 1991.
- Krieger, Susan, *Hip Capitalism*, 1979.

- Krivine, Alain, *Ça te passera avec l'âge*, 2006.
- Kundnani, Hans, *Utopia or Auschwitz: Germany's 1968 Generation and the Holocaust*, 2009.
- Kurlansky, Mark, *1968: The Year that Rocked the World*, 1998.
- Kusch, Frank, *Battleground Chicago: The Police and the 1968 Democratic National Convention*, Chicago, 2004.
- Kutschke, Beate, y Barley Norton (eds.), *Music and Protest in 1968*, Cambridge, 2013.
- Laing, Adrian, *R. D. Laing: A Biography*, 1994.
- Lallement, Bernard, «Libé». *L'oeuvre impossible de Sartre*, 2004.
- Landron, Olivier, *À la droite du Christ. Les catholiques traditionnels en France depuis le Concile Vatican II, 1965-2015*, 2015.
- Lang, Clarence, «Between Civil Rights and Black Power in the Gateway City: The Action Committee to Improve Opportunities for Negroes (Action), 1964-1975», *Journal of Social History*, 37, 3 (2004).
- Langeois, Christian, *Henri Krasucki, 1924-2003*, 2012.
- Layerle, Sébastien, «En l'autre bord. Filmer les forces de l'opposition à Mai 68», *Le Mouvement Social*, 223, 2 (2008).
- Le Dantec, Jean-Pierre, «D'où vient l'établissement», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Le Garrec, Jean, *Une vie à gauche*, 2006.
- Le Goff, Jean-Pierre, *La fin du village. Une histoire française*, 2012.
- Lever, Janet, y Pepper Schwartz, *Women at Yale: Liberating a College Campus*, Nueva York, 1971.
- Levine, Donald, «Sociology Confronts Student Protest», *The School Review*, 78, 4 (1970).
- Levy, Peter B., *The New Left and Labor in the 1960s*, Urbana, IL, 1994.
- Lichter, Robert S., y Stanley Rothman, «Jews on the Left: The Student Movement Reconsidered», *Polity*, 14, 2 (1981).
- Lieberman, Robbie, *Prairie Power: Voices of 1960s Midwestern Student Protest*, Columbia, MO, 2004.
- Linhart, Robert, *L'établi*, 1978/1981.
- Linhart, Virginie, *Volontaires pour l'usine. Vies d'établis, 1967-1977*, 1994.
- , *Le jour où mon père s'est tu*, 2008.
- Logan, R. F. L., y E. M. Goldberg, «Rising Eighteen in a London Suburb: A Study of Some Aspects of the Life and Health of Young Men», *British Journal of Sociology*, 4, 4 (1953).
- Long, Imogen, «Writing Gaullist Feminism: Françoise Parturier's Open Letters, 1968-1974», *Modern and Contemporary France*, 19, 3 (2011).

- Lougarot, Gisèle, *Pays Basque Nord: Mai 68 en mémoires*, Bayona, 2008.
- Lumley, Robert, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978*, 1990.
- Lyons, Paul, *The People of this Generation: The Rise and Fall of the New Left in Philadelphia*, Philadelphia, PA, 2003.
- McMillian, John, «“Our Founder, the Mimeograph Machine”: Participatory Democracy in Students for a Democratic Society’s Print Culture», *Journal for the Study of Radicalism*, 2, 2 (2008).
- Maeda, Darryl J., «Black Panthers, Red Guards, and Chinamen: Constructing Asian American Identity through Performing Blackness, 1969-1972», *American Quarterly*, 57, 4 (2005).
- Mammone, Andrea, «The Transnational Reaction to 1968: Neo-Fascist National Fronts and Political Cultures in France and Italy», *Contemporary European History*, 17, 2 (2008).
- Maney, Gregory, «Transnational Mobilization and Civil Rights in Northern Ireland», *Social Problems*, 47, 2 (2000).
- Mankoff, Milton, y Richard Flacks, «The Changing Social Base of the American Student Movement», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 395 (1971).
- Manotti, Dominique, «Roman noir», *Le Mouvement Social*, 219-220 (2007).
- Marcellin, Raymond, *L’ordre public et les groupes révolutionnaires*, 1969.
- Margairaz, Michel, y Danielle Tartakowsky (eds.), *1968 entre libération et libéralisation. La grande bifurcation*, Rennes, 2010.
- Markovits, Andrei, *The Politics of West German Trade Unions: Strategies of Class and Interest Representation in Growth and Crisis*, Cambridge, 1986.
- Martin, Roger, *Patron de droit divin*, 1984.
- Marwick, Arthur, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-c.1974*, Oxford, 1998.
- Massu, Jacques, *Baden 68. Souvenirs d’une fidélité gaulliste*, 1983.
- Matlin, Daniel, «On Fire: the City and American Protest in 1968».
- Maurin, Eric, y Sandra McNally, «Vive la Révolution! Long-Term Educational Returns of 1968 to the Angry Students», Centre for the Economics of Education, LSE, 2005.
- McAdam, Doug, «The Biographical Consequences of Activism», *American Sociological Review*, 54, 5 (1989).
- McGrogan, Manus, «Vive la Révolution and the Example of Lotta Continua: The Circulation of Ideas and Practices Between the Left Militant Worlds of France and Italy Following May ’68», *Modern and Contemporary France*, 18, 3 (2010).

- McLaughlin, Malcolm, *The Long Hot Summer of 1967: Urban Rebellion in America*, 2014.
- Mercer, Ben, «The Paperback Revolution: Mass Circulation Books and the Cultural Origins of 1968 in Western Europe», *Journal of the History of Ideas*, 72, 4 (2011).
- Mercier, Charles, «René Rémond à Nanterre en 1968», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 4, 104 (2009).
- Merle, Robert, *Derrière la vitre*, 1970.
- Mershon, Carol A., «Between Workers and Union: Factory Councils in Italy», *Comparative Politics*, 21, 2 (1989).
- Mewes, Horst, «The German New Left», *New German Critique*, 1 (1973).
- Milkis, Sidney M., y Mileur, Jerome M. (eds.), *The Great Society and the High Tide of American Liberalism*, Amherst, MA, 2005.
- Miller, James, *Democracy is in the Street: From Port Huron to the Siege of Chicago*, Cambridge, MA, 1994.
- Minces, Juliette, «Réflexions autour du “Journal de la Commune Étudiante”», *L'Homme et la Société*, 16, 1 (1970).
- Mitterrand, François, *Lettres à Anne, 1962-1995*, 2016.
- Mohandesi, Salar, «“Becoming one with the people”: l'établi américain hier et aujourd'hui», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Morazé, Charles, *Un historien engagé. Mémoires*, 2007.
- Morin, Edgar, *Autocritique*, 1959.
- , *Journal, 1962-1987*, 2012.
- Nelson, Alondra, *Body and Soul: The Black Panther Party and the Fight Against Medical Discrimination*, Mineápolis, MN, 2013.
- Neville Brown, L., «Student Protest in England», *The American Journal of Comparative Law*, 17, 3 (1969).
- Neville, Richard, *Hippie Hippie Shake*, 1995.
- Nicolet, Claude, *Pierre Mendès France ou le métier de Cassandra*, 1959.
- Nivet, Philippe, «Maurice Grimaud et Mai 1968», *Histoire@Politique*, 3, 27 (2015).
- Noiriel, Gérard, *Penser avec, penser contre. Itinéraire d'un historien*, 2003.
- Nora, Pierre (ed.), *Essais d'égo-histoire*, 1987.
- Norman, Philip, *The Stones*, ed. de 1985.
- Olmi, Jean-Claude, «Les lycéens contre l'armée», *Esprit*, 424 (mayo de 1973).
- Paget, Karen M., «From Stockholm to Leiden: The CIA's Role in the Formation of the International Student Conference», *Intelligence and National Security*, 18, 2 (2003).
- , *Patriotic Betrayal: The Inside Story of the CIA's Secret Campaign to Enrol*

- American Students in the Crusade against Communism*, New Haven, CT, 2015.
- Pagis, Julie, «La politisation d'engagements religieux. Retour sur une matrice de l'engagement en Mai 68», *Revue Française de Science Politique*, 60, 1 (2010).
- , *Mai 68, un pavé dans leur histoire*, 2014.
- Passerini, Luisa, *Autobiography of a Generation: Italy 1968*, Hannover, NH, 1996.
- Passerini, Luisa, y Anne-Marie Aymard, «Le mouvement de 1968 comme prise de parole et comme explosion de la subjectivité: le cas de Turin», *Le Mouvement Social*, 143 (1988).
- Paulson, Darryl, y Janet Stiff, «An Empty Victory: The St Petersburg Sanitation Strike, 1968», *Florida Historical Quarterly*, 57 (1979).
- Payne, Cril, *Deep Cover: An FBI Agent Infiltrates the Radical Underground*, Nueva York, 1979.
- Pereira, N., y R. Schär, «Soixante-huitards helvétiques. Étude prosopographique», *Le Mouvement Social*, 239, 2 (2012).
- Perrot, Jean-Claude y Michelle, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron, «La Sorbonne par elle-même: mai-juin 1968», *Le Mouvement Social*, 64 (1968).
- Peyrefitte, Alain, *C'était de Gaulle*, 1994/2002.
- Phillips-Fein, Kim, *Invisible Hands: The Businessmen's Crusade Against the New Deal*, 2010.
- Piaget, Charles, *Lip. Charles Piaget et les Lip racontent*, 1973.
- Pitt, Malcolm, *The World on our Backs: The Kent Miners and the 1972 Miners' Strike*, 1979.
- Pizzolato, Nicola, «“I Terroni in Città”: Revisiting Southern Migrants' Militancy in Turin's “Hot Autumn”», *Contemporary European History*, 21, 4 (2012).
- Porhel, Vincent, *Ouvriers bretons. Conflits d'usines, conflits identitaires en Bretagne dans les années 1968*, Rennes, 2008.
- Posner, Charles (ed.), *Reflections on the Revolution in France: 1968*, 1970.
- Power, Lisa, *No Bath but Plenty of Bubbles: An Oral History of the Gay Liberation Front, 1970-73*, 1995.
- Prazan, Michaël, *Pierre Goldman: le frère de l'ombre*, 2005.
- Prince, Simon, «The Global Revolt of 1968 and Northern Ireland», *Historical Journal*, 49, 3 (2006).
- Prochasson, Christophe, *François Furet: les chemins de la mélancolie*, 2013.
- Rae, John, *The Old Boys' Network: A Headmaster's Diaries, 1972-1986*, ed. de 2009.
- Raguénès, Jean, *De Mai 68 à LIP. Un dominicain au coeur des luttes*, 2008.

- Raskin, Eleanor, 10 May 1968, *Journal of American Studies*, 19, 2 (1985).
- Raskin, Jonah, *Out of the Whale: Growing up in the American Left*, Nueva York, 1974.
- Rauch, Marie-Ange, *Le théâtre en France en 1968*, 2008.
- Rauzy, Antoine, «L'apparition et l'extension des comités de soldats en France dans les années 70 (mai 1974-mars 1976)», *History MA*, París, 1999.
- Reeves, Michelle, «“Obey the Rules or Get Out”, Ronald Reagan’s 1966 Gubernatorial Campaign and the “Trouble in Berkeley”», *Southern California Quarterly*, 92, 3 (2010).
- Reichard, Richard, «We Can’t Hide and They Are Wrong: The Society for Homosexual Freedom and the Struggle for Recognition at Sacramento State College, 1969-1971», *Law and History Review*, 28, 3 (2010).
- Reid, Donald, «“Établissement”: Working in the Factory to Make Revolution in France», *Radical History Review*, 88 (2004).
- Reynolds, Chris, «Understanding 1968 – the Case of Brest», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008).
- , *Sous les pavés ... The Troubles: Northern Ireland, France and the European Collective Memory of 1968*, Fráncfort, 2014.
- Reynolds, Sian, «Dijon in May 1968: Local Politics, the Spectre of Anarchy and the “Silent Majority”», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008).
- Richard, Gilles, y Jacqueline Sainclivier (eds.), *Les partis à l'épreuve de 68. L'émergence de nouveaux clivages, 1971-1974*, Rennes, 2012.
- Rioux, Jean-Pierre, «Tombeau pour Mendès France», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 2 (1984).
- , «À propos des célébrations décennales du Mai français», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 23,1 (1989).
- Ritterband, Paul, «Ethnic Power and the Public Schools: The New York City School Strike of 1968», *Sociology of Education*, 47, 2 (1974).
- Rivenc, François, «Quelques réflexions sur l'établissement en usine», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Robert, Frédéric, «The Rhetoric of Social Movements: Differential Images of the Recruitment in Students for a Democratic Society (SDS), 1960-1965», *Revue Française d'Études Américaines*, 99 (2004).
- Rocard, Michel, «intervención», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 63, 1 (2001), «Table ronde: Pierre Mendès France et Mai 68»
- , *Si la gauche savait. Entretiens avec Georges-Marc Benamou*, 2005.
- Rogers, Bethany L., «Teaching and Social Reform in the 1960s: Lessons from National Teacher Corps Oral Histories», *The Oral History Review*, 35, 1 (2008).

- Rolin, Olivier, *Tigre en papier*, 2002.
- Rondeau, Daniel, *L'enthousiasme*, 2006.
- Rooke, Margaret, *Anarchy and Apathy: Student Unrest, 1968-1970*, 1971.
- Roos, Philip, «A Comment on Student Protest», *American Sociological Review*, 35, 3 (1970).
- Rorabaugh, W. J., *Berkeley at War: The 1960s*, Oxford, 1989.
- , *Kennedy and the Promise of the Sixties*, Cambridge, 2002.
- Ross, Kristin, *May 68 and its Afterlives*, Chicago, 2004.
- Rossinow, Doug, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity and the New Left in America*, Nueva York, 1998.
- Rouède, André, «La révolte des lycéens», *Esprit*, 372 (1968).
- Roussel, Éric, *Georges Pompidou*, 1984.
- , *Pierre Mendès France*, 2007.
- Rowbotham, Sheila, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties* (edición de bolsillo, 2001).
- , «Cleaners' Organizing in Britain from the 1970s: A Personal Account», *Antipode: A Radical Journal of Geography*, 38, 3 (2006).
- Rudd, Mark, *Underground: My Life with SDS and the Weathermen*, Nueva York, 2009.
- Russier, Gabrielle, *Lettres de prison*, 1970.
- Salper, Roberta, «U.S. Government Surveillance and the Women's Liberation Movement, 1968-1973: A Case Study», *Feminist Studies*, 34, 3 (2008).
- Saville, John, *Memoirs from the left*, 2003.
- Scargill, Arthur, y Peggy Kahn, *The Myth of Workers' Control*, Leeds (el año de publicación normalmente reseñado es 1980, pero, obviamente, fue anterior a este).
- Schelsky, Helmut, *Die skeptische Generation: Eine Soziologie der deutschen Jugend*, Colonia, 1957.
- , «The Wider Setting of Disorder in the German Universities», *Minerva*, 10, 4 (1972).
- Schilling, Britta, *Postcolonial Germany: Memories of Empire in a Decolonized Nation*, Oxford, 2014.
- Schlesinger, Arthur M., Jr, *The Crisis of Confidence: Ideas, Power and Violence in America*, Boston, 1969.
- , *Robert Kennedy and His Times*, vol. II, Boston, 1978.
- , *Journals, 1952-2000*, 2007.
- Schnapp, Alain, y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la Commune Étudiante. Textes et documents. Novembre 1967-juin 1968*, 1969.
- Schuman, Howard, y Jacqueline Scott, «Generations and Collective Memories»,

- American Sociological Review*, 54, 3 (1989).
- Schuyler, Michael W., «Ghosts in the White House: LBJ, RFK and the Assassination of JFK», *Presidential Studies Quarterly*, 17, 3 (1987).
- Schwartz, Thomas Alan, *Lyndon Johnson and Europe: In the Shadow of Vietnam*, Cambridge, MA, 2003.
- Sedgwick, Peter, «Pseud Left Review», *International Socialism*, 25 (1966).
- , «Victory for the Vietcong. Is it the Right Slogan?», *Labour Worker*, 5 (agosto de 1966).
- Sedlmaier, Alexander, y Stephen Malinowski, «“1968”: A Catalyst to Consumer Society», *Cultural and Social History*, 8, 2 (2011).
- Seidman, Michael, «Workers in a Repressive Society of Seductions: Parisian Metallurgists in May-June 1968», *French Historical Studies*, 18, 1 (1993).
- Seiffert, Jeanette “*Marsch durch die Institutionen?*”: *Die “68er” in der SPD*, Bonn, 2009.
- Self, Robert, «“To Plan Our Liberation”: Black Power and the Politics of Race in Oakland, California, 1965-1977», *Journal of Urban History*, 26 (2000).
- Seligmann, Françoise, *Liberté, quand tu nous tiens ... vol. II: L’espoir et la honte: Mendès, l’Algérie, Mai 68*, 2003.
- Serenelli, Sofia, «Private 1968 and the Margins: The Vicolo Cassini’s Community in Macerata, Italy», *Memory Studies*, 6, 1 (2013).
- Shepherd, Robert, *Enoch Powell*, 1996.
- Shesol, Jeff, *Mutual Contempt: Lyndon Johnson, Robert Kennedy and the Feud that Defined a Decade*, Nueva York, 1997.
- Shey, Thomas, «Sex and Family Planning in Denmark», *International Journal of Sociology of the Family*, 7 (1977).
- Short, Philip, *Mitterrand: A Study in Ambiguity*, 2013.
- Simon, Catherine, *Algérie, les années pieds-rouges. Des rêves de l’indépendance au désenchantement (1962-1969)*, 2009.
- Sjøli, Hans Peter, «Maoism in Norway», *Scandinavian Journal of History*, 33, 4 (2008).
- Skardhamar, Lara P., «“Real Revolution” in Kana Commune», *Scandinavian Journal of History*, 33, 4 (2008).
- Small, Melvin, *Johnson, Nixon and the Doves*, New Brunswick, NJ, 1988.
- Sommier, Isabelle, «Mai 68: sous les pavés d’une page officielle», *Sociétés Contemporaines*, 20 (1994).
- Stedman Jones, Gareth, entrevista con Eric Hobsbawm, *Marxism Today* (noviembre de 1986).
- , «History and Theory: An English Story», *Historein*, 3 (2001).
- Stern, Susan, *With the Weathermen: The Personal Journey of a Revolutionary*

- Woman, 1975.
- Stryker, Sean D., «Knowledge and Power in the Students for a Democratic Society, 1960-1970», *Berkeley Journal of Sociology*, 38 (1993).
- Sugrue, Thomas J., «Affirmative Action from Below: Civil Rights, the Building Trades, and the Politics of Racial Equality in the Urban North, 1945-1969», *Journal of American History*, 91, 1 (2004).
- , *Sweet Land of Liberty: The Forgotten Struggle for Civil Rights in the North*, Nueva York, 2008.
- Supple, Barry, *Doors Open*, 2009.
- Suran, Justin David, «Coming Out Against the War: Antimilitarism and the Politicization of Homosexuality in the Era of Vietnam», *American Quarterly*, 53, 3 (2001).
- Tarrow, Sidney, *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, 1989.
- Taylor, J. D., «The Party's Over? The Angry Brigade, the Counter-Culture and the British New Left, 1967-1972», *Historical Journal*, 58, 3 (2015).
- Taylor, Peter, *Behind the Mask: The IRA and Sinn Féin*, 1997.
- Thompson, E. P., *Writing by Candlelight*, 1980.
- Thompson, Ruth Anne, «“A Taste of Student Power”: Protest at the University of Tennessee, 1964-1970», *Tennessee Historical Quarterly*, 57, 1 (1998).
- Todd, Olivier, *Malraux: Une vie*, 2001.
- Tolomelli, Marica, «1968: Formen der Interaktion zwischen Studenten- und Arbeiterbewegung in Italien und der Bundesrepublik», *Geschichte und Gesellschaft*, n.º especial 17 (1998).
- , «De l'universités [sic] à l'usine: Italie et Allemagne (1968- 1973)», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015).
- Tröger, Annemarie, «Les enfants du Tertiaire: le mouvement étudiant en RFA de 1961 à 1969», *Le Mouvement Social*, 143 (1988).
- Turpin, Frédéric, *Jacques Foccart. Dans l'ombre du pouvoir*, 2015.
- Tyler May, Elaine, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*, ed. de 2008.
- Varon, Jeremy, *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies*, Berkeley, CA, 2004.
- Veyne, Paul, *Et dans l'éternité je ne m'ennuierai pas. Souvenirs*, 2014.
- Vigna, Xavier, «Les ouvriers de Denain et de Longwy face aux licenciements (1978-1979)», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 84 (2004).
- , *L'Insubordination ouvrière dans les années 68. Essai d'histoire politique des usines*, Rennes, 2007.

- , «Préserver l'ordre usinier en France à la fin des années 68», *Agone*, 50 (2013).
- Vigna, Xavier, y Michelle Zancarini-Fournel, «Les rencontres improbables dans “les années 68”», *Vingtième Siècle: Revue d'Histoire*, 101 (2009).
- Vincendeau, Ginette, *Jean-Pierre Melville: An American in Paris*, 2003.
- Von der Goltz, Anna, «Generations of 68ers: Age-Related Constructions of Identity and Germany's “1968”», *Social and Cultural History*, 8, 4 (2011).
- Waldegrave, William, *A Different Kind of Weather: A Memoir*, 2015.
- Wallace, Christine, *Germaine Greer: Untamed Shrew*, 1997.
- Wallach, Jennifer Jensen, «Replicating History in a Bad Way? White Activists and Black Power in SNCC's Arkansas Project», *Arkansas Historical Quarterly*, 67, 3 (2008).
- Waters, Rob, «Black Power on the Telly: America, Television, and Race in 1960s and 1970s Britain», *Journal of British Studies*, 54, 4 (2015).
- Wells, Tom, *The War Within: America's Battle over Vietnam*, Berkeley, CA, 1994.
- Whalen, Jack, y Richard Flacks, *Beyond the Barricades: The Sixties Generation Grows Up*, Filadelfia, PA, 1989.
- Wiazemsky, Anne, *Une année studieuse*, 2012.
- Widgery, David (ed.), *The Left in Britain, 1956-1968*, 1976.
- Williams, Shirley, *Climbing the Bookshelves*, 2009.
- Wood, James L., «Remembering the Free Speech Movement: Notes of an Observer», *Sociological Focus*, 13, 3 (1980).
- Wright Mills, C., *Letters and Autobiographical Writings*, edición a cargo de Kathryn Mills y Pamela Mills, 2000.
- Wyatt, David, *When America Turned: Reckoning with 1968*, Amherst MA, 2014.
- Zantovsky, Michael, *Havel: A Life*, 2014.
- Ziegler, Philip, *Wilson: The Authorized Biography*, 1993.

SITIOS WEB

- «Back to Rudi Dutschke's Pram» en Sightandsight: «Let's talk European», 7 de enero de 2008, <http://www.signandsight.com/features/1633.html>
- <http://www.margareththatcher.org>
- www.leeds.ac.uk/reporter/may68/protest.htm
- <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0002987248>
- Entrevista a Karsten Voigt por Harry Kreisler, 2001, <http://globetrotter.berkeley.edu/people/Voigt/voigt-con0.html>

<http://www.birmingham.ac.uk/Documents/college-artslaw/history/cccs/Interview-Transcripts/Dick-Atkinson.pdf>

ARCHIVOS

London National Archives CAB 128/44/51

CRIM 1/5256

DPP 2/4379

DPP 2/5018/4

DPP 2/4548

ED 207/125

FCO 7/863

FCO 13/58

FCO 21/215

FCO 9/252

FCO 68/128

FO 1042/125

FO 1042/126

HO 325/104

MEPO 2/10962

MEPO 2/10986

PREM 13/2653

Cambridge, Churchill College

Documentos de Hailsham, HLSM 2/42/2/57

Cambridge University Library

Documentos de Needham, K 323

Londres, King's College

Archives of King's College Students' Union KU/M2/7

Stafford, Staffordshire Public Record Office

D 4490/48

Warwick University, Modern Records Centre

Archives of National Union of Students, MSS 280/51/3

París, Institut d'Études Politiques

Archives of Maurice Grimaud

Agradecimientos

Doy las gracias a mi editor Simon Winder y a James Pullen —mi agente en Wylie—, cuya participación en este libro ha ido más allá de sus obligaciones. Bela Cunha, la reina de las correctoras, tuvo a bien dejar una jubilación parcial para —con su característica mezcla de rigor y comprensión— trabajar por mí. La ayuda de Cecilia MacKay en la búsqueda de imágenes ha sido inestimable. Dedico agradecimientos especiales a C. Clark Kissinger y Matti Salmi, quienes no solamente me dieron permiso para utilizar unas fotografías tomadas por ellos, sino que también se volcaron para aportar información. Mikko Pyhälä y Juho Saksholm fueron de gran ayuda a la hora de ubicar una de las imágenes.

Stuart Aveyard, James Bjork, Chris Dillon, Sarah Howard, Tom Kelsey, Dan Matlin, Helen Parr y Maggie Scull han leído todo o partes de este libro y les agradezco sus útiles consejos. También agradezco las opiniones que he recibido de los alumnos del King's College de Londres a los que he dado clase durante los últimos veinte años. Lisa Bald y Rosie Germain me han dejado leer su importante obra no publicada.

Doy las gracias, sobre todo, a mi familia: mis padres, mi hermana Katie, mi cuñado Richard y mis hijos Emma y Alexander. Alison Henwood leyó íntegramente el borrador de este libro, pero mi deuda con ella, como siempre, va más allá de esta ayuda útil o de cualquier cosa que yo pueda expresar con palabras.

Notas

INTRODUCCIÓN

- [1.](#) Olivier Assayas, entrevista en *Film Comment* (marzo-abril de 2013).

[2.](#) Daniel Rondeau, *L'enthousiasme* (2006).

[3.](#) Jonah Raskin, *Out of the Whale: Growing up on the American Left* (Nueva York, 1974); Thai Jones, *A Radical Line: From the Labor Movement to the Weather Underground: One Family's Century of Conscience* (Nueva York, 2004).

[4.](#) Daniel Bertaux, Danièle Linhart y Beatrix le Wita, «Mai 1968 et la formation de générations politiques en France», *Le Mouvement Social*, 143 (1988), pp. 75-89.

5. Marica Tolomelli, «1968: Formen der Interaktion zwischen Studenten- und Arbeiterbewegung in Italien und der Bundesrepublik», *Geschichte und Gesellschaft. Sonderheft*, 17 (1998), pp. 82-100.

[6](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy, 1968* (Hannover, NH, 1996), p. 60.

1. LAS PALABRAS Y «LA COSA»: CÓMO DEFINIR EL 68

[1.](#) Stafford Staffordshire Public Record Office (Stafford), D4490/48, carta de J. C. H., 20 de noviembre de 1970.

[2.](#) *Ibid*, Powell a Patricia S., 12 de abril de 1972.

[3.](#) Stuart Hall, «The Great Moving Right Show», *Marxism Today*, enero de 1979.

[4.](#) Sean D. Stryker, «Knowledge and Power in the Students for a Democratic Society, 1960-1970», *Berkeley Journal of Sociology*, 38 (1993), pp. 89-138.

5. Charles Morazé, *Un historien engagé. Mémoires* (2007), p. 305.

[6](#). Intervención de Michel Rocard, «Table ronde: Pierre Mendès France et Mai 68», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, 63, 1 (2001), pp. 161-179.

7. Régis Debray, *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire* (1978), p. 49.

[8](#). Introducción del editor, Michael (Bommi) Baumann, *Love or Terror: a Personal Account of a West German Urban Guerrilla* (1979), p. 12.

[9.](#) Jeremy Varon, *Bringing the War Home: the Weather Underground, the Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies* (Berkeley, California, 2004), p. 46.

[10](#). Richard Crossman, *The Diaries of a Cabinet Minister*, vol. II: *Lord President of the Council and Leader of the House of Commons, 1966-68* (1976), p. 700, entrada del 10 de marzo de 1968.

[11](#). Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties* (ed. de 2001), p. 162.

[12](#). Lisa Power, *No Bath but Plenty of Bubbles: an Oral History of the Gay Liberation Front, 1970-73* (1995).

[13](#). Martin Klimke, *The Other Alliance: Student Protest in West and the United States in the Global Sixties* (Princeton, 2010), p. 14.

[14](#). Tom Hayden, *Reunion: a Memoir* (1988), p. 93.

15. <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0002987248>

[16](#). Pierre Grappin, *L'île aux peupliers. De la Résistance à Mai 68: Souvenirs du doyen de Nanterre* (Nancy, 1993), p. 281.

[17](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy, 1968* (Hannover NH, 1996), p. 109.

[18](#). Richard Fairfield, *Communes USA* (Nueva York, 1972), p. 3.

[19](#). *The Times*, 31 de octubre de 1968.

[20](#). Daniel Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée, la révolution* (1986).

[21](#). John Gerassi, *Talking with Sartre: Conversations and Debates* (New Haven CT, 2009), p. 236. Sartre dijo de Cohn-Bendit: «Distaba mucho de ser una persona brillante, no me gustó mucho».

[22](#). Anna Cento Bull y Philip Cooke, *Ending Terrorism in Italy* (2013), p. 75.

[23](#). Ron Jacobs, *The Way the Wind Blew: A History of the Weather Underground* (1997), p. 94.

[24](#). Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la Commune Étudiante: Textes et documents. Novembre 1967-juin 1968* (1969); Jean-Claude y Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron, «La Sorbonne par elle-même: mai-juin», en *Le Mouvement Social*, 64 (1968).

[25](#). Una publicación dedicó gran parte de uno de sus números a su propio papel durante 1968: *Le Mouvement Social*, 223 (2008).

[26](#). Geoff Eley, *The Crooked Line* (Ann Arbor, MI, 2005), pp. 4 y 53.

[27](#). TNA HO 325/104, Metropolitan Police, Special Branch Reports con fecha de 22 y 26 de febrero de 1968.

[28](#). Sudhir Hazareesingh, *In the Shadow of the General: Modern France and the Myth of de Gaulle* (Oxford, 2012), p. 185.

[29](#). Marc Ferro, *Mes histoires parallèles: entretiens avec Isabelle Veyrat-Masson* (2011), p. 338.

[30](#). Eric Hobsbawm, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life* (2002), p. 250.

[31](#). Scott Hamilton, *The Crisis of Theory: E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics* (Mánchester, 2011), p. 125.

[32](#). Julie Pagis, *Mai 68. Un pavé dans leur histoire* (2014), p. 81.

[33](#). Robbie Lieberman, *Prairie Power: Voices of 1960s Midwestern Student Protest* (Columbia, MO, 2004), p. 76.

[34](#). Julie Pagis, *Mai 68, un pavé dans leur histoire*, p. 31.

[35](#). Nicolas Daum, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien de 20 ans après* (1988). Este libro vio después una versión ligeramente revisada que arrojó algo más de luz sobre las trayectorias a largo plazo de sus entrevistados: *Mai 68 raconté par des anonymes* (2008).

[36](#). Myriam Chermette y Anne-Sophie Lechevallier, «Des droites: postures et récits de réactions» en Agnès Callu (ed.), *Le Mai 68 des historiens: Entre identités narratives et histoire orale* (2010), pp. 159-168, p. 164.

[37](#). Annie Kriegel, *Ce que j'ai cru comprendre* (1991), p. 710.

[38](#). Jean-Jacques Becker, *Un soir de l'été 1942... Souvenirs d'un historien* (2009), pp. 284-305.

[39](#). Paul Veyne, *Et dans l'éternité je ne m'ennuierai pas. Souvenirs* (2014), p. 176.

[40](#). Maurice Agulhon, «Vu des coulisses», en Pierre Nora (ed.), *Essais d'ego-histoire* (1987), pp. 9-59, p. 37.

[41](#). Alain Krivine, *Ça te passera avec l'âge* (2006), p. 142.

[42](#). Robert Linhart, *L'établi* (1978/1981), p. 83.

[43](#). Virginie Linhart, *Le jour où mon père s'est tu* (2008); para los comentarios de su tía, véase *Le Monde*, 16 de mayo de 2008.

[44](#). Antoine de Baecque, «Reprise d'Hervé le Roux», en Philippe Artières y Michelle Zanzarini-Fournel (eds.), 68. *Une histoire collective, 1962-1981* (2008), pp. 271-275.

[45](#). William Waldegrave, *A Different Kind of Weather: a Memoir* (2015), pp. 71-84.

[46](#). *The Times*, 25 de abril de 1970.

[47](#). Churchill College, Cambridge, Hailsham archives, HL5M 2/22/17, Waldegrave to Hailsham, 11 de junio de 1968.

[48](#). Thatcher Foundation Website, 111380, Minutes of the Authority of Government Policy Group, 22 de octubre de 1975.

[49](#). *The Times*, 20 de marzo de 1968.

[50](#). Colin Crouch, *The Student Revolt* (1970), p. 68.

[51](#). Anna von der Goltz, «Generations of 68ers: Age-Related Constructions of Identity and Germany's "1968"», *Social and Cultural History*, 8, 4 (2011), pp. 473-491.

[52](#). Andrea Mammone, «The Transnational Reaction to 1968: Neo-Fascist National Fronts and Political Culture in France and Italy», *Contemporary European History* 17, 2 (2008), pp. 213-236.

[53](#). François Audigier, «La malaise des jeunes gaullistes en Mai 68», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 70 (2001), pp. 71-88.

[54.](#) Penelope Adams Moon «“Peace on Earth: Peace in Vietnam”: The Catholic Peace Fellowship and Antiwar Witness, 1964-1976», *Journal of Social History*, 36, 4 (2003), pp. 1033-1057.

[55](#). Robert Gildea, James Mark y Niek Pas, «European Radicals and the “Third World”: Imagined Solidarities and Radical Networks, 1958-73», *Cultural and Social History*, 8, 4, (2011), pp. 449-471.

[56](#). Julie Pagis, «La politisation d'engagements religieux. Retour sur une matrice de l'engagement en Mai 68», *Revue Française de Science Politique*, 60 (2010), pp. 61-89.

[57](#). Jean-Pierre le Goff, *La fin du village. Une histoire française* (2012), p. 182.

[58](#). Olivier Landron, *À la droite du Christ: les catholiques traditionnels en France depuis le Concile Vatican II, 1965-2015* (2015).

[59](#). Londres, National Archives (NA) CRIM 1/5256, resumen por Humphries del juicio a Paul Hoch y otros por revuelta, 20 de julio de 1970.

[60](#). Beate Kutschke, «In Lieu of an Introduction», en Beate Kutschke y Barley Norton (eds.), *Music and Protest in 1968*, (Cambridge, 2013), pp. 1-11, p. 4 y Kailin R. Rubinoff, «A Revolution in Sheep's Wool Stockings: Early Music and 1968», en *ibid*, pp. 237-254.

[61](#). Kostis Kornetis, *Children of the Dictatorship: Student Resistance, Cultural Politics, and the 'Long 1960s' in Greece* (2013).

[62.](#) Yasmine Ergas, «1968-79 Feminism and the Italian Party System: Women's Politics in a Decade of Turmoil», *Comparative Politics*, 14, 3 (1982), pp. 253-279.

[63](#). NA FCO 7/863, acta de Braithwaite, 20 de junio de 1968.

[64](#). NA FCO 9/252, informe de Halford-MacLeod, 28 de marzo de 1968.

[65](#). NA FCO 68/128, informe del congreso sobre «Juventud en revuelta» celebrado en Trinidad y Tobago en 1969.

[66](#). Staff, D4490/48, Powell a E., 17 de mayo de 1972.

[67](#). Raymond Marcellin, *L'Ordre Public et les Groupes Révolutionnaires* (1969).

[68](#). Agradezco a Lisa Bald que me mostrara su trabajo no publicado sobre esta cuestión.

[69](#). NA PREM 13/2563, Reilly al FO, 29 de mayo de 1968.

[70](#). *Ibid*, Reilly al FO, 22 de mayo de 1968.

[71](#). Peter Levy, *The New Left and Labor in the 1960s* (Urbana, IL, 1994), p. 90.

[72](#). FCO 13/58, nota de pérdidas del British Institute de París, Francis Scarfe, 22 de junio de 1968.

[73](#). NA MEPO 2/10962, declaración del sargento Terry Lelly a la Policía Metropolitana, 22 de agosto de 1967.

[74](#). Gareth Stedman Jones, «History and Theory: an English Story», *Historein: a Review of the Past*, 3, (2001), pp. 103-124.

[75](#). Laurent Chollet, «Le LSD, les Hippies et la Californie», en Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), 68. *Une histoire collective, 1962-1981* (2008), pp. 80-85.

[76](#). Guy Hocquenghem, *L'ampithéâtre des morts* (1998), p. 53.

[77](#). Tony Benn, *Office without Power: Diaries, 1968-1972* (1988), p. 151, entrada del 25 de febrero de 1969.

[78](#). Crouch, *The Student Revolt*, p. 57.

[79](#). NA PREM 13/2653, Reilly al FO, 22 de mayo de 1968.

[80](#). Yair Auron, *Les juifs d'extrême gauche en Mai 68: Cohn-Bendit, Krivine, Geismar... Une génération révolutionnaire marquée par la Shoah* (1998).

[81](#). Catherine Simon, *Algérie: les années pieds-pouges, des rêves de l'indépendance au désenchantement, 1962-1969* (2009).

[82](#). Hayden, *Reunion*, p. 207.

[83](#). John Keane, *Vaclav Havel: A Political Tragedy in Six Acts* (1999), p. 184.

[84](#). Michael Zantovsky, *Havel: A Life* (2014), p. 109.

[85](#). Richard Neville, *Hippie Hippie Shake* (1995), p. 151.

[86](#). Edgar Morin, *Journal, 1962-1987* (2012), pp. 852-853.

[87](#). Gerassi, *Talking with Sartre*, p. 68.

[88](#). Rosie Germain, «The British and American Reception of French Existentialism, 1939-1972», tesis doctoral, Cambridge University (2013).

[89](#). NA FCO 21/215.

[90](#). Colin Crouch, *The Student Revolt* (1969), p. 72.

2. LA GENERACIÓN DEL 68

- [1.](#) Guy Hocquenghem, *Lettre ouverte à ceux qui sont passés du col Mao au Rotary* (1986), p. 15.

[2.](#) Nancy Mitford, *The Spectator*, 30 de mayo de 1968.

[3.](#) Robert Gorman, *Michael Harrington: Speaking American* (Nueva York, 1995), pp. xviii y xxi.

[4.](#) Adrian Laing. *R. D. Laing: A Biography* (1994), p. 140.

5. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *The French Student Uprising, November 1967-June 1968* (Nueva York, 1971).

[6.](#) Mary Ann Caws (ed.), *Maria Jolas, Woman of Action: A Memoir and Other Writings*, Columbia, SC, 2004). Sobre la actividad de Jolas, véase también: London National Archives, HO 325/104, informe de la Special Branch, 26 de febrero de 1968.

7. Gael Graham, *Young Activists: American High School Students in the Age of Protest* (DeKalb, IL, 2006), p. 5.

8. Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975* (Oxford, 1989), pp. 88-89.

[9](#). Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle* (ed. de 2002), p. 1289. De Gaulle dirigiéndose a los ministros el 11 de mayo de 1966.

[10](#). Philip Short, *Mitterrand: A Study in Ambiguity* (2013), p. 248.

[11](#). Juliette Minces, «Réflexions autour du “Journal de la Commune Étudiante”», *L’Homme et la Société*, 16, 1 (1970), pp. 149-159.

[12.](#) Timothy Brown, *West Germany and the Global Sixties: The Anti-Authoritarian Revolt, 1962-1978* (Cambridge, 2013), p. 80.

[13](#). Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties* (ed. de 2001), p. 166.

[14](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy 1968* (Hannover, NH, 1996), p. 23 y p. 28.

[15.](#) Sheila Rowbotham, «Cleaners' Organizing in Britain from the 1970s: A Personal Account», *Antipode: A Radical Journal of Geography* 38, 3 (2006), pp. 608-625.

[16.](#) Nicholas Hatzfeld, «Les morts de Flins et Sochaux de la grève à la violence politique», en Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), 68. *Une histoire collective, 1962-1981* (2008), pp. 322-325.

[17](#). Nicolas Daum, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien. 20 ans après* (1988), entrevista a Michel, pp. 89-104.

[18.](#) Nuno Pereira y Renate Schär, «Soixante-huitards helvétiques. Étude prosopographique», *Le Mouvement Social* 239, 2 (2012), pp. 9-23.

[19.](#) Anna von der Goltz, «Generations of 68ers: Age-Related Constructions of Identity and Germany's "1968"», *Social and Cultural History*, 8, 4 (2011), pp. 473-491.

[20](#). Agnès Callu, «La socialisation des historiens de l'intra-histoire au profil scientifique, 69-88», en Agnès Callu (ed.), *Le Mai 68 des historiens entre identités narratives et histoire orale* (2010), pp. 69-88, p. 74.

[21](#). R. F. L. Logan y E. M. Goldberg, «Rising Eighteen in a London Suburb: A Study of Some Aspects of the Life and Health of Young Men», *The British Journal of Sociology*, 4, 4 (1953), pp. 323-345.

[22](#). Entrevista a Romain Goupil, *Esprit*, 242, 5 (1998), pp. 141-147.

[23](#). *The Times*, 29 de mayo de 1968.

[24](#). L. Neville Brown, «Student Protest in England», *The American Journal of Comparative Law*, 17, 3 (1969), pp. 395-402.

[25](#). Von der Goltz, «Generations of 68ers».

[26](#). Michaël Prazan, *Pierre Goldman: le frère de l'ombre* (2005), p. 31.

[27](#). Elaine Tyler May, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era* (Nueva York, ed. de 2008).

[28.](#) Yvan Gastaut, «Les bidonvilles, lieux d'exclusion et de marginalité en France durant les Trentes Glorieuses», *Cahiers de la Méditerranée*, 69 (2004), pp. 233-250.

[29](#). Habiba Cohen, *Elusive Reform: the French Universities, 1968-1978* (Boulder, CO, 1978), p. 240.

[30](#). Robert Linhart, *L'établi* (1978/1981), p. 15.

[31](#). Se calculó que alrededor de una tercera parte de los 450.000 portugueses que llegaron a Francia entre 1962 y 1968 huían del servicio militar. Véase Gisèle Lougarot, *Pays Basque Nord: Mai 68 en mémoires* (Bayona, 2008), pp. 80-90.

[32](#). Antoine Rauzy, «L'apparition et l'extension des Comités de Soldats en France dans les années 70 (mai 1974-mars 1976)», History MA (Paris, 1999).

[33](#). Jean-Claude Olmi, «‘Les lycéens contre l’Armée», *Esprit*, 424 (mayo de 1973), pp. 1201-1210.

[34](#). *The Times*, 20 de diciembre de 1968.

[35](#). Nicolas Daum, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien. 20 ans après* (1988), pp. 263-278.

[36](#). Jean-Daniel Bénard, «Les relations entre le BN de l'UNEF et les forces de police en 1967-1968», en Roger Barralis y Jean-Claude Gillet (eds.), *Au coeur des luttes des années soixantes. Les étudiants du PSU. Une utopie porteuse d'avenir?* (2010), pp. 235-241, p. 41.

[37](#). Eric Allen Hall, «“I Guess I’m Becoming More and More Militant”: Arthur Ashe and the Black Freedom Movement, 1961-1968», *The Journal of African American History*, 96, 4 (2011), pp. 474-502.

[38](#). Jacques Foccart, *Le Général en Mai. Journal de l'Élysée*, vol. II: 1968-1969 (1998), p. 215, entrada del 20 de junio de 1968.

[39](#). Neville Brown, «Student Protest in England».

[40](#). Mick Jagger manifestó su apoyo «cauteloso» al maoísta Richard Deshayes, quien reivindicaba la «liberación del pop». Manus McGrogan, «Vive La Révolution and the Example of Lotta Continua: The Circulation of Ideas and Practices Between the Left Militant Worlds of France and Italy Following May '68», *Modern and Contemporary France*, 18, 3 (2010), pp. 309-328.

[41](#). Philip Norman, *The Stones* (ed. de 1985), p. 341.

[42](#). Alan F. Moore, «British Rock: the Short “1968” and the Long», en Beate Kutschke y Barley Norton (eds.), *Music and Protest in 1968* (Cambridge, 2013,) pp. 154-170.

[43](#). Virginie Linhart, *Volontaires pour l'usine: vie d'établis, 1967-1977* (Paris, ed. de 2010), p. 53 y 115.

[44](#). Rachel Haworth, «Representations of 1968 in French Popular Music: The Case of Dominique Grange», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008), pp. 181-194.

[45.](#) Timothy Brown, «Subcultures, Pop Music and Politics: Skinheads and “Nazi Rock” in England and Germany», *Journal of Social History* 38, 1 (2004), pp. 157-178.

[46](#). NA, MEPO 26/73/27, transcripción de la declaración de John Moffatt a la prensa del 18 de septiembre de 1968 y posterior interrogatorio a Moffatt por el superintendente Cas, 21 de septiembre de 1969, en MEPO 26/73/25. La policía creía, acertadamente, que el verdadero nombre de Moffat era Philip Arthur Cohen.

[47](#). Édouard Balladur, *L'arbre de mai: Chronique alternée* (1979), p. 95.

[48](#). Doug Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity and the New Left in America* (Nueva York, 1998), p. 166.

[49](#). Tom Wells, *The War Within: America's Battle over Vietnam* (Berkeley, CA, 1994), p. 109.

[50](#). Tessa Blackstone y Roger Hadley, «Student Protest in a British University: Some Comparisons with American Research», *Comparative Education Review*, 15, 1 (1971), pp. 1-19.

[51](#). Michael S. Foley, *Countering the War Machine: Draft Resistance during the Vietnam War* (Chapel Hill, NC, 2003), p. 352.

[52](#). Pereira y Schär, «Soixante-huitards helvétiques».

[53](#). Henry Kissinger, *The White House Years* (1979), p. 510.

[54](#). Linhart, *Volontaires pour l'usine*, p. 180.

[55](#). Philip Cohen, «Red Roots from Lenin to Lennon», en Philip Cohen (ed.), *Children of the Revolution: Communist Childhood in Post-War Britain* (1996), pp. 21-29, p. 62.

3. UNIVERSIDADES

[1.](#) Citado en James K. Davis, *Assault on the Left: the FBI and the Sixties anti-War Movement* (Westport, CT, 1997), p. 40.

[2](#). Needham Papers, K 323, Socialists in Higher Education Bulletin, 4.

[3.](#) Sobre la antiuniversidad, véase National Archives (NA), HO 325/104, informe de la Policía Metropolitana, 26 de febrero de 1968.

[4.](#) Rosie Germain, «The British and American Reception of French Existentialism, 1939-1972» (tesis doctoral, Cambridge, 2013), p. 79.

5. Anthony Kenny, *A Path from Rome* (Oxford, edición de bolsillo, 1986), p. 162.

[6.](#) Barry Supple, *Doors Open*, (2009), p. 228.

[7.](#) Bernard Donoughue, *Downing Street Diary: with Harold Wilson in N.º 10* (2006), pp. 8-9.

8. Gerard de Groot, «The Culture of Protest: an Introductory Essay». en *ibid* (ed.), *Student Protest: the Sixties and After* (1988), pp. 3-11.

[9](#). HMSO, *Report from the Select Committee on Education and Science, Session 1968-69, Student Relations* (1969), memorando de Roy Cox y Ernest Rudd, pp. 299-310, p. 301.

[10](#). Raymond Boudon, «Sources of Student Protest in France», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 395 (1971), pp. 139-149. Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Stanford, CA, 2000), pp. 159-193. Richard Flacks es uno de los pocos sociólogos estadounidenses que ha hablado de una escuela específicamente francesa de interpretación de la protesta estudiantil (aunque nunca ha mencionado a Bourdieu ni Boudon) y la ha comparado con la situación evidente en Estados Unidos. Véase Richard Flacks, «Social and Cultural Meanings of Student Revolt: Some Informal Comparative Observations», *Social Problems*, 17, 3 (1970), pp. 340-357.

[11](#). Tessa Blackstone y Roger Hadley, «Student Protest in a British University: Some Comparisons with American Research», *Comparative Education Review*, 15, 1 (1971), pp. 1-19.

[12](#). Philip Roos, «A Comment on Student Protest», *American Sociological Review*, 25, 3 (1970), p. 528.

[13.](#) HMSO, *Student Relations*, vol. VI, sub-committee C, Evidence and Appendices, memorándum por la Guildford School of Art Student Union, pp. 1-4, p. 2. Véase también *ibid*, memorando de ATTI, pp. 23-29.

[14](#). Louis Gruel, *La rébellion de 68. Une relecture sociologique* (Rennes, 2004); Julie Pagis, *Mai 68: un pavé dans leur histoire* (2014).

[15](#). Philippe de Gaulle, *Mémoires accessoires, 1946-1982* (2000), p. 189.

[16](#). Richard Crossman, *The Diaries of a Cabinet Minister*, vol. II: *Lord President of the Council and Leader of the House of Commons, 1966-68* (1976), entrada del 10 de marzo de 1968, p. 700.

[17](#). Milton Mankoff y Richard Flacks, «The Changing Base of the American Student Movement», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 395 (1971), pp. 54-67.

[18.](#) Eric Maurin y Sandra McNally, «Vive la Revolution! Long-Term Educational Returns of 1968 to the Angry Students», Centre for the Economics of Education, LSE (2005).

[19](#). HMSO, *Student Relations*, Bell hablando el 5 May 1969, vol. V, p. 337.

[20.](#) Jean Chesneaux y Martin Nicholas, «Le mouvement des “Radical Caucuses” dans les sciences humaines aux États-Unis», *L’Homme et la Société*, 16, 1 (1970), pp. 3-26.

[21](#). Habiba Cohen, *Elusive Reform: The French Universities, 1968-1978* (Boulder, CO, 1978), p. 23.

[22](#). HMSO, *Student Relations*, vol. VII, memorando de la British Sociological Association, p. 195.

[23](#). Kathleen E. Gales, «A Campus Revolution», *The British Journal of Sociology*, 17, 1 (1966), pp. 1-19.

[24](#). Blackstone y Hadley, «Student Protest in a British University».

[25](#). Kenneth J. Heineman, *Campus Wars: the Peace Movement at American States Universities in the Vietnam Era*, (Nueva York, 1993), p. 13.

[26](#). Eric Ives, «The events of 1968», en Eric Ives, Diane K. Drummond y Leonard Schwarz (eds.), *The First Civic University: Birmingham: 1880 -1980* (Birmingham, 2000), p. 369.

[27](#). Donald Levine, «Sociology confronts Student Protest», *The School Review*, 78, 4 (1970), pp. 529-541.

[28](#). *Ibid.*

[29](#). Chesneaux y Nicholaus, «Le mouvement des “Radical Caucuses”».

[30](#). Levine, «Sociology Confronts Student Protest».

[31](#). Daniel Cohn-Bendit, Jean Pierre Duteuil, Bertrand Gérard-Bernard Granautier, «Why Sociologists?», en Alexander Cockburn y Robin Blackburn (eds.), *Student Power: Problems, Diagnosis, Action* (1969), pp. 373-378.

[32](#). Michel Crozier, *Ma belle époque: mémoires, 1947-1969* (2002), p. 347.

[33](#). Philip Cohen, *Reading Room Only: Memoir of a Radical Bibliophile* (Nottingham, 2013), p. 99.

[34](#). Crozier, *Ma belle époque*, p. 314.

[35](#). London National Archives, CRIM 1/5256, Mr Platt-Mills hablando de los títulos de Paul Hoch, p. 6.

[36](#). Cambridge University Library, documentos Needham, K 323 informe en Socialists in Higher Education, 12 de abril de 1969.

[37](#). Jonah Raskin, *Out of the Whale: Growing up in the American Left* (Nueva York, 1974).

[38](#). Luisa Passerini y Anne-Marie Aymard, «Mouvement de 1968 comme prise de parole et comme explosion de la subjectivité: le cas de Turin», *Le Mouvement Social*, 143 (1988), pp. 39-74, p. 53.

[39](#). Supple, *Doors Open*, p. 300.

[40](#). Lara P. Skardhamar, «“Real Revolution” in Kana Commune», *Scandinavian Journal of History* (2008), 33, 4, pp. 441-463.

[41](#). Frédéric Robert, «The Rhetoric of Social Movements: Differential Images of the Recruitment in Students for a Democratic Society (SDS), 1960-1965», *Revue Française d'Études Américaines*, 99 (2004), pp. 85-102.

[42](#). Ben Mercer, «The Paperback Revolution: Mass Circulation Books and the Cultural Origins of 1968 in Western Europe», en *Journal of the History of Ideas*, 72, 4 (2011), pp. 613-636.

[43](#). Epistémon (pseudónimo de Didier Anzieu), *Ces idées qui ont ébranlé la France: Nanterre, novembre 1967- juin 1968* (1968).

[44](#). Paul Cohen, «Happy Birthday Vincennes! The University of Paris-8 Turns Forty», *History Workshop Journal*, 69, 1 (2010), pp. 206-224.

[45](#). Tom Hayden, *Radical Nomad: C. Wright Mills and his Times* (Boulder, CO, 2006).

[46](#). Doug McAdam, «The Biographical Consequences of Activism», *American Sociological Review*, 54, 5 (1989), pp. 744-760. En el grupo comparativo de control, un 18 % se habían hecho profesores.

[47](#). Jack Whalen y Richard Flacks, *Beyond the Barricades: The Sixties Generation Grows Up* (Filadelfia, PA, 1989), p. 151.

4. ESTADOS UNIDOS

- [1.](#) Niall Ferguson, *Kissinger, 1923-1968: The Idealist* (2015), p. 788.

[2.](#) Citado en Joshua Freeman, *American Empire, 1945-2000: The Rise of a Global Power; the Democratic Revolution at Home, 1945-2000* (Nueva York, 2012), p. 251.

[3.](#) Daniel Matlin, «On Fire: the City and American Protest in 1968».

[4.](#) Ferguson, *Kissinger*, p. 788.

5. James Miller, *Democracy is in the Street: From Port Huron to the Siege of Chicago* (Cambridge, MA, 1994), p. 16.

[6.](#) Tom Hayden, *Reunion: A Memoir* (edición británica, 1989), p. 464.

[7](#). *Ibid*, p. 504.

8. Carta de Eleanor Raskin, 10 de mayo de 1968, *Journal of American Studies*, 19, 2 (1985), pp. 255-260.

[9.](#) Tom Hayden, *Radical Nomad: C. Wright Mills and his Times* (Boulder, CO, 2006), p. 56.

[10](#). Maurice Isserman, *The Other American: the Life of Michael Harrington* (Nueva York, 2000), p. 249.

[11](#). Hayden, *Radical Nomad*, p. 59.

[12](#). Isserman, *The Other American*, p. 183.

[13](#). Hayden, *Reunion*, p. 41.

[14.](#) John McMillian, «“Our Founder the Mimeograph Machine”: Participatory Democracy in Students for a Democratic Society’s Print Culture», *Journal for the Study of Radicalism*, 2, 2 (2008), pp. 85-110.

[15](#). Hayden, *Reunion*, p. 114.

[16.](#) Sean D. Stryker, «Knowledge and Power in the Students for a Democratic Society, 1960-1970», *Berkeley Journal of Sociology*, 38 (1993-1994), pp. 89-138.

[17](#). Karen M. Paget, *Patriotic Betrayal: The Inside Story of the CIA's Secret Campaign to Enrol American Students in the Crusade against Communism* (New Haven, CT, 2015), p. 375.

[18](#). Ferguson, *Kissinger*, pp. 284 y 286.

[19](#). Mary L. Dudziak, *Cold War Civil Rights; Race and the Image of American Democracy* (Princeton, 2000).

[20](#). Citado en Thomas Borstelmann, *The Cold War and the Color Line* (Cambridge, MA, 2001), p. 1.

[21](#). Citado en Mark Hulsether, «“Christianity and Crisis” in the 1950s and Early 1960s: A Case Study in the Transformation of Liberal Protestant Thought», *The Journal of Presbyterian History*, 79, 2 (2001), pp. 151-171.

[22](#). Martin Klimke, *The Other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties* (Princeton, 2010), p. 148.

[23](#). Paget, *Patriotic Betrayal*, p. 233.

[24](#). Donald Granberg y Keith E. Campbell. «Certain Aspects of Religiosity and Orientations toward the Vietnam War among Missouri Undergraduates», *Sociological Analysis* 34, 1 (1973), pp. 40-49.

[25](#). Robert S. Lichter y Stanley Rothman. «Jews on the Left: The Student Movement Reconsidered», *Polity*, 14, 2 (1981), pp. 347-366.

[26.](#) Doug Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity and the New Left in America* (Nueva York, 1998).

[27](#). Phillip E. Hammond y Robert E. Mitchell, «Segmentation of Radicalism: The Case of the Protestant Campus Minister», *American Journal of Sociology*, 71, 2 (1965), pp. 133-143.

[28](#). Penelope Adams Moon, «“Peace on Earth: Peace in Vietnam”: The Catholic Peace Fellowship and Antiwar Witness, 1964-1976», *Journal of Social History*, 36, 4 (2003), pp. 1033-1057. Helen M. Ciernick, «A Matter of Conscience: The Selective Conscientious Objector, Catholic College Students, and the Vietnam War», *U.S. Catholic Historian*, 26, 3 (2008), pp. 33-50.

[29](#). Richard J. Ellis, «Romancing the Oppressed: the New Left and the Left Out», *The Review of Politics*, 58, 1 (1996), pp. 109-154.

[30](#). Robbie Lieberman, *Prairie Power: Voice of 1960s Midwestern Student Protest* (Columbia MO, 2004).

[31](#). Michael W. Schuyler, «Ghosts in the White House: LBJ, RFK and the Assassination of the JFK», *Presidential Studies Quarterly*, 17, 3 (1987), pp. 503-518.

[32](#). Sidney Milkis, «Lyndon Johnson, the Great Society, and the “Twilight” of the Modern Presidency», en Sidney Milkis y Jerome Mileur (eds.), *The Great Society and the High Tide of Liberalism* (Amherst, MA, 2005), pp. 1-50, p. 9.

[33](#). Hayden, *Reunion*, p. 125.

[34](#). Jeremy Varon, *Bringing the War Home: the Weather Underground, the Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies* (Berkeley, CA, 2004), p. 139.

[35](#). Conversación entre Daley y Lyndon Johnson, 16 de enero de 1964, en Michael R. Beschloss (ed.), *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964* (Nueva York, 1997), p. 168.

[36](#). Jeff Shesol, *Mutual Contempt: Lyndon Johnson, Robert Kennedy and the Feud that Defined a Decade* (Nueva York, 1997), p. 242.

[37](#). Robert Dallek, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and his Times, 1961-1973* (Oxford, 1998), p. 331.

[38](#). Gregory Duhé, «The FBI and Students for a Democratic Society at the University of New Orleans, 1968-1971», *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, 43, 1 (2002), pp. 53-74.

[39](#). Latuer y Howe, citados en Renée Kasinsky, *Refugees from Militarism* (New Brunswick, 1976), p. 6.

[40](#). Lawrence Baskir y William Strauss, *Chance and Circumstances: The Draft, the War and the Vietnam Generation* (Nueva York, 1978), p. 14.

[41](#). James Farrell, *The Spirit of the 60s: Making Postwar Radicalism* (Nueva York, 1997).

[42.](#) Kenneth J. Heineman, *Campus Wars : The Peace Movement at American State Universities in the Vietnam Era* (Nueva York, 1993), p. xi.

[43](#). Peter B. Levy, *The New Left and Labor in the 1960s* (Urbana, IL, 1994), p. 46.

[44](#). Kevin Boyle, *The UAW and the Heyday of American Liberalism, 1945-1968* (Ithaca, NY, 1995), p. 233.

[45.](#) Jennifer Earl, Sarah A. Soule y John D. McCarthy, «Protest under Fire? Explaining the Policing of Protest», *American Sociological Review*, 68, 4 (2003), pp. 581-606. De hecho, los autores se muestran escépticos sobre la teoría de que la policía estadounidense fue muy violenta, aunque su caso de estudio (Nueva York en los años posteriores a 1968) sea posiblemente un poco atípico.

[46](#). Bourricaud, citado en Alain Peyrefitte, *C'était De Gaulle* (2002, primera publicación en 1994), p. 1693, entrada del 8 de mayo de 1968.

[47](#). Charles E. Jones, «Arm Yourself or Harm Yourself: People's Party II and the Black Panther Party in Houston, Texas» en Judson L. Jeffries, *On the Ground: The Black Panther Party in Communities Across America* (Jackson, MS, 2010), pp. 3-40.

[48](#). Heineman, *Campus Wars*, p. 254

[49](#). Roberta Salper, «U. S. Government Surveillance and the Women's Liberation Movement, 1968-1973: A Case Study», *Feminist Studies*, 34, 3 (2008), pp. 431-455.

[50](#). Duhé, *The FBI and Students for a Democratic Society at the University of New Orleans, 1968-1971*.

[51](#). Cril Payne, *Deep Cover: An FBI Agent Infiltrates the Radical Underground* (Nueva York, 1979), pp. 41 y 33.

[52](#). W. J Rorabaugh, *Berkeley at War: The 1960s* (Oxford, 1989), p. 173.

[53](#). Peniel E. Joseph, «The Black Power Movement, Democracy and America in the King Years», *American Historical Review*, 114, 4 (2009), pp. 1001-1016.

[54](#). Hasan Kwame Jeffries, «SNCC, Black Power, and Independent Political Party Organizing in Alabama, 1964-1966», *The Journal of African American History*, 91, 2 (2006), pp. 171-193.

[55](#). Robert Self, «“To Plan our Liberation”: Black Power and the Politics of Race in Oakland, California, 1965-1977», *Journal of Urban History*, 26 (2000), pp. 759-792.

[56](#). Rossinow, *The Politics of Authenticity*, p. 195.

[57](#). Jennifer Jensen Wallach, «Replicating History in a Bad Way? White Activists and Black Power in SNCC's Arkansas Project», *Arkansas Historical Quarterly*, 67, 3 (2008), pp. 268-287.

[58](#). Joel D. Aberbach y Jack L. Walker, «The Meanings of Black Power: a Comparison of White and Black Interpretations of a Political Slogan», *American Political Science Review*, 64, 2 (1970), pp. 367-388.

[59](#). Angela Davis, *An Autobiography* (ed. de 1990), p. 164.

[60](#). Darryl J. Maeda, «Black Panthers, Red Guards, and Chinamen: Constructing Asian American Identity through Performing Blackness, 1969-1972», *American Quarterly*, 57, 4 (2005), pp. 1079-1103.

[61](#). Charles E. Jones, «Arm Yourself or Harm Yourself, The People's Party 11 and Black Panther Party in Houston Texas», en Judson Jeffries (ed.), *On the Ground: The Black Panther Party in Communities across America* (Jackson MI, 2010), pp. 3-40.

[62](#). Davis, *An Autobiography*, p. 164.

[63](#). Lauren Araiza, «“In Common Struggle Against a Common Oppression”: The United Farm Workers and the Black Panther Party, 1968-1973», *Journal of African American History*, 92, 2 (2009), pp. 200-223.

[64](#). Jeffrey Burns, «Eugene Boyle, the Black Panther Party and the New Clerical Activism», *US Catholic Historian*, 13, 3, (1995), pp. 137-158.

[65.](#) Alondra Nelson, *Body and Soul: the Black Panthers Party and the Fight Against Medical Discrimination* (Mineápolis, MN, 2013).

[66](#). Arthur M. Schlesinger, Jr., *The Crisis of Confidence: Ideas, Power and Violence in America* (1969), p. 23.

[67](#). Thomas J. Sugrue, *Sweet Land of Liberty: The Forgotten Struggle for Civil Rights in the North* (Nueva York, 2008), p. 335.

[68](#). John Barnard, *American Vanguard: The United Auto Workers during the Reuther Years, 1935-1970*, (Detroit MI, 2004), p. 434.

[69](#). Edgar Morin, *Journal, 1962-1987* (2012), p. 857.

[70](#). Gerard de Groot, «Ronald Reagan and Student Unrest in California, 1966-1970», *Pacific Historical Review*, 65, 1 (1996), pp. 107-129.

[71](#). Michelle Reeves, «“Obey the Rules or Get out”: Ronald Reagan’s 1966 Gubernatorial Campaign and the “Trouble in Berkeley”», *Southern California Quarterly*, 92, 3 (2010).

[72](#). Régis Debray, *La Révolution dans la Révolution* (1967), pp. 8-9.

[73](#). Arthur M. Schlesinger, Jr., *Robert Kennedy and His Times*, vol. II (Boston, MA, 1978), p. 805.

[74](#). Hayden, *Reunion*, p. 102.

[75](#). Arthur M. Schlesinger, Jr., *Journals, 1952-2000* (2007), p. 260, entrada del 13 de mayo de 1967.

[76](#). *Ibid*, p. 278, entrada del 19 de febrero de 1968.

[77](#). David Wyatt, *When America Turned: Reckoning with 1968* (Amherst, MA, 2014), pp. 232-233.

[78](#). Roger Biles, *Richard Daley: Race, Politics and the Governing of Chicago* (Dekalb, IL, 1995), p. 150.

[79](#). Christopher A. Huff, «Radicals Between the Hedges: The Origins of the New Left at the University of Georgia and the 1968 Sit-In», *The Georgia Historical Quarterly*, 94, 2 (2010), pp. 179-209.

[80](#). Joshua B. Freeman, *American Empire: The Rise of a Global Power. The Democratic Revolution at Home 1945-2000*. (Nueva York, 2012), p. 250.

[81](#). Melvin Small, *Johnson, Nixon and the Doves* (New Brunswick, NJ, 1988).

5. FRANCIA

- [1.](#) Dominique Julia, «Le mouvement étudiant», *Études* (junio-julio de 1968), pp. 8-28.

[2.](#) Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle* (2002), p. 1648, entrada del 25 de marzo de 1968.

[3.](#) Michel Crozier, *Ma belle époque: Mémoires, 1947-1969* (2002), p. 343.

[4.](#) Raymond Aron, *The Elusive Revolution: Anatomy of a Student Revolt* (1969).

5. Didier Eribon, *Michel Foucault, 1926-1984* (1989), p. 192.

[6.](#) Luc Ferry y Alain Renault, *La pensée 68: Essai sur l'anti-humanisme contemporain* (1985).

[7](#). Crozier, *Ma belle époque*, p. 328.

[8.](#) Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, pp. 1707-1708, entrada del 10 de mayo de 1968.

[9](#). Charles Mercier, «René Rémond à Nanterre en 1968», *Vingtième Siècle*, Revue d'histoire 4, 104 (2009), pp. 141-152.

[10](#). Citado en Laurent Joffrin, *Mai 68. Histoire des événements* (1988), p. 26.

[11](#). Alain de Boissieu, *Pour servir le Général: 1946-1970* (1982), p. 186.

[12](#). Daniel Bensaïd, *Une lente impatience* (2004), p. 83.

[13.](#) Jacques Foccart, *Le Général en Mai. Journal de l'Élysée*, vol. II: 1968-1969 (1998), p. 105.

[14.](#) Michèle Cotta, *Cahiers secrets de la V^e République*, vol. I: 1965-1977 (2007), p. 121, entrada del 21-22 de mayo.

[15](#). Olivier Todd, *Malraux: Une vie* (2001), p. 534.

[16.](#) Michel Droit, *Les feux du crépuscule. Journal 1968-1969-1970* (1977), p. 25, entrada del 15 de mayo.

[17.](#) Jean-Daniel Benard «Les Relations entre le BN de l'UNEF et les Forces de Police en 1967-1968», en Roger Barralis y Jean-Claude Gillet (eds.), *Au coeur des luttes des années soixante. Les étudiants du PSU. Une utopie porteuse d'avenir?* (2010), pp. 235-241, p. 237.

[18.](#) Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît. Le préfet de police de Mai 68 parle* (1977), p. 333.

[19](#). Alain Geismar, *Mon Mai 1968* (2008), p. 150. El propio Grimaud aseguró que el «diálogo» entre él y los líderes estudiantiles era un «mito» y que nunca había hablado por teléfono con Geismar ni con Cohn-Bendit (entrevista con Grimaud en *Liaisons*, mayo de 2008, Grimaud Archives, París, Institut d'Études Politiques). Sin embargo, Kean Pinon, el fotógrafo policía que acompañó algunas veces a Grimaud en mayo de 1968, recuerda haberlo fotografiado hablando con Jacques Sauvageot y Daniel Cohn-Bendit a la entrada de la Sorbona (*ibid*).

[20](#). Philippe Nivet, «Maurice Grimaud et Mai 1968», *Histoire@Politique* 3, 27 (2015), pp. 18-32.

[21](#). Christian Fouchet, *Mémoires d'hier et de demain*, vol. I: *Au service du général de Gaulle: Londres 1940, Varsovie 1945, Alger 1962, Mai 1968* (1971), p. 227.

[22](#). Frédéric Turpin, *Jacques Foccart. Dans l'ombre du pouvoir* (2015).

[23](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1645, entrada del 23 de marzo de 1968.

[24](#). Jean-Jacques Becker, *Un soir de l'été 1942... Souvenirs d'un historien* (2009), p. 286.

[25](#). National Archives (NA), PREM 13/2653, Reilly al FO, 20 de mayo de 1968.

[26](#). Maurice Agulhon, «Vu des coulisses», en Pierre Nora (ed.), *Essais d'ego-histoire* (1987), pp. 9-59.

[27](#). Maurice Aghulhon, *De Gaulle. Histoire, symbole, mythe* (2000).

[28](#). Régis Debray, *À demain de Gaulle* (1993).

[29](#). Alain Geismar, *Mon Mai 1968* (2008), pp. 37 y 129.

[30](#). Ginette Vincendeau, *Jean-Pierre Melville: An American in Paris* (2003), p. 78.

[31](#). Tickell conoció a Rocard «en el momento de mayor crisis de su partido» y quedó impresionado por su «sangre fría y control de la situación». Londres, National Archives (NA), FCO 13/58 Tickell a Lush, 5 de junio de 1968.

[32](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1638, entrada del 14 de febrero de 1968.

[33](#). NA PREM 13/2653, Reilly al FO, 30 de mayo de 1968, reunión informativa entre un miembro del personal de la embajada británica y Robert Ballanger.

[34](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1638, entrada del 14 de febrero de 1968.

[35](#). Charles Morazé, *Un historien engagé. Mémoires* (2007), p. 305.

[36](#). Debray, *À demain de Gaulle*, pp. 13-14.

[37](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, pp. 1237-1239.

[38](#). Virginie Linhart, *Volontaires pour l'usine. Vies d'établis, 1967-1977* (ed. de 2010), p. 39.

[39](#). Godard se quedó de piedra cuando madame Pompidou le ofreció a él y a su esposa enferma llevarles en coche a casa desde el aeropuerto de París en 1968. Véase Anne Wiazemsky, *Une année studieuse* (2012), p. 253.

[40](#). Édouard Balladur, *L'arbre de mai. Chronique alternée* (1979), p. 74.

[41](#). Éric Roussel, *Georges Pompidou* (1984), p. 246.

[42](#). Pompidou explicó su idea en una carta privada a Raymond Aron escrita en julio de 1968. El hecho de que escribiera a un académico crítico dice mucho de Pompidou. Raymond Aron, *Mémoires. 50 ans de réflexion politique* (ed. de 1983) p. 659-661.

[43](#). Roussel, *Pompidou*, p. 246.

[44](#). Gérard Adam, «Étude statistique des grèves de mai-juin 1968», *Revue Française de Science Politique*, 20, 1 (1970), pp. 105-119.

[45](#). PREM 13/2653, Reilly al FO, 29 de mayo de 1968.

[46.](#) Xavier Vigna, *L'Insubordination ouvrière dans les années 68. Essai d'histoire politique des usines* (Rennes, 2007), p. 29.

[47](#). Christian Chevandier, *La fabrique d'une génération: George Valero postier, militant et écrivain* (2009), p. 151.

[48](#). Vigna, *L'insubordination ouvrière*, p. 81.

[49](#). *Ibid*, p. 59.

[50](#). Ludivine Bantigny, «Le temps politisé. Quelques enjeux politiques de la conscience historique en mai-juin 68», *Vingtième siècle, Revue d'Histoire*, 117, 1 (2013), pp. 215-229.

[51](#). Adam, «Étude statistique des grèves de mai-juin 1968».

[52](#). Michael Seidman, «Workers in a Repressive Society of Seductions: Parisian Metallurgists in May-June 1968», *French Historical Studies*, 18, 1 (1993), pp. 255-278. Siedman señala que el 58 % de las huelgas del sector metalúrgico fueron convocadas por obreros treintañeros y solamente el 8 % fueron iniciadas por menores de veinte.

[53](#). Vigna, *L'insubordination ouvrière*, p. 45.

[54](#). Gisèle Lougarot, *Pays Basque Nord: Mai 68 en mémoires* (Bayona, 2008), p. 195.

[55](#). NA PREM 13/2653, Reilly to FO, 20 de mayo de 1968.

[56](#). Becker, *Un soir de l'été 1942*, p. 268.

[57](#). Michèle Cotta, *Cahiers secrets la V^e République*, vol. I, p. 117, entrada del 15 de mayo.

[58](#). Seidman, «Workers in a Repressive Society of Seductions».

[59](#). Marie-Ange Rauch, *Le théâtre en France en 1968: crise d'une histoire; histoire d'une crise* (2008), p. 200.

[60](#). Chris Reynolds, «Understanding 1968-the Case of Brest», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008), pp. 209-222.

[61](#). Chevandier, *La fabrique d'une génération*, p. 148.

[62](#). Gisèle Lougarot, *Pays Basque Nord*, pp. 156-158.

[63](#). Rauch, *Le théâtre en France en 1968*, p. 15.

[64](#). Vincent Porhel, *Ouvriers bretons. Conflits d'usines, conflits identitaires en Bretagne dans les années 1968* (Rennes, 2008), p.13.

[65](#). Sobre la implantación del sindicalismo cristiano en Bretaña, véase Luc Berlivet y Frédéric Sawicki, «La foi dans l'engagement: Les militants syndicalistes CFTC de Bretagne dans l'après guerre», *Politix*, 7, 27 (1994), pp. 111-142.

[66](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1695, entrada del 8 de mayo de 1968.

[67](#). NA, PREM 13/2653, Reilly al FO, 22 de mayo de 1968.

[68](#). Sian Reynolds, «Dijon in May 1968: Local Politics, the Spectre of Anarchy and the “Silent Majority”», *Modern and Contemporary France*, 16, 2, (2008), pp. 1-23.

[69](#). Lougarot, *Pays Basque Nord*, p. 172.

[70](#). Jean-Pierre le Goff, *La fin du village. Une histoire française* (2012), pp. 165-166.

[71](#). Rauch, *Le théâtre en France en 1968*, p. 193.

[72](#). Lougarot, *Pays Basque Nord*, pp. 116 y 95. Hubo 2.650 candidatos en 1968; el año anterior eran solo 1.147.

[73](#). NA PREM 13/2653, Reilly al FO, 28 de mayo de 1968, almuerzo informativo de grandes empresarios en el Suez Group.

[74](#). NA PREM 13/2653, notas de Palliser al FO, 24 de mayo de 1968.

[75](#). Franz-Olivier Giesbert, *Jacques Chirac* (1987), p. 130.

[76](#). Cotta, *Cahiers secrets de la V^e République*, vol. I, p. 123, entrada del 25 de mayo de 1968.

[77](#). Claude Nicolet, *Pierre Mendès France ou le métier de Cassandra* (1959).

[78](#). Éric Roussel, *Pierre Mendès France* (2007), p. 469.

[79](#). Jacques Massu, *Baden, 68. Souvenirs d'une fidélité gaulliste* (1983), p. 96.

[80](#). NA FCO 13/58, informe fechado el 5 de junio de 1968 sobre la reunión entre Tickell y Rocard, 29 de mayo de 1968.

[81](#). Jean-Pierre Rioux, «Tombeau pour Mendès France», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 2 (avril de 1984), pp. 43-54.

[82](#). Roussel, *Pierre Mendès France*, p. 480.

[83](#). Françoise Seligmann, *Liberté, quand tu nous tiens*, vol. II: *L'espoir et la honte: Mendès, l'Algérie*, Mai 68 (2003), p. 271.

[84](#). Michèle Cotta, *Cahiers secrets de la V^e République*, vol. I, p. 117, entrada del 15 de mayo de 1968. En esa misma ocasión, Cohn-Bendit dijo que los comunistas eran «sapos estalinistas».

[85](#). Droit, *Les feux du crépuscule*, p. 39, entrada del 27 de mayo de 1968.

[86](#). Aron, *Mémoires*, p. 657.

[87](#). Michel Rocard, *Si la gauche savait. Entretiens avec George-Marc Benamou* (2005), p. 136.

[88](#). François Mitterrand, *Lettres à Anne, 1962-1995* (2016), p. 715, Mitterrand a Anne Pingeot, 26 de agosto de 1970.

[89](#). Philip Short, *Mitterrand: A Study in Ambiguity* (2013), p. 251.

[90](#). *Le Monde*, 17 de mayo de 1968.

[91](#). Fouchet, *Mémoires d'hier et demain*, vol. II, p. 23.

[92](#). Philippe de Gaulle, *Mémoires accessoires, 1946-1982* (2000), p. 202.

[93](#). Massu, *Baden* 68, p. 32.

[94](#). NA PREM 13/2653, Reilly al FO, 22 de mayo de 1968.

[95](#). *Ibid*, Reilley al FO, 20 de mayo de 1968.

[96](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1711, entrada del 11 de mayo de 1968.

[97](#). NA PREM 13/2653, BRITMILAT París al MOD, 30 de mayo de 1968.

[98](#). *Ibid*, Reilly al FO, 30 de mayo de 1968.

[99](#). *Ibid*, Reilly al FO, 28 de mayo de 1968.

[100](#). *Ibid*, Reilly al FO, 28 de mayo de 1968.

[101](#). *Ibid*, Reilly al FO, 29 de mayo de 1968.

[102.](#) *Ibid*, Reilly al FO, 29 de mayo de 1968.

[103](#). Foccart, *Le général en mai*, p. 178.

[104](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, pp. 1775-1776, entrada del 30 de mayo de 1968.

[105](#). Philippe Ariès con Michel Winock, *Un historien du dimanche*, (1980), p. 184.

[106](#). YL, «The May Movement at the Lycée Pasteur, Neuilly» en Charles Posner (ed.), *Reflections on the Revolution in France: 1968* (1970), pp. 128-142, p. 139.

[107](#). Foccart, *Le général en mai*, p. 28, entrada del 14 de mayo, y p. 125, entrada del 23 de mayo.

[108](#). François Audigier, «Le gaullisme d'ordre des années 68», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 116, 4 (2012), pp. 53-68.

[109](#). Frank Georgi, «“Le pouvoir est dans la rue”. 30 mai 1968 la “manifestation gaulliste” des Champs-Élysées (30 de mai 1968)», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 48 (1995), pp. 46-60.

[110](#). Jacques Guilhaumou, «Mémoires d'un étudiant en Mai 1968: le flux des manifestations et le protagoniste de l'événement», *Le Mouvement Social*, 233 (2010), pp. 165-181.

[111](#). André Rouède, «La révolte des lycéens», *Esprit*, 372 (1968), pp. 1003-1014, p. 1013.

[112](#). Rocard, *Si la gauche savait*, pp. 149-151.

[113](#). Epistémon (pseudónimo de Didier Anzieu), *Ces idées qui ont ébranlé la France: Nanterre, novembre 1967-juin 1968* (1968).

6. ALEMANIA OCCIDENTAL

1. <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0002987248>

[2.](#) John Rae, *The Old Boys' Network: A Headmaster's Diaries, 1972-1986* (2009), p. 65, entrada del 12 de julio de 1974.

[3.](#) Noel Annan, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany* (1995).

[4.](#) London National Archives (NA), FO 1042/125, Gladstone, estudiantes en Berlín Occidental, 20 de junio de 1967.

5. Helmut Schelsky, *Die skeptische Generation: Eine Soziologie der deutschen Jugend* (Colonia, 1957).

[6.](#) Hans Kundnani, *Utopia or Auschwitz: Germany's 1968 Generation and the Holocaust* (2009), p. 66.

7. Ida Berger, «Tiendront-ils? Étudiants français et allemands», *L'Homme et la Société*, 16 (1970), pp. 173-184. Berger atribuye la relativa juventud de las estudiantes al hecho de que las familias estaban menos dispuestas a costear la educación de las hijas y, por consiguiente, las mujeres que iban a la universidad solían ser más competentes que sus compañeros varones.

8. Artículo en el *Neue Zürcher Zeitung*, 8 de febrero de 1968 citado en «Students as an Anti-Parliamentary Opposition', *Minerva*, 6, 3 (primavera de 1968), pp. 448-457.

[9.](#) Annnemaire Tröger, «Les enfants du tertiaire: Le mouvement étudiant en RFA de 1961 à 1969», *Le Mouvement Social*, 143 (1988), pp. 13-38.

[10](#). Ida Berger, «Tiendront-ils ?».

[11](#). Ida Berger, «Une avant-garde isolée: Les étudiants allemands», *Esprit*, 381 (mayo de 1969), pp. 790-805.

[12.](#) Martin Klimke, *The Other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties* (Princeton, 2011), p. 25.

[13](#). Florian Havemann, citado en James Mark y Anne von der Goltz, «Encounters» en Robert Gildea, James Mark y Anette Warring (eds.), *Europe's 1968: Voices of Revolt* (Oxford, 2013), pp. 131-163, p. 150.

[14](#). Kundnani, *Utopia or Auschwitz*, p. 33.

[15.](#) Rudi Dutschke, *Students and the Revolution* (1971), p. 14. Versión de un discurso pronunciado por primera vez en Upsala en 1968.

[16.](#) Alain Krivine, *Ça te passera avec l'âge* (2006), p. 96.

[17](#). Britta Schilling, *Postcolonial Germany: Memories of Empire in a Decolonized Nation* (Oxford, 2014), p. 134.

[18.](#) Timothy D. Brown, «1968 East and West: Divided Germany as a Case Study in Transnational History», *American Historical Review*, 114, 1 (2009), pp. 69-96.

[19](#). Thomas Alan Schwartz, *Lyndon Johnson and Europe: In the Shadow of Vietnam* (Cambridge, MA, 2003), p. 87.

[20](#). Citado en Robert Dallek, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and his Times, 1961-1967* (Oxford, 1998), p. 87.

21. «Back to Rudi Dutscher's Pram» en *Sightandsight*: «Let's talk European», 7 de enero de 2008 (<http://www.signandsight.com/features/1633.html>). La entrevista en la que participaron Aly y Katharina Rutschky fue llevada a cabo por el diario *Tageszeitung*.

[22](#). «Student as an Anti-Parliamentary Opposition», *Minerva*, 6, 3 (1968), pp. 448-457.

[23](#). Wolfgang Kraushaar, «Hitler's Children?», en Ingo Cornils y Sarah Waters (eds.), *Memories of 1968: International Perspectives* (Oxford, 2010), pp. 79-102. p. 84.

[24](#). Anna von der Goltz, «Generations of 68ers: Age-Related Constructions of Identity and Germany's "1968"», *Social and Cultural History*, 8, 4 (2011), pp. 473-491.

[25](#). Rebecca Clifford, Robert Galdea y James Mark, «Awakenings», en Gildea *et al.*, *Europe's 1968*, pp. 21-45, p. 30.

[26](#). Hans Kundnani, *Utopia or Auschwitz*, p. 81.

[27](#). Piotr Osęka, Polymeris Voglis y Anna von der Goltz, «Families», en Gildea *et al.*, *Europe's 1968*, pp. 46-71, p. 49.

28. Entrevista con Karsten Voigt por Harry Kreisler, 2001,
<http://globetrotter.berkeley.edu/people/Voigt/voigt-con0.html>

[29](#). Beate y Serge Klarsfeld, *Mémoires* (2015), p. 182.

[30](#). NA FO 1042/125, informe sobre las consultas tripartitas celebradas en Bonn, 19 de julio de 1967.

[31](#). Brown, «1968 East and West: Divided Germany as a Case Study in Transnational History».

32. <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0002987248>

[33](#). Helmut Schelsky, «The Wider Setting of Disorder in the German Universities», *Minerva*, 10, 4 (1972), pp. 614-626.

[34.](#) Von der Goltz, «Generations of 68ers».

[35](#). Brown, «1968 East and West: Divided Germany as a Case Study in Transnational History».

[36](#). NA FO 1042/126, nota de H. A. Stephenson, 28 de noviembre de 1967.

37. <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/0002987248>.

[38](#). Willy Brandt, *People and Politics* (1976), p. 198.

[39](#). Horst Mewes, «The German New Left», *New German Critique*, vol. I (1973), pp. 22-41.

[40.](#) Jeanette Seiffert, «*Marsch durch die Institutionen?*» : die «68er» in der SPD (Bonn, 2009).

7. REINO UNIDO

- [1.](#) HMSO, *Report from the Select Committee on Education and Science, Session 1968-69, Student Relations*, 1969, vol. II, p. 81.

[2.](#) L. Neville Brown, «Student Protest in England», *The American Journal of Comparative Law*, 17, 3 (1969), pp. 395-402.

[3](#). Un trotskista escribió una parodia de una parodia de *Private Eye* para burlarse del historiador Perry Anderson. Peter Sedgwick, «Pseud Left Review», *International Socialism*, 25 (1966), pp. 18-19.

[4.](#) *Private Eye*, 7 de junio de 1968.

5. Phil Cohen, *Reading Room Only: Memoir of a Radical Bibliophile* (Nottingham, 2013), p. 39.

[6.](#) Gareth Stedman Jones, «History and Theory: An English Story», *Historein: A Review of the Past* , 3 (2001), pp. 103-124.

7. Leeds University website, www.leeds.ac.uk/reporter/may68/protest.htm

8. Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties* (ed. de 2001), p. 178.

[9](#). Richard Neville, *Hippie Hippie Shake* (1995), p. 111.

[10](#). London National Archives (NA), NA FCO 33/85, nota de Palisser, 18 de junio de 1968.

[11](#). Sobre los estadounidenses en el Reino Unido y el papel del movimiento británico contra la guerra en Vietnam, véase NA HO 325/104.

[12](#). NA DPP 2/4379, nota de Heatherington, 11 de mayo de 1967.

[13](#). HMSO, *Students Relations*, vol. I, p. 50.

[14](#). *Ibid*, vol. II, p. 201, prueba de Marie Jahoda, 18 de marzo de 1969.

[15](#). NA ED 207/125, informe del «Security Service», 18 de mayo de 1972.

[16](#). Neville, *Hippie Hippie Shake*, p. 151.

[17](#). John Rae, *The Old Boys' Network: A Headmaster's Diary, 1972-1986* (ed. de 2009), pp. 33-34, entrada del 25 de junio de 1973.

[18.](#) A. H. Halsey y Stephen Marks, «British Student Politics», *Daedalus*, 97, 1 (1968), pp. 116-136.

[19](#). John Saville, *Memoirs from the Left* (2003), p. 158.

[20](#). HMSO, *Student Relations*, vol. VII, «Memorandum from subcommittee D on visit to Paris», 11-12 de junio de 1969, pp. 180-182, p. 181.

[21](#). Karen Paget, «From Stockholm to Leiden: the CIA's Role in the Formation of the International Student Conference», *Intelligence and National Security*, 18, 2 (2003), pp. 134-167.

[22](#). Warwick University, Modern Records Centre MSS 280/51/3, manifiesto sin fecha. *Ibid*, MacCallum a Savage, 26 de octubre de 1966.

[23](#). Caroline Hoefflerle, *British Student Activism in the Long Sixties* (2013), p. 68 y p. 90.

24. Jack Straw, «In the Year of Student Rebellion: How I See the Future», página web de la Universidad de Leeds, www.leeds.ac.uk/reporter/may68/protest.htm.

[25](#). *The Times*, 10 de abril de 1969. Obsérvese que hay dos artículos distintos sobre la cuestión en la misma edición.

[26](#). Margaret Rooke, *Anarchy and Apathy: Student Unrest, 1968-1970*, (1971), p. 15.

[27](#). Stafford, Staffordshire Public Record Office, D 4490/48, carta de George B., 25 de junio de 1972.

[28](#). Perry Anderson y Robin Blackburn, *Towards Socialism* (1965).

[29](#). Citado en Tony Benn, *Office without Power: Diaries, 1968-1972* (1988), p. 247, entrada del 8 de marzo de 1970.

[30](#). Halsey y Marks, «British Student Politics».

[31](#). Paul Hoch y Vic Schoenbach, *LSE: The Natives Are Restless. A Report on Student Power in Action* (1969), p. viii.

[32](#). Philip Ziegler, *Wilson: The Authorized Biography* (1993), p. 221.

[33](#). Shirley Williams, *Climbing the Bookshelves* (2009), p. 35.

[34](#). *Ibid*, pp. 183-184.

[35](#). Roy Jenkins, *A Life at the Centre* (1991), p. 251.

[36](#). Tony Benn, *Office without Power*, p. 87, entrada del 26 de junio de 1968.

[37](#). *Ibid*, p. 82, entrada del 14 de junio de 1968.

[38](#). Bernard Crick, citado en Susan Crosland, *Tony Crosland* (1982), p. 70.

[39](#). Gareth Stedman Jones, *Marxism Today* (noviembre de 1986).

[40](#). HMSO, *Student Relations*, vol. V, memorándum de Roy Cox y Ernest Rudd, pp. 299-310, p. 307 y p. 309.

[41](#). Colin Crouch, *The Student Revolt* (1970), p. 15.

[42.](#) *HMSO, Student Relations*, vol. II, memorándum de la Federation of Conservative Students, firmado Ian Taylor, pp. 325-327, p. 325.

[43.](#) *Ibid*, prueba de Stephen Keppel, presidente del la Federación de Estudiantes Conservadores, p. 332, 13 de mayo de 1969.

[44](#). Hoefflerle, *British Student Activism*, p. 108.

[45](#). Tariq Ali, *Street Fighting Years: An Autobiography of the Sixties* (ed. de 2005), p. 261.

[46](#). NA DPP, 2/4548, declaración del superintendente Leslie Garrett.

[47](#). Bernadette Devlin, *The Price of my Soul* (1969), p. 53.

[48](#). John J. Kane, «Civil Rights in Northern Ireland», *The Review of Politics*, 33, 1 (1971), pp. 54-77.

[49](#). Simon Prince, «The Global Revolt of 1968 and Northern Ireland», *Historical Journal*, 49, 3 (2006), pp. 851-875. Chris Reynold, *Sous les Pavés...The Troubles: Northern Ireland, France and the European Collective Memory of 1968* (Fráncfort, 2014).

[50](#). Michael Farrell en «Discussion on the Strategy of People's Democracy», *New Left Review*, 1, 55 (mayo-junio de 1969).

[51](#). Cyril Toman en «Discussion on the Strategy of People's Democracy», *New Left Review*, 1, 55 (mayo-junio de 1969).

[52](#). Eamonn McCann en «*Discussion on the Strategy... 1969*».

[53](#). *Ibid.*

[54](#). Devlin, *The Price of my Soul*, p. 13.

[55](#). Ronald Fraser con Daniel Bertaux, Bret Eynon, Ronald Grele, Béatrix le Wita, Danièle Linhart, Luisa Passerini, Jochen Staadt y Annemaire Tröger, *1968: A Student Generation in Revolt* (1988), p. 220.

[56](#). Peter Taylor, *Behind the Mask: The IRA and Sinn Fein* (1997), p. 61.

[57](#). Gregory Maney, «Transnational Mobilization and Civil Rights in Northern Ireland», *Social Problems*, 47, 2 (2000), pp. 153-179.

[58](#). Kane, «Civil Rights in Northern Ireland».

[59](#). Maney, «Transnational Mobilization and Civil Rights in Northern Ireland».

[60](#). Rob Waters, «Black Power on the Telly: America, Television, and Race in 1960s and 1970s Britain», *Journal of British Studies*, 54, 4, 2015, pp. 947-970.

[61](#). Paul Foot, *The Rise of Enoch Powell* (1969), p. 95.

[62](#). Simon Heffer, *Like the Roman: The Life of Enoch Powell* (1998), pp. 461-463.

[63](#). Robert Shepherd, *Enoch Powell* (1996), p. 355.

[64](#). Christopher Hale, *Massacre in Malaya: Exposing Britain's My Lai* (2013).

[65](#). En octubre de 1968, *The People* publicó un artículo titulado: «Si la palabra “estudiante” te repugna». Véase Rooke, *Anarchy and Apathy*, p. 10.

[66](#). Denis Healey, *The Time of My Life* (1990), p. 228.

[67](#). Peter Sedgwick, «Victory for the Vietcong. Is it the Right Slogan?», *Labour Worker*, 5 de agosto de 1966.

[68](#). *The Times*, 17 de abril de 1968.

[69](#). *The Guardian*, 18 de octubre de 1968.

[70](#). Williams, *Climbing the Bookshelves*, p. 185.

[71](#). Hansard, Cámara de los Comunes, 13 de junio de 1968.

[72](#). Véase Keith Jacka, Caroline Cox y John Marks, *The Rape of Reason: The Corruption of the Polytechnic of North London* (Enfield, 1975).

[73](#). Churchill College, Cambridge, HLSM 2/42/2/57, Conservative Party Research Department, agosto de 1976, «The Communist Party and Left-Wing Extremist Groups». El Departamento de Investigación del Partido Conservador calculó que la cifra de miembros del Grupo Marxista Internacional cayó a 1.000 en 1976. El grupo maoísta más numeroso del Reino Unido tuvo 300 miembros.

8. LA REVOLUCIÓN DENTRO DE LA REVOLUCIÓN: LIBERACIÓN SEXUAL Y FAMILIA

1. Gregory Duhé, «The FBI and Students for a Democratic Society at the University of New Orleans, 1968-1971», *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, 43, 1 (2002), pp. 53-74.

[2.](#) Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle* (2002, 1.^a ed. 1994), p. 1638, entrada del 14 de febrero de 1968.

[3](#). Citado en David Widgery (ed.), *The Left in Britain, 1956-1968* (1976), pp. 354-358.

[4.](#) Gail Collins, *When Everything Changed: The Amazing Journey of American Women from 1960 to the Present* (2009), p. 184.

5. Jo Freeman, *The Politics of Women's Liberation: A Case Study of an Emerging Social Movement and its Relation to the Policy Process* (1978), p. ix.

[6.](#) Tom Hayden, *Reunion: A Memoir* (ed. de 1989), p. 300.

[7](#). Citado en Christine Wallace, *Germaine Greer: Untamed Shrew* (1997), p. 162.

8. Janet Lever y Pepper Schwartz, *Women at Yale: Liberating a College Campus* (Nueva York, 1971).

[9.](#) Alexander Cockburn y Robin Blackburn (eds.), *Student Power: Problems, Diagnosis, Action* (1969).

[10](#). London, King's College archives, King's College Union Society, KU/M2/7, informe de Mary Dunne, delegada de asuntos externos, verano de 1973, e *ibid.* Carolyn Jones, «Annual Report of the Last Lady Vice President, 1972-1973», 16 de marzo de 1973. La creación de la *GaySoc* fue comunicada al comité ejecutivo del sindicato de estudiantes por Mary Dunne el 16 de mayo de 1973, en cuyo momento uno de sus compañeros varones propuso que «el Ejecutivo felicite a la Srta. Dunne por sus esfuerzos y que así conste en acta».

[11](#). Nuno Pereira y Renate Schär, «Soixante-huitards helvétiques. Étude prosopographique», *Le Mouvement Social*, 2, 239 (2012), pp. 9-23.

[12.](#) Dominique Bazire, «Les filles aux ESU», en Roger Barralis y Jean-Claude Gillet (eds.), *Au cœur des luttes des années soixante. Les étudiants du PSU. Une utopie porteuse d'avenir* (1996), pp. 189-190.

[13](#). Noel Annan, *Report on the Disturbances in the University of Essex* (1974), p. 10

[14](#). *Ibid*, p. 10

[15](#). Warwick University, Modern Records Centre, MSS 280/51/3, discurso de Geoff Martin, 30 de marzo de 1967.

[16.](#) Luisa Passerini y Anne-Marie Aymard, «Le mouvement de 1968 comme prise de parole et comme explosion de la subjectivité: Le cas de Turin», *Le Mouvement Social*, 143 (1988), pp. 39-74, p. 70.

[17](#). Pereira y Schär, «Soixante-huitards helvétiques».

[18.](#) Roger Barralis «ESU et PSU au féminin quelques données chiffrées», en Barralis y Gillet (eds.), *Au cœur des luttes des années soixante*, p. 191.

[19](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy 1968* (Hannover NH, 1996), p. 71.

[20](#). Colin Crouch, *The Student Revolt* (1970), p. 57.

[21](#). Kenneth Heineman, *Campus Wars: The Peace Movement at American State Universities in the Vietnam Era* (Nueva York, 1993), p. 35.

[22](#). Rosie Germain, «Reading the Second Sex in 1950s America», *Historical Journal*, 56, 4 (2013), pp. 1041-1062.

[23](#). Peyrefitte, *C'était de Gaulle*, p. 1639, entrada del 14 de febrero de 1968.

[24](#). Imogen Long, «Writing Gaullist Feminism: Françoise Parturier's Open Letters, 1968-1974», *Modern and Contemporary France*, 19, 3 (2011), pp. 313-327.

[25](#). Shirley Williams, *Climbing the Bookshelves* (2009), p. 191.

[26](#). Anne Wiazemsky, *L'année studieuse* (2011), p. 120.

[27](#). Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream: Remembering the Sixties* (ed. de 2001), p. 96.

[28](#). Laurent Besse, «Un ministre et les jeunes: François Missoffe, 1966-1968», *Histoire@Politique*, 1, 4 (2008).

[29](#). Mark Rudd, *Underground: My Life with SDS and the Weathermen* (2009), pp. 164-165.

[30](#). HMSO, *Report from the Select Committee on Education and Science (Session 1968-69) Students Relations*, vol. I (1969), p. 50.

[31](#). Prólogo de Raymond Jean en Gabrielle Russier, *Lettres de prison* (1970), p. 61.

[32](#). Christine Delphy, «Les origines du mouvement de libération des femmes en France», *Nouvelles Questions Féministes*, 16-18 (1991), pp. 137-148.

[33](#). Xavier Vigna, *L'Insubordination ouvrière dans les années 68. Essai d'histoire politique des usines* (Rennes, 2007), p. 43.

[34](#). Daniel Horowitz, «Rethinking Betty Friedan and the Feminine Mystique: Labor Union Radicalism and Feminism in Cold War America», *American Quarterly*, 48, 1 (1996), pp. 1-42.

[35](#). Michel Rocard, *Si la gauche savait. Entretiens avec George-Marc Benamou* (2005) p. 147.

[36](#). *Coventry Evening Telegraph*, 5 de febrero de 1971, citado en la página web de la Thatcher Foundation, 101815.

[37](#). Angela Davis, *An Autobiography* (ed. de 1988), p. x.

[38](#). Eldridge Cleaver, *Soul on Ice* (ed. británica de 1969).

[39](#). C. Wright Mills, «Letter to the New Left», *New Left Review*, 1-5 (septiembre-octubre de 1960).

[40](#). C. Wright Mills, *Letters and Autobiographical Writings*, ed. de Kathryn Mills y Pamela Mills (2000), p. 254.

[41](#). *Ibid*, p. 333.

[42](#). Robbie Lieberman, *Prairie Power: Voice of 1960s Midwestern Student Protest* (Columbia, MO, 2004), p. 91.

[43](#). Passerini, *Autobiography of a Generation*, p. 148.

[44](#). Gabrielle en Nicolas Daum, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien. 20 ans après* (1988), pp. 115-127.

[45](#). Rhodri Jeffrey-Jones, *Peace Now!: American Society and the Ending of the Vietnam War* (New Haven CT, 1999), pp. 157-162.

[46.](#) Ruth Anne Thompson, «“A Taste of Student Power”: Protest at the University of Tennessee, 1964-1970», *Tennessee Historical Quarterly*, 57, 1 (1998), pp. 80-97.

[47](#). Justin David Suran, «Coming out Against the War: Antimilitarism and the Politicization of Homosexuality in the Era of Vietnam», *American Quarterly*, 53, 3 (2001), pp. 452-488.

[48](#). Passerini y Aymard, «Le mouvement de 1968 comme prise de parole».

[49](#). Peter Boag, «“Does Portland Need a Homophile Society?” Gay Culture and Activism in the Rose City Between World War II and Stonewall», *Oregon Historical Quarterly*, 105, 1 (2004), pp. 6-39.

[50](#). Julian Jackson, *Living in Arcadia. Homosexuality, Politics and Morality in France from the Liberation to Aids* (Chicago, IL, 2010).

[51](#). Richard Reichard, «“We can’t hide and they are wrong”: The Society for Homosexual Freedom and the Struggle for Recognition at Sacramento State College, 1969-1971», *Law and History Review*, 28, 3 (2010), pp. 629-674.

[52](#). Lisa Power, *No Bath but Plenty of Bubbles an Oral History of the Gay Liberation Front, 1970-73* (1995), p. 41.

[53](#). Hayden, *Reunion*, p. 161.

[54](#). Guy Hocquenghem, *L'amphithéâtre des morts* (1998). Daniel Bensaïd, *Une lente impatience* (2004).

[55](#). Matthew Brunwasser, «Digging the Age of Aquarius», *Archaeology*, 62, 4 (2009), pp. 30-33.

[56](#). John Davis y Julianne Fürst, «Drop-outs», en Robert Gildea, James Mark y Annette Warring (eds.), *Europe's 1968: Voices of Revolt* (Oxford, 2013), pp. 193-210.

[57](#). Lara P. Skardhamar, «“Real Revolution” in Kana Commune», *Scandinavian Journal of History*, 33, 4 (2008), pp. 441-463.

[58](#). Susan Stern, *With the Weathermen: the Personal Journey of a Revolutionary Woman* (1975).

[59](#). Richard Fairfield, *Communes, USA* (Nueva York, 1972), p. 65

[60](#). Sofia Serenelli, «Private 1968 and the Margins: The Vicolo Cassini's Community in Macerata, Italy», *Memory Studies*, 6, 1 (2013), pp. 91-104.

[61](#). Thomas Shey, «Sex and Family Planning in Denmark», *International Journal of Sociology of the Family*, 7 (1977), pp. 15-24.

[62.](#) Skardhamar, «“Real Revolution” in Kana Commune».

[63](#). Caroline Hoefflerle, «Just at Sunrise: The Sunrise Communal Farm in Rural Mid-Michigan, 1971-1978», *Michigan Historical Review*, 23, 1 (1997), pp. 70-104.

[64](#). Georges Decourt, *«Ils gagnèrent le large»: prêtres, génération 68* (Villeurbanne, 2008), p. 62.

[65](#). Gerd-Rainer Horn, *The Spirit of Vatican II: Western European Progressive Catholicism in the Long Sixties* (Oxford, 2015).

[66](#). Julie Pagis «Déscolarisons l'école», en Dominique Damamme, Boris Gobille, Frédérique Matonti y Bernard Pudal (eds.), *Mai-juin 68* (2008), pp. 370-382.

[67](#). Hayden, *Reunion*, p. 426.

9. OBREROS

- [1.](#) Charles Piaget, *Lip. Charles Piaget et les Lip racontent* (1973), p. 10.

[2.](#) Marie Černá, John Davis, Robert Gildea y Piotr Oseka, «Revolutions», en Robert Gildea, James Mark y Anette Warring (eds.), *Europe's 1968: Voices of Revolt* (Oxford, 2013), pp. 107-130, p. 111.

[3](#). John Saville, *Memoirs from the Left* (2003), p. 159.

[4.](#) Xavier Vigna, «Les ouvriers de Denain et de Longwy face aux licenciements (1978-1979)», *Vingtième siècle, Revue d'Histoire*, 84 (2004), pp. 129-137.

5. Éliane Chemla, «Comme une Vraie Ouvrière à Nîmes», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 286-297.

[6](#). El *Annuaire Statistique* ofrece valores medios mensuales para cada año. Me he limitado a multiplicar por doce estos valores, excepto para el año 1970, donde los totales mensuales individuales (citados en el capítulo 5) arrojan un resultado global distinto, que es el que he utilizado aquí.

7. Las cifras para EE. UU. incluían los servicios de suministro de electricidad, gas y agua, mientras que las europeas, al parecer, se limitaban los sectores de la minería, fabricación, construcción y transportes.

8. Raymond Aron, *The Elusive Revolution: Anatomy of a Student Revolt* (1970), pp. 28-29.

[9.](#) Robert Poujade, citado en Sian Reynolds, «Dijon in May 1968: Local Politics, the Spectre of Anarchy and the “Silent Majority”», *Modern and Contemporary France*, 16, 2 (2008), pp. 195-208.

[10](#). Ilaria Favretto, «Rough Music and Factory Protest in Post-1945 Italy», *Past and Present*, 228, 1 (2015), pp. 207-247.

[11](#). Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1980* (1990), p. 518.

[12](#). Jean le Garrec, *Une vie à gauche* (2006), p. 69.

[13.](#) François Rivenc, «Quelques réflexions sur l'établissement en usine», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 24-33.

[14](#). Piaget, *Lip*. *Charles Piaget et les Lip racontent*, p. 151.

[15](#). Dominique Bondu, «L'élaboration d'une langue commune: LIPla GP», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 69-80.

[16.](#) Frank Georgi, «Jeux d’ombres. Mai, le mouvement social et l’autogestion (1968-2008)», *Vingtième Siècle, Revue d’Histoire*, 98 (2008), pp. 29-41.

[17](#). London, National Archives (NA), FCO 13/58, informe de conversación con Rocard mantenida el 29 de mayo de 1968, Crispin Tickell, 5 de junio de 1968.

[18.](#) Roy Hay y John McLauchlan, «The Oral History of Upper Clyde Shipbuilders: A Preliminary Report», *Oral History*, 2, 1 (1974), pp. 45-58.

[19.](#) Arthur Scargill y Peggy Kahn, *The Myth of Workers' Control* (Leeds, la fecha de publicación normalmente reseñada es 1980, pero, obviamente, es anterior) y Ken Coates, *Workers' Control: A Reply to Arthur Scargill* (Nottingham, 1977).

[20](#). Paul Lyons, *The People of this Generation: The Rise and Fall of the New Left in Philadelphia* (Philadelphia, PA, 2003), p. 216.

[21](#). Leigh David Benin, *The New Labor Radicalism and New York City's Garment Industry: Progressive Labor Insurgents during the 1960s* (2000).

[22](#). Marica Tolomelli, «De l'Universités [sic] à l'Usine: Italie et Allemagne (1968-1973)», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 96-119.

[23](#). Salar Mohandesi, «“Becoming One with the People”: L’établi américain hier et aujourd’hui», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 120-146.

[24](#). Marnix Dessen, *De l'amphi à l'établi. Les étudiants maoïstes à l'usine, 1967-1989* (1999), pp. 169 y 11.

[25](#). Juliette Campagne, «Roubaix: du petit livre rouge aux livres d'images», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 254-265.

[26](#). Donald Reid, «“Établissement”: Working in the Factory to Make Revolution in France», *Radical History Review*, 88 (2004), pp. 83-111.

[27](#). Dessen, *De l'amphi à l'établi*, p. 18.

[28](#). *Ibid*, p. 283.

[29](#). Jean-Pierre le Dantec, «D'où vient l'établissement», *Les Temps Modernes*, 684-685 (2015), pp. 16-23.

[30](#). Virginie Linhart, *Volontaires pour l'usine. Vies d'établis, 1967-1977* (ed. de 2010), pp. 227-231.

[31](#). NA CAB 128/44/51, conclusiones del Consejo de Ministros, 23 de octubre de 1969.

[32](#). Marica Tolomelli, «De l'universités à l'usine».

[33](#). Andrei Markovits, *The Politics of West German Trade Unions: Strategies of Class and Interest Representation in Growth and Crisis* (Cambridge, 1986), p. 223.

[34](#). Michael Seidman, «Workers in a Repressive Society of Seductions: Parisian Metallurgists in May-June 1968», *French Historical Studies*, 18, 1 (1993), pp. 255-278.

[35](#). Christian Langeois, *Henri Krasucki, 1924-2003* (2012).

[36](#). Carol A. Mershon, «Between Workers and Union: Factory Councils in Italy», *Comparative Politics*, 21, 2 (1989), pp. 215-235.

[37](#). Margaret y Richard Braungart, «The Effects of the 1960s Political Generation on former and Left- and Right-Wing Youth Activist Leaders», *Social Problems*, 38 (1991), pp. 297-315.

[38](#). Linhart, *Volontaires pour l'usine*, p. 192.

[39](#). Hans Peter Sjøli, «Maoism in Norway», *Scandinavian Journal of History*, 33, 4 (2008), pp. 478-490.

[40](#). Nicola Pizzolato, «I Terroni in Città: Revisiting Southern Migrants' Militancy in Turin's "Hot Autumn"», *Contemporary European History*, 21, 4 (2012), pp. 619-634.

[41](#). Malcolm Pitt, *The World on our Backs: The Kent Miners and the 1972 Miner's Strike* (1979), p. 100.

[42](#). *Ibid*, p. 97.

[43](#). Thatcher Foundation Website, 130177, «The National Union of Mineworkers», acta de Armstrong para Thatcher, 20 de octubre de 1981.

[44](#). Joe Gormley, *Battered Cherub* (1982), p. 186.

[45](#). E. P. Thompson, *New Society*, 24 de febrero de 1972, reimpresso en *Writing by Candlelight* (1980), pp. 65-76, p. 70.

[46.](#) Tolomelli, «De l'universités à l'usine».

[47](#). Nicolas Hatzfeld, «Les morts de Flins et Sochaux: De la grève à la violence politique», Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel, 68: *Une histoire collective, 1962-1981* (2008), pp. 322-325.

[48](#). Xavier Vigna, «Préserver l'ordre usinier en France à la fin des années 68», *Agone*, 50 (2013), pp. 115-133.

[49](#). *Ibid.*

[50](#). Vincent Porhel, *Ouvriers bretons. Conflits d'usines, conflits identitaires en Bretagne dans les années 1968* (Rennes, 2008), p. 69.

[51](#). Priscilla Falcon, «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968-1969», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 24, 2-3 (2003), pp. 140-154.

[52](#). Darryl Paulson y Janet Stiff, «An Empty Victory: The St Petersburg Sanitation Strike, 1968», *Florida Historical Quarterly*, 57 (1979), pp. 421-433.

[53](#). Peter B. Levy, *The New Left and Labor in the 1960s* (Urbana, IL, 1994), p. 54.

[54.](#) Jefferson Cowie, «Nixon's Class Struggle: Romancing the New Right Workers, 1969-1973», *Labor History*, 43, 3 (2002), pp. 257-283.

[55](#). Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Businessmen's Crusade Against the New Deal* (2010), p. 153.

[56](#). Paul Ritterband, «Ethnic Power and the Public Schools: The New York City School Strike of 1968», *Sociology of Education*, 47, 2 (1974), pp. 251-267.

[57](#). Dennis A. Deslippe, «“Do Whites have Rights?”: White Detroit Policemen and “Reverse Discrimination” Protests in the 1970s», *The Journal of American History*, 91, 3 (2004), pp. 932-960.

[58](#). Joshua B. Freeman, «Hardhats: Construction Workers, Manliness, and the 1970 Pro-War Demonstration», *Journal of Social History*, 26, 4 (1993), pp. 725-744.

[59](#). Thomas J. Sugrue, «Affirmative Action from Below: Civil Rights, the Building Trades, and the Politics of Racial Equality in the Urban North, 1945-1969», *The Journal of American History*, 91, 1 (2004), pp. 145-173. Clarence Lang, «Between Civil Rights and Black Power in the Gateway City: The Action Committee to Improve Opportunities for Negroes (Action), 1964-1975», *Journal of Social History*, 37, 3 (2004), pp. 725-754.

[60](#). Phillips-Fein, *Invisible Hands*, p. 153

10. VIOLENCIA

- [1.](#) Daniel Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée la révolution* (1986), p. 127.

[2.](#) Ludivine Bantigny, «Le temps politisé. Quelques enjeux politiques de la conscience historique en mai-juin 68», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 117 (2013), pp. 215-229.

[3.](#) J. D. Taylor, «The Party's Over? The Angry Brigade, the Counter-Culture and the British New Left, 1967-1972», *Historical Journal*, 58, 3 (2015), pp. 877-900. Taylor sostiene que, en realidad, no está claro que la Angry Brigade fuera un grupo coherente en el sentido que apuntaban algunos de sus comunicados.

[4.](#) Donatella Della Porta, *Social Movements, Political Violence and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany* (Cambridge, 1995).

5. Ronald Fraser *et al.*, 1968: *A Student Generation in Revolt* (1988), p. 260.

[6.](#) Michel Rocard, *Si la gauche savait. Entretiens avec Georges-Marc Benamou* (2005), p. 146.

[7.](#) Jean Raguénès, *De Mai 68 à LIP. Un dominicain au coeur des luttes* (2008), p. 87

8. Jeremy Varon, *Bringing the War Home: The Weather Underground, the Red Army Faction and Revolutionary Violence in the Sixties and Seventies* (Berkeley, CA, 2004), p. 199.

[9](#). Jack Whalen y Richard Flacks, *Beyond the Barricades: The Sixties Generation Grows Up* (Filadelfia, PA, 1989), p. 79.

[10](#). Colin Crouch, *The Student Revolt* (1970), p. 24.

[11](#). Charles Piaget, *Lip. Charles Piaget et les Lip racontent* (1973), pp. 66-67.

[12](#). Sobre este rumor, véase *Libération*, 28 de diciembre de 2002. Véase también Olivier Rolin, *Tigre en papier* (2002), p. 176.

[13](#). Fraser *et al.*, 1968: *A Student Generation in Revolt*, p. 220.

[14](#). Varon, *Bringing the War Home*, p. 3.

[15](#). *Ibid.*

[16](#). Whalen y Flacks, *Beyond the Barricades*, p. 72.

[17](#). Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée la révolution*, p. 112.

[18](#). Nanni Balestrini y Primo Moroni, *La horde d'or. La grande vague révolutionnaire et créative, politique et existentielle. Italie, 1968-1977* (2017, publicado por primera vez en Italia en 1988).

[19](#). Robbie Lieberman, *Prairie Power: Voice of 1960s Midwestern Student Protest* (Columbia, MO, 2010), p. 46.

[20](#). Isabelle Sommier, «Mai 68: sous les pavés d'une page officielle», *Sociétés Contemporaines*, 20 (1994), pp. 63-82.

[21](#). Daniel Bensaïd, *Une lente impatience* (2004), p. 218.

[22](#). Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée la révolution*, p. 156.

[23](#). Matthias Frey, *Postwall German Cinema: History, Film History and Cinephillia* (2013), p. 79.

[24](#). Varon, *Bringing the War Home*, p. 151.

[25](#). Susan Stern, *With the Weathermen: The Personal Journey of a Revolutionary Woman* (1975), p. 205.

[26.](#) Anna Cento Bull y Philip Cooke, *Ending Terrorism in Italy* (2013).

[27](#). Roberta Ann Johnson, «The Prison Birth of Black Power», *Journal of Black Studies*, 5, 4 (1975), pp. 395-414.

[28](#). Nicolas Daum, *Mai 68. Des révolutionnaires dans un village parisien. 20 ans après* (1988), pp. 105-114.

[29](#). Gisèle Lougarot, *Pays Basque Nord: Mai 68 en mémoires* (Bayona, 2008), p. 275.

[30](#). Richard English, *Armed Struggle: The History of the IRA* (Oxford, 2005), p. 131.

[31](#). Daniel Rondeau, *L'enthousiasme* (2006), pp. 140-144.

[32](#). Gareth Stedman Jones, «The Meaning of Student Revolt», en Alexander Cockburn y Robin Blackburn (eds.), *Student Power: Problems, Diagnosis, Action* (1968), pp. 25-56, p. 44.

[33](#). Las opiniones de Stedman Jones se publicaron en HMSO, *The Select Committee on Science and Education. Session, 1968-69. Student Relations*, vol. I (1969), p. 136.

[34](#). Gareth Stedman Jones, «History and Theory: An English Story», *Historien*, 3 (2001), pp. 103-124.

[35](#). Dominique Manotti, «Roman noir», *Le Mouvement Social*, 219220 (2007), pp. 107-109.

11. ¿DERROTA Y ADAPTACIÓN?

- [1.](#) Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (1990), p. 234.

[2.](#) TNA MEPO 2/10986, nota de prensa del Greater London Council, 4 de noviembre de 1968.

[3.](#) Alfred Fabre-Luce, *J'ai vécu plusieurs siècles* (1974), p. 337.

[4.](#) Robert Self, «“To Plan our Liberation”: Black Power and the Politics of Race in Oakland, California, 1965-1977», *Journal of Urban History*, 26, (2000), pp. 759-792.

5. Bill Jennings, citado en Jeffrey Burns, «Eugene Boyle, the Black Panther Party and the New Clerical Activism», *US Catholic historian*, 13, 3, (1995), pp. 137-158.

[6.](#) Julie Pagis, *Mai 68, un pavé dans leur histoire* (2014), p. 128.

[7](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy, 1968* (Hannover, NH, 1996), p. 64.

8. Gérard Noiriel, *Penser avec, penser contre. Itinéraire d'un historien* (2003).

[9](#). Mathieu Dubois, *Génération politique. Les «années 68» dans les jeunesses des partis politiques en France et en RFA* (2014), p. 281.

[10](#). Caroline Hoefflerle, *British Student Activism in the Long Sixties* (2012), p. 101.

[11](#). Paul Berman, *Power and the Idealists or the Passion of Joschka Fischer and its Aftermath* (2005).

[12.](#) Mark Rudd, *Underground: My Life with SDS and the Weathermen* (Nueva York, 2009).

[13](#). Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme* (1999).

[14.](#) Régis Debray, *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire* (1978), p. 60.

[15](#). Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée la révolution* (1986), p. 35 y p. 57.

[16.](#) Susan Krieger, *Hip Capitalism* (1979).

[17](#). Michaël Rolland, «Actuel (1970-1975) et les contre-cultures des années 1968 en France», en Michel Margairaz y Danielle Tartakowsky (eds.), *1968 entre libération et libéralisation. La grande bifurcation* (Rennes, 2010), pp. 149-162.

[18.](#) Bernard Lallement, «Libé»: *L'oeuvre impossible de Sartre* (2004).

[19](#). Alexander Sedlmaier y Stephen Malinowski, «“1968”-A Catalyst of Consumer Society», *Cultural and Social History*, 8, 2 (2011), pp. 255-274.

[20](#). Jacques Guilhaumou, «Mémoires d'un étudiant en Mai 1968: le flux des manifestations et le protagoniste de l'événement», *Le mouvement social*, 233 (2010), pp. 165-181.

[21](#). Ellen Furlough, «Packaging Pleasures: Club Méditerranée and French Consumer Culture, 1950-1968», *French Historical Studies*, 18, 1 (1993), pp. 65-81.

[22](#). Peter Doggett, *There's a Riot Going On: Revolutionaries, Rock Stars and the Rise and Fall of the '60s Counter-Culture* (2008), p. 221.

[23](#). Jack Whalen y Richard Flacks, *Beyond the Barricades: The Sixties Generation Grows Up* (Filadelfia, PA, 1989).

[24](#). Jean-Pierre le Goff, *La fin du village. Une histoire française* (2012), pp. 170-182.

[25](#). Sobre las relaciones de los maoístas con el movimiento de Nicoud, véase Claire Brière-Blanchet, *Voyage au bout de la révolution. De Pékin à Sochaux* (2009).

[26](#). Caroline Hoefflerle, «Just at Sunrise: The Sunrise Communal Farm in Rural Mid-Michigan, 1971-1978», *Michigan Historical Review*, 23, 1 (1997), pp. 70-104.

[27](#). Roger Martin, *Patron de droit divin* (1984), p. 267.

[28](#). Danièle Fraboulet, «Le CNPF et les mutations de la vie politique et sociale de l'après mai 68», en Gilles Richard y Jacqueline Sainclivier (eds.), *Les partis à l'épreuve de 68. L'émergence de nouveaux clivages, 1971-1974* (Rennes, 2012), pp. 97-108.

[29](#). Debray, *Modeste contribution*, p. 59.

[30](#). Michel Margairaz y Danielle Tartakowsky (eds.), *1968 entre libération et libéralisation. La grande bifurcation* (Rennes, 2010).

[31](#). Página web de la Thatcher Foundation, 101632, «What's Wrong with Politics», 11 de octubre de 1968.

CONCLUSIONES

- [1.](#) Ronald Fraser *et al.*, 1968: *A Student Generation in Revolt* (1988).

[2.](#) Gerd-Rainer Horn, *The Spirit of Vatican II: Western European Progressive Catholicism in the Long Sixties* (Oxford, 2015), p. 123.

[3.](#) Jacques Julliad, entrevista a Patrick Fridenson, *Le Mouvement Social*, 223 (2008), pp. 21-25.

[4.](#) Martin Klimke, *The Other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties* (Princeton, 2010), p. 235.

5. Maurice Isserman, *The Other American: The Life of Michael Harrington* (Nueva York, 2001), p. 206.

[6.](#) W. J. Rorabaugh, *Kennedy and the Promise of the Sixties* (Cambridge, 2002).

7. Bret Eynon, «Community in Motion: The Free Speech Movement, Civil Rights, and the Roots of the New Left», *The Oral History Review*, 17, 1 (1989), pp. 39-69.

8. Citado en Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke y Brian Roberts (eds.), *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order* (ed. de 2013), p. 29.

[9](#). Citado en Bethany L. Rogers, «Teaching and Social Reform in the 1960s: Lessons from National Teacher Corps Oral Histories», *The Oral History Review*, 35, 1 (2008), pp. 39-67.

[10](#). Manus McGrogan, «Vive La Révolution and the Example of Lotta Continua: The Circulation of Ideas and Practices Between the Left Militant Worlds of France and Italy Following May '68», *Modern and Contemporary France*, 18, 3 (2010), pp. 309-328.

[11](#). Panfleto de la Radical Student Alliance citado en Colin Crouch, *The Student Revolt* (1970), pp. 72-73.

[12.](#) Howard Schuman y Jacqueline Scott, «Generations and Collective Memories», *American Sociological Review*, 54, 3 (1989), pp. 359-381.

[13](#). London National Archives (NA), PREM 13/2653, Reilly al FCO, 22 de mayo de 1968.

[14.](#) Henry Penfold, «Far-Fetched Resolutions: The Evolution of the Labour Party, 1976-1981», tesis de licenciatura, King's College London, 2016.

[15](#). Klimke, *The Other Alliance*, p. 151.

[16](#). Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation: Italy, 1968* (Hannover, NH, 1996), p. 128.

[17](#). Xavier Vigna y Michelle Zancarini-Fournel, «Les rencontres improbables dans “les années 68”», *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, 101 (2009), pp. 163-177.

[18.](#) Passerini, *Autobiography of a Generation*, pp. 52 y 57.

[19.](#) HMSO, *Report from the Select Committee on Education and Science, Session 1968-69: Student Relations*, (1969), vol. VI, memorándum de Tony Heath, miembro del Consejo de Surrey, 11 de diciembre de 1968, pp. 121-123.

[20](#). Pierre Chaunu, «Le fils de la morte», en Pierre Nora (ed.), *Essais d'ego-histoire* (1987), pp. 61-107.

[21](#). Ronald Fraser *et al.*, 1968: *A Student Generation in Revolt* (1988), p. 66.

[22](#). Robert M. Collins, «The Economic Crisis of 1968 and the Waning of the “American Century”», *American Historical Review*, 101, 2 (1996), pp. 396-422.

[23](#). Paul Blackledge y Neil Davidson (eds.), *Alasdair MacIntyre's Engagement with Marxism: Selected Writings, 1953-1974* (2008), pp. 361-367.

[24](#). HMSO, *Student Relations*, vol. II, testimonio de Brian Connell, pp. 247-259, 15 de abril de 1969, p. 250, pregunta de Mr Bell.

[25](#). Citado en Frank Kusch, *Battleground Chicago: The Police and the 1968 Democratic National Convention* (Chicago, 2004), p. 147.

[26](#). Sébastien Layerle, «En l'autre bord. Filmer les forces de l'opposition à Mai 68», *Le Mouvement Social*, 223 (2008), pp. 7-12.

[27](#). Thomas J. Sugrue, *Sweet Land of Liberty: The Forgotten Struggle for Civil Rights in the North* (2008), p. 348.

[28](#). Stuart Hall *et al.*, *Policing the Crisis*, p. 418.

[29](#). Peter B. Levy, *The New Left and Labor in the 1960s* (Urbana IL, 1994), p. 118.

[30](#). Daniel Cohn-Bendit, *Nous l'avons tant aimée la révolution* (1986), pp. 35 y 95-96.

[31](#). Eric Hobsbawm, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life* (2002), p. 251.

[32](#). Cohn-Bendit habría conocido el trabajo de Furet porque en 1996 fue miembro de un jurado que le concedió un premio. Véase Christophe Prochasson, *François Furet: les chemins de la mélancolie* (2103), p. 444.

[33](#). Willy Brandt, *People and Politics* (1976), p. 204.

[34](#). Citado en Daniel Bertaux, Danièle Linhart y Beatrix le Wita, «Mai 1968 et la formation des générations politiques en France», *Le Mouvement Social*, 143, (1988), pp. 75-89.

35. <http://www.birmingham.ac.uk/Documents/college-artslaw/history/cccs/Interview-Transcripts/Dick-Atkinson.pdf>

* Los *lunch counters* eran pequeños restaurantes, consistentes básicamente en una barra con taburetes a un lado y la cocina al otro, donde los activistas afroamericanos escenificaron la protesta política sentándose en las zonas reservadas a los blancos y ejerciendo su derecho a ser servidos. (*N. del t.*)

* *Le chienlit* (desorden, agitación) era una expresión entonces en desuso que entró en la política francesa al emplearla De Gaulle. La ortografía original es «chie-en-lit» (cagarse en la cama). (*N. del t.*)

* La memoria debió fallarle a Massu, ya que *Le Figaro Littéraire* no se publicaba desde mediados de mayo.

* El verbo *bust* puede interpretarse aquí como «destrozar» o «enchironar». (*N. del t.*)

1968. *El año en que cambió el mundo*
Richard Vinen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Long '68. Radical Protest and Its Enemies*

© Richard Vinen, 2018

© de la traducción, Héctor Piquer, 2018

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, © AGIP / Bridgeman Images / AGE

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-9199-009-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Lista de ilustraciones](#)

[Lista de tablas](#)

[Lista de cronologías](#)

[Abreviaturas](#)

[Introducción](#)

[1. Las palabras y «la cosa»: cómo definir el 68](#)

[2. La generación del 68](#)

[3. Universidades](#)

[4. Estados Unidos](#)

[5. Francia](#)

[6. Alemania Occidental](#)

[7. Reino Unido](#)

[8. La revolución dentro de la revolución: liberación sexual y familia](#)

[9. Obreros](#)

[10. Violencia](#)

[11. ¿Derrota y adaptación?](#)

[Conclusiones](#)

[Algunas consideraciones sobre otras lecturas](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)